



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
Facultad de Ciencia Política y Relaciones
Internacionales

DOCTORADO EN RELACIONES
INTERNACIONALES

TITULO DE LA TESIS:

“POLITICA EXTERIOR Y DISCURSOS INTRAEELITE DE
LA FEDERACION RUSA DURANTE LA ERA PUTIN
(2000-2012): ANALISIS DE SU IMPACTO EN LAS
POLITICAS DE COOPERACION Y CONFRONTACION
CON LA ESTRUCTURA DE PODER INTERNACIONAL”

AUTOR:

MGTER. MARCELO O. MONTES

DIRECTOR:

DR. ALBERTO HUTSCHENREUTER

FECHA: JUNIO DE 2014.

Resumen (en idioma español)

La presente Tesis expone la evolución del pensamiento de la elite rusa postsoviética, respecto a los fundamentos de su política exterior. A través de una mixtura teórica que combina al neorrealismo con el constructivismo, se indaga, a partir de los discursos, doctrina y documentos oficiales, el proceso de construcción de dicha política y sus cambios en un contexto de ciertas continuidades. A partir de ellas y su especial gravitación, el complejo entramado de relaciones exteriores mostraría que la Rusia postsoviética, bajo Yeltsin-Putin-Medvedev, se ha conducido de un modo concertacionista y cooperativo, sin alentar mayormente pretensiones neoimperialistas, hegemónicas ni confrontativas.

Esta dinámica siguió la evolución del consenso intraelite. En un país con una larga tradición estatista, dicho Estado, a punto de la disgregación territorial, a inicios de los noventa, pudo una vez más, demostrar su fortaleza respecto a sus relaciones con la sociedad civil.

Pueden comprobarse así, las percepciones de quienes toman decisiones y el grado de cohesión de las elites. La capacidad estatal para movilizar y hasta manipular, a la opinión pública “desde arriba”, como por ejemplo, en cuestiones como la guerra contra el terrorismo checheno, la mayor autoestima militar, el cambio en fechas patrias y símbolos nacionales como el himno, también es valorada a lo largo de la presente investigación. Los documentos oficiales como los discursos de un líder predominante, directivo y pragmático como Putin, al frente de la elite, que testimonian la cultura estratégica rusa, cobraron una singular relevancia a la hora de aumentar tal capacidad gubernamental. La autopercepción de la sociedad rusa, cambió a partir de la emergencia de ese nuevo liderazgo político, aunque sin legitimar acciones neoimperialistas.

Resumen (en idioma inglés)

The present Thesis exposes the evolution of the thought of the ruling Russian elite, referring to its foreign policy making and implementation. Through post-positivist visions, like constructivism, but also materialist like neorealism, this work uses discourses, doctrine and official documents in order to research the building process of the foreign policy and their changes in a context of certain continuities. Derived from those, the complex network of foreign relations shows that the Post-Soviet Russia, under Yeltsin-Putin-Medvedev, acts in cooperative ways, refusing neo-imperialist, hegemonic and confrontative pretensions.

This dynamics follows the evolution of the elite's own thought. In a country like Russia, with a long and a deep statist tradition, this State, risking its disappearance on the nineties, could again showed its strength over the civil society.

So, in this Thesis, we present the perceptions fo who make decisions and the level of cohessive ruling elite. Institutional capabilities in order to mobilize and manipulate the public opinion from above, like, for example, on special issues: terrorist Chechen war; the growing military self-esteem; the change of nationalist o patriotic dates or symbols, also are valued in the present research. The official documents like the discourses of a predominant, directive and pragmatist leader as Putin, at the head of the elite, those show the strategic culture of Russia, are so relevant in order to justify those capabilities. Clearly, the self-perception of the Russian society, began to change when this new political leadership arrived in 2000, but not in order to accept neo-imperialist actions like in the Soviet past.

Agradecimientos personales y/o institucionales

A Ekaterina Zvekova, a quien amo con todo mi corazón y agradezco haberme hecho conocer y apreciar su país.

A mi familia nuclear -mis tres hermosos hijos y su madre-, a quienes quité tiempo y dedicación en los últimos cinco largos años.

A mi familia más extensa, especialmente, mi madre que siempre soñó en verme como “Doctor” en vida.

A mis profesores de grado y postgrado de la Universidad Nacional de Rosario, mi antigua y siempre recordada Alta Casa de Estudios, por sus enseñanzas a lo largo de tres décadas.

A la Universidad Nacional de Villa María, sus autoridades, no docentes, colegas y gremio docente, que me apoyaron permanentemente.

A mis colegas de la Red Eurasianet en España y del Doctorado en la UNR, cuyos aportes, críticas y apoyo constante, en estos cinco últimos años, me resultaron de inestimable e infinito valor.

A los profesores del Instituto de América Latina (ILA) de la Academia de Ciencias de Moscú, ese rincón institucional lejano que estudia con ahínco, nuestra región en el mundo.

A los directores e integrantes del Grupo Grenada, algunos de quienes, colaboraron activamente con las traducciones de encuestas de esta Tesis y, fueron mis guías en Moscú.

A mis alumnos de grado, de Ciencia Política de la UNVM y, de Relaciones Internacionales en la UCC y a mis amigos, a quienes seguramente agoté, con mis referencias permanentes a Rusia en este lustro.

A mi Director de Tesis, Dr. Alberto Hutschenreuter, quien me respaldó en la última parte de este Doctorado.

A mi ex Directora de Tesis, Dra. Graciela Zubelzú, quien me ha enseñado muchísimo y, me ha hecho querer más aún a Rusia, haciendo votos para su recuperación plena en un futuro cercano, de modo que pueda leer el producto final de su alumno doctoral y ex compañero de grado.

Al personal de la Biblioteca Municipal Juan Alvarez, de la Ciudad de Rosario, que me cobijó diariamente, en el último trimestre, para elaborar la parte final de esta Tesis.

Índice

	Página
A. Introducción	7
A.1. El abordaje teórico	13
A.2. El estado del arte	21
A.3. Análisis de Política Exterior (APE)	29
A.4. Constructivismo	31
A.5. Metodología	34
A.6. La política exterior de Putin	41
Capítulo 1: Enfoques teóricos	49
Cuadro Número 1	51
1.1. El Análisis de Política Exterior (APE)	52
1.1.1. Liderazgo y política exterior	54
Cuadro Número 2	59
1.1.2. La ejecución y la evaluación de la política exterior	61
1.2. El constructivismo	63
Capítulo 2: El APE aplicado al caso de la Rusia putinista	74
2.1. El proceso de toma de decisiones	76
2.1.1. La Cancillería rusa	77
2.1.2. El Ministerio de Defensa	80
2.1.2.1. El actor militar	84
2.1.3. La comunidad de inteligencia	91
2.1.4. Otros organismos del área económica	93
2.1.5. Otros organismos de seguridad	95
2.1.6. El Poder Legislativo	98
2.1.7. Los gobiernos locales	101
2.1.8. La sociedad civil	106
Capítulo 3: Las relaciones exteriores de la era putinista	121
3.1. Una evaluación preliminar	122
3.2. Las relaciones bilaterales	133
3.3. La agenda de la política exterior rusa	135
3.3.1. Potencia energética	136
3.3.2. El “soft power” ruso	140
3.4. El vínculo ruso con Occidente: el caso de Estados Unidos	147
3.4.1. La OTAN	177
3.4.2. El “lobbying” antirruso de Washington	181
3.5. Occidente II: Europa	195
3.5.1. Rusia y Europa en clave postestructuralista	211
3.6. China	230
3.7. Japón y el Sudeste Asiático	233
3.8. India	243
3.9. Irán, Irak, Turquía y Medio Oriente	245
3.10. Espacio postsoviético: Ucrania, Bielorrusia, Georgia y Asia Central	247
3.10.1. Ucrania	254
3.10.2. Georgia	260
3.10.3. Asia Central	261
3.11. América y África	264
Capítulo 4: el plano personal de la política exterior rusa – Vladimir Putin	268
4.1. Putin: continuidad y ruptura con Yeltsin	271
4.2. Putin, en clave postestructuralista	285
4.3. El discurso de Putin	290
Capítulo 5: el plano ideacional – la cultura estratégica rusa	291
5.1. La construcción social de la cultura estratégica rusa	302
5.2. El peso de la historia en la construcción social de la cultura estratégica rusa	308
5.3. La cultura estratégica rusa en tiempos recientes	323
5.3.1. Las concepciones securitarias de la elite rusa	329
5.3.1.1. El pro-occidentalismo ruso	329
5.3.1.2. El centrismo o nacionalismo moderado ruso (putinismo)	332

5.3.1.3. El eurasiatismo ruso	343
5.4. El corpus doctrinario de la defensa, la seguridad y la política exterior rusa	347
5.4.1. La mirada al "Otro": Occidente	376
5.5. El discurso de la elite putinista	385
Conclusiones	404
Cuadro Número 3	409
Bibliografía	420

“Жизнь в России это всегда переполненный фонтан: фонтан из нефти, крови и эмоций” (Б. Акунин) - “La vida en Rusia es siempre una fuente desbordante: una fuente de petróleo, sangre y emociones” (Boris Akunin, 2011)

A. Introducción

En un extenso período de tiempo, desde el siglo XVII, la “Madre Rusia”, devenida en el siglo XX, por espacio de 70 años, en la también imperial Unión Soviética y, apenas desde la última década de esa misma centuria, pretendiendo convertirse en un Estado-Nación, Rusia, ha vivido fuertes convulsiones políticas y económicas. Estos cambios domésticos (zarismo, comunismo y postcomunismo) no dejaron de impactar sobre la política internacional, dado que Rusia, no obstante, todos sus déficits actuales (demográficos, de infraestructura y prestaciones sociales), conserva un rol más que relevante, como “Gran Potencia” en el escenario mundial.

Tal trascendencia deriva de un gran número de recursos “materiales” en términos de la teoría realista de las Relaciones Internacionales; una enorme superficie y extensas fronteras; un ecosistema con variedad de recursos energéticos, minerales y forestales; una cantidad importante de población; un cuantioso poder militar y nuclear; una significativa riqueza energética; una banca, con poder de veto, en el Consejo de Seguridad de la ONU y un papel desempeñado históricamente en la política europea e internacional.

Como bien sintetiza un ex embajador argentino en Moscú, Rusia amerita continuar siendo una potencia mundial, debido a su extenso territorio; por cantidad y calidad de armas; por su ubicación geográfica y por su capacidad energética (petróleo, gas y carbón) (Sánchez Arnau, 2004).

En épocas, como la actual e incierta “Postguerra Fría”, incluyendo la reciente y prolongada “crisis ucraniana” (desde noviembre de 2013), genera un especial atractivo y desafío académico, el estudio y análisis de la política exterior de un Estado multinacional y post-imperial de la envergadura de Rusia, habituado a ser protagonista ya, de una era de cierta previsibilidad como la “Guerra Fría”. Así cobran relevancia,

investigaciones sobre las continuidades –y las discontinuidades- de dicha política exterior, a partir del Tratado de Bielovezhie (reserva de bosque natural, compartida por Bielorrusia y Polonia), el 8 de diciembre de 1991, que constituyó la culminación legal de la Unión Soviética¹.

En particular, reviste interés, el problema central de nuestra Tesis: la evaluación de la gestión externa de los Presidentes Vladimir Putin (2000-2008) y Dmitri Medvedev (2008-2012), signados por una revigorización de la autoestima nacional y la búsqueda de un rol protagónico a nivel regional y, a partir de ello, la descripción de las relaciones de esta “potencia insatisfecha”² con países vecinos y rivales históricos, ya sea, alternativamente, cooperando y/o confrontando con la estructura internacional de poder durante la Postguerra Fría³.

A lo largo de estas centenares de páginas, se explorarán e intentarán explicar características, rasgos o dimensiones como la

1 Rusia, Ucrania y Bielorrusia eran fundadores de la URSS y firmantes del Tratado de la Unión de 1922, junto a la Federación de Transcaucasia; además de poseer armas nucleares, poseían la mayor parte de los recursos de la URSS: el 80 % de su territorio; el 73 % de su población; el 79 % de su PBI (1990), el 86,5 % de su producción industrial, el 74,6 % de su producción agrícola, el 92 % de su petróleo y el 82 % de la producción total de gas y electricidad de la Unión (Blanc Altemir, 2004 :27).

2 El concepto de “potencia insatisfecha” es propio del ámbito de la Historia de las Relaciones Internacionales y también es empleado por la teoría del realismo ofensivo. Se refiere a aquellos Estados que fueron poderosos en algún momento de su historia, ya no lo son pero pretenden volver a serlo. Alemania y Japón han atravesado por esa fase, antes de la II Guerra Mundial. Según el realismo ofensivo, por ejemplo, de acuerdo a Robert Gilpin, a diferencia de las “potencias insatisfechas”, los Estados en crecimiento, tienden a maximizar poder, expandiendo sus intereses políticos, más allá de sus fronteras. Los poderes emergentes, sólo cuando son débiles, aceptan las instituciones, los límites territoriales y la jerarquía marcada por el prestigio político. Apenas crecen, al estilo de lo que lo hace China en la actualidad, se convierten casi invariablemente, en “causantes de problemas” (“troublemakers”), porque desean alterar el *statu quo* para construir un nuevo orden que refleje su propia condición. En el caso de Rusia, se pretende observar, si ese grado de “insatisfacción”, la torna una potencia capaz de intentar revisar o reformular y hasta desafiar o confrontar el sistema internacional o, si sólo pretende hacerse respetar y oír en el concierto de las naciones, asumiendo una postura cooperativa (Merke, 2009 :14) (Rose, 1998 : 171).

3 Debe reconocerse que Rusia ha desempeñado un rol como potencia o superpotencia, ya sea con los Zares o los Soviets, recorriendo un gradual y complejo proceso de construcción de su propia identidad.

autopercepción nacional y el rol de potencia que posee aquel Estado⁴, guardando cierta vinculación con la Tesis de Maestría de mi autoría, referida a la transición postcomunista en Rusia. Mientras en aquella Tesis, la mirada era más bien genérica, sobre todo el proceso de transición ruso, de cuádruple secuencia (político-institucional, económica, estatal y de política exterior), en esta instancia, se pretende focalizar en el nexo existente entre los discursos oficiales y la política exterior del período gubernamental mencionado.

Durante la Postguerra Fría, la multipolaridad vigente a nivel internacional, con la emergencia de nuevos actores estatales, diferentes regiones con poder económico y deseo de reconocimiento mundial y la mayor presencia demográfica de civilizaciones diferentes a la occidental, tornan necesaria la realización de este tipo de estudios. Resulta pertinente investigar la política exterior de Rusia, históricamente un Imperio, con o sin formato ideológico y en la actualidad, un Estado multinacional post-imperial, que no obstante, pretende tener un rol más protagónico en este orden, otrora bipolar.

A continuación, se aplicarán ciertos enfoques teóricos que fueron seleccionados, con la finalidad de reflexionar con fundamentos, sobre la política exterior rusa.

Como todo Estado, a través de las decisiones de su elite gobernante, la Federación Rusa para vincularse con el mundo, emplea relaciones multilaterales (en organizaciones económicas y de seguridad colectiva) como bilaterales (de Estado a Estado).

La cooperación con el sistema internacional se mide en términos de los discursos y las acciones de política exterior, emprendidas por la Administración Putin en relación a la siguiente agenda de temas de política internacional, de acuerdo a cuatro planos (material, institucional-normativo, ideacional y personal):

4 Ambos conceptos, el de "autopercepción nacional" y el "rol de potencia", buscarán ser operacionalizados a efectos de analizar su relevancia/consistencia, como elementos persistentes en los dos períodos citados. Los discursos y doctrina oficiales más las encuestas permitirán acceder a la interpretación de tales conceptos.

En el plano material, típicamente, el relativo al “poder”, en toda su dimensión, se considera si Rusia a través de su política exterior, influida por su discurso y doctrina oficiales, confrontó militar, territorial y hasta económicamente al sistema internacional, pergeñando alianzas duraderas con otros Estados que pretendiesen “revisar” el orden de la primacía norteamericana durante la Postguerra Fría o, si por el contrario, respetó dicha estructura. En este plano, cobran importancia temas de la agenda internacional como:

- a) desarme nuclear;
- b) guerra contra el terrorismo;
- c) la soberanía de otros Estados, aún en el llamado espacio postsoviético;
- d) relación con su “Otro” histórico, incluyendo en tal categoría a Estados Unidos -el archirrival de la Guerra Fría- y la Unión Europea;

Se incluirán en el análisis de este rubro, cuestiones puntuales como las negociaciones por el desarme, incluyendo las diferentes Cumbres presidenciales; la guerra de Chechenia; la guerra de los Balcanes, incluyendo su último capítulo -Kosovo-; las “revoluciones de colores” en Ucrania, Georgia y Kirguistán; la ampliación de la OTAN y la instalación de bases militares norteamericanas en Asia Central, Irak y Afganistán, entre otros.

En el plano institucional-normativo, con una lógica basada en el “intercambio”, el eje más apreciado por los teóricos idealistas, cabe comprobar si Rusia intentó rediscutir el ordenamiento jurídico vigente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial a través de Naciones Unidas o, si por el contrario, no sólo lo aceptó sino que pretendió consolidar su membresía en él. Aquí adquieren relevancia, temas como el papel de Rusia en la Organización de Naciones Unidas (ONU), su labor en el Consejo de Seguridad y Asamblea General, su integración a otros organismos, por ejemplo, comerciales como la OMC, las discusiones irresueltas de agenda colectiva (lucha contra la pobreza, ayuda humanitaria, protección del medio ambiente) y sus propios vínculos, de

todo tipo, con otros Estados o bloques del mundo, incluyendo entidades supraestatales como la Unión Europea (cuestión energética) y apertura global, ejerciendo en algunos de dichos casos, “*soft power*” (“poder blando”).

En el tercer plano, el ideacional, circunscripto a los valores, creencias y hasta emociones y pasiones, de las poblaciones que habitan los Estados, un aspecto caro a los sentimientos constructivistas, cabe interrogarse cuál ha sido el pensamiento de la elite conductora de los destinos rusos durante la era Putin, en relación a la totalidad de temas incluidos anteriormente, pero sobre todo, al pensamiento occidental, en torno a dichas cuestiones. Por ejemplo, frente a las ideas realmente influyentes de estrategias como Francis Fukuyama con su “fin de las ideologías” y Samuel P. Huntington, con su “choque de civilizaciones”, cuál fue la respuesta intelectual de los sectores de poder y pensamiento académico ruso. Aún con notables diferencias identitarias, podían ver los rusos al mundo de una manera similar y hasta convergente como los occidentales o, en su defecto, aquella distinción no hacía más que aumentar la brecha en la mirada de ambos, hasta acrecentar la rivalidad, aunque ahora ya no ideológica, como antes. En el caso ruso, en plena era globalizadora, esas opciones de pensamiento tenían como mira principal, la dependencia externa, es decir, los cambios del escenario internacional o, importaba más, la variable doméstica, es decir, la supervivencia del propio Estado ruso y en función de ella misma, quedaban relegadas las miradas y los valores de los pensadores y estrategias.

En el cuarto plano, el personal, se estudiará la influencia del liderazgo de Vladimir Putin. Si es cierto que los líderes lo son, porque no sólo tienen los atributos (heredados o aprendidos) para serlo, sino que además, se hallan en las situaciones apropiadas para acometer con su vocación de conducción o logran torcer algunas circunstancias o estructuras que, de otro modo, no hubieran podido quebrarse, entonces, la figura del Presidente ruso, cambiando la historia rusa, así como alguna vez en el período zarista, lo hicieron hombres de la talla de Pedro El

Grande o mujeres de la envergadura de Catalina La Grande o en el soviético, Lenin, Stalin y el propio Gorbachov, es digna de ser abordada en profundidad, para verificar en el marco del análisis de la elite a la que pertenece, si estamos en presencia de un gran cambio de la política exterior rusa o, si por el contrario, se trata de una ratificación de un rumbo, que Putin ha sabido interpretar como ninguno. La pregunta es si se trata de un líder transformacional y rupturista o, sólo táctico, pragmático y directivo tradicional⁵.

5“Yo confío en él”, dijo, entre otras cosas, el Presidente Borís Yeltsin al presentar por televisión en agosto de 1999, a quien había elegido como su sucesor. En realidad, Yeltsin tenía todos los motivos del mundo para confiar en Vladimir Vladímirovich Putin, que era un incondicional suyo. Con Putin a la cabeza del país, Yeltsin tendría inmunidad para él y su familia, apenas abandone el Kremlin. Con ningún otro candidato, Yeltsin tenía esa seguridad, lo que explica que viera como un rival indeseable al alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, que había sido su fiel aliado en los momentos más críticos. Putin fue un oficial de los servicios secretos rusos que, después de trabajar en Alemania Oriental, apenas cayó el Muro de Berlín, regresó a San Petersburgo, su ciudad natal, para comenzar una brillante carrera política. En 1990, Anatoli Sobchak, una de las figuras más prominentes de la *Perestroika* de Gorbachov, ya convertido en alcalde de San Petersburgo, lo nombró asesor. La gestión de Putin en San Petersburgo, donde también conoció a Anatoli Chubais, “cerebro”, ejecutor de las reformas económicas de los noventa y futuro funcionario de su Presidencia, fue positiva: supervisó la creación de la Bolsa local y, utilizando los contactos hechos en su época de agente de inteligencia, contribuyó a que una serie de importantes firmas alemanas hicieran inversiones en la antigua capital imperial. Fue en esa época cuando Yeltsin, según propia confesión, se fijó en él. En vísperas de los comicios parlamentarios de 1995, Putin, considerado la “eminencia gris” de San Petersburgo, dirigió a orillas del Río Neva, la campaña electoral de “Nuestra Casa es Rusia”, el movimiento formado por el Kremlin y encabezado por el entonces Primer Ministro Víktor Chernomyrdin. También dirigió la campaña a la reelección de Sobchak, pero, después de la derrota de este último, dimitió y se mudó a Moscú, donde empezó a trabajar en la Administración presidencial. Allí, a los pocos meses, Putin ya era vicejefe de la Administración y jefe de la Dirección de Control del Presidente ruso, y en mayo de 1998 fue nombrado primer vicejefe de la Administración de Yeltsin. Dos meses después, pasaba a ocupar el puesto de Director del Servicio Federal de Seguridad (SFS, luego FSB), regresando así al organismo -el KGB- donde había comenzado su carrera profesional. A fines de marzo de 1999, se convirtió en secretario del Consejo de Seguridad, conservando su cargo de jefe del SFS. Putin prometió continuar la política de Stepashin, de quien era amigo personal. Como todo profesional de inteligencia, Putin no gustaba de dar entrevistas ni de mostrarse demasiado en público, por lo que era poco lo que se sabía inicialmente sobre él. Casado, con dos hijas, es un deportista consumado: aficionado a diversas modalidades de lucha, cada mañana dedicaba un mínimo de 45 minutos a correr y hacer gimnasia (Truscott, 2005).

El interrogante que subsiste detrás de las respuestas a las cuatro planos, es si en la rediscusión del propio Estado ruso, algo inédito en la historia rusa, habituada a un formato imperial, predominarían las explicaciones más bien materiales, es decir, los fundamentos geopolíticos, militares, recursos naturales, etc., según los cuales, nos hemos habituado a presentar por sus antecedentes históricos, precisamente imperiales, una Rusia agresiva y confrontacionista con el sistema internacional; o, los normativos y comerciales o, los ideacionales y valorativos o, una mixtura de ambos, presentándonos una Rusia más en su carácter de “socia” y hasta capaz de forjar amistades a nivel mundial. En tal sentido, Putin podría ser un líder más parecido a Pedro El Grande o Lenin, forjador o constructor de Estado o, por el contrario, podría ser visualizado como un “restaurador” al estilo de Stalin o, un “nostálgico” reaccionario a lo Brezhnev. De todos modos, nuestra hipótesis es la siguiente:

La política exterior rusa de la era Putin, ha sido cooperativa con la estructura de poder internacional, por cuatro razones: a) en el plano material, debido a la “economización” de su agenda, que le permite hoy, priorizar el frente interno y gozar de mayores ganancias con su rol de potencia energética global, antes que comportarse como un Estado neoimperialista o agresivo para con los Estados vecinos y el resto de la comunidad internacional; b) en el plano no material, más bien institucional, prioriza los temas económico-comerciales en detrimento de los de seguridad militar, mostrándose respetuosa de las normas del Derecho Internacional y, finalmente, en el plano ideacional, cuenta un enorme consenso doméstico intraelite, nacionalista moderado, que encarnó y representó de manera genuina el liderazgo de Putin. Una política exterior de implementación compleja, divorciada de su formulación; el carácter pragmático y multivectorial de la misma, sin establecer alineamientos definitivos y la plena subordinación a objetivos domésticos, son variables decisivas a la hora de explicar la conducta del Estado ruso desde el año 2000 en adelante.

A.1. El abordaje teórico

Desde una perspectiva teórica neorrealista, que otorga preeminencia a los factores exógenos como la estructura internacional de poder, a lo largo de este trabajo, se capta también su influjo sobre el rol del Estado ruso, en el mundo, desde el año 2000 hasta 2012, bajo las dos primeras Presidencias de Vladimir Putin y la Presidencia de Dmitri Medvedev, además de considerar las capacidades materiales que un Estado de dicha magnitud, ostenta. Asimismo, en décadas recientes, se ha expandido el desarrollo autónomo del análisis de política exteriores, como un segundo campo autónomo de estudios⁶.

Existen ciertas líneas investigativas que han priorizado la política doméstica vis a vis los factores estructurales, revelando así cuán relevantes son los factores endógenos, en la explicación de las políticas exteriores de los Estados, aún si dicha política doméstica marca o define la trayectoria de la política exterior de un Estado. Según algunos académicos, las explicaciones domésticas de política exterior dependen de un contraste implícito a explicaciones que no son político-domésticas (Fearon, 1998, 291)⁷.

6 Sobre la relación entre la política internacional y la política exterior, ya mucho se ha escrito. Es que tanto para realistas clásicos e idealistas, particularmente para los primeros, la política internacional es estructural mientras la política exterior es contingente: una realidad anárquica con Estados pugnando o cooperando entre sí, era decisivo para explicar el escenario mundial. Así, el sistema gravita decisivamente sobre las unidades (Estado, Imperios, ciudades-Estados). Para los realistas, también es elocuente el contraste entre la propia política exterior que se explica según el entorno o ambiente internacional y, la política doméstica en general. Según Waltz, mientras la política exterior está enmarcada en un mundo anárquico pero pacífico, la política doméstica es jerárquica, vertical, centralizada y ha acarreado mayo número de muertos que en el plano de las guerras entre Estados. Siendo la anarquía clave, los incentivos o restricciones que sufren tales unidades (hoy, los Estados), en términos sistémico-estructurales, las preferencias (por ejemplo, ideológicas) de política exterior son irrelevantes o, se explican automática e inexorablemente según aquéllas. Efectivamente, dado que las unidades cambian históricamente, se subestimó o ignoró la “caja negra” de dichas unidades, por ejemplo, la posibilidad del diseño de la política exterior de los Estados. Es que los realistas clásicos no pueden “deconstruir” a los Estados. Hay restricciones de estructura (decisiones, relaciones Estado-sociedad, etc.), que dichos enfoques parecieran no visualizar. Estados con una posición similar en el sistema internacional, pero con diferentes estructuras internas, pueden comportarse de distintas manera. Qué variables intervienen allí para producir tales resultados? En efecto, hay un cúmulo de variables internas, que intervienen entre la variable independiente (la estructura internacional) y la variable dependiente (la política exterior). Tales variables internas explican por qué los actores no se comportan como los realistas clásicos suponían que se comportarían.

7 Las teorías “Innenpolitik”, son aquellas que consideran que la política exterior de un Estado sólo tiene sus fuentes en la política doméstica, en factores como la ideología, el

Sin embargo, a través de sus publicaciones en “*journals*” y revistas especializadas, algunos autores neorrealistas, como Jack Snyder, comenzaron a considerar los atributos de un Estado, por ejemplo, las políticas domésticas, como fuentes adicionales explicativas de los cambios en la política internacional⁸.

Asimismo, analizando las diferentes dimensiones de política exterior, otros académicos como Alexander Wendt, Ole Weaver, Friedrich Kratochwil y John Gerard Ruggie, desde el constructivismo, han ido reemplazando gradualmente, en sus estudios, “la lógica de la posición”, en términos waltzianos, por “la lógica de la interpretación”, en clave postpositivista⁹.

carácter nacional o la política partidaria, entre otros. En tal sentido, con los antecedentes de Rosenau, Katzenstein y Gourevitch, entre otros, el trabajo de Jack Snyder, “*Myths of Empire: Domestic Politics and International Ambition*” de 1991, puede ser considerado uno de los pioneros, intentando converger un modelo de política doméstica al interior de la tradición realista. El problema es que tales teorías no pueden explicar por qué Estados con similares sistemas políticos domésticos, se comportan de manera diferente en la esfera de la política internacional (Rose, 1998 :148) (Zakaria, 1992 :178) (Risse-Kappen, 1991 :480-486).

8 De acuerdo a la visión realista, las grandes potencias se definen no sólo por sus conductas sino por sus capacidades para mantener “su autonomía ante la fuerza que otros despliegan y tomar una variedad de acciones para perseguir sus objetivos”. Los constructivistas dirían que dependerán del grado en que se convierten en miembros dominantes de las instituciones formales e informales internacionales. Alexey Pushkov identifica tres factores que definen a Rusia como Gran Potencia: sus armas nucleares y convencionales; su influencia en la economía global y su indispensabilidad, en parte por su localización geopolítica, para resolver conflictos mundiales críticos. Podría agregarse la banca en el Consejo de Seguridad y el papel de la ciencia y la tecnología nuclear. Ideas geopolíticas como las de Nicholas Spykman y Halford Mackinder, quienes definían al territorio ruso (Eurasia) como la llave central que podría afectar el destino del mundo, sentando así las bases para la estrategia de contención occidental contra Rusia y las probables percepciones de amenazas que afirma tener la propia elite rusa. Como Rusia no posee fronteras geográficas fácilmente defendibles, es siempre vulnerable a ataques externos. Como George Kennan escribió de la situación soviética: “Aquí, la cautela, la circunspección, la flexibilidad y la decepción son las cualidades más valorables”, dado que Rusia, en virtud de su vasto territorio y su amplia gama de amenazas, parece sugerir que la autocracia es el único modo viable de gobernanza. Tampoco Rusia aceptó la trayectoria de sometimiento de Japón y Alemania tras la II Guerra Mundial. Pretendió tener su propio camino de transición política, económica y postimperial. En términos epistemológicos, el realismo en Relaciones Internacionales en Rusia reapareció sobre todo después de la crisis liberal de 1995. Muchas subescuelas se unieron con el tronco común de la geopolítica y la primacía norteamericana. Los estructuralistas confiaban en la coexistencia y los geopolíticos, en la permanente intención de Estados Unidos, de desintegrar a Rusia. Para algunos, la opción válida era una alianza consolidada con Occidente por problemas comunes; para otros, un eje con China (Eitelhuber, 2009 :6-7-8)

9 El propio Robert Keohane en su célebre discurso de la ISA (*Internacional Studies Association*) en 1988, calificó como “disidentes”, a los académicos “postpositivistas” o “reflectivistas”, generando una suerte de oposición binaria muy elocuente con los

Del mismo modo, intelectuales postestructuralistas como James Der Derian, Michael Shapiro y R.B.J. Walker, permiten indagar acerca de los discursos, valores, creencias e ideas como sus omisiones y modificaciones, que influyen en la política exterior de los Estados. Así, la política exterior combina “sistema” y “unidad”, para lo cual, comparar o desarrollar estudios cuanti y cualitativos, posibilita mejorar la tradición del conocimiento de la política exterior.

Precisamente, abordajes teóricos como el realismo clásico y el neorrealismo, han permitido la investigación de estas temáticas, enfocando el papel de liderazgo en base a la defensa de su “interés nacional” que posee Rusia a nivel mundial así como el rol que la estructura internacional le tiene reservado, en función de sus capacidades materiales, antes mencionadas, aunque han mostrado cierta insuficiencia explicativa respecto al cambio producido en la política exterior rusa, desde el alineamiento inicial a Occidente en los años noventa hacia la actual política multivectorial que plantea el Kremlin ¹⁰.

Una perspectiva realista neoclásica, podría hacerlo si, de modo análogo al de esta Tesis, enfatizara el estudio de cinco variables que son relevantes para la política exterior: la fortaleza del Estado respecto a sus relaciones con la sociedad; las percepciones de quienes toman decisiones; el grado de cohesión de las elites; la influencia de actores domésticos en la agenda de política exterior y la capacidad estatal para

enfoques clásicos (Perni, 2005 :118) .

10 Una Tesis relevante en idioma castellano, presentada en tiempos recientes, desde una perspectiva cercana a la del profesor norteamericano de origen finlandés, Kalevi Holsti, privilegiando “las concepciones del papel nacional” -las ideas de los decisores políticos acerca del papel que debe desempeñar su Estado en los asuntos internacionales-, ha sido la del profesor español de la Universidad Carlos III, de Madrid, Javier Morales Hernández, la cual focaliza en la política exterior y de seguridad rusa de los gobiernos de Yeltsin y Putin, sobre todo a partir del proceso de desintegración de la ex Yugoslavia y la expansión de la OTAN hacia el este europeo. Cabe destacar que Kalevi Holsti, hermano de otro famoso internacionalista, Olavi Holsti, se retiró en junio de 1999, como profesor emérito del Departamento de Ciencia Política en la Universidad de la Columbia Británica en Vancouver, Canadá, tras haber aportado un gran cantidad de obras clásicas al ámbito de las Relaciones Internacionales, entre las cuales se destaca “*The State, War and the State of War*”, publicado en 1996. Otra Tesis imbuida de la influencia realista-neorrealista es la elaborada por el profesor argentino Alberto Hutschenreuter, acerca de la política exterior rusa después de 1992 y hasta el acceso de Putin al poder en 1999-2000 (Morales Hernández, 2009 :36) (Jones, 2002 :97) (Hutschenreuter, 2011).

movilizar a la opinión pública. Pero cabe subrayar que dicha perspectiva teórica, tendría alguna dificultad para “deconstruir” la unidad de análisis estatal ¹¹.

Desde la teorías opuestas, más cercanas al idealismo o el institucionalismo neoliberal, como la “paz democrática”, se expresa que, dado que los regímenes democráticos no suelen ser belicosos entre sí, pero lo son los regímenes no democráticos, iliberales o autoritarios, la comunidad internacional debe promover la apertura de espacios o grietas en estos últimos regímenes, para fomentar conductas más cooperativas de éstos y evitar las desafiantes. Si éstos dejan de serlo algún día, puede deberse a dicha promoción externa pero también a procesos de modernización económica hacia un sistema más capitalista, que favorecería el aumento de las clases medias y sus expectativas de mayor democratización¹².

11 Respecto a las posiciones realistas en relación al tratamiento del tema soviético-ruso, vale la pena recordar aquí que existiendo desacuerdo los realistas clásicos o estructurales y los neoclásicos, éstos últimos parecen acercarse a la argumentación constructivista. En efecto, la primera variable interviniente es el conjunto de percepciones de quienes toman decisiones, a través de las cuales se deben “filtrar” las presiones sistémicas. Esto supone que los realistas neoclásicos cuestionan la idea de un actor racional. El supuesto de un actor racional funciona como una “correa de transmisión” entre los atributos del sistema y la acción de los Estados. Al tomar la racionalidad de los actores como un atributo dado, los teóricos del realismo clásico o estructural pueden realizar afirmaciones acerca de la relación variable entre cambios en la distribución de capacidades y cambios en las conductas de los Estados. Por el contrario, hablar de percepciones, supone que tal vínculo no existe como tal y por lo tanto, la tarea del investigador consiste en analizar cómo los actores interpretan o perciben el aumento o declive de sus capacidades relativas. Si existiera un vínculo entre capacidades y acción, según Schweller, la Unión Soviética de Stalin hubiera equilibrado a la Alemania de Hitler en 1939 en lugar de alinearse con ella. Esto hubiera planteado a Hitler, la necesidad de planificar una guerra en dos frentes simultáneos, lo cual, hubiera evitado la contienda bélica. A comienzos de los 80, la Unión Soviética comenzó a perder poder relativo frente a los Estados Unidos. Esto originó un cambio de conducta por parte de Moscú, que se tradujo en la *Glasnost* y la *Perestroika*. Ambas, finalmente, llevaron a la debacle de la URSS. Sin embargo, un estudio neoclásico en profundidad, como el de Wohlforth en 1993, mostró que la percepción de Gorbachov era que los cambios operados por la URSS servirían no para acabar con ella sino para recuperar su posición. Se trató, entonces, de un error de percepción acerca de las capacidades que Rusia tenía para hacer frente a su posición internacional. Hasta ahora, la metodología preferida del realismo neoclásico ha sido el desarrollo de narrativas informadas por la teoría, al rastreo de procesos y el estudio de casos. De manera más precisa, la metodología más apreciada es aquella que analiza estudios *dentro* del caso, en lugar de estudios *a través* de los casos. En tal sentido, Gideon Rose afirma que el trabajo arquetípico del realismo neoclásico es *La Guerra del Peloponeso* del historiador griego Tucídides (1997) (Merke, 2007 : 18-19).

12 Siguiendo la política occidental democratizadora encarada en Alemania y Japón, en 1945, la intervención norteamericana en Afganistán e Irak, en el 2002-2003, e

Estos enfoques idealistas o neoliberales, permiten evaluar la conducta del Estado ruso, bajo Putin, ya sea cooperando o confrontando con la comunidad internacional y ciertas potencias como Estados Unidos, Unión Europea y China, entre otras. Así, suelen enfatizar cómo la política exterior rusa, en pleno inicio democratizador, ha tenido un marcado alineamiento, cuasi “acoplamiento” a Occidente, en los primeros años de los noventa, mostrando actitudes cooperativas, las que aquí, se indagará, se interrumpieron o no -aunque bajo modalidades más firmes de negociación- durante la década siguiente¹³.

La tesis ya citada del profesor español Javier Morales Hernández, sobre las concepciones de la política de seguridad de Yeltsin a Putin, también constituye una relevante base de sustentación de esta temática. Del mismo modo, en nuestro país, la tesis del profesor argentino, el Dr. Alberto Hutschenreuter, sobre la política exterior rusa después de la Guerra Fría, demostrando cierto grado de humillación y reparación sufridos por Rusia, durante la Postguerra Fría, es otro antecedente de validez, desde una perspectiva eminentemente realista ¹⁴.

hipotéticamente en Irán a futuro, así como la influencia de Alemania en Serbia, tras la desintegración yugoslava, serían ejemplos de dicha promoción democrática externa, aún realizada a través de medios militares, al menos, en una primera fase.

13 En el ámbito de la Ciencia Política, la Federación Rusa es objeto de atención desde la perspectiva de la Política Comparada, considerando el carácter de “democracia iliberal”, en términos de Fareed Zakaria, o un régimen político “híbrido” o “semiautoritario”, es decir, un sistema político que es legitimado vía elecciones pero que tiene serios déficits institucionales en el aspecto republicano (nula división de poderes, escasa “accountability”, vulnerabilidad de los ciudadanos ante la arbitrariedad de las fuerzas de seguridad, etc.). Por otra parte, preocupa a los investigadores, la cuestión de la transición postcomunista en Rusia. Aquí, autores como Valerie Bunce, Lucan Way y Steven Levitsky, entre otros, han expuesto sobre las precondiciones que de algún modo, ayudarían al derrumbe de regímenes “iliberales”, como ocurrió en Georgia y Ucrania en los primeros años de los dos mil, analizando además por qué en países como Rusia o Bielorrusia, las circunstancias para que ello ocurra, precisamente, son adversas. En principio, cabe deducir que el nexo entre la calidad del régimen político, dimensión que pertenece al campo disciplinar de la Política Comparada (Ciencia Política) y, la conducta más o menos cooperativa o confrontacionista de ese mismo Estado, puede constituir el siguiente supuesto: cuanto más democrático liberal o poliárquico, en términos de Robert Dahl, sea dicho régimen, mayor será su naturaleza cooperativa y no confrontativa ni hostil será su política exterior, para con sus vecinos similares (los cercanos y los más distantes). En contraste, entre los regímenes no democráticos, existen a menudo, mayores posibilidades de conflicto o tensiones entre sí.

14 No obstante ello, el trabajo de Morales Hernández, además de focalizar demasiado en el proceso de toma de decisiones, privilegia a los decisores políticos (aunque sólo de los Poderes Ejecutivo y Legislativo) como nexos entre las ideas presentes en la sociedad y

Más allá de las reflexiones que alientan los núcleos de estas macroteorías, se emplearán otros dos grandes grupos de marcos teóricos más acotados: por un lado, el Análisis de Política Exterior (APE), que permite analizar y evaluar las políticas exteriores de los Estados, contrastando objetivos con resultados e identificando las posibles falencias en relación a dichos objetivos y, enfoques relativamente recientes, considerados “disidentes”, en la gama de los ya citados “reflectivistas” o “postpositivistas”, en el ámbito de las Relaciones Internacionales, como el constructivismo y el postestructuralismo ^{15 16}.

la actuación estatal, por lo cual, omite estudiar las raíces sociales y culturales de tales ideas, tal como lo intenta hacer nuestra Tesis. Descarta considerar a actores no gubernamentales por la dificultad para medir su grado de influencia real en aquellos decisores políticos; por la opacidad del proceso de formulación de la política exterior y el papel muy limitado de la sociedad civil). desde el acceso de Putin al Kremlin. El profesor de la Universidad Carlos III define a la política exterior rusa, como esencialmente presidencial (Morales Hernández, 2009 :78-79-85) (Hutschenreuter, 2011).

15 El constructivismo reconoce filiaciones como el interaccionismo simbólico de Erving Goffman y la sociología estructuracionista de Anthony Giddens, además del libro fundamental de Berger y Luckman, “La construcción social de la realidad”. Sobre fines de los ochenta, Alexander Wendt, Friedrich Kratochwil y John Gerard Ruggie, empezaron a cuestionar, en el marco de una interesante discusión epistémico-ontológica, los paradigmas clásicos de las RRII (estadocéntrico y globalista), por su mirada racionalista y positivista. La nueva “forma de pensar” las RRII, se ubicó en una posición holista-idealista, a través de la cual, la realidad se construye socialmente y en el caso de las RRII; la “anarquía”, pilar de la teoría realista, no es un supuesto dado, sino sencillamente, “es lo que los Estados hacen de ella, que sea”. Lo cual, implica, que no haya una sólo anarquía, sino tres culturas de anarquía, que conviven en las relaciones entre Estados: la hobbesiana (conflicto), la lockeana (intercambio) y la kantiana (amistad). Para los constructivistas, a diferencia de los neorrealistas, el “Interés nacional”, como algo dado, no se defiende, sino que previamente, se define, en términos sociales.

16 El pensamiento calificado como “postmoderno”, así llamado porque se define en oposición al proyecto ilustrado de la modernidad, siendo escéptico respecto a toda afirmación de verdad objetiva, concepción lineal de la historia y pretensión de universalidad, tuvo una entrada bastante tardía en las Relaciones Internacionales. Aunque cabe aclarar que la entrada del postmodernismo a los estudios europeos fue aún más tardía. También debe destacarse que postmodernismo y postestructuralismo se emplean a menudo como sinónimos. Sin embargo, el postestructuralismo se refiere de manera más específica al estudio del discurso como estructuras sociales. Aunque enraza en la tradición de la lingüística estructuralista, el postestructuralismo se caracteriza por su concepción de las estructuras de significado permanentemente abiertas o inestables, de modo que siempre, habrá batallas sociales por el significado de diversos temas. Sustentándose en el pensamiento de intelectuales franceses sesentistas y setentistas, como Michel Foucault y Jacques Derrida entre otros, autores de origen anglosajón en las Relaciones Internacionales, como James Der Derian, Michael Shapiro y R.B.J.Walker, inauguraron el surco postestructuralista (Herranz Surrallés, 2009 :48).

A lo largo del período 2000-2012, estudiando de qué manera, ha operado un esquema de creencias de “nacionalismo moderado”, que ha influido sobre la política exterior del Kremlin, orientándola hacia un estilo más cooperativo con la estructura internacional. En términos más estrictos, a lo largo de la etapa citada, a partir de un consenso mayoritario en torno a una tradición “nacionalista moderada”, recogida y estimulada por la Presidencia de Vladimir Putin, se comprueba una gran continuidad con el patrón histórico ruso y una política exterior en gran medida, no confrontativa con la estructura internacional de poder.

En esta Tesis, a partir del sustento teórico e investigativo de autores fundamentalmente rusos, se propone un marco analítico teórico ecléctico, que pueda lidiar con la inestabilidad y el cambio actual de la política internacional dentro y entre prácticas discursivas y conductas políticas, y que permita así, diluir la dicotomización conceptual contraproducente entre intereses por un lado y, normas y valores por el otro.

Así lo amerita la situación en el orden mundial presente, de naturaleza conflictiva y multifacética, que evoluciona en múltiples niveles y en esferas altamente interconectadas. En el plano material, que es el preferido por el realismo, se visualiza un cambio de poder real y emergencia de nuevos y viejos poderes así como en el normativo, con crecientes planteos a la autoevidente y automática legitimidad del orden democrático-liberal, pretenciosamente universalista¹⁷.

Tal vez, la complejidad del nuevo orden internacional está dada por el relativo fracaso en reacomodar a él, a las potencias en ascenso

17 Aún dentro de los paradigmas vigentes, se verifican respuestas teóricas en tan sentido, lo cual revela el debate dinámico en el que se desenvuelven las Relaciones Internacionales hoy, como campo disciplinar. Nuevos y viejos conceptos como “conflicto”. “balance” o “gestión” de grandes potencias” son propuestas desde autores neorrealistas como Mearsheimer e Ikenberry, como alternativas explicativas futuras al actual momento unipolar, de primacía norteamericana. Otros estudios bajo el “paraguas” analítico amplio de “balance de poder suave -o *soft power*-”, han intentado conceptualizar el nuevo fenómeno del balance normativo en términos opuestos al tradicional balance de poder en el nivel regional, por ejemplo, en Asia Central y Europa del Este, tradicionales esferas de influencia otrora soviética -y ahora pretendidamente rusa-, aunque a veces, sin demasiado rigor explicativo.

como Rusia, China e India, entre otras, además de sus reclamos por ser oídas como pares iguales y “*norm-setters*”, es decir, fijadores de normas. Este es el factor que puede considerarse como un gran déficit actual de las Relaciones Internacionales, es decir, la inhabilidad o incapacidad para explicar los patrones conductuales altamente volátiles de las potencias en ascenso y su posicionamiento normativo frente al Occidente hegemónico, debido a la ilegitimidad percibida de sus reclamos y aspiraciones a la luz del modelo democrático-capitalista. El ejemplo de cambiante balance regional, es la tensa relación entre Rusia y la Unión Europea, compartiendo historias y culturas pero también rivalizando a lo largo de tiempos recientes, sobre todo, en el ámbito ideacional.

A.2. El estado del arte

De acuerdo a los paradigmas, hay tres formas de mirar a Rusia y su política exterior. El “*approach*” liberal, desde la teoría de la paz democrática, mayoritariamente representado por analistas norteamericanos y europeos, aunque también algunos rusos, suele hablar del revés o retroceso ruso, asociando el carácter de su régimen político doméstico, poco o nada democrático, con su comportamiento externo, agresivo y peligrosamente expansionista. Se deduce entonces, una política exterior rusa, desafiante a las normas de convivencia con Occidente. Las tensiones y el “*gap*” con éste, se deben a que Rusia posee un régimen político semiautoritario. La variable dependiente del mismo, sería la política exterior rusa.

Entre otros autores, Ambrosio, Burnell y el reciente embajador norteamericano en Moscú y experto en sistemas políticos comparados, Michael Mc Faul, son los representantes más conspicuos de este abordaje teórico, el cual, no oculta cierto trasfondo ideológico, empeñado en diferenciar a Rusia de Occidente, al estilo de la vieja Guerra Fría. Entre los rusos, Lilia Shevtsova y Dmitri Trenin, dentro de la escuela de transitólogos, resaltan el carácter de la transición política rusa desde 1992, a menor ritmo en el avance democrático hacia la poliarquía de Dahl, lo cual explicaría, la resistencia de Moscú a la democracia en

otros países del espacio postsoviético, por temor al “efecto contagio”. Así, la promoción democrática propuesta desde Washington y Bruselas, sería percibida como una gran “enemiga” desde el Kremlin.

Ocurre que la comprensión teórica de la promoción autocrática dentro del contexto del paradigma liberal, está limitada por múltiples restricciones, por ejemplo, el problema de la categorización y el hecho de que factores políticos y de seguridad están profundamente interconectados y no pueden ser sencillamente separados de manera analítica. Más específicamente, la cuestión a resolver es si la promoción democrática toma a los regímenes autocráticos como un objeto de estudio, en razón de la estabilidad del propio régimen o de una causa más estructural, en el sentido realista del término, considerando factores de seguridad. Resulta claro que teniendo en cuenta a estos últimos, los estudios liberales están siendo criticados por su óptica relativamente limitada y su visión teleológica del desarrollo político interno, el cual, reduce su poder explicativo y teórico.

Desde la óptica de ellos, la deslegitimación de regímenes que no se adecuan a los estándares liberal-democráticos, lleva a la marginalización de los Estados periféricos (en términos de desarrollo democrático) y así, no sólo convierte al conflicto en una “posibilidad teórica” sino sobre todo, en cuestión de “necesidad política” (Bakalova, 2012 :3-4).

En cambio, desde una óptica constructivista, que resaltase las discrepancias entre “Uno” y “Otro”, mientras se reconocen las diferencias ideacionales y societales que han existido históricamente entre Rusia y Europa, entre otros, Neumann, Tsygankov y Makarychev reafirman que, en un mundo de estándares liberales, Rusia nunca obtendrá el reconocimiento como “Gran Potencia” por parte de los líderes europeos, debido a la diferencia en las prácticas sociales de la construcción de la otredad, las retóricas de un “sendero especial” y diferenciado para Rusia y las mayores distancias respecto a Occidente y Europa. Esto conlleva a un círculo vicioso de razonamiento, por el cual, se presume la

inevitabilidad del conflicto entre rusos y europeos. La presunta incompatibilidad de las posiciones subjetivas de los actores se convierte así en una cuestión de premisa conceptual, más que una conclusión empíricamente derivada, mucho menos verificada (Bakalova, 2012 :4-5).

En el caso ruso, así como lo han demostrado Hopf, Kassianova y Tsygankov, entre otros, el discurso identitario nacional y el debate de política exterior, están fuertemente y mutuamente relacionados. Segundo, Europa ha sido usado, como un punto referencial en la cuestión rusa para su autorreferencialidad, tanto en términos nacionales como internacionales, perfilando su propio rol del “Otro” significativo en la socialización de normas y valores. Tercero, el rol referente de Occidente y también, Europa, ha sido crecientemente negativo en el discurso ruso, lo cual, explica la conducta rusa, a veces, no cooperativa (Bakalova, 2012 : 5).

Hay una tercera visión explicativa de la política exterior rusa, caracterizándola como la representativa de un discurso contrahegemónico a nivel global. Típicamente postestructuralista, basándose en autores como Laclau y Morozov, estos análisis consideran el discurso de la política exterior rusa, como un significado de delimitar los bordes de la comunidad política dentro de los cuales, tales significados y sus comprensiones son creadas. Aquí son estudiados los textos más representativos de la elite gobernante (Presidente, Primer Ministro y Ministros, entre otros) considerando que la misma, asume las posiciones de tales sujetos como representantes a priori, de las articulaciones hegemónicas que definen el contenido cognitivo dentro de una realidad social dada. El conflicto estaría dado por el resultado de la práctica discursiva rusa de la otredad en el proceso de construir una identidad nacional distintiva. Constituir el antagonismo es visto como el prerrequisito necesario para el establecimiento de una comunidad política y el desafío ideacional ruso a Occidente es interpretado como el signo de la resistencia contra el *hegemón* global y el proyecto democratizador universalista (Bakalova, 2012 :5-6).

Desde el punto de vista del realismo, en cambio, Rusia ofrece un rol de potencia neorrevisionista y de suave balanceo, pero de no confrontación con Occidente. En el caso de la Unión Europea (UE), puede verse una relación de interdependencia, pero asimétrica en materia energética.. En una perspectiva más general, el ascenso de Rusia puede ser visto como un proceso natural de reestructuración del sistema unipolar, transformándose en uno multipolar, desde el momento en que el poder de Estados Unidos no podría permanecer sin balanceo alguno por mucho tiempo.

Todo ello ha generado un intenso debate aún dentro del paradigma realista, donde se requiere la aceptación de la necesidad de reconocer al nivel doméstico como la variable interviniente en el análisis de la política exterior. Es así cómo el realismo neoclásico, entre otros, propone apartarse 'por un momento, de los factores estructurales y abrir la "caja negra" del Estado y acomodar los factores endógenos como filtros entre las presiones sistémicas y las decisiones de política exterior, resultantes. Desde esta óptica, la retórica crítica rusa y el retorno a una política exterior asertiva es el signo de la adopción de una agenda neorrevisionista (la de una "potencia insatisfecha"), la cual, se ve reflejada en su propia conducta (Bakalova, 2012, 6-7).

En el año 2010, Sakwa conceptualiza el neorrevisionismo de Rusia como "imperialismo mimético", "donde Rusia busca emular a la más exitosa de las potencias existentes más que en alcanzar un reordenamiento fundamental del sistema en su plenitud". Sakwa también renuncia a las predicciones neoliberales de un nuevo conflicto sistémico entre democracias y autocracias porque no hay contradicciones ideológicas fundamentales ni conflictos directos sobre recursos ni mayores diferencias entre cuestiones estratégicas entre Rusia y Occidente. Tampoco Rusia desea plantearse a sí misma, como una alternativa a Occidente aunque sí está más preocupada por preservar un cierto *status quo* en términos de política de poder. El perfil revisionista de Rusia no deriva de la insatisfacción con el balance de poder existente sino

con la falta de reconocimiento del *status* de Gran Potencia de Rusia por parte de Occidente y de la incapacidad del sistema internacional para acomodarse a las potencias en ascenso (Bakalova, 2012 :8).

En el corazón del problema sustancial empírico, descansa el contradictorio y ambiguo uso de la retórica de la política exterior rusa, por un lado, tan diferente a los instrumentos de política exterior, como a las preocupantes cuestiones normativas que afectan las relaciones con la UE y los países vecinos a Rusia. Estas ambigüedades se demuestran no sólo en las discrepancias surgidas a lo largo de las líneas retóricas-conductuales, sino también en las inconsistencias observadas dentro del posicionamiento normativo y la práctica política, respectivamente.

La ambivalencia rusa se advierte en que, si bien su discurso identitario permanece focalizada en Europa y los valores europeos, su actitud pro-democrática no es la misma en tan sentido. (Bakalova, 2012 : 9).

Por un lado, Rusia retóricamente confirma su intención y voluntad de participar en la competencia global de valores y modelos de desarrollo y por el otro, su actual política exterior ha permanecido pragmática y no-ideológica, conservadora, reactiva y *pro-statu quo*.

Tales contradicciones en el posicionamiento normativo y conductual han sido observadas en las relaciones entre Rusia, la UE y el vecindario postsoviético. Rusia vive un dilema de atracción y rechazo al mismo tiempo: pretende ser socia atractiva pero al mismo tiempo, ejercita músculos para el disenso. Hay un gradual uso de referencias como a categorías normativas como “democracia”, “derechos humanos”, “Derecho Internacional”, “paz global”, “cooperación”, “apertura y transparencia”, las que han sido una característica saliente de la retórica de la política exterior rusa entre el año 2002 y el 2008. No obstante ello, el perfil agresivo de Rusia ante las “revoluciones de colores” de Georgia y Ucrania, la negativa a participar de la Política de Vecindad Europea, el uso de la energía como instrumento de presión en los recurrentes escándalos del gas con Ucrania y finalmente, el conflicto armado con

Georgia, son acciones políticas percibidas como contradictorias con la posición normativa oficial (Bakalova, 2012 :10).

La política exterior rusa, así, termina siendo defensiva y reactiva, peor pocas veces o casi nunca, ofensiva o proactiva, por lo que no reúne los atributos necesarios para intentar reformular -o crear una nueva- estructura del poder internacional.

Una literatura creciente le otorga relevancia a la deseabilidad y generación de una visión más bien ecléctica, que supere los enfoques mencionados. Peter Katzenstein y Rudra Sil, entre otros, se han convertido en los más conspicuos exponentes del eclecticismo analítico, abogando por nuevas investigaciones y métodos que escapen a la lógica de los paradigmas dominantes. Para Katzenstein, el “*approach*” ecléctico busca extrapolar, traducir e integrar selectivamente, elementos analíticos, como conceptos, lógicas, mecanismos e interpretaciones de teorías o narrativas que hayan sido desarrolladas dentro de paradigmas diferentes, pero que pueden referirse a aspectos de problemas sustanciales de significación académica y práctica” (Bakalova, 2012 :13-14).

Existe un consenso cuasi universal entre los teóricos de Relaciones Internacionales, en el sentido de que los factores ideacionales son determinantes clave para entender la política exterior rusa contemporánea pero no hay que ser constructivista, según Sakwa, para pensar que el diseño de la política exterior está en gran parte, influido por cómo se define un país a sí mismo y su lugar en el mundo. Al mismo tiempo, el *establishment* oficial en Rusia anuncia regularmente su adhesión al realismo y el pragmatismo en política exterior, mientras su actual conducta permanece ambigua y aparece desorientada, lo cual, puede ser o no, consecuencia de una identidad conflictiva y no preestablecida. Discusiones recientes dentro de los propios círculos teóricos de estudios postsoviéticos, desde el ámbito constructivista, han mostrado que el concepto de identidad en sí mismo, está crecientemente desafiado.

Así entonces, preocupándonos más por definir cuáles son aquellas formas de reaccionar ante la norma, más que discutir inútilmente el concepto de identidad, aparecen estas posibilidades: Rusia como tomador de normas (*norm-taker*); como quebrantador de normas (*norm-breaker*); como generador de normas opuestas a las existentes (*norm-faker*) y como hacedor de nuevas normas (*norm-maker*).

Suelen existir cuatro explicaciones para analizar el cambio de la política exterior rusa:

- a) la explicación de la estructura internacional;
- b) la instrumental;
- c) la explicación de la rivalidad institucional;
- d) la explicación de la socialización.

Las cuatro ven al Estado como el principal actor en la política exterior pero difieren en cuanto poseen premisas teóricas básicas que varían de acuerdo al poder del Estado como agente en el escenario internacional. No son mutuamente excluyentes pero sí complementarias. La fuerza explicativa de una u otra, varía de acuerdo al tiempo (Jonsson, 2005 :2)¹⁸.

18 La primera explicación es la típica de los realistas que ven a las condiciones internacionales como determinantes para definir la política exterior de un Estado como Rusia (poder, capacidades militares y tecnológicas, territorio, etc.). Ya en un estudio sobre la política exterior soviética, Kenneth Waltz llamaba la atención sobre preocuparse más en la situación internacional de la URSS antes que en sus motivos o los resultados de su acción, incluso su conducta a menudo, conflictiva. Por ejemplo, luego del 11S, la comparativamente débil posición de Rusia en el balance internacional de Estados en el Asia Central, impuso sus límites a Moscú que no pudo más que aceptar la presencia norteamericana en la región. La segunda explicación considera al Estado como un actor racional, autónomo y unitario, que posee un conjunto de preferencias y elige de acuerdo a la maximización de sus intereses. La política exterior es un instrumento del Estado para el cambio y la influencia a nivel internacionales. El cambio se explica por la reformulación del liderazgo estatal de los objetivos estratégicos, tácticas e instrumentos. La tercera explicación si bien acepta también al Estado como el principal actor, contradice a la anterior, porque lejos de la racionalidad idealizada por aquella, considera que la política gubernamental y la exterior, en particular, es el resultado de la competencia entre varios grupos de intereses. La rivalidad institucional deriva del modelo burocrático de toma de decisiones de Graham Allison en 1971 (Allison, 1988). La cuarta explicación, se refiere a un proceso por el cual, Rusia alcanza sus intereses, pero sólo en un marco institucional internacional de normas y reglas de conducta ya aceptadas. Las estructuras pueden ser entendidas como sociales, en la forma de regímenes internacionales, conjuntos de normas y reglas existentes, más allá de capacidades materiales como el poder militar. Ya Joseph Nye en los años ochenta, introdujo el concepto de “aprendizaje” como un factor decisivo y Robert Keohane, también subrayó la importancia de los regímenes internacionales que pueden afectar tanto las capacidades como los intereses de los

Lo cierto es que Rusia vivió cambios de significación en su política exterior en la era Putin (2000-2012), por lo que para analizarla, hay que prever estos cinco supuestos:

a) Cambio en la dimensión geopolítica. Antes, durante la URSS, la esfera de influencia de aquélla, era amplia y se extendía a casi todo el globo, con círculos concéntricos más cercanos como los Estados “satélites” de Europa Oriental, pero también Europa Occidental y el Tercer Mundo. Ahora, las esferas de gravitación rusa son apenas dos: “el exterior cercano” (en idioma ruso, “*Соседние страны*”) y el resto del mundo.

b) Debe hablarse de una política exterior analizable en dos niveles diferentes. Rusia es una Gran Potencia a nivel regional pero también es una potencia regional a nivel global. Hace *bandwagoning* (contrabalanceo) para compensar o reequilibrar el poder mundial. Cabe analizar de aquí en más, cuáles son sus motivaciones, sus objetivos, sus prioridades y los instrumentos que emplea.

c) Hay que distinguir entre factores internos y externos, lo cual nos acerca a la diferenciación soviética de los años 60, evitando las explicaciones monofactoriales. Los externos como el 11-S imponen restricciones o limitaciones o abren oportunidades. Los internos incluyen el sistema

Estados. Además, pueden alterar las prácticas o rutinas burocráticas; promover un entendimiento de las relaciones causa-efecto; alterar las ideas en relación a la legitimidad y valor de prácticas particulares; aumentar la relevancia política de algunas cuestiones públicas, haciéndolas adquirir notoriedad en redes normativas de alto nivel; cambiar el balance de la influencia política en la política doméstica y fortalecer la capacidad política y administrativa del gobierno y ONGs en los países. Esta explicación tiene sus raíces en las teorías neoliberal y constructivista. Los Estados cambian sus valores y normas, participando en la cooperación internacional y las organizaciones multilaterales. Así, los Estados encuentran ganancias relativas, fruto de la cooperación y ya no de la anarquía, ya que ésta impone costos si las normas, reglas y compromisos son violados. Dichas normas y reglas influyen la conducta estatal. Un Estado como Rusia, realiza cálculos costo-beneficio pero también puede tener en cuenta las implicancias amplias y los costos de largo plazo, de la no cooperación. Cada vez que los Estados aceptan los beneficios de largo plazo por participar en el sistema legal internacional, la idea de la obligación y la naturaleza normativa de las reglas, van tomando forma. Pasa a ser la existencia de intereses, valores y expectativas comunes, la que importa. Rusia toma decisiones en orden a estar en línea con los que podría ser esperado de otros Estados, cooperando con Occidente y siendo reconocido por éste, como un igual inter pares (Jonsson, 2005 :6-7-8-9).

político doméstico, las luchas de poder burocrático, las ideologías, las escuelas de pensamiento de política exterior, la doctrina militar y las estructuras y capacidades económicas. Para un examen completo de la política exterior, debe abrirse la “caja negra” de Rusia, evitando enfoques típicos de actor racional. La política exterior pasa a ser un complejo interjuego de múltiples factores estructurales y no estructurales de motivación.

d) La identidad política del Estado es la variable dependiente de los contextos históricos, culturales y sociopolíticos. La elite política contemporánea rusa guarda una gran variedad de identidades rusa (Rusia moderna, como Gran Potencia, *hegemón* regional, democracia al estilo europeo, etc.), pero cabe preguntarse cuál es la dominante.

e) Finalmente, debe tenerse en cuenta la dimensión temporal, es decir, sin ser deterministas, la larga línea histórica rusa y entre otros, el propio legado soviético y, ya en la era postsoviética, tanto las continuidades como las diferencias entre Yeltsin y Putin. Incluso, los efectos que tuvieron acontecimientos como el 11-S sobre la política exterior, el pensamiento estratégico rusos y sus motivaciones.

A.3. Análisis de Política Exterior (APE)

Retomando el plano teórico, e indagando sobre los dos grupos citados de teorías, respecto al Análisis de Política Exterior (APE), se trata de “una subdisciplina de las Relaciones Internacionales que busca explicar la política exterior con referencia al campo teórico de los tomadores de decisiones, actuando solos o en grupos” (Hudson, 2008 : 12). Se entiende que la política exterior es “la estrategia o el acercamiento escogido por el gobierno nacional para conseguir sus objetivos en relación a entidades externas: esto incluye la decisión de no hacer nada”. Se considera que el APE es una teoría de actores específicos, es decir, que explica el comportamiento de actores particulares y no tiene un enfoque más amplio como, por ejemplo, la teoría de los juegos que se enfoca en explicar el comportamiento en general de los actores (Hudson, 2008 :12).

Walter Carlsnaes advierte que la política exterior es una materia empírica que se encuentra dentro de las esferas internas y externas del Estado. Esta política emana de intereses tanto de la política doméstica cuanto internacional. Es por ello que encontramos una gran variedad de actores, a nivel interno y externo, que se ocupan de la toma de decisiones en política exterior, de la misma forma que existe una variedad de estructuras de ambos tipos que afectan a dichos actores de diversas maneras (Carlsnaes, 2008 : 86).

De acuerdo con otros autores como Christopher Hill, la palabra clave del APE es el “análisis”, que implica no sólo, descomponer la política exterior en sus tres partes (actor, estructura y agencia), sino intentar desentrañar un significado más profundo que el que se observa superficialmente y en entender las acciones, de la manera en que los actores se redefinen constantemente a sí mismos a través de su interacción con otros. La relación entre las fuentes internas y externas de comportamiento, es central para entender lo que hace la política exterior, ya que ésta nunca puede abstraerse del ambiente doméstico del que surge (Hill, 2003 :37) ¹⁹.

En el caso ruso, los trabajos de la profesora Vendulka Kubálkóva en relación al “Nuevo Pensamiento” vigente durante el tramo final de la Unión Soviética (era Gorbachov) y el trabajo del profesor ruso Andrei Tsygankov (San Francisco State University), al evaluar la política exterior de la Federación Rusa, son identificados como sendas referencias obligadas en la presente Tesis.

A.4. Constructivismo

19 Categorías relevantes en el APE:

Actor: Entidades capaces de ejercer su voluntad y tomar decisiones de forma independiente. Por ejemplo: Estado y Presidente o Jefe de Estado (cuando actúa como líder predominante) (Hill, 2003 :27).

Estructura: Conjunto de factores que conforman los múltiples espacios en que operan los agentes, y dan forma a las elecciones de los agentes, estableciendo límites y determinando la naturaleza de los problemas que ocurren dentro de la misma. La estructura existe en todos los niveles y es un error en política exterior, asumir que se refiere solamente al sector externo (Hill, 2003:26).

Agencia: Implica individuos tomando decisiones e implementándolas en nombre de entidades que poseen varios grados de coherencia, organización y poder, por ejemplo, el Estado (Hill, 2003 :51).

Respecto a los enfoques postpositivistas, la gente en este mundo, viven e interactúa mayoritariamente en colectividades, incluyendo Estados. Estas incluyen a líderes que crean, perpetúan y alteran los ambientes o entornos en los que ellos viven. Si la gente no reforzara esos significados dominantes en su comunidad, a menudo expresados como “hechos históricos” o “realidades inevitables”, las estructuras no existirían.

El uso del lenguaje sobre etnicidad, las creencias religiosas, etc. evolucionan y generan inestabilidades y ambigüedades que crean oportunidades para alterar esas prácticas sociales. Así, hay una mutua constitución de “agentes” y “estructuras”. La ontología constructivista es diferente a la realista e idealista porque se nutre de tres conceptos fundamentales: intersubjetividad, contexto y poder (Klotz, Lynch, 2007 :8).

Respecto a la primera, significados particulares o “representaciones” crean un orden social de reglas y normas que son legitimadas y que se espera, hagan que el mundo funcione, para que intereses e identidades se tornen posibles. Pero las interpretaciones de los significados varían según los espacios, territoriales, historia y sociedades, sin necesidad de reificar nociones de culturas estáticas o inmutables. Dichos cambios no siguen una línea teleológica por lo que las evaluaciones de los éxitos o fracasos de los países dependerán de las escalas normativas de los analistas, lo cual genera relaciones especiales entre investigadores e interpretaciones. Respecto al tercer concepto, dado que múltiples significados coexisten, hay algunos que se imponen a otros y por ellos, se preguntan los constructivistas. Hay prácticas que refuerzan o socavan algunos significados (Klotz, Lynch, 2007 :9).

Aplicándolo a la política internacional, se parte de un supuesto teórico, por el cual, cobran relevancia las ideas, la doctrina y los discursos en la formulación de la política exterior del Estado. A modo de referencias conceptuales de esta tesis, el nacionalismo moderado ruso puede contribuir a explicar el perfil de la política exterior a lo largo de los

períodos estudiados. El constructivismo permite indagar acerca de la gravitación del proceso de dicha construcción ²⁰.

También el constructivismo permite observar la evolución y los cambios en la formulación, ejecución y evaluación de las políticas exteriores. Este marco posibilita explorar, a través del estudio y análisis de los discursos y documentos oficiales, si hubo continuidades o rupturas en la política exterior rusa, más allá de los avatares de la política doméstica post caída de la URSS en diciembre de 1991 (períodos Yeltsin-Putin-Medvedev).

Precisamente, el cambio (relativo) de política exterior de Putin y Medvedev respecto a Yeltsin, pudo haber obedecido a que logró construir mayor poder político y económico, que le permitieron posiciones más autónomas y menos costosas en el sistema internacional.

En años recientes, con un abordaje teórico semejante al que se pretendió en esta Tesis, han aparecido estudios diversos que, siguiendo una lógica constructivista, intentan explicar semejante cambio en las ideas y creencias de la elite gobernante rusa. Ellos focalizan en los discursos de dicha elite, los que a su vez, traducen, mediante documentos oficiales, las ideas y creencias predominantes en la misma, además de la intelectual, la dedicada al mundo de los negocios y la opinión pública en general, poco habituada como en la mayoría de los países del mundo, a informarse y debatir sobre temas de agenda mundial.

Los temas de agenda, reflejados tanto discursiva y doctrinariamente como la evolución de la opinión pública, incluyeron las

²⁰ Cabría aquí cierto paralelismo aunque no cronológico, con la identificación de “fuerzas profundas” (en términos de los historiadores franceses Pierre Renouvin-Jean Baptiste Duroselle) como el excepcionalismo, el mesianismo, el externalismo y el nacionalismo ruso y, cuestiones identitarias que influyen en la política exterior de dicho Estado, que favorecen o no su capacidad de respuesta para generar cambios positivos que asimismo, benefician a la población, sin desconocer capacidades materiales (territorio, población, riquezas naturales, etc.). Resulta claro que países que se han apoyado sobre tales “fuerzas profundas” –elementos constitutivos primigenios como la geografía, la demografía, etc.- y los circunstanciales, como las ideas que han contribuido a la construcción de una identidad nacional-, se han desempeñado mejor y han logrado mejores resultados en términos de inserción, que aquellos que carecen de identidad o la han fundado en alguna idea errónea, como la raza o los nacionalismos exacerbados. Se considera que la construcción de la identidad y percepciones es un proceso dinámico y un Estado puede poseer múltiples identidades socialmente construidas (Busso, 2007 :4-5) (Zubelzú, 2007 :104-108).

percepciones de la elite rusa sobre su pasado y presente; el sentido y los peligros o amenazas de disgregación que acechan al territorio nacional; el rol de Rusia en la estructura de poder internacional (su autopercepción) y, las relaciones con otros Estados, evaluadas en términos de “amigos”, “socios” o “enemigos”.

Desde una perspectiva de análisis del discurso, la investigación de la profesora Alla Kassianova, de la rusa Tomsk State University -hoy en Estados Unidos-, es un elocuente testimonio de esta tendencia. A ellos se pueden agregar los trabajos tanto, del profesor Ted Hopf -quien trabaja con el propio Alexander Wendt (pionero del constructivismo) en la Ohio State University-, contrastando discursos e identidades entre la Unión Soviética de 1955 y la Rusia de 1999, como los del profesor ruso Serguei Prozorov (Helsinki Collegium for Advanced Studies, University of Helsinki, Finland) y la profesora rusa Lara Ryazanova-Clarke (Princess Dashkova Russian Centre at The University of Edinburgh, Scotland), todos ellos, evaluados como antecedentes valiosos a la hora de realizar el presente trabajo.

El postmodernismo o postestructuralismo permitió problematizar las típicas oposiciones binarias a las que se enfrentó la política exterior rusa: la otredad o la identificación del “Otro”, o sea, Occidente. También permitió explorar lo “que no dicen” u ocultan los discursos oficiales del Kremlin y la Cancillería rusas, observando cómo se camuflan conceptos como “interés nacional”, “seguridad”, “amenazas externas” y tantos otros, que encubren una vocación gradual del Estado ruso, al mismo tiempo de reconstituirse, tras la caída de la URSS en 1991, por ganar en opacidad y coerción hasta remilitarizarse.

A modo de referentes empíricos, cabe considerar como unidad de análisis al Estado ruso pero deconstruyéndolo, observando su aparato gubernamental, sus actores, los líderes y burócratas que formulan, implementan y ejecutan la política exterior. Se analizó el comportamiento de la elite gobernante en la Rusia de los últimos años, tanto hacia fuera como hacia adentro, desechando la idea de monolitismo, que muchas

veces, caracteriza a los estudios sobre el Kremlin. Abogados de San Petersburgo, tecnócratas, militares y representantes de las fuerzas de seguridad (“*siloviki*” -en alfabeto cirílico, *силовики*-), entre otros, confluyen en el gobierno ruso, con sus intereses particulares muchas veces en pugna -tanto por ideas o cursos de acción política a seguir como por intereses sectoriales o grupales- pero en materia de política exterior, parecen guardar cierto grado de convergencia.

Por supuesto, al interior de dicha elite, guarda particular interés la figura de Vladimir Putin, un hombre muy ligado a los viejos servicios de inteligencia soviética (KGB) y también al “foro” (cuerpo de abogados) de la Ciudad de San Petersburgo. Si bien en Rusia, el poder presidencial es importante, se mueve en un escenario de puja burocrática, entre agencias con gran autonomía, intereses sectoriales y hasta choques personales. Es que la figura presidencial que puede ser equiparable a la de un Zar, dictador o hiperpresidente, enmascara su rol de árbitro clave entre muy relevantes grupos de poder (Zubelzú, 2008).

A.5. Metodología

Un diseño integral de tesis para un análisis de política exterior, puede atravesar diversas subdisciplinas (Política Comparada, Políticas Públicas y, Psicología Política -por ejemplo para estudiar fenómenos como el mapa cognitivo de los líderes-, entre otras) y también marcos teóricos, aconsejándose establecer marcos conceptuales, triangulando conceptos de diferentes teorías. Ellos adquieren validez al estudiar ya no sólo a la estructura internacional sino, como pretende esta Tesis, a actores internos, los tomadores concretos de decisiones, en el corte de intersección entre lo “doméstico” y lo “internacional” (Hudson, 2005 :5).

En conexión con la relevancia que adquiere el análisis de lo expresado por dicha elite, se efectuó un seguimiento de los discursos oficiales del Kremlin y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Federación, así como el comportamiento decisonal de la -nada monolítica- elite gobernante, con el objeto de explorar tales existencias y continuidades de las mencionadas ideas. En un país como Rusia, donde

el pensamiento y el accionar de la elite, impacta sobre las percepciones de la opinión pública, se midió a ésta, a través de encuestas ²¹.

En esta tesis, se trabajó tanto a nivel micro, indagando acerca de los actores domésticos que intervienen en la formulación de la política exterior pero también a escala macro, observando el rol de Rusia en la estructura internacional de poder. En términos témporo-espaciales, esta investigación se sitúa en la Rusia de la era Putin entre los años 2000 a 2012 (incluyendo la Presidencia Medvedev -2008 a 2012-) comparando tal política exterior con la de Yeltsin (1992-2000).

Según analistas rusos, para conocer la problemática rusa de un modo más profundo, la aproximación debe hacerse desde el mismo modo de percepción de Rusia, tal como ella se percibe a sí misma, o sea, mirar a Rusia como la miran los propios rusos (Marcú, 2007).

Como objetivo central de este trabajo, se considera analizar la política exterior de la Federación Rusa durante la era Putin (2000-2012) y, como específicos, orientados a describir cómo se construyó esa política, entre otros:

- ♦ Identificar los factores endógenos o variables domésticas que favorecen la cohesión societal, en el diseño, ejecución y evaluación de la política exterior de una “potencia insatisfecha” como Rusia ²².
- ♦ Comparar y contrastar los discursos oficiales de la elite gubernamental con las percepciones de la opinión pública rusa.
- ♦ Evaluar las continuidades y rupturas de la política exterior de la era Putin (2000-2012) respecto al período Yeltsin (1991-2000).

21 En un régimen político “híbrido” o semiautoritario, como el ruso, la naciente opinión pública y su peso no fue descuidada en el análisis, a partir de la lectura de los sondeos y encuestas de prestigiosas consultoras e institutos de investigación societal como el Centro Levada, que monitorean la percepción de los rusos respecto a su rol en el mundo, su autoestima como potencia, sus sentimientos respecto a otras nacionalidades y otros países, etc. Este elemento puede estar marcando cierto rasgo de innovación, y en consecuencia de discontinuidad, en la política exterior rusa en la medida que sea tenida en cuenta por el gobierno a la hora de definir algunos cursos de acción.

22 Se diferencian las variables domésticas permanentes (semejantes a las “fuerzas profundas” antes mencionadas) de las variables coyunturales (peso de la opinión pública, cohesión de la coalición gobernante Rusia Unida, el liderazgo de Putin, etc.).

♦ Describir el grado de influencia del liderazgo de Putin para movilizar a la opinión pública rusa.

Los interrogantes a formularse durante el trabajo, que procuran hallar respuestas fundamentadas, están vinculados con:

- la evolución de la visión histórica de la elite acerca del papel de Rusia;
- el análisis de discursos y documentos oficiales para distinguir diferentes comprensiones de la información y la situación del sujeto colectivo, es decir, el análisis de los discursos oficiales para identificar las comprensiones de la elite rusa en relación a la inserción rusa en la estructura internacional de poder²³;
- el conocimiento de la distancia social entre el “Yo” (grupo interno) y el “Otro” (grupos externos), lo cual supone, la agenda de relaciones políticas comerciales y culturales de Rusia con el “Otro” (Occidente u espacio euroatlántico, G-7 y G-8), los “Otros” (espacio postsoviético y otros continentes: Asia, América Latina y Africa) y el plano multilateral internacional (por ejemplo, Organización de Naciones Unidas -ONU-).

Las categorías a considerar en esta Tesis Doctoral, son: “Gran Potencia”; “nacionalismo moderado”; “cultura estratégica”, “cooperación” y “política exterior multivectorial y pragmática”.

Se cubren de este modo, dimensiones como política exterior de una “potencia insatisfecha” o Estado multinacional post-imperial; la

23 Se analizaron tres discursos del Presidente Putin entre los años 2000 a 2008, producidos en el plano doméstico y externo: 1) post tragedia de la escuela de Beslan en el año 2004; 2) Conferencia de Seguridad en Munich (Alemania) en el año 2007; 3) el programa televisivo “Línea Directa” con el Presidente Putin, del 18 de octubre de 2007. Respecto a este último, se exploraron de esas 3 horas y 6 minutos que duró el programa, las 2 millones y media de preguntas que se receptaron y las 69 respuestas que se concretaron, las narrativas identitarias que se construyeron a partir de ese diálogo tan especial entre Presidente y ciudadanos. El corpus de las 21.695 palabras empleadas en ese intercambio mediático involucró tres partes: el Presidente, los presentadores y el público. Además, se eligieron fragmentos de discursos del líder del Kremlin, antes de asumir como Presidente en el año 2000, y durante sus viajes o giras a Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Eslovenia, Rumania, Ucrania, Vaticano, Turquía, China, India, Japón, Corea del Sur, Israel, Egipto, Emiratos Arabes Unidos, Indonesia, Irán, México, Brasil, Chile, entre otros Estados. Los documentos oficiales estudiados fueron el “Concepto de Política Exterior” de 1993 y 2000 y el “Concepto de Seguridad Nacional” de 1997 y 2000.

influencia del nacionalismo moderado en dicha política exterior; cómo es ese proceso de construcción estatal de dichas creencias colectivas y, finalmente, la identificación de los rasgos de coherencia o diferenciales de la política exterior putinista respecto a la de su predecesor.

A partir de ello, nuestra tesis intenta indagar acerca de un par de opciones de política exterior rusa, más visibles, aunque no las únicas, que se ciernen sobre los decisores de la Federación: una, Rusia adopta un rol de “Gran Potencia”, aunque para acrecentar la multipolaridad económica, buscando reconocimiento o prestigio, cooperando con el sistema internacional, jugando roles de mediación, sin desafiar el *statu quo* político-estratégico o, la segunda, forma parte de un eje intercivilizatorio, desafiante al poder hegemónico norteamericano, para desestabilizar el mundo (Legvold, 2001 : 69-71) (Hassner, 2008 :14) (MacFarlane, 2006 : 55).

Metodológicamente, se utilizaron fuentes primarias, como textos representativos de la posición oficial rusa, o sea, documentos y legislación de acceso público, discursos, declaraciones, entrevistas y artículos de autoridades estatales, tanto en idioma ruso como inglés y castellano.

En tal sentido, los documentos oficiales como “Libros Blancos”, doctrinas y discursos del Kremlin, particularmente los de la Presidencia, tanto en instancias institucionales internas como en viajes al exterior, como de los Ministerios de Relaciones Exteriores y Defensa de la Federación Rusa, así como declaraciones de funcionarios y reportajes a ellos, fueron una fuente de consulta permanente para este trabajo. Se contrastaron estos discursos oficiales con la praxis de la gestión de gobierno, particularmente, la política exterior.

Además, en el marco de esta investigación cualitativa, se realizaron entrevistas semiestructuradas en profundidad, personalmente y por vía del correo electrónico, a informantes “clave”, es decir, funcionarios diplomáticos como el actual Embajador de la República Argentina en Moscú, Juan Carlos Kreckler como el ex Secretario de la misma representación en el período 2003-2007 -Rolando Pocovi-; profesores y

analistas internacionales, tanto argentinos como extranjeros, preferentemente rusos (Boris Martynov y Lyudmila Okuneva, del Instituto de América Latina (ILA), Academia de Ciencias de Moscú) y españoles (Carlos Flores Juberias y Antonio Sánchez Andrés de la Universidad de Valencia; Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez, de la Universidad de Valladolid; Javier Morales Hernández, de la Universidad Carlos III de Madrid; Jesús de Andrés Sanz, Rubén Ruiz Ramas y Antonio Moneo Laín de la Universidad de Educación a Distancia -UNED-) y de la Red Eurasianet, quienes se han especializado en la problemática de la política exterior rusa²⁴.

Con tales propósitos, se efectuaron estancias de investigación en España (en las Universidades de Valencia y Valladolid durante junio de 2010) y Rusia (en el ya nombrado ILA, Academia de Ciencias de Moscú, durante noviembre de 2010 y setiembre de 2011).

Asimismo, con el objetivo de recibir comentarios y críticas a la investigación temática que gradualmente, se iba desarrollando, se presentaron sucesivos “papers”, capítulos “embrionarios” de esta Tesis, en diferentes Congresos nacionales e internacionales como los de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) en Santa Fe (2009) y Córdoba (2011); IPSA (International Political Science Association) en Santiago de Chile (2009); Alianza para las Civilizaciones en Granada, España (2010); ALACIP (Asociación Latinoamericana de Ciencia Política) en Buenos Aires (2010); AECPA (Asociación Española de Ciencia Política) en Murcia, España (2011) e IRI-UNLP (Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata) en la ciudad homónima (2012). Este último año, se organizó y dictó una cátedra electiva sobre política exterior rusa (1992-2012) para los alumnos de la Carrera Licenciatura en Relaciones Internacionales de la Facultad de

24 Las entrevistas pretendían indagar básicamente tres cuestiones: 1) la evaluación de la política exterior putinista orientada a la cooperación o la confrontación con la estructura internacional de poder; 2) el grado de continuidad con la Administración Yeltsin; 3) la influencia del liderazgo putinista y el consenso social en relación a la política exterior rusa.

Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba (UCC) ²⁵.

También se apeló a la consulta de fuentes secundarias (libros, artículos, informes, “working papers” publicados en idioma ruso), acerca de la política exterior rusa, provenientes de departamentos académicos de Universidades o institutos especializados rusos como el Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú (MGIMO).

También fueron objeto de permanente consulta, prestigiosos centros bálticos como el Centre for European-Russian Studies (CEURUS) de la Universidad de Tartu (Estonia) y la Universidad de Tampere (Finlandia) y, continentales como el CERCEC (Centre D'Etudes Des Mondes Russes, Caucasiens et Centre-européen), dependiente de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, de Francia, que edita “Cahiers du monde russe”, revista interdisciplinaria sobre Rusia, el Imperio ruso, la Unión Soviética y los Estados Independientes, entre otros ²⁶.

Se procedió a la lectura de biografías o memorias de líderes políticos como Vladimir Putin. La historiografía francesa sobre la evolución política rusa, a lo largo de centurias, incluyendo autores como John P. LeDonne, adquirió un valor relevante para esta Tesis.

En el campo periodístico, se efectuó un seguimiento de los medios de prensa rusos y españoles de mayor tirada, en sus versiones “online”, de manera de rastrear la coyuntura en términos de política

25 Otros profesores españoles con los que no se mantuvieron contactos pero son -y han sido para esta Tesis- referencias importantes en España, sobre la Federación Rusa, son: Carlos Taibo, Francesc Serra i Massansalvador, Alberto Priego Moreno, Carmen Claudín Uroondo y corresponsales de guerra como Rafael Poch de Feliú, entre otros. En Argentina, los trabajos de Graciela Zubelzú, Juan Belikow, Sebastián Vigliero, Jorge Saborido y Ezequiel Adamovsky, son importantes antecedentes en este tipo de temáticas.

26 Adicionalmente, se consultó material en idiomas castellano o inglés, acerca de la política exterior de la Federación Rusa, de centros especializados, “think-tanks” (“tanques de ideas”), occidentales: norteamericanos como el *Council on Foreign Relations*, *Hoover y Brookings Institution*, *American Enterprise Institute (AEI)*, *Journal of Democracy (National Endowment for Democracy)*; los españoles Papeles del Este: *Transiciones Postcomunistas*, *Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)*, *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*, *Anuario Internacional CIDOB*, *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol (Universidad de Valencia)*, *UNISCI Discussion Papers (Universidad Complutense de Madrid)*, etc.- (ver Flores Juberías, 2006) y, el *Carnegie Moscow Center* -dependiente del norteamericano *Carnegie Endowment for International Peace*-.

exterior. En tal sentido, diarios rusos como *Russia Today* (o Rusia Hoy), *The Moscow Times*, La Voz de Rusia entre otros; las agencias Itar-TASS y RIA-Novosti, con sus periodistas Oleg Vyazmitinov (en Buenos Aires), Irina Ryapolova y Davd Burghardt (en Moscú); además de la corresponsalía de El Diario El País de Madrid (España), a cargo de la periodista especializada, Pilar Bonet, constituyeron referencias destacadas.

Se recogieron informes de encuestas periódicas realizadas en el período a estudiar, provenientes sobre todo, del Centro Levada, reconocido y prestigioso instituto de estudios de la opinión pública rusa. En ellas, se indagó acerca de la evolución de las percepciones de la sociedad civil rusa, respecto a la política exterior en el período estudiado y las relaciones con diferentes Estados.

La labor realizada implicó un trabajo de recopilación de archivos documentales, el cual sin embargo, fue facilitado por los contactos con estudiantes y docentes de grado de la propia Federación Rusa, que poseen como segunda lengua, el español. Se aclara que todas las citas textuales de documentos en idiomas diferentes del español, excepto el ruso, han sido traducidas por el autor, con ayuda de colaboradoras nativas.

A.6. La política exterior de Putin

La adhesión a un “nacionalismo moderado” (o estatismo), implicó replantear para Rusia la tensión entre la identidad rusa y el nuevo Estado-Nación esta vez ya no asociado como antes, a la idea de “Imperio” (Zubelzú, 2005)²⁷.

Tras la era soviética de Gorbachov (1985-1991) y los primeros años de Yeltsin (1992-1996), cuando había un claro alineamiento de Rusia con la comunidad euroatlántica, ya durante los últimos años de Yeltsin

27 Es importante recordar que primero, Rusia, era un Imperio, mucho antes de ser una Nación. Segundo, la fragmentación de la URSS implicó el desacople territorial de Rusia respecto a los límites del Imperio (Zarista y Soviético), con los cual, 25 millones de rusos pasaron a vivir en los nuevos Estados postsoviéticos. Para la mayoría de los rusos, su tierra era el Imperio Zarista por lo que, ahora, el Estado ruso cumple un doble rol: construir una nación y limitarla institucional and territorialmente (Goble, 1994 :42-51) (Kuzio, 2001 :168-177).

(1996-2000), empezó a vislumbrarse la insatisfacción rusa con Estados Unidos y Unión Europea. A partir de 1996, el Canciller o Ministro de Asuntos Exteriores, Yevgueny Primakov, favoreció una política multivectorial, más orientada a la “multipolaridad”, con un mayor y especial énfasis en Asia -y China- (Hassner, 2008 :10)²⁸.

Desde el inicio de su gestión como Presidente, y manteniendo algunos objetivos de la Doctrina Primakov, Putin buscó restaurar la autoestima y el orgullo nacional ruso, generando una política exterior, que puede juzgarse como “realista”, destinada a defender dichos intereses nacionales, fortaleciendo el papel de “Gran Potencia”, de influencia en un mundo multipolar. A lo largo de esta Tesis, se fundamentará y describirá la evolución y el consenso intraelite con el que contó dicha política exterior.

La humillación de la derrota en la Guerra Fría, debido a la caída de la Unión Soviética, juzgada por Putin, en el sexagésimo aniversario del final de la II Guerra Mundial (según la versión rusa, la Gran Guerra Patriótica) y la victoria sobre el nazismo, en la Plaza Roja de Moscú, como la “peor catástrofe geopolítica de la historia de la humanidad”, dio paso -de manera bastante más rápida de lo esperado-, a una Rusia que se erigió autónoma en relación a sus vecinos y Estados Unidos (Kennedy, 2007) (Hutschenreuter, 2011 :19)^{29 30}.

Rusia era débil, inestable y al borde de la autodestrucción como Estado en los noventa pero gracias a su recuperación económica posterior, ha podido volver a constituirse en un jugador de importancia, regional y global, sobre todo, a partir de la guerra contra el terrorismo,

28 Un 32 % de los rusos juzgaba que la mayoría de los países desarrollados (occidentales) tenía una actitud o vínculo de “socio” con su país, mientras un 33 % consideraba que desarrollaban el carácter de “rival”. Sólo un 7 % los definía como “enemigos” (Centro Levada, 2009 :167).

29 Putin confirmó al último Canciller de Yeltsin, Igor Ivanov (1998-2004), quien ha considerado que la política exterior rusa a lo largo de su historia, ha sido exitosa cuando adquirió el carácter de “realista” y pragmática.

30 Entre el año 2005 y el año 2009, ha crecido el consenso entre los rusos respecto a que la política exterior tiene objetivos claros. En el 2008, por ejemplo, el 60 % de los rusos consideraba que la política exterior tiene un curso o una línea bien pensada o planificada, mientras que el 21 % respondía que se “limitaba a reaccionar ante circunstancias” (Centro Levada, 2009 :162).

donde tuvo su “ventana de oportunidad” para cooperar en términos de seguridad con Estados Unidos. Aunque debe resaltarse que Rusia no sólo se preocupa por su seguridad sino que además aspira a tener un rol de Gran Potencia. Esto genera nuevos interrogantes, a saber: qué clase de jugador es Rusia en el campo de la seguridad; cuáles son sus recursos, capacidades y prioridades y cuáles sus perspectivas a futuro.

La Rusia postsoviética, esencialmente, la de Putin, confrontaba con el mismo desafío básico en la arena internacional que enfrentó el Canciller de los Zares, Aleksander Gorchakov, entre 1856 y 1882, quien debió reposicionar a Rusia en el concierto de las naciones tras la Guerra de Crimea, lo cual, implicó consolidarla en términos domésticos y hacerla más visible a nivel internacional.

Pero Putin significó también, cierto cambio en política exterior y un renovado interés en comprometerse con Occidente, tomando distancia tanto de los occidentalistas como de los primakovistas. No obstante, que Putin insistió en la prioridad rusa de preservar el status de “Gran Potencia”, su estrategia para lograrlo, difirió de la de Primakov. En lugar de continuar la política de contrabalanceo o “*bandwagoning*” de Occidente, Putin explícitamente se situó con Europa y Estados Unidos e insistió que Rusia era un país más europeo y occidental que asiático, en términos de identidad (Tsygankov, 2006 :19).

Cabe interrogarse aquí acerca de las razones de esta modificación putinista. Dado el debate inconcluso de la identidad, el cambiante balance en el debate entre nacionalistas moderados o estatistas y occidentalistas y el nuevo contexto internacional, ayudan a explicar la innovación estratégica de Putin. En términos domésticos, el curso de la “cooperación pragmática” de Putin con Occidente, era un proyecto de coalición mixta, que incluyó intereses occidentalistas y estatistas. Puede hablarse de una alianza entre *siloviki* y oligarcas, para adaptarse al nuevo mundo de oportunidades y amenazas. Oportunidades que surgieron de la estabilización económica y la cooperación con Estados Unidos post 11-S y las amenazas, de los ataques terroristas,

dentro y fuera de Rusia. Esta visión de interés nacional mixto de Putin tuvo mucho apoyo popular, alejándose de la visión subestimadora de la seguridad de Kozyrev y la sobreestimadora de la seguridad de Primakov.

Putin persiguió una política exterior que tiene aquel doble objetivo de consolidar domésticamente a Rusia y hacer visible externamente y, desde el 11-S, dicho cambio en el escenario internacional, no ha hecho más que facilitar su trabajo. La pregunta que cabe hacerse, es cuán rápido fue el líder ruso en aprovechar tal circunstancia y con qué grado de consistencia, podrá mantener el control de la política exterior.

El objetivo central del putinismo, inserto en esta lógica estatista-occidentalista, fue en todo caso, reposicionar a Rusia en un plano que, sin volver a su pasado imperial, la ubicase de tal manera, que evite lo que algunos, juzgan inexorable, un futuro de “tercermundización”, dependencia extrema y vulnerabilidad. Putin, un apasionado de la armonía, siempre dispuesto a sacrificar las realidades complejas en nombre de unos pocos conceptos fáciles de manejar, intentó reescribir los manuales de historia rusa, intentando restaurar en la juventud, el orgullo por su pasado y su país (Taibo, 2003 :2) (Bonet, 2004).

En la segunda mitad de la década de los dos mil, la agenda externa rusa, pasó a diversificarse más, girando en torno a cuestiones de seguridad estratégica; las relaciones con Estados Unidos en plena “Postguerra Fría”, los vínculos con la Unión Europea; la posibilidad de generar un nuevo eje de países emergentes como potencias regionales en un mundo multipolar (BRIC: Brasil, Rusia, India y China), el propio espacio postsoviético (Europa del Este, CEI y Asia Central) y, el rol de Rusia en la nueva guerra contra el terrorismo, entre otras.

Para el restablecimiento internacional de Rusia, Putin osciló entre el acercamiento con los Estados Unidos-Europa-Occidente y el mundo asiático. Por ejemplo, con Estados Unidos, más allá de las tensiones que adquieren cierta lógica, después de tantas décadas de rivalidad ideológicas y sistémicas, el Tratado de Desarme START, aprobado por el

Senado norteamericano, es un enorme y significativo avance en dicho vínculo y testimonia la vocación cooperativa de la Rusia postsoviética ³¹.

También existe, desde el 11-S, una clara alianza con Estados Unidos en la guerra declarada contra el terrorismo global, considerando la amenaza interna del fundamentalismo islámico en el propio corazón ruso ³².

A nivel mundial y en el plano económico, la presencia de Rusia en el G-20, es un indicador de cómo perciben (receptiva y afirmativamente) los Estados occidentales y más desarrollados a la Federación Rusa. En cambio, en otras instancias, también colectivas, como la OMC (Organización Mundial de Comercio), Rusia es reciente miembro y, en la OTAN (organización militar y de seguridad, herencia de la Guerra Fría), Rusia aún no lo es, aunque aspire a pertenecer a dicha elite regional-mundial. De todos modos, sobre todo, las recientes relaciones de Rusia con Estados históricamente aliados a Estados Unidos, como Israel y

31 En clave constructivista, la Rusia de Putin había percibido un renovado desprecio por parte de la Estados Unidos de Bush (hijo), en gestos y decisiones hacia su país, como la anulación del Tratado de Misiles Anti-Balísticos en 2002; el establecimiento de bases militares norteamericanas en Asia Central; el apoyo a las “revoluciones de colores” en Ucrania y Georgia y el reconocimiento de la independencia de Kosovo. Estas situaciones alentaron al Kremlin a ejercer una acción de retaliación en este caso, contra la vulnerable Georgia (Der Ghoughassian, 2008).

32 Paradójicamente, como si viviéramos todavía en la Guerra Fría, el 69 % de los rusos reconoce que Rusia tiene enemigos y cuando debe nombrar cuáles, el 51 % menciona a Estados Unidos y un 34 % a la OTAN. Los guerrilleros chechenos son mencionados por el 45 al 47 % de los encuestados (Centro Levada, 2009 :163-164).

Turquía, demuestra que Rusia también puede incursionar en dichas coaliciones, de modo bilateral^{33 34 35}.

Así, en una suerte de política exterior dualista, dividiendo al campo occidental, se inició una política de relativo distanciamiento con Estados Unidos, mientras se mantenían vínculos económicos con la UE. Incidentes sobre diversos casos de espionaje, el sobrevuelo de aviones rusos sobre portaaviones norteamericanos, el lanzamiento de varios misiles intercontinentales y los desacuerdos sobre la guerra de Irak, parecieron haber alejado temporarily a Moscú de Washington en la segunda mitad de los dos mil (De Haas, 2005 :8)³⁶.

Con la Unión Europea (UE), Rusia desarrolla un fuerte vínculo comercial, sometido a sus intereses (particularmente, energía), con una ambivalente expresión identitaria, defendida por ciertos sectores domésticos rusos. De la UE también recibe Rusia, las más fuertes presiones morales en materia de democratización interna y derechos humanos, aunque los negocios apuntados en el primer ítem, le quitan

33 Los elementos de esta política hacia el "Otro" Occidente, fueron coherentes con su lucha contra el terrorismo, ergo, la guerra de Chechenia. Inmediata solidaridad tras el 11 de septiembre de 2001; acuerdo sobre el desarme nuclear (que permite que no continúe manteniendo un arsenal nuclear plétórico y costoso); aceptación de la ampliación de la OTAN; apoyo en la guerra contra Al Qaeda en Afganistán e Irak (lo cual legitima "la guerra antiterrorista" en Chechenia); libertad para la instalación de tropas americanas en Asia Central (con resistencias, en cambio, especialmente en Georgia); acuerdo con la Unión Europea sobre el enclave de Kaliningrado; voluntad de entrar en la Organización Mundial del Comercio (OMC), etc.

34 Un dilema adicional para el Kremlin era que la lógica de su sistema político-económico de "autoritarismo patrimonialista" -según Wallander-, requería aislamiento pero mayor poder a su vez, exige riqueza derivada de la participación en la globalización, la cual, podría socavar el mismo régimen interno. El camino que Putin descubrió para resolver esta tensión, combinando autoritarismo patrimonialista con globalización, fue el llamado "transimperialismo". De este modo, Rusia puede comerciar e invertir, sin permanecer abierta su economía, replicando el modelo de "rent-seeking" y relaciones de distribución en el nivel transnacional (Wallander, 2007 :118).

35 En el año 2008, al final de la era Putin, el 58 % de los rusos consideraba que Rusia estaba abierta al resto del mundo y un 22 %, "totalmente abierta". Un 56 % prefería que se mantenga abierta o se abra más todavía. Esto revela un alto grado de adhesión a la globalización, aunque con condiciones (Centro Levada, 2009 :163).

36 El episodio de Irak trae a colación la cuestión de larga data, de las relaciones entre Rusia y la UE y sus principales Estados. Sobresale aquí la particular preferencia rusa por Alemania, el más popular de los países europeos para los rusos, según las encuestas y la propia experiencia de vida de Putin allí (en la ex RDA). Durante su Presidencia, Putin remarcó en más de una ocasión, que la identidad rusa no estaba en contradicción con Europa y que, por el contrario, Rusia no puede dejar de ser parte de Europa (MacFarlane, 2006 :53).

credibilidad a tales exigencias de moral internacional. El diálogo permanente del Kremlin con las instituciones de la UE ha girado en torno a: un sistema de alerta temprana por la interrupción del transporte de gas a Europa -invierno de 2005, tras la “Revolución Naranja” en Ucrania-; inversiones conjuntas; apoyo al ingreso de Rusia en la OMC; problemas de los pasos fronterizos; acuerdos sobre facilitación de visados y el tema Kaliningrado (CIDOB, 2007 :331-332)³⁷.

Tal complejidad de relaciones exteriores testimoniaría a priori que la Rusia postsoviética, bajo Yeltsin-Putin, se ha conducido de un modo concertacionista y cooperativo, sin alentar pretensiones hegemónicas o confrontativas en relación a la estructura del poder internacional, en consonancia con el “nacionalismo moderado” que su sociedad ha apoyado a nivel doméstico.

Esta tesis se divide en cuatro partes.

En la primera, en el Capítulo 1, se describen y aplican los marcos teóricos, particularmente, el APE, el constructivismo y postestructuralismo, escogidos con el objeto de analizar la política exterior rusa en el período abordado.

En la segunda parte, en el segundo capítulo, se procede, desde el APE y el constructivismo, al análisis del diseño e implementación de la política exterior rusa, durante la era Putin, identificando sus diferentes actores. En el tercer capítulo, se expone la política exterior del período Putin, analizando las relaciones exteriores con los Estados más relevantes desde el ángulo del “interés nacional” ruso, abordando las decisiones del Presidente y, su correlato con las encuestas de la opinión pública rusa, describiendo las percepciones de ésta respecto a otros

37 Salvo en el 2001, cuando los rusos preferían relaciones con sus vecinos de la CEI, siempre Europa (llámese Alemania, Francia, la propia Gran Bretaña y otros países de Europa Occidental) se mantuvo toda la última década, en el top de las preferencias de los rusos: entre el 54 y 54 % India, China y Japón, en ese orden, se mantenían atrás y Estados Unidos, que se posicionaba alto al inicio de la década, fue cayendo hasta un 15 % de aceptación en el año 2009, aunque mayor que el 12 % de países árabes, Cuba y Corea del Norte (Centro Levada, 2009 :163).

Estados vecinos y no vecinos con los que Rusia se vincula a través de su política exterior, a lo largo de todo el período estudiado y analizado.

En la tercera parte, donde se analizarán las facetas personal e ideacional de la política exterior rusa, en el cuarto capítulo, se describe el tipo de liderazgo de Putin y su influencia en la política exterior rusa. En el quinto capítulo, en cambio, se procede a la descripción de la doctrina oficial, su vínculo con la cultura estratégica rusa y, los discursos de la elite putinista.

Respecto a la doctrina oficial y la cultura estratégica rusa, en esta Tesis, se coincide con el profesor español Francisco Ruiz, en que deben identificarse los factores estructurales que condicionan la elaboración y puesta en práctica de la política exterior de la Federación Rusa, incluyendo los patrones tradicionales de comportamiento del Estado, sus instrumentos y mecanismos favoritos de influencia, sus aliados y adversarios externos, sus principios éticos, y su voluntad de influir a los demás (Ruiz, 2012 :79). Por consiguiente, a la hora de decidir qué factores deben ser tenidos en cuenta para evaluar esta política, se consideran los de los siguientes grupos:

- Del contexto interno: como la cultura estratégica: relación doctrinas-intereses.

- Del contexto internacional: la posición relativa en el sistema internacional: poder y *status*; las amenazas y riesgos: internos y externos, percepción, y vulnerabilidad; la autopercepción como actor en el sistema internacional: papel pasado y actual, y patrones de comportamiento.

Finalmente, en la cuarta parte, se plantearán las conclusiones.

Capítulo 1: Enfoques teóricos

Tal lo expuesto en la Introducción, esta Tesis tiene el propósito de aportar nuevos enfoques teóricos a una temática que posee una gran actualidad –crisis ucraniana (2013-2014)-, considerando el rol de Rusia en la última década, evaluando si adoptó finalmente, una conducta cooperativa o confrontativa con la estructura de poder internacional. En este período, mientras construía su identidad nacional, Rusia fue recuperando en parte, cierto liderazgo internacional, que le cupo desde hace aproximadamente cuatro centurias. En este capítulo, precisamente, se utilizarán los enfoques teóricos que pueden aportar reflexión en torno a dichas cuestiones.

Primeramente, entonces, se procederá a analizar los marcos teóricos como el ya mencionado Análisis de Política Exterior (APE) -véase el subcapítulo 1.1.- y aquellos “reflectivistas” seleccionados, como el constructivismo (1.2.) y el postestructuralismo (1.3.), a partir de los cuales, se pretende describir cómo evoluciona la cultura estratégica rusa, lejos de constituir una categoría fija e inmutable, como solían describirla los enfoques clásicos. En cada uno de ellos, se anticipa el análisis del caso ruso. A continuación, se describirá el proceso de construcción de la cultura estratégica rusa, donde se identificarán etapas, actores y discursos intervinientes en dicha construcción (1.4.).

Para analizar el caso de la política exterior de un Estado multinacional y post-imperial como la Federación Rusa, cabe reiterar que las explicaciones tradicionales como el realismo -a priori, la más empleada- y el idealismo, pueden ser juzgadas como válidas aunque no suficientes.

El realismo suele enfatizar las notorias “capacidades materiales” de Rusia. Este país ostenta una superficie enorme, la mayor (una octava parte) del total terrestre, con más de 17 millones de km. cuadrados, incluyendo once husos horarios; vastas fronteras de 57.000 km. con 16 países diferentes -4.300 km. de ellos, pertenecen a la frontera con China, la segunda del mundo, detrás de la línea fronteriza Estados Unidos-

Canadá-; una reserva ecológica mundial, con una gran variedad de climas y un cuarto de todos los bosques del mundo, más que cualquier otro país; decenas de miles de ríos, dos millones de lagos y costas bañadas por doce mares, poseyendo el más grande del mundo -aunque compartido- (Mar Caspio) y el más profundo de agua dulce (Lago Baikal) ³⁸.

Rusia es la undécima economía más grande del mundo, con un PBI levemente superior a los 1.476.912 millones de dólares (unas 13 veces más pequeña que la norteamericana y 16 veces menor a la europea en su totalidad). Sus principales países inversores son Chipre, Holanda y Luxemburgo, siendo los montos depositados allí, de hecho, de empresarios rusos que habían exportado previamente su capital, generalmente de manera ilegal (Narodowski, Remes Lenicov, 2012 :144).

La tasa de alfabetización rusa es altísima: 99,5 % Tiene 1,4 millones de graduados universitarios (contra 2,2 millones de norteamericanos), aunque según la TSL Education, posee sólo dos Universidades entre las 200 mejores del mundo. Rusia ocupa entre el décimo y el undécimo lugar mundial en Investigación & Desarrollo (I+D) y patentes en vigor. Es el tercer país exportador mundial de *software*, detrás de India y China (Narodowski, Remes Lenicov, 2012 :145-146).

Con una cultura de más de mil años, Rusia también posee una población de cierta magnitud, la sexta en el mundo; trece ciudades con más de un millón de habitantes, incluyendo la capital, Moscú, una de las ciudades más grandes del mundo y, la más poblada de Europa, con 10,5 millones de habitantes; un cuantioso poder militar; enorme riqueza energética; una banca y por ende, poder de veto, en el Consejo de Seguridad de la ONU y un papel desempeñado históricamente en la política europea e internacional en general.

38 La existencia de nueve husos horarios -antes, once- significa que, en vez de haber nueve horas de diferencia entre los puntos más extremos territoriales, las diferencias horarias originadas por los nueve husos para un mejor funcionamiento, se rigen por Moscú, en verano, 4 horas más de Greenwich -en invierno, 3- mientras que en Vladivostok, la hora de invierno es G+8 y la hora de verano boreal es de G+9 (nota aclaratoria de Graciela Zubelzú, durante entrevista en Rosario, en setiembre de 2012).

La política de seguridad de la Federación Rusa presenta una serie de características distintivas con respecto a la de cualquier otro país. Así, y utilizando los paradigmas del enfoque realista, las características geopolíticas propias de Rusia tienen una importante influencia en los factores del contexto interno que condicionan la elaboración de esa política (Ruiz, 2012 :80).

Siguiendo el esquema de análisis de fortalezas-debilidades -en ambos casos, internas-, éstas se pueden resumir del siguiente modo:

Cuadro 1 de Fortalezas y Debilidades de Rusia (Ruiz, 2012):

Fortalezas	Debilidades
Enorme extensión territorial, siendo el país más grande del planeta	Carencia de fronteras delimitadas por medios físicos con sus vecinos
Novena población del mundo en términos absolutos	Estancamiento en el crecimiento demográfico, con reducidas tasas de natalidad y una baja esperanza de vida
Enormes recursos naturales.	Muy baja densidad de población, en especial en la zona asiática
Superpotencia energética por excelencia	Gran diversidad étnica y religiosa, motivo de conflictos especialmente en el Cáucaso Norte
PIB que ha crecido a una media de un 8% anual en el periodo presidencial de Vladimir Putin ³⁹	Gran número de conflictos abiertos, tanto internos como con los Estados vecinos, que debilitan su posición internacional
Estructura administrativa descentralizada, adaptada a la geografía y variedad étnica de la	Excesiva dependencia económica de la exportación de materias primas, estando sometida a la constante fluctuación de sus

nación, y relativamente eficaz	precios
Instrumentos de “soft power” o “poder blando” como la autoridad moral del Patriarcado de Moscú sobre las demás Iglesias Ortodoxas, y el idioma ruso.	Infraestructuras obsoletas, por falta de mantenimiento y renovación desde la época soviética

Fuente: Ruiz, 2012.

1.1. El Análisis de Política Exterior (APE)

Como se explicó en la Introducción, el Análisis de Política Exterior (APE), es “una subdisciplina de las Relaciones Internacionales que busca explicar la política exterior con referencia al campo teórico de los tomadores de decisiones, actuando solos o en grupos” (Hudson, 2008 : 12).

Se entiende que la política exterior es “la estrategia o el acercamiento escogido por el gobierno nacional para conseguir sus objetivos en relación a entidades externas, incluyendo la decisión de no hacer nada”. Se considera que el APE es una teoría de actores específicos, es decir, que explica su comportamiento en particular, a diferencia de un enfoque más amplio como, por ejemplo, la “teoría de los juegos”, orientada a explicar el comportamiento en general de tales actores (Hudson, 2008 :12).

Walter Carlsnaes advierte que la política exterior es una materia empírica que se halla al interior de las esferas internas y externas estatales. Esta política emana de intereses, tanto de la política doméstica cuanto internacional. Se verifica así una gran variedad de actores, a nivel

39 En relación al “boom” económico ruso de la era Putin, en gran medida, estuvo favorecido por el auge petrolero y gasífero (dimensión exógena) y algunas medidas estructurales ejecutadas, aunque genera enormes interrogantes a futuro, acerca de su profundidad y consistencia. Una destacada profesora universitaria rusa subraya: “Los ricos que van a las playas de Turquía y Grecia o compran lujosos hoteles en Londres, tienen una muy mala imagen en el país y los pobres son numerosos, existiendo una naciente clase media, que consume mucho más que en la era soviética gorbachoviana pero que vive en departamentos muy pequeños, sin acceder fácilmente al crédito bancario y de largo plazo. Además, hay dos Rusia muy diferentes: una, la urbana, de Moscú y San Petersburgo, y otra, la del interior rural muy profundo, con flagelos como el alcoholismo, la drogadicción, la mortalidad de los ancianos y la migración de los jóvenes, donde ni siquiera existe el consumo de los grandes centros urbanos” (Okuneva, 2011).

interno y externo, que se ocupan de la toma de decisiones en política exterior, paralelamente a una variedad de estructuras de ambos tipos que afectan a dichos actores de diversas maneras (Carlsnaes, 2008 : 86).

De acuerdo con otros autores como Christopher Hill, la palabra clave del APE es el “análisis”, el cual implica no sólo, desagregar la política exterior en sus partes, sino el intento de desentrañar un significado más profundo que el observado superficialmente y entender las acciones, de la manera en que los actores se redefinen constantemente a sí mismos, a través de su interacción con otros. La relación entre las fuentes internas y externas de comportamiento, es central para entender lo que hace la política exterior, ya que la política exterior nunca puede abstraerse del ambiente doméstico del que surge (Hill, 2003 :37).

Como ya se mencionó en la Introducción, para el APE, entonces, son categorías relevantes, los actores, la estructura y la agencia.

Los actores son entidades capaces de ejercer su voluntad y tomar decisiones de forma independiente. Por ejemplo: el Estado y el Presidente o Jefe de Estado (cuando actúa como líder predominante -dicho concepto se explicará en breve, más adelante) (Hill, 2003 :27).

La estructura es un conjunto de factores que conforman los múltiples espacios en que operan los agentes, y enmarcan las elecciones de los agentes, estableciendo límites y determinando la naturaleza de los problemas que ocurren en su interior. La estructura existe en todos los niveles, aunque es un error reiterado en política exterior, asumir que se refiere solamente al sector externo (Hill, 2003:26).

La agencia implica la existencia de individuos tomando decisiones e implementándolas en nombre de entidades que poseen varios grados de coherencia, organización y poder, como por ejemplo, el propio Estado (Hill, 2003 :51).

Valerie Hudson sostiene que “los Estados no son agentes porque los Estados son abstracciones. por lo que carecen de agencia” (Hudson, 2007:6). A este respecto, considera Walter Carlsnaes que los Estados “no son concebidos como actores unitarios, sino que conforman una

estructura dentro de la cual, y a nombre de la cual, actúan los tomadores de decisiones individuales” (Carlsnaes, 2008, 89).

El propio Carlsnaes señala que la política exterior es una materia empírica que se encuentra dentro de las esferas internas y externas del Estado. Esta política emana de intereses tanto de la política doméstica cuanto internacional. Es por eso que encontramos una gran variedad de actores, a nivel interno y externo, que se ocupan de la toma de decisiones en política exterior, de la misma forma que existe una variedad de estructuras de ambos tipos, que afectan a dichos actores de diversas maneras (Carlsnaes, 2008, 86).

1.1.2. Liderazgo y política exterior

Christopher Hill diferencia entre poder “formal” y poder “real” pues no siempre es ostentado por la misma persona o institución, pero no se puede subestimar la influencia que, en ciertas situaciones, puede ejercer quien tiene el poder “formal”. Este se refiere a la figura que centraliza la apariencia de poder, mientras el “poder real” suele estar con las instancias de decisión última, es decir, quienes ocupan determinados cargos y desempeñan roles específicos. Esta diferenciación es importante para analizar quién o quiénes tienen el poder para la toma de decisiones en determinadas circunstancias (Hill, 2003, 55).

Por su parte, Margaret Hermann, en publicaciones individuales y colectivas, ha estudiado extensamente las decisiones en política exterior y quiénes las toman. Señala que los que tienen el poder de tomar decisiones y comprometer los recursos del Estado o retenerlos, son las “unidades de decisión última” y las divide en tres tipos: líder predominante, grupo individual y múltiples actores autónomos. La autora reconoce que existe una diversidad de factores que pueden influir el comportamiento de la política exterior: éstos se canalizan a través de las estructuras políticas de los gobiernos donde estas unidades entran en operación (Hermann y Hermann, 1989: 362).

El líder predominante es un sólo individuo que tiene el poder de elegir u oponerse. Un grupo individual es un conjunto de varios individuos

que pertenecen a un colectivo, los cuales seleccionan un curso de acción a través del consenso mediante una interacción directa. Los múltiples actores autónomos son individuos separados, grupos o coaliciones, que pueden o no coincidir, pero ninguno de ellos, tiene por sí mismo, la habilidad de decidir u obligar a los otros a comprometerse. No existe un cuerpo jerárquicamente superior que los incluya a todos (Hermann y Hermann, 1989: 363-364).

Margaret Hermann y Charles Hermann construyeron este enfoque denominado de “unidades de decisión”, tras una amplia investigación sobre la toma de decisiones en política exterior. Para cada tipo de unidad de decisión, existe una “circunstancia clave” que permite diferenciar configuraciones que producen diferentes comportamientos de dicha unidad (Hermann, 2001: 48).

En el caso del líder predominante (por ejemplo, Vladimir Putin), la sensibilidad a la información del contexto político ayuda a definir cuánta atención prestará el líder a los puntos de vista de los otros. Mientras menos sensible sea, más importantes serán sus creencias y su estilo de liderazgo para determinar lo que pasará.

Por su parte, los grupos individuales están más bien, condicionados por la forma en que manejan el conflicto y los desacuerdos entre ellos, ya sea por promover el consenso, a través de política burocrática y/o por la decisión de la mayoría. Finalmente, en el caso de las coaliciones de actores autónomos, están influenciadas por la naturaleza de las reglas del juego que guían la interacción, sobre todo, el grado en que las mismas están institucionalizadas. En este enfoque, se gobierna con un alto grado de anarquía e inestabilidad donde los actores compiten por el poder (Hermann, 2001: 64-65).

El enfoque de “unidades de decisión” de Margaret Hermann resulta un marco de referencia útil para comprender quiénes (individuos, instituciones, agencias, etc.) están involucrados en la toma de decisiones en política exterior y cómo pueden afectar las mismas. En este caso, en

particular, analizaremos principalmente la unidad denominada “líder predominante”

Hay tres casos en los que la unidad de decisión que maneja un problema particular de política exterior, puede ostentar un liderazgo predominante. Uno, si el régimen político cuenta con un individuo al mando revestido con la autoridad – ya sea por la Constitución, ley o práctica general – de comprometer o retener los recursos del gobierno en lo referente a política exterior. Segundo, si la maquinaria de política exterior del gobierno está organizada jerárquicamente y una persona está colocada en la cima de la jerarquía y es responsable de las decisiones que se toman. Finalmente, si un individuo tiene control sobre las varias formas de coerción disponibles en la sociedad y, como resultado, ejerce poder sobre los demás (Hermann et al, 2001: 84-85).

Existen casos en que los líderes predominantes no tienen un interés o participación activa dentro de la política exterior. Entonces, para que sea considerado como tal, debe ejercer su autoridad al manejar el problema en cuestión. De lo contrario, otro tipo de unidad de decisión asume la responsabilidad de tomar las decisiones.

Cómo señalan los autores, para la toma de decisiones en el tema de política exterior, no sólo es necesario tener la posición de liderazgo, poder y/o autoridad, sino que debe existir la voluntad de ejercer dicho liderazgo, y en ocasiones, no es necesario tener un poder centralizado para asumir control directo de la política exterior en un tema en particular.

Valerie Hudson enumera una serie de condiciones que pueden ayudar a determinar en qué circunstancias y cuál líder puede influenciar una decisión específica de política exterior. Entre las condiciones que deben examinarse están: el tipo de régimen del país, si el líder está o no interesado en política exterior, si es una situación de crisis, si los asesores no pueden interpretar una situación, si el líder posee o no entrenamiento diplomático, si tiene experiencia en determinada región del mundo y su estilo de liderazgo (Hudson, 2007: 38-9).

El tipo de liderazgo depende de la sensibilidad del líder al entorno político. Para determinar el grado de sensibilidad del líder al contexto político, se estudian dos aspectos:

A. Reacciones a las restricciones políticas del entorno: Se refiere al entorno externo y al doméstico (“juego de dos niveles” de Putnam). Interesa establecer qué tan importante es para los líderes predominantes, ejercer control e influencia sobre el entorno político y sus restricciones, es decir, si los líderes están predispuestos a desafiar las restricciones o si las respetarán. Los líderes predominantes, guiados por sus metas, difícilmente perciben las restricciones, y cuando lo hacen, las tratan como algo a superar. Los más sensibles al contexto político, están más interesados en cómo sus gobernados ven la situación y buscan su apoyo, están más abiertos a negociar y hacer compromisos; y se enfocan en los eventos, caso por caso (Hermann et al, 2001: 91)⁴⁰.

B. Apertura a la información: ciertos líderes abordan una situación con una agenda propia y buscan sólo información que refuerce su posición, mientras que otros manejan todas las posibilidades antes de tomar una decisión (Hermann, et al, 2001: 92).

En base a estos dos aspectos, Margaret Hermann define cuatro tipos generales de líderes:

1. Guerreros: desafían las restricciones y están relativamente cerrados a la información. Son proactivos y defienden una posición. No esperan para actuar, pues están convencidos que la información disponible apoya su posición. Usualmente, crean un razonamiento muy persuasivo para lo que hacen que le da legitimidad y credibilidad a sus acciones (Hermann et al, 2001: 96).

40 Robert Putnam introdujo la teoría del “juego de dos niveles”. Señala que la política de cualquier negociación internacional puede verse como un juego de dos niveles: uno interno y otro externo. El Ejecutivo absorbe la preocupación de actores sociales y construye las coaliciones con ellos; en el nivel externo, trata de aplicar estas preocupaciones sin efectuar algo que podría tener efectos adversos en el nivel interno. En un modelo de nivel interno, presta su conformidad por su aprobación (legislativa) a lo acordado en una negociación internacional por el Poder Ejecutivo.

2. Estrategas: desafían las restricciones y están abiertos a la información. Para este tipo de líder, el tiempo político es crucial. Su comportamiento puede parecer impredecible ya que caminan una fina línea entre las acciones que los acercan a sus objetivos mientras evitan errores y desastres (Hermann et al, 2001: 95-97).

3. Pragmáticos: respetan las restricciones políticas y buscan trabajar dentro de ellas, pero, al mismo tiempo, tienen una idea de hacia dónde quieren llevar al gobierno. Pueden parecer indecisos, pero están tratando de conseguir su meta sin salirse de los límites que les impone su posición. En el momento correcto, pueden ejercer presión de ser necesario (Hermann et al, 2001: 97).

4. Oportunistas: respetan las restricciones y están abiertos a la información del entorno político. Para ellos, el conocimiento sobre el contexto político es crucial. Son rápidos en definir un problema y tomar una posición basados en lo que otros “importantes” están persiguiendo. La negociación (*bargaining*) está en el centro del juego político, a menos que el consenso sea posible, la inacción es mejor que una acción que signifique la pérdida de apoyo o crear oposición (Hermann, et al, 2001: 96).

Si se le añade un tercer aspecto, motivación para la acción, a estos cuatro tipos de liderazgo, podemos diferenciar a los líderes que se preocupan más con los asuntos que enfrenta su gobierno, de los que se preocupan más por la reacción de sus pueblos u otras personas que consideren importantes (Hermann et al, 2001: 98).

Las motivaciones del líder pueden ser internas o externas. En el primer caso, se trata de una ideología, un problema en particular o, sus creencias personales, las que lo empujan a actuar en defensa de lo que cree y/o apoya. No son tan sensibles al contexto político, pues sus decisiones se basan en sus creencias e intereses personales. Las motivaciones externas incluyen la búsqueda de apoyo, de aprobación, poder o status, buscan una cierta clase de relación con otros y son empujados por fuerzas externas a él, a la acción. Son más sensibles al

contexto político pues sólo a través de su interacción con otros, pueden sentirse satisfechos (Hermann et al, 2001: 93).

De acuerdo a esta motivación para actuar, se pueden determinar los siguientes subtipos:

**CUADRO 2: TIPOLOGIAS-PREOCUPACION POR TEMAS-
PREOCUPACION POR OPINION PUBLICA**

Guerrero	Expansionista (1)	Evangelista (2)
Estratega	Incremental (3)	Carismático (4)
Pragmático	Directivo (5)	Consultativo (6)
Oportunista	Reactivo (7)	Acomodador (8)

Fuente: Hermann, et al, 2001: 95.

La utilidad de establecer estos subtipos básicos, es diferenciar entre los líderes más bien orientados a metas de los que tienden a responder a las situaciones que se les presentan. Aunque algunos líderes pueden pasar de un tipo de motivación al otro con facilidad, la mayoría se sienten más cómodos enfatizando uno o el otro (Hermann et al., 2001: 98).

Una vez determinando el estilo de liderazgo, se puede tener una percepción más clara de la forma en los líderes que manejarán los asuntos de política exterior. Margaret Hermann define estos subtipos de liderazgo de la siguiente forma:

1) Expansionista: cuando tienen una causa o problema que resolver, es muy posible que intenten lograr un mayor control de recursos o territorio para mejorar su habilidad de obtener ventajas futuras sobre un tema particular (Hermann et al, 2001: 98).

2) Evangelista: los guerreros que se preocupan por las opiniones y buscan relaciones e influencias sobre otros, tratan de convencerlos para que cambien sus opiniones y/o puntos de vista. Están dispuestos a perder sus cargos por lo que consideran justo y correcto. No consideran importante el entorno político excepto cuando impide su progreso en lograr sus metas. Su comportamiento es relativamente predecible y constante a través del tiempo (Hermann et al, 2001: 98).

3) Incremental: les interesa mantener el control sobre lo que hacen en temas de política exterior y mantener la flexibilidad y

maniobrabilidad en la rapidez de acción dependiendo de las circunstancias, de manera que, se incrementen las probabilidades de conseguir lo que quieren (Hermann et al, 2001: 98).

4) Carismático: aceptan la percepción de que el poder y la autoridad están frecuentemente en el “ojo del observador” por lo que se aseguran que la población y las instituciones relevantes entiendan y apoyen lo que van a hacer, antes de y mientras, están involucrados en algún asunto particular de política exterior. Buscan la forma de mejorar o mantener su imagen. Estos dos estilos de liderazgo (incremental y carismático) promueven el comportamiento deliberativo y estratégico; las circunstancias específicas determinan cómo los líderes incrementales y carismáticos trabajarán para lograr sus objetivos (Hermann et al, 2001: 98-9).

5) Directivo: se enfocan en guiar las políticas en una dirección que corresponda con sus metas y lo que perciben como asuntos importantes para su país. Además, parecen entender intuitivamente que sus acciones tienen límites y pretenden respetarlos mientras avanzan en dirección de atender los problemas actuales (Hermann et al, 2001: 99).

6) Consultativo: para estos líderes, las personas que tienen el potencial de bloquear o complicar las acciones, constituyen el foco de atención en desmedro del tema o asunto en discusión. Es importante para estos líderes, convertirse en el centro de la red de información de manera que puedan monitorear quiénes apoyan o se oponen a lo que debe ser realizado. Los líderes con estilos directivo y consultativo tienen una agenda política propia, pero están convencidos de que deben trabajar dentro de las restricciones internas y externas que encuentran tanto en su puesto de trabajo, como en la posición de su país en la arena internacional (Hermann, et al, 2001: 99).

7) Reactivo: su estilo de liderazgo responde a la forma en que creen que el problema determinado que enfrentan, debe ser manejado dados los recursos y apoyo político con que cuentan. Tratan los problemas individualmente y, consideran difícil la planificación, ya que es

muy complicado tomar en consideración, todos los posibles cambios en los eventos (Hermann, et al, 2001: 99).

8) Acomodador: para estos líderes, las habilidades políticas más relevantes son la construcción de consensos y el logro de acuerdos. Las posiciones y puntos de vista de los otros se vuelven importantes para dar forma a las acciones a seguir mientras el líder logra el consenso. Estos dos tipos de líderes son los más afectados por el contexto político y toman en cuenta la situación actual para decidir qué acción tomar en política exterior (Hermann et al, 2001: 99).

Cabe señalar que Hermann es muy clara al sostener que estos tipos de liderazgo son “ideales”, por lo que al tratar de clasificar a líderes específicos, se debe escoger el más cercano a las características particulares más o menos probables. Cuando el individuo parece más moderado, puede considerarse que se puede mover entre los estilos de liderazgo para esa variable (Hermann et al, 2001: 100).

1.1.3. La ejecución y la evaluación de la política exterior

Respecto a la ejecución de política exterior, siempre siguiendo a Hill, el Análisis de Política Exterior (APE), toma en cuenta, ciertos argumentos. La toma de decisión es el primer paso para las acciones en política exterior y dentro de esto, ya hemos visto, quién o quiénes tienen bajo su responsabilidad, hacerlo. Pero la política exterior no es sólo cuestión de tomar decisiones, sino que éstas deben ejecutarse, es decir, se deben tomar los pasos adecuados para llevarlas a la práctica de forma que se cumplan, de la mejor manera, los objetivos que se persiguen. Esta ejecución requiere de instrumentos particulares⁴¹.

De acuerdo con Christopher Hill, estos instrumentos, dentro de la política exterior, son limitados: la diplomacia, lo militar, lo económico y lo cultural (Hill, 2003: 128-9). Los Estados más grandes (como Rusia) suelen

41 A diferencia de la Tesis ya nombrada del profesor español Javier Morales Hernández, que sólo describe la política de seguridad exterior rusa entre los años 1996 a 2004, la presente intenta abarcar toda la política exterior, incluyendo no sólo la de seguridad, que contempla los riesgos y amenazas internos y externos, sino también las relaciones económicas, comerciales, culturales, migratorias, etc. (Morales Hernández, 2009 : 60-61).

poseer un mayor rango de instrumentos a su disposición, dependiendo de sus recursos -ventajas y desventajas derivadas del clima, el territorio, la población, la educación, la tradición, el nivel de desarrollo, alianzas o redes de vínculos, pertenencia a regímenes internacionales o áreas de integración- y las capacidades subyacentes. Estos son los recursos que se vuelven operativos, pero que no han sido traducidos en instrumentos específicos que puedan aplicarse en políticas prácticas (Brighi y Hill, 2008:130).

La diplomacia, según Christopher Hill, “es la cara humana de salirse con la suya en la política internacional, además de un instrumento crucial para construir estabilidad internacional” (Hill, 2003: 138). Pero no es monopolio de los diplomáticos de carrera ya que, como hemos visto anteriormente, existen varios individuos y/o sectores del gobierno que se involucran o pueden verse involucrados en la formulación y ejecución de la política exterior, la misma que incluye a la diplomacia.

La diplomacia es extremadamente importante para los Estados débiles como forma de implementar políticas, aunque todo tipo de Estados confía en esta herramienta para la mayoría de sus asuntos externos. Esto se debe a que la diplomacia, de una u otra manera, forma parte de toda clase de acciones desde el manejo de crisis, las negociaciones regulares hasta las actividades rutinarias. Existen cuatro funciones que, de forma amplia, la diplomacia realiza por el actor internacional: comunicación, negociación, participación en instituciones multilaterales y la promoción de bienes económicos (Hill, 2003: 138-9).

Generalmente, la comunicación y la participación en instituciones multilaterales tienen lugar a través de las Embajadas que los gobiernos mantienen en los demás países y/o ante los organismos multilaterales. La negociación y promoción de bienes económicos suelen formar parte de misiones especiales que para cada caso específico se conforman. Otro instrumento importante para la ejecución de la política exterior es la amenaza de o el uso de la fuerza militar. Esta amenaza puede funcionar en ocasiones, pero a veces, puede salirse de control y desatar eventos

inesperados. En el actual escenario internacional, el uso de la fuerza es visto como peligroso y hasta inaceptable y se ha vuelto una eventualidad y no ya uno de los principales instrumentos (Hill, 2003: 143-5).

El tercer instrumento es la política económica y ésta se refiere a la persecución de las metas de política exterior a través del uso de instrumentos económicos, aún cuando la meta no sea eminentemente económica (Hill, 2003: 148). El último instrumento es la cultura y a través de ésta, se busca influenciar a la gente “cambiando el ambiente interno de los Estados en donde se quiere debilitar a un régimen hostil o promulgar los valores propios” (Hill, 2003: 152).

Respecto a la evaluación de la política exterior, ésta implica la protección de la seguridad externa de una nación, su economía y estilo de vida social. Cada uno de estos criterios u objetivos pueden ser medidos a través de una variedad de indicadores. Respecto al último, la aprobación de la sociedad en cada una de las categorías expresadas a través de encuestas de la opinión pública, pueden servir como evidencia adicional para evaluar el récord de una política exterior, siempre en un período dado. La política exterior de cada período puede ser evaluada usando estos criterios que se pueden aplicar durante un periodo específico. Una política exterior es exitosa cuando en un período dado, ha provisto una defensa balanceada de todos los objetivos listados (seguridad, bienestar, autonomía e identidad), usando los recursos disponibles.

1.2. El constructivismo

Desde una óptica teórica, orientada a analizar el cambio en las Relaciones Internacionales, el énfasis en la idea de que las estructuras sociales -incluyendo aquellas analizadas en el APE y las que regulan las interacciones internacionales- están socialmente construidas, es un denominador común a todos los enfoques “reflectivistas”.

La incorporación de una perspectiva constructivista a las Relaciones Internacionales se dio en el marco tanto, de la apertura epistemológica de la disciplina que se dio a fines del Siglo XX como de los procesos políticos ocurridos luego del fin de la Guerra Fría. La

existencia creciente de conflictos intraestatales motivados por enfrentamientos étnicos o el renacimiento de movimientos nacionalistas que habían sido reprimidos durante la Guerra Fría vinieron a plantear un conjunto de interrogantes acerca del rol de otras variables como la cultura, la identidad de los pueblos y el sentido de pertenencia o no a un Estado, una región o una civilización. Tanto los procesos de integración (Unión Europea) como de fragmentación (Balcanes, Unión Soviética) plantearon la posibilidad de que las identidades muten hacia “arriba” (unidades supranacionales como la UE) o hacia “abajo” (unidades sub-nacionales) influyendo en la constitución de intereses y objetivos por parte de los actores involucrados (Merke, 2007 :9).

De todos modos, el constructivismo no puede considerarse aún una teoría articulada de las Relaciones Internacionales, en sentido estricto, sino sólo un conjunto de supuestos teóricos, más allá de que los autores constructivistas (como Wendt, Ruggie o Kratochwil) no descartan -como sí lo hacen los postmodernos- la posibilidad de construir aquélla en el futuro, Esa actitud ilustra la postura de los constructivistas hacia la actividad de teorizar: suelen preferir una teorización más inductiva e interpretativa que deductiva y explicativa⁴² (Salomón González, 2002 :38).

Uno de esos supuestos teóricos es que la política internacional es una construcción social en la que los Estados derivan sus intereses de sus identidades y éstas se construyen en la interacción con el “Otro”. El segundo de ellos, es que esas identidades integran diferentes “culturas” de anarquía en las que los Estados pueden ser vistos como “enemigos” (cultura hobbesiana), “socios/adversarios” (cultura lockeana) o “amigos” (cultura kantiana) (Merke, 2009 :81).

42 Más que premisas o supuestos, lo que se plantea son hipótesis de trabajo. En este momento, no está claro cómo y si se podría articular una futura teoría constructivista con las teorías existentes. Algunos autores ven posibilidades de complementariedad, otros son más escépticos. No obstante, es destacable que, desde afuera, ya se está empezando a presentar el constructivismo como una alternativa válida a las explicaciones neorrealistas y neoliberales de las relaciones internacionales (Walt, 1998).

Así, la interrelación entre estructuras domésticas, ideas, intereses y ambiente internacional, puede ser comprensivamente ubicada dentro del constructivismo. Este es concebido como un “compromiso metateórico”, sustentado en tres pilares:

a) epistemológico: el conocimiento es socialmente construido; b) ontológico: la realidad social es construida y c) el conocimiento y la realidad son mutuamente constitutivas. Así, la identidad colectiva que puede ser considerada -como en el APE-, un atributo fundamental de agentes y propiedades de estructuras domésticas e internacionales, según el constructivismo, adquiere una cualidad relacional, implicando la posibilidad de evolución (Pouliot, 2007 :361).

Para la mirada constructivista, el cambio de foco enfatiza dicha cualidad relacional y el potencial transformador de las percepciones e ideas que determinan la conducta política. Esta posición teórica tiene efectos directos: dicho cambio desde contenidos de estructura – materiales hasta cognitivos-, asume que nuestra respuesta, condición del mundo social en el que habitamos, desafía el propósito de análisis comenzando desde supuestos de las cualidades fijas de los actores, incluyendo recurrentes patrones de interacción o un conjunto rígido de alternativas (Kassianova, 2001 :823).

El análisis político con un único posible contexto dado por el significado de conceptos como “preocupaciones de seguridad” o “ambiciones imperiales”, a cargo de diferentes actores internacionales u observadores con posibles diferentes percepciones, falla, al actuar sólo proveyendo una función racional. Las críticas constructivistas han demostrado que los más comúnmente no problemáticos conceptos considerados como “objetivos” de hecho, reflejan las percepciones y los intereses de los actores, en un no menor grado, que las realidades del mundo político⁴³.

43 Cabe destacar que el propio constructivismo ha recibido importantes críticas en tiempos recientes, como por ejemplo, de Maja Zehfuss, quien cuestiona a Alexander Wendt por defender lo que ella considera, una concepción todavía antropomórfica del Estado, sin dar cuenta de la contingencia de la identidad (Zehfuss, 2002).

Así, la noción de “imperialismo soviético” fue establecida en la academia americana y el discurso político de la Guerra Fría, como un período donde no se registraron desafíos intelectuales de proporciones significativas, disfrutando de un *status* cuasi ontológico. De ese modo, sirvió para legitimar la política norteamericana de la Guerra Fría. Del mismo modo, la ecuación casual o rutinaria del histórico expansionismo e imperialismo ruso y la persistente atención a las ambiciones imperiales rusas postsoviéticas, de parte de un excepcionalmente grupo diverso de analistas y comentaristas, actualmente reflejan no sólo el complejo contenido de la política real sino también los intereses específicos y preocupaciones de los observadores (Kassianova, 2001).

Así, la interacción entre los actores puede dar lugar a la creación de unas estructuras más o menos competitivas. Wendt niega, por lo tanto, que las identidades e intereses de los actores preexistan a la interacción sino que se desarrollan a partir de esa interacción. Ello presupondría una historia de interacción en la que los actores han adquirido identidades e intereses “egoístas”. Antes de la interacción, no tendrían experiencias sobre las que puedan basar semejantes definiciones de sí mismos y de los demás. Asumir lo contrario, es atribuir a los Estados en el estado de naturaleza, ciertas cualidades que sólo pueden poseer en sociedad (Wendt, 1992: 399) (Wendt, 1992: 402). (Salomón González, 2002 :40).

El llamado de Wendt a la exploración empírica de las ideas constructivistas ha tenido eco, generando una rica y variada agenda y en muy pocos años, han aparecido numerosos trabajos, fundamentalmente estudios de caso, vinculados a esta agenda de investigación y con la misma adscripción “moderna”. Los estudios de caso, suelen seguir una metodología que combina la explicación con la interpretación, desde una perspectiva científica y relativamente sensible a lo sociológico. Para intentar demostrar cómo las instituciones configuran los intereses de los actores, se requieren necesariamente, estudios de caso, los que suelen incluir análisis de textos de decisores políticos, entrevistas, etc., aunque

también se recurre a estadísticas y a otros métodos formales (Adler, 1997)⁴⁴.

Desde la perspectiva constructivista, un Estado puede poseer múltiples identidades socialmente construidas, aunque la relevancia de identidades singulares y el compromiso que asuman con cada una de ellas variarán atendiendo al contexto en el que se encuentre (Wendt, 1992: 398).

Una vez que la estructura se ha institucionalizado puede ser difícil de cambiar, no obstante cabe tener en cuenta que desde el enfoque constructivista “las identidades e intereses, constituidos por los significados colectivos, están siempre en proceso”, es decir que dependen para su reproducción de las prácticas de los agentes. Cambiando las prácticas, cambiará el conocimiento intersubjetivo que constituye el sistema.

Diversos autores constructivistas han analizado los vínculos entre el Estado y la soberanía, señalando que la identidad de los Estados modernos como soberanos territoriales debe ser entendida como una construcción social, fruto de la interacción y mutuo reconocimiento como tales. Por tanto, ni el Estado ni la soberanía deben ser entendidos como fijos e inmutables. La soberanía, aunque dada como supuesta, es producto de las prácticas, de las normas compartidas, y se halla sujeta a procesos de reproducción y transformación a través de las prácticas de los estados. (Wendt, pp-412-13) (Sodupe, 2003 :179)

44 Una parte importante de los estudios de caso, trata del papel de las organizaciones internacionales (como instituciones, en términos wendtianos) en los procesos de reconfiguración de intereses estatales. La UNESCO, la OTAN, la UE, etc., han sido estudiados por Risse-Kappen, Landau, Whitman, entre otros. Algunos estudios de caso, se centran en la construcción de normas en sí -y menos en las instituciones que las producen-: Klotz, Katzenstein y Jackson, entre otros, son algunos autores que trabajan dicha mirada. Otros investigadores constructivistas, como el propio Adler, indagan acerca del papel de los individuos en la difusión de las normas por parte de las instituciones y en particular, el de las “comunidades epistémicas”, redes que transmiten conocimientos especializados sobre temas de preocupación colectiva (Salomón González, 2002 : 42-43).

Cabe subrayar que la identidad es un concepto esencialmente discutido. A fines del siglo XX, comenzó un proceso epistemológico desde diversas disciplinas sociales, que buscó “descentrar” la construcción de la identidad, estudiándola desde una perspectiva menos esencialista, más social y más histórica que reemplace la necesidad por la contingencia y la naturaleza por la historia.

Resulta particularmente pertinente adscribir a la noción de identidad no definida como una esencia inmutable, que queda suspendida en un pasado remoto –aunque éste puede tener su influencia y puede operar, por momentos, retardando los cambios - sino que está sujeta a diversas mutaciones, adaptaciones acorde con las modificaciones propias de la sociedad global y el aporte de la sociedad interna a esas nuevas construcciones (Colacrai, 2010).

Las identidades de las que hablamos, son identidades políticas, estatales, que se construyen socialmente, a partir de discursos políticos. No se trata aquí de visiones esencialistas de la identidad. Las identidades son “fantasías de completitud”: obsesiones ontológicas, necesarias pero imposibles. Las estabilizaciones hegemónicas de toda identidad son contingentes. En el caso del “Otro”, que muchas identidades nacionales identifican, no necesariamente debe ser un Estado o antagónico, sí puede ser axiológico o temporal (Merke, 2007).

Ole Weaver es uno de los autores que más ha trabajado la vinculación entre identidades, discursos y política exterior. El discurso es aquello que organiza el conocimiento de manera sistemática y por lo tanto, delimita lo que se puede y lo que no se puede decir. El espacio discursivo es el campo en un tiempo y lugar que sostiene un sistema discursivo (conjunto de conceptos clave y constelaciones de conceptos). Las estructuras discursivas permiten trabajar con cambios dentro de continuidades, porque condicionan las alternativas posibles de acción política (Weaver, 1996 :3-7).

El tratamiento a la relación entre identidad y prácticas es amplio, complejo y en absoluto lineal. Sin embargo, es posible, plantear tres tipos

de relaciones entre la construcción de identidad y las prácticas sociales que son los más estudiados en la literatura específica⁴⁵.

Las identidades aquí juzgadas como “válidas” son las construidas por los Estados como unidades político-territoriales. Al hablar de validez, se entiende que las identidades son en cierta forma, productivas. La identidad privilegiada en el discurso moderno ha sido la identidad nacional, la cual está en estrecha vinculación con un modo de hacer política y economía, es decir, la democracia como tipo de régimen y en la era industrial como forma de organización de la producción.

Las identidades son precondiciones de acción porque les dicen a un grupo de personas quiénes son y cómo las personas dotadas de dichas características, se supone, deben actuar, quedan unidas y posibilitan la acción colectiva. La identidad colectiva estructura el campo social al sugerir que se tomen ciertos rumbos en lugar de otros.

Aunque los diferentes procesos de desterritorialización (económicos, culturales y mediáticos), colocan al Estado en una situación históricamente particular, la política continúa siendo en gran medida, una

45 El primer tipo de relación consiste en pensar la identidad como una herramienta que los sujetos utilizan para darle sentido al mundo que los rodea y por lo tanto, para moldear las acciones. La máxima podría definirse como “*Dime cómo interpretas el mundo y te diré el significado que le das a tus acciones*”. Los sujetos interpretan la realidad a partir del discurso que tienen de ellos mismos. Este vínculo entre identidad y práctica plantea una necesidad metodológica concreta: analizar discursos para distinguir diferentes comprensiones de la información y la situación del sujeto de acuerdo a diferencias en las identidades. El segundo tipo de relación entre identidad y praxis es la clásica construcción de la identidad de un sujeto a partir de su relación con el “Otro”. La máxima a utilizar bien podría ser “*Dime quién/cómo es tu Otro y te diré cómo te comportas*”. Esta articulación también impone una metodología específica: conocer la distancia social entre el “Yo” (grupo interno) y el “Otro” (grupos externos). En esta metodología, a diferencia de la primera, el *contenido* de las identidades importa menos y la *relación* entre identidades importa más. Uno podría esperar que a una máxima similitud dentro del “Yo” y una máxima diferencia con el “Otro”, la armonía sea el principal proceso dentro del “Yo” y el conflicto sea el proceso típico de la relación con el “Otro”. De manera inversa, uno podría esperar a una máxima diferencia dentro del “Yo” y una máxima identidad con el “Otro”, el conflicto interno sea el principal proceso dentro del “Yo” y la cooperación el principal proceso con el “Otro”. El tercer tipo de relación entre identidad y práctica es la voluntad o el deseo de un sujeto de interpretar un rol (construirse una identidad) y la apropiación de normas de conducta que van asociadas a ese rol. La máxima en este caso podría ser “*Dime cuál es tu rol y te diré cómo te comportas*”. La metodología a utilizar en este tipo de relación apuntaría a conocer el contenido de la identidad que se está “interpretando” y las huellas y expectativas de rol asociadas con contenidos particulares (Merke, 2007 :37-38).

práctica territorial que necesita construir una identidad para su nación, lo cual, no se desarrolla sin problemas. Estas “fantasías de completitud” no son estables, porque siempre están en tensión consigo en un juego que va entre la búsqueda de seguridad y la redescrición de de lo que constituye su ser. De ahí, la paradoja que la identidad encierra su diferencia. La limpieza étnica o el genocidio suelen construir la identidad sobre la base de eliminar esa diferencia (Merke, 2009 :72).

Las identidades políticas, es decir, las referidas a comunidades políticas, grupos territorialmente concentrados de personas, están hechas de herencia y elección. De herencia, porque los miembros del grupo comparten de manera colectiva o pública aunque dispersa a lo largo de la población, hábitos, temperamentos, costumbres, prácticas sociales y otros elementos que pertenecen a la dimensión etno-cultural. Pero tal identidad no está históricamente determinada no constituye un hecho inalterable de la vida, heredado pasivamente por cada generación. Tales estructuras heredadas pueden ser alteradas por los propios actores centrales de la comunidad. La identidad sería así interpretada como una categoría intermedia entre el puro estructuralismo y el individualismo metodológico, asumiendo una interacción dialéctica entre agentes y estructuras, a la manera de un juego entre cambios y continuidades. Esto significa que las identidades políticas, son siempre construcciones sociales en proceso de (re)definición (Merke, 2009 :73-74).

Por otra parte, si bien toda identidad política se construye frente a un “Otro”, la lógica de antagonismo no es necesaria sino contingente. La identidad suele nfluir de maneras más sutiles y complejas en política exterior que fijando enemigos. Tampoco el “Otro” necesariamente debe ser otro Estado o actor internacionales. Ese “Otro” puede ser una categoría no sólo espacial, sino temporal y axiológica. El ejemplo del “Otro” de la UE, su propio pasado, así lo demuestra.

Por lo tanto, la política exterior puede ser estudiada como un sitio de producción y reproducción del Estado y su identidad política. Las formas en que la identidad pública se construye son varias y van desde la

memoria colectiva, los mitos, las tradiciones y los héroes a los hábitos de consumo, la comida, las telenovelas, el deporte y la música popular. Sin embargo, la política exterior de un Estado puede ser vista como una actividad que pone en contacto a una comunidad con otra, a través de decisiones que se refieren a políticas migratorias, alianzas con otros Estados, la integración económica regional, las intervenciones humanitarias, la adhesión a tratados internacionales, la guerra contra el terrorismo o las políticas para enfrentar la globalización.

El vínculo entre política exterior e identidad no es causal sino constitutivo. De carácter discursivo (“siempre hacemos esto porque somos aquello”), la identidad no causa la política sino, la identidad aparece al mismo tiempo, como la precondition de la acción y reproducida por esa misma acción. El vínculo entre política exterior e identidad se articula a partir de dos patrones, uno más estable (adentro/afuera) y otro, más dinámico (Yo/Otro) (Merke, 2009 :75).

En relación al primer patrón, cabe recordar que la filosofía de la modernidad se ha estructurado sobre la base de opciones binarias (cuerpo/mente, razón/pasión, agente/estructura, realismo/idealismo, etc.) y entre ellas, la de “adentro/afuera”, otrora lógica en el contexto de un Estado Nación con un territorio delimitado, hoy está en crisis, debido a la mundialización de la cultura que crea espacios “transversales”. Estos espacios están desvinculados del medio físico, ya sin niveles de inclusión (lo local, lo nacional o lo global) sino con líneas que se cruzan y espacios que se superponen. Por ejemplo, un empresario ruso globalizado, viviendo en San Petersburgo, se desplaza físicamente a Londres y luego a New York, pero circula dentro de un mismo territorio; modernidad, consumo y marcas globales, shoppings, etc.

Sin embargo, mientras las políticas son globales, la política sigue siendo una práctica o actividad inscripta en un territorio delimitado. En efecto, la política moderna, aunque de modo cada vez más conflictivo, es una política espacial. La construcción de ese espacio interno (el Estado soberano) no hubiera sido posible sin la construcción simultánea de un

espacio externo llamado internacional, aunque el “adentro” y el “afuera no gocen del mismo *status*. En este discurso espacial de la política, la “buena vida” sería la búsqueda interna y la “supervivencia”, la externa. Según R.B.J. Walker, la reflexión sobre lo internacional está sustentada sobre tres supuestos: a) los límites espaciales de la política; b) los límites del pensamiento normativo; c) los límites del cambio, Para Walker, la condición de posibilidad de la política como condición espacial, es “la distinción entre un adentro y un afuera, entre ciudadanos, naciones y comunidades adentro y los enemigos, otros y ausencias afuera” (Merke, 2009 :77).

La política exterior, en tanto proyección externa de un Estado, ha constituido una práctica central a la hora de reproducir el discurso westfalliano. En tal sentido, la disciplina de las Relaciones Internacionales puede ser vista como una expresión de los límites de la política moderna. El realismo, la principal tradición teórica de la disciplina, ayuda a construir un mundo donde las esferas del “adentro” (un orden estable, continuo, racional y progresivo) y el “afuera” (anárquico, caótico y repetitivo) son mutuamente excluyentes, garantizando su reproducción. De este modo, el sistema interestatal, en lugar de ser visto como un tipo de construcción histórica que se sostiene a través de prácticas concretas, es visto como representando una realidad sin tiempo que debe ser mantenida (Merke, 2009 :78-79).

El segundo patrón (Yo/Otro) merece algunas aclaraciones previas. Iver Neumann remarca que muchos análisis postestructuralistas en Relaciones Internacionales tienen la tendencia a concentrarse en los discursos dominantes contruidos en torno a un “Otro” -un opuesto o potencialmente amenazante, al estilo de la URSS en relación a Estados Unidos en la Guerra Fría- y por lo tanto, dejan de lado a los “otros”-amigos o adversarios-. En efecto, las identidades colectivas emergen de manera multifacética y deben ser estudiadas como tales, porque abe diferenciar entre diferencia y otredad. La diferencia es siempre condición de una

identidad. Cuando ésta se ve amenazada, la movida consiste en convertir la diferencia en otredad (Merke, 2009 :80).

Asimismo, las influencias locales e internacionales son críticas para entender los procesos de la formación de la política exterior y su cambio. Las influencias internacionales por el “Otro” crean el significado contextual en el cual el “Yo” o el “Nosotros” nacional evoluciona y permea la política exterior. Las interacciones del pasado con el ambiente externo, como las condiciones locales, establecen la identidad como un sistema relativamente estable de significados con un contexto bien consolidado en el cual actuar. Así, una nación tiene autonomía relativa influyendo la política exterior y dicha autonomía es históricamente establecida. No obstante, en un nivel más contemporáneo, la identidad es el producto de la competencia discursiva entre diferentes grupos y coaliciones, planteadas en diferentes acciones del “Otro” e interpretando influencias contemporáneas locales e internacionales en un modo, en el que ubica a los intereses de grupo.

Capítulo 2: el APE aplicado al caso de la Rusia putinista

Aplicando el marco teórico anteriormente expuesto, debe prestarse especial atención a los poderes, los roles y las funciones de actores participando en el proceso de toma de decisiones, donde tanto los actores gubernamentales (Presidencia, numerosas agencias ejecutivas, el Parlamento y los gobiernos regionales y locales) como los no gubernamentales (grupos de interés, partidos políticos, organizaciones religiosas, “tanques de ideas” y los medios de comunicación), son examinados, en orden a observar la eficiencia de los mecanismos de política exterior, identificando los principales problemas en su organización y funcionamiento.

Debe advertirse que el proceso de toma de decisiones no sólo refleja el debate acerca de la política exterior en la propia sociedad, sino que es en cierta medida, el producto de esa discusión y un instrumento que ayuda a poner las ideas en práctica. Los tomadores de decisiones son simultáneamente parte de ese debate, consumidores de esos discursos, instrumentos de implementación y retroalimentación (*feedback*).

Lo primero que debe resaltarse es que la política exterior es la menos pública de las políticas (*“policies”*) pero en Rusia es aún peor, en razón de su propia historia, que describiremos en el Capítulo 5. Existe muy poca tradición de transparencia en la toma de decisiones; los individuos y no las instituciones, importan; no hay *“accountability”* (responsabilización) de la elite hacia el gran público (el Zar, el Comité Central, etc.), por lo que predominan los favores, la cortesía, etc. La debilidad institucional es sistémica, lo individual prima sobre lo institucional y por lo tanto, prevalece el secretismo en las decisiones, enmarcada por un esquema básico de favores mutuos y contactos personales.

Por eso, pueden identificarse actores de la política exterior, como se hará a continuación, mecanismos de toma de decisiones y hasta ensayar hipótesis sobre causa y efecto. Pero todas serán “adivinanzas

educadas” sobre cómo se maneja y desarrolla la política exterior. A ello debe agregarse para empeorar el panorama, existe un marcado desinterés del público (Bobo Lo, 2003 :32).

En términos de políticas públicas, Importan más las coaliciones y los alineamientos que los objetivos y sus méritos. La formulación está absolutamente desvinculada de la implementación. Por lo tanto, no queda otra alternativa que identificar los jugadores, los pensamientos respecto al interjuego y la toma de decisiones.

El colapso de la URSS y la reemergencia del Estado ruso independiente, tuvo serias implicancias para el sistema de toma decisoria de la política exterior. Los decisores debieron operar dentro de un entorno político, doméstico e internacional, completamente nuevo. El nuevo sistema político incluyó nuevas instituciones, actores políticos como el Presidente, grupos de interés, múltiples partidos y “tanques de ideas”. La totalidad de roles y funciones de los “viejos jugadores” (las agencias de relaciones exteriores, defensa y seguridad, la legislatura, los medios de comunicación y la opinión pública), debieron ser reconsideradas.

Esto ocurrió dado que los objetivos y la motivación que guiaba a la política exterior rusa, cambiaron diametralmente: ya no tenía fundamento, la lucha contra el capitalismo ni la hegemonía norteamericana. Rusia debió redefinir su status internacional y sus recursos en un contexto de cambio generalizado de los intereses nacionales. Debió hacerlo de manera simultánea a la construcción de su propio Estado multinacional. Dicha transición múltiple no estuvo exenta de dificultades y tampoco ha finalizado ya que tanto las instituciones como los mecanismos de toma de decisiones todavía están en plena evolución (Sergunin, 2008 :60-61).

Institucionalmente, el sustento legal y doctrinario (la Constitución rusa de 1993, los decretos presidenciales de 1992-1993) fue seguido por una serie de decisiones, estableciendo el *status* de diferentes agencias en la política exterior: leyes federales en seguridad nacional en 1992; tratados internacionales y sobre comercio exterior en 1995; poderes delimitadores del poder entre el centro federal y las regiones en la esfera

de la política internacional en 1999; el Concepto de Política Exterior en 1993; la Doctrina Militar en 1993 y, el Concepto de Seguridad Nacional en 1997.

Una más o menos clara división del trabajo entre varias agencias ejecutivas como entre el Poder Ejecutivo y la Legislatura fue fijada, aunque algunas diferencias o colisiones han surgido entre ambos. Las agencias de política exterior y seguridad nacional han finalizado a su vez, reformas procedimentales y estructurales. Hacia mediados de los años noventa, puede afirmarse que la elite política, militar y empresaria rusa, completó su consolidación durante el régimen de Yeltsin (1992-2000) y una especie de consenso respecto a la política exterior, emergió en el país (Sergunin, 2008 :60-61).

2.1. El proceso de toma de decisiones

Existen tres niveles de toma de decisiones en la política exterior rusa, entre actores estatales: federal, regional y local. El primero (federal) es representado por el Ejecutivo y las cámaras legislativas. Respecto a los cuerpos u organismos del Poder Ejecutivo federal, dos clases principales pueden ser distinguidos: los allegados al Presidente y su Administración y, el Gabinete de Ministros (ministerios, comités, servicios, etc.), aunque algunas agencias poseen una doble subordinación, al Presidente y al Primer Ministro.

Entre las agencias ejecutivas involucradas en relaciones exteriores, se pueden observar cuatro categorías: diplomacia y política exterior (Ministerio de Asuntos Exteriores); seguridad nacional (Ministerio de Defensa, comunidad de inteligencia, etc.); economía (Ministerio de Desarrollo Económico y Comercio, Ministerio de Finanzas, Comité de Clientes, etc.) y, social-cultural (Ministerio de Desarrollo Social y Salud Pública, Ministerio de Cultura, Ministerio de Educación y Ciencia).

Cabe subrayar que aún dentro del gobierno federal ruso, la Cancillería, o sea, el Ministerio de Asuntos Exteriores, se ha tornado en contradicción y a menudo, lo que es aún peor, se ha visto ignorado por otros Ministerios o agencias.

Entre sus más persistentes rivales, se hallan el Ministerio de Defensa, el Ministerio de Energía Atómica (MINATOM), el Ministerio de Desarrollo Económico y Comercio (MEDT) y la propia Administración Presidencial con su aparato integrado 'por el Consejo de Seguridad Nacional y el Representante de la Política Exterior. Aunque estos actores burocráticos se desenvuelven a sí mismo, sólo selectivamente -Defensa en el espacio postsoviético y Balcanes-; el MINATOM en las exportaciones de tecnología dual a Irán; el MEDT en los proyectos energéticos del Mar Caspio y la Administración Presidencial en la relación con Japón-, el resultado final es una invasión o usurpación acumulativa sobre la gestión de la política exterior rusa por parte de la Cancillería.

Asimismo, nuevos intereses entraron en la escena en los últimos tiempos, como la Duma con sus cuatro comités clave en la política exterior (Relaciones Internacionales, Defensa, Geopolítica y Seguridad); los monopolios de recursos naturales como Gazprom y Lukoil y el complejo militar-industrial, representado por *Rosvooruzhenie*, el conglomerado estatal productor y exportador de armas, lo cual, hace que la política exterior rusa, no sea, precisamente, un ejemplo de orden sistemático.

2.1.1.La Cancillería rusa

El Ministerio de Asuntos Exteriores es la agencia ejecutiva clave en el mecanismo de toma de decisiones, en materia de política exterior, coordinando y monitoreando el trabajo con otros Ministerios para asegurar una línea política unificada por Rusia en sus relaciones con otros Estados y su participación en las organizaciones internacionales. Las otras agencias ejecutivas debieran coordinar con él, los borradores de acuerdos con otros Estados, la publicación de visitas oficiales al extranjero, por parte de los líderes rusos y reportes de su progreso (Sergunin, 2008 :61).

El rol de dicho Ministerio en la toma decisional varía porque sus reglas institucionales han permanecido inestables, sobre todo, en los años noventa. Desde sus inicios, el Ministerio no ha sido el único ni el último tomador de decisiones en el campo de la política exterior rusa. Si bien es

la única agencia con responsabilidad formal, en dicha área, otros Ministerios, como su similar de Defensa y, la comunidad de inteligencia, incluso el Comité de Clientes pero especialmente, el propio Presidente de la Federación Rusa, y su administración, interfieren con el *policy-making*.

En la esfera de relaciones con Europa, por ejemplo, el Ministerio de Desarrollo Económico y Comercio es el principal rival del Ministerio de Asuntos Exteriores, porque “la porción del león” de las relaciones Unión Europea-Rusia se la lleva la economía, el comercio, el ingreso a la Organización Mundial del Comercio (OMC), el enclave de Kaliningrado (Rusia Europea) y todo aquello, donde aquél primero, tenga injerencia directa (Sergunin, 2008 :61).

El Ministerio de Asuntos Exteriores tiene las siguientes responsabilidades en el proceso de toma de decisiones:

- reunir y procesar la información de las relaciones con otros Estados y proveer al Presidente, al Primer Ministro y otras agencias ejecutivas relevantes además del Parlamento;
- redactar “*papers*” de política con el objetivo de atraer la atención de “jugadores clave” hacia problemas particulares y sugerir recomendaciones para su solución;
- efectuar predicciones acerca de las relaciones de Rusia con los demás Estados y en particular, con Europa, siguiendo su proceso de integración;
- negociar con ciertos Estados sobre cuestiones específicas y borradores de tratados y acuerdos;
- ocuparse de la correspondencia diplomática con los demás Estados, organizaciones multilaterales y organismos regionales;
- organizar y promover viajes de delegaciones oficiales rusas a los demás Estados, así como la recepción de extranjeros en Rusia;
- mantener conexiones de rutina con embajadas, consulados y misiones comerciales rusas en el extranjero;
- coordinar las actividades de política exterior con las agencias de gobiernos regionales y locales (Sergunin, 2008 :61-63).

El Ministerio de Asuntos Exteriores posee dos tipos de unidades estructurales (departamentos): regional y funcional. También posee un Directorio de Planeamiento de Políticas que escribe “*papers*” de políticas, efectúa recomendaciones sobre medidas de coordinación como provee al Ministro con predicciones sobre futuros desarrollos en áreas particulares del mundo político. La estructura administrativa del Ministerio de Asuntos Exteriores incluye un cuerpo colegiado y un grupo consultivo que está compuesto por ministros diputados, jefes de departamentos, el secretario ejecutivo del Ministro y su consejero. Dicho cuerpo colegiado discute principalmente cuestiones administrativas internas acerca de cómo perfeccionar la estructura del Ministro, las misiones rusas en el extranjero y el servicio consular.

El Secretario Ejecutivo asiste al Ministro en la administración del trabajo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Existe un grupo de consejeros, compuesto por diplomáticos *senior* y embajadores a quienes se les han asignado responsabilidades especiales como la resolución de conflictos y negociaciones en el control de armas. Las responsabilidades de ministros diputados se refieren a áreas particulares, funcionales o regionales de la política exterior rusa e incluyen la mirada general sobre el trabajo de otros departamentos (Sergunin, 2008 :63).

A modo de balance del poder político “real” de este Ministerio bajo el putinismo, más allá de sus tres Ministros, cayó en poder relativo pero es uno de los más importantes, particularmente en profesionalismo y prestigio. Posee recursos humanos muy calificados e información selecta más variada que los otros Ministerios. Su conservadurismo es innato. En términos de injerencia en las decisiones, cuando decide por ejemplo, la Administración Presidencial, en el caso de colaborar con Estados Unidos en Afganistán, su opinión no adquirió mayor relevancia. En cambio, en temas como la ampliación de la OTAN y la invasión de Irak, sí logró un peso influyente nada despreciable.

La vigencia del Ministerio es innegable a pesar de que pasan los años y los Presidentes, y en el caso del putinismo, su capacidad de

adaptación coincide con la mirada y el estilo directivo del Presidente, un líder oportunista (Lo, 2003 :34).

2.1.2. El Ministerio de Defensa

Las agencias orientadas a la seguridad nacional están representadas en primer lugar, por el Ministerio de Defensa, formalmente constituido en 1992. De acuerdo a la Constitución rusa, la Ley de Seguridad de 1992 y la Ley de Defensa de octubre del mismo año, el Presidente es el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, operando a través del *Staff General* o Estado Mayor Conjunto. El Consejo de Seguridad es el cuerpo político que controla al *establishment* militar ruso. Entre 1996 y 1998, el Consejo de Defensa jugó un importante rol en el planeamiento de la reforma militar. Es responsable del desarrollo y la implementación de la política militar, técnica y del personal de las Fuerzas Armadas. Las funciones del *Staff General* incluyen propuestas relativas a la doctrina militar rusa y a la estructura, composición, despliegue y tareas de las Fuerzas Armadas rusas.

Mientras al Ministerio de Defensa le fueron asignadas funciones administrativas, el Estado Mayor Conjunto dirigió el planeamiento estratégico y operativo de las tropas (Administración Yeltsin, 1992). Desde el momento de su creación, el Ministerio de Defensa apareció comprometido en una lucha definida para recapturar la posición influyente en las cuestiones de política exterior, ocupadas por su predecesor soviético.

Aunque en el nuevo régimen, la aprobación del Ministerio de Defensa era formalmente requerida para las decisiones que afecten sus esfera de influencia de competencia (y sus representantes eran rutinariamente incluidos en delegaciones que trataban el control de armas y las cuestiones de defensa), se interpretaba en los años noventa, que sus visiones eran siempre ignoradas y las opciones para el futuro, eran relegadas.

Claramente, el Ministerio de Defensa fue beneficiado con la anarquía postsoviética; en cambio, con el putinismo, fue variada su

suerte. Tuvo injerencia en los temas de roces con los norteamericanos como Irak y el desarme, mientras que no la tuvo, en cuestiones que demandaban mayor orden burocrático o un tratamiento más político y flexible, como la ampliación de la OTAN, la CEI y otros. La menor jerarquía profesional que el Ministerio de Asuntos Exteriores, le juega en contra, aún cuando la figura personal del ex Ministro Ivanov, se destaque.

El primer Ministro de Defensa, Pavel Grachev, se convirtió en un miembro pleno del Consejo de Seguridad, sólo después que probó su lealtad al Presidente, apoyando a Yeltsin en su confrontación con el Soviet Supremo en setiembre-octubre de 1993.

Al mismo tiempo, la debilidad de la autoridad central y la falta de un sistema de toma de decisiones en la primera mitad de los noventa, significaron que el *establishment* militar ruso gozó de una considerable autonomía y gradualmente, fue capaz de incrementar su influencia en la política de seguridad. Se vinculó con políticos civiles y comunidades de expatriados, proveyendo al *establishment* de defensa con otros canales adicionales de influencia en la toma de decisiones en Rusia.

Al igual que el Ministro de Asuntos Exteriores, el Ministro de Defensa se convirtió en un miembro de la Comisión de la Inter-Agencia de Política Exterior del Consejo de Seguridad en diciembre de 1992. El *Staff General* o Estado Mayor Conjunto dominó el proceso de generar el borrador de la doctrina militar en 1992-1993. De acuerdo a alguna información extraoficial, en una reunión del Consejo de Seguridad, el 28 de febrero de 1993, Yeltsin le solicitó a los líderes militares de mayor alto rango, que pergeñen no sólo las secciones técnico-militares sino también el capítulo político de la nueva doctrina militar, una prerrogativa que, en principio, pertenecía al Consejo de Seguridad o al Presidente mismo. Así, la versión final del documento terminó reflejando más las preferencias militares que las civiles (Sergunin, 2008 :65).

En los años noventa, las pujas entre los Ministerios de Asuntos Exteriores y Defensa, fueron constantes. Por ejemplo, respecto a la retirada de las tropas rusas de los Estados Bálticos, el Ministerio de

Asuntos Exteriores se quejaba ante Yeltsin de la tardía información que le llegaba de Defensa, respecto a acuerdos logrados para la salida de los militares y sus familias, sobre todo, de Lituania. En Letonia y Estonia, la presión de Defensa, logró demorar la retirada entre 1993 y 1995, provocando gran encono en la población local, contra los rusos. En la ex Yugoslavia, el Ministerio de Defensa acusaba a Asuntos Exteriores de adoptar posiciones pro-occidentales, alterando el apoyo histórico ruso a Serbia. Luego, en ocasión de los bombardeos de la OTAN a Belgrado en 1999, el retiro de dicho apoyo por parte de Asuntos Exteriores a la posición occidental, equiparó los criterios entre ambos organismos.

En 1999, el Ministerio de Defensa y el *Staff General* o Estado Mayor Conjunto demostraron su “independencia” de las agencias de política exterior y de seguridad nacional, en el caso de la crisis de Kosovo. Fueron ellos, los que desplegaron los navíos militares (mayoritariamente barcos de reconocimiento) a la zona de conflicto y compartieron la información de inteligencia militar con Milosevic. Este cambio de táctica incluyó un sorpresivo movimiento de los pacificadores rusos desde Bosnia a Pristina (Kosovo), el cual condujo a un conflicto con los pacificadores británicos, en el área. No obstante, muchos expertos creen que este movimiento fue sancionado por Yeltsin quien quiso demostrar a la OTAN, que él era capaz de controlar la situación (Sergunin, 2008 :66).

El Ministerio de Defensa fue bastante independiente en la esfera de diplomacia militar. Por ejemplo, hacia fines de julio de 1992, Yeltsin suscribió la propuesta del Ministerio de Defensa de negociar sobre cooperación militar con Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania y República Checa, más allá del progreso en negociar tratados políticos con aquellos países. En setiembre de 1994, Grachev firmó acuerdos de cooperación militar con Dinamarca, Finlandia y Noruega durante una visita a Copenhague y luego, intentó hacer lo mismo con los Estados Bálticos, pero fue rechazado por éstos, por su carácter “prematureo”.

El Ministerio de Defensa estuvo bastante activo con la Unión Europea Occidental, que fue el “brazo” militar de la UE a mediados de los

noventa. Las industrias de la aviación y el espacio fueron las principales áreas de cooperación. También el organismo cooperó con un importante número de países miembros del anterior Pacto de Varsovia, por ejemplo Bulgaria.

Junto con el Servicio de Inteligencia Exterior, el Ministerio de Defensa fue uno de los más tempranos críticos de los planes de expansión de la OTAN hacia el este. El Ministro solía estar especialmente preocupado con la posibilidad de la OTAN de reemplazar a las fuerzas pacificadoras de la ONU o expandirlas en el área de la Comunidad de Estados Independientes (CEI).

También el Ministerio de Defensa fue la agencia que dirigió el proceso de control de armas en Europa. Fue un jugador significativo en la revisión del Tratado de las Fuerzas Convencionales en Europa. Desde el mismo comienzo, el *establishment* militar ruso consideró a dicho Tratado como injusto, habiendo sido parte de las concesiones unilaterales de Gorbachov hacia Occidente. En ese marco, a Rusia se le permitía desplegar sólo el 18 % de su equipamiento limitado, en los distritos militares de Leningrado y Cáucaso Norte, cubriendo juntos, la mitad de las unidades, en sólo un cuarto del territorio ruso. La asimetría del despliegue también es verificable por el hecho de que Rusia podría tener seis veces el número de tanques y quince veces el número de vehículos armados de combate en el muy pequeño distrito especial de Kaliningrado que en todo el territorio de despliegue regulado (Sergunin, 2008 :67)⁴⁶.

Mientras Rusia debía proteger sus fronteras noroccidental y meridional, considerando su nueva situación geopolítica y la cercanía de regímenes no amistosos, se vería obligada a revisar el Tratado sobre

46 Kaliningrado es una ciudad de la ex Prusia Oriental, es decir, pertenecía a Alemania hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando Stalin la ocupó con el Ejército, expulsó a los cientos de miles de alemanes que la habitaban y la soviétizó (pobló con ciudadanos de toda la URSS). Es la sede de la Flota Naval rusa del Mar Báltico y epicentro de la barrera de misiles contra la OTAN en Europa del Este. Todo el enclave ruso, incluye la ciudad nombrada, ex Königsberg (donde nació, vivió y murió el filósofo Immanuel Kant) y el resto del *Oblast* (región) con más de un millón de habitantes. Es un activo centro comercial, con servicios y turismo, que alemanes y polacos aprecian mucho. Es la puerta de Rusia hacia Europa, pero tiene un régimen especial de comercio exterior y visados.

todo, en el capítulo referido al distrito militar del Cáucaso Norte, debido a la guerra con Chechenia. La oportunidad se la dio Estados Unidos, tras la firma de un acta de acuerdo o compromiso, entre Grachev y el Secretario del Departamento de Defensa norteamericano, William Perry, en octubre de 1995, lo cual le permitió a Rusia, desplegar más tropas y más armamento en las áreas más vulnerables.

Bajo Putin, el Ministerio de Defensa continuó perdiendo su influencia en la toma de decisiones de la política exterior, incluyendo los asuntos europeos. El Presidente solía asignar al Ministerio predominantemente, a misiones internas como la reforma militar, la guerra de Chechenia y demás.

Aún el sistema de seguridad colectivo de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), incluyendo las operaciones de mantenimiento de la paz en el espacio postsoviético, en los Balcanes o el control de armas, ya no era preferencial en las decisiones del Ministerio.

El Ministro a menudo, aparece como un instrumento de implementar políticas, más que un tomador de decisiones. Han existido alzas y bajas en la influencia del Ministerio en el proceso de toma de decisiones.

Habiendo sido creados y apropiadamente institucionalizados más tarde que otros organismos gubernamentales, el Ministerio de Defensa y el *Staff General* o Estado Mayor Conjunto, han tenido que manejar toda la logística burocrática para asegurar sus intereses y autoridad. Esto derivó como resultado, confrontaciones abiertas con el Ministerio de Asuntos Exteriores y las estructuras presidenciales como las inconsistencias en las políticas rusas en Europa (Sergunin, 2008 :68).

2.1.2.1. El actor militar

En los noventa, el *establishment* militar manejó retener sus posiciones en áreas como la integración militar de la CEI, el mantenimiento de la paz en el espacio postsoviético y los Balcanes, el control de armas, la cooperación técnico-militar con los países europeos y los contactos entre militares.

La influencia del *lobbying* militar se incrementó en los períodos cuando el Presidente necesitó de manera negativa, el apoyo militar en las luchas políticas domésticas (las confrontaciones con el Parlamento en 1993 y 1998, las guerras de Chechenia, etc.) y decrecían cuando las posiciones del Kremlin eran más o menos estables.

No obstante, la tendencia general, con un Presidente fuerte y un Ministro de Asuntos Exteriores, más el objetivo permanente de la reforma militar, ha sido la de derivar la atención de las cuestiones internacionales a las domésticas.

El tema más relevante en la agenda política-militar en la era postcomunista, es la reforma estructural del sector uniformado, es decir, la llamada “reforma militar”, tan postergada, tanto en la Presidencia Yeltsin como en la de Putin. Esta ha fracasado hasta el momento, por falta de apoyo económico pero sobre todo, por falta de coherencia de política pública. Claramente, se observa cierta contradicción en Putin: por un lado, se observan esfuerzos por satisfacer a los militares y por el otro, hay una demanda necesaria y urgente de modernización y profesionalización, para un Ejército, que no es uno más en el concierto mundial, sino aquél que alguna vez, fue parte del segundo más poderoso del mundo, además de mostrar un enorme orgullo histórico por haber vencido a la Alemania nazi, la Francia napoleónica, la Suecia monárquica, el Imperio turco y los mongoles.

Cabe subrayar que la reforma militar era una prioridad para la Presidencia de Putin, aunque al mismo tiempo, posee dos aristas dignas de mencionarse: una, la dimensión doméstica (temas referidos al control civil-político sobre la corporación militar; el peso de la opinión pública; la conscripción militar; la demanda profesionalista; la baja moral y magros salarios; el prestigio social; el viejo equipamiento y la obsoleta tecnología; el insuficiente entrenamiento de combate; etc,) y otra, la externa (la guerra de Chechenia, la cooperación con Occidente y la expansión de la OTAN). En este último sentido, corresponde preguntarse si la cooperación militar

con Estados Unidos, influye positiva o negativamente en aras de acelerar o no la reforma.

Respecto a la dimensión doméstica, claramente, el tema fue prioridad institucional porque estaba en la agenda pública, la de la sociedad civil, lo cual se veía reflejado tempranamente en las encuestas. De acuerdo a la consultora *VTsIOM*, cuando se inició el primer gobierno de Putin, hacia fines de los noventa, el 86 % de la población rusa y el 83 % de los funcionarios y empleados estatales, consideraban que la reforma militar y la transición a un régimen militar basado en contratos individuales y reclutamiento voluntario, era deseable al histórico, sobreviviente de las eras soviética y zarista. Asimismo, más del 60 % consideraba que la reforma militar debía comenzar lo antes posible (Facon, 2005 :203) ⁴⁷

Además, Theodore P. Gerber, Profesor Asociado de Sociología de la Universidad de Arizona y Sarah Mendelson, *Senior Fellow* del Programa Rusia y Eurasia del *Center for Strategic and International Studies*, condujeron un estudio que ilustra bastante el estado de la opinión pública rusa en relación al tema, que supo interpretar Putin. La reforma militar no es un tema irrelevante para la sociedad rusa. Por el contrario, 3/5 de la población de 16 años en adelante, abogan por una fuerza armada profesional y dos tercios de los votantes posibles, ven a la reforma como una cuestión decisiva a la hora de elegir a qué partido votar en las elecciones. Con este antecedente, adquiere bastante lógica que los expertos rusos en temas militares, interpreten al mensaje presidencial de Putin a la Asamblea Federal en el año 2003, como una especie de manifiesto reeleccionista (Facon, 2005 :216).

Como bien afirma Pavel Felgengauer, el Presidente prometió acciones que la mayoría de los votantes quería escuchar: luego del año 2008, los conscriptos servirían sólo un año en lugar de dos; Rusia sería un país poderoso y fuerte pero con una fuerza armada profesional y bien

47 VTsIOM es la *Vserossiiskii Tsentri poizucheniiu obshchestvennogo mneniia* (en inglés, *All-Russian Public Opinion Research Institute*).

preparada; hacia el año 2007, la totalidad de las unidades de combate permanente estarían listas, bajo la fórmula contractual⁴⁸.

El programa lucía atractivo para el gran público pero los analistas advertían que la batalla política la iban ganando los generales y no Putin. Ya en mayo de 2003, Aleksandr Golts, un respetado experto sobre temas militares, afirmaba rotundamente que la reforma militar carecía de dirección alguna en la práctica y que Putin había cedido a las presiones de los uniformados (Facon, 2005 :216).

De todos modos, la situación no debe ser percibida en términos binarios. No todos los militares rusos son conservadores y resisten la reforma ni Putin es absolutamente irracional en su embestida política. Seguramente, el líder ruso sopesó la necesidad de no avanzar tanto como hubiera querido debido a la vulnerabilidad presupuestaria y salarial en la que se encontraba el sector y decidió caminar de modo firme pero gradual. Los mismo militares habían participado activamente de uno de los primeros elementos integrantes de la reforma, como lo fue la nueva Doctrina Militar de octubre de 2003, por lo que cabe dudar de su aparente resistencia opositora. Asimismo, Putin fue cauteloso porque sabía que cualquier paso en falso, podía desacreditar todo el proceso de reforma.

Tampoco puede interpretarse la nueva ley de servicio militar alternativo de julio de 2002, como un triunfo de los sectores militares duros. Si bien no se la eliminó, se intentó mejorar la calidad de la conscripción, favoreciendo el ingreso de estudiantes en el nivel universitario.

Siguiendo con la cuestión doméstica del factor militar ruso, además de la conscripción, existen otras vulnerabilidades poco acordes

48 En el año 2001, se decidió pasar las unidades de combate permanente al régimen contractual profesional. En noviembre de ese año, Putin decidió que una comisión interagencias, liderada por equipos "liberales" formados por Yegor Gaidar y Boris Nemtsov, entre otros, mirados de modo antipático por los militares, costeara la transición y en setiembre de 2002, la primera experiencia piloto se llevó a cabo, con la División Aerotransportada Número 76, con asiento en Pskov. Luego, le siguieron otras 80 unidades militares: 72 dependientes del Ministerio de Defensa; 3 del Servicio Federal de Fronteras -FPS (*Federal'naia Pogranichnaia Sluzhba*)- y, 5 del Ministerio del Interior -MVD (*Ministerstvo Vnutrennikh Del*)-, es decir, un total de 475.000 hombres (Facon, 207).

con un Ejército que pueda preciarse de “neoimperialista”. La Rusia débil, incluso en términos militares, no es ninguna novedad en el ámbito de las Relaciones Internacionales. El soviólogo George Kennan, en plena fase inicial de la Guerra Fría, subrayaba que si bien, las tendencias expansionistas de la ex URSS no desaparecerían, había tendencias latentes que concentraban menor atención pero que tal vez, era tanto o más importantes que aquéllas. Kennan se refería a las dificultades o deficiencias socioeconómicas que mantendrían a Rusia en una situación de extrema vulnerabilidad, como el agotamiento de la fuerza física y espiritual de la nación, el irregular y desparejo nivel de desarrollo económico, etc. Esa debilidad intrínseca, paradójicamente, puede verificarse en el propio Ejército ruso (Kennan, 1991 :140-142).

De acuerdo al Coronel General Valery Manilov, Primer Diputado Jefe del Comité de Defensa y Seguridad del Consejo de la Federación y, anterior Primer Diputado Jefe del Estado Mayor o *Staff General*, nada más ni nada menos que el 56 % de los oficiales viven por debajo de la línea de la pobreza en Rusia, más allá del fuerte reacomodamiento salarial positivo de 2002 y 2003. Tal situación ha generado una carrera poco atractiva a la vista de los más jóvenes rusos. Esto no sólo explica el poco interés por ingresar a la carrera militar sino también el drenaje o abandono de la fuerza de muchos al cumplir un promedio de 30 años de edad.

A ello, se le suma la cantidad de armas en desuso u obsoletas que tienen las fuerzas. Según estimaciones oficiales recientes, sólo el 30 % del armamento militar ruso, está actualizado y acorde a los estándares internacionales; a la mayoría, le faltan componentes modernos, porque la industria militar rusa, en su mayor parte estatal, no se ha modernizado ni ha competido desde la caída de la URSS. Básicamente, sigue teniendo los mismos problemas o “cuellos de botella” que tenía la vieja industria soviética. Los pocos sucesos o casos exitosos también son los mismos de aquella época: por ejemplo, la política de prototipos.

Tampoco ha cambiado sustancialmente, la estructura presupuestaria. Si bien se consensuó un nivel promedio de 3,5 puntos en Defensa en relación al PBI, nunca se alcanzó esa proporción en la práctica. Desde los años noventa, entre el 65 al 70 % del total erogado, se destina a operaciones, mantenimiento y gastos corrientes, en su mayoría, pago de salarios (a oficiales, funcionarios y empleados), en detrimento de inversiones de capital, infraestructura y tecnología, al que debiera corresponderle un óptimo del 40 % (sólo alcanza apenas un 30). La buena noticia aquí, ha sido la reducción de 2.7 millones de efectivos en los noventa a los actuales 1,2 millones, lo cual revelaría cierta dosis de mayor eficiencia en recursos humanos, aunque la cifra está muy lejos de las propuestas de los sectores más liberales y antimilitaristas, que ubican una cifra ideal de 700.000 hombres armados (Facon, 2005 :205-206).

Respecto al declive de la disciplina y la moral en las fuerzas militares, mucho se ha escrito acerca de la “*dedovshchina*” (una especie de “*bullying*” y abuso físico y psíquico de los conscriptos), flagelo que ya conoce décadas y que sólo en el año 2002, cobró la vida de 1.200 soldados a lo largo y ancho de toda Rusia. Debido a ello, sumado a la magra paga salarial y el desprestigio creciente de los militares, sobre todo, tras las experiencias de Afganistán y la primera guerra de Chechenia, un creciente número de conscriptos presentan falsos certificados médicos o sobornan a los tribunales médicos, para exceptuarse del servicio, considerándose “no aptos”. El resultado de ello es que sólo entre el 10 y el 11 % del total de ciudadanos rusos elegibles para la conscripción (en la franja etárea 18 a 27 años), efectivamente, termina cumpliendo con dicho servicio obligatorio. El resto queda exceptuado o solicitó una prórroga. En 1994, el porcentaje era mayor: el 27 % (Facon, 2005 :207).

Otro factor que explica la caída política y social del Ejército ruso, en términos estructurales, es la tendencia demográfica general declinante en Rusia. Según fuentes del Ministerio de Defensa, entre 2005 y 2007, el número de jóvenes elegibles seguía cayendo dramáticamente

por lo que sólo se cubre entre el 40 al 45 % del personal total requerido para las tres fuerzas (Facon, 2005 :208).

Arribando a la dimensión externa de la relación entre Putin y los militares rusos, cabe interrogarse sobre la complicada necesidad de cooperación militar con Occidente, fundamentalmente, Estados Unidos. Por un lado, se observa un Presidente que refuerza su control político sobre los uniformados rusos pero por el otro, éstos necesitan, si pretenden una fuerza armada profesional y moderna, forjar redes de cooperación con el Ejército modelo en tan sentido, aunque fuera su viejo archirrival. De todos modos, los militares rusos, sobre todo el *establishment*, son conscientes de la enorme brecha que existe con los norteamericanos en tal sentido⁴⁹

Precedida por reacciones políticas, como la moderación del Kremlin ante el retiro unilateral de Estados Unidos, del Tratado ABM (Misiles Anti-Balísticos) de 1972, en diciembre de 2001 y la decisión de la OTAN de ampliarse a los Estados Bálticos, en noviembre de 2002, la relación con Occidente nunca fue vista con la suficiente confianza para cooperar, por parte de los militares rusos. Paradójicamente, el cierre de las bases ex soviéticas en Cam Rahn (Vietnam) y Lourdes (Cuba), además del permiso de Putin al despliegue norteamericano en bases centroasiáticas post 11S y la presencia de instructores militares norteamericanos en Georgia, agudizó aquella desconfianza (Facon, 2005 :212).

Precisamente, esta dinámica externa también influye en las percepciones internas de los militares. Si bien apoyan a Putin y se sienten apoyados por éste, la reforma militar en gran medida, depende del ritmo de relaciones con Occidente. El 70 a 80 % de una hipotética movilización general rusa, así como los programas de entrenamiento a largo plazo, se

49 Ya en 1984, el entonces Jefe del Estado Mayor Conjunto de la URSS, Nikolai Ogarkov, con una gran visión de futuro, denunciaba el enorme *gap* entre las fuerzas soviéticas y las de Estados Unidos, abogando por invertir más y mejor en elementos de tecnologías de la información, sensores y reconocimiento electrónico, es decir, todas aquellos factores que desde la OTAN, amenazaban seriamente la supervivencia de los grandes acorazados y fuerzas mecanizadas del Pacto de Varsovia (Hutschenreuter, 2011 :77).

orientan a una guerra con la OTAN y luego, Japón y Turquía, en ese orden. Eso empezó a cambiar, sólo después del 11-S, lo cual significó un reacomodamiento mental y estructural de mucho impacto, en los militares rusos (Facon, 2005 :213).

En efecto, a partir del ataque a las Torres Gemelas neoyorkinas, el diálogo entre militares rusos y norteamericanos y europeos, empezó en el máximo nivel y así, las expectativas en el mediano y largo de plazo, en términos de cooperación efectiva, en operaciones conjuntas de mantenimiento de la paz, gestión de crisis y guerra contra el terrorismo y la organización de esquemas para asociación estratégica ante las nuevas amenazas. Si bien los militares rusos han demostrado interés en estas instancias, también perciben que Occidente no tiene el mismo incentivo para cooperar con Rusia, por el mismo “*gap*” o brecha generada. Esto hace que la actitud gradual positiva de los altos oficiales rusos, hacia la cooperación con Occidente, vaya declinando. La designación en mayo de 2003, del General Konstantin Totskii, ex Director del FPS, como representante ruso permanente ante la OTAN, reveló la carencia de altos jefes oficiales rusos para cubrir dicho cargo ⁵⁰.

Los militares rusos saben que no poseen incentivo alguno para participar de esquemas de cooperación con Occidente. Por el contrario, toda participación allí transparenta la necesidad de la reforma militar, al hacer evidentes las diferencias con los ejércitos occidentales y las debilidades rusas. Sólo un cambio generacional con un liderazgo militar fuerte, puede llevar a mayores y mejores reformas dentro del sector. Tal cambio generacional también llevará a modificar la visión de este sector respecto al funcionamiento del orden mundial.

2.1.3. La comunidad de Inteligencia

La comunidad de inteligencia incluye cuatro organismos principales: el Servicio de Inteligencia Exterior; la Dirección Central de Inteligencia del Estado Mayor Conjunto, cuya sigla es GRU (*Glavnoe*

⁵⁰Rusia figura en el número 13 sobre un total de 88 países miembros de la ONU; que participan en fuerzas de paz en todo el globo. Por ejemplo, hay tropas rusas de paz en República del Congo, Timor Oriental y otros lugares conflictivos del mundo.

Razvedavatel'noe Upravlenie), es decir, la Inteligencia militar; el Servicio Federal de Seguridad (*Federal'naya Sluzhba Bezopasnosti*), la heredera de la KGB y, el Comité de Monitoreo Financiero (Sergunin, 2008 :68).

El Servicio de Inteligencia Exterior es la más importante agencia en términos de la toma de decisiones. A través de sus estaciones en Europa y servicios analíticos en Rusia, dicho organismo reúne una gran cantidad de información que a menudo, sirve como un factor crucial en las decisiones tomadas por actores clave rusos.

La GRU está enfocada en el espionaje militar y sus posibilidades para influenciar el proceso de toma de decisiones, son bastante limitadas. Está subordinada al *Staff General* y el Ministro de Defensa y así, es capaz de ser un actor independiente, a diferencia de otros actores de la comunidad de inteligencia.

El FSB está mayoritariamente preocupado con la contrainteligencia y raramente está envuelta en operaciones de inteligencia pura. No obstante, después de la serie de “revoluciones de colores” en el espacio postsoviético en el bienio 2004-2005 (Georgia, Ucrania y Kirguistán), Putin asignó al FSB, la tarea de monitorear la situación en el “cercano exterior”, con un mayor énfasis en revueltas potenciales y actividades terroristas. No permanece claro si el FSB tiene semejantes capacidades, porque tradicionalmente esta función pertenece al Servicio de Inteligencia Exterior, que incidentalmente, era bastante escéptico y en cierto sentido, receloso, acerca de la decisión presidencial.

Hay que tener en cuenta que en el mundo de las agencias gubernamentales de seguridad, priman las lealtades personales y juega un rol decisivo allí, como resulta lógico, la propia experiencia personal de Putin, que fue agente de la KGB en el período soviético y todavía hoy, es un genuino admirador de Yuri Andrópov, ex jefe suyo y ex Secretario General de la URSS, antes de Chernenko y Gorbachov, en los años ochenta.

En términos de atributos personales y profesionales, la inflexibilidad intelectual de los agentes de seguridad estatal atenta contra

su capacidad de proveer información útil a los políticos. Se supone que un funcionario del área de inteligencia, es el más eficiente, en promedio, respecto al resto de los funcionarios públicos. En un reportaje a los corresponsales de prensa norteamericana acreditados en Moscú, en junio de 2001, Putin sugirió que “la habilidad para trabajar con abundante información es un talento especial que requieren los servicios analíticos o de seguridad, debe así como recolectar los más importantes rubros o ítems en un flujo cuantioso de información, procesarlos y usarlos luego eficientemente” (Lo, 2003 :35)

Tampoco la comunidad de inteligencia, es un aparato verticalista ni monolítico, porque allí también prevalece lo personal y adicionalmente, las lealtades clánicas. Los “*pitertsy*” (oriundos de San Petersburgo) han sido favorecidos claramente por Putin en detrimento de los moscovitas.

2.1.4. Otros organismos del área económica

El Comité de Monitoreo Financiero, es una agencia clave en controlar los flujos financieros desde y hacia Rusia. Este organismo es considerado crucial para la seguridad económica y financiera del país. Considerando que la Unión Europea es el principal socio comercial de Rusia, el Comité le otorga especial atención a todas las transacciones con los países europeos, previniendo actividades ilegales.

Mientras tanto, el sector orientado al poder y la seguridad nacional, también incluye al Ministro del Interior y el Comité de Control de Drogas. Junto al Servicio de Guardia Limítrofe y el Comité de Clientes, su contribución es crucial para la cooperación ruso-europea en la lucha contra el crimen organizado. Los crímenes de frontera, el contrabando de drogas, lavado de dinero, robo de vehículos, trata de personas y demás delitos transnacionales, preocupan no sólo a Rusia que invierte en el entrenamiento continuo.

La cooperación rusa en estos campos, es permanente, en todos los niveles de gobierno. Desde 1996, existe una Fuerza de Tareas para el Crimen Organizado en la Región del Mar Báltico (Grupo Visby) y desde 1997, un Memorándum de Entendimiento ruso-británico, que coordina la

regulación entre agencias e intercambio de información. La primera, por ejemplo, ha participado en una serie de operaciones en contra del robo de vehículos en el enclave de Kaliningrado, donde se ha corregido bastante la percepción de ilegalidad generalizada que tenía esa región (Sergunin, 2008 :69).

Entre las agencias económico-comerciales, el Ministerio de Desarrollo y Comercio, es el actor clave. Dirige el comercio exterior ruso, incluyendo las misiones comerciales en el extranjero; las negociaciones comerciales con Estados y organismos multilaterales, abarcando la Unión Europea y la Organización Mundial de Comercio y, los problemas económicos y comerciales del enclave de Kaliningrado. Esto ha conllevado a numerosos conflictos con el Ministerio de Asuntos Exteriores, el cual acusa a aquél, de ausencia de profesionalismo, intromisión indebida en su propia jurisdicción y falta de comunicación subordinada a los organismos diplomáticos rusos, por ejemplo, las embajadas. Bajo Putin, la relación entre el Ministro de Desarrollo Económico y Comercio, German Gref y el Canciller Lavrov ha sido problemática.

El Comité de Clientes no juega un rol independiente en la toma de decisiones rusa, respecto por ejemplo, a Europa. En gran medida, depende de las regulaciones, los estándares, la metodología y el entrenamiento burocrático que pretende imponer la UE a Rusia.

En los Ministerios vinculados con la Economía, Putin instaló a jóvenes reformistas como German Gref, el Ministro de Desarrollo Económico y Comercio; Alexei Kudrin como Ministro de Finanzas; Andrei Ilarionov como asesor económico mientras conservaba a Anatoli Chubais al frente de la UES, el monopolio estatal eléctrico y como asesores permanentes, a Yegor Gaidar (ex Primer Ministro) y Boris Nemtsov, líder liberal de la Unión de Fuerzas de Derecha (*Soyuz Pravykh Sil*– SPS), todos ex funcionarios connotados del yeltsinismo.

Mientras estos directivos apuntalaban la versión liberal del putinismo, apoyando el ingreso a la OMC, la tendencia proteccionista (agrícola e industrial) se nucleaba en torno a otros Ministerios, incluso el

propio Banco Central. Al mismo tiempo, hay instituciones como el Ministerio de Energía Atómica (MINATOM), cuya estrategia exportadora, expandiendo la cooperación con países como Irán y China, rivaliza con el pro-occidentalismo de equipo Gref-Kudrin. Se trata del Ministerio más anárquico y con una burocracia anti-mercado, tal vez, el menos controlado por Putin.

Otros Ministerios, como el de Finanzas y los del bloque social-cultural, como el de Desarrollo Social y Salud, Cultura y Educación y Ciencia, poseen relaciones exteriores especiales con la UE, generando una intensa y fructífera cooperación.

2.1.5. Otros organismos de seguridad

Como resulta obvio, la coordinación de todos estos Ministerios y agencias, es complicada. Inicialmente, esta función descansaba en el Consejo de Seguridad, creado por Yeltsin en 1992, de acuerdo a la Ley de Seguridad. El Consejo está integrado por el Presidente, un Secretario, el Primer Ministro y los directivos de clave de la seguridad nacional, conservando numerosas subdivisiones, grupos de expertos, etc. También sirve como “paraguas” para varios grupos inter-agencia que fueron creados para resolver o monitorear problemas específicos y transitorios.

De acuerdo a la Ley de Seguridad, el Consejo determina los fundamentos de las políticas domésticas y exteriores de Rusia; identificar tanto los intereses vitales del país, como las amenazas internas y externas a su seguridad; supervisar y concentrar la seguridad de la información militar, económica y social; efectúa recomendaciones al Presidente en cuestiones de política interna y externa; realiza el borrador de decretos presidenciales sobre cuestiones de seguridad nacional, cooperación técnico-militar, lucha contra el crimen organizado, etc. (Sergunin, 2008 :72).

Sin embargo, el Consejo no pudo completar tales roles, debido a varias razones, que pueden enumerarse a continuación:

a) Siendo un cuerpo colegiado, el Consejo posee representantes de diferentes agencias, incluyendo al Secretario, que a menudo, generaron

conflictos de intereses. La mayoría de ellos suele usar tácticas de sabotaje para sabotear las iniciativas de los rivales, sin una confrontación con el Presidente y el Secretario del Consejo.

b) Debido a su organización institucional, el Consejo es incapaz de mantener un control diario sobre las actividades de las agencias de política exterior y asimismo, limitarse sólo a las cuestiones estratégicas y conceptuales.

c) El Consejo tiene un poderoso competidor, la Administración Presidencial, que no quiere perder su poder y control sobre el aparato de la política exterior.

Cabe subrayar que la seguridad es un concepto que ha ido evolucionando con el transcurso del tiempo. Ya no se piensa sólo en términos militares ("*hard security*") sino en forma más amplia, "*soft security*", abarcando problemas ambientales, inmigración ilegal, tráfico de estupefacientes, propagación de enfermedades, etc.

Precisamente, el nuevo pensamiento en materia de seguridad en el Kremlin bajo Putin, derivó de la reestructuración del Consejo de Seguridad, entre 1999 y 2001. Las comisiones interdepartamentales permanentes, fueron creadas en su seno, para responder a los desafíos de la "*soft security*", cubriendo el tratamiento y estudio de temas no militares como crimen, corrupción, inseguridad, medio ambiente y salud.

La segunda innovación putinista en tal sentido, fue la creación de siete distritos regionales, a cargo de delegados o representantes directos del Kremlin, que coordinarían las acciones de las más de 80 regiones, abarcando temas de "*soft security*", que traspasan las fronteras regionales. La tercera innovación fue la introducción de normativa pro-transparencia o *accountability*, sobre todo, en materia de indicadores presupuestarios, para tornar más informada y sensible a la opinión pública en temas de política pública, incluyendo los referidos a "*soft security*".

También en el Consejo de Seguridad, priman las lealtades personales y su influencia sobre las decisiones. Cuando Serguei Ivanov lideraba el Consejo de Seguridad, tenía una enorme gravitación en

cuestiones de seguridad en la política exterior. Luego, cuando fue reemplazado por el ex jefe de Interior, Vladimir Rushailo, quien se focalizó en Chechenia y abandonó toda influencia en la política exterior.

Siguiendo con la estructura de poder doméstica, ciertamente, la Administración Presidencial es la coordinadora real de la política exterior, sobre todo, en el capítulo relaciones ruso-europeas. La Administración Presidencial, contando con unos 2.000 empleados en el año 2004, para muchos, es el auténtico gobierno de Rusia, siendo la responsable de redactar los proyectos de ley que se envían al Parlamento, los decretos presidenciales y otros documentos normativos, como los discursos del Presidente. En setiembre de 1997, un Directorio Especial sobre Política Exterior fue establecido dentro de la Administración. Ese Directorio debiera efectuar el borrador de las iniciativas ejecutiva y asistir en el diseño de tratados internacionales, planes de viajes externos, nominar candidatos a diplomáticos y recopilar información de política para el Presidente. Muchas de esas funciones se terminaron solapando con las del Consejo de Seguridad y le terminaron otorgando al último, un papel marginal (Sergunin, 2008 :73).

La Administración Presidencial tuvo mayor influencia con Yeltsin que con Putin. En aquel momento, suavizó la posición de Moscú respecto a la ampliación de la OTAN en el Acta Fundacional Rusia-OTAN en 1997; el reacomodamiento de Yeltsin en el bienio 1997-1998 con Japón y el tono del rechazo antioccidental en la crisis de Kosovo. También pareció amenazar el poder de la Cancillería rusa, cuando el Secretario Presidencial Serguei Yastrzhembsky -no el Canciller Primakov-, organizó la Cumbre de “sin corbatas” (por su estilo informal) en Krasnoyarsk, entre Yeltsin y el Primer Ministro japonés Hashimoto en 1997 (Lo, 2003 :37)

Con Putin, también se especuló sobre esa “corte”, por la continuidad del anterior funcionario yeltsinista, Aleksandr Voloshin, entonces Jefe de la Administración Presidencial y Serguei Prikhodko, el Consejero de Política Exterior de Putin. En la era Putin, Aleksandr Voloshin fue, hasta el año 2003, año en que sería reemplazado por el

luego Presidente ruso en el 2008, Dmitri Medvedev, el segundo político más influyente del país. La función de ellos es la de ser “*gatekeepers*”, (seleccionadores), manipulando a quién tiene el poder y quién no. Equivalen a un secretario privado del Primer Ministro o de un Presidente (Morales Hernández, 2009 :91).

Con el comienzo de su segunda Presidencia, Putin nombró a Serguei Yastrzhembsky como un Asistente Especial en Asuntos Europeos, responsabilizándolo de coordinar a todas las agencias de política exterior europea, incluyendo el problema de Kaliningrado, decisión que fue recibida con disgusto por los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Desarrollo Económico y Comercio, por considerarlo redundante e innecesario en términos burocráticos. De todos modos, el problema de la falta de coordinación no pudo solucionarse y existe una nada saludable competencia inter-agencias.

2.1.6 El Poder Legislativo

El Parlamento es otro actor relevante de la arena política, que tiene injerencia en la política exterior. Pero, a diferencia de otras democracias como Estados Unidos, en Rusia, la situación es diferente. Con la adopción de la Constitución rusa en diciembre de 1993, según sus artículos 80 y 86, el Presidente pasó a ser la figura clave en la toma de decisiones de política exterior. Ya no necesita la aprobación parlamentaria para las designaciones ministeriales o la aprobación del Consejo de Seguridad (artículo 83).

En la legislatura bicameral, la Asamblea Federal ha tenido bastante limitados sus poderes, en el campo de la política exterior, aunque es capaz de influir sobre el Ejecutivo de diversas maneras. El Presidente necesita la aprobación legislativa de los nombramientos de los embajadores (artículo 83). La Cámara baja (la Duma Estatal) y la Cámara alta (el Consejo de la Federación) ratifica y denuncia tratados internacionales (artículo 86).

El Parlamento también proyecta la legislación referida a las políticas exterior y de seguridad nacional (comercio exterior, defensa,

conversión de la industria de Defensa, seguridad nacional, etc.). No obstante, su poder sobre la legislación es menos eficaz en virtud del uso extensivo de los decretos ejecutivos y el derecho de veto del Presidente.

La legislatura puede también adoptar resoluciones declarativas que tienen limitado impacto en el Ejecutivo pero no pueden ignoradas por el Presidente. Tiene alguna voz en el proceso presupuestario y puede cortar o incrementar apropiaciones a agencias de política exterior, en particular. Tiene la facultad de emprender investigaciones. El Consejo de la Federación ejercita la única voz parlamentaria en el envío de tropas al extranjero. Los legisladores también pueden apelar a la opinión pública para bloquear algunas iniciativas ejecutivas. Finalmente, la Asamblea Federal desarrolla la cooperación con Parlamentos extranjeros y asambleas de organizaciones internacionales como el Consejo de Europa, el Parlamento Europeo, la OTAN, la OSCE, etc. (Sergunin, 2008 : 74).

De todos modos, ninguna de estas facultades le da mayor poder al Parlamento sobre la política exterior y los mismos legisladores lo reconocen. De ningún modo, puede asemejarse la gravitación que ejerce el Parlamento ruso, con la que posee el Congreso norteamericano en ese campo.

El Parlamento brinda un marco institucional para decidir y dirigir la política exterior. La Duma Estatal posee tres Comités que tratan con las cuestiones internacionales: Asuntos Internacionales, Defensa y Economía (comercio exterior, negociaciones con la UE y la OMC). El Consejo de la Federación tiene, de manera similar, tres cuerpos especializados. Estos están compuestos por especialistas competentes. Por ejemplo, Dmitri Kosachev, el ex presidente del Comité de Asuntos Exteriores -hoy, ocupa tal cargo, Alexei Pushkov-, es un graduado del MGIMO (el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Estatal de Moscú), posee un sólido record en el servicio exterior (Sergunin, 2008 :74-75).

Debe advertirse que, en contraste con las políticas domésticas, la Legislatura rusa ocasionalmente, enfrenta al Ejecutivo en el terreno de

la política internacional, con la posible excepción de las políticas de Moscú en el “cercano extranjero”. Incluso, llega a apoyar al Presidente en caso de crisis internacionales o en sus conversaciones con la Unión Europea, Kaliningrado y las minorías rusas en los Estados Bálticos⁵¹.

Como en el caso del conflicto yugoslavo, el gobierno y el Parlamento a menudo jugaron los roles de “buen policía, mal policía”, soliendo usar un tono más duro con Occidente en razón de la presión legislativa. No obstante que, como hemos visto, el Legislativo no asume ningún rol significativo en materia de política exterior, Yeltsin vio la necesidad de establecer mecanismos de consulta y ligazón con la Asamblea Federal a fin de evitar conflictos innecesarios (Sergunin, 2008 : 75).

Las posiciones de los representantes presidenciales en la Duma Estatal y el Consejo de la Federación habían sido creadas en respuesta a tales necesidades. Esos funcionarios no sólo monitoreaban la situación en las dos Cámaras, sino que también estaban muy activos en las sesiones plenarias y reuniones de Comités. También generan los borradores de proyectos legislativos, asesoran a los diputados, presentan legislación esponsorada por el Presidente, invitan a expertos, fundamentan algunos proyectos de ley, presentan candidatos nominados por la “cabeza” del Ejecutivo ruso y entregan formalmente mensajes presidenciales al Parlamento. Ellos cuentan con la asistencia de un Secretario, proveniente de una unidad especial de la Administración Presidencial, que tiene un personal de 25 empleados.

También ha sido establecido el puesto de Representante del Primer Ministro en la Asamblea Federal y la Corte Constitucional. Uno de los miembros del gabinete, en términos de jerarquía, suele cubrir ese rol, de

51 Por ejemplo, el Parlamento apoyó a Yeltsin durante la crisis de Kosovo en 1999. Tanto comunistas como nacionalistas reclamaban por una asistencia técnico-militar a Serbia y la creación de una unión trilateral entre Rusia, Bielorrusia y Serbia, pero la mayor parte de la Duma Estatal y el Consejo de la Federación, estuvieron en contra del involucramiento directo ruso en la guerra de los Balcanes. Además, no obstante que el Consejo de la Federación aprobó fondos para el envío de fuerzas pacificadoras rusas a Kosovo, varios senadores expresaron su preocupación por las implicancias financieras y de seguridad de tal operación pacificadora para Rusia.

oficio. Por ejemplo, en 1999, Pavel Krasheninnikov, entonces Ministro de Justicia, fue nombrado Representante del gobierno en el Parlamento y la Corte Constitucional.

Los directorios legales de ambas administraciones, la presidencial y la del gabinete, son responsables por la cooperación con el Parlamento en áreas como el diseño legislativo y el control de las leyes, adoptadas por la Duma Estatal. Se incluyen entre sus actividades, la organización de programas de entrenamiento para funcionarios del gobierno. Esta es una estructura paralela a la informal existente, por ejemplo, la conformada por los Ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores, que suelen apoyar conferencias, seminarios y mesas de debate con expertos del propio Parlamento o de “tanques de ideas”, con el objetivo de alcanzar cierto grado de consenso. A veces, estas estructuras de ligazón se superponen unas con otras y son sólo reactivas, frente a temas coyunturales, sin anticiparse a ellos. Tampoco se logra a través de estos mecanismos que el Presidente tenga mayor gravitación en el Parlamento, sino por el contrario, pareciera servir más a los intereses de los propios representantes del gobierno (Sergunin, 2008 :76).

2.1.7. Los gobiernos locales

El segundo nivel de gobierno está representado por los gobiernos locales y regionales. Después de la URSS, en la que el federalismo era pura ficción y el unitarismo, la realidad, hubo un renacimiento del federalismo ruso, con una gran variedad de contactos internacionales como recurso válido para las regiones, que de esta manera, buscaban presionar al gobierno central (pretendiendo mayores concesiones, a cambio de su lealtad a Moscú) y resolver sus propios problemas internos.

Así, los gobiernos regionales comenzaron a desplegar relaciones externas directas, con Estados extranjeros y asimismo, influencia sobre la política exterior federal, a través de sus representantes en los organismos legislativos federales.

En el primer aspecto, las regiones estuvieron muy activas en los años noventa, firmando unos 300 tratados internacionales, muchas veces,

a espaldas de Moscú. Incluso, ésta en 1995, debió anular un tratado entre Lituania y Kaliningrado, debido a su incompatibilidad con la Constitución federal. Ya sea para crear una imagen externa positiva o atraer inversiones, como los casos de Moscú, San Petersburgo o Nizhny-Novgódod, las ciudades rusas se internacionalizaron. Regiones como Tatarstan tienen delegaciones diplomáticas en 16 Estados extranjeros. Yeltsin autorizó la apertura de un consulado general de Turquía en la ciudad de Kazan. La propia Tatarstán y las regiones del norte ruso, cooperan integrando diferentes organismos multilaterales, incluso de la ONU (Sergunin, 2008 :77).

En algunos casos, ciertas esferas que en la Constitución parecen reservadas a Moscú de manera exclusiva, han terminado siendo áreas de jurisdicción conjunta con las regiones a través de muchos documentos. Por ejemplo, los Tratados de Moscú con Bashkortostán, Kabardino-Balkariya, Osetia del Norte y Tatarstán les garantizaron a dichas repúblicas el derecho a defender sus Estados y su integridad territorial. Ekaterimburgo, Tatarstán y Udmurtya ganaron autoridad sobre el funcionamiento de las industrias de defensa y exportaciones de armas. Udmurtya tuvo mayor autoridad sobre el funcionamiento de la industria de defensa y exportaciones de armas. En algunos documentos, regiones como Bashkortostán y Tatarstán tienen autoridad para establecer relaciones formales con Estados extranjeros. El Parlamento local de Tuva tiene el derecho de declarar la guerra y la paz. La Constitución de Tuva incluso posibilita el derecho de secesión.

Ciertas esferas de la Constitución que aparecen allí como de autoridad conjunta, luego a través de tratados posteriores, son de exclusiva jurisdicción de las regiones, incluyendo cooperación con gobiernos extranjeros y organizaciones internacionales (Bashkortostán y Tatarstán). No obstante, a veces, la legislación local se superpone con su contraparte federal: por ejemplo, estimulando la inversión y la propiedad de las tierras, a manos de extranjeros, por ejemplo, en Nizhny-Novgódod.

En el segundo aspecto, es decir, los métodos indirectos por los cuales, las regiones ejercen influencia en materia de relaciones exteriores, algunos son éstos:

- La gravitación sobre la legislación federal: por ejemplo, la ya nombrada normativa de Nizhny-Novgórod, sobre acuerdos internacionales, en 1995, tuvo un enorme impacto en la propia legislación federal al respecto, ese mismo año en materia de regulaciones al comercio exterior; visados en 1997 y poderes de la Duma sobre política exterior en 1999, entre otras.
- La participación en la diplomacia federal: con sus propios delegados y funcionarios representantes en las delegaciones oficiales de la propia Rusia, por ejemplo, los oficiales de Karelia y Krasnodar, asistiendo al Ministro de Asuntos Exteriores, en la preparación de sendos Tratados con Finlandia y Chipre, respectivamente. Esto contribuye a la armonización de la normativa federal y los intereses regionales (Sergunin, 2008 :78).
- La prevención y la resolución de conflictos: claramente, la regionalización puede servir como un instrumento para resolver problemas con países vecinos. Por ejemplo, la cercana cooperación de Kaliningrado con Lituania, Polonia y Alemania, previnió el crecimiento de reclamos territoriales de su parte y, morigeró sus preocupaciones acerca de la excesiva militarización de la región. El mismo efecto se produce por la cooperación entre Finlandia y Karelia, reduciendo de esa manera, las tensiones entre Finlandia y Rusia.
- La “diplomacia verbal”: los líderes regionales suelen emitir declaraciones y discursos acerca de asuntos internacionales, tratando de influir sobre los Poderes Ejecutivo y Legislativo federales. Por ejemplo, el ex alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, protestaba contra la división de la Flota del Mar Negro entre Rusia y Ucrania, insistiendo en la jurisdicción rusa sobre Sebastópol y Crimea. El ex gobernador de Nizhny-Novgórod, Boris Nemtsov, fue un ferviente crítico de la posible unión entre Rusia y Bielorrusia, recibiendo a su vez, acaloradas respuesta por parte de Minsk.

Estos ejemplos ilustran acerca de la creciente influencia de las regiones sobre la estrategia internacional rusa y la ausencia de una cultura política entre las elites regionales (Sergunin, 2008 :79).

- La manipulación del Parlamento: las regiones usan al Legislativo para hacer *“lobbying”* llevando así adelante sus intereses de política exterior, al nivel federal. Especialmente, el Consejo de la Federación, que durante el período Yeltsin, estaba conformado por los líderes regionales (gobernadores y representantes de las asambleas locales legislativas), era el vehículo institucional más popular para canalizar aquellas demandas. Por ejemplo, Prusak, siendo presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Consejo de la Federación y vicepresidente de la Asamblea parlamentaria del Consejo de Europa, a menudo, empleaba su posición para promover los intereses de Nizhny-Novgórod a nivel externo. Bajo Putin, si bien la composición de la Cámara Alta ha cambiado porque ahora sólo está compuesta por representantes regionales, elegidos por las Legislaturas locales, dicha práctica ha continuado.

- La capitalización de la infraestructura federal: las regiones usan la estructura institucional creada por Moscú en la periferia, para gravitar sobre la política exterior federal. Por ejemplo, Cancillería ha establecido una unidad especial sobre asuntos interregionales. Los Ministros de Asuntos Exteriores, Comercio, Comité de Clientes y Servicios Federal de Fronteras, tienen oficinas y delegaciones en las regiones, para comprometerse en la cooperación internacional intensiva. No obstante, dichas agencias sirven a los intereses de las regiones como instrumentos de presión sobre Moscú, más que como control de ésta sobre las aquéllas. Ocurre que las agencias dependen de las autoridades locales en términos de vivienda, provisiones básicas y carreras profesionales. Usualmente, están cubiertas por personal local o nativo, con estrechas conexiones con las elites regionales. Otra implicancia alarmante de esta excesiva regionalización es la dependencia de las llamadas “estructuras de poder” o *“Структура власти”* -en ruso- (Fuerzas Armadas, policía y servicios especiales), por parte de las autoridades locales. Especialmente

en los años noventa, dados la falta de fondos y carencia de alimentos, energía y alojamiento, muchos comandantes militares tuvieron que pedir asistencia a los gobiernos locales. Este antecedente no hace más que generar dudas acerca de la lealtad de aquellas estructuras a Moscú.

- La manipulación de organizaciones internacionales: para presionar a Moscú, los gobiernos regionales suelen usar no sólo a las instituciones federales sino también a organizaciones internacionales. Por ejemplo, para explotar un mayor y privilegiado *status* de Rusia (zona económica especial, régimen de libre visado con Lituania y Polonia), Kaliningrado explotó bastante hábilmente sus relaciones con la CBSS y la Dimensión Septentrional de la UE. Las regiones del norte de Rusia, están representadas en el Consejo Regional de la BEAC y desarrollan vínculos con las regiones cercanas de Finlandia, Noruega y Suecia. Con la ayuda de la OSCE, el Consejo de Europa y la Cruz Roja, Ingushetia pudo gerenciar mejor el incremento del flujo de asistencia humanitaria de refugiados por las dos guerras de Chechenia (Sergunin, 2008 :80).

En términos operacionales, hay tres niveles de actividades internacionales de las regiones: cooperación bilateral con las unidades subnacionales de los países extranjeros; cooperación entre las asociaciones interregionales y las contrapartes extranjeras y la cooperación transfronteriza y transregional. Un ejemplo del primer caso lo constituye Nizhny-Novgódod, que ha sabido cultivar estrechos lazos con la región del Norte del Rin-Westfallia, la Lombardía italiana y la francesa Bouche du Rhone. El segundo es ilustrado por numerosas asociaciones o bloques regionales rusos, como la Noroccidental (liderada por San Petersburgo y en contacto permanente con los países del Báltico), la del Gran Volga, la Chernozem, la de los Urales y la de Acuerdos de Siberia. En el tercer nivel, las regiones noroccidentales rusas cooperan con los países nórdicos, como ya se mencionó antes, Karelia y Finlandia; Kalinigrado que recibió en la crisis de 1998, mucha asistencia humanitaria de Polonia y Lituania. El BEAC, el CBSS, el Consejo Nórdico, el Consejo del Artico y la Cooperación del Mar Negro, son algunos organismos

multilaterales en línea con regiones rusas, en una variedad de temas, incluyendo los ecológicos.

En cooperación transregional, la UE ha tenido un papel preponderante. Ya sea de la Dimensión Septentrional, con Finlandia por ejemplo, apoyando a regiones rusas como las ya nombradas o el programa especial *Interreg*, para inversiones en países no-UE, los europeos colaboran con más de 70 millones de euros en dichas áreas. Los miembros tardíos de la UE como Polonia y los Estados Bálticos, aún no teniendo tan buenas relaciones con Rusia, cooperan con regiones de ésta, como Kaliningrado, Pskov, Nizhny-Novgórod y San Petersburgo.

El tercer nivel de cooperación, tal vez el menos desarrollado, es el del gobierno local. En la década de los noventa, las principales y más dinámicas ciudades rusas, como Moscú, San Petersburgo, Samara, Nizhny-Novgórod, Kazan, Kaliningrado, Yekaterimburgo Petrozavodsk, entre otras, ampliaron sus vínculos especiales con Europa, aunque teniendo muy diversas experiencias, algunas positivas y otras negativas. En tal sentido, el Proyecto Eurorregiones de la UE fue un buen instrumento para la cooperación subregional con las ciudades rusas, sobre todo, las ubicadas a la vera del Mar Báltico. Problemas de infraestructura de transporte, tratamiento del agua potable, tecnologías agrícolas, sector energético y medio ambiente, son comunes a Karelia, Pskov, Kaliningrado y sus similares danesas, suecas, finlandesas y polacas. De todos modos, los resultados son modestos y los rusos ironizan acerca del “turismo burocrático” que implica semejante intercambio intermunicipal.

2.1.8. La sociedad civil

En Rusia, donde los medios de comunicación son privados pero se hallan en manos de allegados al Kremlin, la sociedad civil se halla todavía en una forma embrionaria y por esta razón, su impacto en el diseño de la política exterior, es relativamente insignificante o esporádica y caótica.

Tal vez, el episodio más relevante donde se advirtió cierto resquemor de la opinión pública rusa, ha sido la indignación popular que exhibió por los fallos adversos “parciales” en contra de los atletas rusos, en ocasión de los Juegos Olímpicos de Invierno en el año 2002, en Salt Lake City (Estados Unidos), que motivaron críticas públicas del propio Putin al Comité Olímpico Internacional (COI) pero también a las propias autoridades deportivas rusas -cuyo presidente renunció-, a las que acusó de no haber defendido suficientemente a sus deportistas.

Quizás, el hecho de que semejante tema, pueril para no pocos, haya despertado tanta polémica en Rusia, puede justificarse porque mientras, a nivel de la elite rusa, siguen prevaleciendo temas y miradas de “*hard security*”, en el plano de la sociedad civil, tibiamente aún, empiezan a aflorar cuestiones de “*soft security*”, como la mencionada, de carácter ecológico, comercial, cultural, hasta deportivos.

En el rubro de las relaciones entre los medios de comunicación y el gobierno, sin dudas, que la libertad de expresión se ha visto mermada en tiempos recientes. Inteligente pero gradualmente, Putin ha controlado las cadenas nacionales de TV, la principal fuente de noticias para la mayoría de los rusos a lo largo y a lo ancho del país. La mayoría de los diarios han sido transferidos a la propiedad de individuos y compañías abiertamente leales al Kremlin. Sólo dos -“*Novaya Gazeta*” y “*Ekho Moskvy*”- permanecen como fuentes independientes de información, además de algunos blogs en Internet.

La Rusia de Putin fue un país de alto peligro para la vida de los periodistas como lo atestigua el resonante asesinato de Anna Politkóvskaya –la más famosa y valiente periodista de investigación-, en la puerta del ascensor de su edificio, el 7 de octubre de 2006, aún no esclarecido. El sucesor de Putin, Dmitri Medvedev no alteró el curso de la situación y el balance es el de medios rusos, ofreciendo programas diarios sobre la identidad rusa, los valores espirituales del pueblo ruso y su contrapeso a la “degradante Occidente globalizadora” (Pomeraniec, 2008)

Como un reciente estudio ha demostrado, el poder de los medios en la persuasión política, en democracias inmaduras como Rusia, puede tener un impacto mayor que en democracias ya consolidadas. Los efectos de los medios en Rusia, son más profundos porque existe una combinación de factores coadyuvantes como un sistema inestable de partidos, débiles lealtades partidarias, ausencia de información previa sobre el desempeño o la labor política funcional y la falta de competitividad en el mercado de los medios. Es así como la adquisición de NTV –otrora opositor al Kremlin- por parte de Gazprom en 2001, fue una clara señal de que la libertad de palabra empezaba a fenecer en Rusia (Enikolopov, Petrova, Zhuravskaya, 2008 :16-17).

No obstante que los rusos suelen ser descritos como apáticos y desinteresados por la política y al mismo tiempo, sumisos o serviles hacia la autoridad, las encuestas revelan actitudes no muy diferentes al del resto de Europa. El respetable Centro Levada ha hallado que el 66 % de los rusos sienten que su país necesita una efectiva oposición política y que el 60 % cree que los medios debieran desempeñar un importante rol en dicho sentido. De acuerdo a encuestas de diciembre de 2005, para el 57 % de la población, la crítica a los funcionarios es positiva para la democracia.

Al mismo tiempo, en una sociedad democrática, actores no gubernamentales (instituciones de la sociedad civil, Organizaciones No Gubernamentales, grupos de interés, entidades religiosas, ambientalistas, centros de políticas públicas, etc.), juegan un rol importante en el diseño del curso internacional del país (Sergunin, 2008 :83).

Ellos cumplen con algunas de las funciones:

- la articulación de los intereses de la política exterior de varios grupos de intereses;
- la formulación de los objetivos de la política exterior de varios grupos sociales;
- la movilización del apoyo público a través de las campañas políticas y los medios de comunicación;

- asegurarse que todos los actores involucrados, estén satisfechos con información útil en el sujeto de la discusión pública;
- hacer “*lobbying*” al gobierno para influir una decisión relevante de política exterior.
- proveer al control público sobre las actividades gubernamentales internacionales.
- proveer de un mecanismo para “*feedback*” (tanto positivo como crítico) acerca de los efectos de las políticas gubernamentales.

Respecto a la comunidad rusa de negocios, indudablemente, los sectores energéticos (petróleo, gas y minería), de transporte, forestales, silvicultura, comercio exterior de alimentos y turismo, son los más activos en términos de su poder de influencia sobre el mundo político y las relaciones internacionales.

Otros dos “*lobbies*” poderosos son los referidos a la energía nuclear y la venta de armas, afines a los vínculos con China, India e Irán. Putin levantó la prohibición Gore-Chernomyrdin de 1995, que castigaba a Rusia, embargando armas a Irán.

Al depender tanto Rusia de sus exportaciones gasíferas a Europa, tanto el gigantesco Gazprom como el holding eléctrico RAO EES como las petroleras Lukoil, Rosneft y Sibneft, entre otros, son los “jugadores” con mayor “*lobbying*”. En ocasión de tensas relaciones entre Rusia y los Estados Bálticos, durante los años noventa, tanto Gazprom como las petroleras ejercieron presiones sobre el Kremlin y Cancillería, en orden a frenar posibles sanciones comerciales a aquellos países (Sergunin, 2008 :84).

Ya en los años dos mil, preocupó tanto a europeos como rusos, el desarrollo de la infraestructura energética, por lo que algunos “*joint-ventures*” como la Cooperación de la Energía de la Región del Mar Báltico (BASREC) y el Consejo de Barents y el Euro Artico, fueron lanzados. Estas iniciativas conjuntas sirvieron para morigerar los altos precios de tránsito para el petróleo que debían pagar las compañías rusas por el transporte a través de países bálticos como Letonia. Entre 1992 y 1999,

debieron pagar unos 5.000 millones de dólares en sobretasas. Precisamente, gracias al consorcio BPS (Sistema de Oleoductos del Báltico), el primer proyecto de larga escala conjunto entre europeos y rusos, operativo desde el año 2002, permitió que los barcos salieran con el crudo desde el norte ruso y los Urales a la terminal portuaria de San Petersburgo, con lo cual, Rusia pudo “bypassear” a Letonia y así ahorrar muchos miles de millones de dólares.

Otro proyecto es el Gasoducto del Norte de Europa (*Nord Stream*), donde Gazprom y empresas alemanas, son socios, permitiendo traer gas desde el Artico hacia Alemania y desde allí, a países como Dinamarca y Reino Unido, evitando la circulación y las sobretasas de Finlandia, Polonia y los Estados Bálticos. Aquellos también prefieren ignorar los costos ambientales del propio Mar Báltico, que tiene en su lecho, el peligro potencial de las armas químicas depositadas por los alemanes, tras la Segunda Guerra Mundial.

En suma, una lógica contradictoria guía a los rusos en relación a la UE. Por un lado, prevalece cierto discurso y prácticas de cooperación multilateral y por el otro, en no pocas ocasiones, predomina una praxis bilateralista, aprovechando los negocios conjuntos con Estados como la propia Alemania.

La industria forestal con sus vínculos con Finlandia a través de Karelia más Novgórod y la logística son otros dos sectores políticamente muy dinámicos. La primera busca básicamente, incrementar las cuotas o cupos de exportación a los diferentes Estados europeos. La segunda intenta consolidar dos grandes corredores de transporte hacia Europa: a) el eje Berlín-Varsovia-Moscú-Nizhny-Novgórod-Yekaterimburgo y b) el eje Helsinki-San Petersburgo-Moscú-Kiev-Creta. La comunidad de negocios de Kaliningrado está especialmente interesada en abrir dos ramas más del segundo corredor: la vía Báltica y la vía Hanseática.

Mientras tanto, el sector turismo es activo haciendo “lobbying” por cuestiones como facilitación y celeridad en la entrega de visados, siendo muy especial la participación por ejemplo, de la comunidad de

negocios de Kaliningrado hasta que en el año 2003, Polonia y Lituania flexibilizaron las visas para los turistas rusos.

Respecto a las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), éstas se focalizan en dos áreas:

a) las cuestiones domésticas: los activistas de derechos humanos intentan movilizar el apoyo internacional, sobre todo, el europeo, para resolver problemas domésticos en Rusia, como la introducción de un servicio militar alternativo y la protección de jóvenes soldados del “*bullying*” en las Fuerzas Armadas. Las organizaciones internacionales de derechos humanos de cierto liderazgo, como *Amnesty International*, *Transparency International* y otras, cooperan con las ONGs rusas y han establecido oficinas o delegaciones representativas locales para monitorear la situación desde adentro del propio país. Las organizaciones europeas vinculadas con la problemática de los derechos humanos, como el Consejo de Europa, la OSCE, el Parlamento Europeo, la Asamblea Parlamentaria de la OTAN, etc., también ayudan a las ONGs rusas y suelen enviar misiones especiales a las zonas más problemáticas de Rusia.

- las cuestiones internacionales: las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) de derechos humanos, están principalmente interesadas en proteger a las minorías rusófonas en las repúblicas postsoviéticas (los Estados Bálticos, la Transcaucasia, Moldavia y Asia Central). La Sociedad Rusa para la Cooperación con los Compatriotas en el Extranjero, creada en 1990, es la organización líder que pretende respaldar a los 27 millones de rusos étnicos que viven fuera del país, ya sea para ayudarlos en su retorno a Rusia o la protección de sus derechos e intereses en el país de residencia. Aún cuando estos grupos tengan cierta clientela o consumo doméstico, logran influir al gobierno federal, para que pueda intervenir, protegiendo los intereses de los rusos étnicos y rusófonos en el espacio postsoviético.

En relación a las organizaciones religiosas, de manera nítida, sobresale el rol de la Iglesia Ortodoxa Rusa, que tiene dos prioridades a

nivel internacional, preferentemente en Europa: a) la protección de las minorías nacionales rusas en los países postsoviéticos, influyendo sobre el gobierno federal, en aras de utilizar los mecanismos de Derecho Internacional, como acuerdos y tratados internacionales, vía organismos multilaterales europeos, el Consejo Mundial de Iglesias y la Conferencia de Iglesias Europeas, entre otros; b) la agresiva infiltración de confesiones extranjeras como el catolicismo y el protestantismo más algunas sectas, incluyendo totalitarias, las cuales, frecuentemente, realizan prácticas nada éticas, manipulando la doctrina y los símbolos ortodoxos, para engañar a los nuevos creyentes. La Iglesia Ortodoxa pretende que el gobierno federal persiga y castigue estas acciones a las que juzga como “subversivas” (Sergunin, 2008 :87-88).

Claramente, la Iglesia Ortodoxa Rusa tiene el monopolio estatal y bastante ayuda oficial, particularmente, en el período Yeltsin, donde sin embargo, a través del Patriarca Alexei II, no cuestionó públicamente al líder ruso, por su acendrado pro-occidentalismo. De todos modos, nunca Juan Pablo II pudo visitar la Federación Rusa, lo cual revela el poder enorme que tiene aquella Iglesia -aunque no paneslavista-, a la hora de defender las fronteras de la “Tercera Roma”. Respecto a las otras Iglesias, la más activa es la de los tártaros musulmanes, que organizan ocasionalmente el Congreso Mundial Tártaro en la ciudad de Kazan, invitando a los más importantes líderes tártaros del orbe⁵².

En relación a los ambientalistas, éstos rápidamente se expandieron en la Rusia postcomunista, siendo muy influyentes en la política doméstica. Ciertamente, muchos líderes de la democracia post 1991, iniciaron sus carreras ya en la *Perestroika* gorbachoviana, como militantes

52 Rusia adoptó la cristiandad ortodoxa en el año 988 y, eventualmente se convirtió en el “bastión de la ortodoxia” después de la caída de Constantinopla a manos de los turcos en 1453. Iván III, quien se convirtió en Zar de Moscú en 1462, unificó la mayoría de las comunidades eslavas y su matrimonio con la nieta del último Emperador de Bizancio (la “Segunda Roma”, le dio el derecho a ser el sucesor de los Césares romanos. Moscú así, se convirtió en la “Tercera Roma”, lo cual es exhibido por los cristianos ortodoxos, como el último resabio de la verdadera civilización cristiana. Iván IV, quien se convirtió en el primer Zar de los *Rus* en 1547, empezó la expansión imperial rusa hacia el este, logrando que Rusia arribe al Pacífico, en el siglo XVII.

de la causa ecologista. Entre otras acciones, lograron imponer al académico Alexéi Yablokov al cargo de Consejero Estatal en Ecología y Salud Pública, constituyéndose así en su vocero en el gobierno federal. También bajo la presión ambientalista, casi todas las escuelas de pensamiento o teoría política de Rusia, empezaron a incluir la variable ecológica en su concepto de seguridad. Así, en los Conceptos de Seguridad Nacional de 1997 y 2000, fue incluida una sección especial dedicada al medio ambiente ruso.

Los ecologistas rusos consideran que los métodos diplomáticos tradicionales son insuficientes para resolver los problemas ecológicos que ahora tienden a ser globales más que nacionales. Estiman que Rusia, al igual que el resto de los Estados, debieran desarrollar un “Nuevo Pensamiento”, basado en el interés común de la supervivencia humana. Abogan por la desideologización de las relaciones internacionales, excepto la ecológica; pretenden que ésta sea la prioridad en la agenda política y en función de lo anterior, consideran necesario un *management* transnacional y no meramente estatal nacional (Sergunin, 2008 :89).

La ubicación de Rusia en el mapa europeo, tornan el tema ecológico en central dentro de la agenda de “*soft security*” y por lo tanto, en una cuestión de relevancia para el público ruso interesado en la protección del medio ambiente. Los mares allende el norte europeo, son sinónimo inmediato de contaminación y proliferación de lo ilícito, donde se endilga la mayor responsabilidad a Rusia, como heredera principal de la URSS. Después del 11S, los gobiernos rusos tienen el dilema de seguir ignorando la “*soft security*” o, presta atención cada vez más, a una sociedad civil, movilizada con iniciativas sobre tales temas (Lomagin, 2005 :259).

Precisamente, según el Barómetro de Nueva Rusia, sólo el 4 % de los rusos, creen que en el próximo lustro, Rusia podría ser víctima de algún ataque por parte de otro país, mientras que el 75 % considera que esto es “nada probable” o “poco probable”.

Los máximos problemas que visualizan los rusos, son acordes al conjunto de llamadas “nuevas amenazas”, es decir, adicción a las drogas, crimen, corrupción y terrorismo. Otros están más repartidos entre la población y tienen relación con la calidad de vida, el desempleo y la situación en Chechenia. Precisamente, el 27 % de la población está preocupado por ellos; un 14 % manifiesta angustia por la inflación, que en la era Putin, sin embargo, tendió a bajar; el 13 % por la incertidumbre respecto al futuro y, el 10 % por los problemas del medio ambiente.

En ese capítulo especial de la ecología, sólo el 1,3 % de las respuestas exhibieron satisfacción plena con el estado del medio ambiente y otro 19,1 % se hallaba contento en general con él, pero el 75,5 % se hallaba totalmente insatisfecho. El 39,1% favorecen el crecimiento económico por encima de la preservación de los recursos naturales, mientras el 32,3 tienen exactamente la visión opuesta, mientras un 28,6 decide no responder (Pursiainen, 2005 :8-9).

Cabe destacar que el ambientalismo como muchas cuestiones que luego pasaron a tener influencia en la esfera pública, nació del propio poder estatal. En efecto, uno de los pioneros en tal sentido, fue G. Khozin, un oficial de la inteligencia militar soviética, que fue especialista en política espacial en el Instituto de Estados Unidos y Canadá (ISKRAN) en 1969. Escribió un libro, un trabajo analítico de larga escala, llamado “En defensa del Planeta”, en donde si bien cuestionaba a Occidente, también advertía sobre las falencias de la política ambiental soviética. Como otros científicos soviéticos (A. Medunin, N. Dubinin, N. Fedorenko, etc., Khozin planteaba la conciencia de vivir en un planeta como hogar común, más allá de los sistemas económicos, llamando la atención sobre el retroceso ecológico soviético y la necesidad de rever la planificación central (Pursiainen, 2005).

Un factor de gran preocupación en esa época, ya eran los desechos radiactivos, que asolaban las costas del noroeste ruso, lindante con Europa. A pesar de la ausencia o la carencia de datos oficiales, el Reporte Yablokov, de 108 páginas, recién publicado en 1993,

era lo suficientemente claro en torno a denunciar la negligencia a gran escala de la política de basura nuclear de la ex URSS, particularmente, afectando las regiones de Novaya Zemlya y el Mar de Kara. Unos 16 reactores de submarinos nucleares y entre 11.000 y 17.000 containers de basura radioactiva, aún sellados con cemento y acero, yacían en esas aguas. Ya en los noventa, Rusia advirtió a la comunidad internacional que el submarino nuclear Komsomolets, que se hundió en el Mar del Noruega en 1989, corría el riesgo de liberar plutonio en gran escala. El hundimiento del submarino nuclear Kursk, al comienzo de la gestión Putin en el año 2000, sumó dos nuevos reactores a las profundidades de los mares nórdicos. Los riesgos de las consecuencias nefastas que equivalen a un centenar de Chernobyls, están a la vista (Pursiainen, 2005) (Lomagin, 2005).

Precisamente, el gobierno federal ruso no ha aumentado sistemáticamente los presupuestos para atender las situaciones catastróficas heredadas de la URSS, como la central nuclear de Chernobyl y la polución nuclear que afecta la región de Chelyabinsk en Semipalatinsk. Ya en setiembre de 2002, un cortocircuito estuvo a punto de provocar una catástrofe al estilo Chernobyl, en la central nuclear de Sverdlovsk, la ciudad natal de Boris Yeltsin.

En Rusia, existe una decena de centrales nucleares, con una treintena de reactores, con algunas de ellas, cerca de las fronteras con los países bálticos, donde viven una gran cantidad de habitantes. Muchos de esos reactores, construidos en las décadas de los setenta y ochenta, han superado la vida promedio útil. Cabe destacar que la energía nuclear aporta entre el 12 y el 14 % del total de la energía consumida en Rusia, pero en aquellas zonas limítrofes, las centrales nucleares aportan más del 40 % (Pursiainen, 2005).

Producto de dichas falencias a nivel central, a menudo, son los propios gobiernos regionales, los que han debido afrontar, con escasez de recursos, programas de desmantelamiento de submarinos nucleares, como en la Península de Kola, o el mismo cumplimiento de normativas

internacionales, que debía satisfacer -y no lo hacía- Moscú, como por ejemplo, las derivadas del Programa de Protección Marina del Báltico, de la Comisión Helsinki (HELCOM).

Tampoco el aire ruso es limpio: según fuentes oficiales ambientales, unas 120 ciudades rusas tienen una atmósfera cinco veces más tóxica que los niveles aceptables, debido a la existencia de empresas papeleras, químicas y metalúrgicas. Más del 14 % del territorio ruso, se halla en una situación ecológica extremadamente crítica, afectando a 61 millones de habitantes, sobre un total de 147 millones. Para colmo de males, Al respecto, tampoco guardan seguridad en materia de estándares europeos, los oleoductos rusos que surcan tierras o mares (Pursiainen, 2005 :283).

Desde el punto de vista burocrático, Putin eligió desaparecer algunos organismos ineficaces como el Comité Ambiental Central, en mayo del 2000 y reemplazarlos por agencias dependientes de su persona, pero con autoridad importante dentro o sobre los Ministerios, por ejemplo, la Agencia de Protección del Ambiente, al interior del Ministerio de Recursos Naturales o, la Inspección Federal de Seguridad Nuclear y Radiación, dentro del MINATOM (Ministerio de Energía Atómica). Estas tratan de evitar las yuxtaposiciones en la normativa ambiental y por el contrario, conciliar las regulaciones ambientales con la explotación de recursos por parte de los mismos entes estatales, como Gazprom. Estos cambios no hicieron más que agudizar los conflictos intraministerios (Pursiainen, 2005 :287)

En relación a los “tanques de ideas” independientes, se trata de un fenómeno novedoso en la evolución política y social de Rusia. En la era soviética, la experticia de la política exterior, se concentraba en las agencias del Partido-Gobierno o en las instituciones académicas que trabajaban para la *Nomenklatura*. La aparición y el crecimiento de los centros de políticas públicas es una característica distintiva de la vida intelectual y política del período postcomunista, siendo sus objetivos primordiales, monitorear y proveer de experticia aunque algunos pocos de

ellos se dedican también, a la investigación puramente científica. En términos ideológicos, estos centros dedicados a gestión tecnocrática, ya sea en su versión más teórica o más práctica, han ido superando a los “tanques de ideas” más influyentes en los noventa, tanto los prosoviéticos como los más liberales.

Entre los centros, perteneciendo al primer grupo, al servicio del diseño de la política exterior, el Consejo de Política Exterior y Defensa (CFDP o, en ruso, *-Soviet po Vneshnei i Oboronnoi Politike-*) de Serguei Karaganov, es el de mayor tamaño y más influyente. El Consejo fue establecido en febrero de 1992, como una organización independiente. Está integrado por un directorio compuesto por figuras prominentes del gobierno, los negocios, la academia y los medios de comunicación. Posee un pequeño *staff* permanente y un número de miembros *part-time* para proyectos específicos. Las actividades del Consejo incluyen encuentros regulares y discusiones informales entre analistas de políticas y tomadores de decisiones; conferencias, seminarios y grupos de discusión; proyectos de investigación; campañas educativas en los medios de comunicación y, consultoría más entrenamiento técnico y para programas de asistencia social.

El CFDP no conduce proyectos a requerimiento de las estructuras de gobierno pero elige el tópico de investigación por su propia iniciativa. No obstante que el Consejo no se considera un “tanque de ideas” analítico, como se verá en el Capítulo 5, suele unificar a los especialistas en política exterior y defensa, siendo su objetivo, proveer de tomadores de decisiones con recomendaciones en los siguientes tópicos: interés nacional ruso, percepción de amenazas, desarrollo y evaluación de nuevos conceptos estratégicos, seguridad regional y global, conflictos étnicos y religiosos, control de armas, etc.

La Fundación de la Política Exterior Rusa (RFPF) es otro actor no gubernamental influyente en el proceso de toma de decisiones. Dicha entidad fue establecida en 1992, por iniciativa del Ministerio de Asuntos Exteriores y la Academia Diplomática, la Revista *International Affairs* y

varios Bancos poderosos como el Incombank, Avtovazbank y Menatep, así como compañías petroleras como Lukoil y de transporte automotor como Kamaz. Desde sus inicios, la RFPF estuvo orientada a armonizar la política exterior rusa con la comunidad de negocios y por ello, se dedicó mayormente a actividades prácticas que a investigaciones no empíricas.

La Fundación organiza varias conferencias anuales y publica sus conclusiones. Se incluyen conferencias sobre prevención y resolución de conflictos y disputas en el Mar Caspio y las regiones del Mar Negro, Kaliningrado y el Asia Pacífico. La RFPF estuvo bastante activa en el establecimiento de contactos con las regiones rusas, como Kaliningrado, Karelia, Krasnodar, Novossibirsk y el Lejano Este Ruso, además de abrir oficinas regionales en Krasnodar y Novossibirsk.

Entre los centros independientes orientados a políticas, la Fundación de Estudios Políticos (Andrei V. Fedorov), la Fundación de la Política (Vyacheslav A. Nikonov), el Centro Ruso de Políticas Públicas (Alexei Salmin), la Corporación de la Universidad Ruso-Americana (Alexei Podberezkin), el Centro para Estudios Regionales y Etnopolíticos (Emil Pain), el Centro para la Seguridad Nacional y las Relaciones Internacionales (Serguei Rogov), el Instituto para los Estudios de la Defensa (Viktor Surikov) y otros, deben ser mencionados (Sergunin, 2008 :90-91).

El segundo grupo de centros de investigación independientes, que tratan de combinar investigación teórica y aplicada, incluye el Carnegie Center de Moscú (fundamentalmente, Alexei Malashenko, Nikolai Petrov, Dmitry Trenin y Lilia Shevtsova), la Fundación de Investigación Pública de Moscú (Andrei Kortunov), el Centro de Aportaciones Estratégicas (Serguei Oznobishchev y Alexei Konovalov), el Centro para la Investigación Política Rusa (Vladimir Orlov) y la Fundación Gorbachov (Dmitri Furman y Victor Kuvaldin).

Fuera de la capital, también hay “tanques de ideas” muy interesantes como en San Petersburgo, donde están el Centro Báltico de Investigación (con temas como las políticas rusas en el norte de Europa,

el diálogo energético ruso-europeo), el Centro para la Investigación y Programas de Integración (políticas en la región del Mar Báltico, políticas rusas en Europa del Este) y el Club del Báltico (estudios bálticos). La región de Nizhny-Novgórod también tiene centros de investigación orientados a políticas como el Centro para la Experticia Socioeconómica de Nizhny-Novgórod (políticas de seguridad en Europa, diseño de política exterior rusa), el Centro de Estudios de Políticas de Nizhny-Novgórod (relaciones OTAN-Rusia y UE-Rusia) y el “*Rus-Expert-Transit*” (arquitectura de seguridad europea, energía ruso-europea y la reconversión de la industria rusa de defensa), entre otros temas.

Los roles, autoridad y prestigio de estas entidades, difieren los unos de otros. Muchos de ellos son útiles en términos de generar debates acerca de las relaciones entre Occidente y Rusia, más que generar influencia en el proceso de toma decisoria. De todos modos, ellos constituyen la base por la cual se ve reflejada la comunidad intelectual internacionalista en Rusia (Sergunin, 2008 :91).

A modo de síntesis, resulta claro que el proceso de diseño de la política exterior rusa, incluyendo los actores mencionados como el Presidente, la Administración Presidencial, el Consejo de Seguridad Nacional, el Primer Ministro, los Ministerios de Asuntos Exteriores y Defensa, los servicios de seguridad e inteligencia y la Asamblea Federal, constituyen un entramado complejo pero carente de transparencia y donde las relaciones personales, con cumbre en el Presidente, forman una estructura paralela a la de los conductos oficiales, como vía para alcanzar acuerdos (Morales Hernández, 2009 :83).

Claramente, los arquitectos postcomunistas tuvieron éxito en adaptarse a la nueva realidad de la Federación Rusa, construyendo un mecanismo elaborado de gobernanza que incluía la imitación de las instituciones occidentales, el reemplazo de una ideología coherente por un pragmatismo no ideológico; la cooptación de varios grupos políticos y societales vía el uso de la renta petrolera y gasífera; ambigüedad e incertidumbre con respecto a la naturaleza del curso, la agenda y la

trayectoria y finalmente, la represión selectiva contra la oposición (Lo, Shevtsova, 2012).

Capítulo 3: las relaciones exteriores de la era putinista

En este tercer capítulo, repasaremos los principales derroteros de la relación especial que mantuvo la Rusia de Putin con los diferentes Estados, según orden de importancia estratégica, pasando revista a las cumbres, giras y visitas protocolares del Presidente, la agenda de temas internacionales abordados, el perfil adoptado por la Cancillería rusa, sus discursos oficiales o conferencias de prensa, además de volcar la evolución de la opinión pública y sus percepciones de cada Estado.

Las conclusiones de las entrevistas formuladas en junio de 2010, a los profesores españoles de la Universidad de Valencia, Carlos Flores Juberías y Antonio Sánchez Andrés y en setiembre de 2011, a la profesora rusa del ILA de Moscú, Dra. Lyudmila Okuneva, entre otros académicos, haciendo hincapié en la jerarquía de temas importantes (los económicos o los de seguridad) y la percepción respecto a una Rusia más “nostálgica imperial” o más cooperativa, son incluidas en esta parte de la Tesis. Podremos verificar el alto grado de consenso existente -y creciente- en la opinión pública rusa, respecto a las posiciones de la política exterior, que fue asumiendo Putin a lo largo de su primer y segundo gobierno, reflejando de algún modo, la identidad nacional rusa que se fue forjando por aquellos años.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, en un país, como Rusia, “desgarrado” -en términos de Huntington-, que prácticamente nunca vivió la trayectoria histórica occidental, la caída del comunismo suponía el triunfo de la democracia capitalista automática en 1992. Sin embargo, al poco tiempo, los rusos empezaron a actuar, ya no como marxistas, pero sí como rusos, y entonces, el distanciamiento con Occidente, lejos de reducirse, se amplió. El debate sobre su verdadera identidad reapareció y las elites y la opinión pública parecieron divididas sobre este punto, a lo largo de buena parte de los años noventa (Huntington, 1997 :169).

En efecto, una encuesta hecha en 1992, con una muestra de 2.069 rusos europeos dio como resultado, que el 40 % de los encuestados

estaban “abiertos a Occidente”, el 36 % “cerrados a Occidente” y el 24 % “indecisos”. Como vimos antes, las divisiones se hicieron palpables en las elecciones parlamentarias de 1993, definiendo el ocaso del liberalismo atlanticista y prooccidentalista ruso pero también en las presidenciales de 1996, donde Yeltsin obtuvo el 43 % pero la oposición procomunista y nacionalista antioccidentales, sumadas, el 52 % (Huntington, 1997 :169-170).

Esa dualidad occidental-eslavófila, fue el escenario o contexto con el que se encontró Vladimir Putin en 1999 y de algún modo, su liderazgo marcaría una bisagra en tal dualidad, aislando a los extremos y generando un nuevo “centro” de consenso doméstico, el cual, marcaría el rumbo identitario de su política exterior.

3.1. Una evaluación preliminar

De acuerdo a su mayor o menor vinculación con Occidente, llámese Estados Unidos y Europa, el “rostro” cooperativo que asume la Rusia de Putin, puede insertarse en alguna de las tres alternativas que escoge Serguei Medvedev dentro de lo que él denomina la “benevolencia”: internacionalismo liberal; cooperación minimalista con Occidente y, obstrucción de la política de Occidente (limitación de daños), las que contrastan con la cuarta no deseada, la “confrontación”, que conduce al neoimperialismo y al aislacionismo. En cambio, Henrikki Heikka distingue entre tres opciones estratégicas: seguridad cooperativa, incluyendo la integración a las estructuras de Europa; el balance multipolar para maximizar la independencia y, la Gran Potencia neoimperialista antioccidental. Con variantes y cruces entre estas diferentes alternativas, podría afirmarse que la Rusia de Putin se mueve entre la cooperación minimalista o limitada con el mundo y neoimperialista con los vecinos, en términos de Medvedev y la opción de la seguridad cooperativa de Heikka (Oldberg, 2005).

Inserta en el G-8, en la APEC, en el Club de París, institucionalidad que empezó a recorrer Yeltsin pero que el Presidente Putin instalado a partir del nuevo Milenio, ratificó y expandió, Rusia se inserta en su política

que prioriza la modernización económica, la relación entre geoeconomía y geopolítica y, el acceso a la institucionalidad mundial. La política exterior putinista así resulta en multifacética y algo contradictoria, pero de ninguna manera, confrontacionista.

En realidad, a fuerza de ser ecuánimes, la política exterior destinada a conseguir objetivos primordialmente domésticos, deriva del último líder soviético, Gorbachov. En aquel momento, la finalidad del “Nuevo Pensamiento” era conseguir la cooperación occidental y poner a la URSS a tono con dicha aspiración de carácter universal. En efecto, el curso de la política exterior de Gorbachov estaba basado en un entendimiento innovador del interés nacional que convocaba a repensar el sistema soviético y su ambiente internacional (“Nuevo Pensamiento”).

Su mayor compromiso fue hacia una mejora radical de la seguridad nacional rusa, que dependía principalmente de su cambio en las relaciones con Occidente. Gracias largamente al liderazgo personal y compromiso de Gorbachov, muchos acuerdos de control de armas pudieron ser concluidos y la era de la carrera armamentística parecía haberse extinguido para siempre. La desaparición de la amenaza de Occidente permitió liberar una gran cantidad de recursos que antes habían sido volcados a poderosas maquinarias militares para la guerra⁵³.

Pero a nivel doméstico, este desarrollo afectó severamente la capacidad de maniobra de Gorbachov y hacia 1990, prácticamente dejó muy vulnerable a la economía soviética, prácticamente a merced de Occidente, el único que podía rescatarla y redirigirla en términos de créditos, endeudamiento histórico, nuevas inversiones en infraestructura, etc. El líder del “Nuevo Pensamiento” estaba muy debilitado, habiendo hecho muchas concesiones a Occidente y en su Estado de la Unión de

53 Sin embargo, el “Nuevo Pensamiento” no ostenta un récord tan impresionante en otras áreas fuera de la seguridad. La preocupación gorbachoviana en materia de control de armas no colaboró con él en la reforma de la economía soviética o en el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo. Desde 1988 a 1989, las encuestas empezaron a reflejar un creciente descontento con las reformas y falta de credibilidad en el liderazgo central. Mientras Moscú estaba ocupado negociando con Occidente, temas de suficiencia nuclear y el retiro de tropas del Tercer Mundo y Europa del Este, la economía se iba descarrilando, colapsando finalmente en 1990.

1992, George Bush (padre) proclamó el “triumfo de Occidente” en la Guerra Fría. Adicionalmente, Gorbachov también fracasó en movilizar la identidad cultural rusa. Introducida para revigorizar la energía e iniciativa social del país, el “Nuevo Pensamiento” dejó al país, profundamente dividido e inseguro respecto al futuro. En 1989, el 34% de la gente pensaba que la URSS podría no servir como ejemplo para el mundo, mientras que un año antes, era sólo el 5 % que pensaba eso (Tsygankov, 2006 :23).

Varios años más tarde de la “*Perestroika*”, en un reportaje del profesor valenciano Carlos Flores Juberias, el ex líder soviético, revelaba que le gustaría ser recordado en la posteridad, con el epitafio de su viejo amigo, el ex Canciller alemán socialdemócrata Willy Brandt: “.....*él pidió que escribieran en su tumba: nosotros lo hemos intentado. Nosotros no hemos estado haciendo el papel de los Zares; no siempre las cosas salen como las planeas, pero lo hemos intentado*” (Flores, Moret, Blasco, 2010)⁵⁴.

En línea con este testimonio, según el argentino Rolando Pocoví, quien fuera funcionario de la Embajada argentina en Moscú entre 2003 y 2007, desde la muerte de Brezhnev, en 1982, la agenda política soviético-rusa, estuvo marcada básicamente por la dinámica interna o doméstica y no tanto, por la externa. Mientras “Gorbachov trataba de cambiar los ejes para que nada cambie -modificar el régimen desde adentro sin sacrificar a la URSS y el socialismo-”, Yeltsin buscó desde 1987 en adelante, cambiar todo para asegurarse el poder. Gorbachov ejecutó pequeños cambios

54 En un reportaje al Diario El País de España, el ex Canciller de Gorbachov, Eduard Shevardnadze, reconocía que, a pesar del apoyo mundial, lo cual era motivo de orgullo, la política exterior sufría “un fuego graneado” por parte de los órganos más influyentes del país, que los acusaban al propio Shevardnadze y a Aleksandr Yakovlev, de haber destruido el socialismo. Respecto a la autodeterminación de las repúblicas, el ex Canciller -luego Presidente de su país-, la relativizaba, considerando que Georgia, “la patria de Stalin”, “una pequeña república con tres territorios autónomos y políticas exteriores complejas” no podría sobrevivir sin el apoyo de Rusia. Acerca del fracaso de la política económica de Gorbachov, Shervardnadze opinaba que “el país no estaba preparado para el mercado” aunque tal vez, lo hubiera estado, si hubieran favorecido algunos años antes, las inversiones extranjeras. En relación al pasado soviético histórico, recordaba su ingenuidad -y la de sus compañeros de la *Perestroika*- cuando militaban en el PCUS de Stalin, Khrushchev y Brezhnev, viendo “*cómo a medida que se crecía en la jerarquía, habían obstáculos insuperables*” (Karaoulov, 1991).

aunque algunos de fuerte impacto como la liberación del comercio exterior con las ex repúblicas soviéticas y Yeltsin apostó de modo oportunista a “la carta de Rusia” por encima de la URSS. El resultado fue la convivencia de dos poderes (el ruso y el soviético) desde 1990 hasta 1992, el mismo centro (Moscú), el vaciamiento del Ejército soviético y su rusificación -al mismo tiempo, coordinando los ejércitos de todas las repúblicas-, la independencia de Rusia y finalmente, el Tratado de Bielovezhie, por el cual se disolvía la URSS (Pocovi, 2010).

Los líderes postsoviéticos como Yeltsin y Kozyrev pretendieron ir mucho más lejos que Gorbachov, tratando de resguardar la seguridad y mejorar las relaciones con Occidente, haciendo converger los intereses de ambas partes. Mientras Gorbachov las veía culturalmente distintas, el nuevo liderazgo ruso consideraba a Rusia miembro pleno de Occidente, adhiriendo a sus valores (individualismo, economía de mercado, democracia política). El nuevo concepto de interés nacional enfatizaba la modernización económica: Yeltsin suponía que la plena adhesión valorativa y la adopción de políticas de terapia de shock y privatizaciones, supondrían inmediata asistencia financiera y llegada de capitales, que revivirían la economía deteriorada.

La realidad fue muy diferente. Las inversiones occidentales permanecieron escasas. A través de préstamos del FMI y el Banco Mundial, la economía se estabilizó pero al precio de estancamiento, servicios sociales colapsados y pobreza por doquier. El fracaso de la “terapia de *shock*” para atraer a Rusia a la “familia” de países ricos, alienó parte de la elite y gran parte de la población, tornando dificultoso, defender la política exterior rusa, protegida por Occidente. Crecientemente, la población sintió que la asociación estratégica con Occidente no estaba funcionando y muchos empezaron a mostrar resentimiento con los países occidentales, especialmente Estados Unidos. Entre 1993 y 1995, subió en el público en general, del 26 al 44 % los que veían como amenaza a USA mientras que entre las elites, subió del 27 al 53 % Además, en 1995, el 75 % pensaba que la economía soviética

estaba en manos extranjeras. También se percibía que Occidente buscaba debilitar a Rusia y que ésta seguía los dictados de Washington en áreas neurálgicas como Balcanes e Irak (Tsygankov, 2006 :24).

Sin embargo, las amenazas de seguridad reemergieron en la forma de conflictos militares y étnicos en la anterior URSS y al interior de Rusia: Chechenia. Todo ello exacerbó el sentido de la identidad y el orgullo herido ruso y el curso pro-occidental de la política exterior, hacía poco para sanar dichas heridas: de hecho, agudizaba el sentido de soledad cultural de los rusos. Frente a la decisión de la OTAN de expandirse hacia el este y disminuida en tamaño post 1991, Rusia debía repensar los postulados y sus propias expectativas de la política exterior pro-occidental que eligió tener a partir de 1992.

Respecto al papel de Estados Unidos en relación a Rusia, cabe hipotetizar si no hubo parte de aquél Estado, una política deliberada de considerar al Estado ruso como “continuador” de la URSS y por ende, como un posible nuevo desafío. En esta hipótesis, enmarcada en una teoría realista, que trabajan algunos autores, el "ganador" del conflicto bipolar, a través del fomento de la adopción de una economía de mercado en un país sin tradición o la iniciativa de extender la OTAN a los países del Este europeo incumpliendo promesas pactadas-, buscó evitar que surgiera un nuevo desafío a su supremacía manteniendo a Rusia debilitada, impotente y hasta humillada (Mateo, 2012) (Hutschenreuter, 2012).

Desde nuestra óptica, semejante posición supone una racionalidad especulativa enorme, con gran dominio de todas las variables en la toma de decisiones de la Casa Blanca, sobre todo en una época de mucho triunfalismo pero también de gran complejidad y no pocas incertezas, como la de los primeros años de los noventa, por lo que nos permitimos dudar de la contundencia y poder explicativo de la misma. En todo caso, consideramos, sin pecar de ingenuos, que la Administración Clinton, sobre la base de su diplomacia personal, buscó o intentó “ayudar” a Rusia a atravesar su dura transición política y económica, pero que

básicamente, su papel e influencia sobre la Federación, era limitado, evaluando en contraste, el importante poder que conservó gran parte de la elite postsoviética, orientada a defender su status, jerarquía e inmunidad.

Ya en 1996, con Yevgueny Primakov, como Canciller, la política exterior cambió drásticamente hacia un “Balance de Gran Potencia”. Intenso involucramiento diplomático en la región fundamentalmente en áreas conflictivas como Moldavia y Tayikistán y a través de nuevos vínculos y proyectos económicos, bajo la tutela de Rusia. Rusia tuvo su voz propia en cuestiones como Balcanes, Irak y el espacio postsoviético. Tanto la opinión pública como las elites apoyaron el nuevo curso de la política exterior y el refortalecimiento militar⁵⁵.

Al estar la política exterior de Primakov demasiado dirigida geopolíticamente, no existieron grandes cambios macroeconómicos: no hubo inversiones externas y el peso de la deuda subió. En términos identitarios, la política exterior de Primakov fue ambivalente. La intervención norteamericana en Yugoslavia en 1999, puso a Rusia afuera de Occidente y ésta empezó a pensar en términos de un triángulo estratégico neutralizador, con China e India. Sin embargo, la estrategia eurasiánista no pudo ser hegemónica, ya que persistió el matiz societal y axiológico occidentalista de la identidad rusa, aún en baja.

Putin decidió hacer frente a tal herencia y ansió superarla. Tuvo algo de fortuna necesaria por los errores geopolíticos de Occidente en Kosovo y demás situaciones variadas, pero bien, pudo aplicar una política exterior “tercerista”. El desendeudamiento externo, el retiro de la condicionalidad del FMI y los precios internacionales de las materias,

55 Primakov lideraba una agencia gubernamental opositora en los noventa, a la política exterior oficialista pero tenía acceso directo a Yeltsin: el Servicio de Inteligencia Exterior (en ruso, *Служба Внешней Разведки* y cuya sigla era el SVR). Entre 1992 y 1994, la agencia veía la necesidad de reconsiderar las prioridades de política exterior de Rusia y concentrarse en la anterior área soviética. En contraste con el énfasis de Kozyrev de una natural alianza con Occidente, aún a expensas de las relaciones bilaterales de la anterior URSS, Primakov vio su rol en puntualizar las desintegraciones económicas y de seguridades el área postsoviética y proponiendo alternativas. Uno de esos reportes, llamado “Rusia-CEI: requiere un ajuste la posición de Occidente?”, ha sido una respuesta directa a la iniciativa de expansión de la OTAN e influyó eventualmente el propio pensamiento de Yeltsin (Tsygankov, 2006 :65).

sumamente elevados, le dieron la posibilidad a Putin de generar su propia manera de incorporar a Rusia al concierto de naciones.

La gran diferencia entre la política exterior de Yeltsin y la de Putin, es que el primero buscaba como primordial objetivo, una agenda de gran transformación económica mientras el segundo intentaba la integración en la comunidad económica mundial. Pero esa integración no adquiere una mayor dimensión, porque de hacerlo, supondría costos de maniobra que afectarían de manera agresiva, a un Estado soberano y el *status* de Gran Potencia al que aspira Rusia. Resulta psicológicamente muy difícil para una nación que ha sido una potencia continental y superpotencia por algo más de 300 años, aceptar límites a su gobernanza. Por consiguiente, Putin termina convirtiéndose en el menor de los males: obtiene los beneficios de la integración política y económica pero retiene un status especial y separado dentro de la integración.

Mientras Yeltsin fue engeguedada e ingenuamente tras su fin, Putin fue más prudente y conservador, con el tipo de modernización que escogió para Rusia, intentando salvaguardar los intereses de la vieja URSS, defendiendo ciertas industrias que en un proceso competitivo y abierto como postulaban los economistas liberales de la era Yeltsin, no hubieran sobrevivido. Putin inauguró un período de adaptación y transición para esas industrias: autos, aviones, metalurgia, agricultura, química, farmacéutica, banca y seguros, en un contexto, en el que aceptada la opción de entrar a la Organización Mundial del Comercio (OMC), sólo los exportadores pueden defenderse de tal acceso.

El objetivo central y estratégico de la política exterior de Putin es demostrar que Rusia fue, es y será una Gran Potencia, especial y diferente de las grandes potencias (regionales) de Europa. Todo pensamiento imperial tarda en desaparecer y puede influir la política exterior rusa por muchos años aún por venir. Gran Bretaña y Francia necesitaron mucho tiempo para resignarse a a no ser Imperios, pero ahora están embarcados en una integración democrática y pacífica en

Europa. Cabe preguntarse por qué no se posee la misma paciencia con Rusia (Oldberg, 2005 :51).

De todos modos, “cooperar” no significa “integrarse”. Rusia se ve a sí misma como una potencia insubordinable a nadie, por lo que puede aceptar un rango de miembro de organismos internacionales y aprovecharlos como tales, pero hasta ahora, no se cree con la necesidad de integrarse a ellos de una manera profunda. Acepta formar parte, usa esa membresía para sus fines propios pero no termina de hacerse parte de ello, porque siempre se percibe diferente a los demás Estados.

Tras la nefasta experiencia financiera de 1998, que desarrollamos en nuestra Tesis de Maestría, en detalle, Putin percibió la propia vulnerabilidad al depender tanto de los factores exógenos, como el crédito. Ahora, también, gracias a situaciones favorables externas, como los precios del petróleo y el gas, pero posibilitando las ventas de armas y reactores nucleares, Rusia intenta tener ganancias de corto plazo que le permitan sortear el futuro de una manera más confortable. Cabe recordar que el mercado de armas, Rusia lo había cedido y perdido en los noventa, en favor de sus viejos rivales, como Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia y ahora, ha recuperado su liderazgo (Montes, 2007).

Respecto a la relación entre geoeconomía y geopolítica que buscó plasmar Putin a través de su política exterior, nuevamente, se trata de buscar objetivos tradicionales para la Cancillería de Moscú, a través de métodos modernos, es decir, priorizar cuestiones de índole económica que permitan resguardar la posición de Rusia en términos estratégicos. Por ejemplo, el acceso a la OMC no es una finalidad dogmática ni tampoco es la intención de Putin con ello, de convertir a su país en uno “normal”, adecuado a las normas universalistas del capitalismo. Su planteo es el siguiente: el ingreso a la OMC permitirá indirectamente, mejorar condiciones de vida de los rusos y no se puede ser potencia global, sino sino se mejora notoriamente, en términos económicos.

En relación al acceso a la institucionalidad mundial, no sólo Rusia ingresó a la OMC y otros organismos multilaterales, sino que además,

profundizó su relación con la ONU. De hecho, lejos de asumir un perfil externo militar agresivo, la Rusia de Putin, excepto en el capítulo Georgia, se convirtió en un Estado respetuoso de las normas internacionales, incluso, pacifista, formando parte de misiones de paz en diferentes lugares del mundo.

Ahora bien, en términos normativos, Rusia encuentra un enorme escollo en su relación con los Estados de la comunidad internacional. Su identidad como Estado multinacional, a la que usa instrumentalmente; el conjunto de valores que dice defender y la civilización cristiano-ortodoxa, en la que se inserta, además de tener pocos representantes estatales en el mundo, que compartan su liderazgo cuasi monopolístico, no le permiten asumir un papel atractivo para el resto. Rusia no puede ofrecer al mundo, un idioma global como el inglés o el mismo chino; tampoco la defensa de la democracia o los derechos humanos, porque siempre consideró que la soberanía de un Estado, se halla por encima de dichos valores y ni siquiera, aún, es un ejemplo de país con una calidad de vida superior a las máximas potencias económicas. Esto hace que a pesar de ser potencia, incluso Europa, la sigue considerando un “outsider” en el sistema, aspecto que intentó corregir, al menos discursivamente, Gorbachov, con su referencia al “hogar común”. Téngase en cuenta aquí, que sobre todo, en Europa Oriental, además, Rusia carga con un pasado ominoso u oprobioso, sobre las poblaciones polaca, checa, báltica, ucraniana, etc.

Putin sabe que contó con aliados circunstanciales inesperados en ocasión del 11-S. Europa estaba dividida y Estados Unidos bajo Bush (hijo), había sido agredida en su propio territorio, asumiendo un perfil postliberal y neoconservador, con lo cual, se le abrieron las posibilidades a Rusia, para convertirse en socio estratégico coyuntural, aspecto que fue muy bien valorado por la elite empresaria rusa y el propio Putin, para quienes, Occidente es una referencia obligada, como sujeto de admiración y hasta envidia.

Así, entonces, la política exterior de Putin asoma como más activista y eficiente que la de Yeltsin. Más cooperativa con el mundo, interdependiente con la UE, mejorando relaciones con Estados Unidos, reafirmando la autoridad de Moscú sobre la CEI e intentando “saltar” hacia el Asia-Pacífico, para rebalancear económicamente, la unipolaridad militar norteamericana (Lo, 2003 :104)

El tiempo puede ser un aliado futuro del Kremlin. La convergencia con Occidente, finalmente, puede darse y con ella, la gestación de valores comunes. Tarde o temprano, Rusia se modernizará y su sociedad civil cambiará, en una trayectoria semejante a la china. Como resulta obvio, seguirán existiendo tensiones porque Estados Unidos se percibe siempre en términos mucho más liberales que Rusia y ello genera molestia del lado eslavo (Lo, 2003 :110).

La Rusia de Putin percibe de manera diferente a europeos y a norteamericanos. A los primeros, los ve de manera más “*soft*” mientras que a los segundos, más inclinados al realismo, sobre todo en la gestión de Bush (hijo), igual que la propia Rusia, razón por la cual podría afirmarse que la política exterior rusa es más americocéntrica que eurocéntrica. Debe considerarse que durante la Postguerra Fría, Rusia debió afrontar como testigo pasivo, con una participación nominal en el escenario internacional, nada más ni nada menos que, la gradual dominación o primacía global de su viejo rival Estados Unidos; la emergencia de una Europa unida a través de la OTAN y sus propias ampliaciones; el ascenso de China y la globalización económica. En ese interín, la Rusia de Yeltsin, casi ausente de los asuntos internacionales, intentó buscar una nueva identidad política pero al final de los noventa, se había convertido en un Estado técnicamente casi “fallido”, en términos filosóficos, casi nihilista, sin valores, sin creencias, sin siquiera una razón de ser.

En tal sentido, puede afirmarse que la Presidencia de Putin ha sido una sustancial evolución en términos de identidad, valores y civilización. Por primera vez en muchos años, el legado putinista es la

creencia genuina de que una Rusia resurgente es capaz de jugar un importante y constructivo rol en los asuntos internacionales de la Postguerra Fría. Putin logró escapar de los estereotipos históricos, culturales y civilizatorios con los que se estigmatizó a Rusia desde Occidente, y ciertamente, la puso en un sendero de integración y comunidad de intereses y percepciones como nunca antes (Lo, 2003 : 113).

Considerando estas reflexiones, puede afirmarse que la performance de Putin en este aspecto del diseño de la política exterior, asoma como notable, tanto en sus sucesos o éxitos como en sus caídas. El líder ruso tuvo que jugar con un conjunto contradictorio de prioridades y proposiciones, muchas de las cuales, asomaban como alienadas y de manera no sorpresiva, hubiera tenido grandes posibilidades de fracaso. De todos modos, desde el punto de vista normativo, bien cabe hablar de evolución -y no revolución- de la política exterior, debido a que no hubo suficiente cambio en las percepciones y el pensamiento ruso tradicionales (Lo, 2003 :114).

Ahora bien, si puede describirse de “exitosa” a la política exterior putinista, de acuerdo a los parámetros planteados, cuán sostenible es la misma? En primer lugar, dependerá en gran medida, de la evolución de la política macroeconómica y cuán controle ésta la coyuntura en ese campo, considerando un ritmo sostenido de los precios internacionales de las “*commodities*”. No se esperan grandes cambios, más allá de la presencia de Putin, tal como quedó demostrado durante la gestión Medvedev. La elite no piensa exactamente igual al líder ruso, pero la forma como se han estructurado los intereses nacionales en estos años, genera cierto sendero de dependencia (“*path-dependence*”), difícil de alterar. La interdependencia económica a la que se somete Rusia, la obliga a un esquema de cooperación con la estructura de poder internacional, que difícilmente, se altere.

En relación a si Putin puede considerarse un estratega o no, en el diseño de su política exterior, en realidad, tal vez, queja mejor la

definición de “táctico” o, mejor, “oportunista estratégico”, por su adaptación rápida a los nuevos escenarios o su atención especial, para tomar decisiones en consonancia con los objetivos tradicionales de relaciones externas, fijadas por la elite rusa. El líder liberal Boris Nemtsov afirma que el 11-S proveyó de una gran y fantástica oportunidad (“*potryasayushchii shans*”) a la Rusia de Putin para generar una ruptura positiva en las relaciones con Occidente y en su visión global del mundo.

Putin no es un líder dogmático, aferrado a la ideología, la geopolítica o las categorizaciones culturales o civilizatorias. Ha mostrado que está preparado para ser quien sea y cual sea, dependiendo del contexto y el *timing*. Así, es europeo en Europa; un socio estratégico transcontinental tratando con Estados Unidos; asiático o euroasiático en Asia y prudentemente integracionista en la CEI. Al mismo tiempo, no suscribe a la visión ingenua o infantil por la que la cooperación con Occidente debe ser a expensas de las buenas relaciones en el resto del mundo.

Hoy, la Rusia de Putin es un país con una profunda mentalidad globalista, consciente de su historia y su potencial como Gran Potencia, pero también entendiendo el valor de la conducta cooperativa internacional y el “dar y tomar” en la persecución de su interés nacional. Obviamente, dicha Rusia no puede ser asumida como lo hace Occidente, en términos idealistas, como un país normal más de la comunidad internacional de Estados, pero al mismo tiempo, la misma refleja una impresionante evolución en poco tiempo (más de dos décadas), desde una reputación y antecedentes absolutamente opuestos a los actuales.

3.2. Las relaciones bilaterales

Respecto a las relaciones de Rusia con el resto del mundo, durante los dos mandatos de Putin (2000-2004 y 2004-2008), puede observarse una activa agenda de viajes del primer mandatario, lo cual demuestra su intención de reinsertar a esta potencia emergente en la estructura internacional de poder.

Durante la primera presidencia, Putin efectuó el siguiente número de viajes: 1 (en el 2000); 4 (2001); 13 (2002); 21 (2003) y 3 (hasta abril de 2004). lo cual implica que el líder del Kremlin mostró una agenda viajera muy activa al promediar su primer gobierno: 34 entre el tercer y cuarto año de su gobierno, sobre un total de 42 visitas a terceros Estados. En cambio, en su segundo período, sus viajes se más que duplicaron: sumaron 94, desagregándose así: 24 (desde abril de 2004); 14 (2005); 19 (2006); 23 (2007) y 4 (2008).

Evaluando los destinos según Estados, puede observarse la diversidad de los mismos, lo cual revela la multivectorialidad de la política exterior de Putin. La vecina Ucrania, que atravesaría diferentes etapas en su especial relación con Moscú, sería la más visitada por Putin: nada más ni nada menos, que 7 (siete) veces durante el primer mandato, que abarcó desde julio del año 2000 hasta abril de 2004. Le siguieron: Italia (3 veces), China (2), Alemania (2), Francia (2), Estados Unidos, Reino Unido, Noruega, Eslovenia, Bulgaria, Moldavia, Bielorrusia, Kirguistán, Kazajstán, Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán, India, Malasia, Corea del Norte (el primer Estado que visitó Putin en carácter de Presidente en julio de 2000) y México (el único latinoamericano).

Durante ese primer mandato, en referencia a las Cumbres multilaterales, Putin asistió a una Cumbre del G-8 en Génova (Italia) y a otra de la APEC en Shanghai, en todo el año 2001; a una Cumbre de los Estados del Mar Caspio en Turkmenistán, de la OTAN en Roma, del G-8 en Canadá y de la UE-Rusia en Bruselas en el 2002 y, del G-8 en Francia, de la CEI en Ucrania y de la UE-Rusia en Roma en el año 2003. Respecto a Estados Unidos, el Presidente ruso concurrió a una Cumbre en Eslovenia en el año 2001 y visitó Washington, dos años más tarde.

A través de la segunda etapa putinista, nuevamente, Ucrania (7 veces), fue la más visitada, aunque durante esta fase, la relación entre dicho Estado y la Federación Rusa, afrontó uno de sus momentos históricos más tensos. Luego, en otra demostración cabal de la diversidad de contactos iniciados o consolidados por el Kremlin, Kazajstán (6 veces),

Alemania (5), China, Estados Unidos, Francia, Bielorrusia, Uzbekistán y Tayikistán (3), Italia (2), Grecia (2), Portugal (2), España, Holanda, Luxemburgo, Polonia, Eslovaquia, Austria, Hungría, República Checa, Croacia, Rumania, Bulgaria, Finlandia, Vaticano, Armenia, Azerbaiyán, Turquía, Libia, Marruecos, Argelia, Qatar, Jordania, Emiratos Arabes Unidos, Arabia Saudita, Egipto, Israel, Japón, Corea del Sur, Vietnam, Indonesia, Irán, India, Australia, Sudáfrica, Brasil, México, Chile y Guatemala, fueron los restantes Estados visitados por Putin, entre mayo de 2004 y abril de 2008.

Respecto a las Cumbres de su segundo mandato, Putin asistió a la del G-8 en Washington; de la UE-Rusia en Holanda; dos del Espacio Económico Común en Ucrania y Kazajstán; de la CEI en Kazajstán; de la Organización de Seguridad y Cooperación de Shanghai en Uzbekistán y, la APEC en Santiago de Chile, en el año 2004. Un año más tarde, el líder del Kremlin visitó la Cumbre del G-8 en Escocia (Reino Unido); la Organización de Seguridad y Cooperación de Shanghai en Kazajstán; la APEC en Corea del Sur y la Asamblea General de la ONU en New York (Estados Unidos). En el 2006 y 2007, el Presidente ruso no asistió a ninguna Cumbre multilateral, mientras que en el último año de su segundo mandato, concurrió a la Cumbre del Consejo de OTAN-Rusia, en Bucarest (Rumania).

3.3.La agenda de política exterior rusa

Un factor que explica por qué la política exterior putinista no asume un carácter confrontativo con la estructura internacional de poder, es la llamada “economización de la agenda”, es decir, la tendencia gradual hacia una mayor relevancia de las cuestiones económico-comerciales de la política exterior, en detrimento de las problemáticas vinculadas a la seguridad, que habían dominado la era previa y durante Yeltsin. Este había heredado esa práctica social de la ex Unión Soviética, a pesar del discurso hegemónico en los años noventa, acerca de la prioridad del bienestar de la gente, por encima de cuestiones securitarias.

La cuestión energética es uno de los aspectos clave de la agenda "economización" de la política exterior rusa.

3.3.1. Potencia energética

Desde el reajuste de los precios internacionales del petróleo y el gas, Rusia ha aprovechado tal circunstancia exógena al máximo y a través de sus empresas y holdings de tales rubros empresariales como de sus redes de transporte y logística, se ha convertido en el mayor productor y exportador de dichos recursos a nivel global, precisamente teniendo entre sus mayores consumidores a dos de las principales potencias mundiales, la Unión Europea y China. Para ser bien gráficos respecto al significado cuantitativo del "boom" petrolero de los últimos 14 años para Rusia, unos 10 puntos de aumento en el precio internacional del crudo, equivalen a 2 puntos más de PBI ruso y un 3,6 % más de presupuesto federal (Gotz, 2005 :228)

Cabe subrayar que Rusia ha elegido proveer de petróleo a Estados Unidos y de gas a Europa, es decir, coopera energéticamente con Occidente, cuando en realidad, algunos expertos le han sugerido a sus gobiernos, que desistan de ello y lo hagan con China e India. Sin embargo, los gobiernos rusos se han mantenido firmes en tal decisión estratégica.

En el campo energético, los países de la UE son los consumidores más importantes de hidrocarburos rusos; en total, compran el 60 % de todo el gas exportado, del cual, el 70 % está destinado a los 15 países de la "vieja" Europa. Alemania, Ucrania e Italia son los mayores consumidores en Europa. Esta depende de un modo extremo y excepcional de la importación de hidrocarburos. La mitad de la electricidad consumida en la UE proviene del exterior y la gran preocupación es asegurarse un suministro suficiente. Rusia es el proveedor más importante de petróleo: actualmente se trata del 30 % , calculándose que aumentará al 50 % en los próximos veinte años. Por eso, muchos países como Alemania, Austria e Italia están dispuestos a aceptar compromisos con Rusia, incluso algo dudosos, para conseguir un

acceso de sus empresas al excesivamente reglamentado mercado ruso. Rusia firmó la Carta Europea de la Energía (rubricada por 50 países) pero no la respeta, porque no comparte el mismo concepto de “seguridad energética” que poseen los europeos y niega el acceso de empresas comunitarias a sus mercados de gas y petróleo (Barlinzka, 2006 :2-4).

En cualquier caso, existe interdependencia mutua entre Europa y Rusia, por la cuestión energética y no necesariamente vulnerabilidad europea a los dictados de Moscú. La UE representa casi el 60 % del total de intercambio exterior de Rusia mientras ésta para la UE, sólo el 6 % de sus exportaciones. Rusia suministra el 30 % del petróleo y el 60 % del gas de la UE, que a su vez, son el 78 % del petróleo y el 90 % del gas rusos (Gomart, 2007 :425)

Una visión más amplia de la situación matiza esta percepción. En el ámbito del gas, en el que Rusia posee una ventaja especial, presenta una gran debilidad: el transporte de gas se realiza únicamente a través de gasoductos. Esta característica introduce no sólo unas rigideces geográficas significativas, sino que predetermina qué países serán sus clientes. En este sentido, se acentúa la dependencia no sólo del cliente (ciertos países europeos) respecto a Rusia, sino también a la inversa, la de Rusia respecto a sus países-clientes.

Por otra parte, la flexibilidad en el cambio de proveedores de petróleo, así como la extensión en las relaciones mutuas económicas y de inversión (en especial en los sectores de hidrocarburos), pone de manifiesto que existe realmente una interdependencia; por lo tanto, el nivel de vulnerabilidad europea es mucho menor del que habitualmente se apunta. Así pues, más que una dependencia de la UE respecto a Rusia debería asumirse que existe más bien una interdependencia energética y, por lo tanto, las alusiones a la vulnerabilidad de la UE respecto a Rusia, se desdibujan y pierden parte de sus fundamentos más sólidos (Sánchez Andrés, 2008 :108).

Respecto a Estados Unidos, el mayor consumidor mundial histórico de petróleo, ha estado durante los años de Putin, predispuesto a asegurar

contratos con compañías rusas y también la participación de sus propias empresas en el sector energético ruso, incluyendo inversiones directas en Gazprom. Por el otro lado, Estados Unidos ha promovido la construcción de oleoductos y gasoductos desde el Mar Caspio y Asia Central, tratando de sortear, evitar o “*bypassear*” territorio ruso. Por lo tanto, parecen razonables las palabras del Presidente del Comité de Asuntos Exteriores de la Duma, Mikhail Margelov, quien afirmó en una oportunidad, que “Rusia y Estados Unidos, son tanto socios como rivales” (Lo, 2003 :109).

La Cumbre de San Petersburgo de 2006, dejó cierto progreso en la relación energética entre Rusia y Estados Unidos, con la primera, convocando a una mayor apertura y competencia en la esfera energética. Además, sirvió para mostrar al país anfitrión como el verdadero garante de la “seguridad en la demanda”, pilar de la llamada “seguridad energética”, de sello putinista, es decir, el papel que históricamente ha pretendido jugar Rusia, proveyendo de certidumbre en el suministro regular del crudo versus la inestabilidad latente de los mercados productores árabes.

Tal “seguridad en la demanda” coincide con precios de mercado más altos que los rusos imponen a sus clientes mientras que para los norteamericanos, son más apetecibles, ciertos proveedores, tal vez más inseguros pero con accesos a fuentes energéticas más baratas. Asimismo, la dificultad que encuentran los inversores norteamericanos para entrar a explorar e invertir en el mercado ruso en yacimientos “vírgenes” aunque extremadamente dificultosos por el clima, como el Mar de Barents, desmotiva a aquéllos (Lo, 2003 :110-112-127).

Washington parece no entender que Rusia, al ser productor de petróleo, como otros países similares, y no consumidor, suele tener al Estado con un rol importante y estratégico en el sector energético, usando a sus dos gigantescos exponentes, Rosneft y Gazprom, para articular alianzas con British Petroleum, Royal Dutch Shell y otras multinacionales petroleras, en territorio ruso o invertir en países del espacio postsoviético, a expensas de capitales norteamericanos. La estrategia energética rusa

se completa la construcción de oleoductos y gasoductos en todas las direcciones geográficas; la negociación de contratos de largo plazo; precios más elevados que la media del mercado para los vecinos dependientes de sus fuentes energéticas; la organización de cadenas de control del transporte en la anterior URSS; el direccionamiento de inversiones para las multinacionales en yacimientos bastante atractivos en la Siberia y el Lejano Oriente (Goldman, 2008).

El producto de estos desencuentros es la alternativa que hallan las compañías petroleras norteamericanas en los países vecinos de Rusia, como los de la misma Asia Central, como Azerbaiyán y Kazajstán, entre otros. Entre el año 2000 y el 2005, compañías como Exxon-Mobil, Chevron y Halliburton, realizaron inversiones por valor de 30.000 millones de dólares en las reservas del Mar Caspio. Tal estrategia quedó evidenciada por ejemplo, en la construcción del oleoducto Bakú-Tbilisi-Ceyhan (BTC), una propuesta pergeñada en la Administración Clinton -en una época de bajos precios internacionales del crudo-, como un medio de acceder al petróleo del Mar Caspio, sin depender de Moscú (ni Teherán, la capital de Irán). Cubriendo 1.700 km, el BTC llegaba al puerto turco de Ceyhan sobre el Mar Mediterráneo, lo cual, permitía así abrir el mercado del crudo al resto del mundo (Kazantzev, 2008).

También, a raíz de las crisis ruso-ucraniana de 2006, 2008 y 2009, la Unión Europea ha buscado reducir la dependencia de las rutas de tránsito rusas de la energía del Caspio. Junto a Estados Unidos, apoyó la conexión de Kazajstán al BTC para liberar a aquella de la dependencia rusa y también proyectaron un nuevo gasoducto, el Nabucco, para eludir territorio ruso e iraní. La breve guerra de Rusia contra Georgia en el verano del 2008, si bien no afectó, excepto con algún bombardeo o atentado aislados, las principales líneas de transporte energético en la zona, generó mayor inquietud entre las filas oficiales europeas y norteamericanas respecto a cuán seguras eran aquéllas, en zonas tan sensibles a la influencia o dominación rusa.

Precisamente, todos estos proyectos concretados y por concretar, le dan la excusa a Moscú para afirmar que en realidad, se trata de esquemas ideados desde Washington para cercar a Rusia: en los noventa, bajo Yeltsin, con la excusa de las debilidades estructurales como la supuesta inestabilidad política del país y en los dos mil, ya con Putin en el poder, para eludir cualquier intento intervencionista “neoimperial” ruso en las fronteras vecinas.

Lógicamente, estos planes occidentales fueron respondidos con rapidez por Moscú, en el marco de un nuevo “Gran Juego”, en un territorio geoestratégico vital, tal como siempre lo proclamó el ex asesor y funcionario de la Casa Blanca, el descendiente de polacos, Zbigniew Brzezinski. El gasoducto *Blue Stream* en dirección también a Turquía; el que conecta Tengiz en Kazajstán hacia Novorossisk y el proyecto del *South Stream*, que pasaría por Bulgaria y Serbia, fueron las alternativas escogidas por el Kremlin para contrarrestar los movimientos occidentales.

Ahora bien, cabe interrogarse cuán consistente es la fortaleza energética rusa, al depender tanto de dos recursos naturales no renovables, como el petróleo y el gas. En realidad, la URSS fue el único país que era completamente autosuficiente en materia energética, aunque tenía racionamientos y “cuellos de botella” permanentes en la provisión, porque carecía de suficiente inversión en infraestructura, así que en tal aspecto, superaba la holgura que ostenta Rusia.

Se supone que la Federación, con precios constantes, irá aumentando la producción de gas y petróleo hasta el año 2020-2030, pero luego la irá haciendo descender debido al deterioro de las reservas. Esto significa que en la segunda mitad del siglo XXI, Rusia podría convertirse en importador de petróleo, en caso de continuar este ritmo de crecimiento económico y consumo energético. A ello debe sumarse el fuerte impacto ambiental negativo al que arrastra este sobredimensionado sector energético ruso, responsable del 70 % de las emisiones de gas de “efecto invernadero” (Gotz, 2005 :230-232).

3.3.2. El “soft power” ruso

Una Rusia cooperativa supone el empleo de “*soft power*” (“poder blando”, en oposición al “poder duro” -militar, territorial-, etc.), una herramienta relativamente desconocida para la academia internacionalista rusa. Aunque tuvo sus primeros indicios en la vestimenta y el estilo de los funcionarios soviéticos de la era Gorbachov, ellos eran apenas símbolos de cierto “*aggiornamento*” y apertura o aceptación de la elite comunista a Occidente⁵⁶.

En relación a ello, debe tenerse en cuenta que incluso intelectuales y funcionarios norteamericanos como la ex Secretaria de Estado de Bill Clinton, Madeleine Albright y el propio Myers, dudan de la vocación imperialista rusa, tras la caída de la URSS, por lo que, admiten al “*soft power*” como uno de los factores decisivos a la hora de evaluar por qué la Rusia actual no adquiere aquel carácter histórico.

En efecto, Rusia puede ser una potencia estabilizadora, aún en su región de influencia, como lo demuestra hacia su propio interior, en Chechenia y el Cáucaso, pero también en Abkhazia y Osetia del Sur, en territorio georgiano y Transnistria, en Moldavia. La inmigración promovida desde el Kremlin a Osetia del Norte, a la manera de las épocas primigenias del comunismo, pero sin los métodos coercitivos y brutales de la misma, se inscribe dentro de los ejemplos de “*soft power*” en tal sentido.

Pero, dado que según el constructivismo, las llamadas “comunidades epistémicas” también son relevantes a la hora de influir sobre las elites políticas, en este caso, rusas, cabe preguntarse de qué manera y bajo qué condiciones, se ha ido conociendo y qué se entiende por “*soft power*” en el ámbito de la intelectualidad rusa, históricamente

56 Puede definirse al “*soft power*” como la influencia de un Estado sobre otros, a través de la cooptación, más que la coerción, pudiendo ser dividido en tres componentes: legitimidad política, interdependencia económica y valores culturales. La primera alude a la construcción de instituciones y credibilidad en el liderazgo. La segunda se refiere a cuán atractivos son los mercados laborales, financieros y el comercio exterior de tal país. Finalmente, los valores culturales pueden ser definidos como la seducción o atracción de factores lingüísticos, religiosos, educativos e históricos, así, como productos tecnológicos, por ejemplo, *software* y DVDs. El “*soft power*” se refiere básicamente a la gente y la sociedad en general, más que a los gobiernos o las elites (Tsygankov, 2006 : 1081).

hegemonizada, al igual que en toda la disciplina de las Relaciones Internacionales, por la contracara teórica de aquél, es decir, el realismo⁵⁷.

En efecto, tal concepto, creado por Joseph Nye en el año 2004 y defendido por Fiona Hill, biógrafa norteamericana de Putin y especialista en política exterior rusa, entre otros, incluye la totalidad de aspectos que permiten hacer de Rusia, atractiva a los extranjeros: la opinión pública rusa, una eficiente economía, el idioma nativo, la religión, los lazos familiares y los productos electrónicos (Tsygankov, 2006 :1079).

Como no podía ser de otra manera en Rusia, es decisivo el rol del Estado en la conformación conceptual sobre la que se apoya aquél término, para ser plasmado en la práctica. Las referencias frecuentes a la “histórica unidad del pueblo” en el espacio postsoviético y la creación de un Departamento Especial para Relaciones Culturales e Interregionales con Países Extranjeros en el propio Kremlin, fueron indicadores manifiestos de que las autoridades de la Administración Putin fueron tomando gradualmente, con mayor seriedad, la dimensión del “soft power” (Tsygankov, 2006 :1080).

Apenas iniciada la era Putin, en febrero de 2001, se produce un importante cambio en relación a la Comunidad de Estados Independientes (CEI). El Kremlin declara que no es ya un area geopolítica de interés, sino, un potencial Espacio Común Económico, que será realidad, dos años más tarde, con Bielorrusia, Kazajstán y Ucrania y en el 2006, ya sin esta última. Estos países mencionados, integrarán, por iniciativa de Rusia, la Organización de Cooperación de Shanghai, a la que se sumará la nada prorrusa Uzbekistán en noviembre de 2005. También Rusia promovió la CSTO (la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva), con 5 países de los antes mencionados, en abril de 2003.

Rusia también es relevante en términos de población receptora de inmigrantes, provenientes de países extranjeros, vecinos (por ejemplo,

57 Se denominan “comunidades epistémicas” a aquellos grupos que reconocen un cierto criterio de autoidentificación y adhiere a un conjunto de patrones de conducta, lo cual parece indispensable, a la hora de garantizar la agudeza y precisión de sus visiones. Estos grupos también están limitados por su propia socialización o cultura organizacional, en la que se formaron. Académicos, corresponsales de prensa y analistas de políticas pueden constituir “comunidades epistémicas” (Haas, 1992 :221).

Ucrania) y no vecinos. Las cifras oficiales y extraoficiales difieren bastante pero se estima que hay unos 3 a 15 millones de trabajadores inmigrantes que han elegido vivir y trabajar en la Federación Rusa. Esta ocupa entre el segundo y el tercer lugar por la proporción de inmigrantes a nivel global, tras Estados Unidos y Alemania.

En el aspecto cultural, considerando esta recepción de extranjeros pero también la expansión de las tradiciones rusas a escala internacional, puede hablarse de la influencia del idioma ruso. Claramente se trata de una lengua civilizatoria, en el sentido que representa en términos cuasimonopólicos a una civilización y que ha tenido un derrotero histórico muy particular. Durante el período de los Zares, se diversificó en el territorio imperial, aunque compitiendo con múltiples lenguas nacionales y durante el período de la URSS, se amplió en la esfera mundial, a lo largo y ancho de los continentes. Tras 1991, el idioma ruso sufrió una gran contracción y abandono por parte de los nuevos Estados independientes, conservándose sólo en aquellas comunidades ruso-étnicas o rusoparlantes de dichos Estados (por ejemplo, enteramente en Bielorrusia y de modo parcial en Ucrania, los bálticos, Georgia, algunos de Asia Central, etc.).

Putin no logró revertir pero sí detuvo esa tendencia contractiva, colocando a su propia ex esposa Lyudmila, al frente de un programa federal “Lenguaje Ruso”, con abundante presupuesto, destinado en primer lugar, a aquellas diásporas del especio postsoviético, pero también al plano educativo, en particular, el académico-universitario, creando Universidades eslávicas e invirtiendo en profesores que enseñan la lengua. Las posibilidades que hoy ofrece Internet, con mecanismos variados de educación a distancia, favorece dicha intención manifiesta de expansión de un idioma, que aún carece del significado económico-comercial como sí tienen el inglés o el propio chino, pero al menos, tiene un atractivo histórico-cultural diferenciador, para poblaciones aún muy lejanas de Rusia, como lo probaron ya en la era comunista, los casos de

países tan disímiles como Cuba, Angola, Mozambique, Siria y Vietnam, entre otros.

En el terreno económico, está claro que la Rusia de las privatizaciones de los noventa fue gravitando gradualmente en tal dirección hacia los países de la periferia. Muchas empresas rusas se adueñaron de activos de los Estados postsoviéticos, por ejemplo, la principal empresa eléctrica de Georgia, exportando gerentes, empleados de primera categoría, formas o estilos laborales, la lengua rusa y demás. En la muy particular Turkmenistán, se logró un acuerdo energético hasta el año 2028 Turkmenistán, acuerdo energético hasta 2028 y con Azerbaiyán y Kazajistán, se acordó un uso común del Mar Caspio. En Armenia, los rusos lograron penetrar en el mercado de las centrales nucleares junto a Gazprom, en el sector gasífero, el cual también irrumpió en Ucrania, bajo condiciones especiales.

La CEI había quedado endeudada por 5.500 millones de dólares con Rusia, herencia del pasado soviético y la misma fue gradualmente condonada a partir de la resolución de Putin de “canjear” deuda por inversiones monopólicas en sectores estratégicos clave del espacio postsoviético (Tsygankov, 2006 :1083).

Esta penetración cultural y económica además de la interdependencia migratoria, trae a la palestra, la eterna discusión respecto a la verdadera intencionalidad política de la supuestamente imperialista Rusia. La pregunta es si Putin, deliberadamente, está plasmando, bajo otras formas y estilos, viejos arrebatos expansionistas, con el objetivo expreso de revertir las pérdidas geopolíticas post-URSS.

La divisoria de aguas en materia de opiniones intelectuales al respecto, es evidente. El ruso Dmtri Trenin y los expertos occidentalistas tienden a ver esa vicación histórica y descreen del uso ingenuo del “*soft power*” putinista. Pero también los “neoimperialistas” rusos, convergen en tal postura, justificando la necesidad de expandir un Estado como el ruso, claramente representante del excepcionalismo ruso: “una civilización única”, “gloriosa”, “milenaria” y “moralmente superior a Occidente”. En

nombre de ella, personajes política e intelectualmente, muy diversos como Stanislav Belkovskii y Yuri Luzhkov (el ex alcalde de San Petersburgo y uno de los “padrinos políticos” originarios del propio Putin), apoyan expresamente a los prorrusos (parlantes y étnicos) en la vecina y siempre inestable Ucrania.

En cambio, desde el Kremlin, el ex asesor de Putin, Gleb Pavlovsky, se diferencia de los primeros y los segundos, al afirmar que Rusia sólo obrar, como se expresó antes, como fuerza “estabilizadora”, subrayando que los “fascistas” -en un tono semejante al uso soviético del término- son los “otros”. Otro allegado al palacio gubernamental de Moscú, Vladimir Frolov, revela la necesidad de “cooperación humanitaria” que, lejos ya de los tiempos de agresividad e intromisión violenta, la Rusia postsoviética y post-imperial, realiza con los países otrora satélites y sus propias convulsiones internas. En el plano económico, ni siquiera las disputas del gas con Ucrania (2006, 2008 y 2009), son percibidas por el círculo del poder putinista, como “intervenciones políticas” a la vieja usanza, sino simplemente, la defensa de los intereses económicos nacionales de la propia Rusia, siendo Gazprom, el abanderado de dicha causa.

En realidad, el “*soft power*” no es un fin en sí mismo para Putin como tampoco lo es siquiera, el *status* de “Gran Potencia” que se ansía recuperar, mantener y transmitir, a través de aquél. El líder ruso visualiza a ambas como condiciones necesarias para un mayor y avanzado compromiso de Rusia para con el mundo, precisamente, si se pretende catapultarla a “Gran Potencia” de escala global, ya sin una ideología de atractivo o peso mundial, como la comunista o la fuerza militar, ciertamente muy relegada ya, vis a vis la de Estados Unidos.

Esta visión putinista abre debates en el seno de la intelectualidad rusa. Su discurso de búsqueda del *status* de “Gran Potencia”, destinado como prioridad, a la defensa de la integridad territorial rusa, al menos, percibida como amenazada o más dramáticamente, al borde de la disgregación o fractura, en tiempos de Yeltsin, no es atractivo para los

sectores liberales, excepto Anatoli Chubais y unos pocos más, que prefieren ver a Rusia como un “país normal”. Tampoco esta postura es nueva en la literatura político-estatal rusa. En los siglos XIX y XX, los autodenominados “neoliberales” rusos, como Struve, Novgorodtsev y Gessen, veían sencillamente a Rusia como un Estado distintivamente fuerte, pero “europeo y socialmente responsable”. Esta visión difería de la defendida entre otros, por los “viejos liberales”, de orientación fundamentalmente constitucionalista, como Chicherin y Milyukov (Tsygankov, 2006 :1089).

Como se verá en el Capítulo 5, un claro intérprete de la opinión pública rusa, que siente nostalgia por los viejos tiempos pero sabe, con un 65 % de aprobación, que Rusia sólo puede aspirar a ser “Gran Potencia”, si tiene desarrollo económico, Putin se mantiene alejado de las posturas tanto occidentalistas como neoimperialistas. Tanto él como los rusos, conocen por experiencia propia, dilatada y sangrienta, los costos humanos de la aspiración a grandeza imperial y no hay intención de repetirlos. El propio capitalismo aún con todas sus falencias endógenas de Rusia (desigualdad extrema, corrupción, peso de los oligarcas), de alguna forma, ha “aburguesado” a la población, morigerando sus instintos expansionistas, aunque también cabe reconocer enormes debilidades estructurales en esa misma nación⁵⁸.

58 El sistema ruso de salud pública es decrepito y la expectativa de vida continúa bajando. La tasa de mortalidad común es elevada entre los hombres trabajadores. Sólo uno de cada tres rusos se considera sano mientras que el 40 % está frecuentemente enfermo y el 30 % sufre de alguna enfermedad crónica. El promedio de vida de un hombre en Rusia, alcanza los 55 años. El alcoholismo y el SIDA son flagelos sociales que han afectado y afectan enormemente las posibilidades “neoimperiales” de la Federación Rusa, si las tuviere. Se trata del cuarto país a nivel mundial, en el ranking de consumidores de alcohol, detrás de Moldavia, República Checa y Hungría. El alcoholismo es la principal causa de muerte entre los adultos, ocurriendo el mayor número de decesos los días domingo y lunes, luego de licenciosos fines de semana. Tal flagelo, que según la OMS, afecta matando a uno de cada cinco rusos, está asociado a factores diversos como la depresión, la memoria histórica de muertes de jefes de hogar por las guerras y los *gulags*, el clima hostil, etc. También el SIDA ha hecho estragos: la segunda tasa de crecimiento anual de infecciones HIV en el mundo tras Ucrania y se estima que entre 8 a 10 millones de habitantes son HIV-positivos. La tasa de abortos también es muy elevada en la población femenina fértil. El problema es que a diferencia de países como la India, donde hay contrabalanceo demográfico, en Rusia, las perspectivas de largo plazo auguran semejante declinación de la población que desde la presente de 143 millones de rusos, se pasaría a 118 millones en el 2050. Esta peor tendencia demográfica tendrá un fuerte impacto en las Fuerzas Armadas. La

La inmigración, la persecución de mejores salarios, el envío de remesas hacia el extranjero, también cercano, ha generado vínculos entre rusos y no rusos, que aleja las presiones de conflictos militares u odios étnicos que justificarían nuevas guerras. La interdependencia va “lubricando” el tejido postsoviético y el “*soft power*” putinista, claramente compatible, por otra parte, con la lógica de Occidente, contribuye notoriamente a dichos propósitos.

3.4. El vínculo ruso con Occidente: el caso de Estados Unidos

Desde el punto de vista discursivo, la política exterior de Putin-Medvedev también ha sido multivectorial y se dirigió tanto hacia Asia como hacia la región euroatlántica sin que prime un área geográfica o grupo de países sobre otros. Sin embargo, en la práctica, la atención paralela a Europa y Asia implica necesariamente una orientación prioritaria hacia los Estados Unidos, única potencia con la que Rusia se encuentra en ambos escenarios. Esta tendencia, vigente ya durante la época soviética (las relaciones entre las dos superpotencias constituían la base del orden internacional), se adapta, además, a un rasgo singular de los sucesivos regímenes ruso-soviéticos, marcados por un elevado personalismo. Paradójicamente, a las autoridades rusas les resulta más fácil tratar con una potencia exterior “personalizable”, los Estados Unidos, que con un interlocutor abstracto, como puede serlo la UE.

Pareciera que en términos económicos, la “nueva Rusia” privilegiara la relación con Occidente, excepto en el espacio postsoviético, donde está dispuesta a evitar cualquier deslizamiento de las ex Repúblicas hacia el Oeste. Esto supone un comportamiento del Estado ruso, aceptando las reglas de juego de la globalización por un lado, pero al mismo tiempo, tratando de preservar o ampliar su rol geopolítico en la región que históricamente ocupa desde el tiempo de los Zares.

La Federación Rusa para vincularse con el mundo, emplea relaciones multilaterales (en organizaciones económicas y de seguridad

conscripción anual de 300.000 hombres irá mermando hacia estos años, cuando se calcula, que haya apenas 600.000 jóvenes de 18 años (Edwards, Kemp, Sestanovich, 2006 : 14-67-68) (Shevtsova, 2007: 893-896).

colectiva) como bilaterales (de Estado a Estado). Para el restablecimiento internacional de Rusia, Putin osciló entre el acercamiento con los Estados Unidos-Europa-Occidente y el mundo asiático.

Desde el ámbito de las percepciones mutuas entre Estados Unidos y Rusia, tal vez, se trate de uno de los aspectos más espinosos del vínculo histórico entre ambos países, porque los desencuentros, prejuicios y estereotipos son manifiestos. Tales percepciones juegan en cinco planos: a) el histórico; b) el sistema político; c) la lucha contra el terrorismo; d) la cooperación militar, incluyendo el capítulo OTAN y e) la cooperación energética (Tsygankov, 2009 :9).

Las explicaciones sobre los cambios del vínculo entre Rusia y Estados Unidos, hasta ahora, han girado en torno al poder, es decir, la hegemonía norteamericana en la estructura internacional, dentro del cual, caben tres posibilidades de relación: asociación estratégica, compromiso y contención. Pero precisamente, sin descartar este tipo de explicaciones y opciones, debiera prestarse mayor atención a los aspectos domésticos de la propia Estados Unidos como por ejemplo, sus concepciones de mesianismo, cómo se construyen éstas internamente, vía por ejemplo, “*lobbies*” especiales aquellas percepciones -como veremos más tarde- y, en el caso de Rusia, descartar preconceptos como la tesis arraigada del expansionismo “natural” ruso y entender mejor que su política exterior históricamente, desde Pedro El Grande en adelante, como tratamos de plantear en esta Tesis, depende en gran medida, de las interacciones con Estados Unidos y Europa (Tsygankov, 2009 :9).

Desde la esfera del análisis de las políticas exteriores de ambos países y sus objetivos, Thomas Graham, Director para Asuntos Rusos en el Consejo de Seguridad Nacional del gobierno norteamericano de Bush (hijo) en el año 2005, describió 6 prioridades para Estados Unidos en su relación con Rusia:

a) integración a Rusia en zonas económicas y de seguridad euroatlántica y del noreste asiático;

- b) Rusia como socio clave en los esfuerzos de contraterrorismo y no proliferación nuclear;
- c) Rusia, contribuyendo a formar coaliciones internacionales para la estabilidad regional y la asistencia humanitaria;
- d) Rusia convertida en oferta confiable de energía en términos comerciales a los mercados globales.
- e) la cooperación con Rusia en la exploración espacial y el desarrollo tecnológico.
- f) Rusia transformada en una democracia de libre mercado consolidada (Oldberg, 2005) (Mankoff, 2009).

El balance del año 2008, al final de las gestiones de Putin y Bush (hijo), no era todo lo alentador que esperaban los norteamericanos pero tampoco lúgubre. Los ítems b) y e) registraban los mayores y concretos avances, aunque con algunas reservas; el a) y el c) estaban en pleno desarrollo aunque aún precario; el d) terminó siendo dudoso por las rivalidades entre los dos países y el f) era el gran fracaso de los objetivos norteamericanos en relación a la Rusia de Putin.

Analizando en detalle la evolución de la relación con Estados Unidos, más allá de las tensiones que adquieren cierta lógica, después de tantas décadas de rivalidad ideológicas y sistémicas, puede afirmarse que, en el ítem b), el Tratado de Desarme START, aprobado por el Senado norteamericano, es un enorme y significativo avance en dicho vínculo y testimonia la vocación cooperativa de la Rusia postsoviética. Claramente, Putin intentó desnuclearizar su agenda de política exterior, logrando lo soñado por el último líder soviético Gorbachov. Pero a diferencia de éste, que había promovido aquella política por razones de idealismo puro, el líder ruso, en busca denodada del *status* de Gran Potencia para su país, la llevó adelante para reconcentrar esfuerzos y presupuestos en objetivos domésticos, como la recuperación económica doméstica y la integridad territorial (el caso de la guerra de Chechenia).

Dentro del ítem b) de Graham, adicionalmente existe, desde el 11-S-2001 (11-S), una clara alianza con Estados Unidos en la guerra

declarada contra el terrorismo global, considerando la amenaza interna del fundamentalismo islámico en el propio corazón ruso. Paradójicamente, como si viviéramos todavía en la Guerra Fría, el 69 % de los rusos reconoce que Rusia tiene enemigos y cuando debe nombrar cuáles, el 51 % menciona a Estados Unidos y un 34 % a la OTAN. Los guerrilleros chechenos son mencionados por el 45 al 47 % de los encuestados (Centro Levada, 2009 :163-164).⁵⁹.

Cabe subrayar que el único dato que podría decirse, persiste de la lógica de la Guerra Fría, es la competencia nuclear entre Rusia y Estados Unidos. En efecto, Rusia, con una larga experiencia en el desarrollo, fabricación y desmantelamiento de armas nucleares, más cuantiosas reservas de plutonio y uranio enriquecido, es la segunda potencia nuclear del planeta y junto con Estados Unidos, constituyen el 95 % del arsenal nuclear mundial. Además, cuenta con agentes químicos y biológicos y una larga historia en poder nuclear civil, con la suficiente experiencia a ser volcada en la lucha contra la posesión de armas de destrucción masiva, por parte de organizaciones terroristas (Graham, 2009 :6).

A nivel mundial y en el plano económico, la presencia de Rusia en el G-20, es un indicador de cómo perciben (positiva y receptivamente) los Estados occidentales y más desarrollados a la Federación Rusa. En cambio, en otras instancias, también colectivas, como la OMC (Organización Mundial de Comercio) y la OTAN (organización militar y de seguridad, herencia de la Guerra Fría), Rusia no es miembro integrante, aunque aspire o no a pertenecer a dicha elite regional-mundial. De todos modos, sobre todo, las recientes relaciones de Rusia con Estados históricamente aliados a Estados Unidos, como Israel y Turquía,

59 En clave constructivista, la Rusia de Putin siempre manifestó cierta atención especial a los actos simbólicos de Estados Unidos hacia ella. Por ejemplo, al final de su mandato en el 2008, había percibido un renovado desprecio por parte de Washington, en gestos y decisiones hacia su país, como la anulación del Tratado de Misiles Anti-Balísticos en 2002; el establecimiento de bases militares norteamericanas en Asia Central; el apoyo a las "revoluciones de colores" en Ucrania y Georgia y el reconocimiento de la independencia de Kosovo. Estas situaciones alentaron al Kremlin a ejercer una acción de venganza en este caso, contra la vulnerable Georgia (Der Ghoughassian, 2008).

demuestra que Rusia también puede incursionar en dichas coaliciones, de modo bilateral^{60 61}.

En el año 2008, al final de la era Putin, el 58 % de los rusos consideraba que Rusia estaba abierta al resto del mundo y un 22 %, “totalmente abierta”. Un 56 % prefería que se mantenga abierta o se abra todavía más. Esto revela un alto grado de adhesión a la globalización, aunque con condiciones (Centro Levada, 2009 :163).

Así, en una suerte de política exterior dualista, dividiendo al campo occidental, se inició una política de relativo distanciamiento con Estados Unidos, mientras se mantenían vínculos económicos con la UE. Fruto de esta última, fueron los incidentes sobre diversos casos de espionaje, el sobrevuelo de aviones rusos sobre portaaviones norteamericanos, el lanzamiento de varios misiles intercontinentales y los desacuerdos sobre la guerra de Irak (De Haas, 2005 :8)⁶².

60 Los elementos de esta política hacia el “Otro” Occidente, fueron coherentes con su lucha contra el terrorismo, ergo, la guerra de Chechenia. Inmediata solidaridad tras el 11 de septiembre de 2001; acuerdo sobre el desarme nuclear (que permite que no continúe manteniendo un arsenal nuclear plétórico y costoso); aceptación de la ampliación de la OTAN; apoyo en la guerra contra Al Qaeda en Afganistán e Irak (lo cual legitima “la guerra antiterrorista” en Chechenia); libertad para la instalación de tropas americanas en Asia Central (con resistencias, en cambio, especialmente en Georgia); acuerdo con la Unión Europea sobre el enclave de Kaliningrado; voluntad de entrar en la Organización Mundial del Comercio (OMC), etc.

61 Un dilema adicional para el Kremlin era que la lógica de su sistema político-económico de “autoritarismo patrimonialista” -según Wallander-, requería aislamiento pero mayor poder a su vez, exige riqueza derivada de la participación en la globalización, la cual, podría socavar el mismo régimen interno. El camino que Putin-Medvedev descubrieron para resolver esta tensión, combinando autoritarismo patrimonialista con globalización, fue el llamado “transimperialismo”. De este modo, Rusia puede comerciar e invertir, sin permanecer abierta su economía, replicando el modelo de “rent-seeking” y relaciones de distribución en el nivel transnacional (Wallander, 2007 :118).

62 El episodio de Irak trae a colación la cuestión de larga data, de las relaciones entre Rusia y la UE y sus principales Estados. Sobresale aquí la particular preferencia rusa por Alemania, el más popular de los países europeos para los rusos, según las encuestas y la propia experiencia de vida de Putin allí (en la ex RDA). Durante su Presidencia, Putin remarcó en más de una ocasión, que la identidad rusa no estaba en contradicción con Europa y que, por el contrario, Rusia no puede dejar de ser parte de Europa (MacFarlane, 2006 :53).

Resulta claro que la alianza entre Estados Unidos y Rusia a posteriori de los atentados a las Torres Gemelas de New York el Pentágono en Washington, el 11 de Setiembre de 2001 (11-S), fue meramente táctica y favoreció mayormente los planes de Putin en todo sentido, pero que en largo plazo, hay mayores razones para pensar en una sociedad más estratégica entre Europa y Rusia, y no en un eje Washington-Moscú.

En términos constructivistas, entre el 2004 y el 2005, hubo una serie de acontecimientos que alejaron a Rusia de Estados Unidos. El *affair* Yukós, las restricciones sobre la prensa, la asistencia nuclear a Irán, la venta de armas a Siria, la intervención directa en la política ucraniana y la oposición a la ampliación de la OTAN y la UE sobre Europa del Este, daban espacio al pesimismo mientras que la colaboración en cuestiones de no proliferación de armas de destrucción masiva y la guerra contra el terrorismo, insuflaban aire al optimismo.

De ambas partes, se esgrimían argumentos en favor de la primera posición. Antioccidentalistas rusos, defendían el “propio camino” ruso, que no tenía por qué imitar o copiar las instituciones del bando ganador de la Guerra Fría, máxime considerando el “boom” económico de la primera década del nuevo milenio. También la Iglesia Cristiana Ortodoxa rechazaba la influencia “inmoral” de la cultura importada.

Desde Washington, que consideraba que sólo una Rusia democrática podía ser considerada cooperativa con el orden internacional, el putinismo en su segunda fase, era percibido como una restauración neoimperialista. Hay una especie de fatalismo de algunos círculos occidentales, que consideran desde una óptica normativista, que Rusia está condenada a ser un Estado autoritario, “naturalmente imperialista”, con valores incompatibles con los del mundo democrático liberal. Por el contrario, desde la Rusia de Putin, se considera que la cooperación es factible, privilegiando intereses comunes en seguridad y comercio, relegando el “*values-gap*” (Lo, 2005 :2)

En cualquier caso, ha faltado sentido de la proporción y la perspectiva, en las relaciones entre ambos países. Es iluso y hasta contraproducente, pensar que entre Estados Unidos y Rusia, puede existir comunidad axiológica. Pero eso no significa que debido a ello, resulta imposible pensar en armonía de intereses. Una relación más pragmática supone un “*approach*” más equilibrado. La visión norteamericana ante la transición rusa, ha pasado desde una enorme complacencia (era yeltsinista y primera parte del putinismo) hasta un criticismo desmedido o un profundo pesimismo, que percibe a Putin, como un líder que busca restaurar a la URSS.

En realidad, el vínculo entre apologistas y fatalistas es la falta de voluntad para considerar o evaluar la política exterior putinista, tanto en sus méritos como deméritos. Los prejuicios normativistas han minado tal evaluación, de una política exterior que así como ha tenido momentos de alejamiento como la ocasión de la famosa frase de Putin en el 60mo. aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, lamentando el final de la URSS o el enfriamiento de las relaciones entre Rusia y los Estados Bálticos, a propósito del recuerdo permanente del Pacto Ribbentrop-Molotov en 1939 hasta la concordancia en la lucha contra el terrorismo después de los atentados del 11-S. Los rusos lamentan tanto como Putin, la caída de la URSS, pero saben, también al igual que él, que su restauración es una tarea fútil y absurda (Lo, 2005 :3).

Para que exista una relación que no se sustente en prejuicios o malinterpretaciones, también debe abandonarse cierto mito de la desintegración rusa, que ha sido aprovechada por el Kremlin para aumentar su control interno. Tal argumento de la implosión, la inestabilidad o el colapso, fue usado desde los tiempos de Yeltsin, para justificar el apoyo norteamericano y al mismo tiempo, la sobreestimación de las capacidades rusas, para influir sobre su espacio postsoviético.

Las oportunidades para la cooperación existen desde siempre. A pesar de la oposición a la intervención norteamericana en Irak en 2003, Rusia no objetó el proceso de reconstrucción y en cualquier caso, hasta

planteó nuevos negocios en la Irak post Saddam Hussein. Lo mismo ocurrió tanto, con la Ucrania de Viktor Yushchenko, con la que Rusia siguió vinculándose, a pesar del enfrentamiento político-electoral inicial como la respuesta medida o moderada del Kremlin al golpe perpetrado contra Askar Akayev en Kirguistán. En la esfera económica-internacional, la UE depende energéticamente de Rusia pero ésta depende también de aquélla. Las exportaciones energéticas constituyen el 60 % del total, el 30 % de los ingresos presupuestarios federales y la mayor fuente que explica el crecimiento económico de un país hoy emergente como Rusia. Esta necesita inversiones en infraestructura y capitales europeos para consolidar su economía tan primarizada, pero significa apenas Europa representa apenas entre el 3 al 5 % de sus importaciones, lo cual revela sus debilidades estructurales (Lo, 2005 :4-5).

Estas son las realidades que presionan a Rusia a seguir tomando como la referencia geográfica ineludible para su política exterior, a Occidente, tanto Estados Unidos como la Unión Europea. Temiendo la irrelevancia o la indiferencia internacional, Putin busca que Rusia sea una “Gran Potencia”, pero de ningún modo, intenta restaurar la URSS. Esa concepción de “Gran Potencia” es una Rusia de gran estatura y relevancia, multidimensional, con capacidades militares efectivas, con una economía próspera, pero tecnológicamente avanzada, culturalmente influyente y respetada normativamente.

Para que ello sea realidad, es fundamental poseer una relación constructiva con Occidente y luego, una democracia institucionalizada, para así, convertirse en un socio confiable y estratégico. Los Estados occidentales y las organizaciones multilaterales, deben hacer lo posible entonces para tratar con una Rusia que tal vez, no sea una democracia occidental, pero sí, puede tener intereses políticos, económicos y de seguridad, comunes. Para ello, debe abandonar la premisa clintoniana de que sólo los Estados democráticos pueden tener políticas cooperativas y “razonables” (Lo, 2005 :5)

En términos postmodernistas discursivos, cabe destacar que existe la posibilidad de una profunda y estructural identificación de Rusia con Europa, pero no así con Estados Unidos. Los vocables “eurorrenovación”, “eurorruso” y “euroestándares”, no tienen ningún equivalente americano, porque los rusos entienden que Rusia era, es y será como los rusos son a través de Europa, no a través de Estados Unidos.

En efecto, en términos postestructuralistas, los textos del nivel secundario en Rusia les enseñan a los chicos, el lugar de Rusia en Europa, pero nunca en relación a Estados Unidos. Las novelas populares de detectives, los “*thrillers*”, las novelas románticas y la ficción en general, están plagadas de referencias hacia Europa, no hacia los Estados Unidos. El punto es que dado este nivel estructural y profundo de relaciones identitarias, Rusia es parte de Europa y los rusos son europeos y ellos siempre guió la política exterior rusa, especialmente, si ella cuenta con alguna participación pública en cuestiones internacionales, referidas a Europa. Además, las alianzas tácticas entre las elites de Estados Unidos y Rusia, permanecen en ese plano, son sólo tácticas, sin convertirse en alianzas de identidad con el potencial de integración que sí, podría tener una alianza con Europa, si llegase a consumarse alguna vez.

No obstante ello, la identificación rusa con Europa podría tener efectos impredecibles. Tomando como referencia el autoritarismo de Putin, éste constantemente deja claro su deseo de que Rusia se convierta en un Estado “europeo”, “normal”, “civilizado” y regido por “el imperio de la ley”. El Presidente ruso ha vinculado esta necesidad a su estrategia económica y presionó a sus Ministros de Asuntos Exteriores y Economía, en la dirección de una mejora de la imagen de Rusia entre los inversores extranjeros, admitiendo que la democratización debe reasegurar a sus inversores.

Pero con frecuencia, también se desvía de dicho camino y, no responde correctamente al carácter “europeo” de su gobierno. Un ejemplo de ello, fue su exposición ante un auditorio calificado en la Universidad de Columbia, en setiembre de 2003, donde tuvo que responder cuantiosas

preguntas. La prensa liberal moscovita, *Kommersant e Izvestiya*, maravillada por las habilidades argumentativas de su Presidente, estuvo reacia a comentar la humillación del auditorio americano (Hopf, 2003 :4).

Ahora bien, cuál era la visión de Estados Unidos respecto a Rusia, cuando llegó al poder, Putin, primero, como Primer Ministro ruso, en agosto de 1999 y luego, ya como Presidente. Durante aquellas semanas, Estados Unidos afrontaba el último tramo de la campaña electoral presidencial, con Bill Clinton fuera de carrera y con el republicano George W. Bush (hijo) y el demócrata Al Gore (vicepresidente de Clinton), en un final que se preveía muy reñido, como finalmente, lo fue.

En dicho marco, Rusia fue uno de los ejes de campaña electoral, dado que el Congreso norteamericano, dominado por la oposición, emprendió una campaña anticorrupción, que incluyó investigaciones sobre “lavado de dinero”, involucrando a la mafia rusa, que había crecido bajo los años del yeltsinismo, pero también relacionándola con las máximas autoridades del gobierno de Washington. De hecho, desde 1993, Clinton había delegado en el propio Gore, la dirección de la estrategia norteamericana con relación a Rusia, manteniendo excelentes relaciones personales y profesionales con Chernomyrdin, entre otros.

Inevitablemente, Estados Unidos vio a Rusia instalando la política doméstica de la Federación, como el núcleo de su política exterior. Desde la época de los Zares e influida por la tradición del excepcionalismo norteamericano, la lectura de Washington supone que “la manera como Rusia trata a sus vecinos y conduce su política exterior en general, ha estado siempre estrechamente vinculado con cómo sus líderes tratan a su propia gente”. El propio Kennan advertía que sólo un cambio generacional en la conducción del Partido Comunista podía marcar un cambio de rumbo en un itinerario de la política exterior soviética, bastante condicionado por la ideología de sus líderes y no tanto, por factores exógenos, como la política exterior norteamericana, la cual debía ser de contención a las tendencias expansivas soviéticas, de modo firme,

paciente y de largo plazo (Lyne, Talbott, Watanabe, 2006 :75) (Busso, 2008 :24-27)⁶³.

Ejerciendo una “diplomacia personal” con Yeltsin, el Presidente Clinton hablaba de una “alianza estratégica con la reforma rusa” y gran parte de su energía estuvo orientada a apoyar fuertemente la transformación de Rusia en una democracia con economía de mercado. El progreso -o su falta del mismo- de Rusia, era el indicador más elocuente del éxito o fracaso de la Administración. Paralelamente, trataba de colaborar en el establecimiento de los fundamentos de una política exterior postsoviética: el respeto de la soberanía de los Estados vecinos de la CEI; el retiro de las tropas rusas de los Estados Bálticos; la aceptación del derecho de los países de Europa Oriental y vecinos a ingresar a la OTAN y, que Rusia ingrese al Consejo Rusia-OTAN (Graham, 2009 :13) (Busso, 2008 :33).

En cambio, el Presidente George W. Bush (hijo), asesorado por la profesora politóloga y ex sovióloga negra, Condoleezza Rice, consideraba a Rusia como un aliado estratégico, pero basándose en valores democráticos compartidos. La cooperación estaba vinculada al compromiso que demostrara Rusia con la reforma democrática: considerando al régimen yeltsinista, como “corrupto” al estilo del Haití de Aristide o la Argentina de Menem, el avance de la democracia y la ética republicana, serían los nuevos indicadores del éxito o no, de la política exterior norteamericana⁶⁴.

63 En una hipotética transición democrática futura, considerando el déficit liberal histórico ruso, Kennan sugería a los gobiernos norteamericanos: “Denle tiempo, permítanle ser rusos, permítanle abordar sus problemas internos a su manera. La forma en que la gente avanza hacia la dignidad e ilustración sobre el gobierno son cuestiones que constituyen la profundidad y lo más íntimo del proceso de vida nacional. No hay nada menos comprensible para los extranjeros, nada que la interferencia extranjera pueda hacer peor” (Busso, 2008 :29).

64 Clinton conoció a Putin cuando éste fue electo, pero desconfiaba de sus verdaderas credenciales democráticas. Apparentemente, el nuevo líder ruso deseaba el triunfo de Bush (hijo) porque pensaba que el ala realista de su nuevo gobierno, bendeciría la necesidad de orden, con la que Putin llegaba al poder, tras el caos de Yeltsin. La sorpresa rusa sobrevendría cuando con el transcurso de los meses, el ala realista cedería paso a su similar neoconservadora (o de los “Vulcanos”), sector más unipolarista y antiliberal internacionalista. Este grupo rechazaba la existencia de potencias regionales

Tanto para una como la otra Administración, entonces, las buenas relaciones entre ambas potencias, dependía del desarrollo político doméstico de Rusia y, abruptamente, se deterioraban cuando la realidad opuesta, se imponía a los reclamos y expectativas de Washington. Por ejemplo, para la Administración Clinton, el momento de la “verdad” llegó en el verano de 1998, con el colapso del rublo y la instalación de un gobierno no reformista, como el de Yeltsin-Primakov. En cambio, para la Administración Bush (hijo), el momento llegó cuando Putin decidió intervenir y manipular el resultado de las elecciones presidenciales de Ucrania en el otoño de 2004. En ambos casos, se trataba de un grave error de gestión: haber atado una política exterior como la norteamericana a la política doméstica de un país tan complejo y diverso como Rusia, necesariamente fuera del control de Washington (Graham, 2009 :13)⁶⁵.

También cambiaron las circunstancias. En los noventa, Rusia aparecía “derrotada” y humillada, necesitando imperiosamente, el “*cash flow*” de Washington. En cambio, en la década del 2000, con el entorno internacional más favorable y habiendo sufrido en carne propia, dicha humillación, aumentaría su resentimiento. Una encuesta realizada en 1999 por el Instituto *Romir*, refleja que un abrumador 41% de los respondientes considera que Occidente “intenta convertir a Rusia en un país del Tercer Mundo”, y un 37% piensa que “Occidente intenta disolver y destruir Rusia”, mientras que sólo un 11% cree que los países occidentales “apoyan política y económicamente a Rusia” y sólo un 3% defiende que “Occidente ayuda a que Rusia sea un país civilizado y desarrollado” (Poch, 1999 :14-15).

emergentes que desafiaran al poder imperial militar norteamericano, por lo que aprobaron que Bush (hijo) relegase a Rusia, desde la prioridad estratégica a un rango medio.

65 Ya George Kennan había advertido medio siglo antes que los cambios políticos dependen necesariamente de la vida política nacional y no de las interferencias exógenas. En verdad, la situación política rusa desde el 2000, emergió del caos soviético y postsoviético, donde no existía antecedente histórico democrático alguno. La Administración Clinton envió centenares de asesores que no entendieron la transición política y económica rusa, al ignorar su cultura mientras que la Administración Bush (hijo) le otorgó un desmedido e injustificado apoyo oficial a figuras opositoras que son marginales en la arena política rusa (Graham, 2009 :14).

Los inicios de las Administraciones tanto en Rusia como en Estados Unidos, no fueron alentadores, en términos de relaciones entre ambos países. Cuando Vladimir Putin se hizo cargo de la Presidencia el 31 de diciembre de 1999, la política rusa hacia Estados Unidos, única superpotencia global, básicamente estaba concentrada y preocupada en el plan norteamericano de diseñar un proyecto de desarrollo nuclear, el “*National Missile Defense*” (NMD), destinado a enfrentar Estados “problemáticos” y dando de baja el Tratado ABM (*Anti-Ballistic Missile*) de 1972. Paradójicamente, el primer acto de política exterior de Putin, luego varias veces juzgado por los intelectuales, los gobiernos y la prensa, como “neoimperialista”, fue el lanzamiento de campaña de carácter internacional, contra dicho plan, advirtiendo sobre su carácter amenazante contra la estabilidad estratégica y la propia Rusia. Sin embargo, el próximo Presidente norteamericano, desoyendo una vez más a la todavía débil Rusia, adoptaría la decisión de avanzar y concretar el proyecto.

En el comienzo de la Administración Bush (hijo), en enero de 2001, una serie de sucesos preanunciaban malas relaciones. El arresto del agente del FBI Robert Hanssen, por espiar para los rusos, como el pedido posterior para que 50 diplomáticos rusos abandonen Estados Unidos, al igual que las acusaciones del Secretario de Defensa Donald Rumsfeld y la Consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, respecto a que Rusia no sólo era un país corrupto que no merecía ayuda económica sino que además, proliferaba material nuclear y seguía siendo una amenaza para los intereses de Estados Unidos y Europa, no dejaban dudas de la escasa predisposición norteamericana bajo el nuevo gobierno republicano, a aceptar la amistad rusa. Aún así, Putin insistió en la búsqueda de coincidencias. En la primera Cumbre del verano del 2001, en Ljubliana, Eslovenia, el propio Presidente norteamericano ruso reprodujo la famosa frase de sintonía con su par ruso: “Fui capaz de interpretar el sentido de su alma” (Tsygankov, 2006 :138) (Tsygankov, 2009 : 3)

En aquel momento, ante el temor de un regreso de una nueva Guerra Fría, dado el aumento de las diferencias y hasta ciertas tensiones entre Estados Unidos y Rusia, puede afirmarse que dos factores imposibilitaban esa evolución. Por un lado, ya no existía la oposición de dos superpotencias, enfrentadas en los planos ideológico, económico y estratégico. Por el otro, tampoco se verificaba la relativa paridad en la posesión de recursos materiales, existentes en dicho período (Busso, 2008 :23)⁶⁶.

La decisión de Putin de apoyar a Estados Unidos en la lucha posterior al 11-S, lanzada contra el terrorismo, y la redefinición del interés nacional, condujo a un importante cambio en el discurso ruso. Si bien, buena parte de la elite rusa en política exterior apoyaba tal movimiento, otros expresaban sus reservas porque creían que las políticas norteamericanas podrían socavar, en lugar de fortalecer, la paz y la estabilidad en el mundo, por ejemplo, deteriorando las relaciones rusas con Europa, China y los países musulmanes⁶⁷.

Cabe un paréntesis aquí, para interpretar el significado político del 11-S. Si bien puede coincidir con autores como Federico Merke, en el sentido que no supuso un verdadero cambio en la estructura internacional de poder, en términos generales, desde el análisis de las Relaciones Internacionales, para ciertos sectores 'pro-anglosajones u occidentalistas, fue una especie de regreso a la lógica de la Guerra Fría, donde los Estados Unidos buscaban defenderse contra un enemigo de carácter global mientras que para los opuestos, es decir, los no

66 También podría agregarse que dada la magnitud de los volúmenes militares, defensa y seguridad, en términos económicos, de armamentos, efectivos, tecnología, etc., la tensión Rusia-Estados Unidos ha dejado de tener el carácter cuasi excluyente que tenía antaño en las relaciones internacionales, pasando a ser sustituido en todo caso, por otro eje: China-Estados Unidos (Zubelzú, 2008 :42).

67 Había una especie de acuerdo tácito entre Bush (hijo) y Putin a partir del 11-S: el Kremlin mostraría abstención con respecto a la expansión del poderío militar de EE.UU. hacia una zona históricamente de influencia rusa, pero Washington se abstendría de criticar los esfuerzos de Putin para restablecer un Estado fuerte y centralizado en general y, en particular, en las políticas destinadas a Chechenia. Ante este apoyo Bush decide aceptar la membresía plena de Rusia en el G8 y plantea en 2002 que la reunión del Grupo en 2006 sería en Rusia. (Busso, 2008 :36).

anglosajones, en términos genéricos, significó un síntoma de la decadencia norteamericana, cuya arrogancia del poder único, era puesto en jaque, cuasi morta (Merke, 2003).

En el ámbito teórico de las Relaciones Internacionales, la decisión putinista de colaboración estratégica con Estados Unidos, puede tener tres miradas explicativas. Una es de carácter típicamente instrumental, otra es institucional y la tercera, es la socializadora.

La primera, revela la necesidad de “*bandwagoning*” con Estados Unidos, es decir, Putin consideraba necesario contrapesar al hegemon, aliándose con él, de manera inteligente, evitando de esa manera, que despliegue, usando y abusando su poder global, de manera solitaria. La segunda explicación se concentra en las rivalidades entre diferentes grupos de interés, que pugaban por entronizar una alternativa en el menú de decisiones que entronizara el líder ruso. Finalmente, la tercera mirada se basa en la necesidad de socialización por parte de Rusia, empleando la táctica de aliarse a Estados Unidos. Tal política le permitiría formar parte efectiva del proceso de aprendizaje de normas y valores de conducta.

En la primera lectura, más afín a las teorías realista y neorrealista, la opción rusa es producto de variables exógenas. La reducida influencia internacional de Rusia, heredada de Yeltsin por Putin, fue la precondition de la aceptación de Putin, aunque a disgusto, seguramente, de la presencia militar norteamericana en Asia Central. También podría agregarse que el cambio de política rusa del 2001, fue determinada por otro factor estructural: el objetivo estratégico del Kremlin de regresar a cubrir la posición de Gran Potencia. La propia cooperación con Estados Unidos, puede ser pensada en tal sentido: era el mejor vehículo para alzar la voz de Rusia y ser nuevamente reconocida en la arena internacional.

En la explicación institucional, dado que la coalición que promovió el apoyo político a Putin, era realmente heterogénea, constituida por sectores militares, de inteligencia y liberales, mientras en la guerra de Chechenia, el líder ruso favoreció los intereses de los uniformados, en el

11-S, apoyó a los economistas y empresarios, que alentaban reabrir la puerta a Occidente.

En la tercera explicación, de tinte constructivista, la decisión de aliarse a Estados Unidos, le permitía a la Rusia de Putin, compartir en la práctica, lo que tanto habían pugnado los liberales rusos en los primeros años de los noventa: valores, creencias y normas comunes de la convivencia internacional, que Occidente siempre dijo propugnar y ahora sí, Rusia podía adherir y sobre todo, aprender a asimilar como propias.

Para la Rusia de Putin, una vez más, y coincidente con la lógica mental del líder ruso, su país debía ubicarse equidistante de estas posturas binarias. El 11-S no era tan mala noticia porque Rusia podría ser reconocida por primera vez, como una entidad civilizatoria, igual que Estados Unidos. En términos morales, Rusia podría ser reivindicada, al haber sufrido una guerra interna como la chechena, mucho antes que el 11-S y habiendo Putin ahora sí, recordado a los norteamericanos, con una especie de advertencia personal, sobre el peligro terrorista musulmán. Todo ello no podía ocultar el hecho de que la agenda internacional post 11S se vería peligrosamente “securitizada”, considerando que el pánico y el horror de la población occidental ante la sucesión posterior de atentados, demandarían la necesidad de medidas de emergencia de control e hipervigilancia estatal, en desmedro de las libertades civiles, lo cual paradójicamente, haría converger a la “democrática” Washington y la “poco democrática” Moscú.

Sin embargo, lo más relevante para Putin era que por primera vez, desde la caída de la URSS, Rusia y Estados Unidos, compartían la gestión global de crisis políticas y militares, como por ejemplo, entre las potencias nucleares de la India y Pakistán o en Medio Oriente, donde Rusia sería llamada a participar en un trío con la UE, en una especie de “Hoja de Ruta” diseñada para alcanzar un ansiado proceso de paz entre Israel y Palestina.

De todos modos, la opción de Putin no era la única y excluyente. Para algunos intelectuales y políticos rusos, el involucramiento con

occidente, traería más pérdidas simbólicas que ganancias efectivas, porque tal como se expresó antes, alejaría a Rusia, de potenciales futuros aliados, incluyendo algunos musulmanes. Para otros, el 11-S significó un gran cambio respecto a la multipolaridad yeltsiniana y los 18 primeros meses del mismo Putin. Para terceros, en realidad, dicho cambio ya se había producido antes del 11-S, cuando Yeltsin había cuestionado la unipolaridad de USA. Una vez más, la adhesión putinista al post 11-S, típica de un líder pragmático pero conservador, debe ser percibida como una evolución más que como una revolución.

En Rusia, la política exterior aún tiene connotaciones de extrema personalización, por lo que, a pesar de los disensos y las propias objeciones de Ivanov y todo el Ministerio de Defensa, Putin decidió apoyar a Estados Unidos e incluso, aceptó la instalación de bases militares norteamericanas en Asia Central.

Precisamente, quienes apoyarían decididamente la firme decisión de Putin, serían los sectores liberales. Chubais y otros, proclamaron la posibilidad de actuar en consonancia con la opinión pública mundial, por lo que Rusia, ganaría muchísimo en términos de “*soft power*”: su imagen mejoraría notablemente en relación a la ominosa URSS pero también la caótica y nada creíble Rusia de Yeltsin. La agenda económica también sería objeto de beneficios. Como en los noventa, con la especulación de Yeltsin-Kozyrev de acoplamiento cerrado a Occidente, a cambio de préstamos e inversiones, el 11S proveía la oportunidad de acelerar el proceso de ingreso a la OMC, sin tantas condiciones o trabas. Estados Unidos seguía siendo vital para los intereses de inversiones en Rusia y estaba dispuesta, como efectivamente lo hizo, a reconocer el *status* de “economía de mercado” a la rusa, aunque en la realidad, era inocultable el carácter transicional de la misma.

Esta vez, Putin no tendría el apoyo de la Duma, los militares, los intelectuales y ni siquiera, la opinión pública, todos claramente anti o indiferentes hacia Occidente, pero sí de los economistas y no pocos empresarios, que verían con muy buenos ojos, decisiones como la

apertura del sector energético ruso en el año 2002 o la ampliación del Puerto de Murmansk para exportaciones norteamericanas.

El 11-S significó entonces, un impulso fuerte a la “economización” de la agenda de política exterior rusa. Constituyó una fenomenal “ventana de oportunidad”, para llevar adelante reformas que hubieran llevado décadas hacer, bajo otras circunstancias, como la introducción de la propiedad privada en el campo ruso o las reformas impositivas modernizantes. Hasta algunos contratos nucleares y militares, por ejemplo, con Irán, no serían abandonados por lo lucrativos, pero sí, moderados, con el objeto de no herir susceptibilidades con Washington. La geoeconomía de la región postsoviética también cambiaría en favor de la mayor gravitación económica rusa, en desmedro de la política y militar. Aunque si bien el 11-S supuso un cambio de clima para los negocios, no hubo mayores cambios a nivel legislativo o estructural en Rusia, excepto las reformas domésticas ya apuntadas.

Los liberales occidentalistas como el líder del Partido Yabloko, Grigori Yablinsky, en un artículo “Una amistad temporaria o una alianza eterna?”, sugerían que Rusia era parte orgánica de la civilización occidental y europea, por lo cual, debía perseguir una unión estratégica de largo plazo. Sin ésta, Rusia mantendría un capitalismo de tipo oligárquico, con un insuficiente respeto por los derechos humanos y las libertades de expresión (Tsygankov, 2006 :133).

La UDF (Unión de Fuerzas de Derecha) avanzaba un paso mayor. Consideraba que había un “choque de civilizaciones” al estilo de lo expuesto por Huntington, por lo que Rusia debía ubicarse claramente al lado de los “civilizados” occidentales, en contra de la “barbarie” y el medievalismo de los pueblos de los Estados “fracasados” musulmanes y del Tercer Mundo. Esto implicaba en términos prácticos, que Rusia debía apoyar fuertemente la intervención de Estados Unidos en Irak.

Los socialdemócratas, liderados por Aleksandr Buzgalin, tenían una visión más compleja dado que creían en un mundo culturalmente más pluralista que los anteriores. Por lo tanto, favorecían un diálogo

intercultural global, aunque simpatizaran tanto con la nueva visión de Putin y Occidente en general. Pero consideraban que la causa de la expansión del terrorismo era el uso unilateralista del poder norteamericano y el modelo reducidamente selecto proamericano de globalización. Tampoco ellos tenían una visión esencialista de Occidente como los dos grupos anteriores, sino más bien, como una arena de competencia entre valores liberal-capitalistas y socialdemócratas, encarnados por Estados Unidos y Europa, respectivamente. En tal sentido, aconsejaban a Putin que adopte una postura más cercana a Europa, es decir, la socialdemocracia del Primer Ministro británico Tony Blair y el Canciller alemán Gerhard Schröder, en lugar de la afinidad con el neoconservadurismo de Bush (hijo), la cual fortalecería las tendencias no democráticas rusas. También abogaban por la formación de una coalición abierta de países y culturas, incluyendo China e India, para responder a la amenaza terrorista global.

En muchos aspectos, las visiones de esta escuela de pensamiento se correspondían con las del Presidente Putin. Primero, éste también desplegó intervenciones militares como una solución de largo plazo al problema del terrorismo, el cual, contrastaba con la selección de soluciones en Chechenia. Tampoco comprometía a las tropas rusas en el esfuerzo y ciertamente, enfatizaba la relevancia del Derecho Internacional y las Naciones Unidas. También fue muy cuidadoso en rotular sus acciones como comprometidas en el “choque de civilizaciones”, al lado de las naciones civilizadas. Por el otro lado, Putin diferenciaba claramente entre Estados Unidos y Europa, indicando su interés en desarrollar un vínculo estratégico con esta última. En el Estado de la Nación de abril de 2002, Putin abogó fuertemente por priorizar la dirección europea, en términos de integración al mismo tiempo que el mantenimiento del diálogo constante con América. También situaba claramente a Rusia al lado de Alemania y Francia en contra de la intervención militar en Irak (Tsygankov, 2006 .134).

Mientras tanto, los estatistas y civilizacionistas eran críticos porque expresaban enormes reservas respecto al alineamiento con Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo. La visión de un mundo multipolar y la influencia en Asia Central y el Cáucaso ahora podían perderse a favor de la presencia norteamericana, su hegemonía militar y presencia política. La coalición de potencias como China y la India, podía verse perjudicada si Rusia asumía una posición demasiado inclinada a Estados Unidos.

Los comunistas y los eurasiánistas iban más allá en sus críticas al putinismo. Consideraban que la respuesta norteamericana al 11-S no era producto de estrategias o ambiciones hegemónicas, sino eran los productos inevitables de la civilización moderna occidental. La tragedia del 11-S tenía su origen en la naturaleza histórica transnacional militar y económica de Occidente, y poco o nada tenía relación con la evolución del Tercer Mundo. El 11-S era parte de la lucha épica por la liberación del mundo unipolar y unicultural occidental, en el que Rusia debía ponerse al lado incluso del llamado “Eje del Mal”, como lo definió Bush (hijo). Una alianza con los países musulmanes, incluyendo China, tenía el potencial más fuerte para enfrentar con éxito la modernidad occidentalista y sus políticas hegemónicas (Tsygankov, 2006 :136).

Respecto a la opinión pública, si bien, en general, apoyaba la política exterior de Putin respecto a Estados Unidos, tras el 11-S, había mucha aprehensión de acuerdo a los diferentes sectores. Según el Centro Ruso para el Estudio de la Opinión Pública, en momentos como aquellos, de profundo resentimiento y hasta dolor en el imaginario colectivo ruso, por la supuesta “traición” de los Gorbachov, los Reagan, los Yeltsin y los Clinton, el 63 % de los rusos sentían que el ataque terrorista a los Estados Unidos era una “forma de retribución por la política exterior norteamericana”.

La experiencia postcomunista traumática influía para que la sociedad civil se mostrara desconfiada de las intenciones norteamericanas. Oficiales militares y políticos subrayaban negativamente, por ejemplo, la decisión unilateral norteamericana de

desarrollar un sistema nacional de defensa de misiles y abandonar el Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM). También recelaban de la expansión de la OTAN en Europa del Este, confirmando el prejuicio ruso de una “Estados Unidos adentro, una Alemania abajo y una Rusia afuera”, además de la presencia militar occidental en Asia Central.

Así, pocas facciones en la Duma apoyaron la decisión de Putin de hallarse al lado de Estados Unidos tras el 11-S. Los líderes musulmanes rusos también cuestionaron la intervención norteamericana en Irak y Afganistán, aconsejando no involucrarse allí, a Rusia. Cartas privadas entre oficiales militares y algunos medios de prensa oficialistas, también expresaban su preocupación porque, bajo el pretexto de la guerra antiterrorista, la presencia de la OTAN en la otrora zona de influencia rusa, podía generar una suerte de encierro militar y de inteligencia para Rusia. Esa enorme presencia norteamericana preludiaba la similar de la II Guerra Mundial, donde, rápidamente, de aliados, ambas partes se transformaron en enemigos (Tsygankov, 2006 :137)⁶⁸.

Según Putin, Occidente seguía siendo el centro de la política exterior rusa. Pero a diferencia de Kozyrev, Putin insistía en los propios intereses rusos en muchas y nuevas áreas de la política mundial, aunque tornándolos compatibles con los valores occidentales (Derecho Internacional, libertades individuales y economía de mercado). El contraterrorismo y la cooperación energética pasaban a reemplazar cuestiones críticas como la expansión de la OTAN y el sistema de defensa misilística, ampliando el espacio de maniobra putinista con sus críticos domésticos.

El 11-S creó enormes oportunidades para Rusia. Las medidas de inteligencia conjuntas con Washington; el apoyo a fuerzas antitalibán en Afganistán; el uso del espacio aéreo ruso para operaciones de rescate humanitario; y la posibilidad de que Rusia, el mayor exportador mundial de petróleo, fuera de la OPEP, con el 10 % de las reservas petroleras conocidas y el 9 % a nivel mundial, pudiera convertirse en socio

⁶⁸ Debe tenerse en cuenta que en Irak, la mitad del petróleo exportado de manera ilegal, por Saddam Hussein, lo era a través de empresas rusas.

energético de Occidente, fueron cambiando poco a poco el panorama inicial de recelo. La declaración conjunta de ambos Presidentes en mayo de 2001, en términos de una cooperación energética sólida además de la Cumbre de Houston (Texas) en octubre del mismo año, centrada en una agenda de energía, confirmó la promesa rusa de exportar un millón de barriles diarios a Estados Unidos, hasta el 2007, haciendo que las relaciones entre ambos países fueran las mejores desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La cordialidad expresada en los actos públicos por ambos líderes no traslucía las profundas rivalidades que existían pocos meses atrás en materias como la seguridad: cuando Moscú había esgrimido la vigencia del Tratado ABM (*Anti Ballistic Missile Defense*) de 1972 para oponerse al programa defensivo MD de Bush) o el comercio (en que Rusia había planteado un eje común con la UE para defender las exportaciones de acero y cereales a Estados Unidos).

Concretamente, Putin disimuló públicamente su enfado en ocasión de la decisión de Washington de retirarse del acuerdo ABM, tomándolo con calma y describiéndolo como “un error”, advirtiéndole que Rusia estaba preparada para esa eventualidad y que el desarrollo de un nuevo plan norteamericano al respecto, no amenazaría el poder disuasorio ruso (Lo, 2003 :18).

Pero las conversaciones de Texas daban lugar a esperanzas en materia defensiva: Moscú retiraba su oposición a los planes defensivos de Washington y ambos países anuncian una fuerte reducción en sus arsenales nucleares; en febrero de 2002 se firmó un nuevo Acuerdo de Asociación entre Rusia y la OTAN que reforzó la cooperación en el área de seguridad. Este paso fue muy significativo, en términos de la construcción de un diálogo y cooperación permanentes, que bien, puede diluir las viejas desconfianzas entre militares, otrora archirrival, sembrando las semillas de una gran y sólida cooperación, siempre que no se abran desmedidas expectativas.

En el año 2002, Putin y Bush (hijo) se encontraron en una nueva Cumbre en Moscú, donde ratificaron tales coincidencias, particularmente en el campo de la seguridad internacional. Allí, Putin habló de cooperación mutua en energía, telecomunicaciones, ciencia, educación y tecnologías de la información; de solidaridad con el pueblo norteamericano por los “trágicos días de setiembre de 2001”; de sinceros sentimientos de empatía de los estadounidenses hacia los rusos por actos terroristas sufridos por éstos en Kaspisk (Rusia septentrional) y, de la posibilidad de una verdadera alianza antiterrorista como en tiempos de la lucha contra el nazismo (Putin, 2002).

Una nueva Cumbre en Camp David, en setiembre de 2003, mostró a un Bush (hijo) tolerante con la trayectoria política de Rusia, apoyando categóricamente a Putin y afirmando de manera rotunda, que la visión del Presidente ruso para su país, era la correcta: “un país en paz en sus fronteras, con sus vecinos y con el mundo, un país en el cual la democracia, la libertad y el imperio de la ley, rigen” (Tsygankov, 2009 :4).

A partir de allí, hay un marcado deterioro de las relaciones entre ambos Estados. El encarcelamiento del magnate u oligarca privado Khodorkovsky; el creciente intervencionismo estatal en la economía; el panorama sombrío de los derechos humanos (Chechenia, Beslan, periodistas asesinados) y las elecciones en Ucrania, influyeron en el cambio de percepciones. El Premier británico Blair le planteó el “*Putin’s Problem*” a Bush (hijo) pero también los Estados de la CEI comenzaron a influirlo para que tense la relación con el líder del Kremlin. Otros temas conflictivos como Irán, la propuesta de escudos antimisiles en República Checa y Polonia y la independencia de Kosovo, se sumaron para agudizar la situación (Busso, 2008 :38)⁶⁹.

Del lado ruso, las tensiones prosiguieron ahora en el propio espacio postsoviético de Asia Central. Cuando el presidente de Uzbekistán, Islam

69 Téngase en cuenta sin embargo, que la diferencia militar entre ambos Estados es abismal. Mientras en el 2006, Estados Unidos destinó 528.692 millones de dólares americanos al gasto de Defensa, Rusia utilizó 34.700 millones. Estas cifras indican que Estados Unidos representa el 46% del gasto militar mundial, Francia y Gran Bretaña el 5 % cada una, China y Japón el 4% en cada caso y Rusia el 3 % (Zubelzú, 2008 :42).

Karimov, con el apoyo de China y la Organización de Cooperación de Shanghai ordenó el retiro de las tropas norteamericanas a mediados de 2005, después que Washington criticó el uso indiscriminado de la fuerza policial y militar contra manifestaciones callejeras en la ciudad de Andijon, el Kremlin lo sostuvo expresamente y tras la expulsión de los *Marines*, realizó maniobras militares conjuntas con las fuerzas uzbekas, como señal de solidaridad.

En 2007, ya al promediar ambos mandatos, Bush (hijo) recibió a Putin en Walker's Point y allí, se desarrolló una Cumbre muy informal, en la que abundaron los elogios mutuos, incluyendo anecdóticos como el calificativo de "buen pescador" que recibió el ruso de su colega norteamericano. Putin aportó la seriedad a la reunión, diferenciando las relaciones entre Estados Unidos y Rusia de las que había entre Estados Unidos y la URSS en la Guerra Fría: ahora cualitativamente diferentes, más basadas en la cooperación estratégica y no necesariamente, en las coincidencias absolutas (Putin, 2007).

Respecto a los "viejos" temas de tensión (OTAN, Balcanes y Tratado ABM), Putin pasó a minimizarlos u omitirlos en su discurso. Rusia trató de evitar el tema de la ampliación de la OTAN y empezó a colaborar activamente en cuestiones de seguridad con Estados Unidos, por afuera de la organización. En el tema yugoslavo, a pesar del inicial apoyo al presidente serbio Milosevic, y más allá de la formidable oposición doméstica al apoyo norteamericano, Rusia optó por abstenerse de participar en la crisis, retirando sus misiones de paz tanto de Bosnia como Kosovo en agosto de 2003. Respecto al Tratado ABM, Estados Unidos decidió abandonarlo unilateralmente y Rusia, aunque subrayó el error de Washington, no reaccionó de modo amenazador (Tsygankov, 2006 :139)⁷⁰.

70 En el interín, entre 2002 y 2006, el deterioro de las relaciones fue marcado. La expansión de la OTAN continuó; la divergencia por el caso ucraniano (elecciones y gas) se agudizó a partir de la influencia de Washington en el 2004 y la constatación por parte de Rusia de las violaciones de derechos humanos en Abu Ghraib y Guantánamo, por parte de la superpotencia moralizadora, no hicieron más que ensanchar las distancias. En la famosa conferencia europea de seguridad, Putin denunció la intención unipolarista de Estados Unidos, los reclamos en Rusia en contra de dicha intencionalidad y la defunción del proyecto americano de integrar a Rusia a Occidente (Graham, 2009 :14).

Ya al terminar sus respectivos mandatos, una nueva Cumbre realizada en Sochi, en abril de 2008, entre Bush (hijo) y Putin, tuvo como resultado final, un nuevo documento de cooperación, la “Declaración de Agenda Estratégica”, focalizando en las transiciones presidenciales de ambos países. Se enfatizaba en el balance de los desacuerdos que había complicado la relación bilateral de los últimos años y, al mismo tiempo, enumeraba el listado de las áreas y temas donde la vinculación ruso-norteamericana era posible y deseable.

A modo de balance, puede afirmarse que entre Rusia y Estados Unidos, lejos de verificarse un escenario de repetición de la Guerra Fría, se observan ámbitos de cooperación y responsabilidad conjunta y otros de divergencia y confrontación. Entre los primeros, pueden mencionarse las actuales consultas para prolongar la vigencia del Tratado de Reducción de Armas Nucleares Estratégicas (START I) suscripto por Moscú y Washington en 1991 que expiraba en 2009. También ambos países tienen posiciones de cooperación en el proceso de negociación sobre el programa nuclear de Corea del Norte, en la lucha contra el terrorismo internacional, y en posiciones coincidente que se evidencia, por ejemplo en la firma recientemente de un tratado bilateral de extradición e incluso avances sobre el uso pacífico de la energía nuclear que llevaría a la suscripción de un acuerdo bilateral en 2007-2008 (Zubelzú, 2008 :44).

Rusia ha reclamado acuerdos mutuamente obligatorios que incluyan instancias de verificación en una eventual renovación del Acuerdo. En el transcurso de sus ocho años, la Administración Bush, demostró poco interés en tratados formales que contengan precisiones -a diferencia de los negociados durante las presidencias de sus antecesores- como lo refleja el Acuerdo de Moscú (Reducción de Armas Estratégicas Ofensivas 2002-2012) en el que cada parte determina por si misma la composición y estructura de sus armas estratégicas ofensivas, basándose en el límite total establecido de cabezas nucleares (Zubelzú, 2008 :43).

En cambio, los ámbitos de diferencias son Irak, Irán, Afganistán (desde la abstención de Rusia en el Consejo de Seguridad ante la

renovación del mandato de la OTAN allí en 2007), Kosovo, Ucrania y Georgia, pero sin dudas, el ámbito de mayores tensiones, tienen como escenario, a Europa. Así, por ejemplo, la moratoria -"no irreversible"- anunciada en julio de 2007 por Moscú al Tratado de Reducción de Armamento Convencional en Europa (1999) que entrase en vigencia el 12 de diciembre de 2007. Desde el anuncio de la moratoria y hasta la fecha de su inicio, los contactos para buscar alternativas, han continuado.

Aunque en un comienzo, Moscú había comenzado a demorar las inspecciones previstas en el Tratado para dar fuerza al anuncio de la moratoria, tras el encuentro del Presidente Putin con el Secretario de la OTAN, dichas inspecciones se reasumieron y también en junio de 2007, se acordó tratar todas las cuestiones vinculadas a este Tratado en el Consejo Rusia-OTAN. La participación rusa en una conferencia sobre el tema, efectuada en Alemania a principios de octubre de 2007, se enmarca en el continuo proceso de negociaciones sobre la cuestión (Zubelzú, 2008 :44).

Otro tema que resulta central para las relaciones bilaterales es el tajante rechazo ruso a la decisión norteamericana de efectuar instalaciones antimisilísticas en República Checa y Polonia. Moscú realizó una contrapropuesta presentada como alternativa a dichas instalaciones y no con carácter complementario, como la entiende Washington. La oferta rusa consiste en el uso conjunto de instalaciones operativas militares entre los cuales propone el radar que alquila en Gabala, Azerbaijón. Dos rondas de consultas ruso-norteamericanas tuvieron lugar entre julio y septiembre en Washington y París y, entre el 19 y 20 de septiembre de 2007, un grupo de expertos norteamericanos recorrió la estación del radar de Gabala en Azerbaijón, hasta ahora, con resultados negativos. Para el Canciller ruso, Serguei Lavrov, tanto el escudo antimisiles como Kosovo eran "líneas rojas" que no podían traspasarse por parte de Estados Unidos en relación a los intereses geopolíticos de Rusia, pero ahora, sabemos que incluso Kosovo, ya dejó de serlo, a la luz de su independencia concretada en 2010 (Zubelzú, 2008 :45).

Las frustraciones de ambos lados quedaron expuestas en ocasión de la guerra de Georgia en agosto de 2008, donde pareció vivirse un escenario semejante a los tristes días de tensión, típicos de la Guerra Fria. El discurso de Putin en Munich en el año 2007, donde dejó de lado las metáforas de un año antes y acusó a Estados Unidos de convertirse en una amenaza para la paz mundial y las respuestas del Vicepresidente Cheney, no habían hecho más que “calentar” el ambiente previo a la crisis georgiana. Desde el punto de vista legislativo, tanto en el 2001 como en el 2009, Washington no había prácticamente actuado en favor de moderar las sanciones de la Enmienda Jackson-Vanik en contra de Rusia, “castigada” como herencia de la URSS y sus “satélites”, que restringían la libertad de circulación de sus ciudadanos (Oldgren, 99-106)⁷¹.

Como ha quedado demostrado a lo largo de estas páginas, en los pasados veinte años, el rol de las ideas occidentales no es menor: excepto en la intervención militar en Irak, cuando dichas ideas, se mantuvieron divididas, a menudo, logran gravitar sobre Rusia. Una lección que deben recoger los occidentales en relación a Rusia, es cultivar en el largo plazo, compromiso, reciprocidad y paciencia, los cuales, deben ser los principios liminares que guíen las acciones occidentales hacia la Federación Rusa. Cuidadosamente aplicados, estos principios pueden acarrear mayor seguridad y estabilidad al mundo.

Más allá de las ideas de ciertos funcionarios de Clinton, el compromiso real de Occidente con Rusia ha sido modesto. La mayoría de las clases dirigentes occidentales seguían desconfiando de Rusia y las expectativas de ésta, en el sentido que hubiera una especie de Plan Marshall para la Federación, se vieron prontamente, diluidas. La membresía en el G-7 era apenas simbólica, el apoyo a las reformas económicas, fue mínimo y la ayuda del FMI, fue tardía, sin compromisos de largo plazo, en la reconstrucción de instituciones políticas y económicas postcomunistas.

71 A mediados de 2006, Putin utilizó una metáfora para describir el comportamiento intervencionista o invasivo, innecesario de la hegemónica Estados Unidos en diferentes lugares del mundo, invocando un viejo proverbio ruso: “Camarada Wolff sabe a quién comerse. Come sin escuchar a nadie más que él mismo. Y no va a escuchar”.

En la Administración Bush, la situación no cambió mayormente, excepto en el capítulo de la lucha contra el terrorismo. Ya en el 2000, el documento crítico “Quién perdió Rusia”, por parte de miembros de *think-tanks* y congresistas que cuestionaban a la política exterior de Clinton, anunciaba vientos de discordia y mayor conflicto con Rusia.

Algunos sectores cuestionaban la política de derechos humanos del putinismo; otros, el activismo geopolítico en el espacio postsoviético o ciertas expresiones nostálgicas del viejo imperialismo de la URSS. Tanto el senador John Mc Cain, luego candidato a Presidente por el Partido Republicano en el año 2008 contra el demócrata Barack Obama, como Stephen Sestanovich, Consejero del Secretario de Estado, hacían *lobbying* sobre Bush (hijo), advirtiéndole sobre el alejamiento de Rusia de la democracia y el capitalismo, abogando por un castigo ejemplar: excluirla del G-8. Pero cabe recordar que antes, durante los noventa y la década del dos mil, la expansión de la OTAN o luego, la intervención militar en Kosovo, ignoraron la posición rusa (Tsygankov, 2006 :183).

Tal política de ignorancia o exclusión o sanción para la conducta rusa, no hace más que potenciar a los sectores nacionalistas rusos y exacerbar los discursos antioccidentalistas. Estos necesitan exhibir a Occidente como una amenaza real para Rusia y retórica como la de Mc Cain, les otorgan la excusa perfecta para demostrar que el “Otro” pretende humillar o marginar a Rusia del sistema internacional y no precisamente, fortalecer sus instituciones debilitadas.

En suma, Rusia ha aprovechado “las ventanas de oportunidad” que le ofreció el entorno internacional con el fenomenal aumento de precios de las “*commodities*” y eventos especiales como el propio 11-S, sobre todo en su vínculo con Estados Unidos, pero sus debilidades estructurales siguen vigentes. Así como se subestimó académica y políticamente, su descenso en los noventa, ahora se corre el riesgo de sobreestimar sus capacidades en el mundo actual.

En la actualidad doméstica rusa, como resultado del giro putinista de inicios de los años 2000, los sectores occidentalistas han perdido peso

electoral y en la Duma, permaneciendo sólo activos a través de las protestas callejeras, la labor de algunos arriesgados periodistas y ONGs como *Memorial* (derechos humanos) y el *Carnegie Endowment for International Peace*, que tratan de influir en la política exterior.

Tal vez, en los últimos dos años (2011 y 2012), parece haber un renacimiento de la causa liberal occidentalista, aunque extrasistémica, con las protestas realizadas en Moscú y San Petersburgo, lideradas entre otros por jóvenes como el bloguero Alex Naválni, pero que aún no cuentan con presencia parlamentaria, debido a que el Kremlin ha puesto un umbral parlamentario excesivamente elevado y ha regulado el financiamiento externo de las ONGs, para evitar fenómenos como el ucraniano de 2004. Sólo presencias políticas liberales localizadas a nivel local (elecciones municipales o regionales) pueden ser los “embriones” de nuevos liderazgos que a futuro, desafíen al Kremlin.

Ahora bien, retomando el plano de las relaciones entre Rusia y Estados Unidos, el compromiso tal vez, deba ser de carácter recíproco, si se pretende darles un carácter cooperativo y positivo para la paz mundial. Los gobiernos norteamericanos debieran abstenerse de imponer una hegemonía moral, con la difusión de valores democráticos y capitalistas, al estilo Fukuyama, negando la posibilidad de una Rusia con su propia cultura o identidad o interés nacional. Si la sugerencia occidental es que Rusia se concentre en su modernización doméstica y deje de atender a sus intereses externos, la reacción de Moscú, será, no sólo culpar a Occidente de la pobreza e inseguridad internas, sino también, intentará demostrar que el “Otro” pretende disputarle su identidad geopolítica, amenazando la paz mundial⁷².

Del lado ruso, su insistencia en proveer seguridad y estabilidad en el espacio de la ex URSS, así como su rechazo a la ampliación de la OTAN como el deseo de participar en las instituciones de seguridad europea, suelen ser interpretadas como manifestaciones neoimperialistas. En el

72 Por ejemplo, en el año 2001, un 50 % de los rusos opinaban que en el mundo actual, Estados Unidos desempeñaba un rol negativo y no positivo, para la estabilidad internacional (Tsygankov, 2006 :185).

plano económico, la “terapia de *shock*” sugerida desde Occidente, alentó a la oposición institucional a Yeltsin, obligándolo a negociar con los sectores desarrollistas y militares. Sin compromisos en el largo plazo y con dobles estándares, como por ejemplo, el apoyo errático a la guerra de Chechenia; la instalación de bases militares rusas en las ex repúblicas centroasiáticas o, la crítica a la vocación rusa exportadora de armas, no hacen más que desalentar ese compromiso mutuo. Acciones recíprocas, comunicación honesta y acuerdos explícitos, escritos, si fuera necesario, constituyen el mejor camino para solidificar confianza y cooperación.

Occidente debe entender a Rusia y hacerse cargo de sus errores pasados, cuando profundizó su relación con Yeltsin (“*the good guy*”), lo cual fue percibido negativamente por la población rusa. Esta manera de determinar la agenda Occidente-Rusia, llevará tiempo, pero puede conducir a relaciones más robustas y predecibles en el futuro. Se trata de un proceso largo y dificultoso, que genera interrogantes hacia la misma Rusia.

Si ésta se convierte en una Gran Potencia, pero de “*bona fide*” (o buena fe), cabe preguntarse si no cambiará ella misma, incluso con una “*packaging*” nuevo en materia civilizatoria, su visión del mundo, reemplazando la realista y dura por una más pacífica y hasta idealista. Ahora que Europa ya no es la única indivisible como en la era Yeltsin, sino lo es todo el mundo, además de que la cooperación tampoco es ilusoria como otrora, sino real, Rusia tiene una oportunidad histórica de mejorar sustancialmente su imagen pública.

3.4.1. La OTAN

Desde el punto de vista teórico, la OTAN ha recibido diferentes análisis acerca de su existencia institucional tras la caída de la URSS. Por ejemplo, los neorrealistas habían argüido consistentemente, que la OTAN era una alianza, por lo que, considerando que las alianzas desaparecen, apenas la amenaza que les dio origen, se esfuma, los días de la OTAN estaban contados, cuando desapareció la URSS. Así, el cambio en el balance de poder, sería la única razón por la cual, la OTAN hubiera podido

sobrevivir. Los neoliberales en cambio, consideran que las instituciones como la OTAN, tienen su propio peso, lo cual hace que a partir de la propia evolución burocrática, se modifiquen con el transcurso del tiempo, las prioridades iniciales. Los constructivistas van más allá, afirmando que la OTAN sobrevivió debido a la siguiente interpretación: la membresía de los nuevos Estados a la organización, naturalizaba su integración automática a la civilización occidental. La OTAN así, aprovechando la debilidad noventista de Rusia, llenó un nuevo “nicho” vacante: el de los Estados, como los Bálticos, Polonia, Hungría, Eslovaquia y República Checa, entre otros, que buscaban defenderse militarmente, del viejo imperialismo ruso, que sufrieron a lo largo de la historia.

Pero más allá de todo ello, lo que requiere ser analizado, no es si todos los actores abandonan o se integran a la OTAN, sino por qué Estados Unidos le dio un rol clave, tanto en las guerras de Afganistán e Irak, convirtiéndolo en un instrumento de su propia política de defensa. En la lógica neorrealista, la necesidad de maximizar sus intereses, antes que asumir riesgos innecesarios, justifica la acción norteamericana de usar a la OTAN, para llevar adelante tales propósitos.

Sin considerar a la escuela geoeconómica, que relega los análisis de tipo geopolítico en favor de visualizar los espacios territoriales sólo como espacios de competencia económica, por lo que la OTAN no tendría relevancia alguna en el análisis, en términos identitarios, los eurasiáticos visualizan a la organización como un instrumento de transmisión y difusión de los valores occidentales, opuestos a los que defiende la civilización rusa. Está lejos de cooperar con Occidente, debiera hacerlo con otras potencias asiáticas, como China, India, Japón y Corea del Sur. En la vereda opuesta, se hallan los atlanticistas o liberales, pro-occidentalistas, que defienden precisamente a la OTAN como factor de difusión de los valores occidentales a los que Rusia debiera adherir porque son parte de ella.

Tras la caída de la URSS y la disolución unilateral del Pacto de Varsovia, Rusia abogó por la eliminación de la OTAN y su reemplazo por

la OSCE (Organización para la Seguridad y Cooperación de Europa), fue invitada a acceder gradualmente a la institución atlántica en la era Yeltsin. En 1994 y 1995, se dieron diferentes pasos institucionales para garantizar esa apertura. Sin embargo, ya en 1999, al ingresar formalmente a la institución, ex satélites de la URSS, como Polonia, República Checa y Hungría, Rusia recibió la noticia como una suerte de alta traición, luego de haber firmado dos años antes, en París, el 27 de mayo de 1997, el Acta Fundante sobre las Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad con la propia OTAN. La disgregación de Yugoslavia, la ampliación gradual pero persistente de la OTAN hacia el este europeo y el episodio Kosovo que coronó tal sucesión de eventos, fueron percibidos como frustrantes por parte de Rusia, y en términos realistas, una cadena de derrotas político-estratégicas, no evitables, dado el estado de indefensión y vulnerabilidad en la que se hallaba en los noventa.

Debe comprenderse que en el caso del Consejo OTAN-Rusia, ésta no se considera un invitado más y ni siquiera aspira a ser un integrante *inter-pares*, sino que se considera igual a la totalidad de los miembros de la organización. Esta autopercepción tan especial de los rusos, además de su participación selectiva y condicional en la organización, para incluso, frenar sus planes desde adentro, si en algún momento le tocara ingresar, torna muy dificultosa la convivencia de rusos y aliados atlánticos, porque si bien puede haber intereses y amenazas comunes, piensan y perciben diametralmente diferentes.

Respecto al sentimiento y pensamiento de Putin en relación a la OTAN, caben destacar dos testimonios, que describen cierta ambivalencia personal. Uno, el propio, en una entrevista con dos periodistas rusos, antes de la elección presidencial de marzo del 2000, que lo catapultaría al poder. Como ex expía de la KGB, Putin afirmó que en esa época de plena Guerra Fría en Berlín Oriental, la inteligencia soviética “mostraba un especial interés en recopilar toda la información posible del enemigo y ese enemigo se llamaba OTAN”. Al mismo tiempo, en ocasión de su rol de secretario del Consejo de Seguridad Nacional y “cabeza” del Servicio de

Seguridad Federal o FSB (*Federal'naia Sluzhba Bezopasnosti*), Putin mostró siempre sobriedad y formalidad cada vez que le tocó opinar de la organización atlántica, sobre todo a medida que Rusia comprobaba cómo se deterioraba la situación política de Serbia y Kosovo. Claramente, afirmaba que Rusia no debía intervenir militarmente en tales situaciones, sobre todo, considerando la situación de debilidad en la que se hallaba. Esta mixtura especial de desconfianza soviética y al mismo tiempo, un profundo conocimiento profesional de la otrora organización archirrival y ahora, socia estratégica, fueron dos rasgos a la manera de indicadores elocuentes de la política externa rusa hacia la OTAN, durante la era Putin (Mankoff, 2009) (Putin, 2000).

El líder ruso siguió expresando sus dudas heredadas de la última fase del yeltsinismo en relación a la creciente intervención de la OTAN en países del espacio postsoviético, como la propia Yugoslavia en 1999 y Macedonia en el 2001, antes del 11-S. Este acontecimiento cambió, como ya fue analizado, la percepción de Putin, que ahora justificaba el cambio de la organización hacia un formato más político y menos militar, lo cual favorecía los planes de la cooperación conjunta con Rusia. De allí en más, a medida que el idilio post 11-S se diluía, como Yeltsin antes, Putin trató sin éxito, de forjar acuerdos con los europeos occidentales en materia de defensa común, “*bypasseando*” a los americanos. También empezó a reclamar en contra de la ampliación hacia el este pero él mismo se encargó de reanudar relaciones económicas con polacos, checos y húngaros, ya con bases militares de la OTAN en sus respectivos territorios, omitiendo dialogar con ellos, acerca del capítulo securitario.

Más dificultosa fue la relación rusa con los Estados Bálticos, cuando éstos pidieron su ingreso a la OTAN, visualizando como amenaza a Rusia. Putin congeló los vínculos, denunció la discriminación contra las minorías rusófonas y trató de evitar la entrada de ellos a la OTAN, lo cual, permitiría generar un anillo de contención o cerco a Rusia, inédito, por ejemplo, rodeando al enclave de Kaliningrado y ubicando a la fuerza militar atlántica a apenas 200 kilómetros de San Petersburgo. El esfuerzo

putinista otra vez fue inútil y otros cuatro países, como Eslovaquia, Eslovenia, Rumania y Bulgaria también pudieron acceder a la organización atlántica, ya en un contexto “cooperativo”, post 11-S.

Observando la doctrina militar, de defensa y de seguridad rusas, a lo largo de la historia de la Federación Rusa, algo que podrá observarse en detalle, en los próximos capítulos, pero ahora, en relación a la OTAN, pueden arribarse a algunas conclusiones preliminares. Si bien puede discutirse y mucho, en torno a si la doctrina es la mejor herramienta útil para apropiarse del mapa mental de la elite rusa en relación a la OTAN, resulta claro que se trata de la única voz estandarizada oficial del Kremlin y demás Ministerios, como se afirmó en el capítulo anterior, por lo que es imperioso, conocerla.

Precisamente, uno de los primeros actos de gobierno del nuevo Presidente Putin fue firmar la nueva versión del Concepto de Seguridad Nacional, el 10 de enero de 2000. El 21 de abril del mismo año, la nueva versión de la Doctrina Militar fue adoptada por el Consejo de Seguridad Nacional ruso, y firmado por Putin, flamante primer mandatario. El 28 de junio de 2000, Putin aprobó el Concepto de la nueva Política Exterior de la Federación Rusa.

El Concepto de Seguridad Nacional expresamente ubicaba a la OTAN en un sentido amplio, como una de las más importantes amenazas a la seguridad de Rusia. El fortalecimiento de bloques político-militares y alianzas así como la ampliación hacia el este europeo, eran cuestionados por el documento oficial ruso, porque el uso de la fuerza militar fuera de su zona de responsabilidad primigenia y sin la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU, podría desestabilizar el precario orden internacional e inaugurar una nueva carrera armamentista. Sin mencionar a la OTAN, se critica el liderazgo de Estados Unidos en su intento de dominar el orden internacional, por encima del orden jurídico internacional. En más de una ocasión, el propio Putin refrendó públicamente esta visión, al afirmar que la OTAN no puede servir a uno de sus miembros sino, por su propia lógica de defensa colectiva, debe proteger a todos sus integrantes.

La Doctrina Militar de 2000 tampoco menciona a la OTAN pero al revelar el número (doce) de amenazas externas a la seguridad militar rusa, resulta palpable el rol potencialmente negativo de la OTAN en ese contexto. En sólo una de las doce, la OTAN juega un papel positivo: la lucha contra el terrorismo. Para Rusia entonces, de modo elocuente, la OTAN está lejos de ser visualizada como una oportunidad.

Por lo tanto, ya que, como afirmó Lilia Shevtsova en un reportaje del *The Washington Post* en las vísperas de la Cumbre Bush (hijo)-Putin en San Petersburgo en mayo de 2003, “la supuesta química personal -entre los dos mandatarios-, no puede reemplazar la sustancia”, la comunidad de intereses de mediano término no es la única precondition para formar una comunidad de seguridad. La confianza mutua para compartir normas y valores, es otro de los requisitos básicos para que ella exista. En las últimas dos décadas, el *gap* de valores se ha ido reduciendo entre Estados Unidos y Rusia, pero aún se mantiene sujeto a tensiones e inevitables retrocesos.

3.4.2. El “*lobbying*” antirruso de Washington

A la hora de evaluar las relaciones entre Estados Unidos y Rusia, no puede omitirse el papel que han tenido las elites norteamericanas, en su percepción acerca del segundo país. Entre ellas, revisten una enorme relevancia, los “*lobbies*”, particularmente, cierto *lobbying* antirruso, ligado a “tanques de ideas”, ONGs, entidades gubernamentales y académicos de prestigio, que suelen visualizar a Rusia, como un “enemigo acérrimo”, “una amenaza permanente”, con “aspiraciones expansionistas perennes”, etc.

Cabría detenerse en algún momento, en la evolución histórica de las relaciones, para verificar cómo se fue “construyendo” tal imagen. Precisamente, lo cual es paradójico, desde la independencia norteamericana a fines del siglo XVIII y, a pesar de la enorme distancia geográfica y cultural entre ambos países, mucho en común comparten estos dos países. Al respecto, resuena aún en nuestros oídos, la vieja profecía de Alexis de Tocqueville, quien en su visita a la Estados Unidos

de la primeras décadas del siglo XIX, advirtió sobre la posibilidad de que ambas naciones se enfrenten en el algún momento, dado que se trataba de dos países poderosos, territorialmente gigantescos y llamados a gobernar el mundo, pero con visiones sobre las relaciones entre el Estado y los individuos, diametralmente opuestas. Tocqueville solía describir a Estados Unidos como la sociedad de la libertad y la responsabilidad individual; en cambio, Rusia era la sociedad del servilismo, la obediencia y la pasividad individual.

A partir de dicho antecedente, podrán analizarse aquí las fuentes históricas de las raíces del pensamiento de política exterior de los norteamericanos, es decir, qué fuentes abrevaron en la conformación de sus visiones acerca del mundo y qué lugar ocupó Rusia en las mismas.

Walter Russell Mead describe una tradición norteamericana que en parte, es opuesta al realismo continental o escuela del poder político. En esta tradición, propia, auténtica, sobresalen tanto Alexander Hamilton con la promoción de la empresarialidad americana hacia afuera; el compromiso de Woodrow Wilson con la expansión de los valores norteamericanos; la creencia de Thomas Jefferson en la preservación de la democracia americana, tan admirada por Tocqueville, por su vitalidad y dinamismo y, finalmente, el orgullo de Andrew Jackson, en el honor, la independencia y el poder militar, los tres atributos de gran relevancia para nuestro análisis. Tanto el hamiltonianismo, el wilsonianismo y el jacksonianismo, representan formas diferentes del internacionalismo americano, que ha influido fuertemente en la política exterior de tal gran país.

Las tres tradiciones tienen el potencial de forjar el mundo en la imagen de Estados Unidos, con lo cual, los estereotipos con que se construye la imagen de Rusia, pueden desarrollarse de la misma manera o bajo el mismo molde, con las que se edifican mentalmente, las de China, Japón, Alemania o el mundo árabe. De todos modos, no fue hasta avanzado el siglo XX y de modo muy paulatino, que se fue pergeñando cierta rusofobia en la elite norteamericana. En efecto, la monarquía de los

Zares rusos apoyó la revolución norteamericana y la guerra de independencia norteamericana contra los británico, además de mantener buenas relaciones con los gobiernos de tiempos de los “Padres Fundadores”, en los que mantenían su principal preocupación en sus asuntos domésticos, sin guardar interés en el resto del mundo ni tener siquiera sospechas acerca del comportamiento de un país tan lejano como Rusia. A diferencia de los europeos, para quienes, la rusofobia era una parte importante del discurso de la política exterior, al menos hasta inicios del siglo XVIII, los norteamericanos no desarrollaron percepciones antirrusas hasta dos siglo posteriores.

A principios del siglo XX, la situación empezó a variar. El presidente norteamericano Theodore Roosevelt tomó parte del lado japonés en la guerra ruso-japonesa, aduciendo que “no iría a los extremos”, como solían actuar los rusos, en una suerte de preservación de balance de poder en el norte asiático. En el plano doméstico, tal como documenta el historiador David Foglesong, los inmigrantes, especialmente, rusos, comenzaron a formar su “*lobbying*” antirruso para reclamar por la liberación de Rusia, de la autocracia zarista y su acendrado antisemitismo. Producto de ellos, el gobierno norteamericano empezó a castigar a Rusia, derogando un tratado comercial con dicho país, en 1911. La sucesión de eventos, con la Revolución Bolchevique, a pesar de la caída de los Zares, adquirió mayor gravedad para los norteamericanos, que se negaron a reconocer al nuevo gobierno entre 1917 y 1933. La Administración de Alivio Norteamericana y otras organizaciones religiosas, esta vez, se pusieron al frente de los reclamos antirrusos, que, dada la escasa trascendencia de Rusia a nivel global, no adquirirían mayor relevancia (Tsygankov, 2009 :30).

Sólo recién cuando aumentó la autoestima soviética tras la victoria sobre los nazis y la llegada del Ejército Rojo a Berlín, hubo un cambio importante en la mirada hacia los rusos, sobre todo, a partir del hecho de que también los norteamericanos rompieron su aislacionismo. A partir de allí, durante toda la Guerra Fría, empezó a construirse el

estereotipo que luego heredarían los rusos, a partir de la “demonización” de los soviéticos. Ya en tiempos de Franklin Delano Roosevelt, quien en Yalta, acordaría con Stalin y Churchill, el orden de postguerra, se forma *Freedom House*, una agencia gubernamental destinada a fomentar la democracia liberal en el mundo, sobre todo, en el territorio europeo oriental, cedido a los soviéticos, en aquella ciudad de Crimea. Otras ONGs, como *Human Rights Watch*, encargada de denunciar las violaciones a los derechos humanos en todo el mundo, sobre todo, detrás de la “Cortina de Hierro”, serían fundadas por aquellos años.

Verdaderos “halcones” militares o afines a los uniformados, como Paul Nitze (diplomático de Carter, encargado de las negociaciones por el desarme nuclear con los soviéticos; Richard Perle, Richard Pipes (historiador de origen polaco) y Eugene V. Rostow, describían a la URSS como un “peligro mortal”, al cual debía enfrentarse en una especie de “cruzada” académica, política y militar. Ya en 1950, fundaron el “Comité del Peligro Presente” (CPD) que luego derivaría en el NSC-68, un documento “*top secret*” del Consejo de Seguridad Nacional, redactado por Nitze, destinado a montar una escalada militar de largo alcance contra la URSS, considerando una supuesta inferioridad nuclear de Estados Unidos. El CPD se mantuvo activo durante la guerra de Vietnam; en 1976, ayudó a formar el “Equipo B”, destinado a evaluar la capacidad nuclear y militar de la URSS; intentó influir sobre la política exterior reaganiana, incluso algunos de sus miembros tuvieron cargos en dicha gestión en el área de seguridad nacional y, también bloquearon las negociaciones por desarme que encaraba ya Gorbachov a mediados de los noventa (Tsygankov, 2009 :32).

Con la Perestroika y el fin de la URSS, la prédica antirrusa, careció de sentido y algunas ONGs se reconvirtieron: por ejemplo, Frank Gaffney, James Woolsey, Stephen Solarz, Dave McCurdy y Joe Liebermann (hoy senador por Connecticut), entre otros, algunos “halcones liberales”, de origen judío, criticaban al Islam pero también a Rusia. Se sumaron otras como el *Center for Security Policy* y el Proyecto para un

Nuevo Siglo Americano, liderada por Robert Kagan y William Kristol, cuyas ideas eran preservar el gran poder norteamericano, perfilando lo que luego plasmarían algunos funcionarios de la Administración Bush (hijo), entre el 2000 y 2004. Estos intelectuales pensaban que Rusia, con el transcurso del tiempo, debía acordar con la unipolaridad americana o habría que convencerla, incluso en términos militares (Tsygankov, 2009 : 34)⁷³.

Además de estos dos tipos de grupos de interés o “lobbies” mencionados, es decir, el CPD y *Freedom House*, se suma un tercero, conformado por nacionalistas de Europa del Este, que habían huido de la dominación soviética y el Pacto de Varsovia hacia Estados Unidos y luchaban desde allí, para cuestionar a la URSS y su heredera, Rusia. Los ejemplos más notorios son los de Paul Goble (báltico), Madeleine Albright (checa), Tom Lantos y George Soros (húngaros), Zbigniew Brzezinski y Richard Pipes (polacos), Paula Dobriansky (ucraniana occidental) y Stephen Sestanovich (yugoslavo). La rusofobia es particularmente emocional y fuerte en el caso de los polacos, sobre todo después de las guerras perdidas desde el siglo XVI. Este trío fomentó en los gobiernos y la opinión pública norteamericana, tres mitos que poseen un fuerte arraigo allí y en el resto del mundo occidental: Rusia como opresora de naciones; como autocracia y, como agresiva y confrontacionista a nivel internacional. El periodista del influyente diario *The New York Times*, William Safire, llama a Rusia, “autoritaria de corazón y expansionista de hábito” (Tsygankov, 2009 :14-35).

En los años coincidentes con la gestión Putin, es decir, los dos mil, el activismo de algunas organizaciones creció notablemente, aunque fueron diversas sus acciones y también objetivos. Por ejemplo, la *Jamestown Foundation*, hizo cabildeo en contra de la guerra rusa (o

73 La caída de la URSS, desató una euforia ilimitada en Occidente. En el ámbito académico, al triunfalismo de Francis Fukuyama se le sumaron Ralf Dahrendorf y Timothy Garton Ash, entre otros, que expresaron su admiración por la democracia participativa y la apertura de la sociedad civil. Las revoluciones pacíficas europeo-orientales traían no nuevas ideas, sino viejas y ya probadas como el imperio de la ley, el gobierno parlamentario y la independencia del Poder Judicial. Rusia no tenía ninguna razón en separarse de esa tendencia “inexorable”(Montes, 2007 :18).

“genocidio”) de Chechenia, por lo que solía invitar a dirigentes chechenos, lo cual ocasionó una protesta formal del propio Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia. *Stratfor*, *la Soros Foundation*, el Comité Americano por la Paz en el Cáucaso y otras ONGs, hacían blogs en Internet en favor de la liberación de Mikhail Khodorkovsky y hasta políticos de signos partidarios opuestos como el senador y veterano de Vietnam, John Mc Cain (Arizona), el luego vicepresidente de Obama, Joe Biden, la senadora Hillary Clinton y el senador Bruce Jackson, del gravitante Comité de Relaciones Exteriores de dicho cuerpo colegiado, eran feroces activistas antirrusos y solían publicar “cartas abiertas” en los periódicos en contra de la Rusia putinista.

El gubernamental bipartidario *National Endowment for Democracy (NED)*, *la Heritage Foundation*, *el Instituto Carnegie Endowment for International Peace* -con una filial en la propia Moscú- y el Hoover Institution, entre otros, promovían la democracia y respeto de los derechos humanos, en Rusia y el espacio postsoviético, apoyando las “revoluciones de colores” en Ucrania, Georgia y Kirguistán. Intelectuales como los politólogos Michael Mc Faul -hasta hace algún tiempo atrás, embajador norteamericano en Moscú-, Ivo Daalder, Larry Diamond y Stephen Sestanovich, analizaban y evaluaban críticamente al sistema político doméstico ruso. En el caso de algunos de ellos, Rusia no es “suficientemente” democrática, o “insuficientemente” desarmada o, incluso para rusos como Andrei Ilarionov, economista y ex asesor de Putin, Rusia, no es “suficientemente” capitalista (Tsygankov, 2009 :24-26-35).

Neoconservadores como Richard Perle y Elliott Abrams, junto a neoliberales como Francis Fukuyama y liberales como Anthony Lake y Zbigniew Brzezinski, confluían, llamando a la Irak de Saddam Hussein la primera enemiga y a Rusia, la segunda, recibiendo mucho impacto político y atención presupuestaria, en los años del auge de la Administración Bush (hijo), precisamente, coincidiendo con el apoyo estratégico de Rusia en la lucha contra el terrorismo. También eran tiempos de fuertes inversiones norteamericanas en infraestructura y sector energético en el “vecindario”

cercano a Rusia, lo cual, plantearía serias dudas acerca de si todos estos grupos en realidad, no ocultaban tales intereses concretos.

Para todos estos sectores rusófobos, si se les diera la opción de fortalecer una opción euro-norteamericana, incluso una sino-americana, como propugna históricamente Brzezinski *versus* una mejor relación con Rusia, indudablemente, elegirían la primera. Esta opción tal vez, contraste con la propia opinión pública norteamericana, que oscila entre un 45 y 50 % de imagen positiva de Rusia, *versus* el 30 al 36 % en plena Guerra Fría.

De todos modos, debe acordarse que la opinión pública norteamericana asoma como bastante desinformada; por ejemplo, en el año 2003, una encuesta mostraba que un tercio de los norteamericanos jamás había oído de Vladimir Putin -ya con un trienio en el poder- y no tenía opinión alguna de él. La mayoría de ellos todavía pensaba que existía la KGB, asociaba a Rusia con el comunismo, el clima frío y el crimen organizado. El desinterés por conocer o aprender el idioma ruso era casi nulo; la Asociación de Lengua Moderna revela la caída de un 50 % de alumnos secundarios que pretenden estudiar el ruso y para colmo, no existen “*lobbies*” prorrusos, en Estados Unidos, como sí lo hay de otras comunidades (Tsygankov, 2009 :40)⁷⁴

Llamativamente, una sociedad abierta como la norteamericana, donde el Estado no controla los medios de comunicación, la opinión de los rusos sigue el ritmo discursivo de sus líderes. En los noventa, apenas caída la URSS, la popularidad de los rusos, trepaba a niveles de entre 50 y 60 %, bajando al 33 % en 1999, tras la crisis financiera de 1998, el conflicto yugoslavo y el fin del gobierno de Yeltsin. Pero en el año 2002, ya en plena cooperación en la guerra contra el terrorismo, había

⁷⁴Los judíos, los chinos, los latinos, los europeos del este, los árabes, los italianos, los griegos, los turcos, los irlandeses, etc., tienen presencia demográfica y política en la sociedad y el “*establishment*” norteamericanos. Los rusos, más de un millón, en cambio, no están presentes en la política de USA. En realidad, ellos no reciben ningún apoyo oficial; se hallan divididos -todavía en “blancos” y “rojos”, como en los viejos tiempos del post-zarismo- y, están más interesados en Rusia que en la política norteamericana, condición *sine qua non* para cabildear con eficacia. El Congreso de Americanos Rusos, está en manos de letones, no rusos, que destilan su odio contra éstos.

regresado a trepar al doble de aprobación. Apenas el 31 % veía a Rusia como una “amenaza”. Luego, en años subsiguientes, esos vaivenes continuaron con picos en 2006 y descensos en 2004. Claramente, se trata de gente que ha crecido generacionalmente con la Guerra Fría, tiene aún estereotipos a lo Mc Cain, acerca de Rusia y se maneja con los discursos de los líderes de la Casa Blanca, sin profundizar demasiado en la realidad política rusa (Tsygankov, 2009 :42).

Ahora bien, resulta también interesante observar cómo se ve desde la lejana Rusia a los Estados Unidos de América, advirtiendo que las interpretaciones que a continuación se volcarán, no son demasiado conocidas en el mundo occidental y mucho menos, en nuestro latinoamericano.

En primer lugar, cómo los rusos interpretan la historia, sobre todo, tras la victoria lograda contra los nazis en la Segunda Guerra Mundial. En realidad, este mismo episodio ya puede generar controversia inmediata. Los rusos creen que colaboraron activamente junto con los norteamericanos y demás aliados en la derrota germánica en 1945. De hecho, tuvieron la mayor cantidad de muertos, el territorio ruso fue invadido y la URSS contribuyó a “liberar” cada uno de los países sometidos por los nazis, tanto en Europa Oriental, como la Occidental, es decir, la propia Alemania. Incluso a los rusos, les gustaría mucho que Hollywood valore el sacrificio ruso y al lado del llamado “Soldado Ryan”, muestre al “Soldado Iván”.

Sin embargo, sobre todo en los Estados Bálticos, después del año 2005, donde se verifican derribamientos de estatuas alusivas al pasado soviético, se manifiestan hechos de violencia antirusa y se discrimina contra el idioma ruso de los millones de rusos étnicos y parlantes que viven allí, no se festeja el Día de la Victoria (o “*V Day*”) sobre las fuerzas de Hitler, cada 9 de mayo y, por el contrario, se realizan desfiles de las SS *Waffen* y demás tropas de milicianos colaboracionistas con los nazis, que preferían dicha opción antes que pelear para el Ejército Rojo de Stalin. También en sitios como Ucrania Occidental y Croacia, se verifican estas

actitudes anticomunistas (sobre todo, antirrusas) acérrimas, pero casi todos estos países ahora pugnan o ya han entrado en la OTAN, alianza claramente pronorteamericana. Ocurre ello, porque según la visión rusa, muchos Estados de Europa del Este fueron racistas y antiliberales como los nazis, producto del fracaso del sistema creado a propósito de la Primera Guerra Mundial (Tsygankov, 2009 :62)⁷⁵.

75 La influencia rusa ha marcado el desarrollo histórico y político de los Estados Bálticos durante siglos, especialmente el XVIII y el XIX. Estonia, Letonia y Lituania se convirtieron en naciones soberanas en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. Ellas declararon su independencia en 1918, lucharon sus guerras de independencia contra Alemania y la Rusia bolchevique, y fueron reconocidas como países independientes en 1920. En ese momento, fueron considerados como "Estados limítrofes", formando en su conjunto, una especie de "anillo" a lo largo de la frontera occidental de la Rusia bolchevique, lo cual les daría el calificativo por parte del francés Clemenceau, de "cordón sanitario". Tras el Pacto Molotov-Ribbentrop de 1939, en junio de 1940, el Ejército Rojo ocupó la totalidad del territorio de Estonia, Letonia y Lituania, instalando nuevos gobiernos pro-soviéticos en los tres países. Después de las elecciones fraudulentas, en las que sólo compitieron candidatos pro-comunistas, los nuevos "elegidos" en los Parlamentos de los tres países, solicitaron formalmente "unirse" a la Unión Soviética en agosto de 1940. El control soviético de los países bálticos se vio interrumpido por la invasión de la Alemania nazi en 1941. La ocupación alemana duró hasta finales de 1944 -en Curlandia, hasta principios de 1945-, cuando los países volvieron a ser ocupados por el Ejército Rojo. Sin embargo en los tres países, entre 1944 y 1953, partidarios bálticos, conocidos coloquialmente como "hermanos del bosque", libraron una guerra de guerrillas sin éxito contra la ocupación soviética, en un intento por recuperar la independencia de sus naciones: la República Socialista Soviética (RSS) de Estonia, la RSS de Letonia y la RSS de Lituania. En la etapa soviética, atraídos por su mejor nivel de vida, la afluencia de emigrantes soviéticos, ya sea militares retirados o prisioneros que se quedaron tras sus condenas, fue enorme, en mayor medida en Letonia y Estonia y menor en Lituania. A finales de 1980, con la excusa ecologista, ya había comenzado una campaña masiva de resistencia civil contra el régimen soviético, conocida como la "Revolución Cantada". Tras décadas de malestar local por esta inmigración forzada de rusos y el fomento de la industria pesada -con sus nefastas consecuencias ecológicas- en Estonia y Letonia, todo cambió con el ascenso al poder de Gorbachov. Este, originariamente, había pensado en convertir a los Estados bálticos, en "laboratorio" inicial de sus reformas pero ellos, aprovechando la situación, tomaron la iniciativa (capacidad de protesta), recuperaron su memoria histórica (símbolos étnicos, como la restauración de las antiguas banderas y la oficialización de las lenguas autóctonas) y reclamaron por mayor e intensa autonomía económica y cultural. El 23 de agosto de 1989, la "Cadena Báltica" fue uno de los eventos más espectaculares en una cadena humana de dos millones de miembros que se extendió por 600 kilómetros desde Tallin hasta Vilna. A raíz de esta campaña, por lo menos, un funcionario de Gorbachov, había concluido en privado que la salida de las repúblicas bálticas se había convertido en "inevitable" (Martín de la Guardia, Pérez

Cuando el Kremlin invitó más de 50 líderes extranjeros para viajar a Moscú el 9 de mayo de 2005, para celebrar la victoria sobre el fascismo, muchas naciones, entre ellas Lituania y Estonia, se negaron a asistir. Para muchos oficiales y elites políticas rusas, así como también para buena parte de la opinión pública, la percepción de las nuevas naciones europeas era un insulto y un intento de socavar el rol de liderazgo de la Rusia soviética en la destrucción del régimen de Hitler. Por ejemplo, la facción nacionalista de la Duma -*Rodina*-, decidió boicotear las ceremonias oficiales en Moscú, protestando contra las declaraciones del Presidente letón Vaira Vike-Freiberga y funcionarios de los Estados bálticos.

La insistencia de los nuevos líderes europeos en su versión de la historia, presentaba a Rusia como incapaz de frenar sus “ambiciones imperiales” y ponían en duda las políticas rusas en aras de mejorar sus vínculos con la Unión Europea. Los Estados Unidos ejercían presiones adicionales sobre Rusia, apoyando dichos reclamos. Por ejemplo, el Presidente norteamericano, mientras viajaba y visitaba Letonia, condenaron fuertemente la anexión soviética y la ocupación de las repúblicas bálticas como resultado de la Segunda Guerra Mundial (Tsygankov, 2006 .157).

Sin embargo, el Kremlin se mantuvo firme y no cedió a las presiones en términos de la responsabilidad por la ocupación de Stalin de los Estados bálticos. De todos modos, más allá de las interpretaciones acerca de la Segunda Guerra Mundial, Rusia tenía dos grandes objetivos al realizar el festejo. Por un lado, reconfirmaba su rol de liderazgo en la lucha contra el fascismo y simbólicamente, legitimaba su status como “Gran Potencia” occidentalizante. La presencia del propio Bush (hijo) como también del Secretario General de la ONU, Kofi Annan, el Primer Ministro japonés Junichiro Koizumi, el canciller alemán Gerhard Schroeder, el Primer Ministro italiano Silvio Berlusconi y el Presidente israelí Moshe Katsav, sirvió enormemente a tal legitimación.

Sánchez, 2010 :9-15).

Si los bálticos tuvieran razón en haber peleado al lado de los nazis en contra de los soviéticos, esto significa que los franceses y los británicos estaban del lado equivocado de la historia? Respecto a los eslovacos, húngaros, búlgaros y rumanos que también colaboraron con los nazis, merecerían actuar como lo hacen los bálticos, por su acendrada rusofobia y sin embargo, no lo hacen. Entre todos ellos, también han habido revanchismos y arrebatos territoriales, como el de Polonia a parte de la ex Checoslovaquia, tras el Acuerdo de Múnich. Aparentemente, los bálticos, pretenden condenar a los rusos por sus crímenes como hicieron los aliados con los nazis en Nüremberg y quisieran cobrar entre 40.000 a 100.000 millones de dólares, en concepto de indemnizaciones o compensaciones por la ocupación soviética, extorsionando así a los rusos. Esas democracias bálticas son las más valoradas en Washington pero violan sistemáticamente los derechos de las minorías prorrusas.

Todo el período de la Guerra Fría es visualizado desde el lado ruso, como una historia de liberación o independencia anticolonial, donde Rusia “liberó” y no esclavizó a los países nombrados de Europa Oriental. Tampoco es la lucha por la liberalización o democratización a lo Reagan, Thatcher o el Papa Juan Pablo II. Sí existe autocrítica respecto al uso de los tanques soviéticos en Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968), efectivizando la Doctrina Brezhnev. Para los rusos, es cierto que la lucha por la libertad es universal pero cada contenido es social y nacional. La Guerra Fría se inició por la mutua desconfianza: Estados Unidos ansiaba seguridad y democracia y la URSS quería prevenir un futuro ataque de Alemania (Tsgankov, 2009 :48-49).

Respecto al final de la Guerra Fría, allí existe el mayor desacuerdo. Mientras que para Estados Unidos y Occidente en general, la caída de la URSS representó el triunfo de aquéllos, lo cual fue testimoniado por el famoso discurso de Bush (padre) en el Estado de la Unión de 1992 y su “ganamos”, para los rusos, tanto el resultado como la explicación causal difieren. Sin la decisión de Gorbachov, es decir, el propio líder soviético, la Guerra Fría no hubiera culminado. En términos de

balance y como dijera Gary Hart, ex senador y precandidato a Presidente, en realidad, los dos bandos perdieron la Guerra Fría, porque cedieron a las presiones militaristas por la disuasión nuclear y fue Gorbachov, con su pacifismo acendrado, quien puso fin a tal disputa. Sin embargo, los rusos esperaban ese reconocimiento y por el contrario, se los consideró derrotados y cuando en tiempos de Yeltsin, merecían ser compensados por la generosidad occidental, con algún tipo de Plan Marshall, como se hizo con la Alemania post-nazi, se los humilló y Estados Unidos ayudó a sobrevivir a la elite corrupta dirigida por un ex Presidente alcohólico. Mientras tanto, también se condena el supuesto autoritarismo de Putin, pero Estados Unidos, desde hace tiempo, tiene como aliados, regímenes mucho más autoritarios que Rusia, como las monarquías árabes, Turquía, Pakistán, Filipinas y, recientemente, Afganistán, entre otros, que no reciben los mismos cuestionamientos que el país euroasiático.

Para los rusos, Rusia está lejos de ser una amenaza para Europa o el mundo entero. Por el contrario, fue el país que en estas dos décadas, debió soportar la guerra en los Balcanes; dos rondas enteras de expansión de la OTAN; el retiro de Estados Unidos del Tratado ABM; la presencia militar norteamericana en Asia Central; la invasión de Irak; la ocupación de Afganistán y el despliegue de barreras antimisiles en Europa del Este. Es Rusia la que debiera sentirse traicionada por Occidente, porque la promesa formulada a Gorbachov acerca de la desaparición de la OTAN, no se produjo; la integración a las instituciones occidentales, prometida a Yeltsin, tampoco se efectivizó y finalmente, la alianza o coalición contra el terrorismo, que prometió Bush (hijo), al poco tiempo, se desdibujó (Tsygankov, 2009 :66).

Respecto a la vocación imperialista de Rusia, resulta difícil sostener ese argumento, cuando en los últimos veinte años, Rusia ha visto cómo la OTAN virtualmente la ha cercado, instalando bases militares incluso a 200 kilómetros de San Petersburgo, en los países bálticos. La guerra de Georgia que ha sido una constante diatriba en seno de Washington, en el sentido de la agresión rusa, en realidad, ya ha sido

demostrado suficientemente por fuentes oficiales de ambos bandos, fue un ataque del Presidente georgiano y sus fuerzas militares a Osetia del Sur, lo cual desencadenó la entrada de Rusia en el conflicto.

En relación al capítulo Chechenia, epicentro de las críticas de los sectores más liberales y progresistas pero también de los conservadores norteamericanos, la tesis que predomina entre ellos, es la de la descolonización, considerando que ha existido una dominación imperial histórica por parte de Rusia. En realidad, desde la óptica rusa, se trata de una herencia postimperial, porque fueron los Zares primero y luego, la URSS, los que sometieron a Chechenia, no precisamente Rusia. No se entiende en Washington que hay una estatidad en formación, no consolidada y de ninguna manera, se trata de un choque de civilizaciones, como lo interpreta por ejemplo, Huntington, entre eslavos y musulmanes.

La chechena es una elite oportunista que pretendió aprovechar como ninguna otra, la declinación soviética. El secesionismo de Chechenia lo planteó Yeltsin, a posteriori de la era Gorbachov. Al no idear alternativas de reconciliación ni de negociación y manipular al Ejército ruso, para su beneficio político-electoral, Yeltsin sembró la semilla de una guerra absurda. Todos los factores generaron una situación irreversible. Fracásó la construcción del Estado, como ocurrió en otros países (Irak, por ejemplo); la existencia de bandas mafiosas; la moral del Ejército ruso en baja; las violaciones de los derechos por parte de los dos bandos; la islamización en el año 2000 y, finalmente, el terrorismo, que podía exportarse a Daguestán y Osetia del Norte (Tsygankov, 2009 :72).

Así, Rusia intentó resolver primeramente el problema de la desestabilización o la situación de Estado “cuasi fallido” que tenía Chechenia. Putin no negoció con los terroristas ni tampoco imitó el método norteamericano de “jugar” con ellos, como hizo la CIA con Osama Bin Laden en Afganistán, Hacim Taci en Kosovo o los kurdos contra Irán. A poco tiempo de haber asumido, en el año 2000, con su propio método de “chechenización”, criticable pero efectivo, Putin había controlado la situación. Fortalecer la autoridad del clan Kadyrov; mejorar la

infraestructura económica; realizar elecciones parlamentarias en el año 2005, con más del 60 % de votantes, fueron instrumentos de una estrategia no muy diferente a la que usaron los norteamericanos en Irak, tal vez, con menor éxito. Pero Estados Unidos cuestionó la política de Moscú y, al mismo tiempo, se inmiscuyó tratando de militarizar la vecina Georgia, con la excusa de evitar la expansión terrorista y el control de las rutas petroleras del Mar Caspio (Tsugankov, 2009 :80-82).

Los “*lobbies*” norteamericanos no parecen entender que Rusia es una democracia emergente, en un Estado débil, que estuvo al borde de la disgregación a principios de los noventa. La construcción de un Estado es un proceso largo y dificultoso, y Rusia busca concretar ese objetivo, sin volver a ser un Imperio. Sin una clase media fuerte, en paz y buscando mejorar su economía, Rusia pretende abrirse paso y concretar tales objetivos. Le llevará mucho tiempo pero hasta ahora, el resultado no ha sido negativo.

Sin embargo, el “*lobbying*” antirruso en Estados Unidos, evalúa a Rusia en el mismo rango (inferior) de las democracias que Filipinas, Ruanda, Tayikistán, Egipto, Etiopía y Libia. En cambio, según el ranking democrático que elaboran como alternativos al de Freedom House, tanto la organización *Polity IV* y el MGIMO (*Moscow State Institute of International Relations*), Rusia está rankeada entre los países europeos intermedios o en vías de desarrollo y algunas autocracias, cerca de los países insertos en el BRICS, debajo de la India y Brasil, pero arriba de China (Tsygankov, 2009 :96).

Según los rusos, si Estados Unidos posee suficiente confianza, estima y optimismo, en su propio poderío y su futuro, no debiera por qué temer en construir un diálogo con Rusia, que no es la fuente de sus problemas, como considera el “*lobbying*” antirruso. Esto también lo comparte un ex funcionario de la Administración Bush (hijo), Graham, quien admite que la labor del “*lobbying*” antirruso no ha sido precisamente positiva al respecto, al trabajar tan activamente en percepciones, cuestionamientos al sistema político putinista y energía.

Debe entenderse que Rusia y Estados no necesariamente sin ser iguales, pueden desarrollar muchos vínculos de cooperación entre sí y tienen la posibilidad de ocuparse de muchos problemas colectivos de la agenda internacional, porque tienen una mirada, una experiencia -que data del sistema bipolar que condujeron- y un rol significativo para hacerlo. Para que tal compromiso adquiera eficacia, debe ser de carácter mutuo e igualitario, sin abrir desmedidas expectativas. Trabajar en desarrollar vínculos en actores de creciente importancia en la sociedad civil rusa, como los medios de comunicación, los inversores y demás, puede ayudar a generar aquel compromiso futuro.

3.5. Occidente II: Europa

En noviembre de 1988, en Estrasburgo, Francia, en ocasión de su visita al Presidente Francois Mitterrand, el entonces Secretario General del PCUS, Mikhail Gorbachov ratificó la idea de la “casa común europea”, desde el Atlántico hasta los Urales, la cual, era afín, por otra parte, a la “Ostpolitik a la francesa”, planteada en su momento, por el propio Mitterrand y parte de la socialdemocracia europea. Gorbachov consideraba la división de Europa como "una frontera de circunstancias" y, afirmaba que "si la historia es múltiple, la geografía es una".

Tras Gorbachov, la caída de la URSS y la llegada de la Rusia de Yeltsin, muchos acercamientos, divergencias y hasta caminos paralelos, hubo entre Rusia y Europa, aunque a menudo haya que mencionar nuevamente a Estados Unidos, en esa vinculación.

Si bien, habitualmente, aparecen entre ellos, profundas diferencias, la suma de Estados Unidos, Europa y Rusia, un tercio septentrional del planeta, conforma una extensa área de confianza en la que los intereses básicos convergen. A menudo, aquellos conflictos toman el aspecto de un enfrentamiento entre una de las potencias y las otras dos; ello permite hablar de una “cooperación triangular de geometría flexible”, en que los ángulos pueden alejarse o acercarse según las prioridades de la agenda y dar, así, la apariencia de enfrentamientos puntuales entre potencias o

coaliciones sectoriales en la cumbre del sistema internacional (Serra Massansalvador, 2005 :23).

En dicho triángulo de cooperación, el vértice que presenta mayores características estructurales es el que mantienen Estados Unidos y Unión Europea. Ambos fueron aliados durante la Guerra Fría, pero este hecho no ha impedido que surgieran diferencias históricas que han alimentado un distanciamiento profundo precisamente, en materias tan delicadas como la seguridad y la defensa. En las últimas décadas, dichas diferencias se expresaban alrededor de la consolidación de una identidad europea de defensa y la creación de una Unión Europea con ambiciones en el campo de la seguridad. Pero la llegada al poder de George W. Bush (hijo) y su política unilateralista, profundizó las diferencias transatlánticas (políticas, militares, jurídicas y ecológicas) a un nivel que no se conocía, desde la Presidencia francesa del Mariscal De Gaulle (Serra Massansalvador, 2005 :23).

La evolución dramática en Irak a partir del 2004, el retiro de tropas de aliados europeos de Estados Unidos y el encauzamiento del proceso europeo, tras la quinta ampliación y aprobación del Tratado Constitutivo de Lisboa, moderó las divergencias. Los discursos de la nueva Secretaria de Estado, Condoleezza Rice y del propio Bush (hijo) tanto en su asunción en 2005 como en su gira europea posterior, demostraban esa moderación, que se plasmó en los acuerdos alcanzados a raíz de la cuestión Kosovo (Serra Massansalvador, 2005 :25).

Respecto a la Unión Europea, ésta ha sido en parte, garante de la recuperación y estabilidad económica que buscaba Rusia, tras la implosión soviética. En realidad, podemos distinguir cuatro fases en las que la cooperación entre la UE y Rusia han pasado por momentos muy distintos: en la primera, hasta 1994, la propia UE, en período formativo como actor político internacional, asume una fuerte responsabilidad sobre la recuperación económica y política de Moscú. Esta etapa, que a menudo, es vista desde Rusia como una muestra humillante de paternalismo y de servilismo hacia Occidente, pasa por el reconocimiento

internacional de Rusia como potencia y por la condescendencia hacia las falencias políticas de Rusia, incluyendo las violaciones de los derechos humanos y arbitrariedades del yeltsinismo. En esta primera fase, la colaboración de la UE con Rusia se concentraba en inversiones directas y ayuda técnica.

La primera crisis de Chechenia, en 1994, significa un grave deterioro de la confianza entre Rusia y Occidente, y el inicio de un segundo período en las relaciones de Moscú con Bruselas. Crece la dureza europea ante la campaña caucásica pero también aumenta el sentimiento antioccidental en Rusia. Los acuerdos comerciales y políticos entre ambas partes se ven aplazados; aumenta la oposición rusa a las posiciones occidentales en los Balcanes o el Báltico y, en general, se percibe una incompreensión mutua entre Rusia y sus aliados occidentales. De modo paralelo, se acrecienta la desconfianza de la sociedad rusa hacia la comunidad internacional y hacia los propios dirigentes rusos, que son percibidos como un elemento corrupto y profundamente antipatriótico, impuesto desde el exterior. El Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC) entre la UE y Rusia, firmado en 1994 y que prevé dos Cumbres anuales, no entra en vigor hasta 1997 debido a esta crisis de confianza. Esta segunda fase en las relaciones de Rusia con la UE finaliza a raíz de la crisis económica de 1998, durante la cual Bruselas debe suministrar apoyo económico y político a Moscú y al mismo tiempo, debe replantearse los canales de colaboración con la Federación Rusa (Serra Massansalvador, 2005 :27).

Durante esta tercera fase, se restablece hasta cierto punto, la confianza entre ambos actores y se intensifican sus relaciones comerciales, centradas cada vez más en la exportación de hidrocarburos hacia Occidente por parte de las grandes compañías rusas. La Unión Europea tiene durante esta fase, una oportunidad magnífica de restablecer la confianza hacia Rusia durante la segunda crisis de Chechenia, en 1999. Los gobiernos europeos, no sólo se abstienen de condenar la reedición de los abusos del Ejército ruso en el Cáucaso, sino

que también silencian las críticas que emergen al respecto desde organizaciones como el Consejo de Europa o la OSCE. Esta fase de restablecimiento de la confianza concluye con la toma de posesión de Putin, en 2000, en que aparecen nuevos factores a ser tenidos en cuenta en la agenda internacional.

Específicamente, Rusia pasó a enfatizar sus vínculos con socios como Alemania, Francia e Italia. Es que los mercados energéticos para Rusia estaban básicamente en el Viejo Mundo. En sentido restringido, sólo la UE, ante el 5 % que representaba comercialmente Estados Unidos, aquélla era el 40 % del comercio exterior ruso mientras que, en sentido amplio, incluyendo Europa Central y del Este, Noruega y Suecia, pasaba a ser el 55 % (Tsygankov, 2006 :139)⁷⁶ .

A lo largo de estas tres fases, se verifica entonces una intensa y densa red de cooperación entre la UE y Rusia, seguramente, la mayor que pueda desarrollar aquélla, con un Estado que sea candidato a la adhesión. Esto es factible, porque Europa carece de una política propia de seguridad y Rusia ya cuenta con una comunicación directa con la OTAN. Este le abre otra ventana de oportunidad a Rusia para tratar la relación en el ámbito de la “baja política”, privilegiando las cuestiones económicas y político-estructurales, por encima de los securitarios. Estos -y su consecuente recelo por parte de la opinión pública rusa-, se expresan a través del vínculo en la OTAN. Así, Rusia puede concretar una política dual hacia Occidente: mientras posee relaciones económico-comerciales con la UE y es relativamente favorable, a la ampliación de ésta hacia el Este, muestra desconfianza y se disgusta con la expansión de la OTAN (Serra Massansalvador, 2005 :28).

La llegada al poder de Bush (hijo) en Washington, con su discurso unilateralista y militarista, pareció acercar las posiciones de Moscú y Bruselas ante la agresividad neoimperial norteamericana. Particularmente,

⁷⁶ En junio de 2003, Putin suscribió un “joint venture” con British Petroleum por 6.000 millones de dólares.

las restricciones a la importación de cereales y acero, un escudo antimisiles y la negativa a suscribir el acuerdo de la Corte Penal Internacional, alejaban las posiciones. Sin embargo, el 11-S generó una situación paradójica: la guerra de Irak que podría haber generado un frente común anti Washington, no pudo plasmarse porque Putin resolvió aliarse a Estados Unidos en la “guerra contra el terrorismo”, aún mostrando su desacuerdo con éste, respecto a la guerra de Irak (Serra Massansalvador, 2005 :29).

Incluso se abrieron perspectivas en materias hasta el momento poco exploradas de cooperación entre las potencias de la Guerra Fría: el anuncio de Putin y Bush, en la antes citada Cumbre de Houston (Texas), en octubre de 2001, respecto del proyecto de aumentar la exportación de hidrocarburos rusos a Estados Unidos y la construcción de nuevos oleoductos y gasoductos con este propósito. Este último acuerdo levantó susceptibilidades en la propia UE, al abrir el camino hacia la pérdida del monopolio comunitario sobre el comercio ruso; el triángulo septentrional se estrechaba por sus vértices Moscú-Washington, pero esto hacía que Bruselas se viese distanciada de este vínculo. Los norteamericanos aplicaba la doctrina de “castigar a Francia, ignorar a Alemania y perdonar a Rusia” (Serra Massansalvador, 2005 :31-32).

Claramente, en relación a dicha crisis de Irak, o la diferencia de criterios entre Estados Unidos y el eje Alemania-Francia (la “vieja Europa”, según Bush hijo), si bien Putin lideró la coalición antiguerra y favoreció la intervención de la ONU, al mismo tiempo, prefirió situarse en un rol especial, con una voz intermedia de mediación o reconciliación entre Europa y Estados Unidos.

Paralelamente, Rusia pretendía acercarse culturalmente aún más con el Viejo Mundo. Durante la celebración del aniversario 300 de San Petersburgo, la ciudad natal de Putin y seguramente, la urbe más europea de toda Rusia, prometió el abandono de la política de visado para países de la UE y Rusia en el año 2006. En términos de la opinión pública, salvo en el 2001, cuando los rusos preferían relaciones con sus vecinos de la

CEI, siempre Europa (llámese Alemania, Francia, la propia Gran Bretaña y otros países de Europa Occidental) se mantuvo toda la última década, en el tope de las preferencias de los rusos: entre el 50 y el 54 %; India, China y Japón, en ese orden, se mantenían atrás y Estados Unidos, que se posicionaba alto al inicio de la década, fue cayendo hasta un 15 % de aceptación en el año 2009, aunque mayor que el 12 % de países árabes, Cuba y Corea del Norte (Centro Levada, 2009 :163).

En cambio, en materia de seguridad y derechos humanos, la actitud con Bruselas, fue muy distante. Moscú rechazó intervenir en misiones conjuntas de paz tanto en Moldavia como en Chechenia, además de cerrar los “Cuerpos de Paz” norteamericanos en Rusia. En Kaliningrado, el enclave ruso rodeado de países de la UE, sobre todo, después que Lituania accediera al “Club Europeo” en mayo de 2004, la discusión permanente se centró en los visados de turistas y viajeros en tránsito por esa región, preocupante para los europeos por su administración corrupta y su pobre nivel de vida, en relación al medio continental, aunque en ambos aspectos la otrora ciudad natal del filósofo prusiano Immanuel Kant ha mejorado ostensiblemente.

La ampliación de la UE con diez nuevos miembros, en mayo de 2004, nuevamente, demostró la insignificancia de Rusia respecto a semejante decisión. Ante los cuestionamientos europeos por los derechos humanos en Rusia, Moscú comenzaba a denunciar los atropellos a las minorías rusófonas en los Estados bálticos. En todos estos ámbitos, Moscú y Bruselas mostraban notorias divergencias y mutuas indiferencias, que se hicieron evidentes en ocasión de la Cumbre UE-Rusia en La Haya.

A pesar de la remarcable sintonía de intereses post 11-S entre Bush (hijo) y Putin, el equilibrio de esta alianza estratégica no era fácil. El discurso de Putin,, necesitaba dar una imagen de autonomía y capacidad de resolución, a lo que contribuyen decisiones puntuales que parecen distanciar al Kremlin de sus aliados occidentales. Así, a fines de 2004 el Ejército ruso anunció el desarrollo de un nuevo tipo de misil estratégico, el

SS-27 o *Tópol-M*, que invalidaría el escudo antimisiles (NMD) estadounidense; poco después, Moscú anunció la introducción del euro como moneda de referencia en la cotización internacional del rublo, al lado del dólar.

La perspectiva de un distanciamiento estratégico entre Moscú y Washington pareció adquirir una nueva dimensión a raíz de la gira europea de Bush de febrero de 2005: en su discurso de Bruselas del 21 de febrero, Bush dio un serio aviso a Moscú para que respete los derechos humanos; sin embargo, dos días más tarde, Putin y Bush mantuvieron una larga conversación a puertas cerradas en Praga, la capital de República Checa. En las declaraciones posteriores a la prensa, apenas se vislumbraron desacuerdos estratégicos mientras, los derechos humanos desaparecieron de la agenda.

Una de las prioridades de Bush durante esa gira era lograr apoyos para obligar a Irán a renunciar a su programa defensivo nuclear. Precisamente, pocas semanas después, Rusia firmaba un acuerdo con Teherán para proveerle de material nuclear de uso civil. Resulta difícil imaginar que este gesto no se haya realizado sin el conocimiento y, hasta cierto punto, la aprobación de Bush, habida cuenta igualmente de la nula reacción de Washington a raíz del acuerdo (Serra Massansalvador, 2005 : 32).

La modernización económica rusa era otro argumento a tener en cuenta en la relación con los europeos. En Irak, Rusia tenía vínculos con Saddam Hussein al igual que Europa. Los contratos con empresas privadas rusas así como la abultada deuda iraquí con Rusia (7 a 8 mil millones de dólares), podían verse esfumados si Rusia no obstaculizaba de alguna forma, la intervención norteamericana. La eventual caída de los precios petroleros, también era un temor visible en las elites rusas.

Las dos decisiones de Putin tuvieron apoyo en el plano doméstico de la opinión pública. Si bien inicialmente, el 11-S y la intervención en Afganistán eran apoyadas considerando cierta adhesión a la causa norteamericana, la guerra en Irak despertaba mucho rechazo. Los

estadistas y civilizacionistas al igual que los militares rusos, desconfiaban de las pretensiones hegemónicas norteamericanas, considerando a Rusia, como un país cuasi ocupado, a partir de la experiencia iraquí. En abril del 2002, el 83 % de los rusos desaprobaban la intervención militar norteamericana, aunque no por sentimientos pro-iraquíes, sino básicamente, antinorteamericanos. El 71 % de los rusos temían una intervención similar en la propia Rusia además, de ser Rusia, uno de los tres países con peor imagen de Estados Unidos en el mundo, según el Centro Pew, junto a Turquía y Alemania (Tsygankov, 2006 :142).

La especial relación que posee Rusia con la Unión Europea (UE), también puede ser analizada desde dos grandes vertientes teóricas: una más bien “materialista” (neorrealismo-institucionalismo neoliberal, incluyendo paz democrática) y otra, más bien postpositivista (postestructuralista).

En el primer sentido, Rusia considera a la UE como un contrapeso económico a la OTAN, instrumento de Estados Unidos. Precisamente, en su discurso ante la Asamblea Federal Rusa, en mayo de 2003, Putin describió al acercamiento y “la real integración con Europa, como una oportunidad histórica para Rusia”, mientras mencionaba sólo por única vez a Estados Unidos y en el contexto de la guerra contra el terrorismo (Hedenskog, 2005 :28 29).

Rusia firmó un Acuerdo de Asociación y Cooperación (PCA) con la UE en 1994 y Putin ha impulsado fuertemente el desarrollo de tal cooperación. Como Primer Ministro, lanzó una estrategia de mediano término para tal propósito en octubre de 1999 y ha participado personalmente en Cumbres con la UE. El líder ruso también aplaudió la Iniciativa de la Dimensión Norte (o Septentrional) de la UE, lanzada por Finlandia en 1999, en dirección a integrar el noroeste de Rusia en la estructuras europeas.

Respecto a acontecimientos o procesos internacionales de envergadura, como el conflicto palestino-israelí y la guerra de Irak, Rusia ha estado más cerca de las posiciones europeas y de algunos Estados

Europeos clave, como Alemania y Francia y, como se ha mencionado antes, más lejos de Estados Unidos. También ha intensificado su cooperación con la UE en materia de terrorismo. En la Décima Cumbre UE-Rusia en noviembre de 2002, hubo una declaración condenatoria del terrorismo en todas sus formas y, la necesidad de una asociación estratégica al respecto. No obstante ellos, la Rusia de Putin se mostró resentida por el hecho de que la misma Francia y los países nórdicos, fueran especialmente críticos y mucho más que Estados Unidos, en su guerra de Chechenia.

De todos modos, con la UE, Rusia desarrolla un fuerte y especial vínculo comercial, sometido a sus intereses (particularmente, energía), con una ambivalente expresión identitaria, motivada por el carácter eurasiático, defendida por ciertos sectores domésticos rusos. De la UE también recibe Rusia, las más fuertes presiones morales en materia de democratización interna y derechos humanos, aunque los negocios apuntados en el primer ítem, le quitan credibilidad a tales exigencias de moral internacional. El diálogo permanente del Kremlin con las instituciones de la UE ha girado en torno a: un sistema de alerta temprana por la interrupción del transporte de gas a Europa -inviernos de 2005, 2006, 2008 y 2009- tras la Revolución Naranja en Ucrania-; inversiones conjuntas; apoyo al ingreso de Rusia en la OMC; problemas de los pasos fronterizos; acuerdos sobre facilitación de visados y el tema Kaliningrado (CIDOB, 2007 :331-332) (Hedenskog, 2005 :28).

Pero resulta claro que Europa ha sido incapaz de articular una política común e integral hacia Rusia. El interés por los negocios ha podido más y Putin ha sabido dividir a la UE, a pesar del acuerdo de cooperación firmado en 1997 y la declaración de San Petersburgo de 2003. Destacándose el rubro energético, que ya fuera expuesto a inicios de este capítulo, los europeos compran entre el 50 % y el 60 % de los productos de exportación rusos mientras que aporta cerca del 40 % de las importaciones rusas. El 60 % de las inversiones extranjeras en Rusia

también provienen de Europa. Globalmente, Rusia es el quinto socio comercial de la UE, detrás de Estados Unidos, China, Suiza y Japón.

Como contrapartida, Rusia prohíbe importaciones de carne polaca aduciendo presentación de certificados veterinarios incompletos, incluyendo embargos a frutas y hortalizas. Como si esto fuera poco, impone pagos adicionales (300 millones de euros) a las aerolíneas europeas por sobrevolar Siberia y bloquea acuerdos petroleros de la UE con Kazajstán y Azerbaiyán (Barlinzka, 2006 :2-5-6).

En el año 2002, la Unión Europea también reconoció a Rusia como una “economía de mercado” y el Primer Ministro de Italia, Silvio Berlusconi, declaró su apoyo a que Rusia se convierta en miembro integrante de la UE. Un año más tarde, Rusia y la UE decidió crear 4 “espacios comunes” de negociación: en el ámbito económico; en el marco de la libertad, la seguridad y la justicia; en la seguridad externa y en investigación y educación, las cuales, son monitoreadas y dirigidas por un Consejo Permanente de Asociación.

De todos modos, también se verifican seis problemas básicos en la relación. Primero, Rusia, critica la protección generalizada de sus productores industriales y agrícolas. Al mismo tiempo, el país euroasiático ampara su propia producción, algunos de cuyos sectores, sobre todo, industriales, prosiguen tan poco competitivos como en la era soviética. También rechaza reforma su sector gasífero monopolístico, que subsidia aún fuertemente a los consumidores rusos, ni provee suficientes garantías jurídicas a los inversores extranjeros.

En segundo lugar, la ampliación de la UE incluyendo a los Estados Bálticos y algunos países de Europa Central, se ha convertido en un verdadero problema para Rusia. Ciertamente, ésta tiene una visión positiva del proceso, en general, en parte, porque la membresía a la UE es preferible como alternativa a la adhesión a la OTAN, en términos de seguridad. Algunos economistas rusos han deslizado la idea de que, más allá de los acuerdos bilaterales del presente, con Rusia, los nuevos miembros podrían estar cubiertos por las cláusulas del PCA con la UE, lo

cual, podría significar menores tarifas para las exportaciones rusas y el tránsito de ciudadanos por dichos Estados. También las regiones fronterizas rusas, podrían recibir beneficios explícitos.

Sin embargo, la elite rusa también es consciente que la ampliación europea supondría que todos los ex satélites de la URSS podrían estar algún día, tanto en la UE como en la OTAN, en un proceso cuasi inexorable por lo que Rusia quedaría aislada. Los diplomáticos rusos también temen que los nuevos miembros, en virtud de sus viejas experiencias traumáticas con los rusos, influirían negativamente en contra de Rusia, en la política exterior europea.

Tercero, la reorientación de los miembros de la UE supondría un alejamiento comercial lento pero progresivo de Rusia, por parte de los actuales socios del Viejo Continente. Por esa razón, la Rusia de Putin busca posicionarse en los activos de las empresas europeas, sobre todo del sector energético. Por ejemplo, en el año 2002, Yukós adquirió de una empresa americana, la mayor parte de las acciones de la más importante refinería de Lituania. Cuando Letonia intentó vender las acciones de su puerto petrolero de Ventspils, la empresa petrolera rusa, controlada por el Estado, Transneft actuó agresivamente, deteniendo todas las entregas de crudo a dicho puerto, con la evidente intención de reducir los precios de las acciones. Al mismo tiempo, Rusia tomó la decisión de evitar su propia dependencia del tránsito báltico, por ejemplo, abriendo nuevas terminales del crudo en el Golfo de Finlandia y el nuevo gasoducto, con participación alemana, el *Nord Stream*, fue planeado y construido.

En cuarto lugar, la ampliación de la Unión Europea no impidió que cada vez que Rusia tuviera problemas bilaterales con algunos de los miembros potenciales de aquélla, no tomara represalias, como ocurrió con Ucrania, en las crisis del gas, posteriores a la “Revolución Naranja”.

Quinto, lo más importante, es que los nuevos miembros de la UE deben adoptar el Convenio Schengen por el cual, se le exige visado especial a todos los ciudadanos que transiten territorio europeo, provenientes de Estados no miembros, como Rusia. Esto perjudica

especialmente al millón de rusos que habita la región y ciudad de Kaliningrado, que queda cada vez más aislada de Rusia y del resto del continente, excepto la libertad de visas que poseen sus ciudadanos, por parte de las vecinas Lituania y Polonia. Dicho enclave ruso, situado cerca del Mar Báltico, es fuertemente dependiente del comercio con Europa. El liderazgo ruso reaccionó especialmente con la introducción de visas para tránsito entre Kaliningrado y el resto de Rusia.

En mayo de 2002, Putin reclamó que esto podría violar la integridad territorial rusa y los derechos humanos de los ciudadanos de visitar una parte de su propio país, Señalaba el líder ruso que proponer semejante tipo de tránsito a través de Lituania, es comparable a que las limitaciones de los ciudadanos de Berlín Occidental para recorrer Alemania del Este en tiempos del Muro de Berlín, sin considerar los riesgos de vida de aquella época. Otros funcionarios propusieron tránsito en trenes cerrados a través de Polonia y Letonia, además de “corredores” -esto último, especialmente, es molesto para los polacos, por razones históricas-.

Más allá de demandar libre visado de Polonia y Lituania, para los habitantes de Kaliningrado, Putin propuso un régimen de libre visado para todos los ciudadanos rusos en el territorio europeo completo. Finalmente, en la Cumbre con la UE, llevada a cabo en noviembre de 2002, Putin aceptó un compromiso instituyendo un régimen de “documentos de tránsito facilitados”, el cual, fue aprobado por Lituania, además de firmar otros acuerdos sobre la readmisión de refugiados, expandir el número de consulados europeos en Kaliningrado y acelerar la impresión de pasaportes rusos. Como contrapartida, Lituania aceptó los pasaportes internos rusos hasta el año 2005 y la UE acordó investigar la posibilidad de trenes de tránsito rápido a través de Lituania y libertad de visas para Rusia en el futuro.

En sexto y último lugar, el problema ecológico, ya expuesto con suficiente énfasis en el capítulo anterior, divide aguas entre la elite rusa y

las autoridades europeas, debido a la precariedad normativa y estructural en la que se mueve las políticas ambientales de la Federación.

En el plano militar, si bien una OTAN dominada por Estados Unidos, es fuente de recelo hasta pánico, Rusia no le teme a Europa, porque la concibe sólo como potencia económica, no militar. La Rusia de Putin ha mostrado un interés positivo en las estructuras militares y de seguridad de la UE, incluyendo la creación de una fuerza de despliegue rápido. Tal proyecto plantea la EDSP (*European Security and Defence Policy*), que es una fuerza militar de despliegue rápido europea, compuesta por 60.000 hombres.

En octubre de 2001, un acuerdo o consultas regulares en cuestiones de seguridad, fue firmado, con el objetivo de que Rusia contribuya a diseñar una política de seguridad común. Al mismo tiempo, Rusia esperaba que la UE coordine con dicho Estado, su política en el espacio de la CEI además de contribuir a resolver cualquier crisis de gestión de la fuerza europea en tales territorios. En este contexto, Rusia y la UE pueden planificar en términos de integración militar (aérea, aerospacial, tecnológica, etc.). Rusia toma conciencia de que la fuerza europea es dependiente de los recursos de la OTAN y que muchos Estados europeos son miembros de la OTAN. Cada vez que Rusia mejora su relación con la OTAN, el interés ruso en la dimensión militar europea, decrece. Algunos autores arriesgan que, según las épocas y las circunstancias, Rusia está más cerca de ingresar a la OTAN que a la UE (Hedenskog, 2005 :38-39).

El triángulo de colaboración que constituyen la UE, Rusia y Estados Unidos, puede adquirir una forma cambiante, como hemos visto, según el momento o el ámbito en que se desarrolle, pero difícilmente podrá quebrarse; de hecho, su geometría variable, al permitir reforzar uno de los vértices cuando un ángulo se distancia y al garantizar la alternancia de las alianzas, potencia la continuidad de este sistema. El área de influencia de estas tres potencias tiene su propio marco de cooperación en la Organización de Cooperación y Seguridad en Europa (OSCE) y en el

Consejo de Asociación Euro-Atlántica (CAEA), que aún desde 1997 a los países miembros de la OTAN con los firmantes de acuerdos en la Asociación por la Paz. Esta gran área de seguridad presenta necesidades y perspectivas comunes que superan fácilmente las diferencias que las separan y generan una voluntad compartida de cooperación y estabilidad (Serra Massansalvador, 2005 :34).

En el año 2004, en Sochi, a orillas del Mar Negro, Putin recibió la visita del Presidente de Francia, Jacques Chirac y del Canciller alemán federal, Gerhard Schröder, es decir, los dos líderes máximos de la Unión Europea. Allí, Putin habló de las relaciones bilaterales, de la implementación de una estrategia en la formación de los espacios comunes, basada en los principios de igualdad, cooperación mutua e intereses recíprocos. Pero también se expusieron sobre los problemas, como los referidos al tránsito de carga a Kaliningrado, los fitosanitarios de exportaciones agrícolas a Rusia, etc. También los líderes mencionados se expusieron sobre los problemas globales como la guerra contra el terrorismo, la invasión a Irak y el problema nuclear de Irán, sobre los que parecían perfilarse ciertas coincidencias entre los tres y algunas disonancias respecto a la posición norteamericana (Putin, 2004).

En tal contexto, podría afirmarse que la política exterior rusa hacia Europa posee los siguientes rasgos identificatorios:

- se ha convertido en menos ideológica y más pragmática, que en el pasado, hallándose en el presente, más orientada al interés nacional;
- se superó el caos de inicios de los noventa y una maquinaria más o menos estable de toma de decisiones en Europa, ha sido creada en una rama del ejecutivo gubernamental;
- un control civil -más o menos estable- sobre los militares y otras agencias del poder político y securitario, se ha establecido. El Ministro de Defensa y la comunidad de inteligencia rusa son de importancia secundaria en el proceso de toma decisoria. Ellos son guiados por las estructuras políticas (la Administración Presidencial y el gabinete), más que en actores semi-independientes;

- han sido creados elementos de control parlamentario sobre el proceso de toma de decisiones. La legislatura rusa, aunque más débil que en Estados Unidos y Europa, tiene algunas importantes funciones, como las investigaciones parlamentarias y la diplomacia, entre otras;
- un mecanismo de ligazón y consultivo ha sido establecido y facilitado el diálogo entre el Kremlin y el Legislativo sobre la política europea;
- el rol de los gobiernos locales y regionales se convirtió en lo más saliente de la construcción de la política exterior. El centro federal ha debido tener en cuenta los intereses regionales y las preferencias así como sus relaciones con las contrapartes europeas. Moscú tuvo que permitir cierta clase de relaciones en red u horizontales que se dan entre regiones rusas y Estados europeos;
- los actores no gubernamentales tienen una voz en el diseño de política exterior. La comunidad de negocios de Rusia, especialmente el sector energético, se ha convertido en un importante jugador de la política exterior de Moscú hacia Europa. Otros relativamente nuevos como actores políticos (organismos de derechos humanos, ecologistas, iglesias), también son parte de dicho diseño, a diferencia de la etapa soviética, mucho más homogénea y verticalista;
- existen numerosos problemas en la organización y operaciones prácticas en el mecanismo de toma de decisiones de la política exterior, a saber: no hay división del trabajo ni una saludable competencia entre agencias rusas en sus vínculos con Europa, tanto en influencia, como recursos, personal y acceso a la información;
- el Parlamento ruso tiene pocos poderes para tomar una parte activa en el diseño de la política exterior hacia Europa. Tampoco es capaz de garantizar “*accountability*” ni escrutinio público. Esto convierte al Kremlin en muy independiente en las iniciativas de políticas;
- en cambio, el rol de los gobiernos regionales y locales en política exterior, es todavía ambivalente. El centro federal es demasiado receloso de aquellos poderes. Se han visto enfrentados a muchos proyectos de cooperación internacional por falta de apoyo del gobierno federal.

- existe todavía discrepancia entre los intereses de la política exterior de las elites y la sociedad civil, la cual a menudo, pretende una estrategia europea diferente de su gobierno. Sin embargo, la experticia está concentrada en la intelectualidad y los “tanques de ideas”, por lo que, cierto *feedback* es deseable, desde y para la sociedad civil (Sergunin, 2008 :91-92-93).

A modo de balance de dicha política exterior, la cooperación con “Occidente”, entendiéndolo ahora como Estados Unidos más Europa, resulta un enorme dilema para Rusia. La occidentalización tiene costos altos como lo probó Kozyrev, si se sacrifican los intereses nacionales rusos aunque la política de Putin puede fracasar el día que Occidente se harte de tanto pragmatismo ruso y ponga a prueba el carácter autocrático de ciertos socios rusos.

Síntomas adicionales de conflicto pueden surgir ante las rivalidades territoriales históricas entre Rusia y ciertos vecinos de Europa del Este o los recelos europeos occidentales por los vínculos rusos con potencias emergentes como Brasil, India, China y Sudáfrica, a través del BRICS. Aunque para nuestra Tesis, suena poco factible, dadas las debilidades estructurales rusas ya descritas, existe alguna mínima posibilidad de que el curso del “Pragmatismo de Gran Potencia” pueda derivar en el “Balance de Gran Potencia” al viejo estilo soviético.

3.5.1. Rusia y Europa en clave postestructuralista

También puede analizarse el especial vínculo que tiene Europa con Rusia desde perspectivas diferentes a la clásica “materialista”, es decir, realista/neorrealista/institucionalista neoliberal. Para esta última, son fundamentales los factores materiales como la ubicación geográfica o la extensión territorial, de las cuales derivan las relaciones que “naturalmente” fluyen de tales situaciones, ya sea, en términos conflictivos o cooperativos. Si se trata de esta segunda variante, se refiere a procesos de integración y regionalización asépticos, dejando librado a la autonomía de dichas zonas, su iniciativa de fomentar los vínculos. En cualquiera de ambos casos, la UE y Rusia son visualizados como polos, de manera

antagónica o diferenciada, por sus historias, divergencia de valores y demás factores, ya analizados en los capítulos precedentes.

Desde perspectivas ideacionales, a la manera constructivista, cabe recordar que ya Iver Neumann presentó una genealogía de la construcción del “Otro” por parte de Europa, donde se concentra en cómo la construcción de la identidad europea se realiza, en períodos históricos determinados, mediante la construcción de dos “Otros” particulares: Turquía y Rusia. Neumann analiza de qué manera Rusia es construida alternativamente como “aliada contra los turcos”, “los bárbaros en la puerta de Europa” o “la tierra del futuro”. Neumann desarrolla su trabajo para entender cómo la construcción discursiva del “Otro” es esencial para generar contra-representaciones de “Yo” en el proceso de formación de la identidad colectiva (Merke, 2009 :80).

Cabe subrayar que las lógicas institucionales europea y rusa son diametralmente opuestas. Europa opera hoy como una gran red de Estados, basados en lógicas de sociedad e integración, muy diferentes a la rusa, verticalista, con conceptos fundamentales de soberanía y Estados. Rusia es reconocida como “europea” pero de otra clase, de “otro” *status* y con “otra” historia.

En términos históricos, por ejemplo, Rusia y Europa siempre “han navegado en aguas disímiles”. A partir de 1815, en la era postnapoleónica, si bien, Rusia formó parte del concierto o balance de poder europeo, junto a las otras potencias, presentaba una de las monarquías más conservadoras de Europa, en un océano que se iba liberalizando. Luego, en el siglo XX, los bolcheviques decidieron enfrentarse al resto de democracias “burguesas” europeas. Tras la caída de la URSS, la opción es integración *versus* soberanía. A Rusia se le reconoce cierto papel en materia de seguridad geopolítica en el continente pero se halla fuera de la UE.

Los estudios más recientes confirman que no existe consistencia alguna en el posicionamiento normativo de Rusia, y tampoco resulta clara la respuesta a la pregunta de cuál modo de acción o reacción es activado

bajo ciertas condiciones externas e internas, y cuál es la lógica correspondiente de conducta política competitiva. El argumento de que la política exterior rusa es largamente reactiva y así dependiente de Occidente, se ha convertido en un dogma (Bakalova, 2012) (Bakalova, 2013).

En realidad, si bien, tal como se explicó en los capítulos precedentes, hasta el siglo XVII, Rusia, siendo un Imperio, buscaba su lugar como “Gran Potencia” reconocible en el sistema de Estados europeos. Pero su vinculación con “Europa” como tal, data del Congreso de Viena en 1815, cuando el propio Zar Alejandro I, usó tal expresión de manera instrumental, para configurar genéricamente el conjunto de Estados modernos como una entidad diplomática, tras el orden napoleónico (Haukkala, 2008 :36).

Desde ese momento, se reconoció en Europa, a Rusia como una “Gran Potencia” europea, pero paradójicamente, tal vínculo pasó a ser asimétrico, ya que el poder, valores e ideologías de los Estados europeos, comenzaron a imponerse sobre Rusia. Habiendo sido ésta excluida largamente, del proceso de construcción de parámetros para la conducta estatal legítima, fue precisamente a través de su poder, lo que John P. Le Donne llama “el permanente movimiento hacia adelante”, es decir, la modernización iniciada por los Zares Pedro El Grande y Catalina La Grande (1701-1917), que Rusia, siempre observada como un “*semioutsider*”, se sintió forzada a ingresar en la institucionalidad europea, constituyéndose en un “*taker*” (tomador o receptor) de las normas continentales (Haukkala, 2008 :39-40).

Con el transcurso de los siglos, Europa se convirtió de un sistema de Estados en una “sociedad internacional”, en términos de la Escuela Inglesa de las Relaciones Internacionales, con Estados modernos, conjugando valores comunes de convivencia pacífica y guardando expectativas respecto a los demás, ajenos a la misma, de que posean los mismos estándares civilizatorios, incluyendo un tipo similar de gobernanza doméstica. En tal contexto, hasta el primer tramo del siglo XX, Rusia, a

pesar de su ubicación geográfica, fue mirada como los “otros” Estados no europeos.

Tras el Congreso de Viena en 1815, la Rusia del Zar Alejandro I, junto a la Austria del Canciller Príncipe Von Metternich, confluyeron en la Santa Alianza, un conjunto de Estados monárquicos autocráticos, que bajo el “paraguas” de la cristiandad, buscaba defender los valores conservadores, en contra de las revoluciones liberales. Este nuevo posicionamiento le permitió a Rusia, liderar el mundo europeo, convirtiéndose de manera inédita y transitoria, en un “*maker*” (constructor) de normativa legal, hasta la trágica Guerra de Crimea (1853-1854), tras la cual, de la mano del Canciller Gorchakov, debió aceptar la hegemonía británica.

Sin embargo, si Rusia pretendía formar parte realmente del concierto europeo, debía convertirse en una monarquía constitucional y un Estado legal, con libertades ciudadanas. La fracasada revolución “decembrista” de 1825 contra Nicolás I, fue la gran oportunidad histórica que tuvo Rusia para evolucionar en términos de valores y creencias con la Europa “civilizada”, pero la autocracia de los Zares demostró una vez más su vigor y logró sobrevivir hasta 1917. Si bien la adaptación y/o imitación europea estuvo siempre presente, las reformas económicas y sociales emprendidas por Alejandro II y Serguei Witte, sirvieron para modernizar e industrializar Rusia pero en términos políticos, incubaron fenómenos revolucionarios de largo plazo, que profundizaron el aislamiento y alejamiento ruso del resto del continente.

La Revolución Bolchevique de 1917, no sólo constituyó el primer desafío concreto de la Rusia soviética al orden legal europeo, sino que pretendió erigir un ordenamiento normativo diferente u opuesto. Luego, los bolcheviques se vieron obligados a practicar una *Realpolitik*, relegando sus aspiraciones maximalistas en aras de lograr reconocimiento internacional.

La URSS se reinsertó en el sistema internacional, nuevamente como “*maker*” de normas, tras la alianza transitoria con norteamericanos,

franceses y británicos durante las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, para derrotar el Eje Alemania-Japón y luego, formando parte del nuevo ordenamiento territorial europeo en la Cumbre de Yalta (Crimea). Pero éste no se estructuró sobre la base de valores o creencias comunes, excepto la neutralización de la amenaza nazi alemana, sino sobre el reparto del control territorial y la disuasión nuclear para ambas potencias victoriosas.

La hostilidad inicial cuando comienza la Guerra Fría allá por los años cincuenta, fue cediendo paso a reconocimientos oficiales mutuos, como los del líder soviético Leonid Brezhnev respecto a la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1972 y el Acta Final de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, firmada en Helsinki en 1975, que consagró el *statu quo* de Yalta en favor de la URSS. Pero la brecha ideológica en torno a sistemas tan opuestos axiológicamente, en estilos de vida, nunca pudo ser superada hasta el ascenso de Mikhail Gorbachov al máximo poder soviético en marzo de 1985. En ese momento, cesaron tanto, las intenciones subversivas y revolucionarias por parte de Moscú en el mundo occidental como las políticas de “contención” de Washington sobre la URSS (Haukkala, 2008 :46).

Ya se ha mencionado que el “Nuevo Pensamiento” gorbachoviano, incluyendo la Iniciativa de la “Casa Común Europea”, expresó la necesidad soviética de compartir valores de paz, respeto a la soberanía estatal -desterrando la Doctrina Brezhnev- y la aceptación de la normativa internacional. Se podría agregar que el líder soviético también creía en un efecto emulación del estilo de vida y el nivel de desarrollo e integración alcanzado por los Estados europeos occidentales, que sus similares de la CAME (Estados satélites de la URSS) no habían alcanzado en el mismo período de tiempo. Autores como Ole Weaver subrayan que en realidad, la “Casa Común Europea” buscaba impedir que se aislara a la URSS de Europa (Haukkala, 2008 :51).

De todos modos, las esperanzas de Gorbachov nuevamente, como las viejas expectativas rusas bajo Pedro El Grande, Catalina la Grande y

Alejandro II, se vieron frustradas ya que su deseo de reconocimiento vis a vis o de igual a igual, con la Comunidad Económica Europea, no era realizable. A medida que se hacían sentir los efectos disgregadores de sus políticas domésticas (secesionismo territorial, mayor desigualdad económica, etc.), los europeos marginaban crecientemente a la URSS, a pesar de los buenos propósitos gorbachovianos. En la Carta de París por una “Nueva Europa”, firmada en noviembre de 1990, en plena agonía soviética, las aspiraciones de Gorbachov de una Europa donde convergieran los sistemas comunista y capitalista, respetando la elección de cada Estado, fue reemplazado por una homogeneidad capitalista y democrática, quedando así enterrado el proyecto soviético de confrontar con la normativa europea. Una vez más en la historia, Europa condicionaba el lugar o la posición de Rusia en el continente (Haukkala, 2008 :52).

De alguna forma, como bien afirmaba Lilia Shevtsova en el año 2005, la historia de Rusia es la de su “europaneización”, en el sentido de adaptarse a las normas impuestas por esa especie de “*hegemón*” que es Europa. Pero durante esta fase de la Postguerra Fría, la novedad es la delgadez institucional y el vacío normativo en el que se halla la Unión Europea, lo cual obra como un desafío o una oportunidad para que Rusia, por primera vez en la historia, se repositone de una manera diferente y participe de alguna forma, en la reconfiguración normativa presente y futura (Haukkala, 2008 :54).

Más allá de la lógica o ecuación binaria de Europa y Rusia como polos antagónicos o divergentes, en términos de soberanía westfalliana y “europaneización”, que, como se ha demostrado en los párrafos precedentes, es un discurso construido fundamentalmente por realistas e idealistas a lo largo del tiempo, caben otras posiciones alternativas (postmodernistas) como la de Prozorov. Este autor propone el entendimiento e interpretación de aquellos discursos que remarcan el conflicto.

Lejos de ser polos opuestos, Europa y Rusia serían sujetos dinámicos y flexibles que despliegan una gran variedad de respuestas e impulsos tanto integracionistas como soberanos. La historia de ambos sería “una rica filosofía de definición de límites o fronteras y otredad”, en la que resulta absurdo y hasta utópico, esperar o desear una absoluta compatibilidad o convergencia (Kononenko, 2008 :202).

La frontera ruso-ucraniana, en virtud de la historia común, la escasa trayectoria estatal independiente de Ucrania y la intención de parte de su territorio de integrarse a la UE, es un claro ejemplo, de la inutilidad o ineficacia de los marcos analíticos tradicionales que no atienden con suficiencia, la problemática de las regiones intraestatales (por ejemplo, el este y el sur ucranianos, rusófonos) y la sensibilidad de los actores en juego (Kononenko, 2008 :206).

Tras el fin de la URSS, en aras de construir un puente conjunto entre Europa y Rusia, una especie de “esencialismo geográfico”, muy especial, negando toda connotación social o modos de acción flexibles y dinámicos, trajo aparejadas por lo general, soluciones técnicas o “buenas prácticas de gestión”, emanadas “desde arriba” o “desde afuera”. En un claro ejemplo de cómo Rusia opone su excepcionalidad, cada vez que advierte el discurso ofensivo europeísta, Gleb Pavlovsky afirma: “la entidad supraestatal con sus centros ubicados en Estrasburgo y Bruselas, no es la referencia central para quienes viven en Moscú o Kiev, aún si ellos mismos piensan como europeos” (Medvedev, 2008 :222).

No obstante, tanto el Kremlin pero también la Unión Europea han esperado resultados cuasi “mágicos” a partir de dichas políticas. Como bien afirma Iver Neumann, “los ladrillos con que se construye y que penetran en la pared rusa, vis a vis con la europea, se instalan y ubican localmente, pero vienen con material provisto desde Europa” (Makarychev, 2007 :2-6).

Vistas las ciudades o regiones de cierta relación con Europa, como San Petersburgo o el *Oblast* de Kaliningrado, como meras experiencias “piloto” para desarrollar estrategias de integración o cooperación, en

verdaderos “laboratorios” como el propio Mar Báltico, en el caso del segundo mencionado, no se alcanza a observar allí que en ambos casos -y otros que aquí no se incluyen-, imperan procesos de construcción de identidades políticas, que no tienen límites definidos y que colateralmente, pueden servir de ejemplos para otras zonas rusas. Además, pueden verificarse importantes diferencias entre el tratamiento político que le dio a ambas zonas, el gobierno de Yeltsin (más liberal y autonomista) y el de Putin, mayormente concentrado en recortar dichas libertades y, en todo caso, otorgarle *status* especiales y de carácter excepcional.

En tal sentido, resulta claro que la vinculación europea-rusa puede ser mirada desde una óptica normatizadora y ordenadora. La “normativa” Europa genera un volumen relevante de intercambio comercial, incluyendo cooperación transfronteriza con Rusia pero, a propósito del *status* menos democrático -y por ende, fuera de la “norma” o del “orden” internacional- de Rusia, vis a vis, por ejemplo, los países bálticos, genera castigos sobre ella, como barreras discursivas que se operativizan en restricciones de circulación (visados) y condenas morales por el caso checheno o el asesinato del ex espía ruso del FSB, Litvinenko en Londres en el año 2006, el cual complicó particularmente, la relación diplomática con el Reino Unido. El propio Putin se ha encargado en más de una ocasión, en deconstruir esta particular visión “democrática” de la Unión Europea (Makarychev, 2008 :1-30) ⁷⁷.

⁷⁷ Otro punto de discordia entre la UE y Rusia es la pena de muerte, en el marco del exigible respeto a la vida y los derechos humanos, en general. Sobre un total mundial de 200 países, cerca de 60 la siguen aplicando y el resto ya no, existiendo además una persistente disminución en la aplicación efectiva. En el año 2011, sólo se efectuaron ejecuciones en 20 países. El Código Penal ruso prevé la pena de muerte como medida excepcional para cinco delitos muy graves: asesinato, intento de homicidio de un cargo público, intento de homicidio de un policía, fiscal o juez y genocidio (el anterior Código Penal del 1960 contemplaba más de 20 supuestos). Nunca se aplica a las mujeres, los menores de 18 años ni adultos mayores de 65. En la práctica, la ejecución de la pena está suspendida desde hace 17 años en virtud del Decreto Ley firmado en marzo de 1996 por el entonces Presidente Yeltsin. Esta moratoria se debe a la adhesión de Rusia al Consejo de Europa, siendo la abolición de pena de muerte, una condición *sine qua non*. Así, la última ejecución se llevó a cabo el 2 de agosto de 1996, cuando fue fusilado S. Golovkin, zootécnico que violó y asesinó de forma brutal, al menos, a 11 niños. Sin embargo, el 62 % de la población rusa, incluyendo dos de los tres partidos opositores más importantes (comunistas y nacionalistas), se declaran a favor de la pena capital

También es cierto, que más allá de los vínculos que ha desarrollado Rusia con otros Estados, su propia magnitud geográfica y su poder económico en materia de recursos naturales, la ha conducido a generar relaciones a través de algunas de sus regiones, de creciente relevancia. En términos teóricos, y contradiciendo a las posiciones neorrealistas, puede hablarse de una espacialización social y una socialización espacial. Esto implica el reconocimiento de la gravitación actual de los vínculos transfronterizos, que trasciende los límites de la diplomacia estatal westfaliana. En el caso ruso, hay una especie de Internacionalización regional, en el que por ejemplo, se destaca el Distrito Noroccidental, más allá incluso, de cuestiones limítrofes en tensión: la cuestión de Karelia, con Finlandia y, el enclave de Kaliningrado (Prozorov, 2004 :2).

En un contexto de globalización y regionalización, la creación de siete distritos regionales, como arietes del poder central es clave en el discurso putinista. En este marco, la construcción del Noroeste ruso como nuevo sujeto político supone una pieza clave de la política federal putinista (Prozorov, 2004 :25).

No obstante, la política putinista, un tanto cercana al neorrealismo en términos generales, podría afirmarse que en las regiones mencionadas, sus acciones derivadas en integración y cooperación, en reemplazo de la pretensión del cambio de fronteras o la generación de mayores tensiones militares, contribuyeron al desarrollo de los vínculos descritos, por ejemplo, en el Capítulo 2 de esta Tesis.

Por ejemplo, la República de Karelia ha insistido en la utilidad práctica de las actividades autónomas de las regiones rusas en las relaciones exteriores. Para el propio Putin, queda claro que “la dinamización de las relaciones exteriores de los sujetos de la Federación Rusa, aparecen como una consecuencia natural de la decisión favorable a una sociedad abierta, en los comienzos de los noventa” (Prozorov, 2004 : 7).

(Bondarenko, 2013).

Las preocupaciones rusas con respecto a la ampliación de la UE, manifestada tan tempranamente en 1999, pero crecientemente expuestas en la segunda mitad de la Presidencia de Putin, relativas de modo preferencial, al Tratado Schengen (régimen fronterizo y de visados), que complica el viaje de ciudadanos rusos a los países de la UE y dificulta las formas existentes de cooperación con los Estados, futuros miembros. Ciertamente, la extensión del régimen Schengen en la ampliada UE, implica la imposición de un régimen de visas que excede en su carácter estricto las prácticas bilaterales de visa que existieron entre Rusia y los Estados europeos tanto actuales como prospectivos (por ejemplo, Finlandia).

El problema es particularmente crítico, considerando el *Oblast* de Kaliningrado que emerge como un enclave dentro de la ampliada UE, que no complica precisamente las relaciones socioeconómicas con el resto de Rusia, pero, de modo más importante en nuestro contexto, sirve para poner en peligro los acuerdos de cooperación entre dicho *Oblast* y sus vecinos en Polonia y Lituania.

La respuesta rusa a estos problemas, incluye las propuestas para la relajación o, incluso, la abolición del régimen de control de visa y pasaporte, que se ha convertido durante la Presidencia de Putin, en el objetivo primario de reclamo en el discurso ruso sobre las relaciones con Europa. Mientras semejantes soluciones requieren plantear cierto número de cuestiones técnicas complejas y resolver problemas legales (el principal, la firma del tratado de readmisión entre Rusia y la Unión Europea), ellos también dependen de decisiones más políticas considerando la exclusión o inclusión de Rusia dentro del espacio europeo (Prozorov, 2004 :13).

Este discurso general, había resurgido en los años noventa y adquiere una particular importancia, con el proceso de ampliación europea, en tanto que Rusia permanece como uno de los pocos países, cuya "europaneidad" (ya sea cultural o geográfica), no encuentra una inserción institucional en la membresía de la UE. En el proceso de

ampliación de la UE, se ha formado una nueva Comunidad pan-europea, de la cual, Rusia no es parte. Este país corre el riesgo de convertirse en el único Estado que siendo europeo, en un sentido geográfico, de facto, se halla fuera de Europa. Trenin es particularmente sensible a la posibilidad de marginalización y “periferilización” de Rusia como resultado de la ampliación de la UE y altamente crítico del *establishment* político ruso por no haber respondido apropiadamente al desafío europeo.

Otros autores rusos como Igor Leshukov, Stanislav Tkachenko, Timofei Bordachev y Konstantin Khudolei, puntualizaron la paradoja en la que caen las autoridades rusas, al haber focalizado su excesivo criticismo en la ampliación de la OTAN, el cual sólo puede plantear amenazas directas a Rusia en escenarios especiales concebibles, mientras han relegado a un segundo plano o han sido extrañamente benignos, respecto a la ampliación de la UE, lo cual acarrea un sinnúmero de desafíos inmediatos.

Desde los años noventa, el discurso de la relación Europa-Rusia ha adquirido una orientación crecientemente conflictiva, donde los objetivos de política exterior de una “asociación estratégica” con la Unión Europea y la “integración con Europa” por parte de Rusia, se fueron problematizando crecientemente a lo largo del espectro político entero ruso. En el análisis del discurso conflictivo ruso, debiéramos identificar dos narrativas opuestas. Primeramente, la ampliación de la UE ha ilustrado la cuestión de la expansión del régimen de visado de Schengen para los ciudadanos rusos, que suelen viajar a Europa.

En realidad, hemos pasado de la “asociación estratégica” de los años noventa, a una especie de “impasse” conflictivo, con algunas divergencias políticas sustantivas, como: Kosovo; Chechenia; las reformas federales de Putin; el caso Yukós y, “las revoluciones de colores” (“Rosa”, “Naranja” y “Terciopelo”) en los Estados postsoviéticos (Prozorov, 2007 :310).

Ciertamente, esta problemática ha desarrollado en el discurso político y académico ruso, en un conflicto de identidad que excluye a

Europa, sino cultural y político, donde Rusia se convierte en un país no europeo (Trenin, 2004).

Se observa el “derrame” de un conflicto, originalmente articulado en un discurso reducido de una “arena” de políticas de visado, en un espacio abierto de identidad y diferencia, que últimamente conecta con los debates de la centuria anterior a la “civilización europea”, en términos de Iver Neumann. Como se demuestra aquí, la problematización de la exclusión de Europa, caracteriza el espectro del discurso político en Rusia, de la minoría liberal, la cual, posee una pertenencia axiomática a la civilización europea, a las fuerzas conservadoras y de “izquierda patriótica”, quienes encuentran en las prácticas, la reivindicación de su principal oposición a la orientación integracionista rusa. No obstante, como debimos demostrar, el razonamiento detrás de la problematización y las soluciones propuestas varían considerablemente a lo largo del espectro político, la “exclusión de Europa” se convierte en un significativo privilegiado en el discurso ruso de las relaciones con Europa (Prozorov, 2007 :311).

La segunda disposición conflictiva entre Rusia y la UE se refiere a la percepción del bajo grado de influencia o *status* pasivo en los acuerdos cooperativos con la UE, ambos en el nivel macrorregional de las políticas de la Dimensión Septentrional y en el mayor nivel local de la implementación de proyectos concretos de cooperación. La problematización de la interacción eurorrusa como una “relación sujeto-objetiva” ha resultado en demandas para reconstituir la “asociación estratégica” eurorrusa, sobre la base de los principios de intersubjetividad y reciprocidad. La falta de reconocimiento de Rusia como un sujeto político legítimo con sus propios intereses que no necesariamente coinciden con aquellos de la UE, conllevando una narrativa de autoexclusión respecto a la integración europea, se enmarcó en la reafirmación renovada de soberanía.

Similarmente a la narrativa de la exclusión, esta disposición conflictiva opera a lo largo del espectro político ruso; no obstante, las

modalidades de autoexclusión, promovidas por los discursos liberal y conservador, permanece diferente. Entonces, la retórica de la corriente de la política exterior y los discursos liberal y conservador, aparecen diametralmente opuestos en la construcción de la figura de Europa (Prozorov, 2007 :311).

En contraste con el entendimiento convencional, es imposible igualar la divisoria liberal-conservadora con su frontera entre los sentimientos pro y antieuropeos. También puede discutirse la relación dinámica entre las dos narrativas en el conflicto discursivo, donde las problematizaciones de la exclusión generan una revalorización de la soberanía y hacia la autoexclusión. Finalmente, se evalúan las implicancias de las disposiciones conflictivas para el desarrollo de las relaciones eurorrusas y localizar las dos narrativas en conflicto en el contexto abierto de los debates contemporáneos sobre la naturaleza y el futuro de la integración europea (Prozorov, 2007 :311).

La problematización de prácticas excluyentes por parte de la UE que los liberales rusos analizan, no está restringida a la cuestión de las visas. El manifiesto electoral de 1999, de parte de la coalición liberal Unión de Fuerzas de Derecha (URF), escrito por Alexei Ulykaev, postulando la axiomática pertenencia de Rusia a “la civilización europea cristiana”, advertía sobre “los motivos ulteriores y la irresponsabilidad moral” que caracterizan la política europea contemporánea. Así, el grupo liberal-conservador más discursivamente influyente, representado por figuras como Maxim Sokolov, Mikhail Leontiev y Alexei Chadaev, criticó la exclusión sin garantías, de Rusia de Europa, como su principio constitutivo que lo diferencia del liberalismo cosmopolita de los noventa.

El divorcio de esta línea más conservadora y estatista respecto al movimiento más pro-europeo -el Comité “Rusia en la Europa Unida”, liderado por el diputado de la Duma, Vladimir Ryzhkov-, tiene su origen en las actitudes agudamente divergentes de las dos partes, en la Guerra de Kosovo de 1999 y, aún más importante, por las operaciones antiterroristas de Rusia en la república chechena.

Esta divergencia no se reduce a las contingencias de la política pero más que nada, brota de un desacuerdo ideológico o filosófico de principios, en semejantes cuestiones como la posibilidad o deseo de cualquier versión de un “gobierno mundial”, el *status* del Derecho Internacional en el mundo de la política mundial y la legitimidad del principio de soberanía equitativo. No obstante, la cuestión del visado, exacerbada por el problema de Kaliningrado, asume una importancia central, en el contexto general de la percepción de la exclusión de Rusia, de la reconstrucción del orden político internacional, apuntando al aspecto nodal, disparando con consideración a la convergencia de la UE (Prozorov, 2007 :314).

Los orígenes del conservadorismo de izquierda reposan en la desilusión de muchos críticos con el estilo de las Presidencias de Yeltsin y Putin, dominante, de oposicionismo político, que podría ser ejemplificado por el Partido Comunista de la Federación, reconstituido en 1993, con una plataforma sincrética combinando nostalgia por el comunismo soviético con sentimientos nacionalistas imperiales. Es contra el antecedente del debilitamiento del PC ruso durante esa década y el correlativo ascenso de la despotilizada y antiideológica presidencia de Putin en la que el discurso conservadora de izquierda fue articulado en el ciclo electoral 2003-2004 por el movimiento *Rodina*, inicialmente liderado por Sergueí Glaziev y Dimitri Rogozin. Este movimiento no se relaciona con las tensiones típicas con las categorías “liberal”, “comunista”, ni “nacionalista” ni “cosmopolita”, porque precisamente, pretende enfrentarse como una alternativa de largo plazo, a la desacreditada oposición binaria de “liberales versus comunistas”.

Como consecuencia, el discurso oposicional de la izquierda conservadora, no puede ser contenido a priori, en un nivel “antieuropeo” o “antioccidental” y requiere una investigación más balanceada. El líder de la facción parlamentaria de *Rodina*, Dimitri Rogozin, actuaba como el Representante Especial en las negociaciones del 2002-2003, en la resolución del problema de Kaliningrado. La diputada de *Rodina*, Natalia

Narochnitskaya, es una figura académica prominente, quien ha publicado profusamente sobre las relaciones de Rusia con Europa desde una perspectiva histórica (Prozorov, 2007 :315).

Entre ellos, Rogozin pedía abandonar el pensamiento ingenuo de Sakharov y Gorbachov, cuestionando los dobles estándares europeos y la inclusión rusa en Europa, a cualquier costo. La propia situación de los rusos étnicos en los Estados Bálticos, revelaba la existencia de una Rusia europea pero no suficientemente idéntica. El discurso conservador de izquierda era crítico de la forma de “inclusión jerárquica” que incluía a Rusia en una modalidad desventajosa y subordinada.

De acuerdo a los estudios de gubernamentalidad de Foucault, la integración y la inclusión y las funciones de participación y empoderamiento, funcionan como mecanismos de extensión de relaciones de poder en dominios anteriormente autónomos, donde los sujetos “incluidos” están adoctrinados en prácticas gubernamentales particulares y subsecuentemente, reconstituidos como practicantes autónomos.

De esta manera, es precisamente, la instancia inclusiva e integracionista la que lidera hacia la constitución de jerarquías discursivas estrictas y prácticas discursivas ritualistas, que, a su turno, como en el caso del conservadorismo de izquierda, tienden a repensar el valor incondicional de la inclusión (Prozorov, 2007 :317).

En contraste, dentro del discurso conservador de izquierda, la noción de la inclusión jerárquica juega un rol crucial en la ruptura de la narrativa integracionista, la cual conlleva a la reafirmación de la soberanía, que debiéramos discutir más adelante, en términos de la “autoexclusión” rusa de Europa. Esta ruptura adquiere una forma aguda concreta en la réplica del dualismo que es fundacional para el largo debate de una identidad europea de Rusia y la distinción entre la “verdadera” y la “falsa” Europa, una permanente agenda del discurso histórico ruso en su relación con Europa.

Adicionalmente, la cuestión de estar adentro de la "falsa" Europa o afuera de Europa (definiendo las posiciones de occidentalistas y eslavófilos, es complicada por la fragmentación de la figura de Europa en sí misma en una "verdadera" Europa (concebida variablemente como conservadora, liberal o socialista) y la "falsa" Europa, el objeto de la identificación negativa de varios discursos rusos. Según Rogozin, "Rusia es la verdadera Europa, sin el predominio de *gays*, sin matrimonios entre pederastas, sin la pseudocultura *punk*, sin ser lacayos de América. Nosotros somos los verdaderos europeos, que nos hemos preservado a nosotros mismos, defendiendo nuestra europeidad, en guerras junto a los cruzados y contra los mongoles" (Prozorov, 2007 :318).

La posición de Rogozin es una demostración extrema de una lógica que se mueve desde la problematización de la exclusión a la valorización de la autoexclusión: partiendo de una asunción axiomática de la europeidad rusa, uno percibe las prácticas excluyentes europeas, como una humillación injustificada, que puede conducir a una disonancia cognitiva, donde el "Nosotros" de Europa, está necesariamente fracturado en el "Nosotros" excluido y los excluidos. La disonancia es resuelta por la fractura de la imagen europea en sí misma en sus componentes verdaderos y falsos, donde la línea de tal fractura se convierte en la frontera de la diferencia y también de la exclusión (Prozorov, 2007 :318).

De acuerdo a Alexander Baumov, la estrategia de buscar el acceso a la UE, es en última instancia, una derrota que se autoinflige Rusia, al hacer depender su política de las regulaciones burocráticas excesivas y las normas de "*good governance*". Además, Baumov subraya que al ser Rusia, el último candidato a entrar a la UE, deberá cumplir con el volumen total de requisitos comunitarios, todos ellos, decididos sin su participación.

En el gran espacio eurasiático, Rusia es el único Estado que puede garantizar de modo realista, el desarrollo de un orden liberal democrático en Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, los Estados de Asia Central y el Cáucaso, lo cual era inalcanzable para las grandes potencias europeas o la UE en sí mismo. Paradójicamente, la real más que formal integración

de Rusia en Europa, sólo puede ser apoyada por una fuerte estatalidad, un Ejército poderoso, una creciente población y un vasto pero bien gobernado territorio. Todo ello es verdad con la condición de que hablemos con nuestros vecinos europeos y no europeos, así como entre cada uno de ellos, en el lenguaje del liberalismo occidental (Prozorov, 2007 :319).

El propio viraje de un personaje como Chubais, que ahora habla de un “Imperio liberal”, liderando la UE, explica esta posición que ha agotado la instancia de exclusión jerárquica.

Para este espectro del pensamiento ruso, el conservadorismo convencional europeo, con representantes como Heidegger y Schmitt, es digno de rescatar, versus el marxismo y el liberalismo, que han sido dañinos para Rusia. Mientras la identidad europea es muy discutible, el realismo europeo tiene mayores defensas argumentativas. Como el propio Presidente Putin, remarcó en su Balance anual ante la Asamblea Federal, en mayo de 2004, precisamente después de la ampliación de la UE, la integración europea es sólo una cuestión de política económica sino, sobre todo, una cuestión “espiritual” (Prozorov, 2007 :324).

La diferencia entre los discursos liberal y de izquierda conservadora, es ahora clara. Para las narrativas liberales de exclusión y autoexclusión, la entrada de Rusia en “la comunidad europea”, permanece como un objetivo valorable, no obstante que su realización no debe ser vinculada a la sujeción a una presión externa normativa. Esta instancia se diferencia de las posiciones frecuentemente irreconciliables, desde la inequívoca “elección europea” a las ceremonias de sentirse ofendido y simular una retirada. De la otra parte, para los “conservadores de izquierda”, el paradigma de la integración aparece desacreditado por el proceso de inclusión jerárquica y el contenido máximo de la cooperación está exhausto por la “delimitación mutua” de Rusia y Europa, donde la interfase entre ambas partes es enmarcado en el reconocimiento de la diferencia legítima de cada uno.

Mientras la narrativa liberal de autoexclusión confirmaba la diferencia institucional basada en la identidad política subyacente, la narrativa liberal de izquierda desmantelaba la estructura profunda conjunta de la identidad rusa en términos de su pura diferencia con el exterior. Así, el discurso ruso en las relaciones con Europa oscila interminablemente entre la problematización de la falta de reconocimiento debido de Rusia como miembro de “la comunidad europea” y, como si lo fuera, la desproblematización, de la cuestión del reconocimiento, donde la identidad rusa ya no requiere más la aceptación confirmatoria del “Otro” (Prozorov, 2007 :324).

Así, podemos considerar la inclusión jerárquica como el punto clave de “difracción” del discurso político en su totalidad de las relaciones rusas con Europa, mientras las narrativas de exclusión y autoexclusión pueden ser vistas en el sentido foucaultiano, como los efectos de la dispersión de las prácticas discursivas, de acuerdo a las reglas de formación de las estrategias del discurso, en términos foucaultianos.

La divergencia de las dos partes en relación a la soberanía, ha sido ofrecida como una explicación clave para la ocurrencia de disposiciones conflictivas en las relaciones eurorusas. Autores como el finlandés Hiski Haukkala han establecido una oposición binaria entre los discursos de política exterior rusa y europea, para los cuales, la política exterior de Estados Unidos es percibida postmoderna y postsoberana, que abraza la regionalización y la globalización. Mientras Rusia permanece quintaesencialmente “moderna”, estadocéntrico y obsesionada por la “imaginación geopolítica” que la torna hostil a la integración internacional.

Según este argumento, los marcos facilistas de los enfoques “realista” o “geopolíticos”, un proyecto “soberano moderno” y la oposición estadocéntrica a la globalización, son presentadas como exógenas al discurso político de Estados Unidos. Una interpretación similar ha sido esgrimida por autores como Ole Waever, para quien el “Otro” contemporáneo de Europa, no es otro que su propio pasado: la Europa de los Estados soberanos modernos. No obstante, como nuestro análisis ha

mostrado, la otredad temporal está adquiriendo en la actualidad, un “Otro” territorial claramente identificable; Rusia, en cambio, constituye su presente identidad sobre la base de lo que precisamente Europa está dejando atrás. Rusia es así, la imagen perfecta del “pasado europeo”, sobreviviendo en el presente (Prozorov, 2007 :325).

Este argumento permite entender y apreciar el recurso discursivo persistente de conservadores como Narochnitskaya o Rogozin, reclamando a Rusia como “verdaderamente europea”. Esta expresión es enteramente verdadera, en la medida que la estatalidad soberana moderna, es una característica inherente a la tradición europea, la misma que aparentemente está desacreditada hoy; para los conservadores rusos, las prácticas europeas contemporáneas han traicionado dicha tradición y son así, “europeas falsas”.

En esta lectura, la subjetividad soberana rusa por definición, se posiciona a sí misma, como el “Otro de Europa”, desde que territorializa meramente el modo dominante de la otredad temporal. La narrativa de la autoexclusión es así autoexplicativa, en la medida en que cualquier afirmación de soberanía excluye a Rusia del discurso de la UE, lo pretenda o no incluir (Prozorov, 2007 :326).

La paradoja de la política exterior europea consiste en el hecho de que, al permanecer ambas seguridades (interna y externa) como imperativos indispensables, cualquier política concreta hacia Rusia, estará marcada por su aparente opuesto, que socava su lógica desde adentro. La orientación jerárquicamente inclusiva de las políticas europeas hacia Rusia, así puede ser interpretada en términos de una combinación paradójica de imperativos de política diametralmente opuestos (Prozorov, 2007 :326).

Se comprueba entonces que, en lugar de una fácil representación de dos sujetos, cuyas políticas son guiadas por lógicas incompatibles, se observa la existencia de una compleja amalgama de lógicas de soberanía e integracionismo en las políticas, tanto de Rusia como de la UE. El carácter generador de conflicto del enfoque europeo hacia Rusia, no es

así, meramente un fracaso de política o el resultado de una divergencia a priori de las lógicas de políticas europeas y rusas, sino el efecto de de una contradicción más fundamental del corazón del proyecto europeo, el cual dibuja las líneas de exclusión en el núcleo de sus programas integracionistas y las prácticas soberanas en sus numerosas acciones de su desaprobación. Las disposiciones conflictivas de las relaciones eurorusas no serán eliminadas a menos que esta contradicción sea resuelta, aunque todavía permanezca latente la cuestión de si puede ser resuelta sin rediseñar fundamentalmente el proyecto europeo tal como lo conocemos (Prozorov, 2007 :327).

En su último mensaje a la Asamblea Federal rusa, en el año 2005, Putin habló de la adhesión de su país a los valores europeos. “Alcanzadas por la cultura europea a través de mucho sufrimiento, los ideales de libertad, derechos humanos, justicia y democracia han sido por muchas centurias los valores determinantes de nuestra sociedad”. Aunque algunos críticos duden de la promoción de éstos, es importante marcar que los valores sostenidos por el Presidente no son distintos de los europeos, como en el pasado; los contactos con Europa que privilegian los rusos a la hora de los negocios, los estudios, el turismo e incluso a la hora de contar con viviendas o propiedades en el extranjero; la legislación rusa ha tomado normas de la UE (Zubelzú, 2007 :117).

Hasta ahora, la preferencia social rusa por Occidente llámese Estados Unidos o Unión Europea, está atravesada económicamente. Son los sectores más ricos, profesionales, urbanos, jóvenes, quienes adhieren a los valores y formas de vida occidentales y desearían una Rusia semejante a la pretendida por los Kozyrev, Yablinsky o Kasparov. A medida que baja el nivel socioeconómico, aumenta la edad y el hábitat cambia hacia una mayor ruralidad, crece el sentimiento eurasiánista o aislacionista. En tal sentido, una Rusia más semejante a la realidad de Kaliningrado (la ex Prusia Oriental, “germanizada”), al Oeste, así como parecida a Vladivostok (más orientada a la tradición e influencia nipona),

al Este, también puede ser el “puente” intercultural que se requiere para esta transición entre los diferentes mundos (Okuneva, 2011).

Es probable que la tendencia occidentalista, al menos, la proeuropea, se profundice en los próximos 15-20 años, cuando ocurra otro cambio generacional y la camada de líderes y gerentes postsoviéticos (muchos de los cuales han estudiado en Occidente o trabajado en o con empresas occidentales) pasen a estar en las primeras líneas de decisión.

3.6. China

La relación sinorrusa, puede entender genuinamente en términos realistas o neorrealistas, donde mejor se expresa la defensa de intereses nacionales y la necesidad de ambos, de balancear el poder norteamericano.

Resulta bastante claro que la política exterior rusa se orienta más -y tiene como principal referente- a Occidente, que a Asia, pero ya el Concepto de Política Exterior de 2000, entre otros, le da creciente relevancia a Asia. La Rusia de Putin le otorga un gran interés a la cooperación con la *Asia-Pacific Economic Cooperation* (APEC), organización que ofreció a Rusia como un puente a Europa. Una razón que explica ello, es de carácter doméstico: desarrollar las zonas asiáticas de Rusia, que más allá de enormes riquezas naturales y de hallarse cerca del área del mundo comercial y productivamente más dinámica del mundo entero, son más pobres que las regiones más europeas (Oldberg, 2005 : 57)

Pese a que unos dos tercios de Rusia, los vastos territorios de Siberia y Extremo Oriente, son geográficamente asiáticos, este país no ha sido un actor con peso en la región de Asia-Pacífico. Durante la era soviética, el conflicto con Occidente y la rivalidad ideológica con China contribuyeron a esta situación. Sin embargo, la disolución de la URSS provocó un cambio en los intereses nacionales de Rusia, que comienza a buscar apoyos entre sus antiguos rivales, sobre todo, Estados Unidos, tan clave en términos económicos y políticos, durante la era Yeltsin-Kozyrev (Morales Hernández, 2004 :1-2).

Tras el vuelco nacionalista en 1993, años más tarde, la Doctrina Primakov con su énfasis en la multipolaridad, contraria a los intereses norteamericanos, coincidirá con la elaboración en China, de la mano de su líder Jiang Zemin, de un “nuevo concepto de seguridad”, que incluye elementos tradicionales de la política exterior china junto con otros más novedosos, procedentes de los debates teóricos surgidos en Occidente en los años anteriores. Así, se afirma que la seguridad debe ampliar su significado más allá del puramente militar para incluir elementos económicos, políticos, culturales o medioambientales; por otro lado, se enfatiza la interdependencia entre Estados, que hace más tenue la línea divisoria entre seguridad interior e internacional. Esto lleva a la adopción por Jiang de un concepto de “seguridad cooperativa”, abierto al establecimiento de un diálogo multilateral basado en los principios de la coexistencia pacífica defendidos por su país (Morales Hernández, 2004 : 2).

De forma progresiva, ambos países comienzan a percibir puntos comunes en sus intereses. Mientras que Rusia necesita un aliado como alternativa a la relación con EE.UU., para reforzar sus aspiraciones de potencia mundial —lo cual le concedería más peso a la hora de negociar con Washington—, China quiere una frontera norte estable que le permita concentrar sus recursos en la economía y en el problema de Taiwán; para lo cual las importaciones de energía y armamento rusos le son necesarias. Éste es el origen del proceso que se inicia en 1996, durante la visita de Yeltsin a Pekín, en la que ambos presidentes hablan por primera vez de establecer una “asociación cooperativa estratégica basada en la igualdad y la confianza y orientada hacia el siglo XXI” (Morales Hernández, 2004 :3).

Precisamente, en dicha ocasión, en reacción a la ampliación de la OTAN, Rusia y China firman el Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación en julio de 2001. Se establecen cuatro puntos que rigen hasta hoy, tal vínculo: a) la cooperación estratégica; b) la no interferencia en los asuntos internos de los Estados; c) el compromiso de no hacer

reclamos territoriales uno al otro ni alianzas de uno contra el otro y, d) la instauración de mecanismos de consulta por amenazas a la paz. China y Rusia coinciden sobre cuestiones de la arena internacional como la multipolaridad; el Tratado ABM; la ampliación de la OTAN; la condena de las intervenciones en Kosovo e Irak; el rechazo de la hegemonía norteamericana y el apoyo mutuo acerca de la integridad territorial contra terroristas y separatistas (Chechenia, Tiber y Taiwan).

Tras la “Declaración Conjunta sobre un Mundo Multipolar y un Nuevo Orden Internacional”, entre Yeltsin y Jiang Zemin, en Moscú, en abril de 1997, los temores que ambos Estados guardaban, se hicieron realidad, en ocasión de la guerra de Kosovo. El vínculo se profundizó más aún con la firma del Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación, firmado en julio de 2001, ya con Putin en el Kremlin.

En dicha ocasión, se alcanzan una serie de compromisos mutuos en el ámbito de la seguridad y aunque no se hable de una alianza militar o política, sí se trata de una “asociación equitativa, basada en la confianza y la cooperación estratégica” en los asuntos de interés común. De ahí que las relaciones bilaterales se basen en “la no participación en alianzas, la no confrontación y el no estar dirigidas contra terceros países” (Morales Hernández, 2004 :5).

Si bien el apoyo a la multipolaridad continúa, los efectos de Kosovo se hacen sentir y entonces se refuerza la defensa del concepto de “soberanía estatal” versus otras expresiones en boga, como “intervención humanitaria” y “soberanía limitada”.

De todos modos, aquí se percibe la gran contradicción entre el discurso multipolarista de estas potencias y su defensa a ultranza de sus intereses nacionales. Esta sólo puede plasmarse en organizaciones de seguridad cooperativa, de alcance regional limitado como la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) -*Shankhaiskaya Organizatsiya Sotrudnichestva o, ShOS*-. Este es el tipo de régimen internacional que dichos Estados emplean para llevar adelante sus objetivos de interés nacional, de manera cooperativa pero cabe destacar que se trata de una

organización donde ambos Estados predominan o influyen sobre el resto (Morales Hernández, 2004 :6)⁷⁸.

Otro es el Grupo de los Seis, que incluye a Rusia, en la promoción de la paz con Corea del Norte, foco de tensión nuclear en la zona aledaña al territorio ruso. Un tercero es el Grupo de los Cuatro, que diseñó hace algunos años, la llamada “Hoja de Ruta de la Paz” en el conflicto palestino-israelí. Todas son instancias de cooperación informal, en las que Rusia participó o participa activamente (Edwards, Kemp, Sestanovich, 2006 :26).

Rusia y China sólo piensan o proyectan en la ONU u otros organismos internacionales de gran alcance, cuando deben bloquear o vetar a Estados Unidos o, adquirir cierto status de prestigio u, obtener posiciones de ventaja comercial o financiera, es decir, como instrumentos de “limitación de daños”, priorizando siempre sus soberanías estatales.

Por eso, el carácter bilateral de sus vínculos, es fuerte y está basado en el encuentro de sus máximas figuras políticas. Hasta 1996, la frecuencia de las cumbres era bianual; en 1997 se celebraron dos encuentros, para convertirse en anuales a partir de entonces. Mientras que Yeltsin visitó China sólo tres semanas antes de su retirada de la política, Putin pareció no considerar una prioridad, acudir a Pekín tras ser elegido Presidente, a pesar de las peticiones chinas para que lo hiciera. Así pretendía dar una nueva imagen, más independiente, en las relaciones de Rusia con China, de forma paralela a movimientos similares de autoafirmación hacia Estados Unidos.

La demora no se ha repetido en el caso de Hu Jintao, con quien los contactos no tardaron en producirse: Putin fue el primer líder extranjero en visitar al nuevo secretario general del Partido Comunista Chino (PCCh), quien por su parte eligió Moscú como primer viaje oficial. Los contactos de

78 La OCS, formada por Rusia, China, Kazajstán, Kirguizistán, Uzbekistán y Tayikistán, ha supuesto un ejemplo de la cooperación ruso-china como factor de estabilidad regional en Asia Central. Sus ámbitos de actuación abarcan desde las medidas de confianza (CBM) en la frontera hasta la los ejercicios militares conjuntos, la lucha contra el terrorismo y los tráficos ilícitos, y la cooperación económica. Hay que destacar que fue creada en junio de 2001, el mes anterior a la firma del Tratado ruso-chino, lo que muestra la interrelación entre ambos acontecimientos (Morales Hernández, 2004 :6)

Putin con China, incluyeron también una Cumbre con el Secretario del PC Chino, Hu Jintao, en la ciudad de San Petersburgo, en el año 2006, cuando se firmó un nuevo Tratado de Amistad y Cooperación, tras cinco años (Morales Hernández, 2004 :6).

En línea con lo afirmado por el ya nombrado Alexander Wendt, precursor de la interpretación constructivista del interés nacional, signado por una mixtura de supervivencia física, autonomía, bienestar económico y autoestima colectiva, Rusia se ha acercado a China, aún a pesar de las diferencias culturales. Pero esta proximidad tanto con Beijing y Bruselas, no hace más que expresar las identidades rusas. La mayor parte de los rusos se sienten europeos y asiáticos y muestran menor estima hacia Estados Unidos (Ferdinand, 2007 :845-850).

El entendimiento chino-ruso, consolidado tras los ejercicios militares conjuntos de años recientes, puede estar basado en una debilidad sistémica y articulado en torno a unas armas que Beijing necesita comprar –e incluso producir con delimitadas licencias otorgadas por los rusos– y Moscú debe vender para engrosar unas pauperizadas arcas estatales. Con mayor elocuencia, los intercambios comerciales son diez veces menores que los que Beijing mantiene con Washington o Japón. En cualquier caso, las armas son relevantes para sofocar las tensiones étnicas o las amenazas del fundamentalismo radical islámico, que ambos Estados sufren en sus territorios. Allí se tornan también relevantes la eliminación de las desconfianzas entre sus generalatos y los numerosos y crecientes contactos en materia de inteligencia y control de fronteras.

Asimismo, es evidente que el país más extenso y el país más poblado no dejarán de albergar suspicacias mutuas en vistas a su peculiar vecindad, a lo largo de sus más de 4.000 kilómetros de frontera. Pero esos temores son absolutamente infundados. Si bien hay cierta xenofobia rusa y manipulación política, además de desconfianzas chinas por el incumplimientos de los tratados en el pasado por parte de los rusos, la tendencia es al crecimiento de la población china en aquellos lejanos

territorios rusos así como el persistente crecimiento económico impulsado por la “locomotora” china. Así lo entendió Putin, quien, representando el consenso mayoritario de casi todo el arco político ruso y, tras haber proyectado y construido en parte, la autopista Moscú-Vladivostok-Singapur y contribuido en cuadruplicar el comercio bilateral, respecto a su llegada al poder, considera vital para Rusia, el acceso a Oriente (Morales Hernández, 2004 :9)⁷⁹.

En el este, Rusia planeaba capitalizar reservas petroleras ricas siberianas, en los países vecinos. La potencialidad de la región en cuanto a explotación de recursos energéticos es enorme: se estiman las inversiones en poco años más (cinco a diez), en 100.000 millones de dólares.

79 Siberia tiene las dimensiones territoriales de China, pero allí no vive más de una veintena de millones de habitantes. Si bien esa cifra es mayor a la de Alaska y algunas zonas comparables de Canadá, por el clima, es una cantidad exigua en relación a la potencialidad económica de la zona, que demandaría una mucho mayor población estable. En el Extremo Oriental ruso, viven unos 6,7 millones de habitantes más pero en todo el noreste chino, viven 400 millones de habitantes: 380 en la Provincia de Heilongjiang y unos 20 millones en la frontera con Xinjiang. A ello debe agregarse un descenso anual de la población de la Federación Rusa estimado en 750.000 personas. Por el contrario, la población china crece anualmente casi 15 millones de habitantes, equivalente a la población de la vecina Kazajstán. Las proyecciones demográficas dicen que en 2050 China superará los 1.600 millones de habitantes y Rusia bajará de 145 a 104 millones. Cuanto más cerca de la frontera, la proporción de rusos étnicos se mantiene alta, entre el 80 al 88 % de la población (por ejemplo, en Primorie, Khabarovsk, Amur, etc.) pero a medida, que se alejan, disminuye a la mitad (Buriatia, Saja, etc.). No obstante, las previsiones rusas parecen alarmistas: las cifras oficiales hablan de 400.000 inmigrantes ilegales chinos en toda Rusia -la paradoja que oficialmente, la cantidad de ciudadanos chinos alcanza una cifra irrisoria: 35.000-. Pero según estudios independientes, el número real parece no ser tan alto: por ejemplo, mientras que Moscú señala que unos 240.000 chinos llegan cada año a Primorie, un estudio realizado *in situ* cifra la población china en sólo 20.000 de los 2,3 millones de habitantes del territorio. Esto demuestra que los inmigrantes, pese a ser muy numerosos, no tienen interés en establecerse definitivamente en la Rusia asiática: muchos de ellos son trabajadores temporales o viajantes de comercio que regresan a China al terminar sus negocios, mientras que otros simplemente la utilizan como escala en su viaje a la Rusia europea. Es allí donde se están formando comunidades chinas más numerosas, como los 50.000-100.000 residentes en Moscú; algunos de los cuales se trasladan desde allí a otros países de Europa (Ferdinand, 2007 :842) (MacFarlane, 2006 :55).

Durante 2003-2004, el gobierno ruso fue decidiendo entre una ruta china más corta y una ruta más larga que podría conectar las fuentes petroleras siberianas con los mercados japoneses. El proyecto Chinese-Angarsk-Daqing fue acordado por la rusa Yukós y la China National Petroleum y en mayo de 2003, el acuerdo de provisión de petróleo fue acordado por el nuevo Presidente chino, Hu Jintao, en su primer viaje a Rusia. El proyecto alternativo podría conectar Siberia Oriental con Nadhodka y desde allí, a Japón. Este era extensivamente canalizado por el lado japonés, el cual, prometía financiar todo el proyecto si Rusia acordaba eso. La cuestión del oleoducto petrolero estaba siendo discutido, incluyendo la cuestión de territorios nororientales y un posible tratado de paz con Japón. Los temores rusos de una ganancia del control chino sobre zonas siberianas, continuaron apareciendo en el proceso de decisiones de Moscú, particularmente desde que Beijing quería poseer el derecho para llevar unos 10.000 trabajadores para construir el oleoducto. Una complicación adicional para Rusia, fue que China también quería tener control sobre petróleo y gas, pero ofreció pagar a Rusia sólo si Moscú vendía gas para consumo doméstico (Tsygankov, 2006 :145).

Hasta el momento, las ventas de energía de Rusia a China son minúsculas aunque como se afirmó en el párrafo anterior, se hacen esfuerzos importantes y se tratan de generar acuerdos que faciliten esas exportaciones e inversiones. La infraestructura para el transporte de crudo es bastante deficitaria; las exportaciones rusas de petróleo a China, viajan primariamente en tren, lo cual es mucho más caro e ineficiente que en oleoductos. El gas natural no puede ser transportado por tren, a menos que adquiera un formato licuado, lo cual, suma otro costo adicional al servicio.

En relación a la opinión pública, en general, la actitud del pueblo ruso hacia China, es positiva. Una encuesta del All-Russian Center for the Study of Public Opinion (VtsIOM) en el año 2007, mostró que el 52 % de los rusos cree que Rusia y China pueden ser socios o aliados en el siglo XXI mientras que sólo el 4 % los percibe potenciales enemigos. Sin

embargo, el 62 % siente que la presencia de empresas y trabajadores chinos, en el Lejano Este, puede ser peligroso para Rusia 223

A modo de balance de los problemas o dificultades que encuentra la relación entre China y Rusia, lo cual obstruiría la posibilidad de un eje contrahegemónica, no sólo confrontativo con Estados Unidos sino revisionista de toda la estructura de poder internacional, pueden enumerarse básicamente cuatro.

Primero, está claro que la elite rusa muestra cierta aprehensión o temor a su similar china. Los antecedentes ya descritos de la Guerra Fría, incluso el conflicto militar de 1969 y demás circunstancias vividas, impiden el desarrollo de una confianza plena. El indicador más relevante en tal sentido, es que Rusia exporta armas a China, pero no las mejores, las más modernas ni las más complejas tecnológicamente, sino por temor a armar a un siempre potencial rival y tampoco lo hace, para no causar hostilidad en Estados Unidos, lo cual, otra vez, revela cuán importante es éste, como referente para los rusos.

En segundo lugar, ambos Estados son más dependientes en comercio con terceras partes que entre ellos mismos y el porcentaje de su comercio mutuo como proporción del comercio exterior total de cada país, está por debajo del 5 %. En el año 2002, Putin reprochó a China, excluyendo a Hong Kong, un comercio 8 veces mayor con Estados Unidos que con Rusia (Oldberg, 2005).

Tercero, Rusia y China tienen intereses competitivos en terceros países, donde los productos chinos son mucho más competitivos que sus similares rusos. La recesión rusa permitió a los hombres de negocios chinos entrar a Asia Central, y China se ha convertido en un poderoso demandante de recursos energéticos allí cada vez que Rusia no alcanza a satisfacer sus necesidades desesperantes de energía. Los chinos han desarrollado fuertes y penetrantes vínculos con Mongolia, un aliado de largo alcance de la vieja URSS, por lo que Putin ha intentado el reaceramiento con dicho Estado.

En cuarto término, cabe subrayar que entre Rusia y China, no sólo que China no afirma públicamente nada acerca de la relación entre Rusia y Estados Unidos, por ejemplo, la asociación estratégica en la lucha contra el terrorismo, sino que tampoco ambos comparten el sitio del G7 -sólo fue invitado Rusia-. No existe alianza formal entre ellos, por lo que nada indica, que China deje de ser una amenaza militar latente para Rusia, fundamentalmente por su extensa frontera y los antecedentes de conflictos. Hasta el momento, la potencialidad económica del vínculo desdibuja estas opciones (Oldberg, 2005 :48-49)

A modo de conclusiones, la crisis de identidad post 1991, explica en gran medida, el vínculo sinorruso. También al igual que con Europa, la relación entre China y Rusia se mueve, tomando como referencia central, a Estados Unidos. En momentos de mayor acercamiento con éste (los noventa, el 11-S), aquéllos se alejan y viceversa. Puede incluirse a Europa en tal sentido. China pasó a ocupar para Rusia, un lugar importante, al perder ésta, Europa Oriental y sólo permanecer al lado de Moscú, Bielorrusia. Toda vez que Rusia se vaya integrando a Europa, el eje con Beijing perderá sentido. Tampoco ayuda a la sociedad, el desequilibrio entre una Rusia en baja y una China en auge (Morales Hernández, 2004 : 14).

Todo esto no obsta a que las dos potencias, mantengan y fortalezcan sus relaciones en ámbitos como el BRICS o el propio Sudeste Asiático o, de manera bilateral, en términos comerciales, con el objeto de contribuir a la estabilidad regional.

3.7. Japón y el Sudeste Asiático

Más allá de Occidente, Rusia perseguía relaciones con otros Estados, por ejemplo, los asiáticos, sólo con la finalidad de modernizar su economía (vía venta de armas y energía), más que el desarrollo de alianzas diplomáticas o afinidades culturales profundas con aquellos. Las ventas rusas a China e India, los dos principales importadores de armas del mundo, no formaban parte de un plan estratégico para constituir un eje

antinorteamericano, sino, básicamente, estaban motivadas en las necesidades domésticas del complejo militar industrial ruso.

Lo mismo puede decirse de una área del mundo que seduce enormemente al Presidente Putin, la llamada de los “Tigres Asiáticos”: Japón, Corea del Sur, Singapur, Taiwan, Vietnam y Malasia, entre otros. Desde el final de la Guerra Fría, Rusia participa activamente en Cumbres de la ASEAN, donde se sumó a los foros regionales de dicha poderosa organización (en términos comerciales) y también en la APEC (la Organización de Cooperación Económica Asia-Pacífico), que se está convirtiendo en una fuente de inversiones crecientemente decisiva, para el Lejano Oriente ruso. La Rusia de Putin busca allí, mantener relaciones profundas y balanceadas con los países de la región, para lograr estabilidad en el mediano y largo plazo, en una zona de potenciales enormes tensiones y conflictos militares, dada la magnitud de los actores estatales involucrados.

Los intereses económicos predominan claramente sobre los militares. Mientras vendía armas, Putin se desinteresaba por la preocupación de Occidente sobre la proliferación de armas. Él arguyó que dichas preocupaciones reflejaban intereses comerciales para manejar fuera de Rusia de los mercados competitivos. En un número de ocasiones, el Presidente demostró que no debía hacer a las presiones de Washington que Rusia deje de cooperar con los “regímenes peligrosos”, como Irán. Los funcionarios occidentales argüían que Rusia se había comprometido con la proliferación de tecnología nuclear ayudando el programa nuclear de India y construir un reactor nuclear en Irán.

No obstante, el Presidente ruso creía que las acciones del Kremlin eran totalmente legítimas. Rusia abogaba construir dos reactores nucleares nuevos en Irán y firmó un convenio por 800 millones de dólares con el gobierno iraní. El acuerdo fue firmado antes que el Presidente Putin visitara Estados Unidos en setiembre de 2003 y los esfuerzos del Presidente Bush (hijo) para influir sobre Putin, no produjo resultado alguno. El propio Presidente ruso dejaba establecido que muchas

compañías norteamericanas y europeas cooperaban con Irán, a través de organizaciones intermediarias en la esfera nuclear. Los analistas rusos calculaban que el comercio iraní-norteamericano giraba en torno a los mil millones de dólares, una suma muy superior a la ruso-iraní, aún, en ausencia de contratos oficiales. Además, antes de la propia Revolución Islámica iraní, Washington y Teherán firmaron un contrato de 24.000 millones de dólares para la asistencia norteamericana en la construcción de 8 plantas nucleares en Irán, por los próximos diez años (Tsygankov, 2006 :144).

Otra concentración clave de Rusia en Eurasia eran los proyectos de energía y transporte. Otra vez, Rusia fue cooperando con China, Japón, Irán e India. En el sur, una idea clave había hubiera sido construir el corredor del transporte norte-sur que abriera la senda para la distribución de productos desde la India y la Península Arábiga, a través de Irán y la región del Caspio a Rusia y Europa y viceversa. En setiembre de 2000, Rusia, India e Irán firmó el acuerdo, por el cual, todos los firmantes se liberan de los impuestos a las importaciones y aduaneros. Se esperaba que la ruta del transporte, reduzca sus costos, un 20 % y los tiempos de entrega de 15 a 20 días comparados con la vieja ruta a través del Canal de Suez. De acuerdo a estimaciones de Mikhail Margelov, el líder de la Federación del Consejo de la Comisión de Relaciones Exteriores, Rusia esperaba hacer una inversión adicional de 5 a 6 mil millones de dólares en ingresos por transporte desde la nueva ruta (Tsygankov, 2006 :144).

Respecto a las relaciones de la Rusia de Putin con Japón, el líder ruso busca balancear primariamente a China pero también, le preocupa, una vez más, priorizar la situación económica doméstica. El máximo Jefe de Estado del Kremlin, sabe que necesita inversiones en la Siberia y el Lejano Este ruso. En el año 2000, ambos Estados acordaron construir puentes para transportar gas y electricidad desde las Islas Sakhalin hasta Japón. En el año 2002, Rusia empezó a negociar, como ya se afirmó antes, a propósito del oledoducto de Angarsk en la frontera rusa hacia

Nakhodka, con un ramal hacia China. Igual que con China, Rusia busca llegar a mercados enormes en cuanto a consumidores y PBI per cápita mientras Japón, que posee mucho mayor comercio con China que con Rusia, busca reducir su pesada dependencia energética de la inestable Medio Oriente. Además, puede aportar a Rusia, mucha mayor inversión genuina de capital privado, que China.

Por otra parte, los problemas entre ambos países existen y son de larga data. Japón es un aliado militar histórico de Estados Unidos y su desconfianza respecto a los rusos, con quienes libraron sendas guerras, es significativa. También existe el conflicto geográfico por las posesión de las cuatro Islas Kuriles, ocupadas por Rusia desde la II Guerra Mundial. Putin ha propuesto compromisos, reducir sus fuerzas militares y abrir las islas para visitas y pesca, pero se niega terminantemente a cederlas, por presiones históricas (militares y nacionalistas) a los líderes rusos.

Sin embargo, Rusia respeta a Japón, por su poder militar y su rol de potencia regional influyente en el escenario asiático de tantas tensiones geopolíticas. Por ejemplo, coincide con el papel japonés de balancear a China y también moderar el conflicto entre Corea del Sur y Corea del Norte. En términos de ventaja geopolítica respecto a China, Japón no posee fronteras con Rusia y tampoco es un peligro demográfico latente como aquélla, sino, muy por el contrario, la población japonesa desciende igual que la rusa. Las aprehensiones por su cercanía con Washington, son las mismas que pueden tenerse respecto de su afinidad con Pekín. Al pragmático Presidente Putin, dichas desconfianzas pasan a adquirir un tono relativo, a la hora de sopesar el interés nacional ruso.

El Premier Koizumi, visitó a Putin en San Petersburgo, en el año 2006; en dicha ocasión, se reafirmaron los vínculos ya forjados en la era Yeltsin, particularmente, la finalización formal de la II Guerra Mundial y el crecimiento del comercio bilateral (por ejemplo, automóviles Toyota y Nissan). En el plano cultural, Putin destacaba en tal ocasión, el éxito de la fiesta cultural y artística de Rusia en Japón, a la que asistieron más de medio millón de japoneses. En el ámbito del intercambio científico y

universitario, el Presidente ruso subrayó las actividades de la Universidad Estatal de Moscú, en tal sentido. Como problema pendiente, asomaba la cuestión de las visas entre ciudadanos japoneses y rusos en sus respectivos viajes (Putin, 2006).

En la cuestión Corea del Norte, cabe recordar que en noviembre de 1992, el Presidente ruso Yeltsin había visitado la capital de Corea del Sur, Seúl, anunciando la suspensión unilateral rusa, de la construcción de submarinos de guerra, una vieja especialidad de la URSS, por dos o tres años. Asimismo, le había entregado al Gobierno del presidente surcoreano Roh Tae Woo, las cajas negras del Jumbo de la línea aérea nacional derribado por pilotos soviéticos en septiembre de 1983, y como resultado de cuya acción, murieron los 269 pasajeros del avión. De este modo, el líder ruso, cumplía con una de las demandas históricas más reiteradas por Corea del Sur. También pronunció un discurso ante la Asamblea Nacional en el que subrayó la difícil situación económica de Rusia y la inevitable necesidad de rebajar gastos militares. Como si estas concesiones no fueran suficientes, en junio de 1993, Moscú había apoyado las sanciones de Washington en contra de Norcorea, por su retiro del Tratado de No Proliferación Nuclear (Tsygankov, 2006 :73) (Aznárez, 1992)

Sin embargo, Putin revirtió en parte, estas concesiones a Occidente y como gesto simbólico, su primer viaje oficial fue a Pyongyang, la capital de Corea del Norte. De hecho, ese viaje fue el primero histórico de un Jefe de Estado ruso al Estado de Corea del Norte, uno de los más aislados del mundo. En uno de los más grandes contrastes con la política exterior de Yeltsin, Putin firmó un nuevo Tratado de Amistad y Rusia pudo así, exportar sus armas al nuevo país "amigo". En el año 2001, Kim Jong-Il viajó en tren durante semanas a Moscú.

Rusia solía dudar de la posesión de armas atómicas por parte de Corea del Norte, pero finalmente, terminó recomendando las garantías de las inspecciones internacionales, incluso por parte de Estados Unidos y el cierre del programa nuclear, si aquella lo tuviere. La negociación con

Corea del Norte, vía el ya extinto líder norcoreano, asumió un tono grotesco y sumado a ello, su rechazo a la propuesta rusa de construir un ferrocarril a Corea del Sur, motivaron que Putin, con el transcurso del tiempo, se alejara definitivamente de las posturas confrontativas y maximalistas de Norcorea.

En el resto del sudeste asiático, Putin estrechó vínculos con Vietnam, viejo aliado comunista, con el cual, firmó un Tratado de asociación estratégica, durante su visita en el año 2001. Esto causó alarma en círculos norteamericanos pero también en China, pero la decisión rusa de cerrar la base naval de Cam Ranh, dejó a aquellos actores, sin argumentos. En Vietnam, como en el resto de los países de la ASEAN, Rusia busca diversificar sus contactos económicos, priorizar su agenda doméstica de inversiones y sobre todo, exportar armas.

3.8. India

Con la democracia más poblada del mundo y segunda potencia de Asia, con armas nucleares, Putin mostró continuidad con la política exterior de Yeltsin. Pero cabe preguntarse cuál es el sentido de la relación rusa con la India, a diferencia de la que mantiene con China.

La India continúa siendo el principal comprador de las armas rusas como de varios tipos de productos aunque el volumen total del comercio exterior ha caído bastante respecto a la URSS. En el mundo de la Postguerra Fría, India ha estado más cercana a Estados Unidos así como mantiene sus propias aprehensiones en relación al ascenso de China. La otra referencia ineludible para India, es su vecina y también provista de armas nucleares, Pakistán, de cerrado alineamiento militar con Estados Unidos, pero también respaldada en sus programas militares y nucleares, por China. Este factor más la apertura capitalista que ha empezado a tener en los noventa y le exige diversificar sus relaciones, justifica el reingreso a la escena de Rusia, heredera de la URSS.

Bajo la era Yeltsin, Moscú y Nueva Delhi firmaron un Tratado de Amistad y Cooperación en 1993 y luego, bajo Putin, una Declaración conjunta sobre asociación estratégica una década más tarde. Putin visitó

India en octubre del 2000, viaje en el cual propuso como contrabalanceo de la OTAN, un eje militar con India y China, pero los recelos entre éstas, producto de la guerra de 1962, impidió tal proyecto de Moscú. Luego del 11-S, estas viejas ideas, más cercanas a la etapa primakovista de la política exterior rusa que a la putinista, se diluyeron. India permanece como Observador en la Organización de Cooperación de Shanghai desde el año 2005 pero no pretende ingresar en razón de la presencia china. Tal excusa no le molesta en el caso del BRICS, bloque de tipo económico-comercial, formado en el 2006 y que comparte con Brasil, Rusia, China y Sudáfrica.

Putin volvió a visitar Nueva Delhi a fines del 2004, agradeciendo el apoyo de dicho país para el ingreso de Rusia en la OMC y el reconocimiento de facto del *status* de “economía de mercado”. En ocasión de dicha visita, se firmaron una serie de documentos de cooperación comercial e inversión a gran escala en programas y proyectos diversos, como el petrolero de Sakhalin I, la planta de energía nuclear Kudankulam y otros, como la metalurgia, industria ferroviaria, vías fluviales, finanzas, etc. Rusia no sólo considera a la India, como un “socio estratégico privilegiado”, sino también un aliado en la necesidad de la reestructuración institucional de la ONU y el Consejo de Seguridad de dicho organismo. De hecho, Rusia apoya el ingreso de India como un miembro más del Consejo de Seguridad de la ONU (Putin, 2004).

3.9. Irán, Irak, Turquía y Medio Oriente

En Asia Occidental, Putin ha mantenido relaciones con los viejos aliados soviéticos, tanto la Irak de Saddam Hussein como la Siria de Hafez Al Assad y su hijo Bashir Al Assad. En el caso de Irak, antes de la guerra de 2003, Rusia se opuso a las sanciones de la ONU e intensificó su comercio con dicho país. Se convirtió rápidamente en el socio comercial más relevante, ejerciendo un significativo rol en materia energética y en agosto de 2002, firmó un acuerdo por 40.000 millones de dólares. Por ello, la ocupación norteamericana significó un duro revés para los negocios rusos en aquel Estado, por lo que Putin intentó revertir

tal situación, al menos, reclamando en los foros internacionales, por la devolución del poder a las autoridades iraquíes.

Respecto a Irán, Putin continuó la línea de desarrollo de buenas relaciones iniciada por Yeltsin, incluyendo la exportación de armas pesadas y tecnología nuclear, más exactamente, la provisión de uranio enriquecido para la construcción de la central nuclear de Busher. Esto condujo a uno de los más importantes conflictos entre Estados Unidos, precisamente a partir de esta ayuda a Irán, que destinaría esa tecnología nuclear, para construir armas con fines destructivos y “exportar” terrorismo. Como en el caso iraquí, Rusia volvió a dudar de los cuestionamientos norteamericanos pero luego de la guerra de Irak, cambió de postura, dejó de vender el suministro citado y también acordó el estricto control impuesto por la AIEA (Agencia Internacional de Energía Atómica), votando en contra de Irán en los años 2005 y 2006.

La Cancillería rusa, a través de su Embajador en la ONU, Vitaly Churkin, se encargaba en todo momento, de justificar su cambio de posición, afirmando que le preocupaba el respeto de Irán por el sistema normativo de no proliferación nuclear, gestado en la Guerra Fría y que de ninguna manera, era un apoyo a Estados Unidos ni tampoco a su caracterización del régimen iraní como un Estado integrante del “Eje del Mal”. En realidad, Rusia empezaba a cobrar conciencia de que los planes iraníes podrían ser contraproducentes para sus propios intereses comerciales, si el gobierno de los “*ayatollahs*” planeaba exportar su “*know how*” nuclear a terceros países.

También Putin expandió sus contactos con los países árabes, los cuales, fueron más o menos críticos de la influencia norteamericana y ciertamente, son compradores de armas. Uno de esos Estados, es Arabia Saudita, cuyas relaciones con Estados Unidos, sufrieron un serio revés, después del 11-S. En octubre de 2003, Putin participó como observador de la conferencia de la Organización de Estados Islámicos, realizada en Kuala Lumpur. En el conflicto de Medio Oriente, de naturaleza palestino-israelí, Putin jugó un rol de mediador, aprovechando las buenas relaciones

históricas con Yasser Arafat, el líder palestino pero también con Israel, con quien, mejoró notoriamente su vínculo histórico a partir de la lucha común contra el terrorismo y el gran número de inmigrantes rusos, viviendo en aquel país. En otro de los actos simbólicos más importantes del escenario internacional de la última década, Rusia participó junto a Estados Unidos, la Unión Europea y la ONU, del cuarteto que apoyó la “Hoja de Ruta” especial, diseñada por Estados Unidos, para contribuir al proceso de paz entre israelíes y palestinos, con plazos preestablecidos.

En otro viraje similar al de Arabia Saudita e Israel, Putin proyectó tener buenas relaciones con Turquía, otro aliado histórico de Estados Unidos, miembro de la OTAN y principal respaldo de Georgia, Azerbaiyán y los países de Asia Central, más afines a la causa turca. El líder ruso encontraba intereses nacionales comunes, en la lucha contra el terrorismo y el separatismo (chechenos y kurdos, respectivamente), la resistencia contra la guerra en Irak y el comercio en ascenso. En el año 2003, el gasoducto “*Blue Stream*”, para la exportación de gas ruso a Turquía -recuérdese, principal promotora del BTC-, fue abierto mientras, la exportación de armas rusas al país, permanece bajo discusión.

3.10. Espacio postsoviético: Ucrania, Georgia, Bielorrusia y Asia Central

Respecto al espacio postsoviético, cabe recordar que durante el período Yeltsin, Rusia no planeó ninguna coordinación con las anteriores repúblicas. El ex Presidente argüía que Rusia debía liderar el proceso y las ex repúblicas debían seguir su ejemplo. Compartía la visión liberal en el sentido que las ex repúblicas no eran más que “una carga pesada (*giryá*) en las piernas rusas” y que Rusia no tenía otra opción que quebrar (*uiti v otryv*) con la ex URSS (Tsygankov, 2006 :79).

Sin embargo, sobre el final de su gestión y bajo Putin, el enfoque cambió y hoy, puede afirmarse que allí es donde más se percibe cierto rol hegemónico de Rusia. Aún cuando Putin ha incrementado su cooperación con los Estados Unidos los países europeos, la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y sus Estados miembros, son

considerados todavía como la más importante área en las documentos oficiales de la política exterior rusa. En su discurso a la Asamblea Federal en 2003, Putin destacó el hecho de que “son vecinos con muchas centurias de lazos económicos, históricos y culturales, como razones para ello”. Existe una mutua dependencia con muchos millones de rusos viviendo en los países de la CEI. Putin considera al espacio de la CEI como una esfera de interés estratégico, donde Rusia posee la mayor influencia y enfrenta sus mayores amenazas a su seguridad, pero también una zona de potencial progreso económico y estabilidad⁸⁰.

De modo similar a los discursos de Putin y, como se verá en el próximo capítulo, el Concepto de Política Exterior del año 2000, subrayaba la relevancia de la cooperación militar y política contra el extremismo y el terrorismo además de la cooperación económica, incluyendo el uso racional común de los recursos naturales. Las alusiones implícitas son, obviamente, al fundamentalismo musulmán radicalizado del Cáucaso y Asia Central, como la ambición del control sobre los recursos del gas y el petróleo, por ejemplo, de la región del Mar Caspio. En ambos casos, la idea de la elite rusa es mantener fuera de esa área, lo más posible, a las potencias extranjeras, particularmente, a Estados Unidos.

Para tal propósito, Putin ha tratado de que la CEI sustituya a la URSS, con un régimen internacional en gestación, incluyendo consejos de seguridad entre sus miembros, fuerzas pacificadoras y ejercicios militares conjuntos. Putin criticaba la CEI heredada de los noventa, afirmando que Rusia asumía todos los costos, sin, prácticamente, tener ganancia alguna. El gobierno ruso así modificó la institucionalidad de la CEI, relegando el Ministerio de la CEI a una Comisión en el año 2001 y en la Cumbre del

⁸⁰ El “espacio postsoviético” es un concepto demasiado amplio que abarcaría también a los países satélites de la URSS, pero hoy, tales Estados están totalmente fuera de la órbita de influencia rusa. Los Estados de Europa del Este, perciben muy mal a Rusia, dada la historia de sometimiento y coerción de décadas y, en algunos casos, como Polonia, de enfrentamientos seculares. Tampoco es útil la expresión el “exterior cercano” porque allí podría incluirse a los Estados Bálticos, pero dado su histórico rechazo a los rusos, no merecen ser asimilados allí.

año 2002, la CEI decidió la reducción del tamaño de sus estructuras a un cuarto.

Desagregando a la CEI, puede afirmarse que los tres Estados vecinos más cercanos a la Federación Rusa, Ucrania, Georgia y Bielorrusia, han tenido vinculaciones con Moscú, que han oscilado entre la lealtad y compatibilidad de valores e intereses hasta, particularmente, los dos primeros, la absoluta oposición, incluyendo la guerra (por ejemplo, contra Georgia en agosto de 2008).

En cambio, los cinco Estados de Asia Central, con particularidades especiales como etnia, religión (musulmana) y formas de organización preestatales, han virado de relaciones independentistas y antihegemónicas con Moscú, incluyendo vínculos con Estados Unidos, a vínculos de mayor cercanía y afinidad, incluyendo lealtad política. Hay que destacar que las cinco repúblicas centroasiáticas (Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán) había manifestado su rechazo a la Cumbre bielorrusa que puso fin oficial a la URSS en diciembre de 1991 y condicionaron su participación en la propia CEI, a la aceptación del respeto a la igualdad de derechos de la totalidad de los Estados. Finalmente, el 21 de diciembre de 1991, fue convocada la Cumbre en Alma-Ata (capital kazaja) y con la participación de las once repúblicas, se firmaron seis importantes documentos que extinguieron jurídicamente a la URSS (Blanc Altemir, 2004 :33) (Applebaum, 2008)^{81 82}

81 En los últimos años, tras la guerra con Georgia, Estados Unidos ha delegado todo rol de influencia en el espacio postsoviético de Asia Central, cediéndoselo a Rusia, que de todos modos, emplea “soft power”, es decir, una influencia cultural moderada, de ningún modo, militarista.

82 En efecto, en términos de “soft power” o “poder suave”, como se ha visto en el capítulo anterior, Rusia ha visto incrementada su poder e influencia. La otrora militarista Rusia ha trasmutado en una potencia que vende su cultura y sus bienes de consumo (TV, cine, novelas, arte, música popular, alimentos y por supuesto, energía, o sea gas y electricidad) a la zona del Cáucaso meridional y Asia Central, desde donde fluyen a su vez, cientos de miles de habitantes que emigran en pro de mejores oportunidades laborales y económicas hacia Moscú, San Petersburgo y otras ciudades rusas. Parece persistir una paradoja de larga duración: a la hora de barajar alternativas, la lejanía y el encajonamiento geográfico de los Estados centroasiáticos les impide desligarse del futuro de Rusia. Ésta es, pese a la coyuntura, una referencia insoslayable a largo plazo, y la inserción más social del conjunto de países en las corrientes globalizadoras (Hill,

Cuando se le pregunta a los rusos, cuáles son los cinco países “más amigos” de Rusia, en el 2009, el 50 % respondió Bielorrusia, el 38 % Kazajstán, el 18 % China, el 17 % Alemania y el 15 % Armenia. India, Azerbaiyán, Bulgaria, los otros Estados de Asia Central, excepto Turkmenistán), algunos europeos como Francia e Italia y los latinoamericanos, supuestamente “solidarios” como Cuba y Venezuela, aparecen más rezagados, en ese orden lejano (Centro Levada, 2009 : 165).

Respecto a los países vecinos a Rusia, Bielorrusia, Georgia y Ucrania, la política exterior hacia ellos puede ofrecer una real dimensión acerca de cuáles son las verdaderas intenciones hegemónicas del Kremlin. Tanto Putin como Medvedev han afirmado claramente que Rusia posee una esfera de influencia que incluye territorios de la ex Unión Soviética, en una versión rusa de la “Doctrina Monroe”. En tal sentido, la conflictiva relación con Ucrania (debido a la Revolución Naranja de 2004, que luego se vería revertida con el triunfo presidencial de Yanukovich) y Georgia (la “Guerra de los Cinco Días”, en agosto de 2008), podrían significar que Rusia representa una real amenaza para sus vecinos, sobre todo si éstos piensan en mirar como clave su ingreso a la UE y la OTAN (Mc Faul, 2008 :16).

Además de Estados Unidos (en segundo lugar), Georgia era el país más hostil para el 62 % de los rusos en el 2009 y le seguían Ucrania, los tres países bálticos, Polonia (enemigo histórico), Gran Bretaña y Afganistán (Centro Levada, 2009 :166).

A todo ello, se suma la problemática planteada por la ya mencionada corriente civilizacionista y eslavófila que en términos identitarios, considera de modo inclusivo en la rusianidad, a ucranianos y bielorrusos (o rusos blancos). Esta corriente, uno de cuyos representantes más destacados era el escritor ruso Alexander Solzhenitzyn, autor de “El Archipiélago Gulag”, sostiene que no existirían prácticamente disimilitudes

2004).

o elementos diferenciadores relevantes entre los tres grupos eslavos orientales: rusos, ucranianos y bielorrusos que justificasen la secesión en distintos Estados-Nación. A veinte años de la fragmentación de la URSS, la consolidación de la estatalidad de Ucrania parecía irreversible hasta noviembre de 2013, en que se desató un proceso político de grave impacto internacional e inciertas consecuencias a nivel doméstico, haciendo temer por una eventual fractura del país. En el caso de Bielorrusia, este proceso resulta más débil, dado que la existencia del proyecto de Unión de Estados con Rusia, incentiva interrogantes acerca de las perspectivas de construcción plena de un Estado-Nación en Bielorrusia (Zubelzú, 2005 :6).

Con respecto a Bielorrusia, en abril de 1996, la Rusia de Yeltsin se animó a crear una organización supranacional, denominada Comunidad de Repúblicas Soberanas de Bielorrusia y Rusia. Un año más tarde, Yeltsin se reuniría con su par bielorruso Lukashenko, para firmar un Tratado de unión legal, económica y militar, la Unión de Estados Soberanos: precisamente, ambos preservaban la soberanía e independencia de cada uno de ellos. Si bien los rusos preferían a futuro, un Estado federativo común, los bielorrusos ansiaban una confederación

83.

83 Sin embargo, en agosto de 1997, un conflicto menor entre Rusia y Bielorrusia, amenazó la existencia del Tratado de unión. Lukashenko, recibió una “bofetada” por parte de Rusia: el gobernador de Kaliningrado, quien le pidió que cancelara la visita a esa Provincia. Ésa había sido la respuesta rusa a la detención de varios periodistas de la Televisión Pública Rusa (ORT). Este incidente provocó una oleada de indignación en Rusia y obligó al Presidente Boris Yeltsin a pedir explicaciones a Lukashenko. El líder ruso llegó a amenazar con revisar el acuerdo estratégico firmado ese año. El acuerdo tenía importancia estratégica ya que podía servir al Kremlin para avanzar sus fronteras y sus instalaciones militares en el caso de que la OTAN aceptase en el futuro a los países bálticos de la ex URSS: Estonia, Letonia y Lituania. El sistema ruso de alerta de misiles se encontraba en Bielorrusia, después de que el Kremlin tuviera que desmantelar el radar de Skrunda, en Letonia. Desde 1971 hasta 1998, cuando dejó de funcionar, ese radar era el responsable de descubrir los misiles que podía disparar el enemigo. El nuevo acuerdo podría permitirle a Rusia reinstalar armas nucleares en Bielorrusia, más allá de la promesa de la OTAN de no volver a emplazar misiles en los países que pertenecieron al Pacto de Varsovia. También el acuerdo tenía una gran importancia política, ya que Moscú, si quería, podía forzar la fusión completa de ambos países en uno, lo que significaría la aprobación de una Constitución y la posibilidad para Yeltsin de presentarse a las elecciones de Presidente del nuevo Estado. Las reticencias bielorrusas se

Más allá de la evolución de los procesos políticos vinculados a esta cuestión, resulta relevante destacar la persistencia de una corriente de pensamiento que justifica la identidad eslava oriental enfatizando lazos históricos compartidos, tales como: un gobierno común, la administración unificada de la Iglesia Ortodoxa y el territorio de origen del Imperio ruso en Kiev –actual capital de Ucrania- y también en los vínculos actuales entre millones de personas. En Ucrania, viven aproximadamente entre 8 y 10 millones de rusos, en especial en la parte oriental. También existe una población caracterizada como identidad múltiple en el sentido que pueden identificarse con las dos identidades por ser descendientes de matrimonios mixtos ruso-ucranianos e incluso algunos se sienten también soviéticos.

Aleksandr Solzhenitzyn sostenía que estas tres etnias son “indivisibles aunque inmezclables”, y proponía la libre manifestación de

justificaban en el temor a que el Estado resultante se dote de una Constitución que permitiese a Yeltsin perpetuarse al frente de la nueva entidad, de modo semejante a Milosevic, al dejar la presidencia de Serbia. Lukashenko llegó a amenazar con alejarse de Rusia y estrechar sus lazos con la UE si se dejaba morir de inanición el proceso de unión, pero ése no parecía ser el motivo real del nuevo impulso que se había dado al proceso. El matrimonio no podría ser más desigual: no sólo por el abismo en cuanto a extensión territorial (85 a 1, a favor de Rusia) y de población (15 a 1), sino por las tremendas diferencias en la situación económica y el régimen político, a lo largo de los años postsoviéticos. Pese a su crisis global, Rusia parecía casi una democracia consolidada y de economía floreciente, si se la comparaba con su vecino. La situación en Bielorrusia era mucho peor que en Rusia y, como en los tiempos soviéticos, los productos escaseaban en las tiendas y la población debía hacer largas colas para conseguir los alimentos más indispensables. Bielorrusia es el único país de Europa (y de la antigua URSS) que practica la pena de muerte. Unas 326 personas de entre 18 a 65 años, han muerto de un tiro en la nuca, desde la caída de la URSS, tras juicios preparados por la ex KGB bielorrusa. Referéndums ganados por Lukashenko, como el de 1996, para prolongar su mandato dos años más (debía concluir en 1999) y detenciones o desapariciones de opositores, han sido prácticas comunes. Cabe destacar que el proceso de acercamiento entre Moscú y Minsk era aplaudido principalmente por la izquierda rusa, que veía en él, el posible comienzo del resurgimiento de un gran Estado federado como era la Unión Soviética. También el alcalde de Moscú y principal candidato a la presidencia de Rusia en el 2000, Yuri Luzhkov, apoyaba este proceso de unificación, mientras que la derecha rusa lo rechazaba por considerarlo absurdo desde un punto de vista económico. Ahora bien, el recelo respecto a la nueva unión no provenía sólo de afuera de Rusia, sino de su propio interior. Algunas repúblicas como Bashkortostán, Tatarstán o Yakutia que formaban parte de la Federación Rusa y, en el pasado, mostraron serias tendencias centrifugas, podrían haber exigido para sí el mismo estatuto que tendría Bielorrusia (Fernández, 1998) (López, 1999) (Corcuera, 2013).

cada cultura dentro de la unión, bajo el lema “No forzar la rusificación, pero tampoco forzar la ucranización”. La idea subyacente apuntaba a preservar identidades colectivas emparentadas, alejadas de la lucha política y de una eventual manipulación o utilización por parte de los sectores intervinientes en la misma. En el resto del *establishment* político, la idea de lazos especiales entre los eslavos orientales es muy popular. En mayo de 1997, Yeltsin apeló a la unidad eslava para justificar la firma de la carta de unión suscripta con Bielorrusia. Más aún, en su libro *Derzhava*, Ziuganov, incluyó sin equívocos a ucranianos, y a bielorrusos en la nación rusa (Zubelzú, 2005 :7).

Estas relaciones dependerán de si los sectores nacionalistas se consolidan en el aparato estatal de los distintos países –y en ese caso cuál de las variantes del nacionalismo ruso predominaría- para poder establecer qué tipo de lógica podría constituirse en el dominante o permanente. La importancia del Estado para el nacionalismo, que será retomada más adelante, aparece clara en su “caparazón protectora” (Zubelzú, 2005 :8).

Tan importante como definir si otras naciones eslavas constituyen “el Otro”, resulta determinar la relación con las minorías étnicas establecidas en Rusia como parte del “Nosotros”. En esa dirección, debe destacarse lo novedosa de la idea de una nación rusa cívica (*rossiiskaya*) cuyos miembros sean todos los ciudadanos de la Federación de Rusia (*rossiianie*), sin considerar sus orígenes étnicos o culturales (*ruskii*), unidos por la lealtad a las nuevas instituciones políticas emergentes y a la Constitución. En los años 1991 y 1992, el gobierno de Yeltsin impulsó esta identidad cívica y esto se reflejó en la ley de ciudadanía de 1991.

Numerosas políticas del Estado pueden influenciar la formación de identidad, pero sin duda, la legislación sobre la ciudadanía es crucial. La categoría ciudadanía es la que marca los límites de la comunidad política, ya que define quien disfruta de los derechos y se somete a las obligaciones de ser miembro de un Estado. También es vista como un indicador de la comunidad nacional. La ley de 1991 otorgó la ciudadanía

rusa a todos los que en aquel momento habitaban en la Federación sin exigencia de conocimiento del idioma ruso, o de residencia, ni ningún tipo de examen sobre la historia, la cultura o las leyes rusas. Además, en su artículo 18 ofreció la ciudadanía rusa a cualquier ciudadano de la ex URSS residente en los Estados que la integraron, con la única condición que no hayan tomado otra nacionalidad y exigiendo como único requisito el deber de registrarse. Sucesivos decretos presidenciales extendieron los plazos para cumplimentar el registro desde el 6 de febrero de 1995 hasta el 6 de febrero de 2000 y se eliminó el requisito del registro para aquellos ciudadanos de Rusia que hubieran regresado al país. La Constitución de 1994 menciona a la nación cívica rusa como una comunidad de todos los ciudadanos de Rusia (Zubelzú, 2005 :8).

La ley de ciudadanía aprobada por la Duma en abril de 2002, en base a un proyecto presidencial, exige requisitos para adquirirla tales como la fluidez en el idioma ruso o tres años de matrimonio con un ciudadano o ciudadana rusa. La ley prohíbe la doble ciudadanía excepto en casos estipulados en acuerdos firmados con algunos países, principalmente las repúblicas ex soviéticas. En ellas, Rusia ha promovido este *status*, con variada suerte.

3.10.1. Ucrania

Por cierto, las relaciones entre ucranianos y rusos resultan complejas. Se trata de dos países históricamente muy vinculados entre sí pero con trayectorias político-institucionales totalmente diferentes, para no rotularlas, de opuestas. Rusia y Ucrania pretenden ser Estados-Nación desde 1992, pero la primera fue siempre un Imperio y nunca un Estado en cambio, Ucrania lo fue por un muy breve período en la primera parte del siglo XX y casi siempre, fue parte (sometida) de imperios o confederaciones externas.

En el plano de los vínculos político-diplomáticos entre ambos Estados, éstas han oscilado entre la competencia, el conflicto y la cooperación. En la relación entre las sociedades de cada uno, no ha habido tal variación dado que la población ucraniana se diferencia

tradicionalmente por la existencia en la zona oeste de una población nacionalista, católica y pro-occidental, por las influencias históricas de Lituania y Polonia, mientras que en la zona centro-sur y oriental predomina una población más rusificada (parlante) y con identidades múltiples. A ello, debía sumarse la Península de Crimea -desde marzo de este año, recuperada por Rusia-, con minorías tártara (originaria) y ucraniana, con mayoría rusificada (étnica). Por lo tanto, el contraste entre la construcción imaginaria y el escenario real aparece con nitidez.

En el caso de esta compleja Ucrania, y en los tensos momentos previos a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de noviembre de 2004, Putin pidió al Parlamento ruso que acelere el tratamiento de la legislación que permita la doble ciudadanía ruso-ucraniana. Se estima que ésta podría ser otorgada a entre 4 y 6 millones de ucranianos que viven temporal o permanentemente en Rusia. También ha habido declaraciones presidenciales en el sentido de reconocer la doble ciudadanía ruso-israelí y la sugerencia de considerar a los descendientes de la primera ola de inmigrantes a Francia con una doble ciudadanía (Zubelzú, 2005 :9).

Lo dicho, testimonia elocuentemente la dificultad para establecer las fronteras del “Nosotros” (*ruskoye* o eslavos orientales), la necesidad política de un Estado que internamente estimule y fortalezca la inclusión de toda su población actual (*rossianie*), y en relación a la diáspora rusa (*ruskii*) aplique una política cauta y de cooperación en especial en las repúblicas pos-soviéticas.

Apenas empezó su mandato, Putin recibió la visita del Presidente ucraniano Leonid Kuchma en San Petersburgo y en la conferencia de prensa, relevada por Interfax, el flamante mandatario ruso, habló de un crecimiento en “las relaciones de confianza” entre ambos países por aquellos meses. Cabe destacar que en aquel momento, Ucrania representaba el 40 % del comercio con Rusia, entre los países de la CEI. Tanto en la energía, como en la aeronáutica, el espacio, la tecnología militar, la ciencia y la educación, Putin describía una importante

cooperación. Además, expuso como símbolo elocuente del fuerte vínculo cultural entre Rusia y Ucrania, la inauguración en San Petersburgo, del monumento al escritor ucraniano más famoso, Taras Shevchenko (Putin, 2000)

Tempranamente tras la reelección de Putin en marzo de 2004, Putin se vio enfrentado a una serie de nuevos desafíos. Una intensificación de actividades terroristas en el Cáucaso septentrional, la “Revolución Naranja” en Ucrania, la desestabilización del Asia Central y el rechazo de algunos Estados europeos para celebrar el sexagésimo aniversario de la victoria soviética sobre el fascismo en Moscú, se convirtieron en importantes *tests* para la supervivencia del “Pragmatismo de la Gran Potencia”. Este ahora era cuestionado a ambos lados del espectro ideológico. Algunos estatistas insistían que la cooperación con Occidente no era reeditable y que Rusia debía defender sus intereses de una manera más elocuente. Los liberales en cambio, pretendían deponer ambiciones de gran poder y perseguir grandeza económica y liberalización política, además de revigorar el frente interno con la ayuda de las naciones occidentales, que debían influir también sobre el espacio postsoviético.

No obstante que muchos en Rusia vieron la invasión norteamericana de Irak, motorizada por el apetito por el petróleo de Medio Oriente, Washington tenía también el objetivo de democratizar la región, estableciendo un nuevo régimen pro-occidental en dicho corazón. De todos modos, el Presidente Bush (hijo) no confinaba tal objetivo democratizador exclusivamente a tal región sino que buscaba ampliarla más allá, considerando que formaba parte de la estrategia política americana al estilo de una cruzada liberalizadora en el marco de la “guerra contra el terrorismo”. En el mismo, se inscribe el esfuerzo de Washington apoyando financiera y logísticamente, sin apelar a la opción militar, a la oposición en la “Revolución Rosa” en Georgia en noviembre de 2003, reemplazando el viejo régimen, tras protestas populares por sospechas de fraude en elecciones parlamentarias.

La reacción del Kremlin a la nueva estrategia fue consistente con la de la intervención en Irak. En este caso, Moscú al no ver al terrorismo con un fenómeno basado en un Estado, reclamaba cooperación interestatal y no un cambio de régimen político, para resolver el problema. Así, percibía los nuevos esfuerzos norteamericanos democratizadores en la región, como intentos sospechosos de minar la influencia rusa en el espacio postsoviético.

Por ejemplo, cuando Estados Unidos y otras naciones occidentales apoyaron a la oposición política en las elecciones presidenciales en Ucrania en octubre de 2004, Rusia le brindó todo su peso al candidato del régimen gobernante, Viktor Yanukovich. También mantuvo relaciones muy cercanas con Bielorrusia, Armenia y los países de Asia Central, más allá de las crecientes críticas de los Estados Unidos y la Unión Europea. Pocos cuestionaron la reacción del Kremlin al apoyo explícito de Washington al cambio de regímenes. La mayoría de la clase política y la opinión pública permanecieron recelosos de la actitud de Washington, lo cual facilitó al Kremlin, articular sus preocupaciones y perseguir su curso escogido.

Así, la respuesta del Kremlin a la estrategia del cambio de régimen de Washington era sustentable en el plano doméstico. Dos consideraciones adicionales reforzaron la reacción del Kremlin. Primero, el apoyo a la oposición en estos países donde los regímenes existentes permanecían totalmente en el control del poder, difícilmente era una opción viable. Segundo, el Kremlin tenía razones para sospechar de las motivaciones geopolíticas por el dominio de los recursos naturales en la zona, detrás de la estrategia norteamericana del cambio de régimen.

En noviembre de 2004, tras varios años de alternancia en la misma elite política (Kuchma-Kravchuk), afín a oligarcas, herederos de negocios en la ex URSS; elevada corrupción; contrabando de armas y crímenes mafiosos contra periodistas, en Ucrania se enfrentaron dos candidatos presidenciales, herederos de aquel mismo círculo del poder. Se trataba de Viktor Yushchenko, empeñado en estrechar relaciones con la Unión

Europea y con la política occidental, y el conservador Viktor Yanukovich, mucho más atento a mantener los vínculos establecidos con lo que los rusos llaman el "exterior cercano", y a robustecer, de este modo, el histórico eje Kiev-Moscú. Putin apoyó activamente a Yanukovich (según los reformistas, en forma abierta y descarada) y reconoció de inmediato la victoria de su candidato en segunda vuelta. Yanukovich ya se había impuesto en primera vuelta por simple mayoría, pero sin alcanzar el nivel exigido en ese régimen político semipresidencialista, similar al régimen político francés.

Sin embargo, la ciudadanía reaccionó de inmediato frente a esa maniobra y desbordó calles y plazas indignada por lo que consideraba un flagrante fraude, sin ser reprimida, debido a que las fuerzas de seguridad locales se negaron a hacerla. Esta circunstancia y la presión occidental, conllevaron a realizar una nueva segunda vuelta electoral, es decir, una tercera, en la que ganó rotundamente Yushchenko, para pesar de Putin (Mandeville, 2004).

De todos modos, la actitud de Putin no buscaba construir un nuevo Imperio ni incorporar a Ucrania dentro de Rusia, como antes tampoco lo hizo con Armenia, Azerbaiyán o Bielorrusia, países que vivieron procesos electorales semejantes al ucraniano. No obstante que Putin sobreestimó las posibilidades electorales de Yanukovich, nunca estuvo dispuesto a sacrificar sus relaciones con Occidente debido a la crisis ucraniana, porque no estaba dispuesto a defender sus intereses estratégicos, a costa de la confrontación o intransigencia. Esta conducta fue consistente con pasadas experiencias, como la ya relatada con el Tratado ABM, con Bush (hijo) que mostraban que el Presidente ruso no era un "pobre perdedor" y usualmente, tenía una estrategia de salida preparada.

Manejando la crisis ucraniana y desarrollando la evolución de los hechos, con el nuevo liderazgo de Yushchenko, el Kremlin no siguió el consejo de los estatistas de línea dura, que recomendaban sanciones económicas o el apoyo al separatismo prorruso en Ucrania. Si bien la opinión pública rusa abrumadoramente apoyaba el triunfo de Yanukovich,

Putin dejó en claro que respetaría al triunfador electoral cualquiera sea y que también lo haría, con la decisión de Ucrania de sumarse a la Unión Europea. Más que aplicar sanciones o presionar coercitivamente a Ucrania, el Kremlin planeaba cooptar a Yushchenko movilizando el “*soft power*” de Rusia y la interdependencia económica, cultural e institucional de las dos naciones.

Al mismo tiempo, Putin no aceptó el consejo de los liberales occidentalistas para posicionarse al lado de Yushchenko en la elección tan polarizada. Apoyó a un candidato que era percibido como prorruso y desafió a los líderes occidentales para no involucrarse en las elecciones ucranianas. Precisamente, atribuyó la crisis al fuerte involucramiento occidental en las elecciones y probablemente continuando en proteger los intereses rusos en Ucrania, ejerciendo influencia de “Gran Potencia” en aquel país. La presencia de la Flota Rusa en Crimea, las condiciones para empresarios y étnicos rusos y, la orientación de la política exterior ucraniana, serían de gran preocupación para Rusia en el futuro. No obstante, un pragmático en sus creencias, Putin pudo responder a las presiones domésticas nacionalistas como un método de mantener su base de legitimidad y poder. Si el liderazgo ucraniano probaba su falta de voluntad en llegar al encuentro del Kremlin, la aplicación de la presión no podía estar enteramente excluida.

Putin, un pragmático, gran ejecutor de la máxima “si no puedes con ellos, únete a ellos”, no dejó de acompañar el proceso político ucraniano post-“Revolución Naranja”. Vía su propio asesor Gleb Pavlovsky, el Kremlin preparó la transición de Ucrania hacia la UE, con su propia letra: el documento “Retornando a Europa con Rusia”, con la ayuda del Fondo para la Política Efectiva (*Fond Effektivnoi Politiki*).

La sabiduría de Putin había tenido efecto. Apenas un par de años después, la coalición ganadora de la “Revolución Naranja” (Viktor Yushchenko-Yulia Tymoshenko) se había quebrado inevitablemente, dada la facciosidad de la política ucraniana y volvería al poder Yanukovich, primero en octubre de 2006, como Primer Ministro de su ex rival y luego

como Presidente electo en el año 2010. Todas las banderas de la “Revolución Naranja”, llámense la entrada a la UE, el acceso a la OTAN, la transformación capitalista, la competencia que venza a los oligarcas, se habían derrumbado. Yanukovich, con el aval del Kremlin, tendría el poder para negociar mejor y hacer una transición más suave. La gran disputa entre Ucrania y Rusia, fue la suscitada entre Naftogaz (la empresa ucraniana) y Gazprom (el gigante ruso) por los precios del gas. En el 2005, Rusia empezó a subir el precio subsidiado que le proveía a los ucranianos, y la negativa de éstos, acareó sucesivos cortes en los inviernos de 2006 y 2008, hasta que la propia Timoshenko -casada con un oligarca-, firmaría un nuevo acuerdo con Gazprom, dañino para los intereses ucranianos. Años más tarde, pagaría tal acuerdo, con la cárcel, por cargos de evasión fiscal.

La situación ucraniana, en virtud de esta guerra comercial del gas y la propia renegociación del alquiler de la Flota Rusa del Mar Negro, con 20.000 hombres y barcos estacionados allí, desde la caída de la URSS, conviviendo con las fuerzas navales ucranianas, se iría complicando, afectando la economía, año tras año. La gestión Yanukovich arribó al año 2013, con enormes complicaciones domésticas que desembocarían en decisiones precipitadas y de altísimo costo político e institucional, pero Putin ya había alcanzado su objetivo de máxima: desactivar los potenciales y nocivos efectos de la “Revolución Naranja”.

3.10.2. Georgia

El camino ruso de manejar la crisis georgiana es un “*leading case*”. Tras la “Revolución Violeta” de 2003, que derrocó al ex Canciller de Gorbachov, Shevardnadze, Putin ayudó al nuevo liderazgo georgiano a negociar fuera de la crisis electoral y a terminar el separatismo prorruso en Abjaria. En compensación, esperaba que los intereses rusos en el Cáucaso fuesen honrados y que las dos bases militares rusas en suelo georgiano, no fueran desmanteladas. Cuando Putin verificó la falta de reciprocidad del lado georgiano, cambió de táctica. Después que Tbilisi intentó someter a Osetia del Sur por la fuerza y presionó a Rusia para

retirarse, Putin respondió. La “Guerra de los Cinco Días” en agosto de 2008, con Dmitri Medvedev ya como Presidente y Putin como Primer Ministro, fue la respuesta a la agresión del Presidente georgiano Saakashvili, que le dio a Moscú, la excusa perfecta para agredir. La UE y Estados Unidos detuvieron la guerra, evitando una masacre de magnitud. Georgia no pudo entrar así a la UE ni tampoco a la OTAN. Rusia había empleado, por primera vez, en la era postcomunista, el músculo de la fuerza, aunque también pudo evidenciar grandes dificultades operativas y logísticas en su fuerza militar, muy superior a la georgiana. Medvedev extendió su apoyo político a Osetia del Sur y Abjazia y estableció un régimen de visado en la frontera con Georgia. El conflicto permanece “congelado”, uno más, como el de Transdnistria con Moldavia.

En términos postestructuralistas, puede afirmarse que dicho conflicto fue la primera instancia de la violación por parte de Rusia, de la integridad territorial postsoviética, es decir, el orden especial establecido en los Tratados de Bielovezhie de diciembre de 1991. Mientras esta violación aparece *prima facie* clara y obvia, es válido dilucidar las implicancias de esta ruptura del “*nomos*” postsoviético, en el amplio contexto de la condición postcomunista y el trazado de la transformación del espacio postsoviético en los que podría denominarse, el “*ethos*” de la anomia, en el cual, el orden se halla suspendido y la política juega como un esquema puramente táctico e intrigante.

Debieran entonces, tratarse los antecedentes, causas, motivos y la dinámica del conflicto ruso-georgiano y focalizar específicamente en la transformación sistémica del orden espacial postsoviético. Mientras al comienzo del período postcomunista, Rusia funcionó como una fuerza estatal restrictiva en el diseño postsoviético, la Guerra de 2008, tornó imposible ese rol, colocando al espacio postsoviético en la condición de anomia o el estado de excepción. No obstante, este proceso no debiera ser entendido en términos de una simple dicotomía de “*nomos*” y anomia, donde la Guerra rusa en Georgia, favorece el colapso del orden en desorden y la degradación en un proverbial “Estado fallido”.

Contrariamente, a los temores externos pero también ciertas esperanzas internas, la ruptura rusa del “*nomos*” postsoviético, no es un relanzamiento del imperialismo soviético o pre-soviético, ni tampoco un intento revolucionario por establecer un nuevo “*nomos*” en el espacio postsoviético (Prozorov, 2010 :271).

3.10.3. Asia Central

Respecto a Asia Central, el mayor desafío a la política exterior putinista provino de un cambio de poder en Kirguistán, el cual incluyó protestas masivas, de modo similar a lo ocurrido en Georgia y Ucrania y, la caída de Askar Akayev. Sin embargo, a diferencia de ambos países, la revolución kirguiza, no fue de “terciopelo”. Si bien el régimen no reprimió, tampoco las protestas tuvieron un sentido ordenado y fueron acompañadas por violencia y saqueos indiscriminados. En Uzbekistán en mayo de 2005, el escenario fue peor aún. Los manifestantes salieron a las calles a protestar contra las detenciones de empresarios prominentes en la capital del país y usaron la violencia para ayudarlos a huir. También el gobierno usó la fuerza, justificando la necesidad de luchar contra el terrorismo islámico. Varios cientos de manifestantes, murieron (Tsygankov, 2006 :156).

Ambos eventos tenían el potencial de expandir la mayor violencia en la región en ambos países. Rusia tenía una considerable presencia militar y estableció relaciones con los regímenes gobernantes. En respuesta a las crisis, el Kremlin enfatizó la importancia de preservar la legalidad y el orden en Kirguistán y apoyó al Presidente de Uzbekistán en el manejo de la crisis. El Ministro de Asuntos Exteriores Serguei Lavrov culpó al involucramiento de “fuerzas extremistas extranjeras” de Afganistán, incluyendo a los neotalibán y apoyó el uso de la fuerza para suprimir las protestas.

No obstante que había escasa oposición a las políticas del Kremlin en Kirguistán, el público ruso activamente discutió la respuesta de Moscú a la violencia en Uzbekistán. Los comentarios de políticos y analistas variaron desde el apoyo incondicional a la más fuerte crítica al quiebre de

los manifestantes en Anidjan. Algunos civilizacionistas y estadistas culparon de la protesta a la presencia militar norteamericana en la región y apoyaron completamente la ruptura. No obstante, los liberales occidentalistas advirtieron contra el apoyo ruso al régimen de Karimov, quien podría desencadenar una guerra civil en Uzbekistán. Por ejemplo, Boris Nemtsov, de la Unión de Fuerzas de Derecha, arguyó que el régimen de Karimov estaba languideciente y que el apoyo del Kremlin sería una opción perdedora, como lo había sido en Ucrania.

Al menos en el corto plazo, la respuesta de Rusia hacia las crisis de Asia Central, se inscribieron y garantizaron en el marco de la estrategia del “Pragmatismo de la Gran Potencia”. En Kirguistán, Moscú se abstuvo de toda interferencia y rápidamente estableció relaciones con el nuevo liderazgo, otorgando continuidad a su política. Desde el 2003 en adelante, su objetivo era preservar la base militar de Kant en dicho país. En el mismo período, los norteamericanos debieron abandonar su base de Manas. En Uzbekistán, Rusia no tenía otra opción que no fuera el apoyo a Karimov. En dicho país, los norteamericanos se retiraron de la base de Karshi-Khanabad.

Mientras ejercía considerable poder en la región, el Kremlin no tuvo la habilidad ni la capacidad de cambiar regímenes políticos y veía esta posibilidad como revolucionaria y destructiva. Aún cuando fueran mirados negativamente por su corrupción o prácticas por la fuerza o no democráticas, Moscú prefería mantener relaciones con dichos gobiernos. No obstante que la construcción de relaciones con el espectro político completo de países vecinos podía ser deseable, como lo demostró la “Revolución Naranja” de Ucrania, Asia Central no era Georgia ni Ucrania y allí, el cambio sólo podría provenir “desde adentro”. La reacción rusa era semejante a la occidental, que ordenaba investigar los eventos de Anidjan pero rechazó intervenir y convocar a la renuncia de Karimov. Defendiendo sus intereses en la región y cooperando con Occidente en las áreas de preocupación mutua, la continuidad en tal accionar era lo más adecuado para Rusia (Tsygankov, 2006 :157).

En Tayikistán, Rusia mantiene bases militares desde 1991, para proteger al gobierno tayiko de las incursiones guerrilleras talibán desde Afganistán. Cuando las guerrillas islamistas uzbekas han realizado incursiones desde Tayikistán en Kirguistán y Uzbekistán en el Valle de Fergana en 1999 y 2000, Rusia incrementó su apoyo militar a dichos Estados.

En Turkemenistán, el país de Asia Central, con mayor influencia turca, Rusia se aseguró el control de la provisión de gas, por ventajoso contrato de 25 años, que le permite a aquel país, estar fuera del esquema europeo.

Respecto a Azerbaiyán, Putin recibió la visita del Presidente azerí Ilkham Aliyev, en febrero de 2004, remarcando las óptimas relaciones bilaterales entre ambos países, estimuladas en ese momento por las coincidencias respecto a la guerra contra el terrorismo, sobre todo, en el Cáucaso (Putin, 2004).

Cabe subrayar al respecto, que Putin también apoya a Armenia, la cual precisamente continúa ocupando vastas áreas en torno al enclave de Nagorno-Karabaj, en la propia Azerbaiyán, donde retiene una estación estratégica de radar.

Tanto Azerbaiyán, como Ucrania y Georgia, son los países que insistentemente han hablado o intentado solicitar su ingreso a la OTAN, lo cual presiona a Rusia, para compensar esas probables pérdidas futuras.

A modo de balance de la política exterior putinista hacia los Estados de Asia Central, las alianzas con los regímenes clientelares, nepotistas y despóticos de dicha región, pueden resultar exitosas en el corto plazo pero en el largo, sólo pueden resultar positivos, los vínculos con la oposición y la sociedad civil, desalentando así el clima favorable para el desafío terrorista. En este último caso, no se percibe al Kremlin predispuesto a desarrollar tales vínculos.

3.11. América y África

Respecto a Canadá, a poco de asumir, en el 2000, Putin visitó Toronto y en dicha oportunidad, rescató la relevancia del vínculo con ese

Estado, considerado fundamental según lo que él llamaba “la dimensión septentrional” o el proyecto conjunto del Norte, incluyendo al Mar Artico. Así, Putin separa discursivamente a Canadá de su aliado geográfico, cultural y político natural, que es Estados Unidos, introduciendo una dimensión novedosa, particularmente, en términos de futuro. Finalmente, trataba de concientizar en pleno corazón de América del Norte, sobre la necesidad de conservar el Tratado ABM de 1972, con el objeto de preservar la paz mundial, instando a Estados Unidos, a avanzar con mayores reducciones en el START III (Putin, 2000)⁸⁴.

En relación a América Latina, tras la retirada de la ex URSS de Cuba, hubo un especial retraimiento ruso en este continente durante los años noventa. Pero la política exterior activa y multivectorial de Putin, volvió a focalizar en aquélla, considerando que Rusia debía tener el rol de “*global player*” o “jugador global”, si quería recuperar cierto protagonismo a escala internacional.

Para ello, debía reemplazar la perimida ideología soviética por una identidad nacional que reubicó intereses y entre éstos, se situaron los referidos a esta región del planeta. La búsqueda de nuevos mercados y socios, se inscribía en esta nueva política putinista eminentemente pragmática. Negando la posibilidad de cooperación en materia de energía nuclear, dos grandes “nichos de mercado” se convirtieron en las prioridades rusas para América Latina: energía y venta de armas.

En el primer rubro, los acuerdos de Gazprom con Venezuela en el año 2004 y los *joint-ventures* petroleros de empresas rusas como Lukoil con PDVSA, merecen ser citados especialmente. Pero también en Ecuador, con la presencia de Rosneft asociada a Ecopetrol y en Brasil, a Petrobras, revelan esas fuertes y crecientes inversiones energéticas rusas (Zubelzú, 2010).

En el segundo aspecto comercial, la exportación de armas, es visualizada muchas veces, con ciertos prejuicios ideológicos, típicos de la

84 Al respecto, Putin mencionó una carta que había recibido del propio Premio Nobel de Química, el canadiense John Polanyi.

Guerra Fría, que debieran ser ya superados. Se describen los movimientos de negocios rusos en tal campo, como si fueran motivados ideológicamente, y no se alcanza a dimensionar que Rusia compite allí de manera agresiva, con Estados Unidos, Israel, China, India y también empresas de la Unión Europea.

Helicópteros a Brasil, *Kalashnikovs* a Venezuela -producto del bloqueo en la ventas norteamericanas-, aviones Sukhoi a Perú (un cliente histórico), en suma, una serie de armas y modelos, que llegaron a estas tierras, para engrosar la balanza comercial rusa y no para satisfacer demandas políticas o ideológicas (Zubelzú, 2010).

Respecto a los Estados, obviamente, debe citarse el caso de Brasil, que es el socio más relevante que tiene Rusia en toda la región, superando a la propia Venezuela, contrariando las hipótesis más difundidas a nivel popular. El capítulo energético, particularmente petrolero, como ya se dijo, es revelador de la importante presencia rusa en dicho país. El caso opuesto es Cuba, donde tras la fuerte retirada soviética a fines de los ochenta y principios de los noventa, lo cual ocasionó un serio y prolongado desajuste estructural en la economía cubana, Rusia ha regresado, de la mano de Putin, aunque ha sido más simbólica, en el plano cultural o turístico o diplomática -la visita de Raúl Castro a Moscú, tras 25 años transcurridos desde el último viaje de su hermano Fidel- que en el plano de los negocios, lo verdaderamente sustancial en la lógica de la elite del Kremlin.

En segundo lugar, puede mencionarse el caso de Venezuela, con quien a partir de la Administración Chávez, Rusia ha mantenido una relación especial. Hugo Chávez visitó Moscú en julio de 2006 y en ocasión de dicho viaje, un lacónico Putin -frente a un verborágico Chávez-, habló de un crecimiento del 50 % en el vínculo, considerando al país andino como un “socio natural”, dado que se trataba del líder en reservas petroleras en el continente americano y el octavo en reservas de gas a nivel mundial. Pero no sólo en materia de energía, era especial la relación

entre ambos países: Putin también destacaba la vinculación en materia de ingeniería civil, industrias espacial y siderúrgica (Putin, 2006).

Respecto a otro continente, Africa, cabe mencionar la especial relación rusa con Sudáfrica. Putin visitó Capetown en el año 2006, donde fue recibido por el Presidente Thabo Mbeki, sucesor del gran líder democrático Nelson Mandela. En dicha reunión, se hizo hincapié en la cooperación económica y comercial entre ambos países. En tal sentido, se conformó un Consejo empresarial de cámaras de comercio e industria de ambos Estados. Los proyectos de inversiones a largo plazo, incluían explotaciones de manganeso, aluminio y centrales de energía nuclear, además del consabido interés por el desarrollo espacial (Putin, 2006).

Cabe destacar que Brasil, como Sudáfrica, junto a China, India y Rusia, forman parte del BRICS, el bloque de países emergentes ya citado en este capítulo, que lejos de constituir cierto rol de desafío a la estructura de poder internacional, pretende aún de manera incipiente, dados los intereses todavía no absolutamente comunes de los cinco Estados, acciones de cooperación global, defendiendo cierta multipolaridad y promoviendo una mayor participación institucional de dichos Estados en las organizaciones multilaterales existentes a nivel mundial.

Todavía es prematuro para aventurar cómo puede evolucionar el BRICS, porque si bien, sus Estados miembros aparecen interesados en reclamar su voz en el escenario internacional, por ejemplo, en ciertos foros internacionales, dedicados a cuestiones climáticas o de índole financiera, hasta aquí, aquéllos no han formulado más que tales discursos de poco impacto, concentrándose en algunas acciones comunes de coordinación o cooperación en el seno del propio bloque.

Además, existen ciertos recelos de liderazgo entre ellos: dos potencias nucleares como Rusia e India versus un “*trade player*” o “jugador comercial” como China, la necesidad de ascenso de Brasil o la legitimidad de la inclusión de Sudáfrica, cuestionada en el seno continental africano porque su lugar debiera ser ocupado por Nigeria. Esto

puede conspirar contra las propias pretensiones de avance internacional del bloque.

Capítulo 4: el plano personal de la política exterior rusa -Vladimir Putin-

Considerando sus rasgos y atributos decisivos en la toma de decisiones, de acuerdo a Hermann, Vladimir Putin, Presidente de Rusia entre los años 2000 y 2008, fue un líder predominante, pragmático y directivo. Primero, el régimen político ruso contaba con él a su mando, revestido con la autoridad –por la Constitución– de comprometer o retener los recursos del gobierno en lo referente a política exterior. Segundo, la maquinaria de política exterior del gobierno está organizada jerárquicamente y Putin estaba colocado en la cima de la jerarquía y era responsable de las decisiones que se tomaron. Tercero, él tuvo el control sobre las varias formas de coerción disponibles en la sociedad y, como resultado, ejerció poder sobre los demás⁸⁵.

Respecto a sus características personales como líder, habiéndolo demostrado a lo largo de su vida, Putin es un político pragmático, capaz de adaptarse a las más difíciles circunstancias, mientras continuaba fiel aferrado a sus convicciones. Fuerza de voluntad, combinada con una racionalidad fría, han sido y son sus atributos, para esperar pacientemente por su oportunidad, habiendo sobrellevado situaciones puntuales adversas de su vida, como el ingreso vocacional a la KGB; la muerte del Secretario General soviético Yuri Andrópov (ex director de la KGB y por ende, jefe de Putin); el fin de la Guerra Fría; la lealtad y servicio a nuevos líderes políticos a los que no admiraba con fervor; el hundimiento del submarino nuclear Kursk en el Mar de Barents, con 118 hombres a bordo al inicio de su gestión presidencial en agosto de 2000, etc. (Morales Hernández, 2003 :10).

Frente al “hombre del tanque” (Yeltsin) o el estadista (Gorbachov), Putin es más o menos normal, ordinario, lo cual, hoy, parece más que una virtud. Un hombre de su tiempo, ante otros como Yeltsin, Clinton, Kohl y Mitterrand, quienes crearon otros como Blair, Bush (hijo) y Schröder. Para la mayoría de los rusos, cansados de tanta turbulencia, Putin

⁸⁵ Dijo el entrenador de judo de Putin cuando era joven: “sus oponentes nunca conocieron de qué lado, él se ubicaría frente a ellos. Era muy difícil siempre adivinar sus movimientos” (Godzumirskii, 2005 :57)

representa la promesa del retorno a un pasado idealizado de orden y estabilidad. Esa ordinariedad es parte de la realidad aunque no toda. Como figura, es complejo y elusivo. Como Presidente, Putin es único en cuanto fortaleza y demás atributos. Como hombre, es un misterio, con múltiples contradicciones, tal vez, de la misma manera que Stalin, no en términos psicológicos, sino por sus respectivas carreras políticas. Ascendente desde la propia burocracia; subestimado por varios y superándolos; atractivo para la muchedumbre; con actitud no sensible a la ideología, pero práctico a la hora de los instrumentos y los fines, usar el poder para ambiciosa agenda doméstica y externa; con una gran habilidad e interés en los detalles y los hechos consumados (Lo, 2003).

Putin goza de un enorme consenso, mayor que todos los que lo precedieron, aún en el reino de la libertad y la democracia. Ostenta en su haber, como se observa a lo largo de esta Tesis, una política exterior presidencial. Opacados Ivanov, como Molotov y Litvinov, en sus épocas, aunque no como los otros. La política exterior putinista es multifacética y flexible, pero con una manifiesta dominación política, sustantiva y simbólica. Putin tiene una perspectiva globalista: visitó una cantidad numerosa de países y líderes. No tiene una visión de largo plazo; su manejo es centralizado, coordinado y profesional, más que nunca.

Tampoco Putin puede ser considerado un nacionalista. Usa a los nacionalistas, emplea el discurso nacionalista sobre todo hacia afuera de Rusia, para satisfacer a ciertos sectores domésticos, puede incluso llamarse a su consenso interno, “nacionalismo moderado”, pero de ningún modo, puede rotularse a Putin, de “nacionalista”. Sus referencias discursivas son casi siempre a los “*ruski*” (noción de “nación cívica”) y no a los “*rossiiski*” (inclusión étnica). Su prioridad es el fortalecimiento del Estado pero no al precio de aislar a Rusia, de allí que también se recueste en los sectores liberales (Tsygnakov, 2014).

Ahora bien, cabe preguntarse ahora en términos personales, no tan en lenguaje institucional como se hizo en el segundo capítulo, si hay con Putin, un cambio sísmico o simplemente una reinterpretación del mundo

bajo viejos estándares. El es fruto de sus circunstancias, su propio pasado, etc. y la política pública es una formulación muy diferente de su implementación, donde Putin es la última instancia laudatoria. Pero resulta relevante quiénes lo rodean, porque eso permite responder la pregunta acerca del cambio virtual y el real. Existen Intereses económicos domésticos y “lobbies” vinculados a la seguridad nacional. En la mentalidad putinista, la seguridad rusa hoy es cooperativa en tanto así se responda a desafíos y amenazas. Para Putin, Occidente es un fundamental eje de referencia, aunque no exista plena coincidencia moral. La Rusia putinista es europeísta pero Estados Unidos es fundamental en materia de desarme nuclear, la guerra contra el terrorismo y la globalización. La Rusia de Putin es la combinación de constantes con rápidos y volátiles cambios: en diez años, cambió enormemente respecto a la post URSS. Gracias a Putin, esta Rusia importa y también, cómo ve e interactúa con el mundo.

Putin ofrece un tercer tipo de liderazgo, cuasi accidental. Todos (intelectuales y políticos) los subestimaron pero él hizo de su tarea, algo bueno y placentero. Entre marzo de 1998 y setiembre de 1999, cinco hombres pasaron como Primer Ministro de Rusia; había un enorme desencanto, gran frustración, hasta humillación. La élite que lo terminó ungiendo, estaba derrotada, desgastada. Primakov tal vez, hubiera revigorizado el debate pero generacionalmente, ya no era apto. Putin era gris, sintetizaba la mixtura perfecta entre liberales y ex KGB. Cabe recordar que en el período soviético, los reformistas fueron KGB, representados en las figuras de Lenin y Andrópov. Su propia experiencia en Berlín y San Petersburgo y, ser testigo de los escándalos de corrupción de la élite en 1996, lo prepararon para el poder. Su cosmovisión es eurocéntrica pero crítica y su esquema mental es defensivo, cobijado en la lógica securitaria.

Cabe ahora describir, empleando fuentes españolas como los profesores de la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia), Jesús De Andrés y Rubén Ruiz Ramas, cómo Putin arribó y se mantuvo al

frente de aquella Administración, encabezando la política exterior rusa durante tan largo período. Resulta indudable que bajo tal gestión, en términos axiológicos, Rusia se convirtió en un país mucho más libre y democrático que la vieja Unión Soviética. Además, Putin no heredó de Boris Yeltsin (1992-1999), una democracia consolidada cuando él se erigió en Presidente en 2000. Tampoco podría afirmarse que violó la Constitución de 1993, cancelando elecciones o arrestando a centenares de opositores (Hassner, 2008 :7-8)

Precisamente, cabe aquí analizar de manera dinámica, la institucionalidad y la forma en que operó ese conjunto de reglas de juego establecida para generar el orden político postsoviético, a partir de 1993. Resulta fundamental en tal sentido, concentrarse no simplemente en el desarrollo de las Constituciones, la sociedad civil o los sistemas de partidos sino en el éxito o fracaso de los esfuerzos para construir instituciones para eliminar a la oposición y mantener el control político. A diferencia de los estudios transitológicos del final de la Guerra Fría, que no les prestaban suficiente atención para el desarrollo democrático, instituciones y factores como la coerción efectiva y la capacidad de los líderes para mantener a sus aliados en la línea, pasaban en la era de la Postguerra Fría, a adquirir una gravitación nunca antes percibida (Way, 2008 :5).

Por consiguiente, cobrarán relevancia, consideraciones acerca de tres dimensiones: a) la naturaleza jurídico-institucional del régimen político ruso, a priori, formalmente, semipresidencialista, con un “Poder Ejecutivo dual” (Presidente y Primer Ministro) pero en la práctica, “hiperpresidencialista”; b) estrechamente ligado a lo anterior, la continuidad o ruptura entre el yeltsinismo y el putinismo, en relación a dicho juego institucional y, c) los tipos de liderazgo que ambos exhibieron.

4.1. Putin: continuidad o ruptura con Yeltsin

En relación a la herencia política, mucho se ha discutido si el período presidencial Putin, se diferenció notoriamente respecto del período Yeltsin. En efecto, examinando la evolución de las estrategias

organizacionales del Estado y los partidos que Yeltsin y Putin llevaron adelante para consolidar el poder y el impacto de estas estrategias sobre la competitividad del régimen, se demuestra cómo la debilidad estatal y partidaria bajo Yeltsin en los tempranos noventa, promovió la confrontación política de manera sustantiva. En cambio, un Estado y organizaciones partidarias más fuertes bajo Putin minaron la competencia política. Luego, se demuestra cómo las estrategias organizacionales adoptadas reflejan una lógica de aprendizaje por ensayo y error. El fracaso de las formas organizacionales iniciales para reducir la confrontación doméstica llevó a la adopción de nuevos abordajes, que culminaron en la decisión de Putin de crear una estructura estatal altamente centralizada y un partido gobernante o “del poder” (Way, 2008).

La evaluación y comparación de los dos períodos, destinada a observar finalmente las diferentes o similares trayectorias de las políticas exteriores, puede hacerse analizando el contexto político y el contexto institucional. Según el primero, la política exterior no es más que la proyección de las pugnas domésticas; en cambio, que para el segundo enfoque, existe siempre la posibilidad de enfrentamiento entre los Ministerios y demás agencias, lo cual termina generando una determinada política exterior.

En efecto, el período Yeltsin fue mucho más problemático y convulsivo que el de su sucesor, porque estuvo signado por los recientes y palpables efectos de la disolución de la URSS, la articulación del nuevo sistema político y económico, la lucha por el poder y la propia consolidación de su cargo al frente del país. Quien se había destacado como un eficaz opositor a Gorbachov y construyera así su ascendente carrera al Kremlin, luego demostró sus limitaciones como gobernante, ejecutando políticas radicalizadas, problemas de salud, crisis económicas, ausencia de un programa integral de gobierno, etc. (De Andrés, Ruiz, 2008 : 12)

También es cierto que a Yeltsin le tocó heredar una situación de “gobierno de minoría dividida”, que es la peor que puede vivir un régimen semipresidencialista.

Yeltsin, imitando a Gorbachov en 1989-90, se convirtió en Presidente de la rama legislativa rusa y, un año después, saltó a la Presidencia del Estado, con la diferencia de que fue elegido para ella directamente por el pueblo. Este cambio dotó a Rusia de los elementos fundamentales de una Constitución semipresidencialista. Al estar donde estaba por decisión de la Nación, el Presidente ostentaba la más alta posición simbólica (Colton, Skach, 2008 :8).

Pero el Congreso de los Diputados del Pueblo y el Parlamento permanente por él seleccionado, el Soviet Supremo, permanecían intactos, al igual que el gabinete gubernamental, un Primer Ministro independientes, nombrados por el Presidente, aunque confirmados por el Soviet Supremo, y que el arcaico “Presidium” soviético. La mayor amenaza para la autoridad del Presidente no era el Primer Ministro, sino el Presidente del Parlamento, un puesto ocupado por el que en su día fue fuera seguidor leal de Yeltsin, Ruslan Khasbulatov.

El Presidente del Parlamento tenía en sus manos la mayoría de los poderes acumulados durante el mandato de Yeltsin, es decir, el control sobre la agenda legislativa, la filtración de nombramientos para puestos ministeriales y de otro tipo, la publicación de decretos por medio del Presidium, y la información al Congreso sobre todas las materias relativas al estado de la Federación, asuntos exteriores y nacionales, y seguridad nacional.

Aunque el Presidente del Estado tenía algunas prerrogativas, muchos de los poderes del Presidente del Parlamento se solapaban con los suyos. Dado el sistema de partidos cambiante y escasamente institucionalizado, ningún Ejecutivo podía contar con una mayoría sólida en la Asamblea Legislativa. Rusia se encontró, así, con un “gobierno de minoría dividida”. Aunque ningún Ejecutivo tenía una mayoría legislativa, cada uno de ellos tenía el poder unilateral de decreto. Era una estructura

abocada al conflicto institucional inmediato: cada Ejecutivo se encontraba en minoría y cada uno de ellos tenía acceso a medios considerables para saltarse al resto de las ramas de gobierno (Colton, Skach, 2005 :8)

Todo este panorama descrito revela un contexto político caótico. La política exterior sería el producto de esa facciosidad doméstica. La variable endógena influiría sobre la política exterior: la facción comunista tan decisiva en el Poder Legislativo; la debacle económica de 1998 y la percepción de la opinión pública de que Yeltsin era dominado por Occidente. La opción siempre terminaba siendo binaria: acoplamiento o confrontación (Lo, 2003).

En cambio, el putinismo podría ser considerado un “régimen híbrido”, es decir, la combinación de elementos de la democracia liberal y el autoritarismo. Para definir a un régimen político como “híbrido”, deben explorarse tres arenas: la electoral, la de las relaciones Ejecutivo-Legislativo; la judicatura y la pública. En las cuatro, se emplean las elecciones como único criterio de legitimidad del poder político; el Ejecutivo avanza peligrosamente sobre los otros dos poderes y, la sociedad civil pierde autonomía de modo gradual pero persistente. Todo ello se traduce en déficits democráticos notorios como mayores niveles de corrupción, por ausencia de pesos y contrapesos, amenazas a la libertad de prensa y obstáculos a la presencia de una oposición formal, capaz de alternar en el poder (Ekman, 2009 :9).

Desde el inicio de su gestión, Vladimir Putin carece de los reparos que tenía Yeltsin para el uso del Poder Ejecutivo. Sin adherirse a él formalmente, promovió la creación de un partido pro Kremlin, Rusia Unida, que, junto con sus partidos homólogos, ganaría dos tercios de los escaños de la Duma en las elecciones parlamentarias de diciembre de 2003. Se ha servido de “palancas administrativas” y de su inmunidad al escrutinio parlamentario y popular para revocar muchas de las innovaciones políticas democratizadoras introducidas durante el mandato de Yeltsin e, incluso, con Gorbachov. Aun más que Yeltsin, Putin considera el gobierno como un “coto cerrado”, que tiene que ser dirigido por

tecnócratas no pertenecientes a un partido, burócratas y gente afín desconectados del ámbito de la política pública y de partido (Colton, Skach, 2005 :13).

A ello, además del “partido del poder” que creó -pero no alcanzó a usar plenamente- Yeltsin, pueden agregarse los dos conceptos que puso en práctica Putin, es decir, la “democracia dirigida” (un régimen pluralista y multipartista que sería vigilado por un paternalista Presidente) y la “vertical de poder”, una estructura piramidal no inflexible, cuya cúspide es la Administración Presidencial y que busca desequilibrar a favor de ella, las relaciones de poder sobre el resto de las organizaciones de la vida política y social. Esto generó un cierto orden y estabilidad que son difundidos como los marcos apropiados para una mejora sustancial de las condiciones de vida de la sociedad rusa, respecto a la era anterior.

Si bien ésta es la visión predominante acerca del sentido o el resultado de los dos gobiernos, puede afirmarse que entre Yeltsin y Putin, existen más puntos de contacto que tensiones. En primer lugar, más allá de la selección de éste por aquél, en ambos gobiernos, el dato incontestable es la hegemonía del Poder Ejecutivo sobre el resto de las instituciones y actores políticos y sociales. Pero el marco institucional que ambos dieron origen y consolidaron, no ha podido mantenerse impermeable a prácticas informales particularistas que contrasten con las principios y prerrogativas imparciales y universales de un Estado de Derecho. En realidad, la vocación de gobernar de Putin y su esfuerzo centralizador, ha consolidado lo que ya se perfilaba tímidamente como un “régimen híbrido”, durante la era Yeltsin.

Putin despolitizó, cooptó a grupos de interés y, logró consenso social, en un esquema de juego de suma positiva. De la era soviética a la postsoviética, de dos actores gubernamentales (Comité Central y Ministerio de Relaciones Exteriores) se pasó a muchos actores en juego. Con Putin no varió esta tendencia del poder pero como se vio en el capítulo 2, algunos se fortalecieron y otros cayeron.

Desde una perspectiva neoinstitucionalista, la continuidad entre ambos proyectos está dada por varios factores, pero el gran elemento diferenciador de la trayectoria de Yeltsin y Putin, sería el tratamiento desde el centro a las regiones. La superación de conflictos separatistas y el apoyo a su candidatura presidencial obligó a Yeltsin a una negociación bilateral permanente con los gobernadores regionales, cultivando relaciones patrimonialistas, que impidieron al Estado federal, cobrar impuestos a las autoridades locales además del desconocimiento de la legislación federal en las mismas regiones⁸⁶.

Respecto a las prioridades de Yeltsin, cuyo liderazgo, según los marcos teóricos antes expuestos, puede caracterizarse como el de un oportunista y reactivo, cuando accedió al poder, buscaba, fundamentalmente, retenerlo y evitar una regresión a la economía centralmente planificada, aunque no necesariamente, la consolidación de la democracia. Pero precisamente, hubo dos características típicas de los regímenes autoritarios que se hicieron presentes durante la presidencia de Yeltsin: la búsqueda del poder para lograr certidumbre en los

86 Son factores comunes a Yeltsin y Putin:

- ◆ Personificación del poder y marginación de la participación política de la sociedad civil como pilar del estilo de gobernanza.
- ◆ Presidencialismo sin controles y frenos en sus relaciones con el Poder Judicial y Legislativo. Con una Constitución formalmente semipresidencialista, pero que le confiere poderes al Presidente para ampliar sus facultades legislativas, gobernar por decreto y, disolver la Duma.
- ◆ Papel secundario del Legislativo.
- ◆ Sistema de partidos, débil, con la sola preocupación por neutralizar a través de partidos del poder, a los comunistas. Del partido único de la era soviética se pasó a un sistema de partidos, fragmentado y flotante en el período Yeltsin y nuevamente, a un sistema de “Unico Partido” (o, “bipartidismo del poder”, incluyendo una oposición ficticia, Rusia Justa), donde el Kremlin aparece como el centro del poder político, controlando dos tercios de la Duma, neutralizando tanto el nacionalismo autoritario como el separatismo.
- ◆ Intervención en los procesos electorales: a través de presiones de los servicios de seguridad, financiación ilícita de campañas, apoyo de medios estatales y privados al oficialismo, manipulación electoral en el conteo de votos, etc.
- ◆ Reclutamiento de elites basado en relaciones patrón-cliente e incapacidad para fortalecer al Estado ante intereses particularistas. En términos geográficos, Yeltsin gobernó con su “camarilla” de Sverdlovsk y Putin, con la de San Petersburgo. En el sentido corporativo, miembros del Ejército y de los servicios de seguridad fueron reclutados tanto en la era Yeltsin –sumados a los oligarcas- como en la de Putin (De Andrés, Ruiz, 2008 :14-16).

resultados del proceso político y la propensión a la incertidumbre institucional. El equilibrio deseado entre ambos factores es un buen indicador del nivel de consolidación hacia la democracia liberal, un régimen híbrido o formas más crudas de semiautoritarismo (De Andrés, Ruiz, 2008 :17).

Con Putin se logró lo que Yeltsin no había obtenido: mayor certidumbre en los resultados, aunque en desmedro de la propia competencia electoral, situación que irritaba particularmente a Putin, tras su experiencia negativa con el otrora alcalde de San Petersburgo, Anatoli Sobchak.

Si evaluamos cuatro indicadores: la manipulación de las elecciones por parte de ambos gobiernos; el creciente control y hasta monopolización de los medios de comunicación; el poder de facto ejercido por el Ejecutivo sobre el Parlamento y, el debilitamiento de la oposición, puede afirmarse que fue de carácter moderado en los años de Yeltsin (1992-1999), excepto el carácter de débil, en el tercer rubro, entre los años 1992-1993, para pasar a alto en las cuatro categorías durante la era Putin (2000-2008) (Way, 2008 :12).

De todos modos, más que “heredero de Yeltsin”, Putin puede ser descrito como el “heredero de la historia rusa”, dada la impronta de ésta, notoriamente inclinada al “culto de la personalidad” del líder de turno (los Zares, Lenin, Stalin) (Morales Hernández, 2004 :5).

La personalización de Putin (con su figura incluida en los libros escolares y alentada por organizaciones juveniles como *Nashi* -“Nosotros”- o *Molodaya Guardiya* e infantiles como *Mishki*) y ausencia programática en las campañas más la transferencia del poder por designación (Yeltsin a Putin y éste a Medvedev), desvirtúan por completo, tanto la naturaleza del proceso electoral como la gestión de políticas públicas (Pomeraniec, 2009 :110-112).

Empleando tales organizaciones de militantes putinistas, trabajando en obras de voluntariado social, pero cooptadas y financiadas

desde el Kremlin, se desplaza el poder desde los ciudadanos a los despachos de una pequeña elite (Hemment, 2009 :38).

Pero esa elite era levemente diferente de la yeltsinista, no sólo en estilos de vínculos como integrantes. Mientras el líder de Sverdlovsk, practicaba una especie de “*outsourcing*” (tercerización) organizacional, sobre la base de una estrategia de “devoción personal”, pactando gradualmente con los oligarcas, los gobernadores regionales y algunos partidos políticos, negándose a sustentar uno en especial, Putin mostró un estilo de relaciones, mucho más centralizadas y verticales, utilizando un partido oficial propio y canalizando el apoyo de las agencias de seguridad y militares. A pesar de su admiración por el General francés De Gaulle, “padre” de la V República Francesa semipresidencialista, Putin es un “hombre de mayorías” y no precisamente, garante de un sistema fuerte de partidos, que garantice un régimen mixto atemperado (Way, 2008 :14).

Con Putin se logró una enorme centralización del poder y se liberó el Ejecutivo de la influencia particularista de la oligarquía yeltsinista. Con los 7 Representantes Plenipotenciarios del Presidente (RPP) o “supergobernadores”, a cargo de 7 distritos federales, limitó la tendencia federalista centrífuga de la era Yeltsin. Pero esto no supuso una administración estatal mejor articulada, basada en normas aplicables. La rusa sigue siendo una burocracia donde existe la obediencia a los hombres y no a las leyes, donde la lealtad es hacia Putin y al Estado, controlando sobre lo que no se hace, más que sobre lo que se hace, de modo más retórico que real.

Lo mismo puede decirse que la introducción de representantes de los ejecutivos regionales, ahora leales a Putin, más que a sus propios distritos, por ejemplo, moscovitas que jamás han conocido los distritos a los que se supone, representan. También se ha reemplazado el Ministerio de Asuntos Federales por el poderoso Ministerio de Asuntos Internos además de crearse el Consejo de Estado, órgano de consulta para la Presidencia. Respecto a la Presidencia, dos órganos, la Administración Presidencial, otrora una corte zarista con Yeltsin y, el Consejo de

Seguridad, semejante al Politburó soviético, integrado por el Presidente, el Secretario del propio Consejo, el Canciller, el Ministro de Defensa y el director del FSB (ex KGB), configuran el segundo nivel del gobierno de Putin (De Andrés, Ruiz, 2008 :20-23).

Analizando en profundidad, a la elite gobernante, importa saber su evolución, tanto en términos de privilegio de influencia como de reclutamiento. Hasta la crisis financiera de 1998, 15 oligarcas tomaban parte de la formación de los sucesivos gobiernos yeltsinistas y recibían prebendas de distinta naturaleza de éstos. Con Putin, a pesar de sus discursos, la oligarquía no desapareció como clase porque aquél renegoció la forma de intervención de ésta, por ejemplo, un bajo perfil en Moscú y una concentración de negocios a nivel regional (De Andrés, Ruiz, 2008 : 33).

Respecto a los orígenes de la elite, las fuerzas de seguridad e inteligencia rusas ya tenían una fuerte presencia en ascenso durante el régimen yeltsinista. Sin ir más lejos, los ex KGB o “*siloviki*”, los propios Primakov, Stepashin y Putin, fueron los tres últimos Primeros Ministros de Yeltsin. Si bien la presencia oligárquica los compensa, de todos modos, está claro, que los *siloviki* son directamente ascendidos a puestos de elevada responsabilidad, dándole al gobierno, un claro perfil securitario.

Una explicación posible a este proceso, radica en que tras la desintegración de la URSS, las únicas instituciones sobrevivientes, fueron las herederas de la KGB, dotadas de cierto profesionalismo y cohesión territorial y política. Cuando al final del yeltsinismo, se clamaba por una “pinochetización” o una “vía al estilo de Andropov -Secretario General del PCUS previo a Gorbachov-” (modernización bajo una dictadura) en Rusia, los *siloviki*, habituados a estar subordinados a un centro como el soviético en Moscú, eran reacios a aceptar las órdenes de los barones o gobernadores feudales de las repúblicas, mostrándose preparados para asaltar y consolidar el poder estatal, apenas tuvieran la oportunidad (De Andrés, Ruiz, 2008 :35) (Way, 2008 :8).

Sin ideologismo alguno, salvo el perfil de Viktor Cherkesov, los *siloviki* sólo tuvieron un método a ejecutar a través de Putin: defender sus intereses particularistas y oponerse a cuatro grandes enemigos de “su” poder: los gobernadores de las regiones ricas, los oligarcas, los partidos opositores liberales y los medios de comunicación (Kryshtanovskaya, 2008 :587-588).

Este estilo de Putin no evita la presencia de un fenómeno muy acendrado vigente desde la época de la URSS: el patrimonialismo comunista, basado en redes personales de lealtad y mutuo intercambio, combinado con patronazgo, nepotismo y corrupción, con camarillas enfrentadas entre sí. Los clanes Sechin-Ivanov-Ustinov junto a los *siloviki* en puja contra el grupo de juristas peterburgueses “liberales de Nomenklatura” como Medvedev-Surkov-Gref-Kudrin-Cherkesov, constituyen exponentes elocuentes de este proceso.

La matriz política rusa se completa con el militarismo del régimen putinista. Si bien, fue abandonada la doctrina de la confrontación ideológica y armamentista con el Occidente, el Kremlin retuvo aspectos, símbolos y recursos del militarismo histórico ruso, tanto en el plano doméstico como externo: continuidad del poderío nuclear; el aumento gradual pero sustancial del presupuesto dedicado a Defensa; la vigencia del servicio militar obligatorio; la fastuosidad de los desfiles militares y las frecuencias apariciones públicas de Putin como Comandante en Jefe de las fuerzas armadas rusas y obviamente, las dos guerras en Chechenia, los cuales, sirvieron para reforzar en el imaginario público e, indirectamente el poder del Kremlin, la sensación de la “fortaleza sitiada”, es decir, una Rusia postsoviética “arrinconada” pero revigorizada (Lo, Shevtsova, 2012 :14).

Por último, la opinión pública rusa ha mostrado un enorme consenso en relación a la dominación putinista. Entre los años 2003 y 2004, al final del primer mandato de Putin, encuestas de “*The New Russia Barometer*”, sobre 2.000 rusos interrogados a lo largo y a lo ancho del territorio multinacional, sólo el 33 % de ellos, consideraban a la

democracia como “preferible a cualquier otra forma de gobierno”. El 38 % sentía que bajo ciertas circunstancias, se justificaría alguna forma de autoritaria de gobierno mientras que el 29 % afirmaba no importarle el tipo de régimen político, sea autoritario o democrático. Sólo un 19 % se manifestaba satisfecho por la evolución democrática en Rusia (Ekman, 2009 :20).

Estas percepciones son coincidentes con las sensaciones de inseguridad y caos que guardaba en la memoria de los rusos, la era Yeltsin: privatización del poder político, secuestros y asesinatos a plena luz del día, saqueo de las arcas del Estado por parte de los oligarcas, demasiada desigualdad social⁸⁷.

Como contraste, subrayando el apoyo al putinismo, un 77 % de los rusos estaba de acuerdo con un gobierno de expertos sofisticados o tecnócratas, antes que con un gobierno partidario electo y un 79 % justificaba que el Poder Ejecutivo pueda suspender la Duma y gobernar por decreto. También aquí, la lógica de gobierno de minoría dividida del yeltsinismo, obraba traumáticamente en la memoria de la sociedad rusa, que mostraba por aquellos años, una marcada preferencia por orden y estabilidad, asociándolos con una mayor “mano fuerte”. Para reforzar esta demanda de control jerárquico y apartidismo, el 92 % de los rusos declaraba no participar en ningún partido político (Ekman, 2009 :21).

Analizando específicamente la toma de decisiones en el putinismo, todo lo expresado o descrito no puede ser considerado como contradictorio con lo expuesto a continuación.

⁸⁷ Es paradójico que la sensación de la gente, sea de mejora, cuando en realidad, los indicadores estadísticos, en materia de seguridad pública, así no la corroboran. El número de ataques terroristas se ha incrementado sustancialmente en la década respecto a la era Yeltsin. La guerra de Chechenia se expandió más allá de sus fronteras (Ingushetia, Daguestán y Osetia del Sur). La tasa de mortalidad violenta en la Rusia de Putin también se ha incrementado: en los años caóticos de 1995-1999, había 30.200 muertes anuales mientras que entre el 2000 al 2004, 32.200. En esta década, “Reporteros sin Fronteras” contabiliza más de 21 periodistas asesinados en Rusia, incluyendo el citado caso de Anna Politkovskaya. De hecho, como se mencionó antes, Rusia figura entre los países del mundo, más peligrosos para ejercer la profesión de periodista independiente. La violencia de las mafias ha cedido paso a la xenofobia organizada, como se comentará en el Capítulo 5: bandas de “skinheads” suelen asolar y destruir autos y casas de inmigrantes centroasiáticos y de otras “razas inferiores” (Mc Faul, 2007) .

Resulta claro que no obstante, estas tendencias hacia el liderazgo de Putin y un poder presidencial relevante, éste se mueve en un escenario de competencia burocrática, agencias con gran autonomía, intereses sectoriales y choques personales. Si bien es evidente que Putin concentró recursos de poder durante sus dos períodos presidenciales, el entramado interburocrático y los grupos de presión cuentan como limitantes efectivos a la hora de creer en un ejercicio del poder excesivamente personalizado. Los muros del Kremlin son testigos de diferentes ecuaciones de intereses corporativos e individuales que representan ideas variadas pero que sólo se tornan circunstancialmente excluyentes y luego, vuelven a construir un precario equilibrio (Zubelzú, 2008).

Observamos tres ejemplos de límites al poder presidencial. Por ejemplo, Putin ha encontrado grandes resistencias para llevar a cabo una reforma militar integral y reducir la autonomía presupuestaria de las FFAA. Asimismo, aunque el Presidente apueste a la inclusión del país en el capitalismo transnacionalizado, la aprobación de una ley que otorgue previsibilidad a las inversiones extranjeras se demoró desde el año 2005 por las distintas visiones entre Ministros económicos y sectores vinculados a las empresas energéticas o a la planificación estratégica. Pueden mencionarse las largas presiones sobre el Presidente para que defina si el oleoducto hacia Oriente debía tener como destino China o Japón. Otro obstáculo al poder real de Putin es el de la enorme maraña burocrática con capacidad de impedir o de obstaculizar las directivas del poder real (Zubelzú, 2008).

El entramado político-económico ruso es complejo y las pujas pueden llegar a ser feroces. Sin embargo, cuando algunos acuerdos se afirman, y ahí sí juega fuerte la personalidad del líder, los grupos enfrentados se alinean por un prolongado período de tiempo bajo una única autoridad de modo bastante tradicional. Esto significa que aceptan su decisión y aguardan reservadamente momentos propicios para potenciar sus intereses.

Putin domina el juego pero no hace ni resuelve todo. Es el último controlador, es la última instancia pero delega. Sí descansa o se apoya en individuos y no en instituciones, como en Occidente. Su gente de mayor confianza es la elite de San Petersburgo, los liberales, algunos ex funcionarios de Yeltsin, con similar educación, origen, etc. Entre los liberales, Putin encuentra en Chubais, experiencia en la gestión y el mundo empresario; en Kudrin, experticia en el sistema financiero nacional e internacional; en German Gref, todo lo referido a globalización y OMC; entre los *siloviki*, en Serguei Ivanov, experiencia y lealtad en defensa y seguridad nacional, etc. (Lo, 2003 :44-45).

Es por ello, que al hacer un recorrido por las instituciones y cargos de la Rusia contemporánea, uno observa una clara rotación de los funcionarios al interior de la élite gobernante. Numerosos funcionarios del “liberal” Yeltsin han cambiado de cargos pero han permanecido en la esfera estatal en tiempos del “autoritario” Putin en un frecuente “juego de las sillas”. También es cierto que algunos, más bien pocos, economistas y politólogos (como Kasyanov, Ilarionov, Kudrin y Pavlovsky, entre otros), aunque en creciente número, han dejado el poder y han pasado a cuestionar fuertemente a la política del Kremlin.

La política exterior putinista aparenta ser más centralizada pero sigue siendo inestable y disfuncional, porque depende de una persona y sus allegados, o gente de su confianza, como los ya nombrados. No se asemeja a la de Yeltsin en tales aspectos, hasta tal vez, parezca más burocrática ahora pero es también más personalista, como es lógico en un país con un pasado y un peso colectivista, como Rusia.

Hay cuatro rasgos que sobresalen en la relación entre Putin y su elite gobernante en materia de política exterior:

- a) Putin delega en las cabezas de su Ministerios, pero éstos responden a él de manera directa.
- b) Existe unidad gubernamental. La autonomía es notoria pero todos convergen en Putin: “*edinonachalie*” (liderazgo simple). Igual que con Yeltsin y la URSS, pero ahora el liderazgo de Putin es más burocrático,

más ordenado, con funcionarios más autónomos. No se toleran intromisiones de pares; se verifica y se demanda mucha energía y capacidad del Presidente. La desventaja de este esquema es que a menudo, desatiende cuestiones de política exterior, como ocurrió con Balcanes y Medio Oriente, aunque abunde la atención a Occidente. Eso lleva a inconsistencias porque él no puede concentrar toda la información.

c) Se advierte mucha dirección de Putin, a no dudarlo, la máxima de un gobernante ruso, desde los tiempos de Stalin. Putin quitó un enorme poder a las regiones, la Duma, los oligarcas, Chechenia, pero ahora lo concentra él, aunque todo ello hoy, está en transición. La paradoja es que él descansa en su autoridad personal, porque cree más en eso que en instituciones débiles, aunque en el largo plazo, él mismo cree necesario institucionalizar. Resulta paradójico que el propio Putin considera fundamental no caer en personalismos exagerados:

“A menudo repetimos que en Rusia el Jefe de Estado responde y responderá por cada cosa. Este es todavía el caso. Pero hoy, mientras soy consciente de mi propia responsabilidad personal, me gustaría enfatizar que el éxito y la prosperidad de Rusia no pueden ni deben depender de una persona, ni de un partido político, ni de una fuerza política. Nosotros debemos tener una base amplia de apoyo para continuar la transformación del país. Estoy convencido que la mejor garantía de esa continuidad es una sociedad civil madura” (Zubelzú, 2005 :30)⁸⁸

d) En Putin, la influencia tanto de ex gobernantes rusos como Yeltsin -hasta su fallecimiento- y Gorbachov que aún vive como de gobernantes extranjeros contemporáneos, es limitada o nula. A diferencia de Yeltsin, con amistades de decisiva gravitación como la del Canciller alemán Helmut Kohl, Putin carece de grandes referentes del escenario internacional, que lo impulsen a tomar decisiones en un sentido u otro (Lo, 2003: 41-42-48-49-50).

4.2. Putin, en clave posestructuralista

⁸⁸ Discurso del presidente Vladimir Putin en la inauguración de su segundo mandato. 7 de mayo de 2004.

Respecto al fin de la URSS, William Chaloupka considera que se trata de un éxito postmodernista. Lejos de definirlo como un triunfo ideológico, Reagan y Gorbachov consagraron la victoria de estrategias deconstruccionistas. Además, de modo original, Chaloupka destaca que la caída de la URSS representó la posibilidad del triunfo de las tácticas opositivas postmodernistas (Krishna, 1993).

La “innovación” de Putin fue carecer de todo estilo convulsivo que caracterizó al liderazgo noventista. A pesar de su elevada aprobación, la figura carismática tan particular de Putin, no es admirada por una opinión pública que se manifiesta con él, “positivamente indiferente”. Su carácter tecnocrático lo ha llevado incluso a quitar discursivamente todo aspecto sentimental a la “idea nacional”, para él, sinónimo de “estatalidad eficaz y eficiente”.

El propio Putin se encarga de deslegitimar cualquier respuesta a posibles futuros, ambientando su gestión, en un marco puramente pragmático, con un discurso ideológicamente neutral y tecnocrático nihilista, donde lo que quiere, ansía o aspira, asume un carácter secreto o, la “nada misma”. Este abandono de grandes relatos también lo ha conducido a relativizar el pasado soviético: le ha quitado dramatismo o ese rasgo catastrófico que otrora lo describía, por supuesto, negativamente, para brindarle una naturaleza de “realidad cristalizada”. En esta era ateleológica y posthistórica, el putinismo es una suerte de “significante vacío”, incluyendo tautologías sin significado alguno, en las que todo pasa para la política rusa, aquella en la que reina precisamente, la “estabilidad” (Prozorov, 2008 : 220-222) ⁸⁹.

Aún quitándole toda connotación sentimental a la idea nacional rusa, el putinismo implicó un esfuerzo adicional de gestión, para contribuir a su gradual construcción.

89 Sobre el estilo de trabajo de los *siloviki*, su formación y socialización, resulta claro que están habituados a la cautela, la opacidad, la manipulación, la desconfianza, el profesionalismo. Pero también constituyen una suerte de hermandad, con códigos de honor, una fe y una ideología propias. Los *siloviki* con Putin recuperaron el poder económico del que gozaban en la era soviética. Todo esto genera incertidumbre respecto a la futura sucesión presidencial, por las pujas de poder que se pueden generar, si no hay consenso previo (Kryshtanovskaya, 2008 :594-595).

En términos de Benedict Anderson, las naciones no sólo son inventadas sino también reinventadas y reimaginadas. El colapso de la URSS y el cambio de legitimidades trajeron una transformación fundamental de la percepción del mundo en la sociedad, acompañada de un proceso de reimaginación, renegociación y reconstrucción de la nueva identidad rusa postsoviética. Como bien señala Ruth Wodak, la identidad nacional es una construcción discursiva, que emerge de una multitud de prácticas discursivas. Por identidad, se entiende una compleja estructura mental, conteniendo lo que es percibido para ser conocimiento. Implica creencias similares o comunes u opiniones internalizadas en el curso de la socialización incluyendo aquellos ciertos grupos externos distinguidos de los grupos de “Nosotros” nacionales. También involucra el nivel de actitudes emocionales y las disposiciones de conducta así como también, ciertas disposiciones lingüísticas (Ryazanova-Clarke, 2008 :312).

El discurso identitario puede a menudo, tener un actor político principal consciente -en este caso, Putin-, no obstante, que generalmente, la construcción de la identidad es un proceso de co-producción, que involucra partes motivadas comprometidas con la reproducción de los componentes de la identidad. Estos son objetos del conocimiento, en términos foucaultianos, los cuales emergen de la co-construcción de significados como resultado de la interacción y la orientación del “Otro” de los hablantes. Este conocimiento compartido coproducido es interdiscursivo, ya que los hablantes recontextualizan el material de otros contextos, así como los términos del discurso producido de esta forma, es el discurso representado.

Existen algunas dimensiones de la construcción de la identidad: a) separa los campos del poder y el tiempo, y la reconfiguración de grupos humanos, relevantes para la reinterpretación del mundo; b) la identidad narrativa canaliza las emociones políticas de tal forma que ellas puedan modificar y balancear el poder; c) transforma las percepciones del pasado y las del presente; d) cambia la organización de grupos humanos y crea nuevas; e) altera culturas enfatizando ciertas modalidades, significados y

lógicas; f) la narrativa identitaria trae consigo una nueva interpretación del mundo, en orden a modificarlo.

En términos de gestión, Putin ejecutó una serie de acciones y políticas concretas para construir la identidad nacional rusa. Por ejemplo, en la reforma de los feriados nacionales, puede visualizarse en cierto modo, la verdadera intención de Putin. Ha sido eliminado el “Día de la Constitución” (12 de diciembre). También ha sido ignorado el “Día de la derrota del golpe de 1991” (22 de agosto), siendo reemplazado por el “Día de la Bandera de Rusia”. El “Día de la Declaración de la Soberanía Estatal” (12 de junio) ha sido rebautizado como el “Día de Rusia”. El “Día de la Revolución de Octubre”, bajo Yeltsin definido como “Día del Consenso y la Reconciliación”, fue renombrado a partir del año 2005, el 4 de noviembre, como “Día de la Unidad Nacional”.

Así, Putin, quien es el responsable de restaurar la música del himno soviético de 1943 -aunque modificando enteramente su letra estalinista- y ha lamentado la caída de la URSS, más de una vez, parece más anticomunista que Yeltsin⁹⁰.

Pero lo que Putin rechaza, no es el socialismo soviético sino a la Revolución de Octubre como un hecho o evento singular, excepcional, su ruptura como pura negación de la historia rusa. Esto evidencia el rechazo y hasta temor del putinismo a todo proceso o acto revolucionario pero también a la década del noventa, con su “confusión” permanente, espectáculo de hegemonías y contrahegemonías, reformas y contrarreformas, ascensos y caídas (Prozorov, 2008 :223-224).

Pasemos a analizar más detalladamente, el discurso putinista. Como a lo largo de todo el período Putin, año tras año, el 18 de octubre de 2007, los rusos fueron sometidos a una verdadera “maratón” televisiva y radial, en el marco de un programa llamado “Línea Directa con el

⁹⁰ En diciembre de 2010, Putin pronuncia una de sus más famosas frases: “Quien no lamente la desintegración de la URSS, no tiene corazón pero quien quiera su renacimiento, no tiene cabeza”. Todo ello, en el marco de una población que, según el Centro Levada, en un 55 %, se manifestaba “triste” por la desaparición del Imperio soviético. Respecto al nuevo himno ruso, hace mención a las grandes extensiones de tierra y recursos con los que cuenta Rusia, el amor a la “patria sagrada, libre y gloriosa”, la protección de Dios y los sueños hacia el futuro.

Presidente”, cuyo formato estándar se remontaba a la propia inauguración del período presidencial de Vladimir Putin, en el año 2001. El programa, ese día, cobraba especial singularidad porque se trataba del último de la era presidencial de un líder que había llegado 8 años antes, ungido como el “delfín” de Yeltsin. Se suponía que durante esa jornada, Putin recibiría el reconocimiento explícito de la opinión pública, además de evacuar dudas o consultas acerca de su mandato y su futuro ⁹¹.

Analizaremos seguidamente el guión de “Línea Directa”, el cual, se asimila al de un polílogo armonioso y cooperativo, con tres tipos de discursos: el de los presentadores, ligando lugares con los miembros del público; el de los miembros del público, que a veces expresan como máximo, un deseo y las respuestas y comentarios del Presidente, el principal actor narrativo. Independientemente si fue guionado o no el programa, dado que las preguntas difícilmente eran probatorias y hasta contradictorias, Putin asume ser la fuente del conocimiento y la sociedad se presenta un conjunto de agentes pasivos, buscando compartir o reforzar el conocimiento ofrecido (Ryazanova-Clarke, 2008 :312-313).

El conocimiento co-construido, es mapeado a través de los foucaultianos “grids de especificación”, donde los sistemas de acuerdo con objetos del discurso, son divididos, contrastados, relatados, reagrupados y clasificados. Por ejemplo, ello puede comprobarse en el caso de la co-construcción entre Putin y una maestra de Historia, del significado de la historia ruso, la necesidad de su corrección e inserción con una lógica patriótica y un componente fuertemente emocional. Toda esta conversación ayuda a co-construir un sentido del orgullo de la magnitud de la participación a lo largo y ancho del extensísimo y despoblado territorio.

91 Se pueden identificar allí las principales tendencias y estrategias lingüísticas de la co-construcción de significados que pertenecen a la identidad nacional tal como se vio en la era Putin, llamando la atención que Rusia haya adoptado esta fórmula mediática, típica de “la sociedad del espectáculo”, con un significado de inmediatez y urgencia, en un contexto de servicios de emergencia (Ryazanova-Clarke, 2008 :311-315-330).

Un segundo elemento es la co-construcción de un área temática de “cuerpo nacional”, con un espacio geográfico extenso, que forma parte de la idea del pertenecer a Rusia. Allí el conocimiento se distribuye desde el centro a la periferia y nunca a la inversa. Putin y sus presentadores estaban en Moscú mientras la TV hacía de puente entre el público diverso (proveniente de las más lejanas regiones) y el gobernante.

Tercero, Putin no deja de usar los modelos discursivos de las eras precedentes, tanto la imperial soviética como la zarista. Lo hace de una forma muy sutil, construyendo la idea de una “nación positiva y entusiasta”. Reforzando su centralidad presidencial, Putin hablaba de los Juegos Olímpicos de Invierno en Sochi, localidad donde él solía veranear, en el año 2014. El tamaño, la vastedad territorial de Rusia, también le preocupaba a Putin, quien creía en la fuerza de la “vertical del poder” (Ryazanova-Clarke, 2008 : 316).

La idea de comunalidad y la implementación del “topos” del “lugar amado”, forman parte de otra estrategia de definición y redefinición. Precisamente, las redefiniciones de Kazan y Kaliningrado, para ser “capitales simbólicas”, revelan el uso de un rol de Putin, al estilo de “patrullero” territorial mental y simbólico⁹².

Inclusión y exclusión territorial forman parte de dicha estrategia. Por ejemplo, la inclusión de Kazajstán como parte imaginaria del territorio ruso, debido a que cuenta con mucha población rusa en relación al total, revela claramente de cómo se buscaba potenciar el discurso étnico ruso, bajo una identidad rusa más amplia. La amistad entre ambos pueblos era resaltada por el propio Putin. En tanto, Estados Unidos era el “Otro” común para ambos Estados (Ryazanova-Clarke, 2008 :317-324).

Nuevamente, la Segunda Guerra Mundial con su pasado de gloria militar o el empleo de situaciones como la revolución bolchevique o la guerra de Chechenia, como ejemplos de heroísmo y valentía de los militares rusos, eran referencias usadas para levantar la moral rusa.

⁹² Kazan, sería nominada como la “tercera capital” de Rusia, siendo ya desde hace un siglo, capital de Tatarstán mientras que Kaliningrado es la “capital de la Rusia europea”, siendo un enclave estratégico limítrofe y centro de debates sobre derechos de tránsito con los Estados Bálticos de la UE,

Mientras tanto, todas las referencias al pasado soviético eran siempre nostálgicas y positivas, evitando el Presidente, nombrar las negativas. Entre estas últimas, y aún cuando se verificaron avances en su gestión, estaba por ejemplo, la masacre de Katyn, donde los soviéticos asesinaron a la oficialidad polaca durante la II Guerra Mundial y durante décadas, responsabilizaron del acto a los nazis.

El período de los noventa, de Yeltsin, era contrastado negativamente con la actual era de prosperidad y orden. El futuro como continuidad de un presente donde conviven la confianza personal del Presidente y la realización de logros positivos, sirven para justificar la relevancia de la figura de Putin. Este cobra vigencia, como comandante militar, como un tecnócrata competente y como una especie de superhombre, el “que fascina a las mujeres rusas: fuerte, decidido y saludable” (Pomeraniec, 2009 :21).

El orgullo en la carrera armamentista, el lenguaje técnico militar que emplea, la jerga administrativista y el vocabulario de especialista así como la percepción de una especie de “padre” para la población, que duerme poco, vive activamente y es un “adicto al trabajo”, coincide con la cultura política rusa de siglos, idealizadora de sus gobernantes. Un pueblo de escritores extraordinarios y lectores apasionados, es demasiado obediente a los resortes del poder político (Ryazanova-Clarke, 2008 :329) (Pomeraniec, 2009 :28).

4.3. El discurso de Putin

Ya sea presentados físicamente al interior de la Federación Rusa o fuera de sus fronteras, los discursos de Putin fueron y son en todo momento, dirigidos a la comunidad internacional, además del estricto plano doméstico. Si bien, desde su perspectiva, la URSS, no puede retornar, el líder del Kremlin suele hablar de la obligación de fortalecer Rusia y en una convocatoria clara a sus conciudadanos, “cuidarla entre todos” (Angermüller, 2011 :5).

Tras el colapso de la URSS, Putin diseñó un discurso soberanista, que hiciera frente a la lógica de un ambiente fundamentalmente hostil de

enemigos internos y externos. A diferencia de Estados Unidos que salía a combatir al terrorismo, fuera de sus fronteras, Rusia lo hacía en su propio interior, aunque esperaba la solidaridad internacional.

Para quienes creen que Putin es un dogmático nostálgico de la URSS, el discurso a continuación, les sorprenderá:

“El principal efecto que el poder soviético no permitió desarrollar al país, es una sociedad floreciente y pujante que podría haber evolucionado de manera dinámica, con gente libre. Primero, el enfoque ideológico aplicado a la economía, provocó que nuestro país incrementara su brecha, muy por detrás (“otstavanie”) de los países desarrollados. Causa enojo admitir que por casi siete décadas, viajamos ciegos por un camino que nos alejó del principal sendero de la civilización. . . . La experiencia de los años noventa vívidamente muestra que una genuina y eficiente resurrección de nuestra Madre Rusia no puede ser transportada a suelo ruso, por la simple aplicación de modelos abstractos, extraídos de libros de texto extranjeros. La copia mecánica de experiencias de otros Estados, no traerá progreso. Todo país, incluyendo a Rusia, tiene el deber de buscar su propio camino de renovación. Todavía no lo hemos culminado. . . . La sociedad se ha hallado en un estado de “ismos” (“raskol”) . . . Rusia no se convertirá pronto en una réplica de Estados Unidos o Gran Bretaña, donde los valores liberales tienen raíces en profundas tradiciones. Para nosotros, el Estado, con sus instituciones y estructuras, ha jugado siempre un importante rol exclusivo en la vida del país y de su gente. Para los rusos (“rossiianin”), un Estado fuerte no es una anomalía, algo a lo que hay que enfrentar, sino, por el contrario, una fuente y una garantía de orden, así como el iniciador y la principal fuerza movilizadora de cualquier cambio. La sociedad rusa contemporánea no cometerá el error de confundir un Estado fuerte y efectivo con uno totalitario” (Putin, 2000)

Putin empleaba un discurso propio de la “Rusia sitiada”, rodeada de vecinos no confiables dispuestos a traicionarla, como la Unión Europea y grupos separatistas y mafias domésticas que intentaban disgregarla. Esa narrativa necesitaba de intermediadores como los periodistas, quienes

bajo la égida de grupos económicos estatales como Gazprom, pasaban a convertirse en formadores de opinión, de cierta complicidad con el Kremlin. Tal discurso de apego a la ley y la soberanía del Estado ruso, imponiéndose sobre el caos y la disgregación del régimen yeltsinista, bajo una hegemonía discursiva “liberal-occidental”, parecía tener su especial atractivo sobre una opinión pública pasiva, civilmente irresponsable pero sobre todo, aturdida tras las sangrientas tomas de rehenes y represiones del Teatro Dubrovka en Moscú en 2002 y la Escuela de Beslan en Osetia del Norte en 2004.

Tras dichos eventos, más precisamente, el 4 de setiembre de 2004, Putin entregó un discurso oficial a la población rusa, declarando “la guerra al terrorismo” y prometiendo “fortalecer la unidad del país” además de un “nuevo sistema de coordinación de fuerzas y recursos” y, fundamentalmente, nuevas aproximaciones para guiar las acciones de las agencias de seguridad y legales”. Al mismo tiempo, Putin consolaba a los familiares de las víctimas, pero destacaba “la enorme cantidad de páginas trágicas y experiencias graves de la historia rusa”, de lo cual, podría deducirse su decisión de enmarcar aquel dolor como uno más de una larga secuencia.

“Vivimos bajo condiciones que han emergido de la fractura de un vasto y gran Estado, el cual desafortunadamente fue incapaz de sobrevivir en el contexto de un mundo rápidamente cambiante,, pero más allá de las dificultades, hemos podido manejar la preservación del núcleo de ese coloso que fue la URSS. Hemos dejado de prestar la debida atención a la obediencia legal interna además que nuestro país, con el más poderoso sistema de defensa para sus fronteras exteriores, pronto se vio desprotegido por Occidente y el Este. Hemos mostrado debilidad y eso fue aprovechado tanto por unos, para quienes, Rusia, como potencia nuclear, constituía todavía una amenaza para cierta gente, como por otros, para quienes, dicha amenaza debía ser removida. Y el terrorismo es, por supuesto, sólo un instrumento para lograr dichos objetivos. No estamos aquí lidiando con acciones terroristas parciales o separadas, sino

la intervención directa del terrorismo internacional contra Rusia, en una guerra total, cruel y a larga escala, en la cual, nuestros compatriotas mueren una y otra vez. Pero el objetivo principal debe ser la movilización de la nación antes del peligro común. Experiencias en otras latitudes, demuestran que los terroristas no alcanzan sus objetivos, cuando no sólo encuentran enfrente el poder estatal, sino una sociedad civil unida y organizada” (Angermüller, 2011 :13-22).

En la 43ma. Conferencia de Políticas de Seguridad de Europa, en la ciudad de Múnich (Alemania), ante autoridades, dirigentes políticos, intelectuales y empresarios de más de 40 países, el Presidente Putin expuso elocuentemente los lineamientos de la visión de Rusia acerca del sistema internacional.

La relevancia histórica de dicho discurso tiene relación con el momento que le tocaba afrontar a Rusia en el escenario internacional, durante 2007. Tras el *shock* y humillación de principios de los 2000, Rusia había recuperado su autoestima, de una manera análoga a la del siglo XIX, tras la derrota en la guerra de Crimea y el Tratado de París en 1856, a manos de las grandes potencias contemporáneas (Inglaterra y Francia). En aquella época, el Canciller del Zar Alejandro II, Aleksandr Gorchakov, se propuso mediante negociaciones con éstas, recuperar el territorio perdido en el Mar Negro y lo logró, ya con un entorno internacional favorable, en la Conferencia Internacional de Londres en 1871. Para algunos autores, la Conferencia de Munich de 2007, tiene “espejo” en el mencionado acuerdo y Putin, tiene un rol similar al de Gorchakov (Listre, 2008 :16).

Paradójicamente, el diagnóstico que formulara Putin en dicha conferencia, a la cual destacaba, porque se sentía libre -como en pocas- de poder expresar su posición, evitando el vocabulario diplomático formal, es semejante al de la Administración Bush (h), al comienzo de su mandato. A diferencia de la Administración Clinton, que veía en los noventa, al mundo de modo liberal, pacífico y democrático-capitalista, los nuevos “halcones” de Washington y los habitantes del Kremlin post

Yeltsin, coincidían en percibir que éste era ya en la década del 2000, un mundo anárquico y hobbesiano.

Pero, al mismo tiempo, se diferencia de modo contundente, del “ala” unipolarista del gobierno de Washington. En efecto, Putin, ve a la estabilidad internacional, en sentido amplio, sin incluir solamente asuntos militares y de de seguridad, sino también la economía global, la creciente pobreza, el desarrollo y el diálogo entre civilizaciones. El concepto de “seguridad” al que adhería Rusia, era el de una indivisible y universal, donde la “seguridad de uno, es la de todos”.

Citando al ex Presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt, Putin expresaba que “cuando la paz se quiebra en algún lugar del mundo, la paz de todos los Estados se halla en riesgo” y dichas expresiones, guardan un enorme correlato con la realidad actual. Paradójicamente, el momento de mayor seguridad en el escenario internacional, reivindicado para Putin, era su nostálgico orden bipolar de la Guerra Fría, donde el enorme potencial armamentístico estratégico de las dos superpotencias permitió y consolidó la seguridad global.

Concretamente, Putin afirmó: “..... *qué deuda tenemos con las décadas pasadas si hubo un empate (stand-off) entre las dos superpotencias pero a pesar de ello no hubo guerra? Estamos en deuda con el balance de poder entre las dos superpotencias. Era un equilibrio de temor y de mutua destrucción. En aquellos días, cada parte estaba temerosa de dar un paso extra sin consultar a la otra. Era sin duda una paz frágil y terrorífica. Pero hoy la vemos como una paz confiable*” (Listre, 2008 :14).

El fin de dicho orden, empujó los problemas socioeconómicos hacia los márgenes de la agenda colectiva global además de heredar estereotipos y dobles estándares ideológicos, típicos de aquél.

Además, Putin negaba la posibilidad siquiera histórica, de un centro único de autoridad, fuerza y “*decision-making*”. La historia enseña que los momentos unipolaristas son ínfimos y poco duraderos, además de certificar que en la actualidad, avanza el multipolarismo económico, con

un buen número de Estados que están emergiendo, dadas sus elevadas tasas de crecimiento económico (Zubelzú, 2007 :1).

Para Putin, un orden unipolar, de existir, no sólo es inaceptable, pernicioso y dañino para todos, sino también para la propia concepción de soberanía, porque la destruye o socava “desde adentro”. Además, en otra crítica a la propia esencia del sistema político norteamericano, es incompatible con un sistema democrático, el cual, representa el poder de la mayoría. Finalmente, al derrumbar “la pared de la ley internacional”, un modelo unipolar torna al mundo, más peligroso, incierto, generando nuevos centros de tensión (terrorismo, armas de destrucción masiva, otros conflictos regionales), con la imposibilidad de generar acuerdos políticos que remuevan o eliminen tales focos de inestabilidad. Aquí, producto de este “orden”, impulsado por el abuso del poder militar de Estados Unidos, “nadie se siente seguro”

. Respecto a la OTAN, Putin consideraba en Munich, que su expansión de la OTAN no tenía vínculo con su modernización ni con asegurar la paz europea y que el sistema antimisilístico defensivo no tenía fundamento alguno, ya que ninguno de los países considerados problemáticos contaban con misiles de entre 5 y 8.000 km. de alcance. Hacía hincapié en que mientras desaparecido el Pacto de Varsovia y Rusia se retiraba gradualmente de Georgia y Moldavia, Estados Unidos mantenía fuerza militar en Bulgaria y Rumania, además de ya citada ampliación de la OTAN, que lesionaba toda posibilidad de confianza. De modo severo, advertía que *“tratan de imponernos paredes virtuales que dividen al continente que después requieren de décadas y generaciones de políticos para ser desmanteladas”* (Zubelzú, 2007 :2).

Asimismo, Putin criticaba de modo abreviado, a la Organización de Seguridad y Cooperación Europea (OSCE), a la no ratificación del Tratado de Reducción de Armas Convencionales en Europa por la mayoría de los países europeos y a la escasa apertura al capital ruso en las economías occidentales, en contraste con la supuesta apertura de su país. También destacó la disposición rusa para cooperar en temas de proliferación

nuclear, de reducción de armamento nuclear, en el fortalecimiento del rol de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA) y en la prohibición de armamento en el espacio (Zubelzú, 2007 :2).

El discurso de Putin en dicha ocasión, enfrentaba un contexto crítico para la Administración norteamericana, tras sus dificultades crecientes e inesperadas en Irak y, paralelamente, de modo contrastante, una enorme autoconfianza del Estado ruso, tal vez, de modo inverso al final de la Guerra Fría.

Su significado fue muy discutido en círculos políticos y académicos. Para algunos, producto de esa misma autoestima en alza, buscaba explotar al máximo, dichas debilidades de su archirrival histórico, introducir una cuña en su bloque de aliados (la “vieja” y la “nueva” Europa) y, al mismo tiempo, obtener concesiones nuevas para renegociar el tratado de misiles de alcance intermedio de 1987 (Zubelzú, 2007 :2).

Capítulo 5: el plano ideacional -la cultura estratégica rusa-

Desde hace mucho tiempo, en Rusia, las concepciones de su propia identidad securitaria giraron en torno a la ubicación civilizatoria y al lugar en el mundo. Se trata de un viejo debate desde Pedro El Grande, respecto a la mayor o menor especificidad o “excepcionalidad” de Rusia o, su mayor o menor grado de integración -o uso- de Occidente. En tiempo de la Unión Soviética, el debate trascendió lo “occidental” y adquirió un tono más global, dado el rol en el sistema bipolar mundial, que tenía el Imperio soviético.

Después de 1991, existió en los rusos, una actitud negatoria de la caída y el carácter imperial, además de moderarse, presentó otro formato, más occidentalizado y cooperativo. Para los rusos, se verificó un profundo “*gap*” entre realidad y expectativas. La marginalización gradual, la dependencia y la vulnerabilidad económica respecto a Occidente, sumados a la incompetencia en la gestión, hizo que Rusia viviera un período de transición identitaria, producto del choque de múltiples identidades. Pareciera que con Putin, ese debate va adquiriendo por primera vez, un cierre, con un consenso mayoritario respecto a un tipo de identidad política, ni tan occidentalista ni tan civilizatoria rusa.

Una cosmovisión política puede cambiar como parte de un lento proceso de evolución cultural o más rápidamente, durante ciertos períodos, tras el fin de la Guerra Fría. Aún cuando el cambio de tal cosmovisión sea “impuesto” desde afuera, por ejemplo, la decisión de formar parte integrante del “mundo civilizado”, un rol clave en el ascenso de una nueva identidad, lo desempeñan los intelectuales, “el obispado secularizado” de una nación. Ya sea en reacción a su propia y personal alienación o en razón de su mirada profesional en torno a la naturaleza de las crisis, son los intelectuales quienes lideran el asalto a la identidad hegemónica y son los “relatores de la nueva identidad”. De todos modos, hay factores adicionales que también son prerequisites para el cambio (Lomagin, 2005 :14).

El primero es una apertura a la información y al intercambio de ideas, combinada con la emergencia de una elite particular en cuyas ideas son debatidas y una masa crítica intelectual se va construyendo. Hoy, las ideas van intercambiándose y fluyendo en la cada vez más democrática Rusia, pero todavía queda por resolver si se va formando y cómo lo va haciendo, esa masa crítica a la que se hacía referencia. Si bien hay cadenas o redes donde la difusión de las ideas de “*soft security*” occidental se ven estimuladas, por ejemplo, Cumbres, programas de intercambio, centros de investigación escandinavos que median entre Europa y Rusia, y también ésta ha firmado muchos tratados internacionales que desafían por ejemplo, la concepción de seguridad tradicional rusa, no significa que esto se traduzca en un cambio real de la misma.

Segundo, el proceso de cambio de la cosmovisión securitaria combina un aprendizaje en dos niveles:

a) comparativo-interactivo, donde los lazos externos facilitan el cambio en la autocategorización esencial de la nación de los intelectuales y sus aliados y adversarios en materia de seguridad y el aprendizaje social, en el cual, un creciente número de intelectuales se van integrando a una comunidad doméstica informal. Las aspiraciones comunes y las creencias compartidas acerca del lugar que desempeña Rusia en la comunidad internacional, crean las bases para la nueva identidad forjada entre los intelectuales;

b) no lineal: hay períodos de cambio gradual seguidos por intervalos de rápida caída o ascenso intelectual. El pensamiento de la nueva seguridad que dominó a la elite rusa en los inicios de los noventa, dio lugar a un sistema tradicional de creencias basado en un pragmatismo geopolítico, el cual se modificó tras el 11-S y volvió a hacerlo tras la invasión iraquí por parte de los norteamericanos en la primavera de 2003 (Lomagin, 2005, 15).

En términos generales, la cultura estratégica rusa, basada en su historia y geografía, es bastante conservadora y tiene relación con la

propensión de usar la fuerza para lograr objetivos estratégicos. Pero aún así, puede cambiar como lo ha venido haciendo y estamos demostrando en esta Tesis, desde la caída de la URSS. El poder militar ha declinado, ha aumentado la preeminencia del poder económico y la necesidad de mejorar la calidad de vida a nivel interno en detrimento de las ambiciones imperiales o la exportación de una ideología. Hay espacio para una relación constructiva y cooperativa con Occidente, aún siendo o buscando restaurar el *status* de Gran Potencia internacional o rediseñar la identidad política nacional.

Un examen de la doctrina militar y los “*papers*” estratégicos por las que escribe la elite rusa, permiten describir la conducta en la política exterior. Allí puede verse la percepción del poder militar en declive versus el económico en ascenso y cómo reemplazando a la ideología, Rusia busca posicionarse como Gran Potencia, con otros atributos, siendo particularmente sensible a la dinámica de Occidente.

Los realistas suelen afirmar que los documentos oficiales de seguridad y defensa, se basan en los cuatro pilares del poder: militar, económico y factores estratégicos y tecnológicos. Sin embargo, no pueden explicar malinterpretaciones o problemas en las percepciones o creencias exageradas en las propias capacidades estratégicas, ofensivas o defensivas, que conducen a políticas exteriores subóptimas en sus resultados.

En los sesenta, desde la Ciencia Política, fueron Almond y Verba quienes crearon el concepto de “cultura política”, es decir, el compromiso con valores e instituciones, incluyendo ideas sobre la moralidad y el uso de la fuerza, definiendo así el rol del Estado en la política global. En 1977, desde las Relaciones Internacionales, Jack Snyder introdujo el concepto de “cultura estratégica”, aludiendo al caso de la URSS, como ejemplo del contexto para entender los determinantes estratégicos, institucionales e intelectuales de las acciones del Estado soviético. La cultura estratégica era un conjunto de creencias semipermanentes de la elite, actitudes y

patrones de conducta que proveyeron lentes a través de las cuales, los *policymakers* vieron la evolución de la nueva seguridad.

La cultura estratégica estatal define los principales objetivos de política exterior, es decir, el reflejo de los intereses del Estado y la identidad, así como exhibe las percepciones de la elite y la opinión pública respecto al ambiente internacional. También determina el tipo de opciones de política que parecen existir e influye sobre la evaluación de tales opciones. Al menos, existen tres niveles de cultura política: “la cognitiva, que incluye creencias empíricas y causales; la evaluativa, que consiste de valores, normas y juicios morales más las expresiones y afectos, que encubren emociones, patrones de identidad y lealtad y sentimientos de afinidad, aversión o indiferencia” (Eitelhuber, 2009 :6) (Duffield, 1999 :23).

Aunque Snyder solía ver la cultura estratégica como algo estático o difícil de cambiar, nuevas publicaciones consideran que *shocks* dramáticos como por ejemplo, catástrofes políticas o económicas, pueden conducir a rápidas alteraciones en creencias, actitudes y patrones de conducta. Tal vez, la mayor debilidad del concepto tiene relación con la dificultad de las Ciencias Sociales, en carecer de una metodología exacta que permita identificar culturas y estilos nacionales distintivos. Claramente, más allá de estas restricciones, es un concepto que permite ilustrar mejor la conducta estratégica de un Estado: cómo el poder político es definido, adquirido, legitimado y usado así como el mundo exterior es considerado y evaluado.

Ahora bien, se puede interrogar acerca de cuál es el grado de relevancia que posee la dimensión estratégica en un Estado como Rusia, históricamente no democrático, en relación a su política exterior. Por su extenso territorio y su historia bastante autoritaria, puede afirmarse que hay una fuerte tradición planificatoria allí, más allá de autores rusos como el propio Tólstoi, que la consideraba una actividad inútil. Ya el eslavófilo Nikolait Danilevsky discutía que la extensa frontera y la vastedad territorial, además de considerar la vulnerabilidad rusa, por esas mismas razones, tornaba necesario, planificar qué y cómo hacer frente a

tales desafíos naturales. Mientras Wallander y Tolstoi consideran que la estrategia rusa a lo largo de la historia, no ha sido grande, ni estrategia ni sostenible en el tiempo, otros como John P. LeDonne, la consideran imprescindible para entender el proceso histórico ruso (Monaghan, 2013 : 1223-1226) (LeDonne, 1994).

Si bien los documentos oficiales rusos, como veremos al terminar este Capítulo, se apoyan en la planificación militar a lo Von Clausewitz y Peter Vigor, Andrei Kokoshin, un pensador estratégico prominente de la actualidad, ex Secretario del Consejo de Seguridad y hoy parlamentario, ha sugerido que la “*strategiya*” en el contexto ruso, no sólo abarca el plano militar sino también otras esferas, reflejando cierta apertura, tal vez, insuficiente, del Estado ruso a prestar atención a otras dimensiones de la seguridad, hasta ahora desatendidas. Planear estratégicamente, afirma Kokoshin, implica un alto nivel de gobernanza que supera en magnitud , el tipo de gestión basada en reaccionar a situaciones inmediatas. Su principal obra fue escrita en el año 2007, en el peor momento de la relación entre Estados Unidos y Rusia (Monaghan, 2013 :1224).

Es el Consejo de Seguridad, el organismo que bajo Putin, ha tomado a su cargo, las actividades de coordinar el planeamiento estratégico y la preparación con experticia y especializada del concepto, la doctrina, la estrategia, los programas y los proyectos en las áreas de política exterior. Dicho Consejo ganó en experiencia y autoridad, bajo la dirección de Nikolai Patrushev, un ex oficial de la KGB y luego, secretario y Director del FSB.

Con Putin como Primer Ministro de Medvedev, numerosos Ministerios empezaron a tener órganos planificatorios que gestionaron la redacción de una “cascada” de documentos oficiales hacia el año 2008. El Concepto de Desarrollo Socio-Económico de Largo Plazo hacia el 2020; el Concepto de Política Exterior de 2008; la Estrategia de Seguridad Nacional hacia el 2020 y la Estrategia Energética hacia el 2030, ambos publicados en el año 2009. La Doctrina Militar sería publicada en el año 2010.

Sin embargo, en otro ejemplo del contraste entre formulación o diseño e implementación de políticas públicas, existente hace tiempo en Rusia y aún bajo la era putinista, algunos observadores extranjeros hacen hincapié en las dificultades de la burocracia rusa por adaptarse a esta nueva cultura proactiva. Vladislav Inozemtsev habla de “desprofesionalización galopante” de la elite rusa mientras Richard Sakwa, se refiere a una “revolución pasiva” en la burocracia, a la que le falta creatividad e iniciativa (Monaghan, 2013 :1233)

Sumado a ello, y a pesar de “la vertical del poder” de Putin, debe agregarse la crítica a la falta de coordinación interministerial, que se comentó en los capítulos anteriores. Esto hizo que los Ministros de Trabajo, Educación y Desarrollo Regional, entre otros, fueran despedidos por Putin, al verificarse que el 80 % de los planes regionales no se cumple y hay corrupción en no pocas contrataciones oficiales. El caso más sonado fue Defensa, en el 2013. La crisis financiera de 2008 a nivel global, desnudó enormes falencias de gestión burocrática, según Medvedev. De todos modos, por el contrario, tanto la Unión Euroasiática como el ingreso a la OMC, pueden considerarse como dos triunfos significativos en la gestión pública rusa de los últimos años (Monaghan, 2013 :1234-1235).

5.1. La construcción social de la cultura estratégica rusa

Considerando que el debate de política exterior rusa, tiene un profundo sentido elitista, con el Estado poseyendo prácticamente un monopolio en la identificación del curso de política exterior, para entender la nueva cosmovisión securitaria rusa, debe prestarse atención a las normas, prácticas e intereses rusos en las estructuras de diferentes niveles decisorios: federal y regional. La formación de la identidad va en varias direcciones: desde arriba, como es tradicional en un país con tanta verticalismo como Rusia, y desde abajo, los niveles inferiores de gobierno: regiones, ciudades, bases militares, bordes fronterizos, etc. que un país tan gigantesco como Rusia, se ven relativamente potenciados.

Desde una perspectiva constructivista, el Estado puede ser considerado como el productor, más que el mediador o el árbitro de los discursos securitarios. En el caso ruso, según Kassianova, debe prestarse especial atención a la imagen de ciertos grupos sociales comprometidos con un proceso de autorreflexión nacional, organizado en tres niveles más o menos autónomos, pero interactuantes.

En primer lugar, una elite intelectual con una polifonía de voces societales, como los medios de comunicación, los líderes académicos y culturales, las ONGs, la “intelligentzia” tanto en el nivel federal pero especialmente regional. El discurso identitario que este variante de la elite destaca, contemplando las imperfecciones de la vida política y social rusa, a través de las preguntas eternas y las exploraciones históricas, es propenso a un alto nivel de autorreflexión y sofisticación.

En segundo término, la elite política, cuyo discurso está constituido por las plataformas y programas partidarios, los debates parlamentarios, los órganos de prensa partidaria, las voces de las elites regionales, los esfuerzos de los “lobbies” financieros y empresarios, sobre todo concentrados en las instituciones federales del poder. El discurso que ella genera, está marcado por una orientación más pragmática al mundo, una proyección directa a la esfera de la política práctica y, una preocupación, no por la autorreflexión sino por la autojustificación y la refutación de narrativas rivales. Suele emplear un lenguaje estereotipado y temporalmente mitologizado, autocontenido, con un significado codificado⁹³.

En tercer lugar, el Estado, o las agencias gubernamentales, que hablan a través de los textos de los documentos más doctrinales, estableciendo las prioridades estratégicas para el desarrollo del Estado y la nación. Esta es una narrativa cuidadosamente y neutralmente

93 Durante los años de la era Putin, se ha potenciado el reforzamiento de la grandeza y la conciencia cultural rusa, a través símbolos visuales o el reconocimiento de figuras históricas, como el ex canciller Aleksandr Gorchakov y el poeta Fyodor Tyutchev.

balanceada, objetiva, inclinada a generalidades con muy poca emotividad pero un fuertemente normativo contenido (Kassianova, 2001 :826).

En dichos documentos oficiales, que más adelante, serán enumerados y descritos, aparecen las visiones autoritativamente sancionadas del Estado, presentando las principales cuestiones que responden a los objetivos y prioridades nacionales. Estas ideas, no provienen directamente de una selección de los discursos de los grupos sociales, sino que son el fruto de la mixtura de debates políticos e intelectuales, pero creados con su propio contenido, a través del canal de grupos expertos analíticos empleados en agencias gubernamentales. Entonces, esos discursos presentan una visión “destilada”, relativamente bien estructurada, coherente y bien focalizada de los supuestos y objetivos de las políticas estatales (Kassianova, 2001 :826).

Pero siendo una parte del discurso securitario, esos textos también implican una imagen simbólica deseada más que real, de sí mismo o del ambiente externo. Así el Estado no media entre discursos políticos competitivos, sino que produce una clase particular de discurso dirigido hacia adentro (la nación) como hacia afuera (el mundo). Por ello, los analistas, expertos y políticos toman muy seriamente estos textos, para intentar predecir la conducta del Estado ruso.

De acuerdo al análisis de contenido de los documentos oficiales, la tendencia muestra que el debate de política exterior, entre 1993 y 1999, antes del putinismo, fue altamente inestable y exhibió un cambio desde posturas normativas hacia más orientadas al poder o realistas. En cambio, desde el año 2002 hasta el 2007, han mostrado una gradual evolución desde un “*Realpolitik*” manifiesto hacia una retórica más normativa y aunque en el 2008, hubo regreso momentáneo hacia posiciones de balance de poder, aquella tendencia continuó hasta el año 2010 (Bakalova, 2012) (Bakalova, 2013).

Asimismo, el desarrollo de la retórica de los Conceptos de Política Exterior muestra una ininterrumpida evolución a través de la escala normativa. Entonces, más allá de la presunción generalizada de que la

política exterior rusa se ha movido desde el liberalismo al realismo, los líderes rusos han estado usando una retórica normativa en su política comunicacional hacia el público doméstico y externo. Desde una posición realista, podría decirse que la lógica normativa ha sido usada para el propósito de racionalizar y justificar las intenciones y motivos de poder, aunque teniendo en consideración la teoría constructivista, tendrían que evaluarse estas transformaciones en el contexto de desarrollos internos y externos como puntos críticos y sensibles en el propio debate interno (Bakalova, 2011) (Bakalova, 2013).

Según Kassianova, en el caso ruso, el Estado posee la capacidad de generar identidad: en la era postsoviética, el gobierno ruso, desde sus múltiples agencias y ministerios, empleaba estrategias de movilización contra alguna amenaza externa para manipular el conflicto potencial en sus relaciones con ese “Otro” (Occidente), como un instrumento para fomentar la unidad nacional y la identidad estatal (Giraud y otros, 2006).

Ahora bien, debe quedar claro que el Estado no constituye un actor antropomórfico, unitario y racional, que “habla” con una sola voz. Sí, es un espacio público donde conviven elites políticas que intentan plasmar una representación de un “nosotros” que constituya la identidad política de dicho Estado. Allí donde las identidades se forjan “desde arriba hacia abajo” –aún cuando puedan haber alternativas para que el proceso sea inverso- , las elites son decisivas en este proceso, requiriendo contar con un elevado grado de cohesión, para articular un discurso hegemónico sobre la identidad. Diferentes trabajos, como por ejemplo, el de Ted Hopf, incluyendo desde las ópticas constructivista y postestructuralista, han tratado la temática de las identidades rusa y del Este, versus “Occidente” (Casula, 2007) (Merke, 2009 :143-144).

Es deseable entonces, que las elites gobernantes exhiban un grado de acuerdo importante sobre puntos centrales básicos de la política exterior. De no ser así, de no mostrar cohesión en torno al rumbo, o, en otros términos, unidad en torno a valores, ideas o creencias básicas de cómo debe ser el derrotero o trayectoria de dicho país en el escenario

internacional, dicho Estado, no estará reaccionando eficazmente ante el sistema internacional.

Desde la perspectiva constructivista, como se afirmó en párrafos anteriores, la investigación de identidad incluye el desarrollo, la evolución y la construcción: la identidad es tratada como un proceso social basado en una cierta fundación de atributos culturales estables pero abiertos a ajuste y transformación. El contenido y dinámica de identidad colectiva al nivel del Estado son abordados a través del estudio del discurso de líderes políticos, intelectuales y de todos aquellos comprometidos en el proceso de construir, negociar, manipular y afirmar una respuesta a la demanda para una imagen colectiva⁹⁴.

William Bloom en "*Personal Identity, National Identity, and International Relations*" (1990), señala seis supuestos, válidos para el caso ruso, pueden plantearse en tal sentido: los Estados pueden manipular la dinámica identitaria nacional; existe una competencia interna por apropiarse de ella; ningún grupo pretende construir un discurso que arriesgue la identidad nacional; ésta es un proyecto de construcción permanente; las imágenes internacionales manipulables por el gobierno, influyen sobre la opinión pública; ésta reacciona a favor o en contra de políticas exteriores que protejan o amenacen la seguridad nacional (Merke, 2007 :38).

Dado que las identidades sirven como factores que movilizan y justifican la acción externa, la política exterior puede volverse en determinado punto, atrapada en el discurso de la identidad estatal. Así, cuando los políticos explican la política exterior en términos de identidad, son candidatos a ser penalizados en el futuro si la política exterior es vista como contraria a la identidad nacional. De este modo, los discursos de identidad constituyen una suerte de "dependencia de la trayectoria" (*path*

94 Vincent Pouliot creó adrede, el término "sobjetivismo", que es una metodología de razonamiento en el seno del constructivismo, que intenta superar la dicotomía subjetivismo-objetivismo. Ella debe ser inductiva, interpretativa e histórica. Para abordar entonces, un caso sobre la base de este llamado "sobjetivismo", el primer paso sería recuperar los significados subjetivos; el segundo, poner los significados en contexto y, finalmente, historizar los significados (Pouliot, 2007 :368-374).

dependence), limitando lo que los actores políticos pueden concretar a *posteriori* (Merke, 2007 :39).

Según Zubelzú, el vínculo entre la identidad nacional y las experiencias de política exterior, es altamente dialéctica. Dadas las transformaciones del sistema internacional, a la política exterior le cabe responder al enorme desafío de atenuar los impactos negativos –reales o percibidos- en términos de la identidad nacional, mientras que conjuga acciones que en gran medida, estrechan vínculos con el medio externo. Sustentado en la idea de Jacques Lacan del estado del espejo en el desarrollo psicológico humano, Stuart Hall arguye que la identidad brota de alguna forma de pérdida de profundidad o vacío en el individuo o la sociedad, la cual produce la necesidad de su articulación desde afuera (Hall, 1992 :287) (Zubelzú, 2005) ⁹⁵.

En términos sociológicos, la política exterior actúa como el mecanismo fundamental de autoidentificación, definiendo el “Yo colectivo”

95 No se pretende en esta Tesis, debatir acerca del concepto “identidad nacional”, el cual puede remitir a enormes e inútiles equívocos. Aunque sí resulta válido exponer sobre qué bases conceptuales se han construido las diferentes nociones de “nación”, a las que elegimos por su recurrencia y mayor empleo a la hora de ilustrar el caso ruso: una “esencialista”, una “modernista” y otra “postmodernista”. Respecto a la “esencialista”, cultural-etnicista-perennialista, defendida entre otros, por pensadores de los siglos XVIII y XIX, como los alemanes John Gottfried Von Herder y Johann Gottlieb Fichte, subraya rasgos como tamaño grupal, integración económica, movilidad territorial, cultura distintiva, relaciones externas (en forma de alianzas o conflictos), iguales derechos de ciudadanía y lealtad al grupo. Según esta definición, según la cual, existiría una especie de “alma rusa”, la nación sería una realidad orgánica esencial y de raíces inmemoriales. A ella, adhiere la mayoría de los intelectuales rusos, encabezados por el profesor Aleksandr Dugin. La segunda visión de nación, “modernista”, presentada por Ernest Gellner, es opuesta a la anterior, considerando que las naciones constituyen una contingencia. Por ejemplo, éstas surgen cuando procesos históricos como la modernidad y la industrialización conllevan a la génesis de nacionalismos y éstos “construyen” por medio de la educación, a la “nación”. Los nacionalismos serían entonces, productos históricos de la modernidad -elementos de estructuración política en una etapa del proceso de expansión capitalista-. Sería la caracterización de la idea de nación como producto de una determinada ingeniería social -al servicio de las élites- para canalizar las energías y las emociones de las masas hacia una determinada forma de ordenación socio-política. La tercera definición, “postmodernista” o “etno-simbolista”, la de Anthony D. Smith y Ronald Grigor Suny, entre otros, plantea también la existencia de un proceso de formación de naciones, pero donde éstas serían equivalentes a “comunidades imaginadas”, subrayando la relevancia de símbolos, rituales, banderas, canciones y acciones colectivas que articulan y representan aspiraciones que luego se plasman en reconocimiento político formal, soberanía e independencia (Zubelzú, 2005). En nuestro caso, nos sentimos más identificados con la segunda y tercera opción, no obstante que reconocemos el importante sustrato cultural de la primera, aunque neguemos su carácter inmutable.

o el “Nosotros” versus el ambiente externo (el “Ellos”). El significado de la “otredad” representa el potencial movilizador aplicable a fines políticos: el “Otro” puede ser la amenaza externa a la unidad doméstica.

Cabe advertir además, que tan importante como definir si otras naciones constituyen el “Otro”, en el caso ruso, resulta relevante, determinar la relación con las minorías étnicas establecidas en Rusia como los rusos radicados en otras repúblicas de la ex URSS -unos 25 millones-, como partes del “Nosotros”. En efecto, Rusia cuenta con numerosas poblaciones no rusas en su seno, de las que, numéricamente, las más importantes, son tártaros, chechenos, ingushetios, maris, chuvaches, osetios, bachkires, buriatos, tuvas. komis y kalmuks. En varias repúblicas, los rusos constituyen entre el 20 y el 30 % de la población (Zubelzú, 2005).

La política exterior, es una práctica productora de identidad: sirve como el mayor y mejor instrumento para el proceso de construcción, reconstrucción o reproducción de la autodefinición. La política exterior canaliza el compromiso con el ambiente externo; brinda evidencia de la percepción externa del mundo de la colectividad y funciona como un instrumento para la realización de la autoimagen, a través de objetivos determinados por intereses y modos de probar su adecuación (Kassianova, 2001 :821) (Merke, 2009).

5.2. El peso de la historia en la construcción social de la cultura estratégica rusa

La evolución histórica de las percepciones entre Occidente y Rusia, resulta de particular relevancia con el objeto de explorar los cambios en los discursos de las elites rusas a lo largo del tiempo. En el caso ruso, Europa y Occidente en general, jugaron el rol del “Otro” significativo y prominentemente figuraron en el debate acerca de la identidad nacional. Fueron Europa y Occidente, los que crearon el ambiente significativo en el cual los gobernantes rusos han históricamente sabido ser reconocidos por el “Otro” Occidente y modernizarse después a la manera de Occidente.

A lo largo de la historia, para Rusia, Occidente ya fuera una civilización superior, emulada o contenida, a pesar de los contextos cambiantes, nunca fue ignorada. El entorno de Pedro El Grande en el siglo XVII, por ejemplo, fue el de la estatalidad soberana secular, hasta que la Revolución Francesa de 1789, con su proclamada soberanía popular podría a los Zares rusos frente a un dilema de difícil resolución. Salvo Alejandro II, tanto Alejandro I, quien combatió y venció a Napoleón, como Alejandro III, se pusieron del lado de las potencias monárquico-absolutistas, antirrevolucionarias y reaccionarias Austria y Alemania (Tsygankov, 2006 :2)⁹⁶ .

En términos realistas, la historia juega un papel decisivo a la hora de evaluar un concepto como la “cultura estratégica” y en este caso, la rusa, sería compleja, sobre todo, precisamente, producto de una existencia milenaria, así como de una traumática y variada interacción con sus países vecinos.

En la larga y compleja historia rusa, donde importa la percepción de amenazas y la profunda conflictividad entre principados y Estados vecinos, se destacan hechos, tendencias y factores como:

- La continuidad de la trayectoria histórica rusa desde el nacimiento del primer Estado eslávico, el *Rus* de Kiev (862-1185), del que ha heredado el papel de liderazgo en la “civilización ortodoxa” y que le hace percibir a Ucrania y Bielorrusia como partes de su misma entidad histórica. En esa fase de la historia, la Rusia de Kiev y Moscovia, que surgió como un vástago de la civilización bizantina, existía al margen del

96 Pero ya Aleksandr Herzen, advertía, en contra de la vieja y la nueva Europa, que Rusia debía buscar su propio camino. Décadas más tarde, el enfrentamiento entre Nicolás II y los bolcheviques, también era un conflicto de visiones respecto a la inserción mundial rusa. El infortunado Zar decidió una absurda guerra con Japón, en vez de optar por políticas reformistas sugeridas por Witte, para evitar la gradual polarización social. La entrada en la Primera Guerra facilitó la crisis interna y la llegada al poder de los bolcheviques. Pero los Soviets y la dictadura proletaria, eran, en última instancia, una respuesta a la revolución francesa occidental. Es cierto que primero, los bolcheviques plantearon ciertos golpes a los gobiernos europeos burgueses pero luego, se mostraron dispuestos a una cooperación pragmática con Occidente (Montes, 2007 :122-125).

“Otro” -Occidente- y tenía poco contacto con las sociedades europeas occidentales (Huntington, 1997 :165).

- La coincidencia en el siglo XIII de invasiones de pueblos nómadas de Oriente -mongoles- y de grandes potencias occidentales -Suecia y la Orden Teutónica-, que estuvieron a punto de hacer desaparecer la identidad nacional rusa. Los tártaros destruyeron Moscú en el año 1571; los polacos volvieron a hacerlo en 1610 y Carlos XII, el Rey de Suecia, intentaría invadir infructuosamente la capital rusa en 1708, siendo repelido por Pedro El Grande. En el siglo XVI, Rusia se había asegurado su frontera oriental y comenzó la colonización de Siberia. Cabe subrayar aquí durante buena parte de esta fase, Rusia permaneció ajena a los fenómenos históricos definidores de la civilización occidental: catolicismo, feudalismo, Renacimiento, Reforma, expansión y colonización de ultramar, Ilustración y aparición del Estado-Nación. Siete de las ocho características distintivas de la civilización occidental:- religión, lengua, separación de la Iglesia y el Estado, imperio de la fe, pluralismo social, cuerpos representativos e individualismo-, estuvieron casi totalmente ausentes en la experiencia rusa (Ruiz, 2012) (Huntington, 1997 :165).

- El comienzo en el siglo XVII de una expansión territorial hacia Occidente con dos motivaciones: la mesiánica de recuperar los territorios perdidos del Rus de Kiev -a costa de Polonia y Lituania-, y la económica de lograr una salida a mares abiertos, a costa de Suecia y del Imperio Otomano. Tras los reinados del Zar Pedro El Grande (1689-1725) y la Zarina Catalina La Grande (1762-1796), Rusia se convirtió así en una de las grandes potencias europeas, pero sin modificar su anticuada organización social y política. En el siglo XIX, el ejército francés a cargo de Napoléon Bonaparte invadiría Rusia, esta vez, ayudado por 100.000 polacos, pero sus pérdidas humanas y militares, lo harían retroceder hasta la declinación y derrota final en los campos belgas de Waterloo en 1815.

- La culminación de una nueva expansión imperial en el siglo XIX en el Cáucaso y el Asia Central, de gran valor geopolítico y económico,

pero que incorporó al Imperio, minorías étnicas resistentes al dominio ruso.

La Guerra ruso-japonesa de 1904-1905, fue otro evento de gran impacto para la cultura estratégica rusa. La Marina japonesa atacó a la Flota del Lejano Este ruso, en Port Arthur, antes de la declaración de guerra formal japonesa. Durante el conflicto, Rusia perdió la mayoría de su flota. Fue la primera victoria de una potencia asiática sobre una europea en tiempos modernos. A partir de allí, Rusia se sumergió en una profunda crisis de variada gama, que desembocó en episodios más traumáticos aún como la Revolución Bolchevique en 1917 y la invasión polaca de 1920.

Cabe aclarar aquí, que a diferencia de lo que marcan los realistas, que consideran que Rusia fue y es “Gran Potencia”, a partir de sus capacidades materiales, llámense poderío militar y expansión territorial incesante, a lo largo de la historia, para el constructivismo, el poderío creciente de un Estado, existe sólo en función del reconocimiento intersubjetivo (de otros Estados), a lo largo de las centurias.

Precisamente, Rusia tuvo una singular historia en su relación con Europa, demorando varios siglos aquel reconocimiento. Esa trayectoria común se remonta mucho antes del siglo XVI, del cual datan, según la historiografía clásica, los primeros contactos entre exploradores y viajeros como Segismundo Von Herberstein y los vikingos del Báltico septentrional, que se aventuraban a conocer aquellas lejanas e inhóspitas, cuando no, hostiles tierras, que habitaban los eslavos del este. En efecto, con la caída del Imperio Bizantino y la fragmentación de la “Horda de Oro” de los mongoles, ya durante el siglo XV, los eslavos orientales empezaron a practicar las primeras políticas de intercambio con el exterior, incluyendo el envío de embajadores a Livonia, Lituania y Suecia, en 1480 y Hungría, Moldavia, Milan y el Sacro Imperio Romano en las décadas siguientes, además de los primeros matrimonios reales

para acrecentar capital simbólico, como el de Iván II con Sofía Paleóloga, nieta del Emperador bizantino (Neumann, 2008 :14-15) ⁹⁷.

Aunque las ceremonias formales entre eslavos y europeos en general, no presentaron mayores conflictos, al estilo de los contactos oficiales entre chinos y occidentales, no estuvieron por ello, exentos de algunas dificultades.

Hacia 1486, para el Sacro Imperio Romano, por ejemplo, el Principado de Moscú (Moscovia) era apenas distinguible de la Confederación Polaca-Lituana. La manera formal de la época para reconocer a un nuevo Estado dentro del concierto de Estados-Nación que empezaban a aparecer, era solicitar al Emperador Federico III, el título de Rey de la flamante unidad territorial y política en ciernes. Iván III jamás aceptó dicha pretensión europea imperial, autoafirmándose como “Gran Gobernante de los *Rus*, por Gracia Divina”, dominando sus tierras, desde tiempos inmemoriales, sin necesidad de un reconocimiento externo. Entre 1508 y 1514, la correspondencia entre el hijo de Iván III, Vasiliy y el Emperador, a propósito de la solicitud eslava de una alianza conjunta en contra de Lituania, demostró cómo los príncipes rusos no toleraban el tratamiento de “reyes” que les confería el máximo titular del Imperio, el mismo que le daban a soberanos como el inglés Enrique VIII (Neumann, 2008 :15-16).

Los embajadores extranjeros, siempre sospechados de espías, fueron prácticamente reclusos en los palacios de los Zares hasta la segunda mitad del siglo XVII, cuando recién se les permitió circular libremente por las calles de Moscú. Asimismo, los enviados por los Zares, pretendían tratamientos formales especiales como representantes de aquéllos, que precisamente no conferían a sus pares europeos, apenas pisaban tierras rusas.

El mundo estaba cambiando, desde un orden imperial a uno monárquico absolutista, al frente de Estados soberanos, centralizados y modernos, pero los príncipes rusos no aceptaban dicho tratamiento,

97 En 1493, se establecieron los primeros contactos diplomáticos entre el reino danés y Moscovia, mientras que en 1553, fue el inicio de la relación con Inglaterra.

prefiriendo manejarse con los antiguos vocabulario y régimen, sustentados en criterios morales y trascendentales, vis a vis, Estados como los europeos, paulatinamente más secularizados⁹⁸.

Tardíamente, recién con el Zar Pedro El Grande, se tomaría conciencia de la socialización europea. Incluso en 1713, año de la firma del Tratado de Utrecht (fin de la Guerra de Sucesión española), del cual Rusia, ni siquiera formó parte como Estado signatario, lo cual revela como todavía para Europa, era considerado como un reino poblado por “bárbaros” y al margen del proceso de transformación estatal del Viejo Continente. La apertura de consulados comerciales de franceses, holandeses e ingleses y la participación activa de las fuerzas y diplomacia rusa, en las guerras bálticas contra Suecia y la “*Rech Pospolita*” (Polonia y Lituania), fueron configurando un rol más activo para Rusia en el escenario regional primero, y en el orden westfalliano europeo, después. Hacia fines del siglo XVII, Pedro El Grande había estimulado la difusión de representaciones diplomáticas europeas en San Petersburgo y el envío de embajadores rusos en ciudades como París, Londres, Viena, Berlín, Dresden, Hamburgo, Copenhague y Estocolmo (Neumann, 2008 :17-21).

Según los realistas, la Paz de Nystadt (30 de agosto de 1721), poniendo fin a la “Gran Guerra del Norte”, contra la destruida Suecia, encumbró a la Rusia de Pedro El Grande, en el liderazgo del concierto europeo de las relaciones internacionales. Sin embargo, existen serias dudas de que aún en esa época, Rusia, considerado como una potencia

98 No podía ser de otra manera en un país donde hasta Pedro El Grande, podría dudarse de la eficacia de sus intentos por construir un Estado moderno, abstracto, despersonalizado y secularizado. La tradición estatal rusa, en el sentido “moderno” y “occidental”, es muy limitada, por no decir, nula. Por el contrario, es muy fuerte la tradición personalista y patrimonialista del poder. El “*gosudarstvo*” alude a un dominio casi absoluto y cuasi privado, del monarca sobre sus súbditos-siervos. En su sentido territorial, “*gosudarstvo*” designa el país como unidad independiente en la escena internacional, pero también un cierto número de regiones y provincias internas (por ejemplo, Siberia). En plural, la palabra designa los territorios incluidos en el título del emperador. Cabe subrayar que en la Rusia de los Zares, éstos eran figuras isomorfas de Dios y la “sociedad civil” prácticamente, estaba subsumida en la clase dominante. En 1719, sobre el territorio de lo que en 1785 fueran las 26 gobernaciones, el 93,2% de los hombres eran campesinos, lo cual significa que el 61,31% de la población masculina eran siervos. Un siglo más tarde, en 1815, las cifras no han cambiado fundamentalmente: 91,3 y 60,60 respectivamente. En el último tercio del siglo XVIII, el 95 % de la población estaba todavía excluido del derecho a heredar y poseer la tierra, de lejos el principal medio de producción (Ingel'form, 2004 :54-55-56) (Ingel'form, 2010 :29-47).

militar, victoriosa sobre la monarquía sueca, pudiese ser respetada y aceptada, dado su carácter semibárbaro o su déficit civilizatorio.

En términos formales, cuando Pedro El Grande se autodenominó “Imperator” en 1721, no tardó en ser reconocido como tal por los Estados septentrionales de Europa, pero los restantes demoraron bastante tal decisión: los austríacos y los ingleses lo hicieron en 1742, los franceses en 1744 y los polacos, recién en 1764. Si bien Rusia era la potencia militar más grande de Europa, por la cantidad de hombres movilizados en armas, en tiempos de la Guerra de Siete Años (1756-1763, entre Inglaterra, Francia, los indígenas y colonos americanos del norte); había estimulado la realización de casamientos dinásticos (cristianos) con algunos de los más importantes príncipes europeos y, hasta firmado tratados de paz relevantes, incluyendo la pionera Convención del Mar con Turquía en 1783, su burocracia, cuerpo diplomático y sobre todo, el estilo de gobernanza directo, con una monarquía aún absolutista en tiempos en que Europa, de la mano de Inglaterra, pasaba a considerar la posibilidad de gobiernos monárquicos limitados institucionalmente, la alejaban de los patrones deseables “civilizatorios”, más acordes a una “Gran Potencia”, del tenor de la Inglaterra de aquella época.

A pesar de que Rusia finalmente sería aceptada y encumbrada como potencia europea, tras el Tratado de Viena de 1815, en el nuevo orden postnapoleónico, permitiéndosele el envío de embajadores y ministros plenipotenciarios en la totalidad de las cortes europeas, seguiría siendo cuestionada como poder social por sus pares europeos. Como bien afirmaba el propio Vicecanciller Peter Shafirov en una carta a un colega francés en 1721, respecto a la gran transformación rusa de Pedro El Grande, Rusia podía ser considerada como un aliado que los europeos temían u odiaban, sin mediar sentimientos de amistad alguna (Neumann, 2008 :30).

Una de las consecuencias de toda esta sucesión de hechos históricos es que las sucesivas invasiones sufridas por Rusia han contribuido decisivamente a configurar su visión de seguridad y defensa, y

ayudan a explicar su obsesión por no quedar cercada, y por establecer *glacis* -o zonas de influencia- de naciones que la aislen de lo que es percibido como una amenaza potencial contra sus intereses vitales (Ruiz, 2012 :83).

Aquí, cabe hacer un paréntesis respecto a la política exterior histórica rusa. En realidad, el tópico de la política exterior imperial rusa presoviética fue bastante poco abordado o cuasi ignorado por la literatura anglosajona, a diferencia de la soviética. Esto tuvo consecuencias desde la óptica investigativa ya que implicó que no se tuviera en cuenta, de manera clara, la posible continuidad de ambas políticas exteriores, a pesar de las notorias diferencias de regímenes políticos (LeDonne, 1994 : 1-24)

En general, algunos antecedentes consideraron que la política exterior rusa estuvo guiada por principios de naturaleza defensiva, teniendo en cuenta que Rusia siempre estuvo expuesta a posibles invasiones a ambos lados de su vasto territorio por lo que sus gobiernos se mostraron siempre atentos a resguardarlos, garantizando seguridad. Otros autores enfatizaron el carácter agresivo y expansionista ruso, sobre la base de sus intereses culturales y económico-comerciales. Al igual que los Imperios británico, francés, belga o prusiano, Rusia mostraba sus propias intenciones, sustentadas en orgullo, ambición y poder (LeDonne, 1994 :1-24).

Ninguna de las dos aproximaciones sirven para explicar las continuidades de la política exterior rusa a lo largo de la historia. Debiera tenerse en cuenta el factor geopolítico, es decir, cómo se fueron moviendo las fronteras europeas y cómo Rusia se benefició o perjudicó con tales alteraciones. Para ellos, recurrir al concepto de “área nuclear” de Geoffrey Parker, discípulo de la teoría del “heartland” de Halford MacKinder. El área nuclear está definida por su ubicación geográfica, constitución política y social y su intención hegemónica. En efecto, siempre representa una ideología con actitudes simplistas y fundamentalistas, identificando una determinada cosmovisión religiosa o cultural (Islam, catolicismo,

protestantismo, budismo, etc.); una intencionalidad de expandirse hacia las fronteras vecinas y buscando una convergencia o divergencia hidrográfica para justificar tal necesidad expansionista. Por ejemplo, en el año 1700, un área nuclear rusa (moscovita) podía ser identificada, sobre la base de un gobierno altamente centralizado, muy ligado a la Iglesia Cristiana Ortodoxa, con su centro de divergencia hidrográfica en la Mesopotamia del Volga-Oka y rodeada de: la Liga Hanseática y la Horda de Oro que controlaba el Janato de Kipchak (LeDonne, 1994 :1-24).

Desde allí en adelante, cinco áreas nucleares se desarrollaron en torno a tal Rusia, que luego se expandiría. Primero, el área sueca, que emergió como el margen septentrional del mundo escandinavo, en la conjunción de los mundos finlandés, germánico y eslavo, del cristianismo latino y griego. El Mar Báltico y el Golfo de Botnia formaban la zona de convergencia hidrográfica y, su ideología era un luteranismo intolerante que se sustentaba en la sujeción al rey, de las virtudes de la obediencia incondicional. La segunda área nuclear era la polaca, en el límite de la cristiandad latina; el río Vistula era su centro de convergencia, su catolicismo y el orden social basado en la servidumbre, fortalecido en la lucha constante contra la Rusia ortodoxa y la Alemania luterana. La tercera era Turquía, en la conjunción de los mundos turco y bizantino, del Islam y el cristianismo griego, de ambos pueblos nómades y sedentarios. El Bósforo y los Dardanelos, eran su centro de divergencia hidrográfica, su fe era la ortodoxia sunita, su organización política y militar basada en el enfrentamiento con los cristianos. Persia era la cuarta área nuclear, pero sin un centro hidrográfico. Su identidad étnica estaba reforzada por la adopción del shiismo, una confesión minoritaria del Islam, con la cual, la ortodoxia sunita permanecía constantemente en guerra. Su gobierno absolutista reposaba en un ejército de esclavos, pero su geografía, a diferencia de la polaca, imponía debilidades estructurales, sobre las que ningún gobierno podía triunfar. El quinto era China, porque tenía una frontera común con Rusia, no obstante que Mackinder la ubicaba en la Costa Monsoon. No existe duda alguna que constituía un área nuclear

separada -con su cadena hidrográfica, sociedad de ciudades amuralladas, campesinos sedentarios y gobierno dinástico en el nombre de principios confucianos (LeDonne, 1994 :1-24).

Esas cinco áreas nucleares todavía son de especial relevancia geostratégica para la Rusia de Putin.

Si estos eventos no fueran suficientes para conformar la cultura estratégica rusa, el experimento sociopolítico representado por la URSS (1917-1991) tuvo también una gran influencia en los patrones de comportamiento del Estado, como la perpetuación de un sistema autocrático de gobierno, dos nuevas invasiones desde Occidente, la asunción del papel de superpotencia en un mundo bipolar tras la II Guerra Mundial, y los continuos cambios de fronteras y movimientos forzados de población, que no lograron su objetivo de tamizar las diferencias internas de la nación pero serían una fuente de conflicto al derrumbarse el régimen.

En tal sentido, es importante testimoniar la magnitud del impacto de la caída de la URSS en la identidad nacional rusa. Para algunos autores, la “desovietización” de la sociedad rusa representó algo parecido a un cambio de civilización, que supuso una especie de “victimización” del pueblo ruso. Para otros, los rusos no pudieron reasumir su nacionalidad de inmediato, tras 1991, porque sencillamente habían desaparecido como nación. La identidad nacional rusa quedó definida por la Presidencia Yeltsin, en sentido negativo: eran rusos, todos los ciudadanos de la Federación Rusa que no fueran miembros de otras etnias. Los rusos tampoco veían que sus dirigencias los representaran en cuanto a sus valores culturales. Finalmente, se convirtieron en el blanco del odio de sus vecinos, que hallaron en ellos, sus respectivos “chivos expiatorios”, por haberles impuesto el comunismo en sus naciones (Belikow, 2005) (Claudín Urondo, 2002 :9).

Así, la desintegración de la URSS no significó que Rusia heredara un Estado-Nación como tal, sino una amorfa y débil identidad nacional. Al igual que los turcos durante el Imperio Otomano, ni el régimen zarista ni el

soviético promovieron la construcción de una “nación” rusa. Según Goble, la tragedia rusa se debe a que se convirtió en un Imperio mucho antes de consolidarse como Nación: es decir, Rusia fue un Estado con un centro y una periferia, pero no una metrópoli con colonias (Zubelzú, 2005)⁹⁹.

Téngase en cuenta lo que implicó en términos materiales o económicos pero también y sobre todo, psicológicos: Rusia ya no es una “Gran Potencia” porque su colapso de los noventa la hizo caer desde el tercer PBI absoluto mundial detrás de Estados Unidos y Japón, al número decimosexto, tras India, México, Corea del Sur y Argentina. En el año 1987, el PBI de la URSS era el 30 % del de Estados Unidos. Hoy, es el 5 % Rusia, habiendo sido una economía “subindustrializada”, se ha convertido en una “desindustrializada”. Semejante cambio de tal magnitud, impactó negativamente en la autoestima rusa (Graham Jr., 2000).

Desde una perspectiva que focalice en la autopercepción nacional, el final de la URSS implicó heredar una situación demasiado traumática para los propios rusos, que habían estado “sovietizados” durante décadas. Habitados a considerar a los rusos, como agresivos y “victimarios” contra pueblos vecinos o más allá, pareciera apropiado también observarlos como “victimas”.

En efecto, durante toda su historia, los rusos han sufrido las apetencias imperiales de los griegos, los tártaros, el Sacro Imperio Romano Germánico, las Cruzadas católicas, los polacos, los turcos, los escandinavos, los japoneses, el Imperio francés de Napoleón, el nazismo y como quedó expresado, el totalitarismo soviético comunista.

Basta con recordar la secuencia de cribas o hechos adversos (externos e internos) que han prácticamente “arrinconado” a Rusia, sumándose al imperativo geográfico, por cierto, ya adverso: la derrota y

⁹⁹ De modo similar a Turquía y Austria, mucho antes, al Estado ruso le toca la doble tarea de construir la “nación” y acotarla institucional y territorialmente, tras vivir la fragmentación de un Imperio, con todo lo que ellos supone: falta de decisión política sostenida; obstáculos frecuentes como el chauvinismo y la xenofobia, etc. (Zubelzú, 2005).

humillación militar ante Japón (1905-1907); la derrota militar ante Alemania y cesión de territorios extensos durante la Primera Guerra Mundial; Revolución Bolchevique (1918), guerra civil, comunismo de guerra, hambrunas, colectivización forzada y Segunda Guerra Mundial, incluyendo la invasión germánica (Hutschenreuter, 2012 :23-24).

Cabe realizar entonces, tres observaciones. En primer lugar, los rusos no han podido reasumir su nacionalidad porque sencillamente desaparecieron como nación. Debe advertirse que la identidad nacional rusa, en las actuales circunstancias, quedó definida desde una óptica negativa: son rusos todos los ciudadanos de la Federación Rusa que no sean miembros de otras etnias. Así, la Federación Rusa está conformada por un número de naciones: la tártara, yakuta, chechena, dagestaní, ossetia, ingushetia, cherkessia, etc., cada una con su respectivo presidente, que protege sus intereses y encarna la figura del líder nacional. Los rusos, están distribuidos en gobernaciones, regiones y ciudades, pero no existe una “república rusa”, de manera que tampoco tienen presidente, ni figura que encarne al líder nacional. El Presidente de la Federación Rusa representa a todos: ingushetios, chechenos, tártaros y, obviamente, los rusos.

Pero mientras las etnias minoritarias canalizan y protegen sus intereses a través de una autoridad nacional unificada ante las autoridades federales y les arrancan concesiones de todo tipo, los rusos se deben conformar con un número importante de gobernadores y alcaldes que más que representar los valores e intereses nacionales rusos, se desgastan en sus luchas intestinas por el poder local, más vinculadas a los intereses económicos y a los privilegios mundanos de las oligarquías de su base electoral que a los intereses nacionales rusos (Belikow, 2005).

Comparativamente, con las sociedades del Europa Oriental (ex URSS), también éstas han gozado de la oportunidad de refundarse políticamente a través de su historia. Los rusos, no sólo, no sienten que la dirigencia política, sobre todo, la de los años noventa, represente sus

valores e intereses culturales, sino que este factor deriva en una definición endógena negativa de la identidad cultural y nacional lo que cual, torna imposible la refundación política. En cualquier caso, podría decirse que, luego de una década de transición postcomunista, desde su ascenso al poder, sólo Putin ha generado cierto liderazgo en el que los rusos parecen sentirse mejor representados

En segundo lugar, los rusos, que no han encontrado un “chivo expiatorio” a quien endosarle todos los males y daños que la historia les deparó, son el blanco del odio de sus vecinos que hallaron en aquéllos, a sus respectivos “chivos expiatorios”, ya que fueron ellos los que han impuesto el comunismo en la región. La Federación Rusa, tras la disolución de la URSS, se convirtió en su heredera jurídica lo cual, le permitió quedarse con todo el arsenal nuclear, la banca en el Consejo de Seguridad y las embajadas. Pero también, en absoluta soledad, debió hacerse cargo del enorme peso de la terrible historia soviética. En el imaginario colectivo de sus vecinos, próximos y lejanos, también heredó el imperialismo soviético. Esto derivó en que mientras sus vecinos recibían ayudas y eran invitados a integrarse en la Unión Europea e incluso la OTAN, Rusia siguió siendo tratada con desconfianza -cuando no como “enemiga”- y, por lo tanto, sistemáticamente excluida y hasta “humillada”. Este aspecto generó una definición exógena negativa de la nacionalidad rusa, basada en prejuicios y adjudicación de culpas (por cierto, compartidas) que no necesariamente, eran propias (Belikow, 2005) (Hutschenreuter, 2012 : 223).

En tercer lugar, hay razones políticas coyunturales que confluyen en estas dificultades de definición de identidad nacional, social y política rusa. El apoyo al yeltsinismo por una parte, a nivel doméstico, por parte de gobernaciones, regiones y repúblicas para restar poder al Legislativo y a nivel externo, desde Occidente, sostén financiero pero no institucional creíble, no contribuyeron a la construcción de una sociedad civil rusa, capaz de refundar una nación y edificar un Estado viable con futuro¹⁰⁰.

100 Esto ya fue suficientemente descrito en la Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales en la UNC, de mi autoría, publicada en el año 2007.

Cabe recordar que los bolcheviques habían anulado todo vestigio de cultura rusa e incluso abolieron los símbolos patrios rusos. La Unión Soviética, por definición, era internacional y el nombre "ruso" se eliminó de la totalidad de los documentos. La actual Federación Rusa, en la era soviética, era la RSFSR (República Socialista Federal Soviética de Rusia). Esta identidad cultural y nacional no se había sofocado ni reprimido en las demás naciones ni en las Repúblicas tardías que se incorporaron a la URSS ni en el resto de los países del Este. Incluso cuando Stalin negoció la creación de las Naciones Unidas obtuvo tres bancas: una para la URSS, otra para Ucrania y la tercera para Bielorrusia. No existía mención alguna para Rusia, la cual, carece de esa oportunidad por razones esencialmente políticas: se pretendía evitar la exclusión de sectores sociales (Belikow, 2005).

Mientras los Partidos Comunistas de toda Europa Oriental, se reconvertían a la socialdemocracia o a frentes cívicos de centro-derecha, arguyendo que los ideales socialistas fueron tergiversados por los soviéticos, el PC ruso omitía la búsqueda de "chivos emisarios" a quienes culpar de todos los males ya que esa búsqueda arrasaría inevitablemente con los propios líderes del marxismo leninismo soviético. Evitando un proceso de "lustración" al estilo checo, alemán oriental o polaco, que generó una gran "limpieza" de los organismos policiales y de seguridad interna, el PCUS hablaba de desviaciones, producto de las ambiciones personalistas de algunos jefes, básicamente, todos menos Lenin y el líder de turno. El resto del arco político ruso tampoco estuvo dispuesto a hurgar en el pasado ante el temor de encontrarse con una guerra civil en el que se enfrentarían al aún poderoso PCUS. Ese intento ya se hizo y no dio buen resultado: Yeltsin, que había proscrito el PCUS en todo el territorio de la Federación de Rusia, debió rehabilitar al partido (Belikow, 2005).

Así, Europa Oriental obtuvo su "chivo emisario": el imperialismo soviético, en el mejor de los casos o el presunto imperialismo ruso en la versión más maniquea. Los rusos, en rigor de verdades, fueron la primera

y más sufrida víctima de la Internacional. De manera que, a diferencia de los pueblos vecinos que rescatan a sus comunistas "buenos" que fueron perseguidos por los comunistas "malos" rusos y sus personeros locales, los rusos tienen dificultades obvias para hacer esta diferenciación entre "buenos" y "malos". Este aspecto analizado aporta su cuota significativa a la definición endógena negativa de la nacionalidad. Por ejemplo en Daguestán conviven más de 40 grupos étnicos que en las actuales circunstancias, se dividieron en otras tantas facciones. Algunos apoyan a los chechenos, otros por el contrario, se suman como voluntarios a las filas federales para combatir a los chechenos y, otros son indiferentes (Belikow, 2005).

Salvando diferencias entre un nacionalismo con rasgos negativos, que lleva al odio, el rechazo, el desprecio, la exclusión y eliminación del "Otro" y otro positivo, posibilitando la concreción de objetivos comunes, para ser canalizados hacia fines ventajosos, el nacionalismo ruso, hoy, moderado, atravesó varias etapas.

En tiempos de la *Perestroika* gorbachoviana, por ejemplo, entre 1986 y 1990, las demandas nacionalistas implicaron un regreso a los nombres rusos tradicionales de ciudades y calles; la reivindicación del campesinado nacional y el reconocimiento de la relevancia de lo religioso. Luego, cada grupo empezó a pujar por definir lo más ajustadamente, la "comunidad imaginada" y, las demandas alcanzaron variedad. Patriotas ortodoxos como los de *Pamiat*, *Rodina* y otros movimientos que fueron desapareciendo; nacionalistas conservadores a la manera de Solzhenitzyn; nacionalistas liberales al estilo de Dmitri Lijatchov, con una versión de la patria tolerante y respetable hacia los demás, adhiriendo a la democracia y el Estado de Derecho y, los nacionalistas de izquierda, con valores socialdemócratas occidentales, fueron las cuatro corrientes identificables en esa primera fase.

Con el tiempo, ya en los noventa, la elite gobernante empezó a describir las políticas norteamericanas de la era Clinton, como esfuerzos para explotar la debilidad rusa. Así, la elite adquirió consistencia

geográfica (San Petersburgo), homogeneidad profesional (ex camaradas de la KGB) y una misma visión de país (Rusia y un rol de grandeza y liderazgo en el concierto internacional), tras un período de caos, humillación y victimización nacional, como fueron aquellos años. El producto más acabado de tal perfil de elite, es la formulación y ejecución de una política exterior, que recuperó el orgullo y la autoestima nacional rusa, a partir de la construcción de una sólida identidad cultural (Graham Jr., 2000).

5.3. La cultura estratégica rusa en tiempos recientes

Puede considerarse válido pues, el estudio de la política exterior de un país, que requiere insertarse en el sistema internacional, indagando acerca de las opciones de políticas; los líderes y elites que las implementaron; los discursos que las legitimaron y los valores o ideas que sus sociedades compartieron con ellos. Podría sintetizarse esta idea, en la variable: “cohesión de las elites” -en torno a qué son éstas, dónde están, qué rol ocupan y qué piensan-¹⁰¹.

Ahora bien, para evaluar opciones de política exterior que coincidan con una inserción adecuada en el escenario internacional, las elites deben conocer y estar informadas respecto a cómo es el funcionamiento de la política internacional. Por ejemplo, en el caso de Estados otrora potencias como Rusia, desde Pedro el Grande (siglo XVII) en adelante, el funcionariado diplomático de carrera, se forma adecuadamente en la lectura de los asuntos internacionales y defendiendo el llamado “interés nacional” de la Federación. Allí también, en gran medida, el grado de cohesión profesional e ideológica de las elites, explica el perfil de la política exterior de dicha Federación, porque la construcción identitaria es un proceso claramente ejecutado desde “arriba

101 Al mismo tiempo, debe reconocerse que tal variable es condición necesaria pero no suficiente para lograr tal inserción. La experiencia de las elites nacionalistas en los procesos independentistas postcoloniales del Africa por ejemplo, así lo demuestra.

hacia abajo”, conjugando el problema “eterno” de Rusia con su habitual “Otro”, Occidente¹⁰².

Una importante franja de investigaciones contemporáneas sobre la identidad rusa, exploran el componente “occidental” desde perspectivas culturales, históricas, políticas y hasta antropológicas, como las de Isaiah Berlin e Iver Neumann, entre otros (Ryazanova Clarke, 2012 :3-4).

Cabe comenzar por destacarse la continuidad de la cultura estratégica rusa desde la época zarista, reforzada en algunos aspectos durante el periodo comunista, y que ha llegado sin variaciones hasta nuestros días. El único periodo real de ruptura de esa cultura estratégica fue en los años 1992 y 1993, cuando Rusia pareció renunciar a su *status* de “Gran Potencia” y a sus patrones tradicionales de comportamiento, en aras a una rápida integración en Occidente y asunción de sus valores, pero esta tendencia revirtió a partir de diciembre de 1993.

Se puede concluir igualmente que, ante la permanencia de la cultura estratégica, las modificaciones prácticas de la política de seguridad rusa, sin cambiar un ápice su formulación teórica, han sido provocadas por los cambios en los factores del contexto externo, frente a los cuales se ha producido una reacción muy similar en todo el periodo, aunque con resultados distintos en función de la disponibilidad de capacidades materiales y por los factores del contexto interno.

Así, los factores externos desfavorables para los intereses nacionales rusos provocaron una reacción en el periodo Yeltsin-Primakov (1996-1999), de nula eficacia ante la desastrosa situación interna del país, por lo que no sirvió para caracterizar una etapa separada de la política de seguridad. Sin variar los intereses, en la etapa Putin-Ivanov (2000-2004) se aprovechó un contexto externo que se percibía como favorable para colaborar con Occidente y poder así iniciar la recuperación del país en el

¹⁰² Para Rusia, el rol referencial de Occidente, ya sea en forma de amenaza o rechazo, forma parte del discurso histórico y porvenir de la identidad. En cambio, para Occidente, excepto durante el período de la Santa Alianza, el problema de sus relaciones con Rusia no constituye un objeto de autorreflexión societal sino que está definido pragmáticamente según preocupaciones prácticas y de seguridad.

plano interno. La posterior evolución del contexto externo convenció a Rusia de que Occidente se oponía a sus intereses nacionales, y así en el periodo Putin-Lavrov (2004-2008) se produjo una reafirmación en la política de seguridad rusa, esta vez sí que apoyada en las adecuadas capacidades materiales, que llevó a un enfrentamiento abierto con Occidente ¹⁰³.

El colapso de la URSS y la emergencia de la Rusia postsoviética no pareció ser dispensada con los conceptos a lo largo de centurias de la “rusianidad”, incorporando la noción de Occidente. Abriendo al país hacia afuera, el mundo, Mikhail Gorbachov inició la narrativa de la “Casa Común Europa”, a través de la cual, veía a Rusia como como un miembro más, mientras que en 1996, el primer Presidente de la Rusia independiente, Boris Yeltsin, articuló la necesidad de construir “la Nueva Idea de Rusia” y formó un “*think-tank*” (“tanque de ideas”) del Kremlin, al que le encomendó la tarea de pergeñar otra variante de “sendero especial” ruso, un concepto

103 Como se ha descrito, en el periodo presidencial de Medvedev (2008-2012) se abrió una ventana de oportunidad que, de ser haber sido plenamente aprovechada por los principales actores/grandes potencias de la región euroatlántica —EE.UU., la UE y la propia Rusia—, debería haber hecho posible el dar prioridad a la modernización de las estructuras socioeconómicas de la Federación, y abrir un periodo de estabilidad en la región que permitiese, por ejemplo, resolver los “conflictos congelados” en el continente europeo. Sin embargo, en el momento en que comienza una nueva presidencia de Vladimir Putin —tras la victoria en las elecciones presidenciales del 4 de marzo—, son muchos los frentes que permanecen abiertos, y que amenazan con retrotraer la relación a la etapa de tensiones:

- La falta de acuerdo sobre el desarrollo del escudo antimisiles de la OTAN y el grado de integración o al menos coordinación de Rusia con el mismo. Por ser la piedra de toque de la relación OTAN-Rusia, el fracaso en este campo perpetuaría el enfrentamiento.

- El nulo debate que ha seguido a la propuesta rusa de un nuevo tratado de seguridad paneuropeo, fuera del limitado “Proceso de Corfú” de la OSCE, que todos parecen haber dado por liquidado tras la Cumbre de Astaná en 2010.

- La crisis económica e institucional de la UE, que está disminuyendo su influencia como actor global, y que impide que Rusia pueda negociar “de tú a tú” con un único ente; por lo que ha optado con asociaciones estratégicas bilaterales con los Estados clave, más favorables a sus intereses, como Alemania o Francia.

La falta de encaje de Ucrania en las estructuras de seguridad y económicas euroatlánticas —tanto las lideradas por Occidente como por la propia Rusia— bajo la presidencia de Viktor Yanukovich, que puede favorecer nuevas tensiones.

- Una posible victoria del candidato republicano en las elecciones presidenciales en EE.UU. de noviembre de 2012, que pudiera dar al traste con la “puesta a cero” de las relaciones impulsada por Obama, y motivar un endurecimiento del discurso nacionalista del propio Vladimir Putin desde el Kremlin.

- Por último, la no resolución de los conflictos congelados, factor distorsionador de las políticas de seguridad paneuropeas.

luego más desarrollado durante la Administración Putin. Así, el discurso público de la Rusia contemporánea continúa debatiendo y negociando ese “Occidente” imaginado: como afirma Vera Tolz, la comparación rusa con Occidente ha sido el ingrediente más importante de la identidad moderna de la Federación Rusa (Tolz, 2001 :69).

Luego de la caída implosiva de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), provocada por la apertura de una suerte de “Caja de Pandora” por parte del Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), Mikhail Gorbachov, la elite rusa bajo Yeltsin, intentó alinear al país con Occidente, creyendo ingenuamente que tal posicionamiento, en parte definido de antemano por el sistema internacional, acarrearía beneficios automáticos, en términos de despegue económico y crecimiento social.

Durante la Guerra Fría, el “Otro” Occidente cambió varios y fundamentales modos de visión del mundo por parte de la URSS. Estos cambios, como las influencias ejercidas sobre la URSS, pueden ser vistas desde, al menos, dos focos. Por un lado, Occidente emergió como una más unificada civilización comprometida con los valores de democracia, la reconstrucción del capitalismo liberal y los derechos humanos. El éxito del Plan Marshall en Europa Occidental en el mejoramiento del nivel de vida europeo, causó asombro aún en funcionarios soviéticos y estimuló a los reformistas en tal sentido. Los “halcones” de la Guerra Fría presionaban para mayores gastos militares y una postura más firme contra la URSS, por lo que para los reformistas soviéticos se hubiera hecho más difícil si abogaban por el cambio y el acercamiento con Occidente. Como la lógica de confrontación ganaba espacio en las relaciones occidentales-soviéticas, otras cuestiones internacionales relevantes como la pobreza y la degradación ambiental, eran las grandes perdedoras. En este contexto, todo era percibido según los lentes de quienes ganaban poder o quienes sabían gerenciar más exitosamente la debilidad del oponente.

En este contradictorio contexto, el pensamiento soviético de política exterior se inspiró en diferentes desarrollos sucedidos en

Occidente. Supo conseguir el reconocimiento occidental hacia las reformas domésticas y abogar por una más robusta cooperación internacional. Las ideas de la socialdemocracia europea y el apoyo a la *detente*, hicieron que Gorbachov, como antes Khrushchev, no percibieran precisamente a Occidente, como un “demonio”. Esta visión reformista y moderada, que podríamos calificar bajo el rótulo de “liberalismo soviético”, atrajo también a la clase media y también alta soviética, que veía con buenos ojos, romper con el tabú del aislacionismo del país, esperando desarrollar relaciones con Occidente, mutuamente benéficas (Tsygankov, 2006 :32).

En cambio, en el interior del *establishment* soviético, otro grupo, los estatistas, si bien reconocían la *detente*, toleraban la convivencia con Occidente como reformas más limitadas, se preocupaban por el militarismo de éste y por sus políticas obsesivas con prevenir o impedir que la URSS influyera en el mundo. De modo similar a los realistas occidentales, este grupo abogaba por la “correlación de fuerzas” entre socialismo y capitalismo. Los objetivos eran alcanzar status internacional y la aceptación en términos de la preservación de fortaleza, tanto militar como económica.

Finalmente, también había algunos bolcheviques -podrían denominarse como “protocivilizacionistas”, que insistían con la ideología de ganar la competencia entre capitalismo y socialismo. A diferencia de los occidentalistas y los nacionalistas pragmáticamente orientados, este grupo peleaba por los valores socialistas auténticos, superiores a los del capitalismo. No tenían ninguna esperanza en la *detente* o en la coexistencia con Occidente, a quien consideraban agresivo en sus intenciones imperialistas. No hay campo intermedio en la lucha contra el imperialismo y la Guerra Fría, en última instancia, era una competencia entre los valores culturales de los dos sistemas más que entre sistemas militares o económicos. La expansión de tales valores permitiría el reconocimiento a escala global de la URSS. Este grupo incluía algunos

líderes ideólogos del PCUS y eventualmente emergían como la principal oposición al futuro Nuevo Pensamiento (Tsygankov, 2006 :33).

Fueron los estatistas los que tomaron el control de la política exterior durante la Guerra Fría. De inmediato después de la Revolución de 1917, los bolcheviques tomaron dos cursos de política exterior: uno, conducido por el Comisariado en Relaciones Exteriores, dirigido a estabilizar relaciones con los líderes occidentales, mientras el otro, buscaba socavar a Occidente a través del *Kominterm*. Esta dualidad quedó en el pasado cuando Stalin decidió virar hacia una retórica comunista altamente ideologizada y el reconocimiento de la Rusia Soviética como “Gran Potencia” y luego, como “Superpotencia”. El estatismo estalinista pudo superar políticamente al *Kominterm* civilizacionista en asuntos externos (Tsygankov, 2006 :33).

Sólo a fines de los setenta y los ochenta, producto del triunfo de los sectores más duros o “halcones” occidentales frente a Rusia, los civilizacionistas soviéticos lograron recuperar parte de su antigua preeminencia. Los argumentos para justificar la invasión a Afganistán, por ejemplo, radicaba en el propio crecimiento militar occidental, la oposición a la ratificación del SALT II (Conversaciones sobre Limitaciones de Armas Estratégicas) y la decisión de la OTAN de desplegar misiles norteamericanos en Europa. Además de Afganistán, la URSS se animaba a desplegar fuerza militar en Vietnam y Angola. Cuando en 1983, Reagan anunció la Iniciativa para la Defensa Estratégica (SDI o Programa de la “Guerra de las Galaxias”), los soviéticos se dividieron en dos bandos: los estatistas más statuquístas y los civilizacionistas más expansionistas. Los occidentalistas se replegaron preocupados por el aumento de tensiones con Occidente (Tsygankov, 2006 :33).

Como Occidente consolidó las instituciones liberales después de la II Guerra Mundial, el pensamiento liberal retornó a la URSS, pavimentando el camino para futuros cambios posibles. El arribo de Gorbachov señaló que el “liberalismo soviético” había crecido bastante

fuertemente para desafiar el pensamiento de los viejos estatistas y los civilizacionistas.

Sin embargo, el nuevo líder soviético fue incapaz de mantener el curso de las reformas. Bajo condiciones de extrema polarización entre los viejos estatistas y los civilizacionistas y los nuevos liberales occidentalistas, Gorbachov perdió el apoyo inicial entre las elites y la población general y por consiguiente, tuvo que renunciar. No obstante, él nunca reemplazó su adhesión socialista por un liberalismo pro-occidentalista. Indudablemente, Gorbachov contribuyó enormemente al crecimiento del occidentalismo doméstico.

5.3.1. Las tres concepciones securitarias de la elite rusa

Cabe seguir el método de dividir la elite rusa, en grupos basados en sus orientaciones ideológicas y comparar sus respectivas narrativas en tópicos clave de las políticas domésticas y exterior rusa. Varios análisis proveen un quiebre similar en grupos con mayores o menores convergencias en sus visiones acerca de las condiciones, objetivos y direcciones de la política exterior rusa (Kassianova, 2001 :824).

5.3.1.1. El pro-occidentalismo ruso

El primer grupo de ellos, podría denominarse de diversa manera: los liberales, demócratas, occidentalistas, atlanticistas o institucional internacionalistas. Su fundamentación ideológica incluye elementos del “Nuevo Pensamiento” gorbachoviano y un compromiso total a los valores occidentales de la democracia, los derechos humanos y el libre mercado. Por un breve período, las visiones de este grupo (integrado entre otros, por los economistas y funcionarios de Yeltsin, Anatoli Chubais y Yegor Gaidar y el joven político, líder del liberal Partido Yábloko, Grigori Yablinsky), constituyeron la filosofía oficial del Kremlin en 1992 y parte del año 1993. Su discurso posiciona la “normal” o “civilizada” congruencia con Occidente, como la referencia para la evolutiva identidad rusa. Su mirada de política exterior combina la creencia en un ambiente internacional benigno, la primacía de las reformas domésticas política y económica (democracia más mercado) y la asistencia occidental tanto para integrar a

Rusia en la economía mundial, como para moderar la influencia política y económica rusa en el espacio de los Estados postsoviéticos (Kassianova, 2001 :824)¹⁰⁴ .

La coalición liberal, muy amplia, ya que abarca políticos como Boris Nemtsov, Grigori Yablinsky, Irina Khakamada, Serguei Kiryenko y Garry Kasparov, economistas como Yegor Gaidar y Mikhail Kasyanov, abogados como el propio ex Presidente ruso Dmitri Medvedev, tiene un perfil normativo-legalista, apelando de manera recurrente a la necesidad de respetar el imperio de la ley y terminar con la cultura del nihilismo legal, tanto a nivel doméstico como internacional. El factor emulación -de las grandes potencias occidentales- pero también de los países desarrollados “normales”, adquiere una especial relevancia para los liberales.

El colapso de 1991 de la URSS presentó a los liberales de Rusia, una oportunidad para exhibir un curso pro-occidental de la política exterior. Tanto Yeltsin como Kozyrev persiguieron políticas de asociación estratégica e integración con Occidente y sus instituciones. Externamente, ellos estuvieron inspirados por las promesas occidentales de apoyo y esperaban unirse a Occidente en unos pocos años. Ambos vieron el

104 Los occidentalistas están presentes en la apertura de Pedro El Grande a Europa, en oposición a Alejandro I con su presencia en la Santa Alianza. La tradición sigue con Alejandro II, quien cambió su inserción con Alemania a otra con Francia e Inglaterra. Ya en el siglo XIX, intelectuales de la talla de Vasili Klyuchevski y Pavel Milyukov observando las características nacionales de Rusia, consideraban que el país debía desarrollarse en la misma dirección que Occidente, la cual era, la más viable y progresista de las civilizaciones. En la era postestalinista, Khrushchev y Gorbachov buscaron cierta conexión con Occidente. En plena era gorbachoviana, se advirtió sobre el último líder moderno de la URSS, la influencia de Andrei Sakharov, Pyotr Kapitsa y Vladimir Vernadski, con ideas socialdemócratas, de transnacionalismo e interdependencia. Reconociendo la superioridad industrial europea y norteamericana, la orientación identitaria occidental, sobre todo, hacia el fin de la URSS, se caracterizaba por ideas socialdemócratas alejadas de las posteriores distorsiones estalinistas y por un socialismo más humano, acuerdos nucleares con Estados Unidos, el retiro de Europa y la afinidad con la Europa socialdemócrata. Tras el fin de la URSS, el mundo se encaminaba hacia la vigencia de los valores democráticos y el respeto por los derechos humanos. Kozyrev se identificaba con esta perspectiva, considerando que la experiencia bolchevique había interrumpido y secuestrado la verdadera identidad nacional rusa, que era occidental. La URSS había sido un país incorrectamente desarrollado; en la Postguerra Fría, Rusia debía volver a ser un país occidental “normal” (Tsygankov, 2006 : 5-32-33-57).

triunfo de Occidente en la Guerra Fría como una promesa y una oportunidad de una nueva era liberal.

En el plano doméstico, la coalición pro-occidental incluyó además de los líderes, a los intelectuales, los activistas de derechos humanos y las nuevas elites precapitalistas, particularmente, aquellas con intereses exportadores con Occidente. La nueva coalición identitaria persiguió una agenda revolucionaria de transformar las viejas instituciones soviéticas en un Estado-Nación pro-occidental. Pareció que la nueva identidad liberal fue finalmente establecida en Rusia.

Entre los liberales, hay dirigentes e intelectuales como Chubais y Trenin, que ofrecen miradas con algún disenso. El primero, funcionario de Putin, cree que Rusia debe combinar un perfil económico de mercado con una política exterior asertiva, que se ponga al frente de la ampliación de valores liberales a nivel mundial. El segundo, que colabora activamente con el Centro Carnegie de Moscú, favorece una Rusia cerradamente cercana a Europa, integrada a su institucionalidad, imitando los ejemplos de Alemania y Japón después de sus humillantes derrotas de la II Guerra Mundial¹⁰⁵.

De todos modos, tras los años de Putin, pareciera que el liberalismo ruso ha perdido presencia política e ideológica, quedando subsumido en la lógica de “Kremlin Inc”, es decir, la gran cantidad de negocios y empresas que administran los *siloviki*, que han expandido la lógica del capitalismo como nadie y nunca antes en Rusia. Pareciera finalmente que la lógica macroeconómica se impuso sobre los valores como la democracia y los derechos humanos en Rusia.

5.3.1.2. El centrismo o “nacionalismo moderado” ruso (putinismo)

105 Otros centros liberales en Rusia son la Fundación Gorbachov, el *Institute of World Economics and International Relations (Institut Mirovoi Ekonomiki i Mezhdunarodnykh Otnoshenii, IMEMO)* y, el *Institute of the United States of America and Canada (Institut SShA i Kanady)*, ambos en la Academia Rusa de Ciencias. Entre los medios de prensa liberales, se destacan el *Kommersant*, *Tochka.ru* y *Nezavisimaya Gazeta*.

Continuando con los grupos societales de influencia identitaria, el más popular y diverso grupo es el llamado de los estatistas, centristas y liberal-patrióticos. Es dificultoso hallar un término que los agrupe porque posee una diversidad grande de líneas y sus visiones representan un amplio espectro de posiciones políticas que sin embargo, coinciden en que la política exterior debe estar guiada por intereses nacionales definidos en términos realistas, considerando la situación de seguridad geopolítica rusa, objetivos económicos domésticos y recursos disponibles. En principio, este sector posee dos corrientes de pensamiento.

En efecto, este discurso refleja el determinismo geopolítico o consideraciones esencialistas de la parte o franja más eurasianista de la población. En cambio, la cooperación con “Occidente” como la estrategia inequívocamente preferible, aunque condicionada al respeto de las prioridades nacionales y preocupaciones de seguridad rusas, es defendida por el sector estatista o liberal patriótico.

Las ideas convergentes en este grupo, el corazón del actual “putinismo”, con Putin, Ivanov y el ex canciller de Yeltsin, Primakov, entre otros a la cabeza, proveen las bases para el más importante consenso en política exterior en la opinión pública (Kassianova, 2001 :825).

Cabe aquí destacar, que si bien una fracción importante de la población lamenta como Putin, la disolución de la URSS, apenas el 16 % en el 2009 (como máximo el 25 % en el 2003), pretende recuperar a la URSS como forma institucional de relaciones exteriores con las ex repúblicas. El 27 % pretende mayor bilateralismo y el 22 % una integración al estilo de la UE. El 56 % de los rusos tampoco está de acuerdo con forzar hasta la fuerza, los vínculos con las ex repúblicas (Centro Levada, 2009 :149).

Los estatistas buscan preservar el orden social y político, pero sobre todo, la integridad territorial frente a las amenazas externas. Los rusos poseen un acendrado complejo psicológico de inseguridad, con una predisposición inmediata a sacrificar todo a favor de independencia y soberanía. Las múltiples guerras en Europa y Asia les han dado más

excusa a modo de justificativo, a los estadistas. Stalin solía afirmar que mongoles, turcos, suecos, polacos y lituanos, han vivido en guerra con los rusos. Esto ha impedido que Rusia, distante a 50 a 100 años de desarrollo respecto a los capitalistas Ingleses y franceses pero también en relación a los vecinos japoneses, reduzca esa distancia al menos, a 10 años (Tsygankov, 2006 : 6)¹⁰⁶ .

Pero la desintegración soviética no terminó con los debates identitarios, cuestión que, cabe subrayar, se había empezado a esbozar en el período gorbachoviano e incluso, hoy, se desarrolla en la propia Rusia. En los hechos, parcialmente, porque cayó el liderazgo soviético, la nueva identidad postsoviética fue profundamente desafiada y el momento liberal no duró. Muy tempranamente, las políticas occidentalistas se encontraron con una formidable oposición, en la cual, los estadistas jugaron un rol clave.

Los nuevos estadistas se diferenciaban de los soviéticos en cuanto a que reconocían al mercado y la institucionalidad democrática pero siempre con el ánimo de reforzar y no debilitar al Estado. La nueva

106 Los estadistas no son antioccidentales, pero sí buscan el reconocimiento occidental por las capacidades militares y económicas que posee Rusia. Admiran de Pedro El Grande, su competitividad militar y del Canciller de Alejandro II, Alexander Gorchakov, la política de reposicionar a Rusia, tras la derrota contra el Imperio Británico, en la Guerra de Crimea. Gorchakov pensaba en términos de “concentración”, desarrollando alianzas flexibles y limitando el involucramiento ruso en los asuntos europeos. De los Zares, los estadistas desean copiar esas capacidades militares y de seguridad, las que les permitieron a Rusia, acercarse a Europa y no al revés. Durante el régimen bolchevique, desde la Revolución de Octubre, fueron los estadistas, a través del Comisariado de Relaciones Exteriores, controlado por Stalin, los que ganaron terreno ante el Komintern civilizacionista, dada la falta de credibilidad occidental en sus propios valores liberales y al reconocimiento de la fortaleza soviética, más que el valor de sus instituciones. La recuperación económica occidental post II Guerra Mundial, alentó el prestigio de los valores y la autoestima de Occidente, lo cual, conllevó a una nueva ofensiva estatista. Sólo Khrushchev quiso romper con el aislacionismo estalinista y retornar a los principios leninistas de coexistencia con Europa y el mundo capitalista, conviviendo y comerciando con ellos. Por ejemplo, Maksim Litvinov apoyó un sistema de seguridad colectiva en Europa para prevenir el advenimiento del fascismo. El pacto de Stalin con Hitler había sido para mantener al margen a la URSS de la Segunda Guerra Mundial o, al menos, ganar tiempo para prepararla. En el marco de la doctrina de la correlación de fuerzas, había que enfrentar la creciente influencia global de Occidente. Ambas estrategias eran para preservar la independencia rusa en los asuntos mundiales y algunos tenían elementos de la estrategia gorchakoviana de concentración (Tsygankov, 2006 :6-7-16-17).

coalición estatista estaba formada por militares, servicios de seguridad e industrialistas que no se beneficiaban o se beneficiaban poco de la relación con Occidente. El consejero presidencial Serguei Stankevich y el jefe de la inteligencia exterior, Primakov, lideraban un grupo que creía que el interés nacional, preservar el rol de “Gran Potencia”, relacionándose con China e India y contrabalanceando a Occidente, no había cambiado sustancialmente. Este grupo tenía algún grado de apoyo en la elite rusa como lo demostró el nombramiento de Primakov al frente de Cancillería (Tsygankov, 2006 :18).

Los estadistas fueron capaces de derrotar a los occidentalistas por el poder de la vieja identidad estatista, la cual ya había sido fijada en los años veinte. También fueron eficaces en usar la debilidad del nuevo Estado liberal, movilizando canales informales para influir en el proceso de toma de decisiones políticas. Externamente, la lucha entre estadistas y occidentalistas tuvo lugar en un contexto cambiante. Protegiendo la seguridad rusa, los estadistas fueron tempranamente capaces de identificar muchos desarrollos amenazantes.

Las nuevas inestabilidades y conflictos producidos en la periferia del país (Chechenia) en los tempranos noventa, hizo imposible o dificultoso para occidentalistas, sostener políticas de desenganche de dicha periferia. Más importante, el Occidente -el “Otro” significativo para Rusia-, fortaleció enormemente el discurso estatista al decidir expandir la OTAN en el Este y excluir a Rusia de tal proceso. Es que Occidente no aceptaba a Rusia como uno de su lado. Todo ello contribuyó a un contexto que favoreció la conocida imagen de la amenaza externa y la influencia de la nueva coalición identitaria. Por el otro lado, el occidentalismo no tenía apoyo popular para reducir el poder de los estadistas.

El arribo de Putin como nuevo Presidente señaló otro cambio en políticas y un renovado interés en comprometerse con Occidente. En una reversión personal, el Presidente tomó distancia de los occidentalistas como de los primakovistas. No obstante, que Putin insistió en la prioridad rusa de preservar el *status* de “Gran Potencia”, su estrategia para lograrlo,

difirió de la de Primakov. En lugar de continuar la política de balance en contra de Occidente, Putin explícitamente se situó con Europa y USA e insistió que Rusia era un país más europeo y occidental que asiático, en términos de identidad (Tsygankov, 2006 :19).

Cabe preguntarse por las razones de este cambio de política exterior del Presidente Putin. Dado el debate inconcluso de la identidad, el cambiante balance en el debate entre estatistas y occidentalistas y el nuevo contexto internacional, ayudan a explicar la innovación estratégica de Putin. En términos domésticos, el curso de la “cooperación pragmática” de Putin con Occidente, era un proyecto de coalición identitaria mixta, que incluyó intereses occidentalistas y estatistas. Podría hablarse de una especie de alianza entre agentes de seguridad o ex chekistas o *siloviki* y oligarcas, para adaptarse al nuevo mundo de oportunidades y amenazas. Oportunidades que surgieron de la estabilización económica y la cooperación con Estados Unidos post 11-S y las amenazas, de los ataques terroristas, dentro y fuera de Rusia. Esta visión de interés nacional mixto de Putin tuvo mucho apoyo popular, alejándose de la visión subestimadora de la seguridad de Kozyrev y la sobreestimadora de la seguridad de Primakov.

El vínculo entre el nacionalismo y la política exterior amerita diversas interpretaciones en cuanto a su mutua necesidad. En una línea argumental, por ejemplo, Prizel concibe que la identidad nacional sirve no sólo como vínculo primario entre el individuo y la sociedad, sino entre la sociedad y el mundo. De ahí que la política exterior con su rol como el protector o el “ancla” de la identidad nacional, provee a la elite gubernamental con una herramienta apta para la movilización de masas y la cohesión política, la cual resulta esencial para que todas las sociedades funcionen. Por lo tanto, para Prizel, todos los países -y con un carácter permanente- usan a la identidad nacional para articular sus políticas exteriores y al mismo tiempo, confían en la política exterior como fuente fundamental de su legitimidad (Zubelzú, 2005 :24).

En la otra “vereda”, Kassianova al referirse al caso ruso, sostiene que sólo a partir del desprecio de la Rusia poscomunista (1992-1994) por Occidente, y en una etapa de gran confusión, las élites gobernantes comienzan a abandonar la estrategia de fortalecer la identidad rusa en base a la dimensión externa -sólo relevante aleatoriamente-. La política exterior pierde parte de su importancia frente a una valorización progresiva de la base orgánica cultural como fuente identitaria. Kassianova también sostiene que el componente cultural cuenta con potencialidad para ser usado con fines políticos (Zubelzú, 2005 :24).

Ahora bien, en el caso ruso, la relación entre política exterior e identidad nacional, ha adquirido variados formatos. Las opciones tampoco son únicas. Por ejemplo, ¿la Rusia postsoviética, acotada territorial y materialmente por primera vez en su historia como un Estado-Nación, definirá predominantemente su política exterior en función de su interés o prevalecerá, tal vez bajo nuevas modalidades el espíritu de misión o las consideraciones ideológicas? Cualquiera sea la alternativa elegida, importa una segunda reflexión: ¿el proceso será lineal u operará con marchas y contramarchas que reflejen tensiones internas y respondan a estímulos externos? ¿El actual escenario internacional favorece el fortalecimiento de la identidad rusa en base a la dimensión externa (mi identidad en relación al “Otro”) o en base a la dimensión orgánica cultural (la identidad común)?

Como se ha visto hasta aquí, desde mediados de los años ‘90, la élite política logró consensos sobre el curso a seguir tanto en el plano interno como en el externo. En el primer caso, dichos consensos pueden resumirse en la continuidad de la reforma económica -aunque con salvaguardas-, el mantenimiento del federalismo pero con un centro fuerte y confianza en el Poder Ejecutivo. En el plano exterior, se avaló la continuidad de la cooperación con las instituciones financieras internacionales, el endurecimiento en la posición negociadora, la exportación de armamentos, así como una cooperación condicionada con

Occidente y una firme defensa de derechos especiales y responsabilidades de Rusia en el área postsoviética (Zubelzú, 2005 :26).

Además, la política exterior rusa se fue consolidando en torno a prioridades y trascendiendo figuras. Así el proceso de definirla, se inició con las modificaciones que debió hacer el Canciller Kozyrev a partir de 1994, se reafirmó con su sucesor Yevgueny Primakov (1996) y se consolidó con la asunción de Putin (1999), quien mantuvo al último Canciller de Yeltsin, Igor Ivanov, en su cargo.

La adhesión a un “nacionalismo moderado” implicó replantear para Rusia la tensión entre la identidad rusa y el nuevo Estado-Nación esta vez ya no asociado como antes, a la idea de “Imperio”. La elite gobernante comienza a articular un consenso sólido tanto en la identificación de algunos intereses comunes como en el sustrato o base político-ideológica, entendida como “nacionalismo moderado”. Comparten esta visión, autores como Leon Aron (1998), y Malcolm, Pravda, Allison & Light (1996). Esta base común se definirá en torno a ejes como: un Estado activo, intereses que incluyen la defensa de mercados (el propio y los externos); la protección de la diáspora e incluso identificarán las amenazas internas y externas (Zubelzú, 2005).

Resulta claro que cada uno de estos ejes puede estar sujeto a variantes tanto en las estrategias empleadas para consolidarlos, cómo en la intensidad con la que se los promueva. En el plano político, más allá del excepcionalismo, el mesianismo y el externalismo, siempre tan presentes como fuerzas preexistentes y arraigadas en la cultura política rusa, la adhesión al nacionalismo también involucra un tema más profundo, de hondas raíces históricas, y probablemente de incierta respuesta y eterno debate, acerca de la identidad rusa. Aún así, es importante enfatizar la novedad de plantear a la identidad rusa acotada a un Estado-nación dado que siempre estuvo indisolublemente unida a la idea de “Imperio” y fue una nación imperial. (Zubelzú, 2005 :2) (Zubelzú, 2007 :104-108)¹⁰⁷.

107 Es importante recordar que primero, Rusia, era un Imperio, mucho antes de ser una Nación. Segundo, la fragmentación de la URSS implicó el desacople territorial de Rusia respecto a los límites del Imperio (Zarista y Soviético), con los cual, 25 millones de rusos

El “nacionalismo moderado” de Putin guarda compatibilidad con la categoría de “estatismo moderado”, según Tuminez. Este define a la nación rusa en términos cívicos, incluyendo a los rusos étnicos, a los ruso-parlantes y a todos los otros que viven en el territorio actual de la Federación Rusa. El estatismo moderado favorece la creación de un Estado fuerte y enfatiza a Rusia como una gran potencia e identifica como meta nacional a la restauración del *status* de Gran Potencia, la unificación del Estado y la sociedad, y el estímulo del patriotismo para revivir la disciplina nacional. En términos de comportamiento hacia el mundo externo, el estatismo moderado favorece una política firme en el espacio postsoviético, así como también una fuerte defensa de los intereses nacionales rusos, aún si esto significa seguir una huella que difiere de las políticas favorecidas por las potencias occidentales (Zubelzú, 2005 :29).

El nacionalismo de Putin está condimentado con lo que Tuminez denomina “lo bueno, lo malo y lo repugnante”. Entre lo positivo, se cuenta su retórica para reforzar el amor a la Patria, una mejor vida para todos los rusos y el orgullo por la historia y los logros rusos. El Presidente ha condenado el imperialismo del pasado y ha calificado a la invasión soviética de Hungría y Checoslovaquia como los mayores errores cuyo fruto es la actual rusofobia entre los europeos orientales, ya comentada en el capítulo anterior. El lado negativo de la retórica nacionalista involucra pronunciamientos que muestran una desconfianza hacia la democracia y los valores liberales que no tienen raíces históricas profundas en Rusia, enfatizando que el Estado (supercentralizado) es la fuente y garantía del orden, el iniciador y la principal fuerza conductora de todo cambio (Zubelzú, 2005 :29).

El centrismo combina el énfasis euroasiático por un rol de liderazgo ruso en el espacio postsoviético con relaciones productivas y no

pasaron a vivir en los nuevos Estados postsoviéticos. Para la mayoría de los rusos, su tierra era el Imperio Zarista por lo que, ahora, el Estado ruso cumple un doble rol: construir una nación y limitarla institucional y territorialmente (Kuzio, 2001 :168-177).

confrontativas con Occidente. Para esta tendencia, los rusos son europeos pero en territorio asiático y dependiendo en gran medida, de esos vínculos en un sentido y en el otro.

Respecto a situaciones puntuales como la asociación estratégica con Estados Unidos tras el 11-S, el centrista Consejo sobre la Política Exterior y de Defensa (*Sovet vneshnei i oboronoj politiki*, SVOP) advirtió sobre tal alianza, considerando que conllevaba peligros para la propia Rusia, al quedar subordinada a los intereses occidentales. Sugería en cambio, una alianza securitaria de potencias líderes, que respeten los intereses de cada una. El líder del Centro, Serguei Karaganov escribía en 1997:

“Rusia está retornando a su histórica posición tipo Jano, de doble rostro, occidental y asiático al mismo tiempo. Ni asiática ni europea, sino el centro, que no es un mero compromiso, sino la auténtica Rusia” (Mankoff, 79 :2009)

El propio Putin en la Cumbre de la APEC en Brunei, en el año 2000, dijo que “Rusia se sentía a sí mismo, un país euroasiático” pero cinco años más tarde, ante la Asamblea Federal, manifestó que “Rusia es una nación que fue y será siempre europea”. En el 2007, en ocasión de festejarse el 50 aniversario del Tratado de Roma, señaló que “Rusia, tarde o temprano, terminaría convergiendo con Europa” (Mankoff, 2009 :80).

Entre los centristas, hay algunos liberales también: no sólo Grigori Yablinsky, quien evolucionó hacia estas posturas, sino también Yuri Boldyrev y el prestigioso ex embajador ruso ante Washington y ex Ombudsman de Derechos Humanos, Vladimir Lukin, quienes abogan por una sincera adhesión de Rusia a los valores occidentales, pero sin dejar de ser Rusia.

Ya se ha dicho que uno de los primeros centristas en la historia de la política exterior rusa fue el ex Canciller en el siglo XIX, post Guerra de Crimea, Gorchakov, quien empleó la expresión “*sosredotochenie*” o reconcentración”. La idea era concentrarse en resolver los asuntos domésticos, antes que embarcarse en una política exterior expansiva. A

diferencia del Imperio soviético, que era una potencia perpetuamente revisionista, la Rusia de Putin, bajo el influjo centrista o estatista o nacionalista moderado o un “saludable egoísmo nacional” -como lo llamó un político polaco, Roman Dmowski, no busca confrontar sino cooperar aunque teniendo una voz poderosa de respeto e influencia internacional (Mankoff, 2009 :80)

En los últimos treinta años, desde los estudios acerca de la “Casa Común Europa” gorbachoviana, los discursos públicos oficiales con la voz de las autoridades, producen su propia descripción de la identidad rusa. El discurso dominante centrista es representado por una exposición programática dada en febrero de 2006 por el ideólogo jefe del Kremlin, Vladislav Surkov, quien en aquel tiempo, era Diputado Jefe de la Administración Presidencial y Asesor del Presidente, a estudiantes del Centro para el Desarrollo del Staff del Partido Rusia Unida. Dicha presentación constituye la articulación central y más comprensiva de la ideología contemporánea concebida por las autoridades rusas.

Su visión de política exterior se identifica con la de una Rusia como Estado verdaderamente soberano, que no puede aceptar intromisiones en sus decisiones, de países, empresas o inversores extranjeros. Todo ello justifica entre otras acciones, la toma de posesión de activos privados o estatales, controlando los recursos naturales estratégicos para Rusia. Eso no significa aislar a Rusia o negar la participación privada extranjera en esas compañías (Mankoff, 2009 :89).

El problema con Occidente no es que es un enemigo incorregible para Rusia sino, por el contrario, simplemente no es Rusia y por lo tanto, sus intereses pueden no coincidir necesariamente con los de Rusia. Surkov no es un antioccidentalista: aboga por la membresía rusa en la civilización europea (Mankoff, 2009 :90).

El concepto de soberanía tal como lo entiende Surkov, es diferente del eurasianismo. Para éstos, el atributo principal de la soberanía rusa, lo ofrece poder enfrentar a Estados Unidos y la civilización occidental que encarna. En cambio, para Surkov, se trata de

ampliar ilimitadamente el margen de maniobra de Rusia, se oponga o no a Estados Unidos. Respecto al multilateralismo e integración, Surkov relativiza esos términos, afirmando que aún no se ha probado la validez de esos conceptos, a los que califica “de moda”.

Más allá de las ideologías, la mera búsqueda de ganancias no es el factor principal motivador de la política exterior rusa. Las ideas acerca de la naturaleza del mundo o la arena internacional, todavía importan de alguna forma.

En cambio, el contradiscurso de Surkov es ejemplificado con el artículo publicado el 22 de mayo de 2007, en el diario opositor, “*Ezhednevny Zhurnal*”, llamado “*Velikaya reka ekonomiki*” (El gran río de la economía), de Yuliya Latynina, una periodista de investigación, comentarista política y la más ferviente crítica del régimen de Putin -habiendo militado en el Comité de Libre Elección, en pro de una campaña electoral presidencial limpia e imparcial, en 2008. Latynina escribe en los periódicos liberales “*Novaya Gazeta*” y en “*Kommersant*”, participando en varias publicaciones electrónicas incluyendo *Gazeta.ru* y el nombrado “*Ezhednevny Zhurnal*”, además de presentar el programa político “*Kod dostupa*” en el último bastión de la libertad de prensa en Rusia, la emisora de radio, “*Ekho Moskvy*” (Ryazanova Clarke, 2012 :4-5).

En el discurso de Surkov, éste reafirma que “Rusia es un país europeo”, frente la tesis de un Occidente incluyendo sólo a Estados Unidos y Europa. Surkov ensaya dos estrategias discursivas, considerando la noción de Occidente: asimilación y relativización, incluyendo una presentación negativa. Por un lado, el desarrollo de la civilización europea de la cual Rusia forma parte, está ligada al bienestar material (valor postsoviético) pero también la rusianidad incluye una espiritualidad no material. En cambio, Occidente es visualizado como el corruptor de la “aristocracia *offshore*” u oligarquía rusa. Surkov apunta entonces a la necesidad de la transformación patriótica del empresariado ruso en una “burguesía nacional”. Lo mismo es deseable respecto a la vieja burocracia soviética.

El discurso de Surkov es desmitificador: para él, la democracia es un invento occidental, de corta data, reciente, pero en realidad, se trata de la manipulación tecnológica de las masas. Según el ideólogo del Kremlin, una sociedad democrática es mucho más ideologizada que una totalitaria, produciendo ciudadanos pasivos. En cambio, la democracia rusa es genuina, diferenciando el período yeltsinista: período “zoológico”, de intrigas palaciegas, manipulación y oligarquía. El regreso a la Constitución soviética, paradójicamente, supondría el regreso a los valores democráticos. Mientras el yeltsinismo es una interrupción en tal proceso, la globalización y el terrorismo vienen de la mano de Occidente -un “Otro” peligroso y depredador- y son males para la soberanía y desintegración rusas. Rusia es un cuerpo débil y vulnerable a su desintegración, por lo que debe defender su soberanía. La aceptación para participar en la sociedad global de la información, es mérito de una sociedad “decente”, como la rusa y no corrupta como la occidental.

En la vereda opuesta, el contradiscurso de Latynina deconstruye la rusianidad. Occidente pasa a ser un río de aguas limpias, amigable que intenta seducir a una Rusia corrupta, aislada y autoritaria, que plantea ponerse al mismo nivel de países aislados internacionalmente como Irán, Norcorea, Bielorrusia y otros.

Pero Yuliya Latynina se dedica a escribir también literatura de ficción y ha creado un nuevo género literario, llamado “la novela oligárquica”. Escribió *“Okhota na Izyubrya”* (*‘Stag Hunting’*), que apareció en 1999 y también *“Promzona”* (*‘The Industrial Park’*), publicada en el 2003, habiendo sido filmada en series televisivas populares. Los personajes del oficialismo que son “blanco” de las críticas de Latynina, son Igor Sechin y Guennady Onishchenko. El primero fue asesor presidencial de alto rango y el segundo es el máximo directivo del sistema de la salud pública rusa y es bien conocido por usar razones de salud pública para prohibiciones a las exportaciones políticamente motivadas (Ryazanova Clarke, 2012 :15).

5.3.1.3 El eurasianismo ruso

Paradójicamente, en Rusia, el sector de los ultranacionalistas o expansionistas o civilizacionistas aglutina a los dos extremos del espectro político partidario: la izquierda radicalizada de Zyuganov y la derecha ultramontana de Zhirinovsky. En antítesis a los liberales pro-occidentalistas, los nacionalistas pronuncian un ambiente internacional hostil, “Occidente” es el enemigo natural y una amenaza a los valores rusos, la orientación al libre mercado es un desastre y la restauración del poder ruso en el anterior territorio soviético y en el mundo, es la principal prioridad. Su discurso de política exterior explota largamente las narrativas mitologizadas de la unicidad civilizatoria y la “misión” rusa. Los apoyos de este sector provienen de un número bastante representativo de círculos financieros y empresarios, líderes regionales influyentes y hasta funcionarios oficiales. El apoyo público a estas ideas, llegó a su pico máximo del 43 % en las elecciones de 1993 (Kassianova, 2001 :825).

En ese sector, y aún sospechada de connivencia o subordinación histórica al Comisariado de Asuntos Religiosos del viejo PCUS, el rol de la Iglesia Ortodoxa Rusa en la nueva Rusia, sería fundamental para la construcción de la identidad cultural nacional rusa y un muy importante factor de aglutinamiento. Vía el Patriarca de Moscú, sería un elemento fundamental no sólo para la construcción de una escala de valores y principios compartidos sino, y sobre todo, para la reconstrucción de la escala de valores morales y éticos. Ello permitiría el resurgimiento de criterios que hagan a la condena social y el repudio general de aquellos actos que la cultura social considere antisociales (Belikow, 2005).

En la actualidad, en un tono similar al vocabulario soviético, la Iglesia Ortodoxa ha sido una feroz opositora a la importación de los valores occidentales y aquellos “flagelos sociales” como la homosexualidad y la drogadicción, que el Patriarca moscovita, juzga como derivaciones de la “corrupta vida” del mundo capitalista.

Los ultranacionalistas o civilizacionistas o eurasianistas siempre han visto los valores rusos como diferentes a los occidentales Su respuesta a los dilemas de seguridad es más agresiva que los anteriores.

Siguen a Iván el Terrible, con la unión de tierras rusas después de la invasión de los mongoles o la “Tercera Roma”. Son superiores moralmente a Occidente: hay un firme compromiso con la cristiandad ortodoxa. Adhieren a la concepción de la identidad imperial rusa. Reconocen restricciones del ambiente pero recomiendan expandirse más allá de los límites oriental y meridional. El paneslavismo en el siglo XIX, reivindicaba la idea de unidad cultural, que paradójicamente tendría continuidad en el socialismo de Lenin y Trotski, sobre todo, este último, con su doctrina de la “revolución mundial”. De algún modo, los eurasianistas (Aleksandr Dugin y Aleksandr Mitrofanov) representan genuinamente esta corriente en contra del atlanticismo. El expansionismo ruso se justifica antes, por el occidental (Tsygankov, 2006 :8) ^{108 109} .

Un representante genuino del eurasianismo (*Evraziistvo*), es el líder histórico del Partido Comunista ruso, Gennady Ziuganov, en 2006, escribió que “Rusia es la heredera del Imperio ruso y la Unión Soviética”, en una particular mixtura que une a Nicolás II y a Lenin. Calificó de “ilegales” y “criminales”, los acuerdos de diciembre de 1991, que significaron el final de la URSS.

Mucho se discute acerca de qué es el eurasianismo, pero en general, hay consenso de que según este movimiento, la identidad y la

108 Los argumentos civilizacionistas para justificar la invasión a Afganistán, por ejemplo, radicaban en el propio crecimiento militar occidental, la oposición a la ratificación del SALT II (Conversaciones sobre Limitaciones de Armas Estratégicas) y la decisión de la OTAN de desplegar misiles norteamericanos en Europa. Además de Afganistán, la URSS se animaba a desplegar fuerza militar en países tan distantes como Vietnam y Angola. Cuando en 1983, Reagan anunció la Iniciativa para la Defensa Estratégica (SDI o Programa de la “Guerra de las Galaxias”), los soviéticos se dividieron en dos bandos: los estatistas más statuquistas y los civilizacionistas más expansionistas. Allí, los occidentalistas (intelectuales, activistas de derechos humanos y elites precapitalistas) se replegaron preocupados por el aumento de tensiones con Occidente (Tsygankov, 2006 : 33).

109 Sobre el eurasianismo, hay trabajos muy interesantes, profundizando sobre sus rasgos básicos, naturaleza y representantes (Patomaki, Pursiainen, 1998) (Bassin).

política exterior rusa depende de la ubicación geográfica del país, en el cruce entre Europa y Asia. Ofrece variantes que van desde posiciones más duras y agresivas, antioccidentales hasta más eslavófiles y terceristas. Su lógica se inserta en la geopolítica del “heartland” y suele ser una respuesta a asesores norteamericanos como Zbigniew Brzezinski, quien reiteradamente, ha escrito sobre el “gran juego” que supone el control de Eurasia.

Los vínculos del eurasianismo más duro trasciende las fronteras rusas y se expande hacia el corazón de Europa, donde hay creciente simpatía por estas posturas, en personeros de la extrema derecha francesa, más precisamente el *Front Nationale* de la familia Le Pen y la derecha flamenca de Bélgica, además del conservadorismo alemán de postguerra.

Dentro de Rusia, paradójicamente, no coinciden con la extrema derecha llamada DPNI (*Dvizhenie protiv nelegal'noi immigratsii*), cuya xenofobia es marcada contra los inmigrantes ilegales (chinos, caucásicos y musulmanes). Dugin critica a éstos, porque conspiran contra uno de los principios básicos del eurasianismo, su visión civilizatoria, abarcando a pueblos variados, europeos y no europeos, contenidos todos ellos, alguna vez, en el formato imperial ruso. Esta amplitud no significa que el eurasianismo sea plenamente tolerante. Su “super-etnia” abarca a eslavos, hasta turcos y fineses, pero no a los judíos, pilar central de la civilización antagónica, la occidental.

El Coronel General Leonid Ivashov, uno de los más importantes divulgadores del eurasianismo, cuestiona la “dictadura global” de Estados Unidos. La competencia entre esta potencia y Rusia, es percibida como una guerra cuasi racial, siguiendo la lógica del historiador y filósofo Lev Gumilev -hijo de la poeta Anna Akhmátova-, quien considera que la URSS fracasó porque importó la ideología marxista, de origen judío, totalmente extraña a la psique nacional rusa. Connotados miembros de la oficialidad militar, funcionarios del Ministerio de Defensa y del FSB ruso, comparten y

participan activamente del movimiento eurasianista. Asesores directos de Putin como Gleb Pavlovsky e Igor Sechin, son reconocidos eurasianistas.

El más importante representante del eurasianismo es el profesor universitario y comentarista televisivo Aleksandr Dugin, autor de la obra “Fundamentos de la Geopolítica” (*Osnovy geopolitiki*), la más importante de Política Internacional en la Rusia postcomunista. Respecto al espacio postsoviético, Dugin, quien fue asesor del ex Canciller Primakov y colaboró en el Concepto de Política Exterior del año 2000, rechaza la legitimidad cultural e histórica de los nuevos Estados de la CEI, excepto Rusia y Armenia. La restauración imperial supone la reabsorción de Estados como Ucrania y Kazajstán, entre otros. Los valores de ese Imperio, como resulta lógico, supone el liderazgo de la Iglesia Cristiana Ortodoxa Rusa y la primacía de valores colectivistas por encima de los individualistas occidentales. En términos geopolíticos globales, Dugin aboga por una unión de Europa con Asia, para enfrentar a Estados Unidos e incluso empujar a América Latina, fuera de la influencia norteamericana, provocando descontento social y económico en el corazón de Washington.

Mientras la guerra de Georgia en el año 2008, unió a eurasianistas y nacionalistas extremistas de DPNI, a lo primeros por su nostalgia imperial y a los segundos, por su xenofobia anticaucásica, hay eurasianistas más moderados, en el límite con los centristas, que abogan por una Rusia respetuosa del Derecho internacional. Ese tipo de aventuras militares, comparables a las de Hitler antes de 1939, esta vez, pueden enfrentar el firme freno de la comunidad internacional y dañar así, seriamente, la reputación y prestigio que la Rusia de Putin, intentó recuperar en esta década.

5.4. El “corpus” doctrinario de la defensa, seguridad y política exterior rusa

En el caso de la Federación Rusa, en el momento de su nacimiento en 1992, se pueden distinguir tres influencias principales en los factores estructurales, tanto externos como internos:

- La producida por las principales características geopolíticas de la nación -ya analizadas en el Capítulo 1-.

- La resultante de sus antecedentes históricos, que se remontan al siglo IX -también ya detallados-.

- La que es consecuencia del traumático proceso del fin de la Guerra Fría y de la desaparición de la Unión Soviética, lo cual abre el debate en torno a cuán “satisfecha” o “insatisfecha” quedó la potencia rusa, desde ya, habiendo interpretado aquel final histórico como un virtual “empate” y no como una “derrota”.

Si como queda largamente expresado, para ningún país sería suficiente el simple estudio de los factores materiales para identificar los procesos de elaboración y puesta en práctica de sus políticas, en el caso de Rusia es de especial trascendencia el enfoque constructivista, que resalta el valor ideacional o de las ideas como un factor relevante en las relaciones internacionales ya que su “cultura estratégica” tiene una influencia mucho mayor en el proceso de la que pueda tener en otros países (Ruiz, 2012 :81).

En el periodo final de la Unión Soviética (1985-1991), coincidiendo con la era gorbachoviana, se produjo un cambio radical en el contexto estratégico, cuyas consecuencias se magnificaron por lo inesperado que fue y la rapidez con que se produjo. Los principales factores de cambio fueron los siguientes:

- En el espacio soviético, los dirigentes reformistas rusos apoyaron los movimientos nacionalistas de las restantes repúblicas para debilitar al régimen, lo cual, paradójicamente, dificultaría su objetivo de liderar la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Esos movimientos nacionalistas a su vez crearon resistencias internas de las minorías étnicas, que degeneraron en conflictos abiertos.

- En el espacio euroatlántico, entre 1989 y 1991, la URSS toleró el derrumbe de los regímenes comunistas del Este de Europa, perdiendo así su condición de superpotencia. Los intentos soviéticos de convertir a la Organización sobre Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) en el

centro de la seguridad de la región fueron evitados por Occidente, que optó en 1991 por dar prioridad a estructuras como la OTAN en las que la URSS no participaba.

- En el ámbito global, la cooperación soviético-norteamericana a partir de 1988 parecía alumbrar un nuevo orden mundial, bajo parámetros liberales y de seguridad cooperativa. Sin embargo, el proceso de disolución de la URSS coincidió en el tiempo con un regreso de los Estados Unidos, al realismo clásico y a la primacía. Este “nuevo orden”, documentado en el discurso “Hacia un nuevo orden mundial” del Presidente George H. W. Bush (padre) en septiembre de 1990, y en la Carta de París para una Nueva Europa de la OSCE de noviembre del mismo año, habría de tener una existencia efímera (Ruiz, 2012).

Ahora bien, cómo fue “escribiendo” el actor “Rusia” a través de sus documentos oficiales, este proceso, del cual fue formando parte en su doble carácter de observador como protagonista. Precisamente, con el objeto de analizar la evolución de la identidad estatal rusa y el rol del “Occidente” como el singular y más significativo referente externo, los documentos oficiales clave que constituyen el discurso a través del cual el Estado ruso fue definiendo y redefiniendo su propia imagen, fueron el Concepto de Política Exterior de 1993 y 2000 y el Concepto de Seguridad Nacional de 1997 y 2000. Cabe aclarar que durante todo el período Putin (2000-2008), objeto de estudio de esta Tesis, no hubo documentos de este tipo, excepto una revisión de uno de los anteriormente citados, pero precisamente, por esta razón, éstos revisten una fundamental relevancia a la hora de medir su gravitación posterior en los ochos años mencionados (Kassianova, 2001 .827).

Los documentos a estudiar, elaborados por la más alta elite gobernante, las agencias de diseño de política exterior y los equipos intelectuales que elaboran la ideología gobernante, en el período de formación de la independencia estatal rusa (1992-2000), ingresan en esferas que describen los elementos nucleares del proyecto de identidad colectiva: determinando el carácter del ambiente y designando los

referentes (los “Otros”) para la comparación, diferenciación o convergencia; definiendo la naturaleza y ubicación de las amenazas a la seguridad colectiva y el bienestar; articulando los intereses colectivos, valores y propósito y, subrayando las tácticas para asegurar los objetivos.

Durante los años noventa, en dos ocasiones, el Estado ruso estableció los conjuntos de los mayores documentos en la esfera de la política exterior y de seguridad.

El primero fue la Doctrina de Política Exterior de abril de 1993, fijando las entonces prevalentes concepciones ideológicas de Ministro de Relaciones Exteriores ruso, cuya línea, bajo condiciones de intensa y abierta conflictividad intraburocrática, reclamaba la conducción de la política exterior, en defensa del Presidente Yeltsin.

Otro documento, titulado “Las previsiones básicas de la doctrina militar” y adoptado en noviembre de 1993, era considerado por muchos, como una concesión del gobierno de Yeltsin a los militares, en compensación por su defensa durante su conflicto de octubre con la Duma. Este documento presentaba un conjunto de principios guía para asegurar la capacidad militar y de seguridad del Estado ruso, bajo la égida del Consejo de Seguridad, por parte de grupos de expertos, que reflejaban las actitudes y prioridades del Ministro de Defensa.

En el interín, el documento básico que en un principio, se esperaba proveer el fundamento para los dos ya producidos, estaba todavía bajo revisión permanente y reformulación. Precisamente, en razón de las enormes expectativas por un documento que establezca una dirección fundamental, fue imposible adoptar uno en ante una situación doméstica e internacional en continuo cambio.

El Concepto de Seguridad Nacional apareció en 1997 y marcó claramente una etapa diferente en el proceso de una Rusia que volviese a convivir pacíficamente con el mundo exterior. Tal Concepto reflejó la formación de ciertas bases para el consenso político y societal sobre la autoimagen rusa y un rol propio en el mundo, epitomizado por la filosofía

de política exterior de Yevgueny Primakov, quien se convirtió en Ministro de Asuntos Exteriores al comienzo de 1996.

Comparado con el vocabulario, presupuestos, acentos y conclusiones del Concepto de Seguridad Nacional de 1997, aquellos de la Doctrina de Política Exterior de 1993, no habían sido más que un artificio político. Después de 1997, se tornaba necesario construir un consenso emergente, sentando las bases para una nueva autoimagen estatal e institucionalizándola en una agenda de diseño de política exterior en la forma tradicional de articularla a través de un nuevo conjunto de documentos doctrinarios (Kassianova, 2001 :828).

El escenario adverso, tanto en el plano doméstico (segunda guerra de Chechenia y crisis financiera de agosto) como internacional (la expansión de la OTAN y la agresión de Kosovo), aportó antecedentes percibidos como limitantes de la libertad de opción pero al mismo tiempo, proveyendo la necesidad de redefinir de manera aguda y realista, las prioridades y estrategias nacionales. Las doctrinas revisadas, estaban siendo preparadas todas juntas, al mismo tiempo y fueron adoptadas, una por una, en el año 2000. Esta aparición concurrente no sólo destacaba el modo sincronizado de su desarrollo, sino que también revelaba canales establecidos de coordinación en el “*decision-making*” de las principales burocracias gubernamentales.

La Doctrina de Política Exterior de 1993, el Concepto de Seguridad Nacional de 1997 y la Doctrina Militar de 2000, presentan la última versión de la historia, describiendo la naturaleza y el objetivo del nuevo Estado ruso, en el curso de un corto período de 8 años, vividos con muchos y profundos cambios y aún así, preservando presunciones básicas. Una atenta lectura de aquellos textos, revela cómo el Estado ruso fue construyendo su autoimagen, jugando sobre la base de tácticas de construcción de identidad de “confrontación-cooperación” en las relaciones con el ambiente doméstico e internacional.

Ante el nacimiento de la Federación Rusa el 1 de enero de 1992, con Boris Yeltsin como Presidente, el modo en que “la nueva Rusia”

identificó sus intereses nacionales era en general similar al de cualquier otro país, según el Concepto de Política Exterior de 1993: la seguridad de la nación, la soberanía y unidad del Estado, y unas condiciones externas favorables para el desarrollo sociopolítico y económico internos. A estos intereses, se unían otros específicos como la protección de los derechos de las minorías rusas en el extranjero, la profundización de la integración de los países de la CEI, y el mantener un *status* de Gran Potencia. Las líneas básicas de actuación para garantizar esos intereses incluían varios aspectos.

En el plano interno, por ejemplo, el Kremlin buscaba acometer reformas radicales del sistema político y económico, para asumir los principios liberales de Occidente.

- En el espacio postsoviético, se pretendía liderar la CEI, adoptando una gran estrategia de seguridad cooperativa para morigerar las crisis, con la consolidación de un espacio estratégico militar unificado.

- En la región euroatlántica, se intentaba buscar una mayor cooperación con las organizaciones existentes -OTAN, Unión Europea- sin descartar un futuro ingreso y, potenciar el papel de la CSCE, en la que sí tenía voz y voto.

Yendo al plano de la doctrina, en términos de referentes, por ejemplo, el Concepto de Política Exterior de 1993, remarcaba “la naturaleza democrática de la nueva estatalidad rusa” y traía una única mención –y negativa- a la Unión Soviética, aunque reconociendo el “Nuevo Pensamiento” gorbachoviano-. También mencionaba al “Occidente” por única vez, denotándolo positivamente como uno de los más importantes centros de la economía mundial y del proceso de relaciones internacionales y del proceso global civilizatorio (Kassianova, 2001 :829).

Respecto a los términos de confrontación (o diferenciación) y cooperación (o convergencia), el Concepto de Política Exterior de 1993, hay una marcada identificación con “Occidente”, sobre todo Estados Unidos. Aún cuando pueden existir posibles divergencias de interés entre

Rusia y “Occidente”, siempre se subraya la afinidad con las cualidades constitutivas y valores de aquél. Hay optimistas referencias como “cooperación”, “sociedad”, “alianza” (más como deseable que real), “colaboración”, “apoyo”, “asistencia” e “integración”, pero con la convicción utilitaria de que Rusia está en posición de empujar a Estados Unidos, hacia un más activo apoyo a las reformas económicas domésticas (Kassianova, 2001 :830).

Sin embargo, desde el inicio de “la nueva Rusia”, la evolución de los factores del contexto tanto interno como externo, fue contraria a los intereses rusos y a la consecución de los objetivos estratégicos enunciados en tal doctrina:

- En el plano interno, la llamada “terapia de *shock*” de 1992 provocó el hundimiento de la economía. Las consecuencias políticas fueron el enfrentamiento de Yeltsin con la Duma y la victoria de la oposición en las legislativas de diciembre de 2003.

- En el espacio postsoviético, en 1992 y 1993 estallaron múltiples conflictos territoriales y étnicos, en los que Rusia, ante la inoperancia de la CEI y de su “brazo armado”, el Tratado de Seguridad Colectiva (TSC), intervino selectivamente para imponer la paz, tras lo cual se consolidó la independencia de *facto* de las provincias secesionistas. Se produjeron conflictos no violentos con los países bálticos y con Ucrania.

- En la región euroatlántica, los Estados Unidos ignoraron a Rusia ante la reducción de sus capacidades materiales y su nula influencia global. Occidente sustituyó las perspectivas de ingreso de Rusia por formulas limitadas de cooperación, como el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (*North Atlantic Cooperation Council, NACC*) y la Asociación para la Paz (*Partnership for Peace, PfP*) de la OTAN; mientras que la OSCE se convirtió en una herramienta de supervisión de la transición de los países excomunistas, potenciando su “dimensión humanitaria”.

Como consecuencia de todos estos eventos, se puede concluir que, ya a principios de 1994, el modelo de política de seguridad que la Rusia de Yeltsin intentó aplicar en 1992, había naufragado en todos los

aspectos, y se impuso una alternativa realista y de implicación selectiva. En el espacio postsoviético, esto se tradujo en un periodo de relativa estabilidad, culminado con la firma del Tratado de Paz y Amistad con Ucrania en 1997 —aunque surgían iniciativas contrarias a los intereses de Rusia, como el GUAM ese mismo año—, y en el espacio euroatlántico se proseguía la cooperación, participando en la Operación *IFOR* de la OTAN en Bosnia desde 1996, a pesar de los planes de ampliación al este de la Alianza.

Sin embargo, fue un nuevo cambio en los factores del contexto interno el que debilitaría aún más la posición internacional de Rusia y la consecución de sus objetivos. El catalizador fue la decisión de Yeltsin en diciembre de 1994 de emplear la fuerza militar para restaurar la autoridad federal en la República de Chechenia. La incapacidad para controlar la situación, el uso desproporcionado de la fuerza, y la limitada operatividad de las Fuerzas Armadas valieron a Rusia la crítica internacional e hicieron muy impopular el conflicto entre su propia sociedad.

En septiembre de 1991 el “Congreso del Pueblo Checheno”, cuyo líder era el ex general soviético Dzhohar Dudayev, asumió el poder de la República Autónoma de Chechenia e Ingushetia, proclamando de forma unilateral, la independencia. La República se dividió en dos en junio de 1992, e Ingushetia se reintegró a la Federación Rusa. En agosto de 1994, cuando una facción opositora lanzó un ataque armado para derribar al gobierno de Dudayev, Moscú armó a los rebeldes y los aviones rusos bombardearon Grozni. En diciembre, cinco días después del acuerdo entre Dudayev y el ministro de Defensa ruso Grachov para evitar el uso de la fuerza, el ejército de la Federación invadió Chechenia. Se estima que unos 5.500 soldados rusos y más de 73.000 chechenos murieron en casi dos años de guerra.

Ante el peligro de perder las presidenciales de julio de 1996, Yeltsin puso en manos de los oligarcas, los restantes recursos del Estado a cambio de su apoyo, y encargó al general Lébed poner fin a la guerra, lo

que hizo en agosto de ese mismo año, retirando las fuerzas rusas de Chechenia.

En agosto de 1997, el nuevo líder de la Chechenia independiente, Aslan Masjádov, introdujo la ley islámica en la legislación chechena, posibilitando el crecimiento de grupos islámicos radicales que apoyaban al terrorista Shamil Basayev. El fracasado ataque checheno a Daguestán — en julio de 1999, dirigido por Basayev, cuyo objetivo era crear una república islámica caucásica— tuvo como consecuencia en Rusia, el cese del Primer Ministro Sergei Stepashin —opuesto al uso de la fuerza— y el nombramiento para el cargo, de Vladimir Putin.

Volviendo a la doctrina, ésta ya refleja la interpretación rusa ante los cambios del entorno.

En 1997, el Concepto de Seguridad Nacional, omite el demarcador democrático; juzga peligrosa la dependencia tecnológica de Rusia respecto a “Occidente” y no compromete a la Federación con ninguna zona geográfica concreta. Sólo una vez, Rusia es descrita como un poder influyente europeo y asiático.

El documento ya describe la relación de Rusia con otras grandes potencias en términos de “sociedad equitativa”. La persistente invocación de “equidad” y con verbos asociados indicando que no ha sido cumplimentada, no obstante, implica que sea percibida como deficiente.

La “Doctrina Primakov” -la nueva política basada en relaciones multivectoriales no focalizadas en Occidente y de reafirmación de Rusia como una gran potencia en un mundo multipolar-, fue la base del Concepto de Seguridad Nacional de 1997, que se detalla a continuación.

El Concepto de Seguridad Nacional de 1997, es ambiguo respecto a las amenazas internas/externas y militares/no militares. En todo caso, la crisis estatal de la economía es percibida como la principal fuente de amenazas a la seguridad de la Federación Rusa. Se agrega la expansión de la OTAN hacia el este, como una fuerza dominante política y militar en Europa, “extremadamente peligrosa”. Hay repetidas alusiones a una supuesta disminuida amenaza de agresión militar directa pero al mismo

tiempo, una evidente preocupación con la peligrosa contracción del rango de instrumentos de política no militar, disponibles para Rusia, preocupada por su debilitamiento y aislamiento.

En principio, pareciera que las amenazas no convencionales pasaban a ser las más preocupantes para Rusia. Por encima de las amenazas militares tradicionales, que el documento afirma que habían decrecido, una serie de factores internos minaban la seguridad nacional, encabezadas por el “crítico estado de la economía”, ya que esta situación interna exacerbaba las tendencias centrífugas de los sujetos constituyentes de la Federación.

Se caracteriza por tanto al sistema mundial como “multipolar”, a la vez que se advierte contra el intento de crear una estructura de relaciones internacionales basada en soluciones unilaterales de los problemas globales. En ese sentido, la expansión hacia el este de la OTAN -ya en marcha en la época- se califica de inaceptable para la Federación, y es percibida como una clara amenaza. El documento añade que los mecanismos existentes para preservar la paz y seguridad internacionales, tanto a nivel global -ONU- como a nivel regional -OTAN y OSCE-, no eran lo suficientemente eficientes, y que Rusia estaba aislada de los procesos de integración, lo que se califica también de inaceptable ante su condición de potencia euroasiática.

Los intereses nacionales rusos se definen como la agregación de los derechos básicos de los individuos -incluyendo la mejora de su nivel de vida-, la sociedad -incluyendo la consolidación de la democracia- y el Estado, incluyendo su soberanía e integridad territorial. Estos intereses se garantizan mediante dos grupos de capacidades:

- La economía, la política, y la organización militar, instrumentos clásicos del realismo, y que son las capacidades materiales de la Federación.

- El potencial espiritual-moral e intelectual de la sociedad multinacional rusa, factores intangibles propios del idealismo/constructivismo.

Entre los objetivos, destaca el de crear un modelo de seguridad adaptado al siglo XXI, basado en los principios de igualdad e indivisibilidad de la seguridad para todas las naciones. Esto implicaría, entre otras cosas, la creación de un nuevo sistema de seguridad euroatlántico, en el cual la OSCE debe jugar un papel de coordinación; proseguir la optimización de los regímenes internacionales de control de armas y de no proliferación de armas de destrucción masiva y de sus vectores de lanzamiento; y la firme protección de los legítimos derechos de los ciudadanos rusos que viven en el exterior, en estricto cumplimiento de las normas internacionales.

En lo referido al posible uso del instrumento militar para preservar la seguridad nacional, se afirma que Rusia se reserva el derecho de usar todas sus fuerzas, incluyendo las nucleares, si una agresión armada representase una amenaza a la existencia de Rusia como un Estado independiente. En todo caso, para la prevención de conflictos se da preferencia a los instrumentos económicos, políticos, y otros no militares. La Federación renuncia a mantener la paridad en medios militares con las potencias líderes a nivel mundial -léase fundamentalmente, Estados Unidos-, pero aspira a mantener una disuasión creíble, para lo cual, el citado arsenal nuclear es la herramienta básica.

Es significativa la mención a que Rusia, en función de la situación geopolítica y buscando proteger sus intereses nacionales, puede requerir una presencia militar en determinadas regiones estratégicamente importantes, para cumplir con sus compromisos con amigos y aliados, promover un balance militar estratégico estable, y tener la capacidad de una rápida reacción en las etapas iniciales de una situación de crisis. Se destaca igualmente la importancia de la inteligencia para preservar la seguridad nacional, tanto exterior para alerta temprana de las amenazas, como interior en funciones de contrainteligencia.

La situación interna de Rusia tuvo una enorme declinación durante la crisis financiera de agosto de 1998, que dejó a Rusia sin capacidad de reacción ante los importantes eventos acaecidos en 1999:

- En el ámbito interno, extensión de la actuación de los rebeldes islamistas chechenos a todo el Cáucaso Norte. En el ámbito de la CEI, salida del TSC de Azerbaiyán, Georgia y Uzbekistán, e incorporación de esta última al GUUAM.

- En el ámbito euroatlántico: incorporación de Polonia, República Checa y Hungría a la OTAN; campaña de bombardeos aéreos contra Yugoslavia; y formulación de un nuevo Concepto Estratégico con operaciones de gestión de crisis fuera de área.

La conclusión es que a la finalización de la Presidencia de Yeltsin, la situación de Rusia no podía ser más desfavorable para los objetivos de su política de seguridad. En términos militares, los eventos más destacados de la época Yeltsin fueron:

- La necesidad de repatriar a los más de medio millón de soldados desplegados en los antiguos países satélites comunistas.

- La caída del presupuesto de Defensa en un 45% en tan sólo un año —de 1991 a 1992—, y una disminución de un 50% en la producción armamentística de 1988 a 1993, con el agravante de que la mayor parte de la misma se dedicaba a la exportación. En 1998, el gasto militar en términos reales era un 40% del de 1992.

- Las reformas emprendidas por el Ministro de Defensa Pavel Grachov, en el periodo que va de la desaparición de la URSS a la aprobación de la nueva Constitución de diciembre de 1993.

- La limitada operatividad demostrada por las tropas rusas en la guerra de Chechenia, hasta su derrota final en la batalla de Grozni de agosto de 1996.

- La subsiguiente reforma de las Fuerzas Armadas emprendida en 1996 por el entonces Ministro de Defensa, el general Igor Rodionov, interrumpida por la crisis financiera de 1998.

El cambio de Presidente de Yeltsin a Putin resulta del máximo interés, ya que se constata que su percepción de los intereses nacionales, plasmada en el tercer documento oficial, el Concepto de Política Exterior

de junio de 2000, prácticamente era idéntica a la del Concepto de Yeltsin de 1993.

El Concepto de Política Exterior de 2000, arriba con una nueva visión rusa de sí misma. Abundando en términos sustantivos y espaciales, los referentes para definir los intereses y objetivos de Rusia ahora incluyen la “comunidad mundial”, “la economía mundial”, “los métodos de la economía de mercado”, “los valores de la sociedad democrática”, “las organizaciones económicas internacionales”, y la otrora familiar y ahora menos citada “países líderes del mundo”, con una simple referencia a los “influyentes Estados en desarrollo” y completando con una despersonalizada referencia a “asociaciones de Estados externos e interestatales”. Pacientemente, el Concepto delinea un grupo significativo de “poderes líderes” que están especificados con mayor detalle en una sola instancia a la que denomina bajo el paraguas de “países occidentales desarrollados bajo el liderazgo de Estados Unidos”. Explícitamente, el texto establece una preferencia por la orientación balanceada de Rusia, debido a su situación geopolítica eurasiática.

Resulta claro que no se produjo un cambio sustancial en la cultura estratégica rusa ni en la percepción del papel que como nación le corresponde jugar, que seguía siendo el de una “Gran Potencia”, conforme al nuevo Concepto de Seguridad Nacional del año 2000.

Sin embargo, la eficacia de la política exterior y de seguridad fue mucho mayor en este período, por lo que la única explicación para ello, fue el reforzamiento de las capacidades materiales de la Federación como consecuencia del propio gobierno de Putin. Por tanto, fue el rápido cambio en los factores del contexto interno el que proporcionó a Rusia, la capacidad de reaccionar ante los factores del contexto externo contrarios a sus intereses, una capacidad de la que Yeltsin careció, a grandes rasgos, ya tempranamente, desde 1994 (Ruiz, 2012 :93).

El Concepto de Política Exterior de 2000, ofrece algunas claves para una abierta y deliberadamente balanceada agenda de referencia, sobre todo, la vinculada con la multilateralidad. Alerta de un

empeoramiento en la situación internacional, como consecuencia de los intentos de los países occidentales, liderados por los Estados Unidos, de crear una estructura de relaciones internacionales basada en la adopción de medidas unilaterales, incluyendo el uso de la fuerza militar, y violando las normas fundamentales del derecho internacional. La influencia en estos principios de la actuación de la OTAN en Kosovo es más que evidente (Ruiz, 2012 :99) (Putin, 2000).

Se continúa apostando por un sistema mundial multipolar, y se identifican dos tendencias: una a favor de ese objetivo —la apoyada por Rusia— y otra liderada por los Estados Unidos., que buscaría la supremacía de las potencias occidentales. En todo caso, existe una base de cooperación basada en una percepción común de las amenazas: armas de destrucción masiva, conflictos regionales, terrorismo internacional, el tráfico de drogas, y los problemas medioambientales.

Los intereses nacionales rusos se definen en términos muy similares a los de 1997, aunque se enfatizan dos aspectos: uno interno, la lucha contra el terrorismo y el separatismo —en plena Segunda Guerra de Chechenia—, y otro externo, la necesidad de hacer frente a Occidente para que respete los intereses de Rusia en su papel de “Gran Potencia”.

Entre los objetivos de la política exterior de la Federación se mantienen todos los de 1997, a los que se añaden otros, como asegurar el cumplimiento de la ley por todos los ciudadanos, funcionarios, organismos estatales y partidos políticos. Se pone así de manifiesto la preocupación ante la corrupción rampante que afectaba a toda la sociedad rusa, y contra la que Putin habría de enfrentarse reforzando el poder del Estado. Tampoco se alteran los criterios sobre el posible uso del instrumento militar para preservar la seguridad nacional y se reitera la voluntad rusa de mantener despliegues de tropas en el extranjero si las circunstancias así lo dictan (Putin, 2000).

La conclusión que se puede extraer de este documento es que para Rusia, el concepto de seguridad nacional no se limita a establecer objetivos estratégicos relacionados con intereses tradicionales —como la

soberanía e integridad territorial—, sino que se adopta un concepto mucho más amplio que incluye objetivos estratégicos en otras áreas, como el bienestar de la población y la mencionada lucha contra la corrupción interna de la Administración, endémica en la época (Ruiz, 2012 :100).

La membresía limitada a Occidente y el carácter selectivo y restrictivo del proceso de integración en la región euroatlántica, son planteadas en términos de discusión de amenazas a la seguridad. Al mismo tiempo, el vocabulario del Concepto expresa un alto grado de actitudes positivas considerando las relaciones de Rusia con el más largo y diversificado ambiente al que es compelida a abrazarse, producto de que ha sido marginada de las asociaciones occidentales. Las relaciones deseadas con el ambiente multifacético, son apoyadas con términos que enfatizan la “cooperación”, la “sociedad”, la “alianza”, la “diversidad”, el “mutuo beneficio”, el “esfuerzo colectivo”, la “equidad”, la “comprensión” y el “acuerdo”.

En contra de estos antecedentes positivamente valorados, los atributos de relaciones específicamente con entidades representativas del innombrado Occidente (Grupo de los 8 o G-8, Unión Europea, OTAN) reciben un tratamiento más seco, más bien empresario, más frecuentemente descrito como “intenso”. Una tonalidad neutral (diálogo e interacción) se contrasta con alusiones a dificultades y serias contradicciones sobre todo respecto a Estados Unidos. La nota sola discordante está registrada cuando el documento subraya como actitud negativa, a la expansión de la OTAN.

El documento del 2000 no insiste en la asociación de Rusia con las potencias líderes, no obstante que las denota como “otras” (entre varias). De hecho, sólo menciona de modo muy genérico, por ejemplo, intereses comunes objetivos con “otros” Estados en cuestiones de seguridad relevantes. El término “dependencia” aparece como una indeseable forma de vinculación describiendo las relaciones de Rusia con fuentes externas de tecnología y finanzas (Putin, 2000).

Respecto al discurso que se refiere a las fuentes de amenaza para Rusia, el primer documento de 1993, identifica primariamente, al ex espacio soviético, incluyendo a los países de la CEI y en segundo lugar, al Tercer Mundo. Conflictos armados, proliferación, convulsión étnica y social, terrorismo, narcotráfico, hambrunas, enfermedades, amenazan los intereses y la seguridad rusas. El fundamentalismo islámico se suma al listado de flagelos, sobre todo, en las regiones musulmanes de Rusia y la CEI. En un plano diferente, se agregan dos problemas más: el objetivo económico, con una economía dinámica e integrada al mundo, como condición clave para la supervivencia del país y la salvación de la nación. En un similar pero menos urgente tono, aparece la preocupación por los desastres ecológicos en Rusia, como una nueva dimensión de la seguridad internacional (Kassianova, 2001 :830).

El Concepto de Política Exterior del año 2000, es más directo que el documento de 1997, respecto a identificar fuentes de peligro. El mayor desafío a los intereses nacionales rusos, es la tendencia a establecer una organización del mundo unipolar bajo el dominio militar y económico de Estados Unidos, al cual, se percibe en un balance nada fácil entre evocar la necesidad de “colaboración” y la advertencia de la necesidad de medidas adecuadas en caso de acciones unilaterales. La prioridad en el ranking de amenazas ya no está dada en función de conflictos armados en los límites o fronteras de Rusia, aunque todavía sean consideradas reales y puedan conducir a la expansión del separatismo. El discurso de peligro se ha expandido hacia la preocupación y vulnerabilidad ante condiciones estructurales económicas y legales, condiciones del sistema internacional globalizado, considerando la creciente inhabilidad rusa para influir o cambiarlas (Putin, 2000).

El carácter interno de las principales amenazas a la seguridad rusa está expresamente ratificado en el texto por el tono y extensión de la discusión. No obstante, una concentración de los términos que caracterizan las causas internas más peligrosas de preocupación frecuentemente, ocurren considerando aquellas áreas directamente

conectadas con la seguridad externa del Estado, como en el pasaje donde se describen la inaceptable y críticamente disminuida condición de las fuerzas armadas rusas. La jerarquía de las amenazas directamente clasificadas como externas, fija la prioridad de las cuestiones de mecanismos estructurales como la ONU y la OSCE, para asegurar los intereses rusos en el nivel global y regional y el peligro indisputablemente asumido de la OTAN¹¹⁰.

La mirada general de las relaciones entre Rusia y el mundo, pasa por el final de la confrontación Este-Oeste en el primer documento. Optimismo y cooperación, incluyendo a la OTAN, son las líneas generales del mismo. En cambio, en el segundo de 1997, si bien la mirada también es en general positiva, hay cierta cautela, cuidando de mantener igual distancia en relación con los actores globales, político, económicos europeos y asiáticos. Aquí, el optimismo descansa en el sentido del potencial nuclear más que en la confianza del carácter benigno del ambiente externo. En el tercer documento, se despliega una combinación de términos optimistas y afirmativos sobre la relación con actores, dentro de una agenda mundial que asume su naturaleza inclusiva y multilateral y una esperanzada y orientada a la cooperación en la agenda, empleando terminología de sociedad hacia Estados y grupos de relaciones de Estados, con los cuales, se espera, se conviertan en problemáticas: allí la relación con la Unión Europea asoma como el vínculo más cooperativo. El documento observa al contexto o ambiente internacional como “difícil” y remarca la posibilidad de los intereses rusos “ignorados” (Kassianova, 2001 :831).

110 El discurso estatal ruso es bastante explícito en expresar su preocupación con la insuficiente eficiencia de mecanismos multilaterales para mantener la paz y la nueva doctrina estratégica de la OTAN postulando prácticas de acción militar más allá de la responsabilidad de bloque sin la sanción del Consejo de Seguridad de la ONU. No obstante ello, en el documento del año 2000, el rechazo a la expansión de la OTAN hacia el este, es balanceada por la expresión “Rusia está abierta a la interacción constructiva sobre la base de la debida consideración de los intereses de las partes”.

Este documento del año 2000, fue el marco de acción en el que supo adoptar una política de seguridad que pretendía aprovechar los factores favorables del contexto externo a la vez que ayudaba a preservar los intereses nacionales rusos:

- En el ámbito postsoviético, Putin modernizó las organizaciones heredadas de la etapa anterior, sustituyendo la cantidad — número de Estados participantes— por la calidad: voluntad real de cooperar y alineamiento con los objetivos rusos. Se crearon así la EurAsEC y la OTSC, agrupando a los Estados más próximos al Kremlin. Con respecto a los bálticos y el GUUAM, se adoptaron posturas conciliadoras y se intentó aumentar la influencia de Rusia mediante los instrumentos de “*soft power*”.

- En el ámbito euroatlántico, tras los atentados del 11-S se proporcionó el máximo apoyo a los Estados Unidos en la campaña de Afganistán, se intensificó la cooperación con la OTAN, continuando el despliegue de tropas en SFOR y KFOR y creando el Consejo OTAN-Rusia, y se acordaron los “Espacios Comunes” con la UE (Ruiz, 2012 : 95).

Sin embargo, un cambio radical en los factores del contexto externo provocaría un nuevo giro en la política de seguridad rusa, como reacción ante lo que se percibía como un ataque frontal a sus intereses nacionales:

- En el ámbito postsoviético, las “revoluciones de colores”, según Rusia alentadas por Occidente, generaron regímenes que apoyaron a los Estados Unidos en sus objetivos estratégicos globales -en particular en la “Guerra Global contra el Terrorismo”-, alejándose de Rusia, como el rechazo moldavo al “Plan Kozak” para solucionar el problema del Transdniester; los planes de Ucrania y Georgia de ingreso en la OTAN, y la acción coordinada de estos países contra Rusia en el marco de la CEI.

- En el ámbito euroatlántico, el ingreso de los países bálticos en la OTAN y en la UE (2004), desde las que han realizado acciones coordinadas con otros países como Polonia en contra de los intereses rusos. A ello, se unió el unilateralismo de los Estados Unidos bajo la

Administración Bush, así como el completo desprestigio de la OSCE -por parte de los rusos-, por limitarse a la dimensión humana.

Estos eventos motivaron cambios en la política de seguridad de Rusia, que esta vez sí estaban respaldados por las adecuadas capacidades materiales. En el “extranjero próximo” -espacio postsoviético-, Putin comenzó a combinar los instrumentos de “poder blando” con los de “poder duro”, como el mantenimiento de contingentes militares rusos en el exterior, la *pasaportización*, los bloqueos comerciales, o los aumentos de precios de la energía.

Frente a Occidente, Putin adoptó una retórica crecientemente agresiva contra los nuevos planes de ampliación de la OTAN y los intentos de formar un orden mundial unipolar de los Estados Unidos. La actuación occidental de la época, que incluyó la paralización en la UE de la renovación de sus acuerdos de asociación estratégica con Rusia, el reconocimiento de la independencia de Kosovo, y el apoyo decidido de los Estados Unidos al ingreso de Ucrania y Georgia en la OTAN, probaron a ojos rusos que se trataba, en un juego de “suma cero” de limitar la reafirmación de Rusia como “Gran Potencia” y se seguían ignorando sus intereses.

Sin embargo, la negativa de Alemania y Francia a otorgar un *Membership Action Plan* (MAP) a Ucrania y Georgia en la Cumbre de Bucarest de la OTAN de abril de 2008, a pesar de la insistencia norteamericana, supone en cierto modo, un cambio de la tendencia de la relación, al percibir esos países que se había llegado a un extremo en las relaciones con Rusia perjudicial para sus propios intereses nacionales y los de Europa en su conjunto.

En lo que respecta a la situación particular del instrumento militar en Rusia, los eventos más destacados de la época Putin fueron:

- El impacto sufrido por Putin en otoño de 1999, cuando planeaba la reconquista de la república independentista de Chechenia y descubrió la lamentable situación de las Fuerzas Armadas de la Federación.

- El episodio del hundimiento del submarino *Kursk* en agosto de 2000.
- La aprobación del documento “Tareas urgentes para el desarrollo de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa”, llamado “Doctrina Ivanov” en honor al Ministro de Defensa que la promulgó en octubre de 2003, en un intento de solucionar las carencias demostradas en Chechenia (Ruiz, 2000 :98).

El gran aumento del presupuesto de defensa, que en 2007 multiplicaba por cuatro en términos reales el de 2001, alcanzado el 2,9% del PIB con un monto global de 32.000 millones de dólares.

Ya al promediar la era Putin, en octubre de 2003, el Ministerio de Defensa ruso, publicó las tareas prioritarias de desarrollo de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa, un documento que puede ser descrito y denominado el “*White Paper*” de Defensa. El mismo, producto del Consejo de Seguridad de la Federación Rusa, proveyendo una visión completa de la política de seguridad exterior rusa y, aplicando todos los instrumentos decisorios y ejecutivos del Estado ruso, puede ser analizado a la luz de las consecuencias de las tomas de rehenes de Nord-Ost en 2002 y Beslan en 2004.

La Doctrina Militar fue diseñada por el Ministerio de Defensa y coincide con los objetivos militares del Estado. El Concepto de Política Exterior fue diseñado por el Ministerio de Asuntos Exteriores (*Ministerstvo Inostrannykh Del*, MID), y se refiere a los objetivos políticos y diplomáticos de la Federación Rusa.

A los fines de una mayor unidad y consistencia entre los documentos y, al ser el Concepto de Seguridad Nacional, el principal documento de seguridad, el “*White Paper*” puede ser comparado en el formato del primero. Así, la estructura de comparación de los documentos securitarios, puede ser dividida en cuatro partes: Rusia en la comunidad mundial, los intereses nacionales rusos, las amenazas a la seguridad rusa y la consolidación de la seguridad rusa.

Analizando en plena forma, el “*White Paper*”, para los militares rusos, había cambiado la naturaleza de los conflictos desde los años setenta:

- una parte significativa de ellos tenía una naturaleza asimétrica. Ellos demostraban un carácter de violencia extrema y en un buen número de casos, resultaban en la destrucción total del sistema;

- el resultado de los conflictos está cada vez más determinado por el desarrollo de su fase inicial. La parte o el bando que toma la iniciativa, se adueña de la ventaja;

- no sólo las fuerzas militares sino también los sistemas de control y comando político-militar y la infraestructura económica, así como la población, se ha convertido en objetivos primarios;

- la tecnología de información y electrónica tienen un profundo impacto en los conflictos;

- el uso de fuerzas especiales, móviles aéreos y la aviación en general, se ha incrementado;

- el comando y control unificado, la fuerza militar conjunta y la cooperación entre las fuerzas terrestres y aéreas, en particular, se ha tornado esencial;

- como ha quedado demostrado en conflictos como los de la ex Yugoslavia (1999), Afganistán (2002) e Irak (2003), un rol prominente lo han adquirido las municiones guiadas de largo rango, en combinación con el poder aéreo, después que la superioridad del aire ha sido establecida;

- el uso masivo de tanques e infantería en gran extensión, ha sido reemplazado por sistemas de armas guiadas o dirigidas de largo alcance y raids aéreos masivos, a pesar de que el rol de aquellas fuerzas convencionales es todavía importante después de las fases iniciales de todo conflicto;

- el rol dominante del poder aéreo en la guerra moderna, requiere de un sistema de defensa antiaéreo resistente y electrónicamente bien equipado (De Haas, 2005 :6).

En relación a Occidente en general y la OTAN en particular, el “*White Paper*” de 2003, mostraba, con cierta ambivalencia, dos preocupaciones básicas.

Por un lado, la expansión de tal alianza y el posible despliegue de las fuerzas de la OTAN en el territorio de los nuevos miembros de la OTAN, pero también mencionaba explícitamente que la sociedad OTAN-Rusia sería profundizada más allá de las diferencias. Más aún, dejaba establecido que guerras nucleares y de larga escala con la OTAN y otras coaliciones lideradas por Estados Unidos ya no eran conflictos probables por lo que Rusia esperaba una cooperación en aumento con Estados Unidos y otros países industrializados, en aras de asegurar la estabilidad.

Por otra parte, el tono del documento en general, había dejado de ser complaciente u obsecuente, para adquirir un carácter más antagonista, subrayando que Rusia esperaba que las membresías antirrusas fueran removidas de las declaraciones y planeamiento militar de la OTAN. Aún con mayor sonoridad, el documento establece que si la OTAN se ve preservada como una alianza militar con una doctrina ofensiva, cambios cardinales serían emprendidos en el planeamiento militar ruso y el desarrollo de las Fuerzas Armadas, incluyendo la estrategia nuclear.

Al tiempo de su publicación, el documento oficial ruso causó una considerable preocupación en círculos internos de la OTAN. El carácter ambivalente del documento claramente daba evidencia que fue escrito por múltiples autores. Esto en cierto modo, al menos, temporariamente, afectó la cooperación rusa con la OTAN. Adicionalmente, estas visiones contrastantes, han hecho más dificultoso adquirir una clara imagen de las intenciones rusa en el área de la seguridad (De Haas, 2005 :7).

En octubre de 2002, el Presidente Putin instruyó a sus Ministros y jefes del área de Seguridad, para efectuar una revisión del Concepto de Seguridad Nacional, particularmente necesaria, sobre todo, después de los sucesos de Beslan. En efecto, el 29 de setiembre de 2004, Igor Ivanov, Secretario del Consejo de Seguridad, anunció que esa revisión se

concretaría en el marco de “la guerra contra el terrorismo internacional”. Ivanov advertía que la doctrina hasta ese momento, había sido adoptada en el año 2000, antes de los ataques terroristas del 11 de setiembre de 2001, contra Estados Unidos, y por lo tanto, ya no reflejaba la nueva realidad. De todos, sorpresivamente, como se dijo antes, Ivanov no mencionaba la orden de Putin de octubre de 2002, en el sentido de revisar el Concepto de Seguridad Nacional. Aparentemente, hasta Beslan, la revisión anticipada no había superado la fase de la retórica.

Sólo recientemente, varios detalles de los contenidos del nuevo Concepto de Seguridad Nacional fueron liberados: por ejemplo, el 1 de febrero de 2005, en una conferencia científica, Igor Ivanov explicaba la fase actual del desarrollo del documento de alta seguridad. Allí, en esa ocasión, consideraba que las nuevas cuestiones “clave” del Concepto de Seguridad Nacional eran de carácter socioeconómico; la lucha contra el terrorismo; las disparidades en el desarrollo entre las regiones rusas; el insuficiente financiamiento para ciencia y tecnología; los problemas ambientales y demográficos, así como la confianza pública en las agencias de gobierno y las instituciones estatales (De Haas, 2005 :12).

Igor Ivanov, al realizar un balance histórico de la diplomacia rusa, planteaba claramente la disyuntiva entre las misiones mesiánicas y el interés nacional como guía de la política exterior. Remarca que ésta ha sido exitosa cuando estuvo guiada por consideraciones realistas y pragmáticas y destaca su fracaso cuando fue dominada por la ideología imperial y las ambiciones mesiánicas. Ejemplo de lo primero, resalta el período del Zar Alejandro III, más concentrado en reformas internas y en una cauta política exterior que no le impidió aliarse con una república, la Francia revolucionaria. Como segunda alternativa selecciona tanto al gobierno del Zar Nicolás I, el ultraconservador líder de la Santa Alianza y del absolutismo europeo que con su política condujo a un rol secundario a Rusia después de la derrota en la guerra de Crimea, así como la decisión del Zar Nicolás II de embarcarse en la guerra con Japón en 1904. Sin embargo, el propio Ivanov aclaraba que en los tiempos soviéticos no

debe entenderse que la política exterior se reducía a la prosecución de metas ideológicas, dado que los intereses del Estado a menudo, prevalecieron (Zubelzú, 2005 :27).

Al hacer referencia al documento que guía actualmente a la política exterior, Ivanov remarcaba varios puntos clave: tomó bastante tiempo definir a la doctrina que la guía y ésta contiene elementos de continuidad (determinados por la geopolítica, la historia y la cultura) y otros de cambio (su sistema político, sus fronteras, el sistema internacional en el cual se inserta). Según su visión, la doctrina refleja las lecciones de la extensa historia rusa al rechazar la ideología a favor del interés nacional, entendiendo por tal la creación de condiciones favorables para el desarrollo económico sustentable, el fortalecimiento de un buen gobierno y la mejora de las condiciones de vida de los ciudadanos.

Ahora bien, Ivanov resalta que la práctica política encierra a ambos ingredientes –ideología e interés- en distintas proporciones, planteando la evaluación general de lo efectivamente realizado en términos de preeminencia -más que de exclusión- de un criterio sobre otro. El ex Canciller ruso así, aconseja analizar a la política de la Rusia postsoviética con esos mismos parámetros. Tal vez, la política exterior a la que hacía referencia, es la más semejante a la gaullista de la Francia de los sesenta, considerando la admiración que el General De Gaulle despierta en el propio Putin (Zubelzú, 2005 :27-28).

En dirección de recuperar y consolidar poder económico, el gobierno ruso estableció una agenda para expansión y comercio exterior energético en el año 2003. En diciembre de 2005, Putin presentó la “Estrategia para la Energía Nacional”, al Consejo de Seguridad Nacional y reclamó que Rusia debía convertirse en una superpotencia energética, para mantener liderazgo político en el mundo” (Eitelhuber, 2009 :60)

Como ya se dijo, la Doctrina Militar rusa que se publicó en el año 2000, se sometió a revisión en el año 2005 y en enero de 2007, el Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas rusas, General Baluyevsky, presentó elementos de la doctrina en reelaboración. El militar

expresó que las nuevas amenazas a las que se ve sometida Rusia, tienen relación con el deseo de Estados Unidos de instalarse en regiones de tradicional influencia rusa, en relación a la ampliación de la OTAN (Eitelhuber, 2009 :10)

Como hito inicial de la nueva etapa política rusa que se abrió con el nombramiento de Dmitri Medvedev como Presidente en mayo de 2008, el 12 de julio de 2008, Medvedev promulgó el nuevo Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa, en el que destaca una afirmación inicial que ayuda a comprender la cultura estratégica rusa, ya que uno de los objetivos básicos de su acción exterior es: “lograr las posiciones fuertes de autoridad en la comunidad mundial que mejor se adapten a los intereses de la Federación Rusa como uno de los polos de influencia en el mundo moderno, lo que es necesario para el desarrollo de su potencial político, económico, intelectual y espiritual”¹¹¹.

En el documento, de abierto tono cooperativo con el sistema internacional, el Kremlin propone, entre otras cosas, una asociación estratégica con Estados Unidos, que sirva para superar las barreras de los principios ideológicos del pasado para concentrarse en las amenazas reales y para que, en los temas donde persistan diferencias, se colabore para eliminarlas sobre las bases del respeto mutuo. Se destaca el interés ruso en que las acciones de los Estados Unidos. En el mundo, Rusia actuará de acuerdo a los principios y normas del Derecho Internacional, comenzando por la Carta de la ONU, y se aboga por una sólida base

111 En marzo de 2008, hubo elecciones presidenciales en Rusia y Putin decidió no modificar la Constitución, con el objetivo de reelegirse por un tercer período. Pero eligió un “delfín” o una suerte de “Presidente virtual” para una también “democracia virtual”, intentando retener cierto poder personal. Con el 70 % de participación popular, el oficialista Dimitri Medvedev logró un 70 % del voto general; los Comunistas bajaron a un 19 % y los Nacionalistas consiguieron un 9 %. En la Duma, meses antes, Rusia Unida había logrado un 65 % de votos, lo cual significa que controlaba 315 bancas sobre un total de 450; el Partido Comunista, un paupérrimo 12 %; el Partido Liberal Democrático, un 8,2 % y Rusia Justa, aliada del Kremlin, un 7,8 %. Los partidos liberales independientes como Yabloko y la Unión de Fuerzas de Derecha, que sumados en las elecciones parlamentarias del 2000, habían alcanzado un 15 %, han sido dramáticamente marginadas, fragmentadas y debilitadas. Otros partidos como el Republicano y la Unión Popular Democrática también han recibido restricciones financieras así como amenazas del Kremlin a sus financiadores provenientes del sector privado. Con las nuevas regulaciones electorales, al subirse desde el Kremlin, el umbral del 5 al 7 %, a todos ellos, se les tornó imposible acceder al Poder Legislativo ruso.

económica y el pragmatismo como fundamentos de la relación bilateral, respetando el balance de intereses.

Respecto a la UE, se reitera que para Rusia, es una prioridad acordar con la Unión un tratado de asociación estratégica que fije formas más avanzadas de cooperación mutua en todas las esferas: economía, seguridad externa e interna, educación, ciencia y cultura. Por lo tanto, es del interés de Rusia, el fortalecimiento de la UE, uno de sus principales socios comerciales, económicos y de política exterior.

Pero los párrafos más importantes son los referidos a la ya mencionada propuesta de articulación de un nuevo espacio de seguridad euroatlántico. El principal objetivo de la política rusa en Europa es crear un sistema verdaderamente abierto y democrático de seguridad colectiva y cooperación que asegure la unidad de la región, de Vancouver a Vladivostok, de modo que no se cree una nueva fragmentación o la reproducción de la política de bloques que todavía persiste en Europa en la forma de organizaciones -léase la OTAN- creadas en los tiempos de la Guerra Fría ¹¹².

112 Poco después, la firme reacción rusa al ataque de Georgia contra la Provincia separatista de Osetia del Sur, la noche del 7 de agosto de 2008, puso en evidencia la definitiva reafirmación de Rusia como “Gran Potencia”, y el hecho de que no dudaría en usar todos los medios, incluidos los militares, para defender sus intereses nacionales: Rusia no toleraría más que Occidente cruce “la línea roja”. Aunque la airada reacción occidental a la breve guerra de agosto supuso el ocaso de sus relaciones con Rusia, los factores del contexto no dejaron de mejorar para la Federación desde entonces:

- En el entorno postsoviético, con la victoria de Viktor Yanukovich en las presidenciales ucranianas de febrero de 2010, que ha permitido alcanzar nuevos acuerdos sobre la base naval de Sebastopol y los precios del gas.

- En el entorno euroatlántico, con la nueva administración del presidente Barack Obama en los Estados Unidos desde enero de 2009 — y su llamada “puesta a cero” o *reset* de las relaciones con Rusia—, la suspensión *sine die* de la ampliación de la OTAN a Ucrania y Georgia, y la entrada en vigor en 2009 del Tratado de Lisboa de la UE (Ruiz, 2012).

El 29 de noviembre de 2009 se hizo público, a través de la página web presidencial del Kremlin, un borrador de la propuesta para un nuevo Tratado sobre la Seguridad Europea, que venía a materializar la idea expuesta por primera vez el 5 de junio de 2008 en Berlín por Dmitri Medvedev. El objetivo global de esta iniciativa, como se destaca en la introducción del borrador, es el crear un espacio único de seguridad euro-atlántica, enterrando definitivamente el legado de la Guerra Fría, y tiene el doble mérito de desafiar el actual *statu quo* —que crisis como las de Kosovo y Abjazia/Osetia del Sur han demostrado que es inadecuado— y de estar abierto a comentarios y diálogo con el resto de los Estados y organizaciones regionales de seguridad.

La idea de fondo que subyace en el concepto de seguridad formulado por Medvedev es que hay que redefinir Europa de modo que se integre definitivamente en ella a Rusia, ya que ésta se ha sentido apartada de los principales foros de decisión

Por último, en diciembre de 2012, apareció el último Concepto de Política Exterior en idioma ruso y el 14 de marzo de 2013, en idioma inglés. Dicho Concepto no es especialmente innovador con respecto a los aprobados en 2000 y 2008. Tal vez la principal novedad sea la omnipresente crisis económica y el retroceso que ha supuesto para el poder relativo de Occidente, con quien Moscú marca distancias autocalificándose como un puente hacia la pujante región del Asia-Pacífico. Las principales discrepancias con Estados Unidos pueden surgir por la defensa rusa del Consejo de Seguridad de la ONU como la única fuente de legitimidad para el uso de la fuerza, ante lo que se percibe como una tendencia a la actuación unilateral. La gestión de la crisis en Siria representará, sin duda, una primera prueba de fuego para el nuevo Concepto. Por primera vez en 20 años, no se menciona a la Guerra Fría. En el pasado, todas las anteriores explicaciones del estado de Rusia,

desde la finalización de la Guerra Fría.

En este ámbito, tampoco se puede obviar la Cumbre OTAN-Rusia, en el marco del NRC, celebrada el 20 de noviembre de 2010 en Lisboa, coincidiendo con la Cumbre de la Alianza Atlántica en la que se aprobó un nuevo Concepto Estratégico para sustituir al de 1999 (Ruiz, 2012).

Por último, cabe destacar que el Presidente Medvedev formuló en 2009 su propia Estrategia de Seguridad Nacional hasta 2020, documento que aúna la dureza del diagnóstico sobre la situación de seguridad en Europa —como producto del ataque georgiano de agosto de 2008 y del respaldo proporcionado por Occidente a ese país— con el tono conciliador propio de la propuesta de un nuevo tratado de seguridad paneuropeo que en aquel momento venía promoviendo el Kremlin, como ya se ha detallado.

Así, en el documento se afirma que la OTAN es la responsable de la actual inestabilidad de la arquitectura de seguridad en la región euroasiática, que es inaceptable una nueva expansión de la Alianza hacia las fronteras rusas —léase con la inclusión de Ucrania y/o Georgia—, y que las posibilidades de colaboración se reducirían considerablemente con el pretendido despliegue en el este de Europa del escudo antimisiles balísticos americano.

Sin citar a los EE.UU., se enumeran entre las amenazas las políticas de ciertos países orientadas a lograr una abrumadora supremacía en la esfera militar, en especial en el ámbito de las fuerzas nucleares estratégicas. Para afrontar esta amenaza, se afirma que Rusia debe buscar el modo de mantener la paridad con la superpotencia americana en el campo de los misiles de ataque estratégico. En todo caso, también se afirma que Rusia adoptará un enfoque pragmático y racional, con el objeto de evitar una costosa carrera de armamentos similar a la de la Guerra Fría.

Por último, cabe también destacar lo innovador del modo en que se definen las amenazas, ya que además de algunas tradicionales como el terrorismo y la proliferación nuclear, se incluyen otras de carácter no-militar como el SIDA, el alcoholismo y el impacto de la crisis económica global, propios de modernos conceptos como el de “seguridad humana”, y se fijan como objetivos estratégicos el aumentar la calidad de vida de los ciudadanos y lograr la diversificación de la economía nacional, dada su excesiva dependencia de las ventas de materias primas (Ruiz, 2012 :109).

podían remitirse a aquél proceso y su final, pero esta vez, resulta claro que las actuales contradicciones que vive Rusia, tiene escasa o nula relación con aquélla ¹¹³.

En el Concepto, se menciona el descenso gradual del peligro o la amenaza de la guerra a larga escala. Derivado de ello, también se hace hincapié en que la naturaleza de las amenazas es muy diferente de

113 Se constata que el principio rector de la acción exterior rusa permanece invariable: asegurar la protección de los individuos, la sociedad y el Estado. Esta división en tres niveles refleja la tradicional cultura política rusa, por la que los intereses de los individuos se suelen supeditar a lo que se entiende como el superior interés del Estado. Por lo que respecta a los objetivos derivados, se aprecia que Rusia adopta un concepto amplio de la seguridad, ya que además de la defensa tradicional (preservación de la soberanía e integridad territorial), se tienen en cuenta factores económicos y humanos (modernización de la economía y mejora de las condiciones de vida), además de incluir la cooperación con los restantes Estados (en especial los vecinos), ratificar la legitimidad única de la ONU, y proteger a los rusos en el extranjero. Con todo ello se busca, según el Concepto, consolidar a Rusia como uno de los polos más influyentes del mundo actual. Sin embargo, en esa enumeración de objetivos es también posible identificar algunas de las cuestiones que han configurado la cultura estratégica rusa en las últimas décadas, como la percepción de un déficit de seguridad, la intención de evitar un “cerco estratégico” (que se manifiesta en la oposición a la ampliación de la OTAN), el recuerdo de la herencia socioeconómica de la etapa Yeltsin, el hacer valer su condición de miembro permanente con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, y la preocupación por los 20 millones de rusos étnicos que quedaron fuera de sus fronteras tras la desaparición de la URSS. Si el anterior apartado está relacionado con las fortalezas y debilidades de la propia Rusia, a continuación el Concepto identifica las oportunidades y amenazas que se derivan del entorno. En positivo destaca la visión del Kremlin de que no es previsible un conflicto armado a gran escala, y que la globalización supone una mayor interdependencia entre Estados y un menor peso del factor militar en las relaciones internacionales. En todo caso, son muchos más los factores de riesgo, entre los que destaca la tendencia de “determinadas naciones” a gestionar las crisis por fuera del marco de la ONU mediante sanciones unilaterales, medidas coercitivas, e incluso el empleo de la fuerza armada. Se trata de una clara crítica, sin nombrarlos explícitamente, a Estados Unidos y sus aliados, potenciada por el descontento ruso con la intervención militar de 2011 en Libia. Por otra parte, el catálogo de amenazas identificado por Rusia es muy detallado, e incluye la proliferación de las armas de destrucción masiva, el terrorismo internacional, el crimen organizado, el extremismo religioso y las tensiones entre etnias, la corrupción, los conflictos regionales, la escasez de productos básicos, los problemas demográficos, la pobreza global, y los retos medioambientales. Este análisis es un calco del realizado por la Unión Europea en 2003 y 2008, lo que debería facilitar la cooperación para afrontar estos riesgos, especialmente en el vecindario común. Para cumplir los objetivos enumerados y afrontar el entorno mundial descrito, el Kremlin incluye en el Concepto una amplia descripción de las

antaño, lo cual obliga a Rusia, a repensar su cultura y accionar estratégicos.

De todos modos, se remarca en que intentos de crear oasis de tranquilidad y seguridad en el mundo de hoy, para marginarse de turbulencias globales o la creciente interdependencia de los Estados y las naciones, cómo únicos reaseguros contra los *shocks* derivados de aquellos procesos, están condenados al fracaso. Esta es una velada crítica a aquellos sectores, sobre todo eurasianistas o eslavófilos rusos, que pretenden aislar a Rusia o alejarla de Occidente, en nombre de la superioridad de la civilización rusa o el desarrollo económico propio. En realidad, el único reaseguro pasa a ser el principio universal de igual e indivisible seguridad, aplicable a las regiones euroatlántica, eurasiática y de Asia-Pacífico (Lukyanov, 2013).

Asimismo, aún en el marco de los principios universales de la democracia y la economía de mercado, se reconoce que cada civilización tienen derecho a su propia forma de generar valores y modelos de

prioridades de su política exterior. Partiendo una vez más del papel central del Consejo de Seguridad de la ONU, se hace una destacada mención a que es inaceptable intervenir en los asuntos internos de otro país. En este caso Rusia se posiciona a favor del modelo westfaliano de Estados-nación soberanos, consagrado en la Carta de la ONU, frente a quienes afirman que existe un derecho de injerencia por razones humanitarias, la llamada “responsabilidad de proteger”. La posibilidad de una intervención exterior en Siria, a la que Moscú se opone rotundamente, está en la base de esta posición. En el campo del control de armamentos, no es previsible que se produzca un nuevo acuerdo con EE UU para la reducción de los arsenales nucleares, ya que los niveles actuales están cerca de lo que Rusia considera el mínimo imprescindible para mantener su capacidad disuasoria. Además, las discrepancias sobre el escudo antimisiles que Washington está desarrollando no favorece la confianza mutua, como tampoco lo hace el que se haya suspendido la aplicación del Tratado de Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE). Por último, se dedica un apartado completo a establecer las prioridades regionales para Rusia, que se citan en el siguiente orden: espacio postsoviético, regiones del Mar Negro y el Mar Caspio, Estados euroatlánticos, Asia-Pacífico, Oriente Medio y Norte de África, América Latina, y África. Con los objetivos establecidos para cada región y del peso que se les otorga en el Concepto, se constata que para Rusia las antiguas repúblicas soviéticas siguen siendo su “área de especial interés”, y que no renuncia a lograr la máxima integración posible en diversas organizaciones, como la Unión Euroasiática. Por otra parte, y a pesar del eterno debate sobre el carácter de la nación, del documento se desprende la inequívoca pertenencia de la Federación a la civilización común europea, mientras que la dimensión asiática se contempla más en función de los beneficios materiales que pueda reportar (Ruiz, 2013).

desarrollo, buscando siempre, nuevas ideologías y nuevos valores. Paradójicamente, allí hay un rescate de la “Primavera Árabe”, un proceso de regreso a los valores musulmanes, aunque con una búsqueda novedosa de formas políticas que liberen a dichos países de sus regímenes autoritarios (Lukyanov, 2013).

Con eco en las palabras de Putin, durante su última campaña electoral presidencial en 2012, por primera vez, se usa el término “*soft power*”, a manos de Rusia, para contrarrestar la propaganda norteamericana o europea o el uso de las ONGs para presionar por la democratización rusa. El empleo de la información para la seguridad, es otro ítem que despierta atractivo. Se impulsará el marco legal de la cooperación internacional, para proteger mejor los derechos y legitimar los intereses de los niños rusos fuera del país (Lukyanov, 2013).

Respecto a las relaciones con otros Estados, se enfatiza una reanudación del vínculo con Georgia pero insistiendo en reconocer la independencia de Abkhazia y Osetia del Sur. Los países europeos de mayor relevancia para Rusia, son Alemania, Francia, Italia, Holanda y Gran Bretaña -este último con relaciones problemáticas con Rusia en el pasado-. Se afirma en el documento oficial, que Rusia buscará usar el potencial de la cooperación mutua con Gran Bretaña. La Antártida también pasa a ocupar un lugar de interés para la elite rusa. En el terreno económico, la jerarquía de prioridades no ha cambiado. El espacio postsoviético sigue en el lugar “*top*”, intentándose en el futuro, una Unión Económica Eurasiática. Asia, la CEI, Europa y América en ese orden, son las restantes prioridades de política exterior (Lukyanov, 2013).

5.4.1. La mirada al “Otro” (Occidente)

En los documentos oficiales analizados, “Occidente” ha sido un referente significativo en la evolución de la identidad estatal rusa. Por ejemplo, en el Concepto de Política Exterior de 1993, éste es representado en dos niveles: un epitome idealizado y abstracto de los principios de democracia y libre mercado, que se presumía congeniaba con la naturaleza y era simpático con las aspiraciones del nuevo Estado

ruso y como una asociación de entidades políticas materiales, más notoriamente Estados Unidos y Europa Occidental, que puede generar intereses no necesariamente armónicos con los de Rusia. Se pretendía generar una autoimagen de cercanía con “Occidente” en términos ideológicos, siguiendo la lógica de una autopercepción dirigida ideológicamente al estilo soviético, cuando simultáneamente se denunciaba de modo crítico, la sobreideologización del período soviético (Kassianova, 2001 :835).

El “Occidente” como referente significativo, ostensiblemente desaparece de los textos subsiguientes. De modo similar, la referencia a la URSS y al anterior espacio soviético, bastante frecuente en los textos tempranos de 1993, aparecen sólo una vez en el Concepto de Seguridad Nacional de 1997 y está ausente en el texto de los documentos de 2000.

El conjunto de documentos del 2000, siguiendo el intento del Concepto de Seguridad Nacional de 1997, presenta un esfuerzo determinado para adoptar un marco de referencia independiente de las correlaciones aparentemente centradas en “Occidente”.

Ahora bien, hay dos formas de mirar al “Occidente”. Como se mencionó arriba, los documentos distinguen entre la idea del “Occidente” y sus constituyentes materiales. Esta dualidad parece también tener su propia dinámica. El Concepto de 1993 en muchas instancias, conmuta entre los dos niveles, como por ejemplo, entre la representación material y la simbólica de Estados Unidos, consciente de las diferencias reales de vida de intereses políticos y económicos, pero confiando en la afinidad ideológica de los dos Estados¹¹⁴.

114 Como balance, Estados Unidos viene a representar simbólicamente la idea del “Occidente”, recibiendo una mucha mayor parte de connotaciones positivas que Europa Occidental, la cual es tratada por el documento de 1993, con mucha reserva. Inversamente, es Estados Unidos la que recibe los mayores cuestionamientos en los documentos de 1997 y 2000. El Concepto de Política Exterior de 2000 dedica cerca de 11 párrafos a los problemas de las relaciones con Europa Occidental (seguridad europea, Unión Europea, Estados europeos individuales) y justo dos párrafos a las relaciones con Estados Unidos, puntualmente precedidos por una discusión de todas las direcciones de la política europea, por ejemplo, a través de cuestiones vinculadas con los Balcanes y el Báltico.

Más allá de estos textos diplomáticos, puede inferirse que gradualmente, el discurso de la política exterior y de seguridad rusa ha abandonado la idea del “Occidente” como un único referente relevante, y ha establecido una agenda con múltiples actores para la representación del ambiente internacional, lo cual es menos proclive a dividirse a lo largo de ejes estereotipados. Hay una tendencia a enfatizar la diferencia-otredad delineando los contornos de la autoimagen estatal rusa. Excepto en la primera etapa de su desarrollo en 1993, este discurso omite una discusión explícita de la continuidad URSS-Rusia, pero cuidadosamente recita las demarcaciones heredadas del *status* de “Gran Superpotencia”: membresía permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y su potencial nuclear. Es también sensible a la dimensión temporal de la evolutiva identidad estatal, marcando la disminución de los recursos domésticos e internacionales del Estado, reiterado en varias instancias, a lo largo de los cuatro documentos (Kassianova, 2001 :836).

El supuesto general considerando la actitud rusa al mundo exterior ha sido la realización de que urgentes tareas de revitalización nacional, incuestionables prioridades estatales a través del período, puede ser realizada sólo en un ambiente cooperativo internacional. La tarea de igual y orgánica inclusión en la comunidad mundial en la capacidad de una gran potencia, fue pronunciada en el Concepto de 1993, en confianza con los países occidentales que podrían ayudar a Rusia en la tarea y, reafirmada por los documentos subsiguientes en términos más sabios.

El sentido destacado de la vulnerabilidad rusa debido al desmantelamiento de la economía y las consecuencias sobre los recursos de su política exterior, actualiza el tema de la inclusión-exclusión como el concepto central significativo y organizador, guiando la posición de Rusia en relación a instituciones o países en particular. El criterio de inclusión atraviesa la hipotética afiliación anti o pro-occidentales. El discurso estatal destaca la importancia de la membresía de Rusia en el Consejo de Seguridad de la ONU y en el G-8, el último, proveyendo al país, de

esenciales mecanismos para defender y promover los intereses de política exterior a través del mecanismo de consulta y ajuste de posiciones. La cuestión de la percepción rusa de la OTAN, apareciendo como el foco de las contradicciones ruso-occidentales, se ha desarrollado en el período 1993-2000, de acuerdo a la lógica de inclusión-exclusión, determinando la posición rusa (Kassianova, 2001 :837).

La etapa más reciente del discurso introduce una nueva temática en la interacción de Rusia con el mundo exterior: el reconocimiento de una diferencia o brecha de percepción entre Rusia y la opinión pública externa y el deseo de acercarla mediante políticas que establezcan una percepción positiva de actitudes amistosas hacia Rusia.

Como hemos analizado en los capítulos precedentes, tras la era Gorbachov (1985-1991) y los primeros años de Yeltsin (1992-1997), cuando había un claro alineamiento de Rusia con la comunidad euroatlántica, durante los últimos años de Yeltsin (1997-2000), la insatisfacción rusa con Estados Unidos y Unión Europea, empezó a vislumbrarse. El nuevo Canciller o Ministro de Relaciones Exteriores, fue Yevgueny Primakov, quien favoreció una política multivectorial, más orientada a la “multipolaridad”, con un mayor y especial énfasis en Asia -y China-.

Los estatistas liberales de la era postsoviética creyeron que los valores liberales podían ser empleados para reforzar al Estado y no para debilitarlo. Las grandes amenazas y *status* de “Gran Potencia” presionaban en el sentido de revertir dichas políticas iniciales de la era postsoviética. Aún así, cabe distinguir entre Primakov y el último Primer Ministro de Yeltsin y luego Presidente, Putin. Primakov quería controlar a los oligarcas, restaurar la URSS y contener a Estados Unidos, a través de relaciones más fluidas con China e India. Putin perseguía lo mismo pero enfatizando relaciones bilaterales en la periferia rusa para desarrollar una sociedad más equilibrada con Estados Unidos de América, por ejemplo, para detener el terrorismo.

Desde el inicio de su gestión como Presidente, y continuando con algunos objetivos de la Doctrina Primakov, Putin buscó restaurar la autoestima y el orgullo nacional ruso, generando una política exterior que intentaba fortalecer el papel de “Gran Potencia”, influyendo en un mundo multipolar. La humillación de la derrota en la Guerra Fría, debido a la caída de la Unión Soviética, juzgada por Putin, como la “peor catástrofe geopolítica de la historia de la humanidad”, dio paso -de manera bastante más rápida de lo esperado-, a una Rusia que se erigió altiva y autónoma en relación a sus vecinos y Estados Unidos (Kennedy, 2007) ¹¹⁵.

Como bien señaló Putin antes de asumir en 1999, *“permítaseme asumir que por primera vez en los últimos 200 a 300 años, Rusia asume el real peligro de caer en el segundo o tercer escalón de las naciones y sólo un tremendo esfuerzo moral, intelectual y físico, podrán impedirlo”*. Rusia debía volver a ser una Potencia, capaz de dominar o influenciar en el espacio postsoviético, convirtiéndose en un polo más de un mundo multipolar, capaz de separarse y actuar como igual frente a Estados Unidos, China y Europa (Graham, 2009 :15).

Pero Putin significó también, cierto cambio en política exterior y un renovado interés en comprometerse con Occidente, tomando distancia tanto de los occidentalistas como de los primakovistas. No obstante, que Putin insistió en la prioridad rusa de preservar el *status* de “Gran Potencia”, su estrategia para lograrlo, difirió de la de Primakov. En lugar de continuar la política de contrabalanceo de Occidente, Putin explícitamente se situó con Europa y Estados Unidos e insistió que Rusia era un país más europeo y occidental que asiático, en términos de identidad (Tsygankov, 2006 :19).

Cabe interrogarse la razón de este cambio putinista. Una alteración que puede ser interpretada como una modificación del propio Putin respecto a su visión originaria; en relación a Primakov y, por último, su

¹¹⁵ Putin confirmó al último Canciller de Yeltsin, Igor Ivanov, quien ha considerado que la política exterior rusa a lo largo de su historia, ha sido exitosa cuando adquirió el carácter de “realista” y pragmática.

pragmatismo tan particular, que le permitió ajustar sus políticas a los cambios de circunstancias.

Dado el debate inconcluso de la identidad, el cambiante balance en el debate entre estatistas y occidentalistas y el nuevo contexto internacional, ayudan a explicar la innovación estratégica de Putin. En términos domésticos, el curso de la “cooperación pragmática” de Putin con Occidente, era un proyecto de coalición identitaria mixta, que incluyó intereses occidentalistas y estatistas. Algunos se refieren a una alianza entre *siloviki* y oligarcas, para adaptarse al nuevo mundo de oportunidades y amenazas. Oportunidades que surgieron de la estabilización económica y la cooperación con Estados Unidos post 11/9/01 y las amenazas, de los ataques terroristas, dentro y fuera de Rusia.

Esta visión de interés nacional mixto de Putin tuvo mucho apoyo popular, alejándose de la visión subestimadora de la seguridad de Kozyrev y la sobreestimadora de la seguridad de Primakov. Un 32 % de los rusos juzgaba que la mayoría de los países desarrollados tenía una actitud o vínculo de “socio” con su país, mientras un 33 % consideraba que desarrollaban el carácter de “rival”. Sólo un 7 % los definía como “enemigos”(Centro Levada, 2009 :167) (Hassner, 2008 :10).

A lo largo de la década del 2000, la política exterior lograría un gran apoyo. Entre el año 2005 y el año 2009, ha crecido el consenso entre los rusos respecto a que la política exterior tiene objetivos claros. En el 2008, por ejemplo, el 60 % de los rusos consideraba que la política exterior tiene un curso o una línea bien pensada o planificada, mientras que apenas el 21 % respondía que se “limitaba a reaccionar ante circunstancias” (Centro Levada, 2009 :162),

El objetivo central del putinismo, inserto en esta lógica estatista-occidentalista, fue en todo caso, reposicionar a Rusia en un plano que, sin volver a su pasado imperial, la ubicase de tal manera, que evite lo que algunos, juzgan inexorable, un futuro de “tercermundización”, dependencia extrema y vulnerabilidad. Putin, un apasionado de la

armonía, siempre dispuesto a sacrificar las realidades complejas en nombre de unos pocos conceptos fáciles de manejar, intentó reescribir los manuales de historia rusa, intentando restaurar en la juventud, el orgullo por su pasado y su país (Taibo, 2003 :2) (Bonet, 2004).

El “Pragmatismo de Gran Potencia” de Putin puede explicarse en gran medida, por las cambiantes condiciones domésticas y externas que trajeron aparejada una nueva coalición identitaria, que articularía una nueva visión de interés nacional para Rusia.

El contexto mundial cambiaría enormemente. La primera evolución en tal sentido, fue de naturaleza económica y tiene relación con la gran recuperación que ostentó Rusia luego de la crisis financiera de agosto de 1998. Siendo el comercio exterior, un 50 % del PBI, Rusia se convertía así en una economía abierta comparable a la de Alemania, líder en Europa. El crecimiento de la economía, ayudado por los crecientes precios del petróleo, compensó la baja tasa de inversión directa, 10 veces menor que la china y 5 veces menor a la brasileña (Tsygankov, 2006 :128).

La segunda evolución fue negativa y tiene relación con la intensificación de las actividades terroristas en el Cáucaso y en todo el mundo. El acuerdo de paz de 1996 en Chechenia, desembocó en mayor anarquía, con el nuevo líder electo Aslan Maskhadov, fracasando en mantener el orden. En agosto de 1999, la nueva ofensiva rebelde chechena a cargo de Shamil Basayev y el luchador árabe Khattab ocuparon la cercana república de Daguestán en represalia a las acciones militares del Kremlin en la región. Ese mismo mes, hubo atentados en edificios de departamentos en la propia Moscú, matando cientos de civiles. El nombramiento de Vladimir Putin como Primer Ministro, orientado a acabar con esta violencia sin precedentes, lo catapultó a la Presidencia, debido a la enorme popularidad de su discurso. El ataque a las Torres Gemelas neoyorkinas el 11 de setiembre de 2001 y la declaración posterior del norteamericano Presidente Bush (hijo) de la “guerra contra el terrorismo”, culpabilizando al islamismo radicalizado de semejante amenaza, le dio a Putin y a Rusia, una enorme oportunidad

para fundamentar su postura doméstica e internacional y reivindicar su concepción de seguridad¹¹⁶.

En respuesta a este nuevo entorno desafiante, Putin perfeccionó una nueva coalición identitaria, combinando una ideología de pragmatismo y autoconcentración, es decir, influencias tanto occidentalistas como estatistas. Si bien, coincidía cuestionaba al período soviético y Primakov debido a sus sobreextendidos recursos de política exterior, lo cual lo acercaba al occidentalismo, también se identificaba con valores tradicionales enfatizados por estatistas y civilizacionistas. Ya en su programa preelectoral “Rusia en el turno del milenio”, que presentó a los votantes, Putin hacía referencia al patriotismo, un Estado fuerte y la solidaridad social, como valores clave del país.

Adicionalmente, él veía a su país como una “Gran Potencia” moderna capaz de adaptarse al mundo bajo un liderazgo estatal. En la tradición del estatismo, la prioridad se otorga a la gobernabilidad y la habilidad del Estado para ejercer su poder -lejos de ser una anomalía, como en otros países-, y donde, también paradójicamente, la democracia queda relegada en aras de lo anterior.

Siguiendo el espíritu estatista de Primakov, Putin hablaba de la dimensión eurasiánista de la identidad rusa, y a fines de 1999 e inicios de 2000, visitó Estados claves de Asia Central, China, India, Mongolia, Corea

116 Es paradójico que Putin “globalizó” la guerra contra el terrorismo, de la mano de Estados Unidos, pero su conflicto checheno, es de carácter doméstico. A diferencia de Estados Unidos, la Rusia de Putin empleó otros métodos en la lucha antiterrorista. Esta se centralizó en territorio checheno porque allí, se concentró la mayor parte de los actos terroristas sufridos por el Estado ruso. Fue una guerra donde no hubo concesiones de ningún tipo: cuando se halló a los terroristas, se los destruyó o llevó a la justicia. Mientras la primera guerra, desde 1994 a 1996, fue librada por ex soldados soviéticos y personal de seguridad, sobre todo, veteranos de la invasión a Afganistán, la segunda incluyó a los jóvenes de la primera que ya habían crecido y adquirido mayor madurez. Respecto al terrorismo post 11-S, todas las organizaciones como Hizb-ut-Tahrir al-Islami o las Fuerzas Conjuntas Mujaidines del Cáucaso (de Shamil Basaev) o el Congreso de Pueblos de Ichkeria y Daguestán, tienen vínculos con países que rodean el territorio ruso, desde Georgia hasta Asia Central. Fuera de Chechenia, la lucha rusa contra el terrorismo, está a cargo de un FSB, mucho más politizado y a cargo de instrumentos o resortes administrativos, de mucha opacidad y nada judiciales, como arrestos, violaciones a la intimidad, controles excesivos, etc. (Stepanova, 303-312-313)

del Norte y Brunei. Así, se vio determinado a continuar la guerra en Chechenia, más allá del escepticismo de los oponentes occidentalistas dentro y fuera del país. El pensamiento estatista probaba ser superviviente en la Rusia post Primakov ¹¹⁷.

Aún así, mientras Primakov veía el mundo en términos de amenazas, Putin también veía al lado de ellas, oportunidades. En particular, él reconocía el énfasis que debía ponerse en la naturaleza económica del mundo contemporáneo y la necesidad de para Rusia, de ser exitosa, en la lucha geoeconómica más que militar. En términos del propio Presidente, de acuerdo a las normas de la comunidad internacional y el mundo moderno, con una gran competencia por mercados, inversiones e influencia política y económica, “nadie está dispuesto a ayudarnos. Debemos luchar por nuestro lugar bajo el sol económico”.

Además, las amenazas de seguridad, Putin las percibía, proviniendo de las actividades terroristas, más que de las capacidades militares organizadas por el Estado. En esto, el estatismo era diferente de

117 El primer antecedente de ello lo brinda como Putin como Primer Ministro de Yeltsin. En efecto, a fines de agosto de 1999, culminó una breve Cumbre del Grupo de Shanghai -compuesto por Rusia, China y tres repúblicas asiáticas de la antigua URSS: Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán-, en Bishkek, la capital kirguiza, con la firma de una declaración para reforzar las medidas de confianza en los más de 7.000 kilómetros de la frontera entre China y la extinta Unión Soviética. El Presidente ruso, Boris Yeltsin, se entrevistó con su homólogo chino, Jiang Zemin, y ambos reforzaron su alianza estratégica y criticaron duramente el "neointervencionismo" de Estados Unidos y la OTAN. Yeltsin había llegado a Bishkek con ánimos combativos, como él mismo dijo al descender del avión, dispuesto a pelearse "con todo el mundo, y sobre todo con los prooccidentales". Estos ánimos del Presidente ruso se reflejaron en sus conversaciones con Jiang Zemin: condenaron a EEUU por su "hegemonismo", por la guerra de Kosovo y por su aspiración a crear un mundo "cómodo sólo para ellos". La cita de Bishkek sirvió a Moscú y Pekín para estrechar su alianza estratégica frente a Estados Unidos y al eje que ha creado con Japón y Corea del Sur. "Ellos no tienen en consideración la tendencia objetiva hacia un mundo multipolar", señaló Yeltsin, mientras Jiang afirmó que "el mundo no está en calma todavía" porque "el hegemonismo y la política de fuerza se siguen practicando con nuevos métodos", como lo demuestra "el resurgimiento del neointervencionismo". El documento firmado por los cinco Presidentes de los países que integraban el Grupo de Shanghai recogía estas ideas al criticar veladamente las acciones de la OTAN en Kosovo, y reafirmaba la voluntad de reforzar la estabilidad en la región centroasiática, de tomar medidas para regular las fronteras y apoyar los esfuerzos de los países de Asia Central encaminados a crear una zona desnuclearizada (Fernández, 1999).

la era Primakov. Su apoyo a los esfuerzos norteamericanos en combatir al terrorismo internacional, después del 11 de setiembre (11-S), no era así táctico sino que provenía de sus más genuinas convicciones.

También Putin advertía sobre el peligro de convertir a Rusia en un país de menor relevancia. Al nuevo líder ruso le agradaba comparar Rusia con Portugal, el país más pobre de la Unión Europea. A Rusia le llevaría unos 15 años de un crecimiento anual persistente del 8 % para alcanzar el PBI actual de Portugal.

Pero la realidad rusa tras la crisis financiera de 1998, era que alcanzaba un cuarto del poder de compra de las economías china y japonesa y menos de un décimo de las economías norteamericana y europea. También había cambiado el concepto de multipolaridad con el énfasis del nuevo Concepto de Seguridad Nacional, ahora puesto en la declinación económica, el crimen organizado, la corrupción, el terrorismo y el separatismo.

Tras el 11-S, su apoyo a la multipolaridad siguió declinando y su foco fue la autoconcentración y el pragmatismo. Más allá de los sentimientos antinorteamericanos de buena parte de la elite rusa, el Presidente promovió vínculos con Estados Unidos y Europa, tornándose más pasivo respecto al frente oriental y asiático (Tsygankov, 2006 :132).

5.5. El discurso de la elite putinista

El Estado ruso ha sido el productor de la identidad nacional pero también jugaron un rol gravitante en dicha acción, los intelectuales rusos, a través de diferentes organizaciones y canales, más o menos institucionalizados. En términos más generales, como la discusión planteada arriba, demuestra, es al menos cuestionable aproximarse con dualismos al estilo de liberal-estadista, occidentalista-eslavófilo, moderno-postmoderno, como un discurso que manifiestamente y en muchas instancias, con una autoconciencia de juego, controla estas oposiciones y cuyo éxito político deriva precisamente, de ellos. Lo que está en jaque aquí, es la tiranía de las categorías analíticas ya preanunciadas, lo cual, es claramente, la opuesto al tradicionalismo complaciente que halla

consuelo, en las palabras del escritor ruso Fyodor Tyutchev: “Rusia no puede ser abrazada ni entendida por la mente” (Prozorov, 2004 :5).

Pero precisamente, esta Tesis difiere de semejante enfoque: la tarea de abrazar o entender o comprender a Rusia a través de la razón, es perfectamente alcanzable, dado que Rusia, en un sentido estricto, no es “nada especial”, siendo única y la mejor forma de aproximarse a ella, es aclarando la mente, despojándola de los dualismos simplicadores y reduccionistas, incluyendo la llamada “excepcionalidad cultural rusa” y analizando las prácticas emergentes en su especificidad irreductible para subrayar racionalidad inherente (e *ipso facto*, específica), sin colapsarla en un racionalismo cuasi-universalista del observador.

Esta tarea dicultosa de indagar acerca de la autopercepción rusa, no significa que no pueda efectuarse una comparación intercultural del emergente conservadorismo ruso con las tendencias occidentales existentes, aunque dicha tarea escapa a estas páginas.

De todos modos, el método básicamente necesario para semejante comparación, debe consistir en una descripción arqueológica sistemática del discurso en cuestión que podría identificar sus principios internos ordenadores o reglas de formación; las posiciones del objeto y sujeto especificado en él y las líneas internas de difracción que prescriben las posibles variaciones interdiscursivas. Estas páginas pretenden realizar una exploración inicial de este proceso, focalizando en la formación de la distinción interna entre las posiciones “liberal-conservadora” e “izquierda-conservadora”, dentro del campo del discurso conservador, que formò parte de la coalición putinista (Prozorov, 2004 :6).

Analizando el contexto en el que presentaron las nuevas ideas identitarias en la Rusia de Putin, tras el breve período Kozyrev, durante la era Yeltsin, los viejos debates identitarios reaparecieron. Muy tempranamente, las políticas occidentalistas se encontraron con una formidable oposición, en la cual, los estatistas jugaron un rol clave. Los nuevos estatistas se diferenciaban de los soviéticos en cuanto a que reconocían al mercado y la institucionalidad democrática pero siempre

con el ánimo de reforzar y no debilitar al Estado. La nueva coalición estatista estaba formada por militares, servicios de seguridad e industrialistas que no se beneficiaban o se beneficiaban poco de la relación con Occidente. El consejero presidencial Serguei Stankevich y el jefe de la inteligencia exterior, Primakov, lideraban un grupo que creía que el interés nacional, preservar el rol de “Gran Potencia”, relacionándose con China e India y contrabalanceando a Occidente, no había cambiado sustancialmente. Este grupo tenía apoyo popular como lo demostró el nombramiento de Primakov al frente de la Cancillería (Tsygankov, 2006 : 18) (Pocovi, 2010) (Okuneva, 2011) ¹¹⁸.

Progresivamente, la elite gobernante empezó a describir las políticas norteamericanas de la era Clinton, como esfuerzos para explotar la debilidad rusa. Así, la elite adquirió consistencia geográfica (San Petersburgo), una cierta convergencia o trama de intereses profesionales (ex camaradas de la KGB, abogados y sectores liberales) y una misma visión de país (Rusia y un rol de grandeza y liderazgo en el concierto internacional), tras un período de caos, humillación y victimización nacional, como fueron aquellos años. El producto más acabado de tal perfil de elite, es la formulación y ejecución de una política exterior, que con Putin, recuperó el orgullo y la autoestima nacional rusa, a partir de la

118 Los estatistas fueron capaces de derrotar a los occidentalistas por el poder histórico de la vieja identidad estatista, fijada ya en los años veinte. También fueron eficaces en usar la debilidad del nuevo Estado liberal movilizando canales informales para influir en el proceso de toma de decisiones políticas. Externamente, la lucha entre estatistas y occidentalistas tuvo lugar en un contexto cambiante. Protegiendo la seguridad rusa, los estatistas fueron tempranamente capaces de identificar muchos desarrollos amenazantes. Las nuevas inestabilidades y conflictos producidos en la periferia del país (Chechenia) en los tempranos noventa, hizo imposible o dificultoso para occidentalistas, sostener políticas de “desenganche” de dicha periferia. Más importante, el Occidente -el “Otro” significativo para Rusia-, fortaleció enormemente el discurso estatista al decidir expandir la OTAN en el Este y excluir a Rusia de tal proceso. Es que Occidente no aceptaba como “propia”, a Rusia. Todo ello contribuyó a un contexto que favoreció la conocida imagen de la amenaza externa y la influencia de la nueva coalición identitaria. Por el otro lado, el occidentalismo no tenía apoyo popular para reducir el poder de los estatistas.

construcción de una sólida identidad cultural, descartando relaciones de fuerza o violencia externa (Graham Jr., 2000).

En el año 2009, el 48 % de los rusos admitían estar “orgullosos de ser rusos” mientras que un 26 % decía estar “muy orgullosos de serlo”. Sólo el 21% decía no estar “muy orgulloso” o “nada orgulloso” de pertenecer a la Federación Rusia. En el año 2008, el 52 % de los rusos afirmaba que Rusia debía resolver sus problemas con otros países de manera pacífica y negociada mientras el 39 % decía que en ciertas oportunidades, debía “mostrar la fuerza” (Centro Levada, 2009 :162).

Al mismo tiempo, el sociólogo Lev Gudkov, director del Levada Center afirma que la proclama nacionalista que reza “Rusia para los rusos” es compartida hasta por un 60% de los rusos. Al mismo tiempo, alrededor del 50% de los habitantes de Moscú están de acuerdo con la idea de limitar la inmigración de personas de origen caucásico y asiático hacia la capital. *“El problema no está en que las tendencias xenófobas se propaguen desde las capas sociales bajas a unas capas más amplias, sino en que el rechazo de la sociedad respecto a estas tendencias se está debilitando ”*, explica Gudkov (Ruvinski, 2011).

Hay diversos motivos para ello. Según el director general del Centro de Tecnologías Políticas, Igor Bunin, el primero consiste en que una gran parte de la población está desencantada con lo que hacen las autoridades. Un ejemplo claro es la reunión de hinchas de fútbol que reunió a varios miles de personas en la Plaza Manézh de Moscú a finales del 2010. Se utilizaron lemas nacionalistas para exigir la instrucción del caso del asesinato de un hincha por parte de caucásicos. *“Fue la primera vez que el nacionalismo se unió con la protesta social. Se trató de una reacción ante un sentimiento de injusticia por la ausencia de justicia real y por la imposibilidad de influir legalmente en las autoridades,”* considera Lev Gudkov (Ruvinski, 2011).

El segundo motivo es la incongruente política de inmigración, ya descrita en esta Tesis. La reducción de la población rusa y la ausencia de la mano de obra conlleva la necesidad de abrir las puertas a flujos de

inmigrantes procedentes de regiones pobres del Cáucaso y de Asia Central. Estos procesos carecen de control y en muchas ocasiones, hay casos de corrupción. Hay que indicar que las propias autoridades promueven habitualmente ideas nacionalistas. Además, hay muchos robos o gran cantidad de gastos poco transparentes en las grandes partidas presupuestarias dirigidas al Cáucaso. Esto provoca el descontento de una parte de los rusos (Ruvinski, 2011).

Otro motivo que indica el politólogo Nikolái Petrov, del Carnegie Center de Moscú, radica en el problema de la búsqueda de la identidad rusa. Según los datos de Levada Center, a finales de 1980 el nivel de nacionalismo en la Rusia soviética era más bajo que en otras repúblicas de la URSS. *“Los rusos (es decir, los habitantes de la República Socialista Federal de Rusia, que constituía la base de la URSS) tenían un tipo de conciencia imperial soviética, que no necesitaba de identidad étnica”*, considera Gudkov. La independencia recobrada por las antiguas repúblicas soviéticas se basó en movimientos de liberación nacional, pero los rusos, no tenían de quién liberarse. Además, en Rusia cohabitan 140 etnias, por lo tanto la senda marcada por el nacionalismo resulta totalmente contraindicada, tal y como afirma Nikolái Petrov: *“En Rusia cada etnia, a diferencia, de por ejemplo los turcos en Alemania, tiene su territorio histórico, por lo tanto, el nacionalismo es el camino hacia la desarticulación del país”* (Ruvinski, 2011).

En ese contexto donde elite y opinión pública marcaban el destino identitario de Rusia, por un sendero nacionalista, el conservadorismo, como variante ideológica, aparece en el centro del escenario o la arena ideológica, entre el liberalismo –tecnocrático y economicista- y el comunismo-patriótico. En esta lógica, y siguiendo la evolución histórica soviético-rusa de los últimos 30 años, cabe recordar que al primero, prácticamente no se le oponía ningún “Otro” en plena era gorbachoviana (1988) y ya sí, en 1994, precisamente, los comunistas patrióticos, en pleno yeltsinismo (1994). Esta última fue una época de elevada polarización ideológica y bastante despolitización centrista.

La herencia del fin de la URSS y el yeltsinismo, cuando emerge el putinismo, era la de una sociedad fragmentada, con problemas sociales graves, como la enorme brecha económica entre ricos y pobres y, las divergencias respecto a las diversas interpretaciones existentes de Rusia. Como resultado de estos clivajes, no hay diálogo posible en el primer caso y, tampoco era deseable una praxis violenta o agresiva, ejercida desde el poder, luego de una historia demasiado sangrienta, como la que vivieron los rusos a lo largo de centurias. En ese contexto, Putin, como líder pragmático y directivo, resolvió circunscribir militarmente las amenazas separatistas que pudieran existir, como en el ejemplo checheno y, en el otro plano, el de las divergencias respecto a la identidad nacional rusa, canalizarlas a través de un debate intelectual y mediático, donde operadores como Gleb Pavlovsky o Yegor Holmogorov, pudieron explicar y difundir la “rusianidad”, neutralizando el discurso nacionalista extremo de personajes como Zhirinovsky (Okuneva, 2011).

Por ejemplo, el manifiesto acerca de políticas de Putin en 1999, denominado “Rusia ante el Milenio”, producido por intelectuales jóvenes como Bunin, Polyakov y Pavlovsky, proponía explícitamente enmarcar o hasta, “domesticar” los principios sustantivos de la ideología liberal, con el objetivo de arribar a una especie de síntesis “orgánica” –típicamente conservadora-: “Podemos esperar hacia el futuro, si podemos sintetizar orgánicamente los principios universales de la economía de mercado y la democracia con la realidad rusa” (Prozorov, 2004 :9).

Los jóvenes mencionados habían transmutado de reformistas a principios de los noventa, a conservadores a fines de dicha década. Según Alexei Ulyakev, Putin era la expresión genuina de la síntesis entre reforma y orden. Todos ellos adherían a una concepción schmittiana del Estado, autonomizado de los grupos de interés, se oponían a la regionalización yeltsinista y en política exterior, rechazaban la intervención humanitaria, típica de la era clintoniana (Prozorov, 2004 :9).

En dicho plano, Yegor Holmogorov exponía las contradicciones del liberalismo, elocuentes por ejemplo, los bombardeos a Yugoslavia; la

posición respecto al separatismo checheno; la integración con Europa – donde el conservadorismo liberal se sentía traicionado por el liberalismo y el marxismo-, distinguiendo, de un modo relativamente semejante al que lo haría Bush (hijo) más tarde, entre la “verdadera” y la “falsa” Europa –la “vieja” y la “nueva” en el caso del ex Presidente norteamericano- (Prozorov, 2004 :14).

Gleb Pavlovsky fue consejero informal de la Administración Presidencial y dirigía un periódico virtual, “*The Russian Journal*” (*Russkiy Zhurnal*), ligado al Fondo para la Eficacia Política. Habiendo comenzado en 1998, dicho medio se presentaba a sí mismo, como un sitio para articular las posiciones discursivas novedosas, más allá del dualismo liberal-patriótico y se animaba a presentar los textos de los “liberal-conservadores” como de sus opuestos, los “izquierda-conservadores”, cuyas posiciones expondremos a continuación (Prozorov, 2004 :15).

En el primer grupo, figuraban por ejemplo, los Clubes Cívico y Seraphim. El directorio del Club Cívico incluía prominentes figuras como la novelista Tatyana Tolstaya; el líder del Comité de Asuntos Exteriores del Consejo de la Federación, Mikhail Margelov; el famoso columnista y comentarista de la TV Maxim Sokolov, entre otros. Los autores principales que publicaban en el portal del Club Cívico, incluían a Andrey Gromov, Alexei Chadaev y Alexander Hramchikhin (Prozorov, 2004 :16).

El Club Seraphim en el año 2003, contaba con un programa televisivo, llamado “No obstante”, en el Canal 1: Mikhail Leontiev, Maxim Sokolov, Alexander Privalov, así como también el editor en jefe del periódico de negocios, Valery Fadeev y el famoso director de cine, Alexei Balabanov, cuyos trabajos, “Hermano” y “Hermano II”, marcaron un resurgimiento del sentimiento patriótico en la corriente general del cine ruso (Prozorov, 2004 :16).

Opuesta a los foros de discusión más abiertos, como “*The Russian Journal*”, el Club Seraphim intentaba elaborar una ideología liberal-conservadora coherente más que intentar actuar como una “sociedad que debate”, no obstante que las transcripciones publicadas de los seminarios

del Club también demuestran la apertura de los fundadores a las visiones de los comentaristas tanto liberales como nacional patrióticos. Este sector, consideraba que, ante el derrotismo ganado por la crisis (post 1998), las elites debían ponerse al frente de la situación adversa y en tal aspecto, Putin señalaba el camino. Tanto Alexandr Privalov como Maxim Sokolov revelaban esa cualidad actitudinal del liderazgo putinista.

La síntesis de la libertad y Rusia también se encuentra en la discusión que presentaba el Club Seraphim respecto a la política exterior y las relaciones externas rusas, específicamente considerando la subjetividad de la Federación Rusa en la política mundial.

De acuerdo a Mikhail Leontiev, *“la cuestión de lo que queremos para Rusia es más que concreta: nosotros procedemos del hecho que Rusia debe permanecer como un sujeto independiente, reteniendo su subjetividad en el futuro globalizado, a cualquier precio”*. Dicha valorización de la subjetividad política a la luz del desafío de la globalización es quizás el componente central de la autodefinición de un liberal-conservador. De acuerdo al experto politólogo Boris Mezhev, cada vez más influyente en los círculos conservadores, el conservador, opuesto a un tradicionalista, no valoriza el pasado, pero se opone al futuro o más nada, se rechaza la imagen dominante del futuro (Prozorov, 2004 :19).

Para los conservadores, conceptos como soberanía, libertad, pluralismo cobraban sentido frente a la homogeneidad de la globalización. Pero en los noventa, mientras Rusia se “liberaba”, también al mismo tiempo, se “disolvía”, por lo que, urgía el restablecimiento de su subjetividad soberana.

Un liberal devenido en conservador y funcionario putinista, luego de haber sido yeltsinista, Anatoli Chubais, afirmaba en el año 2003, que la batalla ideológica estaba ganada y que era hora del renacimiento espiritual ruso, ahora como “Imperio liberal” (Prozorov, 2004 :22).

No obstante admitidamente idiosincrático cuando se lo aproxima a la perspectiva del neoliberalismo occidental contemporáneo, puede

afirmarse que el conservadurismo liberal ruso tiene una larga y distinguida tradición propia.

Dos matrices de la filosofía política rusa, son particularmente importantes al respecto: el “liberalismo legal” de los “occidentales” del siglo XIX (Konstantin Kavelin, Boris Chicherin) y el “liberalismo cristiano” postmarxista de inicios del siglo XX (Petr Struve and Semen Frank). La orientación anterior supo combinar el énfasis de una estatalidad fuerte, entendida como un orden legal, con el valor de la autonomía individual y la dignidad. En cambio, la segunda, asociada con la publicación semanal *Vekhi*, advertía una crítica poderosa del revolucionarismo enfrentado a las fuerzas emergentes socialemócratas y socialistas revolucionarias, enfatizando el empobrecimiento espiritual del pensamiento radical ruso (Prozorov, 2004 :25).

Para los conservadores rusos, el 2003, significó el final de la transición. En su artículo programático “Adiós a Belovezhie”, Gleb Pavlovsky cuestiona la autoidentificación “transicionalista” y genera una nueva entidad, una Rusia “sin adjetivos”, “simplemente Rusia” o una “Rusia propia” (*prostó Rossiya*) (Prozorov, 2004 :26).

Esta figura de la “Rusia Propia” permite entender cierta atípica expresión formulada por Pavlovsky en el año 2001, en ocasión del décimo aniversario de la declaración de la soberanía estatal rusa: “Este es el primer año de nuestra independencia”. Una independencia del Estado ruso, que recibida con incredulidad, a lo largo de los noventa, adquiriendo menor significado a partir de la ausencia de un objeto claro, comenzó en la presidencia de Putin, a ser reconocida con un valor positivo. Esta nueva apreciación de la independencia, de acuerdo a la valorización liberal-conservadora del principio de la soberanía, el cual, en el sentido schmittiano de la decisión en la excepción, completa precisamente la declaración de la independencia desde una subjetividad (un “alguien” y un “algo”) por completo.

Además, al interior de las críticas excesivas de las discusiones contemporáneas de soberanía en la teoría de las Relaciones

Internacionales, dentro del conservadorismo liberal, semejantes conceptos como “soberanía” e “interés nacional” están vinculados con la noción de “libertad”. Esa “libertad” se vincula con la del estadista, para de modo autónomo, derivar el curso de la política y los actores sociales para que se comprometan en sus prácticas culturales ante el desafío de la amenaza homogeneizante y universalizante de la globalización (Prozorov, 2004 :127).

Según Yegor Holmogorov, la oposición a Putin viene tanto, de los comunistas ortodoxos como de los liberales humanistas que critican el patriotismo aséptico o abstracto del gobierno. Ciertamente, es irónico que la alternativa discursiva conservadora, articulada con el antecedente del “liberal-conservadorismo” largamente proputinista, comienza con la problematización de lo que, precisamente, los liberal-conservadores consideran que sea, la realización más importante de Putin: la consolidación, sedimentación y la despolitización de la vida, la formación del discurso hegemónico, articulando “Rusia” y la “Libertad”, en la reinscripción del momento fundacional de los noventa, como una fundación del nuevo Estado ruso (Prozorov, 2004 :27).

La crítica del liberal-conservadorismo que al menos, implícitamente es también una crítica del “putinismo”, unifica a los representantes del movimiento “nacional-patriótico” de los noventa (desde Alexander Dugin a Dmitri Rogozin) y, de modo más interesante, los comentaristas más jóvenes y los analistas anteriores de la persuasión liberal como Konstantin Krylov, Mikhail Remizov y Yegor Holmogorov, quienes buscaban articular una visión mundial conservadora que sea más creativa y pluralista que la abrazada por la “izquierda patriótica” del Partido Comunista ruso, más heterogénea que la síntesis liberal-conservadora.

Estas visiones, articuladas desde 1999, en publicaciones virtuales de Internet (fundamentalmente, “*The Russian Journal*”) y cierta prensa marginal como *Spetsnaz Rossii* y *Zavtra*, entre otros, ingresaron al centro del discurso político en el año 2003, en un intento abortivo de

lanzar el principal periódico nacional de influencia conservadora, llamado *Konservator* (Prozorov, 2004 :29).

La historia del semanario *Konservator* es simbólica porque fue fundado sobre las ruinas de *Obshaya Gazeta*, un famoso semanario “democrático”, liderado por Yegor Yakovlev, una figura prominente del movimiento de la *Perestroika* gorbachoviana.

En el año 2002, Yakovlev vendió el periódico a un joven empresario Viatcheslav Leibman, quien pronto lo cerró y formó un nuevo equipo de periodistas, reuniéndolos bajo el nombre de *Konservator*, prometiendo una alternativa clara al liberalismo ya impopular de los noventa. No obstante, el nuevo equipo editorial, liderado por Alexander Timofeevsky, todavía conservaba su visión abiertamente liberal, por lo que fue reemplazado en la conducción por Dimitri Olshansky, un anterior crítico de arte en *Segodnya*, un periódico pro-occidentalista, cuyo propietario era el oligarca, hoy exiliado en Londres, Vladimir Gusinsky. *Konservator* fue cerrado finalmente, por razones económicas, a fines de 2003 (Prozorov, 2004 :29).

Como una figura prominente del pensamiento conservador, Mikhail Remizov comenzó con una reconstrucción epistémica del concepto de conservadorismo en términos de “particularismo empático”, una disposición intelectual que es diametralmente opuesta a la crítica izquierdista de la ideología. Mientras el último “approach” condena los reclamos universalistas de la ideología, siendo condicionadas por constelaciones particulares de intereses, el conservadorismo le quita valor a ese particularismo, manifestando y valorizándolo en su propia auto-presentación y critica aquellos reclamos de universalismo, tildándolos de “mal gusto”, un rechazo hipócrita o cobarde de practicar el discurso político o filosófico en primera persona (Prozorov, 2004 :30).

En otras palabras, para un conservador, el status particularista histórica y políticamente condicionado de una idea, es su criterio de verdad: un argumento que no es espacio-temporal ni contextualmente enmarcado, es *ipso facto* relegable. Aún cuando un conocimiento

puramente universal e incondicionado fuera posible, estaría literalmente fuera de lugar y no podría contar. El conservadorismo es así definido, epistemológicamente, como la apología del prejuicio, el cual acepta el pluralismo de todas las culturas y modos de conocimiento excepto aquellos que pretenden ser universales, descontextualizados o multiculturales (Prozorov, 2004 :30) ¹¹⁹.

Considerando la convergencia entre Estados Unidos y Rusia, compartiendo el discurso antiterrorista post setiembre de 2001, Remizov lo veía como una paradójica combinación de miedo con despolitización total, la suma de imágenes monstruosas y amenazas fantasmales, que tienen lugar, debido al “reconocimiento existencial” del enemigo. Además, ésta es la disposición que, precisamente, de acuerdo a Remizov, genera terrorismo: al ritmo de argumentos socialistas o humanistas, que encuentran las causas o raíces del terror, en la pobreza, la desigualdad o la falta de “educación cívica”, Remizov ve el terrorismo como una consecuencia de ofender al mundo, con la naturaleza humillante del orden global, con la combinación de poder económico y tecnológico y subvaloración antropológica (Prozorov, 2004 :53).

Así, el terrorismo objetiva menos las estructuras políticas y económicas del “orden mundial” que su impotente carrera antropológica del individuo occidental normalizado, el cual, según Remizov, oculta todos los atributos del “último hombre” nietzscheano, el nihilista pasivo. Cabría aquí repolitizar el “objeto” del terrorismo, sea Rusia u Occidente, el sujeto

119 En este tipo de pluralismo resuena el eco de la “complejidad floreciente”, tan central en el trabajo del filósofo del siglo XIX, Konstantin Leontiev, quien estaba opuesto a la distorsionada multiplicidad de culturas en el proyecto de la tolerancia universalizada, cuya celebración de la diversidad es hipócrita al expresar: “Debemos respetar nuestras diferencias, desde el momento en que somos iguales”. La apología del prejuicio es así irreductible al solipcismo de la verdad subjetiva de una posición individual pero es más que una disposición que acepta y valoriza la multiplicidad de posiciones irreconciliables sin presumir la posibilidad de su reconciliación a través de la comunicación universal o aún coexistencia pacífica en el proyecto liberal de la tolerancia multicultural: para Remizov, el multiculturalismo no es en sí mismo, una cultura y por lo tanto, no debiera ser tenido en cuenta. Desde esta postura, defendida además por Boris Mezhev, Konstantin Krylov y Artemiy Magun, entre otros, es tan criticable una Rusia vista o mirada sólo para los rusos como una Rusia sin rusos. Así, Putin mismo podía ser percibido como un Chubais aceptable o un comunista aceptable (Prozorov, 2004 :31).

soberano, con el objetivo de la defensa de su mundo de vida irreductiblemente particular, como opuesto a la gestión universalista para erradicar a aquel terrorismo. Precisamente, la celeridad de Putin por ingresar a la coalición “antiterrorista” occidental, se explica enteramente por el deseo de la “normalización” del orden mundial y el fortalecimiento de la despolitización doméstica, para el reconocimiento internacional del régimen de Putin como parte de la comunidad “liberal-democrática”(Prozorov, 2004 :55).

Mientras para los liberal-conservadores, el contexto antiterrorista era la “ventana de oportunidad” para Rusia por emprender un sendero de mayor rapidez y autonomía de integración con Occidente como un “imperio liberal”, para Remizov, aquél representa el síntoma de la crisis fundamental de lo que Occidente debiera liderar como el abandono del paradigma “integrationista” de la política exterior rusa.

Así, la única posibilidad de la victoria rusa por ejemplo, en la guerra contra el terrorismo, consiste en simplemente en salirse de dicha guerra, “matando a Occidente en sí mismo”. Es aquí donde la “izquierda-conservadora” se opone a las tendencias “integrationistas” en el régimen de Putin, en contraste con el intento liberal-conservador para realizar las tareas de integración en un gesto casi militar soberano. La “izquierda-conservadora” urge el rechazo de la noción de la “integración”, la salida de las alianzas occidentales y en la formulación de Remizov, “el abandono” a Occidente -como opuesto a prevalecer sobre él-.

Esta orientación genera una concepción de la guerra de Chechenia que es radicalmente diferente de la narrativa “terrorista internacional”, utilizada por la presidencia de Putin. *“Debemos reconocer que el problema checheno es un problema local o regional, ciertamente etnocriminal separatista: sólo puede ser resuelto y resuelto, por nosotros”. [...] Sólo esta posición en Chechenia puede ser de fuerza. En segundo lugar, debemos aclaramente afirmar que el complot de la lucha de la “comunidad global” con el “terrorismo global” no es la principal*

preocupación para nosotros. Sólo nosotros podemos evitar un colapso de Rusia en el conflicto interno de la civilización occidental”.

Mientras la guerra contra el terrorismo es literalmente interpretada por Remizov como un intento bizarro de luchar contra un miedo existencial, reconstituyendo al sujeto occidental como la primera y casi potencial, víctima, la guerra contra el *locus* particular del “separatismo etnocriminal”, ejemplifica un conflicto propiamente político, contra un enemigo identificable.

Recordando la discusión de Zizek, respecto a las sociedades occidentales contemporáneas, signadas por el culto de la “irresponsabilidad absoluta” y la transferencia de culpa, Remizov reitera su afirmación del “antiterrorismo” como la enfermedad convulsiva de las sociedades occidentales alienadas, la cual no debiera preocupar ni tener consecuencias para Rusia (Prozorov, 2004 :57).

La orientación de política exterior propuesta por la “izquierda conservadora” conduce a un perfil aislacionista activo, donde la aserción de la posibilidad de soberanía enfrentando los discursos de la globalización económica y el antiterrorismo globales, se convierte en un desafío existencial, llenando el *locus* dejado vacante por el significado anterior de “integración”. “La especificidad de la situación presente es tal que el rol y la identidad aparentemente locales, podrían adquirir un carácter directamente universal y humano en el mundo, en el que es imposible aún concebir un desafío más radical al globalismo que no sea nuestro “aislacionismo activo”, una experiencia “realpolitik” reticente de un Estado continental que prueba que la soberanía es posible de hecho”.

El mismo argumento fue esgrimido por Boris Mezhuev y Yegor Holmogorov, quienes, en el contexto de la discusión de la actitud rusa en la guerra de Irak, advertían contra dos rasgos de los rusos proliberales occidentalistas: a) la crítica de Occidente por su política de “*double standards*” que no tiene en cuenta los standards liberal-humanistas como tales (la posición izquierda liberal) y el entusiasta apoyo al excepcionalismo unilateral americano como el indicador de la vitalidad

política del liberalismo (la posición liberal-conservadora) (Prozorov, 2004 : 58).

Ciertamente, Holmogorov sugiere que el reconocimiento de la ubicuidad de “*double standards*” y despliegues hipócritas de argumentos normativos para propósitos ulteriores en Relaciones Internacionales deben implicar la limitación de la política exterior a la defensa activa del “interés nacional”, reducible a la aserción de soberanía. Una visión pesimista de las relaciones internacionales como guiada inherentemente por la confluencia del realismo y el idealismo en la búsqueda del poder, conduce al minimalismo de política exterior de “aislacionismo activo”, que es al mismo tiempo, ética y retóricamente maximalista en el que la aserción puramente formal de la posibilidad de soberanía es tamizada por el significado existencial (Prozorov, 2004 :58).

Adicionalmente a este pensamiento de la elite intelectual que acompañó a Putin, podemos observar algunas otras tendencias típicas rusas paradójicas, aunque haya que trasladarse al terreno lingüístico o literario. Las ideas occidentales parecen penetrar en la sociedad rusa rápidamente pero al mismo tiempo, antiguas tradiciones y pensamientos patrióticos rusos experimentan un cierto renacimiento, Tal vez, no exista ninguna contradicción en este argumento y semejantes actitudes y deseos se refuercen mutuamente.

Un número importante de semántica y vocabulario importado desde afuera del país, están conectados a la diseminación de una ideología de éxitos, consumo y entretenimiento. Tradicionalmente, en la cultura rusa, placer y éxito no han sido considerados como valores de vida fundamentales. Al mismo tiempo, el elevado status axiológico del éxito, la riqueza y la posibilidad del ocio y el entretenimiento, es frecuentemente asignado a la cultura occidental. En el discurso de aceptación del Premio de Literatura Aleksandr Solzhenitsyn en 2007, el académico ruso Zaliznyak, refiriéndose a una publicidad con el texto “Todo puede ser comprado”, comentó la expresión ‘*If you are bright, why are you poor?*’, rotulándola como la fórmula occidental, opuesta a los valores morales

tradicionales de Rusia. A los rusos les molesta no el éxito, sino obtenerlo a cualquier precio (Shmelev, 2012 :61).

Para los rusos, dada su experiencia de revoluciones, caos e ingeniería social utópica, la palabra “crisis” también se usa más pero ellos aprendieron a manejarla. Usan un lenguaje de entrelíneas, autocensura y bromas, heredadas de la época soviética, para manejar la antipatía contra su propia elite. Para ellos, Occidente aún atractivo, sigue siendo pernicioso, hostil y peligroso. El estilo ruso de pensar es polifónico y “mundo-céntrico” (las palabras encantan). El contacto emocional es muy importante para el ruso (Mustajoki, Protassova, 2012 :50).

Actualmente, desde la Lingüística, los Estudios Culturales y las Ciencias Sociales, se intenta evitar los estereotipos fáciles, los clichés, las verdades aceptadas respecto a la “rusianidad”, identificando los puntos de contacto o interacción que existen. Los propios rusos quieren ser aceptados como tales, aunque no con los ojos occidentales; una frase en idioma ruso, ilustra esta posición: *“Полюбите нас чёрненькими, беленькими нас всякий полюбит”* o *“Polyubite nas chernen’kimi, belen’kimi”* (“ámenos negros, alguien nos amará como blancos”) (Ryazanova Clarke, 2012).

Precisamente, en términos discursivos, desde Pedro El Grande, Rusia siempre estuvo abierta a la influencia occidental pero siempre le preocupó a la elite, la pureza de su lenguaje, aún cuando éste adquiere un tono más emocional que otros. También cobra decisiva importancia la influencia internacional a través de la importación de vocabulario.

Cabe subrayar que en la tradición lingüística rusa, las normas del lenguaje son establecidas por escritores autorizados. Este principio ha sido implementado en diccionarios durante años recientes, usando ejemplos de los trabajos de Pushkin, Tolstoi y Dostoievski, más allá de los textos contemporáneos. Hay también en la “sacrosanta” literatura rusa, un cada vez mayor uso de palabras importadas del inglés. Producto de ello, Viktor Pelevin y Sergueyeva o Robski o Minayeva, entre otros autores, han estudiado entre los años 2006 al 2008, la gradual introducción de

nuevas formas lingüísticas, adoptando el lenguaje de los medios o del lenguaje coloquial (Mustajoki, Protassova, 2012 :34-36).

En el ámbito de las relaciones internacionales. Como se ha visto en el Capítulo 3 acerca de la rusofobia norteamericana, también son muy relevantes las percepciones entre las diferentes sociedades. Por ejemplo, Robert Jervis estudió el impacto de las mismas en las decisiones gubernamentales en el período de la Guerra Fría, entre norteamericanos y soviéticos. Frente al uso del lenguaje, los rusos aparecen siempre enojados para los norteamericanos -el caso Khrushchev en la ONU es todo un símbolo al respecto- y a su vez, éstos hablan en un lenguaje que hace que los rusos los vean diferentes de cómo son (Andrews, 2012 :19).

Aún así, dichos estereotipos son relativos, dado que entre ambas sociedades han habido ciclos. Por ejemplo, durante la propia Guerra Fría, había cierta admiración mutua, si bien los norteamericanos llamaban a los rusos, “*rusky*”, despectivamente. Además, tanto las masas como la elite rechazan el idioma inglés (por temor o por siniestro), a pesar de que se habla cada vez más. Podría decirse que la era maccarthista fue la peor en relaciones mientras agudizó la distancia cultural y axiológica entre ambas sociedades. Con la llegada del *Sputnik* en 1957, sí cambió la percepción. Adicionalmente, en Estados Unidos, se decidió fuertemente impulsar el estudio del idioma ruso, aún cuando el pretexto fuera “conocer al enemigo”. Una nueva era de soviétización llegó en los ochenta con el acceso de Ronald Reagan al poder en Estados Unidos. Mientras que hoy, con Barack Obama, pareciera haber un nuevo período de confianza (Andrews, 2012 :21-22).

En la actualidad, el idioma inglés es de carácter global. Existe una abundante publicidad en dicha lengua en la propia Rusia, habiendo un creciente interés y número de cursos y profesores que lo enseñan. Pero téngase en cuenta que los rusos enfrentan otros problemas lingüísticos, por ejemplo, el de las minorías étnicas en regiones rusas. La actitud rusa frente al inglés es similar a la europea respecto al alemán: el idioma inglés es fundamental aún cuando se lamenta su existencia e impacto.

Ahora bien, cuál es el papel de Occidente respecto al imaginario y discurso rusos?

Ha servido como contraste a la unicidad de la identidad y cultura rusa, pero al mismo tiempo, ha nutrido a la sociedad rusa, con nuevas ideas y tendencias.

Así, durante centurias, la noción de Occidente ha ocupado un lugar especial en las narrativas públicas acerca del ser nacional ruso. Fue Occidente el que condujo a Pedro El Grande a embarcarse en su “gran embajada” después de lo cual implementó su interpretación de Occidente construyendo San Petersburgo, obligando a afeitar sus barbas a los cosacos, introduciendo la vestimenta europea y construyendo una flota naval al estilo holandés. También Occidente la referencia obligada que estuvo en la encrucijada del debate del siglo XIX entre occidentalistas y eslovófilos, impulsado por las “Letras Filosóficas” de Petr Chaadaev.

Precisamente, explorando la tradición antigua rusa, cabe subrayar que tanto Rusia como “lo ruso” no siempre fueron considerados fuera de Europa sino como una parte especial de ella. También la divisoria entre el Este y el Occidente, que parece adquirir un carácter natural, es sólo una creación de la Ilustración del siglo XVIII; antes, cuando la división era entre el norte europeo (los “bárbaros”) y el sur (griegos y romanos). Claramente, no sólo la modernidad es un proceso que se presenta diferenciadamente en la “periferia” respecto al “centro” de Europa, sino también de manera asincrónica (Oittinen, 2012 :70-71).

Cabe subrayar en clave postestructuralista, que en la historia de la formación de una identidad “occidental”, cobra enorme trascendencia, la manera en que como parte de ese proceso, se constituyó simbólicamente, durante los siglos XVIII y XIX, el espacio geográfico que le correspondía como propio.

En tal sentido, los europeos, particularmente, los franceses, fueron decisivos al definir por dónde pasaba la línea divisoria que separaba la franja oriental del Viejo Continente de la occidental. Lo que estaba en juego era la propia inclusión o no de Rusia en dicha geografía

européa, mientras paradójicamente, se incluía en “Occidente” a Estados Unidos. Mientras a una se la excluía por ser sinónimo de barbarie, atraso, tradicionalismo, despotismo y servidumbre, a la otra se la integraba por su carácter civilizatorio democrático liberal. La imagen del paralelo Estados Unidos-Rusia, popularizado por Alexis de Tocqueville con su “La democracia en América” en 1835, sirvió para consolidar el sentido común de la imaginación geográfica, que se terminó de ratificar durante la Guerra Fría en el siglo XX (Adamovsky, 2009 :18)¹²⁰.

Para el escritor Petr Chaadaev, la vida en Rusia tiene un sentido de carácter efímero. Rusia está fuera de las leyes de la humanidad y de lo universal; no hay “*intelligentzia*”, no hay tradición, ni herencia, no hay fase juvenil y ex post, madurez, aunque hay sí puede verificarse mucha fermentación caótica y el enorme peso de la Iglesia Ortodoxa (un cristianismo de la “miserable” Bizancio), que bloquea todo cambio social.

Si bien dicho pensador estaba a favor de la religión, consideraba que sin renovación profunda de la sociedad civil rusa, no habría salida. A veces antes de su muerte, tenía un tenue optimismo porque consideraba que Rusia era una “hoja en blanco”, en la que la historia puede escribirse.

En los últimos años de Chaadaev y segunda mitad del siglo XIX, Rusia empieza a verse a sí misma, en el mapa global, en proporciones cada vez más grandes y hasta gigantescas. Además, se advierte la influencia romántica de autores franceses antirrevolucionarios como Bonald, Lamennais y De Maistre (Ryazanova Clarke, 2012)

En ese contexto, surge el “eslavofilismo” (luego, lo llamaremos eurasianismo), el cual no debe ser confundido con otros movimientos conservadores o nacionalistas como el paneslavismo o el

120 Algunos europeos que viajaron y hasta vivieron en Rusia, advirtieron con sorpresa, ciertas características o rasgos de los rusos, que les llamaron la atención. El francés Diderot por ejemplo, en el siglo XVIII, antes de la Revolución Francesa y durante el mandato de la Zarina despótica pero modernizante, Catalina II La Grande y, el Marqués de Custine, fueron viajeros franceses, muy críticos de los rusos. Pero también los rebeldes decembristas de 1825, oficiales rusos que habían conocido la Francia postbonapartista y se habían quedado deslumbrados con la vivencia de la libertad de los franceses, tan diferente a la vida rusa, habían sido influidos por aquella tensión entre modernidad y tradición. Los Zares rusos solían creer que el ejercicio de la libertad civil conllevaba necesariamente caos (Oittinen, 2012 :72).

“pochvennichestvo” de Dostoievski, para no mencionar el chauvinismo de la Gran Rusia. Entre 1830 y 1860, el eslavofilismo precedió con sus utopías a las reformas modernizantes de Alejandro II. Pero sus representantes quisieron siempre tomar distancia de la racionalidad occidental porque para ellos y muchos otros, la rusianidad es otra forma de racionalidad diferente, en sí misma, a la occidental. Esto tratamos de explicar en esta Tesis: entender a Rusia con sus propias lentes, para, de esa manera, interpretar su política exterior más reciente.

Conclusiones

En los cinco capítulos anteriores, hemos descrito la evolución del pensamiento de la elite rusa postsoviética, respecto a su cultura estratégica y ejecución de política exterior. A través del neorrealismo. El constructivismo y el postestructuralismo, en una especie de mixtura ecléctica, se ha rastreado, a partir de los discursos, conceptos y documentos oficiales, el proceso de construcción de la cultura estratégica rusa y sus cambios en un contexto de ciertas continuidades. El complejo entramado de relaciones exteriores mostraría que la Rusia postsoviética, bajo Yeltsin-Putin-Medvedev, se ha conducido de un modo concertacionista y cooperativo, sin alentar mayormente pretensiones hegemónicas o confrontativas.

Esta dinámica siguió la evolución del consenso societal. En un país con una larga tradición estatista, dicho Estado, a punto de la disgregación a inicios de los noventa, pudo una vez más, demostrar su fortaleza respecto a sus relaciones con la sociedad civil.

En esta Tesis, también pudieron comprobarse las percepciones de quienes toman decisiones y el grado de cohesión de las elites. La capacidad estatal para movilizar a la opinión pública “desde arriba”, manipulando la dinámica identitaria nacional, como hemos visto con cuestiones como la guerra contra el terrorismo checheno, la mayor autoestima militar, el cambio en fechas patrias y símbolos nacionales como el himno, también fue valorada a lo largo de la presente investigación. Los documentos oficiales como los discursos de un líder predominante, directivo y pragmático como Putin, cobraron una singular relevancia a la hora de aumentar tal capacidad gubernamental. La autopercepción de la sociedad rusa, cambió a partir de la emergencia de ese nuevo liderazgo político.

Realizando una evaluación de la política exterior de Putin o el “Pragmatismo de la Gran Potencia”, habiendo reemplazado los dos objetivos de la era Primakov o el “Balance de la Gran Potencia” (mundo multipolar e integración postsoviética), por modos más pragmáticos de

inserción, además de más acordes a los intereses de las elites o grupos identitarios rusos, puede afirmarse que tal proyecto se fue acomodando a comprometerse con Occidente en un nuevo esquema de poder global. Esta estrategia tiene su similitud con la de Gorbachov y su “Nuevo Pensamiento”, quien también poseía un diagnóstico de crisis de la civilización humana, la cual resultaba de la carrera armamentista, la pobreza y la destrucción ambiental.

Putin vio el gran problema de la amenaza global del terrorismo y como aquél, consideraba válido cooperar con Occidente en la búsqueda de soluciones cooperativas a este tipo de problemas globales, aún preservando los intereses nacionales rusos: para Gorbachov, los “valores socialistas”; para Putin, la idea de “Gran Potencia”. Los resultados fueron diferentes porque mientras Gorbachov perdió su batalla, Putin demostró que ha aprendido a manejar inteligentemente las concesiones que podría otorgar a Occidente en aras de tales finalidades universalistas.

Si se dimensiona de modo contextualizado y en perspectiva, la ejecución de dicha política exterior y su consenso, con cierta continuidad evolutiva desde la creación de la Federación Rusa como Estado multinacional y post-imperial, la transformación es extraordinaria y llama la atención el carácter pacífico con el que se llevó a cabo.

Si profundizamos este punto por un instante, puede reflexionar el lector acerca de la magnitud de los acontecimientos que precedieron a la era Putin. Apenas nueve años antes de su ascenso al poder, había desaparecido el Imperio soviético, del cual, el propio Putin había sido, aunque de rango medio y joven aún, protagonista, al menos, burocrático (KGB y residencia en Alemania Oriental). La caída de tal Imperio, superpotencia nuclear, con una gran densidad e influencia ideológica, supone un hecho histórico de enorme trascendencia mundial que podría haber desembocado en un caos de infinitas consecuencias, pero que sin embargo, se produjo de manera no violenta.

El fin de la URSS en realidad, fue una “implosión” o explosión hacia adentro, que se tradujo en la fuga de los Estados nacionales, otrora

satélites, que uno tras otro, fueron abandonando el “hogar común” para adoptar sus propios destinos. En algunos de ellos, este proceso se vio de modo violento, como en la ex Yugoslavia e incluso en algunas regiones de la propia Rusia, pero en general, también este fenómeno no adquirió la radicalización que podría haberse esperado de tal situación límite o crítica de desintegración y reacomodamiento.

Rusia vivió este proceso de manera particular. Por un lado, debió ella misma, como Estado, resignar su posición de liderazgo internacional, siendo la “heredera” principal de la ex URSS, pero al mismo tiempo, debió “desovietizarse”, es decir, reemplazar la vieja identidad por otra, de carácter nacional y en un contexto multinacional, que aún sobrevive y se potenciará. Por el otro, debió afrontar desafíos múltiples de transición: la política (hacia una democracia liberal), la económica (hacia el mercado libre o capitalismo) y la estatal (hacia el federalismo interior y hacia la convivencia pacífica con sus vecinos y el mundo).

Todo ello lo hizo sin una “hoja de ruta” posible y, con liderazgos y elites, que se habían formado y socializado en la era soviética, con una sociedad civil históricamente, pasiva, irresponsable y sometida al poder político omnímodo: en ambos casos, ambos actores permanecieron inalterables ante el nuevo proceso. A ello, debe sumarse un aditamento especial, de carácter psicológico, que tiene vinculación con el trauma o *shock* que supone para toda esa población rusa, verse en 1992, súbitamente asomada al abismo colectivo y personal, abatida moralmente, descreída de toda metanarrativa pero sobre todo, humillada por la derrota (no militar) en la Guerra Fría y a merced del archirrival histórico, debiendo asumir como propios, sus valores e instituciones, sin ningún antecedente histórico que los justificase en las viejas tierras de los Zares y los bolcheviques.

Durante el yeltsinismo, todo el proceso descrito fue tremendamente problemático, dificultoso, azaroso, en más de una ocasión, al borde de una ruptura institucional y hasta guerra civil (recuérdese octubre de 1993), pero finalmente, el líder de Sverdlovsk pudo sobrevivir en todo sentido y

llegar al final de sus dos mandatos. En el interín, las concesiones a los poderes fácticos fueron notorias y esto impidió que Rusia tomara el mismo camino de República Checa, Polonia, Hungría y otros países de Europa del Este o los propios Estados Bálticos, respecto a sus transiciones y su inserción en la UE.

Ciertamente, Rusia no es una democracia liberal occidental, tiene un capitalismo estatal (procurador de rentas) o “*crony capitalism*” y un federalismo bastante menguado, con una elite continuista que ha reforzado los controles sobre la sociedad civil, sin intentar abrir el juego institucional y mucho menos, siquiera, permitir un proceso de “lustración” al estilo checo o polaco o báltico, castigando y excluyendo a los actores de inteligencia y miembros del aparato represivo de la era soviética. Por el contrario, son ellos junto a los oligarcas, quienes hoy gobiernan y dirigen al Estado ruso y las principales empresas del mercado.

Pero al mismo tiempo, sin pretender justificar axiológicamente el presente y el destino de la democracia rusa, no puede soslayarse que se partieron de ubicaciones geográficas, responsabilidades civiles, trayectorias históricas y culturas políticas, totalmente diferentes, con liderazgos que adoptaron senderos institucionales diferentes. Aún así, la Rusia pre-Putin, al igual que la posterior, tampoco exenta de problemas y roces, continuó por el camino de su reinserción internacional, apostando por la cooperación y desechando el desafío o la confrontación.

En términos concretos, para ser elocuentemente gráficos, esa Rusia de los noventa, aceptó que Estados muy ligados culturalmente, como Ucrania y Bielorrusia se independizaran de Moscú y hasta discutieran o negociaran el equilibrio militar; los centroasiáticos accedieran a tener bases norteamericanas en su seno territorial; que Europa del Este mirase hacia la UE y la OTAN, desconfiando de las apetencias geopolíticas de una debilitada Rusia; los Estados bálticos no sólo se desinteresaran de la CEI sino que hasta combatieran la rusificación de la lengua. Rusia no enfrentó tales desafíos en su propio espacio postsoviético, aún creyendo

ingenuamente que Occidente reconocía que la Guerra Fría había culminado con un empate, un desatino mayúsculo de los líderes rusos.

El azar también jugó su carta. Al igual que en la era Brezhnev, hoy recordado por los rusos, como el período de mayor holgura, estabilidad económica y crecimiento de la clase media soviética, a lo largo de generaciones enteras, el aumento en el precio de las “*commodities*” como el petróleo y el gas, así como perjudicaron -por su baja- a la era Gorbachov, beneficiaron al período putinista, inaugurado a fines de 1999.

En efecto, la suba de precios de la energía le ha permitido a Rusia recuperarse rápidamente, por ejemplo, de la crisis financiera del '98. El nuevo liderazgo político de Putin abrió nuevas posibilidades globales, como en la Cumbre energética de Houston, donde Rusia forjó una suba de ventas de “*commodities*” de la energía hacia Estados Unidos y trabó una poderosa alianza con el gigante británico British Petroleum (BP). Lo mismo ocurrió con Arabia Saudita: Rusia aumentó su producción, empezó a competir palmo a palmo con dicho país pero también generó alianzas de inversiones con el mismo.

Rusia también ganó en autonomía. Las obligaciones de deuda fueron pagadas y Rusia ya no necesitó tanto del crédito externo. Los compromisos con Occidente pasaron a ser la energía y el contraterrorismo. La opinión pública pasó a relativizar la dependencia de Occidente para que Rusia se transforme en un país desarrollado. La mirada hacia adentro, particularmente, la propia modernización, era condición previa, al desarrollo de vínculos más sólidos con Occidente.

Desde el punto de vista de la seguridad, en la Afganistán ocupada por la OTAN, Rusia apoyó a la Alianza del Norte antitalibán, por razones estratégicas, ya antes de la llegada norteamericana. También, en el mismo marco de la lucha antiterrorista global, el posicionamiento en el Asia Central, servía a tales objetivos. Sin embargo, en el plano interno, en la propia Chechenia, la situación fue mucho más complicada porque la amenaza terrorista lejos estuvo de ser eliminada a pesar de todos los

esfuerzos estatales del Kremlin e incluso, se expandió hacia territorios vecinos.

Precisamente, entendiendo el plano de la discusión de la cultura estratégica y su nexos con la política exterior rusa, para proyectar tal vez, las variantes que posee el putinismo a la hora de repensar alternativas de política y apoyos domésticos a las mismas, en el presente Cuadro, puede observarse la caracterización sintética de las cuatro visiones del mundo y el “interés nacional” ruso a lo largo de las últimas décadas, que se ha pretendido describir a lo largo de esta Tesis.

Cuadro Número 3:

	Percepción del Mundo	Interés Nacional
Gorbachov	Crisis de la Guerra Fría	“Nuevo Pensamiento” y diálogo intercultural
Yeltsin-Kozyrev	Dominación institucional de Occidente	Integración con Occidente
Primakov	Hegemonía del poder norteamericano	Balance contrario a Estados Unidos
Putin	Terrorismo y competencia económica	Cooperación pragmática con Occidente

Fuente: Tsygankov, 2006 :171.

Entendiendo el proceso de formación o construcción del “interés nacional”, en este caso, de Rusia, resulta claro que dicha visión de “interés nacional” se forja a partir de la interacción rusa con el mundo y en tal sentido, las opciones estratégicas de política exterior pueden ser vistas como reacciones a la conducta de las potencias occidentales. Al menos, desde Pedro El Grande, Occidente ha jugado un rol especial en el desarrollo ruso y gran parte de la conducta internacional del país han significado esfuerzos del “Nosotros” Rusia para ganar reconocimiento a un significativo “Otro”. Las acciones occidentales son respondidas a nivel doméstico y en dicho marco, las condiciones locales no son menos importantes para la construcción de una visión dominante de la identidad nacional y la política exterior. Concretamente, tres factores locales, como tradición nacional, preocupaciones corrientes y capacidad estatal, singularizan, más que distorsionan, los mecanismos generales causales de la formación del “interés nacional”.

En el caso de Gorbachov, su “Nuevo Pensamiento” tuvo su origen en las hostilidades de la Guerra Fría y las oportunidades no realizadas en el breve período de la *detente*. En contraste con el énfasis realista del desarrollo económico y militar de Occidente, Gorbachov respondió con ideas socialdemócratas europeas de *detente* y la tradición socialista reformista doméstica, sustentada en Lenin, Bukharin y Khrushchev.

Su visión poseía también contenidos propios de los occidentalistas pero también de los civilizacionistas y estatistas. Pero tarde o temprano, estos sectores lo atacaron al fracasar en la realización de sus promesas de mejora de la calidad de vida de la sociedad soviética. La percepción social era la de una elevada y creciente desintegración del sistema y una pérdida de control por parte de Gorbachov. Los occidentalistas fueron ganando terreno con Yeltsin a la cabeza. Además, éste gozaba de una legitimidad popular que le otorgó credenciales válidas ante Occidente ante el propio Gorbachov, quien carecía de ellas. Finalmente, empezó a consolidar su apoyo de Occidente cuando sugirió que sólo se saldría de la situación económica desesperante en que había sumergido la *Perestroika* a Rusia, sólo con ayuda financiera occidental y reformas de mayor magnitud a las gorbachovianas.

Mientras Gorbachov decaía, Yeltsin crecía merced a tres factores: el apoyo creciente de Occidente por las razones antes apuntadas; la creciente preocupación y angustia de la sociedad civil rusa por su futuro, en contraste con la percepción de triunfo en la Guerra Fría, por parte de Occidente, lo cual le restaba apoyo persistente a las promesas de la *Perestroika* y, finalmente, la capacidad estatal cada vez más deteriorada para controlar la situación que desencadenó el golpe comunista conservador de agosto de 1991 y que catapultó y legitimó definitivamente a los sectores occidentalistas.

Pero éstos también conformaban una coalición heterogénea y con sustento político precario. Pragmáticos ex comunistas como Yeltsin o liberales idealistas como Kozyrev y Gaidar, convivían enfrentados a

sectores poderosos, que fueron marginados, como los militares industrialistas, el Ejército y las fuerzas de seguridad.

Por lo tanto, al poco tiempo de aplicarse, la política exterior occidentalista tuvo importantes ataques por parte de los estatistas y los conservadores civilizacionistas, que sacaron ventaja del cambio de posición de Occidente. Este "Otro", tras su ayuda financiera, fue reticente a integrar a Rusia en el sistema internacional y también potenció la ampliación de la OTAN, descartando tanto, desmilitarizarla, como era el deseo del Kremlin o incorporar a Rusia como miembro. Todo ello le restó apoyo interno al oficialismo y le permitió a la oposición, cuestionar a los reformistas, ya sin apoyo externo valedero.

Otros factores también contribuyeron al descenso político de los sectores occidentalistas. Primero, el atractivo vigente de las ideas estatistas en política exterior. Obviamente, el peligro de la desintegración nacional y las amenazas separatistas al estilo Chechenia, así como la macroeconomía convulsionada, jugaron a favor de los opositores. Pero también lo hizo el argumento típicamente ruso, incrédulo de la convergencia entre orden y libertad. La pérdida de prestigio internacional, la pobreza, el crimen organizado, la corrupción fueron asociadas una vez más a la democracia occidental que pretendían "imponer" los reformistas en Rusia. Asimismo, las instituciones políticas paradójicamente, estaban en manos de los sectores reaccionarios. La Duma, los medios, ONGs, inclusive algunas oficinas gubernamentales como el Consejo de Seguridad de Rusia, eran controlados por la oposición que jaqueaba a los reformistas. Estos, acorralados y sin apoyo occidental, terminaron por caer.

Como Gorbachov antes, Yeltsin y Kozyrev reconocieron totalmente la naturaleza rupturista -para la tradición soviética- de sus relaciones con Occidente, refiriéndose a ellas, como una revolución en cooperación entre los Estados dentro de la civilización occidental. No obstante ello, a diferencia de Gorbachov, ellos pretendían estar totalmente integrados en la civilización occidental. Mientras Gorbachov quería que se lo

reconocieran como un país con valores distintivos (socialismo), los nuevos líderes rusos equiparaban reconocimiento con integración y pérdida de la identidad distintiva del país. Donde Gorbachov veía diversidad y múltiples contribuciones al desarrollo mundial, los nuevos occidentalistas reconocían sólo el triunfo de una sola civilización, la occidental, sobre el resto del mundo.

En aquel momento, los líderes rusos hacían muy poca distinción entre Norteamérica y Europa, viéndolos a ellos, como firmemente unidos por valores comunes del mercado económico y el pluralismo político. Parecía así inevitable sacrificar la identidad rusa a la occidental, y el liderazgo no veía una tragedia en esto. Ciertamente, dicha pérdida de identidad era necesaria si se pretendía que Rusia se transforme en una nación occidental.

No hay razón alguna para dudar de la sinceridad de los líderes rusos, mientras que los intentos de presentarlos a ellos como cínicos calculadores de recompensas en intercambio a la lealtad retórica de Occidente, debiera ser altamente desechada. Sus consideraciones ideológicas utópicas eran las primeras en perfilar la percepción rusa del mundo. Los intereses racionales venían en un distante segundo lugar y reemergieron como un elemento motivacional clave de política exterior sólo en un estadio último. Es consistente con las creencias ideológicas occidentales que los líderes rusos pretendían hacer lo posible por ganar la membresía en las organizaciones internacionales occidentales y el apoyo a la agenda occidental en asuntos de seguridad internacional.

El Ministro de Asuntos Exteriores, Yevgueni Primakov, articuló la nueva visión de “Balance de la Gran Potencia”, e intentó ponerla en práctica. Occidente se mostraba mucho menos cooperativo, por aquel tiempo y, entonces, Primakov buscó en el plano interno, recortar el poder de los oligarcas y el mundo de las finanzas, influyendo sobre la política. En cambio, en el nivel internacional, intentó resituar a Rusia en su gravitación respecto a las ex repúblicas soviéticas, aunque a través de los ya conocidos subsidios. Todo esto generó rechazo por parte de los

occidentalistas, ahora sí relativamente amparados por el “Otro” Occidente, pero también de manera paradójica, por las elites rusas de negocios, que no vieron con buenos ojos, la restauración de los vínculos económicos de dependencia respecto a las ex repúblicas. Tampoco Primakov atrajo a los sectores nacionalistas que parecían en un principio, ser favorables a su política.

Con Putin ya instalado como Primer Ministro y luego, como Presidente, la situación tanto doméstica como internacional, cambió y el nuevo líder supo recoger los frutos. Generó el apoyo de los grupos desencantados con Primakov, como las elites empresarias y los servicios de seguridad, ex colegas suyos. El entorno internacional también se modificó: Rusia pasó a ser clave en el suministro energético pero también un aliado en la lucha contra el terrorismo.

Los factores domésticos también se acomodaron a las necesidades putinistas. Con un nacionalismo y estatismo similares al de Primakov, sin embargo, Putin logró dotarlos de una tradición más afín a Occidente, aunque al mismo tiempo, más “rusa”. Se granjeó el apoyo popular, al mejorar las condiciones económicas en general, producto de la suba de precios internacionales pero también una mejor administración que la de Yeltsin y el recorte del poder de los oligarcas. Los atentados en Nueva York, Madrid y Londres entre el 2001 y el 2004, convenció a los rusos, de que los atentados que ellos mismos habían sufrido antes, ahora penetraban en el mismo corazón occidental y por lo tanto, se sentían relativamente aliviados o, al menos, consolados, con su paralelo entre Chechenia y Al Qaeda.

Putin, recuperando el prestigio ruso, también supuso una restauración de la capacidad estatal, obligando a los oligarcas a pagar impuestos; efectuar la reforma militar con el fin de poseer un Ejército más dinámico, acorde a dicho nuevo poder y, finalmente, recomponer las relaciones con las regiones y los medios de comunicación, restableciendo al Estado federal como la institución central de gobierno.

De todos modos, en todo el proceso putinista, Occidente jugó un papel central en el apoyo al líder. Aunque éste no es un occidentalista, durante su mandato, Rusia y Occidente tuvieron una buena relación y pueden mejorarla aún más, si aumenta el nivel de comprensión mutua entre *policymakers* y líderes de la opinión pública, de ambas partes.

No será el único líder que busque o no entenderse más aún, con Occidente. Gorbachov y Kozyrev intentaron hacerlo, queriendo incorporar genuinamente a Rusia en el concierto de naciones occidentales desde una óptica esencialmente liberal, difundiendo la paz, la libertad y la justicia a nivel universal. Otros, como Primakov y Putin, evitando la confrontación con Occidente, buscaron reinsertar el poder ruso. Ellos desconfiaron de las motivaciones occidentales respecto a Rusia y entonces, quisieron recuperar el orgullo nacional y la independencia del Estado, otrora Imperio.

Cabe recordar que Rusia en estos últimos veinte años, ha debido enfrentar múltiples desafíos, incluyendo a su propia integridad: peligros de carreras armamentísticas; promesas de cooperación económica y hasta militar, por parte de Occidente; la expansión de la OTAN y amenazas de terrorismo global. Frente a tales oportunidades y amenazas, algunos líderes rusos pretendieron “acomodar su política a las realidades del mundo”, mientras otros imaginaron “reubicar al mundo de acuerdo a sus políticas”.

Cabe reconocer que el aislacionismo ha sido y es predicado por un sector de la población rusa y sus dirigentes, representando aproximadamente al 20 o 30 % de la misma sociedad. Esta es la franja electoral de los Partidos Comunista y Nacionalista en las elecciones presidenciales y parlamentarias de los noventa y la nueva centuria. Estos civilizacionistas de línea dura, que ven el mundo en términos binarios de “blanco o negro”, consideran que Rusia tiene la misión de oponerse a Occidente y sus valores, rechazando la participación multilateral. Sus sugerencias incluyen acciones militares, si es necesario en Estados como Georgia, Moldavia y Ucrania, fomentando el separatismo económico,

político y militar, como único camino para impedir la influencia norteamericana en la región.

Por otra parte, más allá del “Nuevo Pensamiento” gorbachoviano y “la integración a lo Kozyrev” con Occidente, pudieron relativamente fracasar, cabe reconocerles un gran mérito. También ellas son representativas de parte de la sociedad rusa. El apoyo popular a la primera, se basaba en la promesa de prevenir una guerra nuclear y reformar la economía militarizada, aceptando abrirla a Occidente. También se reconoce un vínculo cultural entre Rusia y su “Otro”, más allá de las “contradicciones irreconciliables” que pudieran existir entre los sistemas comunista y capitalista en determinado momento de la historia. El “Nuevo Pensamiento” fue aceptado también por ello: suponía también reabrir una ventana a Occidente.

Si bien la era Primakov no significó un retorno al aislacionismo, dado que él mismo había colaborado con Gorbachov en su “Nuevo Pensamiento”, su política exterior contenía algunos elementos de la vieja geopolítica clasista soviética o del realismo del siglo XIX. En busca de la mayor independencia y la construcción de un orden multipolar, abriendo vínculos con el mundo asiático y musulmán, podía suponerse que la condena a la OTAN era razonable. Pero intentar integrar el viejo espacio postsoviético con los subsidios del pasado o invitar al ex Tercer Mundo, a asumir posturas de balanceo antinorteamericano, no eran opciones prácticas, dadas las debilidades en las capacidades económicas y de seguridad rusas. Además, el compromiso mundial en un mundo crecientemente globalizado, no es una mera opción de política exterior: es un imperativo.

Sin embargo, existe un desafío adicional: el eurasianismo, al estilo del profesor Dugin. En realidad, se trata de un nuevo ropaje para la vieja proyección geopolítica de poder opuesta a Occidente, como si fuera un “juego de suma-cero”. No obstante que el eurasianismo puede resultar simpático a sectores nacionalistas de la sociedad rusa, ese carácter de

“juego de suma-cero” con Occidente le resta credibilidad pero también popularidad.

Rusia es -y seguirá siendo- una comunidad multicultural, multiétnica y multirreligiosa, que ha coexistido e interactuado con la región asiática y del Medio Oriente: ello le daría el carácter de euroasiática. Pero al mismo tiempo, la rica experiencia europea de Rusia también le otorga credenciales en tal sentido y forma parte de dicha identidad. En este mundo globalizado, Rusia y otras culturas enfrentan el desafío de la incorporación de partes de Occidente en su propia “fábrica” aunque sin perder su unicidad cultural. Rusia es Moscú y San Petersburgo, pero también es Kaliningrado, Krasnodar, Vladivostok y la Siberia.

En el caso del “Balance de la Gran Potencia” y el “Pragmatismo de la Gran Potencia”, allí quedó demostrado una mayor sensibilidad a la tradición nacional en la búsqueda de un sendero a la globalización. Una línea más independiente como quedó demostrado en los casos de la ex Yugoslavia, Irak y el ex espacio soviético, una mayor defensa del “interés nacional” y el mantenimiento del diálogo con Occidente, demuestran cómo una política exterior que combine creativamente, imperativos nacionales y globales, puede resultar exitosa.

Respecto a Occidente, puede afirmarse que si bien, Rusia es suficientemente grande y poderosa, en términos de un vasto territorio, enormes recursos naturales y capacidades militares además de un peso político y diplomático en el mundo, que le permiten cierto margen de maniobra en el mundo, para limitar la influencia de aquél, también es cierto que permanece y lo seguirá siendo, el “Otro”.

Desde el punto de vista discursivo, la política exterior de Putin-Medvedev es "multivectorial" y se dirige tanto hacia Asia como hacia la región euroatlántica sin que prime un área geográfica o grupo de países sobre otros. Sin embargo, en la práctica, la atención paralela a Europa y Asia implica necesariamente una orientación prioritaria hacia los Estados Unidos, única potencia con la que Rusia se encuentra en ambos escenarios. Esta tendencia, vigente ya durante la época soviética -las

relaciones entre las dos superpotencias constituían la base del orden internacional-, se adapta, además, a un rasgo singular de los sucesivos regímenes ruso-soviéticos, marcados por un elevado personalismo. Paradójicamente, a las autoridades rusas les resulta más fácil tratar con una potencia exterior "personalizable", los Estados Unidos, que con un interlocutor abstracto, como puede serlo la UE.

Pareciera que en términos económicos, la "nueva Rusia" privilegiara la relación con Occidente, excepto en el espacio postsoviético, donde está dispuesta a evitar cualquier deslizamiento de las ex Repúblicas hacia el Oeste. Esto supone un comportamiento del Estado ruso, aceptando las reglas de juego de la globalización por un lado, pero al mismo tiempo, tratando de preservar o ampliar su rol geopolítico en la región que históricamente ocupa desde el tiempo de los Zares.

Queda aún por definir si este perfil analizado de política exterior, sólo persigue imponer un nuevo *status* de respeto y mayor autoestima o si, busca recrear condiciones de agresividad neoimperial, que justifiquen un mayor control social interno en el largo plazo. Para algunos sectores, el actual, es un momento que puede ser una vez más, juzgado como "bisagra": la Federación se erige en un país genuinamente democrático y confiable o en uno nostálgico de un pasado glorioso pero al mismo tiempo, hostil. Como en el pasado, esa opción binaria, nunca se concretó y lo cierto es que, con Putin, Rusia, como otros países emergentes, en la marea globalizadora, se está convirtiendo en un país "normal", pero

además intenta tener un rol de “Gran Potencia” a nivel global, sin confrontar con la estructura de poder internacional.

El inicio de la “era Obama”, con Estados Unidos más concentrados en problemáticas económicas internas y menos hostil a un mundo multipolar, que en la “era Bush (h)”, constituyó un incentivo para que el putinismo pudiera perseguir sus grandes objetivos de política exterior, consolidando ese estilo externo cooperativo –e interno securitizador-.

Al mismo tiempo, la inexorable marcha de la globalización, aún con sus dificultades, supone una mayor interdependencia entre los Estados y un menor peso del factor militar en las relaciones internacionales. Amenazas de menor rango y magnitud que la descartada guerra a escala global, como la proliferación de las armas de destrucción masiva; el terrorismo internacional; el crimen organizado; el extremismo religioso y las tensiones entre etnias; la corrupción; los conflictos regionales; la escasez de recursos naturales no renovables; los problemas demográficos; la pobreza global y los retos medioambientales, suponen la necesidad de conductas crecientemente cooperativas entre Moscú y Washington.

Se abren interrogantes en torno a que sólo ciertos quiebres o rupturas intraelite que pueden producirse en el seno de la coalición oficialista, podrían generar cambios de incierta resolución y destino, en esta dinámica tan compleja que pretendimos describir y analizar en el transcurso de las últimas dos décadas¹²¹.

121 En realidad, el apoyo de la especial coalición doméstica a Putin puede no necesariamente ser duradero. La causa Yukós contra el oligarca Khodorkovsky espantó a muchos occidentalistas. La reforma militar y la remoción de algunos generales, produjo cierta inquietud en las Fuerzas Armadas. Las violaciones a los derechos humanos en el seno del Ejército, preocupa a padres y madres de los conscriptos. La sociedad civil está alerta a estos problemas. Por ahora, todo se ve disimulado porque el putinismo es percibido al frente o controlando la situación pero la protesta y la reacción está latente. Adicional y paradójicamente, el logro de mayor autonomía estatal puede generar oposiciones internas crecientes y fuga de ciertos sectores que otrora apoyaban a Putin. Las tensiones soterradas entre Putin y Medvedev o con el propio ex Ministro de Finanzas, Alexei Kudrin, como antes con Pavlovsky, Ilarionov o el propio Surkov, hombre clave del régimen, recientemente despedido, son ejemplos de cierta debilidad intrínseca de la elite gobernante. Tampoco Putin, logró una amalgama cultural completa con la línea de política exterior definida. Las presiones eurasiáticas no han cesado y la elección ucraniana de 2004 probó el riesgo de separar esa tradición oriental de la cultural europea de cierto compromiso con las instituciones y la democracia.

Extrayendo lecciones de sus errores en el pasado, la elite rusa ha dirigido un Estado que es un actor de enorme influencia a nivel internacional y puede desempeñar un papel cooperativo, rescatando su especial identidad cultural, al haber preservado la integridad occidental y convivido con culturas como la asiática y la musulmana. Así, se halla en condiciones de sacar ventaja de su propio nicho en el mundo globalizado, aprovechando ser parte de esos flujos de capital, información y trabajo a los que hicimos referencia antes, pero requiriendo para ello, una considerable creatividad e imaginación nacional.

En el proceso de ajuste a los nuevos desafíos globales, descartando las opciones de política exterior como el aislacionismo o el neoimperialismo activo y, enfrentando las numerosas amenazas que presenta Rusia en el plano doméstico, en materia de terrorismo, proliferación de armas, conflictos étnicos y tráfico de drogas, Rusia cuenta con las ya mencionadas ventajas culturales pero también algunas institucionales como el aumento y fortalecimiento de sus capacidades estatales.

Esta Tesis, ha procurado describir los vínculos entre cultura estratégica rusa y su política exterior durante la era Putin, analizando el consenso societal y las percepciones respecto al escenario internacional. Tal vez, en el futuro, siguiendo con esta tendencia teórica, pueda profundizarse en las miradas o visiones de norteamericanos –como se intentó hacer aquí con la llamada “rusofobia”-, europeos y chinos, entre otros, en relación a los rusos. Seguramente, estas investigaciones ilustrarán más y mejor las imágenes y percepciones de estas naciones respecto a Rusia, contribuyendo de modo indirecto, a instalar temas de agenda cooperativa que consoliden un mundo más pacífico.

Bibliografía:

Libros:

AGAMBEN, Giorgio, 1993, *The coming community*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

ALLISON, Graham (1988), *La esencia de la decisión: análisis explicativo de la crisis de los misiles en Cuba*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.

ANDREWS, David R., 2012, "Attitudes toward the Russian and English languages in Russia and the United States: perceptions of self and the other", en ALAPURO, Risto, MUSTAJOKI, Arto, PESONEN, Peka, in *Understanding Russianness*, Routledge, New York.

BLANC ALTEMIR, Antonio, 2004, *La herencia soviética, La Comunidad de Estados Independientes y los problemas sucesorios*, Tecnos, Madrid.

BRIGHI, Elisabetta, HILL, Christopher Hill, 2008, "Implementation and behaviour", in SMITH, Steve, HADFIELD, Amelia, DUNNE, Tim, *Foreign Policy: Theories – Actors – Cases*, New York: Oxford University Press.

BUTLER, Judith, SPIVAK, Gayatri Chakravorty, 2009, *Quién le canta al Estado-Nación?, lenguaje, política, pertenencia*, Paidós, Buenos Aires.

CARLSNAES, Walter, 2008, "Actors, structures, and foreign policy analysis", in SMITH, Steve, HADFIELD, Amelia, DUNNE, Tim, *Foreign Policy: Theories – Actors – Cases*, New York: Oxford University Press.

DE HAAS, Marcel (2010), *Russia's Foreign Security Policy in the 21st Century, Putin, Medvedev and Beyond*, Routledge Contemporary Security Studies, Nueva York.

DERRIDA, Jacques, DUFOURMANTELLE, Anne, 2006, *La hospitalidad*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires.

DUFFIELD, John S. (1999), *World Power Forsaken: Political Culture, International Institutions, and German Security Policy after Unification* Stanford, CA: Stanford University Press.

FACON, Isabelle, "Putin, the army and military reform", en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIAINEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

GASSNER, Florian (2012), *Germany versus Russia: a Social History of the Divide between East and West*, The University of British Columbia, Vancouver, March.

GIRAUDO, María Eugenia, LOPEZ CANELLAS, Florencia, MERKE, Federico, MONTAL, Florencia, SFORZINI, Nicolás, 2006, *Teoría y metodología en el estudio de las Relaciones Internacionales*, IDICSO, USAL, Buenos Aires.

GOBLE, Paul, 1994, "Russia as a Eurasian Power: Moscow and the Post-Soviet Successor States", in SESTANOVICH, Stephen (ed.), *Rethinking Russia's National Interests*, Center for Strategic and International Studies, Washington DC.

GOLDMAN, Marshall I. 2008, *Petrostate, Putin, power and the New Russia*, Oxford University Press, New York.

GOLDSCHMIT, Marc, 2004, *Jacques Derrida, una introducción*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

GOTZ, Roland, "Russian economic security in a medium-term perspective", en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIANEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

HAAS, Peter M., 1992, *When Knowledge is Power: Three Models of Change in International Organization*, Berkeley, University of California.

HAUKKALA, Hiski, 2008, "A Norm-Maker or a Norm-Taker? The Changing Normative Parameters of Russia's Place in Europe", in HOPF, Ted, *Russian's European Choice*, Palgrave Macmillan, New York, Estados Unidos.

HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIANEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

HEDENSKOG, Jakob, "Filling 'the gap': Russian security policy towards Belarus, Ukraine and Moldova under Putin", en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIANEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

HILL, Christopher, 2003, *The Changing Politics of Foreign Policy*, Palgrave, London.

HUDSON, Valerie M., 2007, *Foreign policy analysis: classic and contemporary theory*, Lanham: Rowman & Littlefield Publishing.

HUNTINGTON, Samuel P., 1997, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

HUTSCHENREUTER, Alberto, 2011, *La política exterior rusa después de la Guerra Fría: humillación y reparación*, Areté Grupo Editor, Buenos Aires.

JONSSON, Lena, "Understanding Russian's foreign policy change: the cases of Central Asia and Irak", en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIAINEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

KENNAN, George (1991), *Las fuentes de la conducta soviética y otros escritos*, Grupo Editor Latinoamericano (GEL), Buenos Aires, Argentina.

KLOTZ, Audie, LYNCH, Cecelia (2007), *Strategies for Research in Constructivist International Relations*, M.E.Sharpe, New York.

KONONENKO, Vadim, "Boundaries of Sovereignty, Frontiers of Integration: Rethinking Conflict between Russia and the EU", in HOPF, Ted, *Russian's European Choice*, Palgrave Macmillan, New York, Estados Unidos.

KUBALKOVA, Vendulka, 2001, "The tale of two constructivisms at the Cold War's end", in KUBALKOVA, Vendulka, ed., *Foreign Policy in a Constructed World*, Armonk, New York, M.E.Sharpe.

LO, Bobo (2003), *Vladimir Putin and the evolution of Russian Foreign Policy*, The Royal Institute of International Affairs, Chatham House Papers, Blackwell Publishing, Londres.

LO, Bobo, SHEVTSOVA, Lilia, 2012, *A 21st Century Myth Authoritarian modernization in Russia and China*, Carnegie Moscow Center, Carnegie Endowment for International Peace, Moscow.

LOMAGIN, Nikita, "Forming a new security identity in modern Russia", en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIAINEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

LYOTARD, Jean Francois, 1993, *La condición postmoderna, Informe sobre el saber*, Planeta Agostini, Barcelona, página 44.

MANKOFF, Jeffrey (2009), *Russian Foreign Policy, The Return of Great Power Politics*, a Council on Foreign Relations Book, Roman & Littlefield Publishers, Inc., Lanham, Maryland.

MARTIN DE LA GUARDIA, Ricardo, PEREZ SANCHEZ, Guillermo A., 2010, *La Europa Báltica, De repúblicas soviéticas a la integración en la Unión Europea (2001-2004)*, Editorial Síntesis, Madrid.

MEDVEDEV, Sergei, “The Stalemate in EU-Russia relations, between Sovereignty and Europeanization”, in HOPF, Ted, *Russian’s European Choice*, Palgrave Macmillan, New York, Estados Unidos.

MELVILLE, Andrei (2005), “Foreign Policy Therapy a la Dr. Putin”, in MELVILLE, Andrei, SHAKLEINA, T. (eds.), *Russian Foreign Policy in Transition, Concepts and Realities*, CEU, Budapest-Nueva York.

MELVILLE, Andrei, SHAKLEINA, T. -eds.- (2005), *Russian Foreign Policy in Transition, Concepts and Realities*, CEU, Budapest-Nueva York.

MONAGHAN, Andrew (2013), “Putin’s Russia: shaping a grand strategy?”, in *International Affairs*, 89 :5, The Royal Institute of International Affairs, John Wiley & Sons, Oxford.

MONTES, Marcelo Omar, 2007, *La transición postcomunista en la Federación Rusa (1992-2004)*, Colección Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales, Maestría en Relaciones Internacionales, CEA, UNC, Editorial Advocatus, Córdoba.

MUSTAJOKI, Arto, PROTASSOVA, Ekaterina, 2012, “Russification of Western concepts: political will and crisis in a Russian way”, en ALAPURO, Risto, MUSTAJOKI, Arto, PESONEN, Peka, *Understanding Russianness*, Routledge, New York.

NEUMANN, Iver, “Russia’s standing as a Great Power (1494-1815)”, in HOPF, Ted, *Russian’s European Choice*, Palgrave Macmillan, New York, Estados Unidos.

NEUMANN, Iver, “Russia as a Great Power”, en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIANEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

OLDBERG, Ingmar, “Foreign policy priorities under Putin: a tour d’horizon”, en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIANEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

OITTINEN, Vesa, 2012, “Russian ‘otherness’: from Chaadaev to the present day”, in ALAPURO, Risto, MUSTAJOKI, Arto, PESONEN, Peka, *Understanding Russianness*, Routledge, New York.

POMERANIEC, Hinde, 2009, *Rusos, postales de la era Putin*, Colección Andanzas, Crónicas, Tusquets Editores, Buenos Aires.

PROZOROV, Serguei (2006), *Understanding conflict between Russia and the EU, The limits of integration*, Palgrave Mac Millan, Nueva York.

RYAZANOVA CLARKE, Lara, 2012, "The West in the construction of the Russianness", en ALAPURO, Risto, MUSTAJOKI, Arto, PESONEN, Peka, in *Understanding Russianness*, Routledge, New York.

RUIZ, Francisco J., 2012, Cultura estratégica y política de seguridad en la Federación Rusa, en MORALES HERNANDEZ, Javier, *Rusia en la sociedad internacional*, UNISCI, UCM, Madrid, España.

SALOMON GONZALEZ, Mónica, 2002, *La Teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones*, Fundación CIDOB.

SERGUNIN, Alexander, "Russian Foreign Policy Decision Making on Europe", in HOPF, Ted, *Russian's European Choice*, Palgrave Macmillan, New York, Estados Unidos.

SHAPIRO, Michael J., 1989, "Textualizing global politics", in DER DERIAN, James, SHAPIRO, Michael J., *International/Intertextual Relations, Postmodern Readings of World Politics*, Lexington Books, New York.

SHMELEV, Alexei, 2012, "A Russian view of Western concepts", en ALAPURO, Risto, MUSTAJOKI, Arto, PESONEN, Peka, *Understanding Russianness*, Routledge, New York.

SODUPE, Kepa, 2003, *La teoría de las relaciones internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco, Servicio Editorial, Bilbao, País Vasco, España.

TALBOTT, Strobe, 2003, *The Russia Hand: a Memoir of Presidential Diplomacy*, Random House, Nueva York.

TRUSCOTT, Peter, *Vladimir Putin, Líder de la nueva Rusia*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2005.

TSYGANKOV, Andrei P., 2006, [Russia's Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity](#), Lanham, Rowman and Littlefield Publishers, New York.

TSYGANKOV, Andrei P. (2009), *Russophobia, Anti-Russian lobby and American Foreign Policy*, Palgrave Mac Millan, Nueva York.

WAEVER, Ole, 1996, "The Rise and Fall of the Inter-Paradigm Debate", in SMITH, Steve, ZALEWSKI, Marysia, BOOTH, Ken (eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge University Press.

WALKER, R.B.J., 1988, "One World, Many Worlds: Struggles for a Just World Peace", Boulder, Lynne Rienner.

ZEHFUSS, Maja, 2002, *Constructivism in International Relations, The Politics of Reality*, Cambridge: Cambridge University Press.

ZUBELZU, Graciela (ed.), DER GHOUGHASSIAN, Khatchik, CUNEO, Miguel A., ORUE, Melina, 2007, *Sistemas políticos, revoluciones de colores y perspectivas, Los casos de Georgia, Ucrania y Kirguistán*, Grupo de Estudios Contemporáneos de Europa Oriental y la Comunidad de Estados Independientes, CARI, Buenos Aires, Argentina.

Tesis doctorales:

MORALES HERNANDEZ, Javier, 2009, *La política de seguridad de Rusia en el nuevo sistema internacional: concepciones de Yeltsin a Putin (1996-2004)*, tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España.

Artículos publicados en Journals, Working Papers y Ponencias en Congresos:

ADAMOVSKY, Ezequiel, 2009, "El paralelo Rusia/Estados Unidos en Francia y la formación de una identidad occidental: usos políticos tempranos, desde Le Trosne a Tocqueville y Beaumont", en *Prismas*, Revista de historia intelectual, Número 13, Buenos Aires.

ADLER, Emmanuel, 1997, "Seizing the middle ground: Constructivism in World Politics", in *European Journal of International Relations*, 3, pages 319-363.

ANGERMULLER, Johannes (2011), "The many voices of the post-liberal hegemony in Russia", in CHILTON, Paul, WODAK (editors), Ruth, *Journal of Language and Politics*.

ASHLEY, R., WALKER, R.B.J., 1990, "Speaking the Language of Exile: Dissident Thought in International Studies", in *International Studies Quarterly*, 34 :4.

BAKALOVA, Evgueniya (2013), *Between Imitation and Assertion: Russia's Normative Alternative to the Western Universalist Project*, paper presented at ISA Annual Convention, San Francisco.

BAKALOVA, Evgueniya (2012), "The War of the Wor(l)ds": (De-)Legitimation in Russia-EU Normative Competition", paper presented at UACES 2012, Passau, Germany, 3-5 September, 2012.

BAKALOVA, Evgueniya (2012), "Contesting the European Normative Project: Russia as a Norm- Taker, Norm-Breaker, Norm-Faker or Norm-Maker?", paper presented in "Crisis or Renewal in Europe(an Studies)?" UACES Student Forum, 13th Annual Research Conference, Institute for European Studies/University of Kent, Brussels, 18-19 June, 2012, Session 1 Panel A: "The EU and its Eastern Neighbors".

BAKALOVA, Evgueniya (2011), "Mutual Misunderstanding: Conceptual Misperceptions in Russia-EU Relations", paper presented in "New Frontiers in European Studies": UACES Student Forum 12th Annual Conference, University of Surrey, Guildford, 30 June – 1 July, 2011, Session 5 Panel A: "The EU as an International Actor: Great Powers and Conflict Resolution".

BANDLER, Donald K., KULHANEK, Jakub, 2009, August 5, "Fear of a weak Russia: if Moscow's failures continue, the world may soon become a much more dangerous place", in *Foreign Policy*.

BARLINZKA, Izabela, 2006, 14 de diciembre, "Hay una política común de la UE hacia Rusia?", Real Instituto Elcano, ARI 124/2006.

BASSIN, Mark, Eurasianism "Classical" and "neo": the lines of continuity (mimeo).

BELIKOW, Juan, 2005, "Existen un Estado y una Nación para los rusos?", ponencia presentada en el *II Simposio Electrónico Internacional "El nuevo mundo de la antigua Unión Soviética"*, CEID, Buenos Aires.

BUSSO, Anabella, PIGNATTA, María Eva, 2007, 6 al 9 de noviembre, "Políticas exteriores: enfoque comparativo aplicado a estudios de caso", en el VIII Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP.

BUSSO, ANABELLA ESTELA, 2008, febrero, "Estados Unidos y la Rusia de Putin: ni el regreso a la Guerra Fría ni la superación de las dudas históricas", en *"Una Guerra Fría? Conflicto y cooperación en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia"*, Segunda sesión pública del Instituto de Política Internacional, Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, celebrada el 16 de octubre de 2007, Talleres Gráficos Leograf.

CAROTHERS, Thomas, 2007, January, How democracies emerge: the "sequencing fallacy", in *Journal of Democracy, National Endowment for Democracy*, Volume 8, Number 1.

CASTELLANOS, Ricardo, 2001, "Putin: balance de un año de presidencia", en *Papeles del Este, Transiciones poscomunistas*, Universidad Complutense de Madrid, Número 2, en <http://www.ucm.es/bucm/cee/papeles>.

CASULA, Philipp, 2007, 12-15 September, "Changing discourses of national identity in East and West after Cold War", paper presented on the Section on *Cultural Plurality in IR Theory and IR Practice*, at the 6th Pan-European Conference on International Relations in Torino, Italy.

CENTRO LEVADA, 2009, *Russian public opinion annual*.

CHECKEL, Jeffrey T., 1998, January, "The constructivist turn in International Relations theory", in *World Politics, A Quarterly Journal of International Relations*, Volume 50, Number 2.

CIDOB, Anuario Internacional 2008, 2007, *Claves para interpretar la política exterior española y las relaciones internacionales en 2007, relaciones de la Unión Europea con la Federación Rusa*, en <http://www.cidob.org>. Consultado el 2/2/09.

CLAUDIN URONDO, Carmen, 2002, octubre-noviembre, "La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad", en *Revista CIDOB d'Àfers Internacionals*, Número 59, Barcelona.

COLACRAI, Myriam, 2010, marzo, "La construcción de la identidad chilena en el contexto de su creciente internacionalización. Entre el diseño de un Estado-comercialista que se inserta en el mundo y la impronta del Estado territorialista presente en sus relaciones vecinales", en *Relações Diplomáticas, Econômicas e de Segurança na América do Sul, Núcleo Brasileiro de Estratégia e Relações Internacionais (NERINT)*, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Brasil.

COLTON, Timothy J, SKACH, Cindy, 2005, "Semipresidencialismo en Rusia y en la Europa postcomunista: mejora o agravamiento de las posibilidades democráticas", *III Asamblea General del Club de Madrid*, Madrid, España.

DE ANDRES, Jesús, RUIZ, Rubén, 2008, mayo, "Y Putin encontró el camino, instituciones y régimen político en la Rusia del siglo XXI", *UNISCI Discussion Papers*, UCM, Número 17, Madrid.

DE HAAS, Marcel, 2005, February, "Putin's external and internal security policy", *Conflict Studies Research Centre*, Russian Series 05/05.

DER GHOUGHASSIAN, Khatchik, 2008, "Un fantasma recorre el Cáucaso: Osetia del Sur y la resurrección de la Guerra Fría", *Serie de Artículos y Testimonios Número 48*, CARI, Buenos Aires.

DIAMOND, Larry, 2002, April, "Thinking about hybrid regimes", in *Journal of Democracy*, National Endowment for Democracy, Volume 13, Number 2.

EDWARDS, John, KEMP, Jack, SESTANOVICH, Stephen, 2006, "Russia's wrong direction: what the United States can and should do", *Independent Task Force Report Number 57*, Council on Foreign Relations, New York.

EITELHUBER, Norbert (2009), "The Russian Bear: Russian Strategic Culture and What It Implies for the West", in *Connections, The Quarterly Journal*, Volume IX, Number 1.

EKMAN, Joakim, 2009, "Political participation and regime stability: a framework for analyzing hybrid regimes", in *International Political Science Review*, Volume 30, Number 1, IPSA, Sage.

ENIKOLOPOV, Ruben, PETROVA, Maria, ZHURAVSKAYA, Ekaterina, Media and political persuasion: evidence from Russia, *Working paper*, APSA, April 11, 2008.

FEARON, James D., "Domestic Politics, Foreign Policy and Theories of International Relations", in *Annual Review of Political Science*, 1: 289-313, 1998.

FELDMAN, David L., PAVLOVICH BLOKOV, Ivan, 2008, August 28-31, "Promoting an Environmental Civil Society: Politics, Policy and Russia's post 1991 experience", paper presented in *American Political Science Association Meeting*, Boston.

FERDINAND, Peter, 2007, "Sunset, sunrise: China and Russia construct a new relationship", in *International Affairs*, The Royal Institute of International Affairs, 83 :5.

FLORES JUBERIAS, Carlos, 2006, "El estado de los estudios sobre la Europa Oriental en España", ponencia presentada en el *V Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental*, Universitat de Valencia.

FROLOV, Vladimir, 2010, May 21, Russia Profile Weekly Experts Panel. *Russia's New Foreign Policy Doctrine*.

GOMART, Thomas (2007), "Union Europeene-Russia: de la stagnation a la depression, en *Revue de Marché Commun et de l' Union Europeene*, Numero 510, juillet-aout.

GRAHAM JR., Thomas, 2000, March 1, "Russia's foreign policy, Symposium at the Royal Defence College", *Carnegie Endowment for International Peace*.

GRAHAM JR., 2000, October 26, "US ignores Russia's elite at its own peril", *The Christian Science Monitor*.

GRAHAM JR, Thomas, 2009, "Resurgent Russia and U.S. Purposes, A Century Foundation Report", *The Century Foundation*.

GRAYSON, Kyle, 2003, March, "Democratic Peace Theory as Practice: (Re) Reading the Significance of Liberal Representations of War and Peace", YCISS Working Paper Number 22, York University..

GRIGORIAN, Richard, 2006, October, "Military buildup in the Caucasus adds to tensions", *End Note RFE/RL Newslines*, Vol. 10, n. 190, Part I.

HANSON, Philip, 2007, "The Russian economic puzzle, going forwards, backwards or sideways?", in *International Affairs*, The Royal Institute of International Affairs, Number 83, 5.

HASSNER, Pierre, 2008, April, "Russia's transition to autocracy", in *Journal of Democracy*, National Endowment for Democracy, Volume 19, Number 2.

HEMMENT, Julie, 2009, november-december, "Soviet Style neoliberalism? Nashi, Youth voluntarism and the restructuring of social welfare in Russia", in *Problems of Post-Communism*, volume 56, number 6.

HERRANZ SURRALLES, Anna, 2009, "Muchos mundos, muchas Europas: el postmodernismo en las Relaciones Internacionales y los Estudios Europeos", *Documentos CIDOB, Dinámicas interculturales*, Fundación CIDOB, Número 14, Barcelona.

HERMANN, Margaret, 2001, Verano, "How decision units shapes foreign policy: A theoretical framework", *International Studies Review*, Vol. 3, No. 2.

HERMANN, Margaret, HERMANN, Charles, 1999, December, "Who Makes Foreign Policy Decisions and How: An Empirical Inquiry", in *International Studies Quarterly*, Vol. 33, No. 4.

HERMANN, Margaret, PRESTON, Thomas, KORANY, Baghat, SHAW SOURCE Timothy M., 2001, Summer, "Who Leads Matters: The Effects of Powerful Individuals", *International Studies Review*, Vol. 3, No. 2.

HOPF, Ted, 2003, November, "Putin and Bush, Perfect Together Yet Russia's Alliance with Europe is Inevitable...Eventually", in *PONARS Policy Memo 300*, Ohio State University.

HILL, Fiona, 2004, "Russia's newly found "soft power", in *The Globalist*, August 26, <http://www.brookings.edu/views/articles/hillf/20040826.htm>

HUDSON, Valerie M., 2005, "Foreign Policy Analysis: Actor Specific Theory and the Ground of International Relations", in *Foreign Policy Analysis*, Volume 1, International Studies Association, Oxford, pages 1-30.

HUDSON, Valerie M., 2008, "The history and evolution of foreign policy analysis", in SMITH, Steve, HADFIELD, Amelia, DUNNE, Tim, *Foreign Policy: Theories – Actors – Cases*, New York: Oxford University Press.

HUSKEY, Eugene, 2013, April 19, "From Bishkek to Boston", in *Foreign Policy*.

INGELFORM, Claudio Sergio (2010), "¿Lealtad al Estado o al monarca? Los juramentos de fidelidad del siglo XVIII a la luz de la historia conceptual. El caso ruso", en *Prohistoria*, Año XIV, número 14, Rosario, Argentina.

INGELFORM, Claudio Sergio (2004), "Sobre el concepto de Estado en la historia rusa", en *Historia Contemporánea*, 28.

IMPOSTI, Florencia, 2006, 15 al 17 de julio, Rusia: anfitrión de la cumbre del G8, San Petersburgo.

JONES, Adam, 2002, Primavera, "El mundo y la guerra: entrevista con Kal Holsti", en *Revista ISTOR*, CIDE, Número 8, Año II, México, páginas 97-111.

KASSIANOVA, Alla, 2001, September, "Russia: Still Open to the West? Evolution of the State identity in the Foreign Policy and Security Discourse", in *Europe-Asia Studies*, Volume 53, Number 6, pages 821-839.

KAZANTZEV, Andrei (2008), "Russian Policy in Central Asia and the Caspian Sea Region", in *Europe-Asia Studies*, Vol. 20. № 6. August.

KRAMER, David J., 2009, July 7, "Sunshine policy: what Obama achieved –and didn't- in Moscow, in *Foreign Policy*.

KRASTEV, Iván (2005), "Post-Communist Think Tanks. Making and Facking Influence", Chapter 8, in KARKLINS, Rasma (editor), *The System made me do it, Corruption in Post- Communist Societies*, M.E.Sharpe Inc., Nueva York.

KRATOCHWIL, Petr, 2004, September 9-11, "The balance of threat reconsidered: construction of threat in contemporary Russia", paper presented at the *Fifth Pan-European Conference Netherlands*, The Hague, Netherland.

KRISHNA, Sankaran, 1993, "The importance of being ironic: a postcolonial view", in *Critical International Relations Theory, Review Essay, Alternatives* (18).

KRYSHTANOVSKAYA, Olga, 2008, "The Russian Elite in Transition", in *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, Routledge.

KUZIO, Taras, 2001, "Transition in Post-Communist States: Triple or Quadruple?", in *Politics*, Volume 21, 3.

LEDONNE, John P. (1994), "The Geopolitical Context of Russian Foreign Policy: 1700-1917", Hokkaido University.

LEGVOLD, Robert, 2001, September-October, "Russia's unformed foreign policy", in *Foreign Affairs*, Council on Foreign Relations (CFR), Volume 80, Number 5.

LISTRE, Arnoldo, 2008, febrero, "Una Guerra Fría? Conflicto y cooperación en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia", *Segunda sesión pública del Instituto de Política Internacional, Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Buenos Aires, celebrada el 16 de octubre de 2007, Talleres Gráficos Leograf.

LO, Bobo 2005, "Russia ant the West: problems and opportunities", *UNISCI Discussion Papers*, UCM, Madrid.

LYNCH, Dov, 2005, "The enemy is at the gate: Russia after Beslan", in *International Affairs*, 81.

LYNE, Roderic, TALBOTT, Strobe, WATANABE, Jogi, 2006, "Engaging With Russia. The Nex Phase", *The Trilateral Comission, The Triangle Papers*: 59, Washington, Paris, Tokio, p. 75.

MACFARLANE, Neil, 2006, "The "R" in BRICs: is Russia an emerging power?", in *International Affairs*, 82, Volume I, pages 41-57.

MAITRA, Sumantra (2014), Understanding Putin's Foreign and Economic Policy Correlation, in *The Nottingham Economic Review*, february.

MAKARYCHEV, Andrey S., 2008, February, "Rebranding Russia: Norms, Politics and Power", CEPS Working Document Number 283, *Centre for European Policy Studies*.

MAKARYCHEV, Andrey S., 2007, September 15, "Metaphors and Power : reinventing the grammar of Russian trans-border regionalism", paper presented at the *Sixth Pan-European Conference on International Studies*, Torino, Italy.

MANDEVILLE, Laure, 2004, «Printemps, Russie: retour en force dans l'ex Empire», *Politique Internationale (PI)*, Numéro 103, Paris, France.

MARCU, Silvia, 2007, 1 de diciembre, «La Geopolítica de la Rusia postsoviética: desintegración, renacimiento de una potencia y nuevas corrientes de pensamiento geopolítico», en *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona*, Volumen XI, número 253.

MC FAUL, Michael, PETROV, Nikolai, 2004, July, "What the elections tell us", in *Journal of Democracy*, National Endowment for Democracy (NED), Volume 15, Number 3.

MC FAUL, Timothy, 2007, May 17, "Russia: rebuilding the Iron Curtain", testimony before the *House Committee on Foreign Affairs*.

MC FAUL, Timothy, 2008, September 9, "U.S.-Russia relations in the aftermath of the Georgia crisis", *Congressional Testimony by Michael Mc Faul, Senior Associate of Carnegie Endowment for International Peace*, House Committee on Foreign Affairs, Washington DC.

MERKE, Federico, "Entre el 9/11 y el 11/9: debates y perspectivas sobre el cambio en las relaciones internacionales", Trabajo presentado ante el VI *Congreso de Ciencia Política, SAAP*, noviembre de 2003.

MERKE, Federico, 2007, "Identidad y política exterior en la Teoría de las Relaciones Internacionales", *IDICSO, USAL*, Buenos Aires.

MERKE, Federico, 2009, junio-diciembre, "Identidad y política exterior, la Argentina y Brasil en perspectiva histórica", en *Revista Sociedad Global, Revista de Relaciones Internacionales y Ciencias Políticas*, UAI, Volumen 2, Números 2-3, Buenos Aires.

MERKE, Federico, 2009, Invierno, "Identidades (in)válidas. El Uso del "Otro" en Política Exterior, en *Studia Politicae*, 18, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UCC, Córdoba.

MORALES HERNANDEZ, Javier, 2003, octubre, "Who rules Russia today? An analysis of Vladimir Putin and his political project" (I), in *UNISCI Papers*, UCM, Madrid.

MORALES HERNANDEZ, Javier, 2004, mayo, La "asociación estratégica" ruso-china: desafíos, oportunidades e implicancias para la seguridad regional, *UNISCI Discussion Papers*, UNISCI, Madrid, España.

MORALES HERNANDEZ, Javier, 2004, enero, "Who rules Russia today? An analysis of Vladimir Putin and his political project" (II), in *UNISCI Papers*, UCM, Madrid, España.

OKUNEVA, Ludmila, 2011, setiembre, entrevista formulada en el *ILA*, Moscú, Federación Rusa.

OSTROVSKY, Arkady, 2009, March-April, "Reversal of fortune", in *Foreign Policy*.

PATTOMAIKI, Heikki, PURSIANEN, Christer, 1998, "Western models and the Russian Idea: beyond inside/outside in the discourses on civil society", *UPI Working Paper 4*, NGID.

PERNI, Orietta, 2005, marzo, "El Congreso de la ISA: una instancia para la reflexión sobre el panorama teórico en las Relaciones Internacionales", *46vo. Congreso de la International Studies Association*, Honolulu, Hawaii.

POCOVI, Rolando, 2010, 30 de junio, entrevista electrónica realizada en Buenos Aires.

POULIOT, Vincent, Quaterly 2007, "Subjectivism: toward a Constructivist Methodology", in *International Studies*, 51.

PROZOROV, Sergei, 2004, "Russian conservatism in the Putin presidency: the dispersion of a hegemonic discourse", *DIIS Working Paper 20*, Danish Institute for International Affairs, Copenhagen, Denmark.

PROZOROV, Sergei, 2004, January, "Border regions and the politics of EU-Russian relations, The Role of the EU in Tempering and Producing Border Conflicts", *Working Papers Series in EU Border Conflicts Studies*, No. 3.

PROZOROV, Sergei, 2004, April, "The Russian Northwestern Federal District and the EU's Northern Dimension: The Emergence of a New Political Subject and its Implications for EU-Russian Regional Cooperation", paper presented at the *ECPR Joint Session of Workshops*, Workshop 19: "The European Union and Conflict Resolution", Uppsala, Sweden.

PROZOROV, Sergei, 2007, "The narratives of exclusion and self-exclusion in the Russian conflict discourse on EU-Russian Relations", in *Political Geography*, 26, Elsevier.

PROZOROV, Sergei, 2008, May, "Russian postcommunism and the end of history", in *Studies on East European Thought*, Springer Science.

PROZOROV, Sergei, 2010, "Ethos without nomos: the Russian-Georgian War and the post-Soviet state of exception", in *Ethics and Global Politics*, Volume 3, Number 4, pages 255-275.

PURSIAINEN, Christer, "Nuclear safety and environmental risks of north-west Russia: a source of cooperation and conflict", en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIAINEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

RISSE-KAPPEN, Thomas, 1991, July, "Public Opinion, Domestic Structures and Foreign Policy in Liberal Democracies", in *World Politics*, 43(4), 479-512.

ROSE, Gideon, 1998, October, "Neoclassical realism and theories of foreign policy", in *World Politics*, The Johns Hopkins University Press.

RYAZANOVA-CLARKE, L., 2008, "Putin's Nation: Discursive Construction of National Identity in Direct Line with the President", in *Slavica Helsingiensia*, Number 34, Department of Slavonic and Baltic Languages and Literatures, University of Helsinki, Finland.

SANCHEZ ANDRES, Antonio, 2008, 5 de junio, "Claves de la Rusia de Medvedev", *Papers ARI*, Número 57/2008, Real Instituto Elcano, Madrid, España.

SANCHEZ ANDRES, Antonio, 2008, mayo-junio, "La dependencia energética europea de Rusia", en *Economía de la Energía*, ICE.

SERRA MASSANSALVADOR, Francesc, 2005, mayo, "El triángulo septentrional: las relaciones entre Estados Unidos, Unión Europea y Rusia, una complementariedad flexible y compleja", en *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, número 69, Fundación CIDOB, Barcelona, España.

SHEVTSOVA, Lilia, 2007, "Postcommunist Russia: a historic opportunity missed", in *International Affairs*, The Royal Institute of International Affairs, 83: 5.

STEPANOVA, Ekaterina, "Russia's approach to fight against terrorism", en HEDENSKOG, Jakob, KONNANDER, Villhelm, NYGREN, Bertil, OLDBERG, Ingmar, PURSIANEN, Christer -eds.- (2005), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.

TAIBO, Carlos, 2003, segundo semestre, "Rusia en crisis y en la crisis", en *Papeles del Este, Transiciones postcomunistas*, Universidad Complutense de Madrid, Número 7, en <http://www.papelesdeleste.com>

TSYGANKOV, Andrei P. (2006), "If Not by Tanks, then by Banks? The Role of Soft Power in Putin's Foreign Policy", in *Europe-Asia Studies*, Vol. 58, No. 7, November 2006, 1079 – 1099, Routledge, Taylor & Francis Group, Nuev York-Londres.

WALLANDER, Celeste A., 2007, "Russian Transimperialism and its Implications", in *The Washington Quaterly*, The Center for Strategic and International Studies and the Massachussets of Technology.

WALT, Stephen M., 1998, Spring, "International Relations: One World, Many Theories", in *Foreign Policy*.

WAY, Lucan, 2008, July, "The real causes of the color revolutions", in *Journal of Democracy*, National Endowment for Democracy, Volume 19, Number 3.

WAY, Lucan, 2008, "The evolution of authoritarian organization in Russia under Yeltsin and Putin", *Working Paper 352*, Kellogg Institute for International Studies.

WENDT, Alexander, 1992, "Anarchy is what States make of it: the social construction of power politics", *International Organization*, 46, pages 391-425.

ZAKARIA, Fareed, 1992, Summer, "Realism and Domestic Politics, a Review Essay", in *International Security*, Volume 17, Number 1.

ZAKARIA, Fareed, 1996, November, "The rise of illiberal democracy", in *Foreign Affairs*, Council on Foreign Relations; 76 :6.

ZUBELZU, Graciela, 2005, "Rusia y la definición de sus intereses nacionales: la búsqueda de una guía en clave identitaria", Título del *Proyecto de Investigación "Políticas Exteriores Comparadas: Primera aproximación" (Código 19/C137)*, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR, Rosario, Argentina.

ZUBELZU, Graciela, 2007, marzo, "Putin y el discurso de Munich: contenido y repercusiones de sus palabras en la Conferencia sobre Políticas de Seguridad", *Grupo de Estudios sobre Europa Oriental y la Comunidad de Estados Independientes*, CARI, Buenos Aires, Argentina.

ZUBELZU, Graciela, 2007, "Entender a Rusia a través de sus fuerzas profundas: dificultades y desafíos de una reflexión recurrente", "*Understanding Russia trough its deep strengths: difficulties and challenges of an eternal reflection*", en *Revista Brasileña de Política Internacional*, 50.

ZUBELZU, Graciela, 2008, febrero, "Las relaciones ruso-norteamericanas y los desafíos de Rusia", en *Una Guerra Fría? Conflicto y cooperación en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia*, Segunda sesión pública del Instituto de Política Internacional, Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, celebrada el 16 de octubre de 2007, Talleres Gráficos Leograf, Buenos Aires.

ZUBELZU, Graciela, 2008, lunes 23 de julio, "Doble comando o uno sólo? El adiós de Putin a la presidencia de Rusia", en *adnmundo.com*, [http: www.adnmundo.com](http://www.adnmundo.com).

ZUBELZU, Graciela, 2010, 28 al 30 de julio, "La presencia rusa en América Latina: alcance, focos de interés y límites", en el *V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política*, Buenos Aires.

Documentos y Discursos Oficiales:

PUTIN, Vladimir, 2000, 22 de diciembre, "Conferencia de prensa tras la reunión con el Presidente ucraniano Leonid Kuchma", en San Petersburgo, en *Contactos de Política Exterior*,

http://archive.kremlin.ru/appears/2000/12/22/0005_type63377type63380_28443.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2000, 19 de diciembre, “En declaraciones a los líderes empresariales, políticos y figuras públicas en Canadá”, en Toronto, en *Reuniones con representantes de diversas comunidades*, http://archive.kremlin.ru/appears/2000/12/19/0000_type63376type63377_28441.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2002, 24 de mayo, “Conferencia de prensa con el Presidente de Estados Unidos, George W. Bush (hijo)”, en el Kremlin, Moscú, en *Contactos de Política Exterior*, http://archive.kremlin.ru/appears/2002/05/24/0002_type63377type63380type82634_28918.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2004, 6 de febrero, “Reunión con el Presidente de Azerbaijón Ilkham Aliyev”, en el Kremlin, Moscú, en *Contactos de Política Exterior*, http://archive.kremlin.ru/appears/2004/02/06/1550_type63377_60347.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2004, 31 de agosto, “Comunicado de prensa y respuestas a preguntas al final de una reunión con el Presidente Jacques Chirac, de Francia y del Canciller federal Gerhard Schroeder”, Sotchi, en *Conferencias de Prensa, Reuniones de Prensa y Declaraciones para la Prensa*, http://archive.kremlin.ru/appears/2004/08/31/0924_type63377type63380_76163.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2004, 3 de diciembre, “Conferencia de prensa después de las conversaciones ruso-indias”, en Nueva Delhi, en *Conferencias de Prensa, Reuniones de Prensa y Declaraciones para la Prensa*, http://archive.kremlin.ru/appears/2004/12/03/2100_type63377typ63380_80607.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2006, 15 de julio, “Reunión con Premier de Japón, Junichiro Koizumi”, en San Petersburgo, en *Contactos de Política Exterior*, http://archive.kremlin.ru/appears/2006/07/15/2251_type63377_108776.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2006, 5 de setiembre, “Declaración y respuestas a preguntas de prensa acerca de las negociaciones ruso-sudafricanas”, Capetown, en *Contactos de Política Exterior*, http://archive.kremlin.ru/appears/2006/09/05/0127_type63377type63380_110751.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2006, 27 de julio, “Reunión con el Presidente de Venezuela, Hugo Chávez”, en el Kremlin, Moscú, en *Contactos de Política Exterior*, http://archive.kremlin.ru/appears/2006/07/27/1426_type63377_109435.shtml.

PUTIN, Vladimir, 2007, 2 de julio, “Conferencia de prensa con el Presidente de Estados Unidos, George W. Bush (hijo)”, en Walker’s Point,

en *Contactos de Política Exterior*,
http://archive.kremlin.ru/appears/2007/07/02/0031_type63377type63380_136681-shtml.

PUTIN, Vladimir (2000), "National Security Concept of the Russian Federation", en *Rossiiskaya Gazeta* (18 January 2000); disponible en: www.fas.org/nuke/guide/russia/doctrine/gazeta012400.htm

Fuentes periodísticas:

APPLEBAUM, Anne, 2008, November 20, "Getting past mythmaking in Georgia", in *The Washington Post*.

ARON, Leon, 2008, November 14, "21st-Century Sultanate", in *The American*, a Magazine of Ideas.

AZNAREZ, Juan Jesús, 1992, viernes 20 de noviembre, "Yeltsin anuncia en Corea del Sur que Rusia dejará de fabricar submarinos", en *Diario El País*, Madrid, España.

AKUNIN, Boris, 2011, April 1, cited by TVERITINA, Alena, "Clues to make crime fiction pay", in *Russia Beyond The Headlines*, Literature.

BONDARENKO, Alina, 2013, 18 de enero, "La pena de muerte en Rusia, un debate abierto", en *Rusia Hoy*.

BONET, Pilar, 2004, 14 de marzo, "El espía empeñado en modernizar Rusia", en el *Diario El País*, Madrid, España.

CAÑO, Antonio, 1994, miércoles 28 de setiembre, "Yeltsin y Clinton acercan posiciones sobre Bosnia", en *Diario El País*, Madrid, España.

CORCUERA, Alvaro, 2013, lunes 27 de mayo, "El último disparo en Europa", en *Diario El País*, Madrid, España.

DIARIO CLARIN, 2008, miércoles 13 de agosto, "Tiene que haber un esfuerzo mundial para frenar a Moscú", *Global Viewpoint*, reportaje a Zbigniew Brzezinski, ex asesor de Jimmy Carter.

DIARIO LA VANGUARDIA, 1996, sábado 6 de enero, *Yeltsin acepta la dimisión de Kozyrev al frente del Ministerio ruso de Asuntos Exteriores*, Internacional, Barcelona, España.

DIEZ, Anabel, 1999, jueves 27 de mayo, "Aznar sostiene que mejoró las relaciones con Rusia pese al plantón de Yeltsin", en *Diario El País*, Madrid, España.

FERNANDEZ, Rodrigo, 1998, sábado 26 de diciembre, "Rusia y Bielorrusia dan los pasos para formar un Estado unificado", en *Diario El País*, Madrid, España.

FLORES JUBERIAS, MORET, X., BLASCO, I., 2010, 18 de junio, “La causa de la crisis está en Estados Unidos, pero Obama es parte de la solución”, reportaje a Mikhail Gorbachov, publicado en *Diario ABC*, Madrid.

FREEDMAN, Lawrence, 1991, miércoles 21 de agosto, “Un golpe pasado de moda”, en *Diario El País*, Madrid, España.

LOPEZ, Luis María, 1999, miércoles 11 de agosto, “Yeltsin alimenta las sospechas de perpetuarse en el poder, al acelerar la unión con Bielorrusia”, en *Diario El País*, Madrid, España.

LUKYANOV, Fiodor, 2013, 28 de febrero, “Uncertain world: Russian diplomats move into th real world, in *RIA Novosti*, in <http://en.ria.ru/columnists/20130228/179741025/Uncertain-World-Russian-Diplomats-Move-in-to-the-Real-World.html>

KARAOULOV, Andrei, 1991, miércoles 20 de noviembre, “Gorbachov me abandonó y optó por callar”, en *Diario El País*, Madrid, España.

KENNEDY, Paul, 2007, jueves 16 de agosto, “Le preocupa la Rusia de Putin?”, en *Diario La Voz del Interior*, Córdoba, Argentina.

KHASBULATOV, Ruslan, 2008, September 29, “Yeltsin destroyed Parliamentary Democracy in Russia”, *Radio Free Europe/Radio Liberty*, Commentary & Analysis.

MATEO, Ferran, 2012, 24 de mayo, “Cuando Rusia no era Rusia”, entrevista a Alberto Hutschenreuter, en *Rusia Hoy*.

POCH, Rafael, 1999, 12 de diciembre, “Rusia se enroca. Kosovo y la crisis económica provocan una nueva hostilidad hacia Occidente”, en *Diario La Vanguardia*, Sección “Revista”.

POMERANIEC, Hinde, 2008, domingo 6 de abril, “Quién mató a Anna P.? Del autor del crimen de la periodista rusa (segunda y última parte)”, *Diario Clarín*.

RUIZ, Francisco J., 2013, viernes 29 de marzo, “El nuevo Concepto de Política Exterior en Rusia: una evaluación crítica”, en *Rusia Hoy*.

RUVINSKI, Vladimir, 2011, 16 de noviembre, “Procedencia del nacionalismo ruso”, en *Rusia Hoy*.

SANCHEZ ARNAU, Juan Carlos, 2004, domingo 26 de setiembre, “Estados Unidos y Rusia volverán a chocar por los recursos energéticos del planeta”, en *Diario Hoy*, El Mundo, La Plata, Argentina.

TSYGANKOV, Andrei (2014), "Putin is not a nationalist", in *The Moscow Times*, Saturday, June, 28th.